

LIA BELIKOV

Para el más egocéntrico, estúpido, cretino, bastardo, charlatán, delicioso, hermoso e IDIOTA chico que he conocido: Adam Walker.



SINOPSIS

Cuando pienso en Adam Walker, pienso en estas tres cosas: caliente, estúpido y peligroso.

Caliente porque, digo, no se puede negar lo totalmente atractivo que es: cabello negro, ojos verdes, brazos musculosos, tatuajes discretos cerca de la base de su espalda, y deliciosos dedos largos que parecen papas fritas listas para comer.

Peligroso porque el tipo, aparte de manejar una motocicleta, tiene un oscuro secreto que no se atreve a contarle ni a su sombra.

Y estúpido (en serio, ESTÚPIDO) porque, bueno, eligió *estar* con mi prima Marie.

¿Quién en su sano juicio se fijaría en una persona como ella? Es la personificación de Miss Piggy en toda regla: de personalidad voluptuosa, con voz chillona y siempre queriendo ser el centro del universo.

Definitivamente no tengo razones para enamorarme de él. Adam es todo lo que NO quiero en un chico; y sin embargo, sabiendo lo tonto que puede llegar a ser, o lo mucho que está embobado de mi prima, se me hace imposible no probar de la fruta prohibida y caer enamorada de él.

Estoy tan jodida, y pronto vas a saber el por qué…



PARTE I

Imposible *NO* enamorarse del idiota.

¿Acaso no sabía que entre más me prohibiera tener sentimientos por él, mayor se volvía mi atracción?

PRÓLOGO

Cariño

No podía apartar mis ojos grises de los suyos. Él me miraba como a una rara atracción de circo, como el acto de esa mujer barbuda a la que no sabías si estar maravillado o asqueado pensando en la cantidad de pelaje que crecía por sus mejillas y axilas gracias a la ayuda de esteroides.

Toqué con mis dedos mi rostro.

No. Ningún rastro de barba que yo sepa.

Entonces, ¿por qué me miraba tanto?

A mi lado, mi prima Marie se estaba riendo y señalándome con el dedo.

Busqué a mi alrededor, preguntándome por qué había un circulo de gente rodeándome.

No fue sino hasta que el atractivo chico de ojos verdes me tendiera una mano, que me di cuenta que estaba tirada en el suelo.

Al ponerme de pie, perdí ligeramente el equilibrio y por un momento pensé que me vendría abajo. Pero entonces, de nuevo el chico guapo, me agarró a tiempo de la cintura, evitando que mi trasero golpeara el asfalto.

Me sujeté a uno de sus brazos envueltos en su chaqueta de cuero, y me perdí en lo bien que olía.

—¿Qué pasó? —pregunté algo aturdida.

Recordaba estar caminando detrás de Marie, cargando la bolsa de papel en donde venían sus condones recién comprados de la farmacia. Recuerdo quejarme de lo absurdo que era el que yo los tuviera que comprar y no ella quien los iba a utilizar.

De ahí solo me quedaba la vaga sensación de que mi cabeza había chocado contra algo duro... pero no recordaba el qué.

—Te golpeaste con ese letrero —habló el chico cerca de mi oído. Mi piel se puso como de gallina.

Su voz era profunda y ronca.

Alcé la vista hacia el letrero metálico que colgaba de una pared, anunciando la nueva y mejorada imagen de un Shampoo anti caspa.

Parpadeé dos veces antes de bajar la cabeza y notar que la porción de suelo en la que había aterrizado, estaba cubierta con las tres cajas de condones recién comprados; una de ellas se había abierto.

Mi rostro se puso pálido y caliente al mismo tiempo.

Marie, con su rizado cabello naranja, continuaba riéndose de mí.

—La próxima vez ten más cuidado, cariño —el chico me soltó rápidamente—, sé que llevabas prisa —miró disimuladamente hacia el suelo— pero tienes que mantener la cabeza en alto y los ojos fijos en el camino.

Me ruboricé aún más.

¿Cariño?

Para mi vergüenza, el chico se agachó y recogió los tres paquetes de condones que se habían regado por el suelo. Luego me los tendió en la mano, llevaba siempre esa sonrisa arrogante de "me encanta avergonzar a la gente".

—No son míos —dije débilmente. Inmediatamente le lancé una mirada dolorida a Marie quien aún continuaba divertida con toda la situación.

—No estoy juzgando a nadie —me respondió chico guapo—, lo único que te diría es que lo dejes.

Lo miré confundida.

—¿Cómo? —pregunté tratando de comprender lo que decía.

Él resopló, desviando la vista hacia las pocas personas que ahora permanecían atentos a la situación, seguramente curiosos esperando ver sangre manchando el suelo.

Chico guapo de pelo negro y dientes de oh-yo-me-los-cepillo-después-de-cada-comida, se acercó demasiado a mí; su mano tomó mi muñeca y habló en mi oído para que sólo yo lo escuchara:

—Que dejes a ese idiota perezoso que no es capaz ni de comprar su propia protección por sí mismo.

Quise repetirle una vez más que esos condones no eran míos. Eran de mi prima Marie.

Ella era una clase de ninfómana (lo sé, hace unos pocos meses atrás ni siquiera hubiera sabido qué significaba esa palabra. Pero gracias a ella ahora lo sabía: una adicta al sexo).

Antes de poder siquiera abrir mi boca y contar hasta uno... Marie ya estaba sonriéndole al chico, arqueando su espalda y levantando sus pechos para exhibirse.

—Gracias por tu ayuda —le dijo, enseñando su sonrisa coqueta patentada—, llevo años diciéndole a mi primita que debe usar lentes. Pero qué se le va a hacer, llevaba prisa por poner a prueba éstos. —Me arrebató los preservativos de la mano y los agitó en el aire.

Escuché algunas risitas a mis espaldas.

Agaché la cabeza y apreté los dientes.

Esto era humillación pura.

—¿Y tú eres? —preguntó el chico guapo, dirigiéndose a mi prima. Recorrió con la vista el cuerpo de Marie y luego sonrió descaradamente en aprobación.

—Marie Benson —respondió ella, enrollando un poco de su pelo naranja en uno de sus dedos.

—Yo soy Adam. Adam Walker.

Lo siguiente que supe era que yo había pasado a un segundo plano, y Marie... Marie como siempre se llevaba toda la atención.

Era obvio que siendo él tan guapo entraría en el radar de futuros ligues de mi prima.

Suspiré y me alejé unos tres pasos de ambos. Mi cabeza dolía y palpitaba a la vez, necesitaba sentarme antes de que me desmayara de nuevo.

—Creo que será mejor llevarte a un doctor para que te examine —dijo una ronca y suave voz en mi oído.

Ni siquiera llegué a responder ya que mi cabeza comenzó a dar vueltas y lo último que supe es que de alguna manera terminé en los brazos de Adam Walker, con mi cara metida en su cuello, y con ambas manos presionando su espalda.

Esto no me iba a llevar a nada bueno... peor viendo la mirada asesina que me lanzó Marie.

Sí, desde ya lo reclamaba como suyo.



CAPÍTULO 1

Culpable

5 meses después...

Me desperté debido al calor que sentía mi cuerpo.

Mi frente estaba empapada y la sábana de mi cama se encontraba humedecida por mi propio sudor.

Sentí una mano apoyándose en mi cintura, y en mi hombro se incrustaba algo parecido al botón de una camisa.

Parpadeé varias veces antes de enfocar bien la vista y girar sobre mi espalda... solo para ver al chico de cabello negro y piel realmente pálida que ahora dormía tan tranquilamente en la misma cama que yo.

Lo moví con un dedo, para así despertarlo, pero él no daba señales de vida.

Comencé a sacudirlo.

—Despierta —susurré con voz ronca—, te quedaste dormido. Es hora de irse.

Traté de incorporarme pero una mano sujetó firmemente mi cintura, y se desplazó hasta llegar a mis caderas.

—¡Adam! —grité, enojada.

Él me sujetó más fuerte y me jaló a su lado de la cama.

Mi frente pegaba con la suya, podía sentir su propio sudor recorriendo mi cuerpo.

Tragué saliva.

Esta es la última vez que lo dejo dormir en mi cama, me prometí silenciosamente.

Su mano apretó ligeramente mi trasero y ronroneó algo en mi oído. Luego comenzó a subir sus manos hasta meterlas dentro de mi camiseta y se detuvo justo cuando sintió mi sujetador de encaje.

Traté de apartarlo una vez más, entonces repentinamente se acostó a horcajadas sobre mí y llevó mis manos por encima de mi cabeza, hacia la cabecera de la cama. Respiré pesadamente.

—Adam —tartamudeé, ¿quién tartamudeaba un nombre que solo tenía cuatro letras?— quítate de encima.

Abrió sus ojos lentamente, parpadeó varias veces como queriendo reconocer en dónde se encontraba, y al ver que, a la que sujetaba era a mí, amplió bastante los ojos.

Pensé que se quitaría de encima rápidamente, pero ni siquiera hizo el intento de moverse un milímetro.

—Siempre supe que querías profundizar las cosas conmigo —habló de manera presumida. Sopló aire en mi cuello mientras bostezaba, e inmediatamente mi piel se erizó.

—¡Idiota! —chillé—, hubiera dejado que durmieras en la calle...

Su vista se trasladó de mi rostro, mis labios, hasta quedarse prendada en mi pecho por un largo tiempo.

Resoplé. Todos los hombres eran iguales.

—De encaje negro —suspiró— ya sabes lo que dicen de chicas que usan ropa interior negra.

Bajé la vista hacia mi pecho y noté que mi camiseta se había subido lo suficiente como para dejar ver mi sostén.

—No. ¿Qué dicen de las chicas que usan ropa interior negra? —sabía que iba a arrepentirme por seguirle la corriente.

—Dicen que van a un entierro.

—Eso no tiene sentido.

Vi la odiosa sonrisita de yo-lo-sé-todo puesta en su rostro; ¡Se estaba burlando de mí!

—Van.a.un.entierro —repitió.

Lo miré, confundida.

—Aiish, olvídalo. Tienes una mente demasiado inocente como para entenderlo.

—Ahora sí, ¿quieres quitarte de encima? —pregunté impacientemente.

Todavía tenía mis manos sujetas un poco más arriba de mi cabeza, y ya me estaba comenzando a dar escalofríos por la camiseta levantada.

Además de que tener a Adam así de cerca no me dejaba respirar, pensar, ver o sentir con claridad.

—Debería pagarte de alguna forma lo que hiciste por mí anoche... Conozco una buena manera de hacerlo —levantó sus cejas de manera sugestiva.

—Solo acepto efectivo, ahora quítate. —Comencé a retorcerme bajo su cuerpo, intentando deslizarme de su agarre.

Arriba, abajo, arriba...

—Yo que tu no haría eso... peor a esta hora de la mañana cuando mi pequeño cazador tiene hambre.

Me detuve rápidamente, no queriendo despertar *esas* partes que seguían dormidas.

—Eres un cerdo... —Aproveché para lanzarlo al suelo, impulsando mis piernas y flexionando mis rodillas para que cayera fuera de mi cama.

Golpeó el piso alfombrado y lo escuché soltar una letanía de palabrotas.

—Deberías estar besando mis pies —hablé mientras arreglaba mi camisa—. Si el novio de mi prima te hubiera visto anoche, ahora serías alimento para aves. Y no me refiero a las aves lindas y amistosas que encuentras en un parque infantil. Hablo de esas carroñeras que desmenuzan la carne con sus picos hasta que no queda nada más que los huesos.

Él gimió, hizo una mueca de asco y sujetó firmemente su estómago. Después de un rato intentó levantarse del suelo, haciendo otra mueca y masajeando su cabeza a medida que se incorporaba.

—Creo que voy a vomitar. ¡Mierda! —gritó— me duele la cabeza.

—A eso se le llama RESACA. Anoche no podías recordar ni cuál era tu nombre. Me pediste que te llamara Lady Agustina.

—¿Lady Agustina? ¿En serio? Porque como nombre artístico prefiero Sexy Cat... Miauu.

Le lancé una de mis almohadas y cayó justo en su cara.

—¿Qué hay de malo contigo?, te dije hace un momento que me duele la cabeza y lo primero que haces es lanzarme un cojín que, extrañamente, huele a... —acercó el objeto a su rostro para olisquearlo— meados de zorrillo, probablemente con tres semanas de embarazo.

Lanzó el cojín nuevamente a mi cama, ignorando la mirada de odio que le lanzaba.

—Para tu información, ese cojín permaneció enterrado bajo tu axila toda la noche —vocalicé por unos segundos de más la O en "toda"—, seguro y de ahí adquirió el olor.

Luego me detuve, pensando en una palabra que había mencionado: enterrado.

Enterrar... Oh, ahora entendía el chiste.

Hmm. Sucio animal.

—Vete de mi habitación —chillé—. Marie duerme con Eder hasta tarde. Aprovecha ahora que puedes escapar libremente.

Hizo una última mueca pero no dijo nada y salió silenciosamente por la puerta.

No pasaron ni tres segundos cuando él ya estaba de regreso, a mi lado.

—Anna, de verdad gracias por no decirle nada a Eder; gracias por ayudarme a esquivar al novio de Marie... Y por soportarme en mi estado de borracho; te juro que es la última vez que dejo que tu prima me convenza de beber toda una botella de Vodka. —Plantó un beso en mi mejilla y me frotó el cabello antes de irse.

Cerró con cuidado la puerta, dejándome sola.

Era una estúpida. Una egoísta, tonta y mentirosa estúpida.

Me sentía culpable con Eder, el novio de Marie, por ocultarle que su novia tenía un romance con Adam desde hace cinco meses y yo era la idiota que lo ocultaba en mi habitación por algunas noches, para evitar que él se diera cuenta de la relación.

¿Sería malo que admitiera lo mucho que esperaba con ansias el reconocimiento que me daba Adam?

Cualquier consecuencia parecía valer la pena siempre y cuando viera la mirada de adoración en sus ojos.

Ya sé, ya sé: era una semejante idiota.

Me recosté en la cama, golpeé mis puños contra el colchón, y apreté mi rostro en la almohada más cercana... Me aparté inmediatamente, uffff, Adam sí que tenía razón en algo: el cojín apestaba condenadamente a zorrillo.



CAPÍTULO 2

Uniformes

—Parece que alguien no durmió muy bien anoche —me dijo Rita en cuanto me vio entrar por la puerta de empleados en el restaurante.

El padre de Marie, mi tío, me había conseguido trabajo en una de las muchas cadenas de restaurantes de comida rápida que administraba por la ciudad. Había tenido muchísima suerte de encontrarme con Rita, una chica de mi edad, para acoplarme al lugar.

Ella se había convertido en una buena amiga; también conocía mi situación como tapadera de Marie y no estaba de acuerdo con lo que hacía (me lo pasaba recordando siempre que podía).

—Sí, el novio de Marie apareció justo cuando ella estaba besuqueándose con Adam en el sillón de la sala. —Bostecé—, me tocó esconder a Walker en mi habitación. Créeme cuando te digo que fue la hazaña más grande que he hecho en mi vida: movilizar a un borracho hasta mi dormitorio. Después de eso no pude dormir mucho, estuve intentando callar a Adam cuando comenzó a cantar todo el repertorio musical de Selena Gómez.

Rita hizo el intento de no reírse, pero fracasó miserablemente cuando la escuché lanzar una fuerte y nasal carcajada.

La acompañé, riéndome también. Un tipo como Adam (todo un tipo rudo) no daba la impresión de escuchar esa clase de música.

—No tengo ni idea de cómo es que se las sabe —dije, ahogándome entre risas.

Estuvimos bromeando a costas de Adam por un rato más, hasta que Cliff, el puerco que mi tío había puesto como gerente, apareció detrás de nosotras.

Usaba un enorme traje gris con una corbata roja a rayas que no le llegaba ni al ombligo. El tipo era más grueso que un tanque militar.

Nos repasó con la mirada, intentando meter los ojos hasta por la más mínima rajadura de nuestros cuerpos.

Él nos obligaba a usar denigrantes uniformes de "trabajo" que apenas y llegaban a cubrirnos un tercio del muslo.

Hoy vestíamos una versión, a mi parecer, de prostitutas marineras. Incluso teníamos que ponernos un ridículo sombrero de tela para complementar el atuendo. No entendía por qué de marineras: ¡el restaurante era de hamburguesas!

Ni siquiera servíamos hamburguesas de pescado.

Pero el tipo se excusaba diciendo que le gustaba ser innovador y esta era una forma de hacerlo.

—Niñas, niñas... ya es hora de trabajar —habló mientras no disimulaba viendo entre nuestras piernas. Se pasaba la mano por lo poco que le quedaba de cabello, y se absorbía constantemente el sudor de la frente con una servilleta de papel haciendo que le quedaran pequeñas tiras enrolladas.

Nos pasó, dirigiéndose hacia su diminuta oficina a hacer solo Dios sabe qué cosas porque dudaba que trabajara siquiera.

Caminamos con Rita hacia la cocina, yo tomé mi turno detrás de la caja registradora y ella se ubicó en el área de autoservicio.

Treinta y dos clientes después (y cientos de pensamientos intentando ser paciente), apareció frente a mí alguien a quien jamás imaginé ver en un sitio como este.

—¡Eder! —dije en sorpresa.

Él me regaló una pequeña sonrisa moderada.

Eder era completamente lo opuesto a Adam: de cabello castaño claro, ojos azules y de una apariencia elegante y pulcra.

Apostaba a que si miraba sus uñas, las encontraría sin una sola partícula de suciedad.

Le sonreí en respuesta, él era sin duda demasiado atractivo para alguien como Marie.

—¿Se te ofrece algo? —pregunté mientras lo veía observando atentamente el menú detrás de mí.

Negó con la cabeza.

—Quería hablar contigo, después de tu turno. ¿A qué hora puedo venir?

Mi boca se abrió en sorpresa. Por lo general no charlaba mucho con Eder, él llegaba directo al dormitorio de Marie, y con suerte lograría verlo a la mañana siguiente mientras nos topábamos en el baño y me daría un asentimiento de cabeza como único reconocimiento de mi existencia. Luego se iría con el rostro avergonzado y regresaría de nuevo por la noche.

—Salgo a las dos.

—Bien. Te veo entonces a esa hora.

Salió del restaurante, dejando una nube de delicioso olor a su paso, lo perdí de vista una vez que atravesó las puertas.

—Te gusta Eder, ¿verdad? —dijo una voz ronca, bastante familiar.

Me giré hacia esa voz, y allí, sentado en la mesa más cercana, comiendo un trozo de papa, estaba el mismo tormento que conocí hace cinco desgraciados meses.

Adam siempre usaba las camisetas pegadas, creo que el bastardo sabía perfectamente cómo eso descolocaba a las mujeres. A todas. Incluso a algunos hombres.

—No seas tonto —dije intentando limpiar un poco el contador de madera que Cliff había mandado a pedir directamente desde la India. ¿Por qué? No sé —. Eder no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó, deslizando otra papa en su boca.

—Definitivamente no tú.

Alzó las cejas en sorpresa.

—¿Yo no?

—Nop.

—¿No te gusto ni siquiera un poquito? —cogió otra papa con sus largos dedos estilo pianista. Solo podía recordar esta mañana cuando invadió mi privacidad en la cama. No le conté a Rita pero la verdadera razón por la que pasé despierta toda la noche fue porque no pude controlar mi respiración estando cerca de Adam.

Digo, ¿quién en su sano juicio podía dormir sabiendo que estaba él en la cama?

Absolutamente nadie.

Sin querer, había visto el tatuaje que tenía en la base de la espalda; era alguna clase de escritura o alguna frase, pero no pude descifrar qué decía ya que la otra mitad estaba oculta por su pantalón. Me vi tentada a descubrirlo por mí misma…

—Estás dudando —dijo después de cinco segundos en los cuales no dije nada—, eso significa que al menos me estás imaginando desnudo, ¿cierto?

—¡Tonto! —*Aunque estuvo cerca…*

—Tranquila, nena. Dejaré que obtengas un pedazo de mí, de forma gratuita.

Resoplé.

—No me gustas Adam, ya supéralo.

—Entonces, dime, ¿qué puedo hacer para cambiar tu opinión? —Lo vi levantarse de la mesa y dirigirse hacia mí.

Caminaba lentamente mientras se saboreaba los labios, dándome esa mirada de cazador apuntando con un rifle a su presa.

No había nadie haciendo fila por los momentos, así que fue fácil para él acercarse.

—Creo que sí puedes hacer algo —dije—, ¿por qué no metes tu pie en tu boca?

Alzó una ceja, divertido.

—¿Quieres que meta tú pie en mi boca?

—Créeme, si pudiera meter mi pie en alguna parte de tu cuerpo sería en...

—¡Anita! —escuché que llamaba Cliff.

Vi su cuerpo voluptuoso salir de la oficina y segundos después ya estaba a la par mía.

—Anita, mira lo que acaba de llegar —sacudió frente a mí un traje de policía versión mujerzuela—. Son los nuevos uniformes de trabajo.

Escuché a Adam reírse.

—¿De policía? —chillé.

Ahora sí que Cliff enloqueció.

Solo faltaba que nos hiciera usar un traje de "enfermera" cachonda; eso sería la cereza de mi postre.

—Conseguí tallas para todas —dijo emocionado—, menos para Mirna.

Mirna era una mujer de cincuenta años, se encargaba de la limpieza del local. Constantemente se quejaba de discriminación; al parecer era la única que quería

usar los exóticos uniformes de Cliff, pero él nunca la dejaba ponérselos. Decía que las estrías y la celulitis ahuyentaban a la clientela.

Si tan solo Cliff supiera que Mirna estaba enamorada de él...

—Pagaré el doble por mi comida si hace que ella use ese uniforme ahora —dijo Adam tirando un fajo de billetes en el mostrador.

Los ojos de Cliff se abrieron de par en par.

Yo le lancé una mirada envenenada a Adam, pero eso no lo inmutó para quitar su sonrisa arrogante del rostro.

—Anna, ve y estrena el nuevo uniforme —me mandó Cliff.

Já, ¡Que se pudra! No iba a denigrarme de esa manera.

—¡No! —grité realmente furiosa.

—Pago el triple —contraatacó el idiota de Adam, tiró otro poco de dinero.

—¿Acaso no escuchaste, tarado? Dije que NO.

—Yo también pago el triple —habló uno de los clientes, tiró sus billetes cerca de los de Adam.

A Cliff casi se le baja el azúcar al ver la cantidad de dinero.

Mi rostro se puso rojo de la cólera.

—NO PIENSO USAR ESA COSA —grité esta vez más fuerte para que los dos imbéciles escucharan.

Obviamente fueron inútiles mis protestas ya que después de que el hombre número cinco apareció diciendo que también pagaría por verme en el nuevo uniforme... O era eso, o aceptar que Cliff me despidiera.

—Te odio —vocalicé hacia Adam una vez que salí hacia el mostrador usando el ridículo traje de mujer policía.

Él me guiñó un ojo.

No entendía por qué, pero mi estómago se contrajo ante ese gesto. Adam siempre era un bromista conmigo; desde que lo conocí nunca dejó de molestarme con los dichosos condones que eran para Marie.

Era normal que ambos nos tratáramos como dos viejos hermanos que se peleaban constantemente. ¿Entonces por qué ahora me sentía diferente?

Tenía ganas de arrancarle la camiseta con los dientes, luego untar queso derretido en su abdomen y comer mis papas fritas directamente de su pecho.

¡¿Qué rayos pasaba conmigo?!

Debe ser el traje de policía… me hacía sentirme más poderosa.



CAPÍTULO 3

Chocolate

Marie y yo compartíamos departamento. El lugar era sencillo y estaba ubicado en una zona céntrica y bien desarrollada.

Su padre se lo había regalado en su décimo octavo cumpleaños (el mío me regaló un llavero de My Little Pony que brillaba en la oscuridad, y una tarjeta prefabricada que decía: ¡Felicidades, es un niño!).

Esa noche, cuando me dirigía hacia la puerta de entrada, noté un persistente olor a chocolate en el aire.

Amargo, espeso y fuerte chocolate que provenía de nuestro departamento.

Antes de entrar decidí tocar la puerta, no vaya a ser que Marie esté en paños menores con uno de sus dos novios a cuestas.

Llamé insistentemente pero nadie me contestaba. Finalmente introduje la llave en la cerradura metálica, y abrí con cierto temor por encontrar alguna escena no apta para todo público.

Cierto, ya tenía dieciocho años, pero aun no me acostumbraba a las diversas ideas que tenía mi prima como diversión (algunas me dejaban traumada).

Una vez la encontré usando un disfraz de venado; cuando le pregunté la razón, me dijo que al chico con el que estaba saliendo, le gustaban las chicas inocentes. Así que pensó: ¿qué más inocente que un ciervo amansado?

Ese día reí hasta que caí doblada al suelo.

Lo primero que noté al entrar al departamento fue que la luz estaba encendida. Eso era algo bueno, las cosas *malas* sucedían en lo oscurito, ¿cierto?

Lo siguiente fue escuchar una melodía de piano como fondo, el volumen era bajo y seductor. Y el olor, oh el olor a chocolate se sentía cada vez más potente desde aquí.

¿Será que ella preparó un poco? Aunque estaba completamente segura de que no lo pudo haber hecho sola: a Marie se le quemaba hasta el agua con sal.

Tal vez ya esté en su habitación, así solo tendría que correr y llegar a la mía; sin necesidad de encontrarme con alguno de sus hombres.

Pero ni siquiera terminé de entrar a la sala cuando escuché el sonido de besos salivosos.

Me detuve al verla, sentada en el mullido sofá de cuero, con el cuello descubierto, y a un chico de cabello oscuro salivándole en la clavícula.



Adam.

Estaba de espaldas hacia mí pero definitivamente era de su misma complexión. Era él.

No sé por qué pero se sintió como si me clavaran una aguja en el corazón; de todas formas, ya sabía que Adam era un idiota que aceptaba ser el plato de segunda mesa para Marie. Que me llegara a enamorar de él era sumamente estúpido... y de mal gusto.

No tenía por qué sorprenderme, pero sobre todo, no tenía por qué sentirme cómoda estando a su lado. ¡Era un mujeriego de lo peor!

Marie, al notar mi presencia, se separó de Adam. Había chocolate untado en su cuello, y los primeros botones de su camisa habían sido arrancados; se pasó una mano por su salvaje cabello naranja y me miró de manera nerviosa. Sus ojos azules perforando los míos.

—No sabía que ibas a llegar temprano —dijo ella, la culpa se deslizaba por su voz.

—Siempre llego a esta hora, ¿por qué?

Marie se miraba nerviosa, no dejaba de doblar sus nudillos y su rostro se puso rojo tomate.

—¿Qué ocu...? —Me callé inmediatamente al ver que, el chico que le lamía el cuello, no era Adam, era un desconocido.

Mi pecho aligeró la carga.

Pero, espera ¿Marie ya estaba con otro? ¿Cuán zorra se podía ser?

—Él es Marcus —habló mi prima.

El chico, Marcus, se levantó del sillón y me ofreció una sonrisa tímida.

Tenía chocolate en la comisura de los labios.

Fruncí el ceño y le indiqué a Marie que me siguiera hacia la cocina.

—Marcus, vuelvo en un rato. Cuando llegue te quiero ver sin camisa y con cobertura de chocolate para mí —le indicó Marie, luego le guiñó un ojo.

—¿Qué rayos crees que haces? —le grité una vez que estábamos a solas. En esta ocasión no iba a cubrirla. ¿Acaso me veía cara de idiota?

¡Ella estaba engañando a Eder y a Adam!

—Es que... lo conocí hace unas semanas, y ambos conectamos. Estoy segura que él es el indicado.

Me había dicho exactamente lo mismo cuando conoció a Adam: "siento que es el indicado". Y si era el indicado, ¿por qué no dejaba al otro con quien andaba?

—Sabes que yo no fui diseñada para salir con un solo hombre —me dijo al borde de las lágrimas.

Já, a otro perro con ese hueso.

—Yo no te estoy cubriendo. Si alguien lo descubre tendrás que ver cómo lo solucionas por ti misma.

—Por favor Anna...

—¿Ya sabe Marcus que andas con otros dos, que la relación no es exclusiva? —la interrumpí. No estaba de ánimos para escuchar sus tontas excusas; peor después de lo que me contó Eder esta tarde. Estaba furiosa con ella.

Yo ni siquiera era capaz de encontrar a un chico decente en esta ciudad, y ella ya tenía a tres babeando en su puerta (bueno, no tan decentes).

El único novio que tuve en la escuela secundaria se llamaba Mason, le gustaba pescar y trabajaba en el taller mecánico de su padre.

Constantemente olía, o a pescado, o a gasolina.

Siempre que Mason me besaba dejaba un hilo de saliva por mi barbillla. Era asqueroso. Sus manos vagaban por mi cuerpo y nunca podía mantenerlas quietas. Terminamos antes de que llegaran las graduaciones.

—Anna —suplicó Marie—, por favor, por favor no le cuentes de esto a Adam. Recuerda que me debes un favor...

—Que ya te pagué...

—Entonces ahora soy *yo* la que te lo debe.

—No necesito nada de ti —mentí.

Ella mejor que nadie sabía las ganas que tenía de asistir a la Universidad de Arte y Diseño. Trataba de ahorrar parte de mi sueldo pero solo la inscripción costaba más de lo que yo ganaba al año.

En cambio ella podía obtener fácilmente el dinero con solo chasquear sus dedos y darle una llamada a su papi.

La vida era injusta algunas veces.

—Vaaamos, no seas tan perra conmigo...

Iba a replicarle sarcásticamente, cuando el timbre de la puerta nos puso en alerta a todos.

—¡Mierda! —chilló Marie—, ese debe ser Eder. Dijo que pasaría más tarde.

Bien. Finalmente se haría justicia divina.

Alcé una ceja y me acomodé en la mesa de la cocina. Totalmente despreocupada.

—¡Anna! No te quedes allí parada, ayúdame.

El timbre volvió a repiquetear por todo el departamento.

—No. Me cansé de cubrirte la espalda.

Ella me miró con suplicantes ojos de borrego.

—Ehh... chicas, creo que alguien toca su puerta —dijo Marcus entrando en la cocina. Se había quitado la camiseta y tenía el pecho cubierto con chocolate.

¿En serio, dónde conseguía Marie a estos tipos? ¿Existirá acaso una agencia que los distribuya? Porque si es así, yo quiero cinco... para llevar por favor. Ah, y que la orden sea rápida: tengo hambre. Grrr.

—¡Por el amor a todo lo que es sagrado, Anna, ayúdame! —volvió a chillar ella—. Y ya deja de ver a Marcus como si te lo fueras a comer.

Instantáneamente me deshipnoticé del musculoso abdomen del chico, ¿qué pasaba con mis hormonas? No había duda de que era todo ese chocolate siendo aspirado por mi sistema respiratorio.

—¿Anna? —llamó Marie cada vez más preocupada—. Lo único que tienes que hacer es ocultar mi pequeño secreto.

—¿Cuál secreto? —preguntó Marcus, intrigado.

Cuando alcé la vista hacia él, me sonrió como si supiera lo apetitoso que se miraba en chocolate. Tenía unos bonitos ojos grises, como los míos.

Pobre infeliz, no sabía que iba a ser el bocadillo de mi prima.

—¡Marie, Anna! —gritaron desde afuera del departamento.

Mi corazón traicionero reconoció la voz de inmediato.

—¡Doble mierda! ¡Es Adam! —chilló Marie.

—¿Quién es Adam? —quiso saber Marcus.

—Última oportunidad Anna —habló Marie, ignorando la pregunta de Marcus.

Me mordí el labio inferior.

—Por favor. Te deberé una muuuuy grande si me ayudas —suplicó.

—Está bien. Te voy a ayudar —acepté de mala gana. Me las iba a cobrar muy caro.

Lo sé. Era una tonta que se dejaba manipular por un ser rastrero como ella.

Sabía que me iba a arrepentir de esto.

—Gracias, eres la mejor —dijo, y corrió directo a la puerta no sin antes limpiarse el cuello y abotonarse bien la blusa.

Me encontraba arrastrando a Marcus hacia mi habitación para ocultarlo y explicarle cómo iba a funcionar su futura relación con mi prima (claro, si decidía quedarse con ella), cuando Marie me detuvo del brazo:

—¿Qué haces? —me preguntó en voz baja.

—¿Que no es obvio? Lo voy a ocultar.

—Chicas, ¿qué está pasando? —habló Marcus, lucía asustado.

—Shhh —lo callamos Marie y yo.

—Si escondes a Marcus, Adam va a notar que había alguien más aquí. —Marie hablaba en susurros, sus ojos azules denotaban pánico en todo momento—. Mira este sitio, parece como si alguien hubiera tenido preparada una cursi cena romántica; Adam va a dudar y me va a descubrir... No quiero perderlo.

—¡Hey, no es cursi! —se quejó Marcus.

Marie y yo volvimos a callarlo.

Di un vistazo alrededor. Sip, había chocolate saliendo de una fuente ubicada en la mesa frente al sofá, y había un enorme oso de peluche color blanco con un corazón bordado en el centro que decía: eres toda mía.

Solo hizo falta un camino hecho con pétalos de rosas que guiaran hacia una enorme cama con forma de corazón.

Suspiré.

—Entonces qué quieres que haga.

—Quiero que digas que él vino contigo. Que él es tu pareja.

¿Qué?

—¿Estás loca?

—Chicas —dijo Adam desde el otro lado de la puerta—, traje helado y como que se está derritiendo. ¿Se van a tardar más o ya acabaron con su fiesta de piyamas?

—¡Anna! —me sacudió Marie— ¡Ayuda, aquí!

Sip, esto no me iba a llevar a nada bueno. Lo dije.

—Está bien —accedí otra vez.

Entonces, con una enorme sonrisa puesta en su rostro, le abrió a Adam.

Marcus aún lucía confundido.

—¿Qué pasa? —me susurró mientras el atlético, imperioso con personalidad me-creo-el-rey-del-universo entró y sujetó a Marie de la cintura para darle un beso en los labios.

—¿Ella está casada con ese sujeto? —preguntó alarmado Marcus—. Porque pensé que tenía 20 o 21 años. Lo juro. También creía que era soltera.

—No. No está casada; te presento al amante número dos de mi prima. Tú solo sigue la corriente y te irá bien.

Cuando Adam terminó de darle un no muy casto beso a Marie, clavó sus ojos directo en los míos... y en el chico sin camisa y con cobertura de chocolate que estaba a la par mía.

Que se abra la tierra y me trague.

Adam alzó las cejas hasta los cielos.

—¿Y quién es él? —preguntó examinándolo como a una presa.

—Viene conmigo —me pegué un poco más a Marcus.

El tipo olía a una mezcla de jabón Dove y chocolate con menta.

—Veo que alguien ya se comió el postre —dijo Adam, viéndome de forma divertida.

Hice algo atrevido: levanté el dedo índice y lo pasé por el hombro de Marcus, luego me lo llevé a la boca y saboreé.

—Mmm... y estaba delicioso —dije.

La mandíbula de Adam se tensó ligeramente.

—Mira, hasta le compró un oso de peluche —se burló Marie. Le lancé una mirada asesina, ella no tenía por qué echar más leña al fuego—. Tuve que encerrarme en el cuarto, por eso tardé en abrirte.

Vi cómo ella pasaba sus manos por el cuello de Adam y le daba besitos salivosos a lo largo de su mandíbula.

Eso me molestó bastante.

Si realmente lo quisiera no le haría nada de esto.

No sé qué me impulsó a hacerlo, pero agarré del brazo a Marcus, lo obligué a verme al rostro y le di un agresivo beso en la boca.

Eso lo tomó desprevenido, créanme, a mi también.

Sentí una lengua moverse, la sensación era como la de una anguila tratando de arrastrarse al interior de mi boca.

Esto era inútil y asqueroso.

Iba a empujarlo de regreso a su sitio, pero alguien más lo hizo por mí.

Adam.

Sus ojos verdes me dieron una mirada... ¿qué, molesta, dolida? No podría decirlo.

¿Por qué se iba a molestar? Él pasaba besándose con quien se le diera la gana.

Me dio una sonrisa de lado y antes de poder darme a explicar (o pedir explicaciones), se situó junto a Marie y la alzó en brazos.

—Vamos nena, es hora de divertirnos.

Con eso se la llevó hacia el dormitorio, y cerró la puerta a su paso.

Mierda.
Se llevó también el helado. Y yo que necesitaba un poco para desahogarme.
—Bien… ¿podrías explicarme qué fue toda esa locura? —preguntó Marcus.
Suspiré de forma resignada.
—Créeme, ni yo misma lo entiendo…



CAPÍTULO 4

Experto

—Con que te gusta el chocolate, ¿cierto? —Así me saludaba Adam todos los días desde que descubrió a Marcus en el departamento (a pesar de que Marcus decidió no ser parte del círculo vicioso de Marie y no había vuelto a verlo desde entonces).

Pretendí no escucharlo y continué con mi labor de pulir y limpiar el vacío mostrador del restaurante; tenía puesto mi nuevo uniforme de "chica/mujerzuela del futuro" que Cliff había mandado a hacer desde su colección personal de diseños. Todo el traje en sí era plastificado y de brillantes colores plateados. Ninguno lograba llegar hasta las rodillas, con suerte y cubrían una parte del muslo.

—¿Qué harás después de tu turno, chocolatito? —Ese era Adam de nuevo—. Sabes que no me puedes ignorar para siempre.

Resoplé.

Fijé mis ojos en los suyos, deseando por más de una vez que hubiera una larga fila de clientes por atender para así ocuparme en algo que no fuera Adam Walker y sus ojos verde selva. Pero en el restaurante se encontraban únicamente la señora canosa que siempre pedía un vaso lleno de jugo de pepinillos, y Mirna, comiendo chuletas de puerco, lanzándole miradas no muy discretas (y algo lascivas) a Cliff.

—Después del trabajo estoy muy ocupada —dije regresando la vista hacia el mostrador demasiado pulido. En vez de seguir encerándolo, alargué la mano y tomé una de las revistas de escándalos que Rita siempre cargaba consigo, traté de enfocarme en leer más allá del título. Ni siquiera me llamaba la atención pero pretendí estar emocionadísima e inmersa leyendo sobre la nueva adopción que hizo Angelina Jolie.

Oh, mira, esta vez ella adoptó a un bebé húngaro.

—¿Saldrás más tarde con Chocolator?

—¿Por qué? ¿Te importa? —dije en un tono amargo.

—Hmmm...

—¿Qué pasó con Marie? Sácala a pasear.

—¿También quieres que le ponga una correa y le dé un premio cada vez que orine en su caja de arena?

—Los gatos orinan en cajas de arena. Los perros mean en donde se les dé la gana —lo corregí.

—Como que alguien anda medio sarcástico, ¿no?



—¿En serio? No me di cuenta.

Pasé a la siguiente hoja de la revista.

Un enorme y llamativo anuncio publicitario de "Madame Cecile resuelve sus problemas" llamó mi atención: una mujer con ojos cafés demasiado delineados, las uñas pintadas de un tono rojo chillón, y un colorido turbante en la cabeza. Prometía el amor eterno o la devolución de su dinero.

No.Puedo.Creerlo.

¡Yo conocía a esa mujer!

—Ya sé lo que haré después de mi turno —le dije a Adam.

—¿Qué?

—Iré a ver a mi madre.

—¡Pastelito de calabaza, viniste a verme! —chilló mamá cuando me vio aparecer frente a su puerta.

Tal y como en el anuncio, tenía sus largas uñas pintadas de rojo y sus ojos extremadamente delineados de negro. Usaba una túnica de colores, le llegaba hasta los tobillos.

Me apretó con fuerza, lo que hizo que las múltiples pulseras en sus brazos chocaran entre sí, provocando una ola de ruido, y plasmó un sonoro beso en mi mejilla.

Luego se fijó en Adam, quien se había ofrecido a acompañarme y ahora se situaba detrás de mí.

Le dio una apreciativa mirada desde los pies a la cabeza.

—Déjame adivinar —dijo ella—, ¿tu novio?

—Como adivina te mueres de hambre, mamá —murmuré entre dientes.

Ella rió y luego se acercó a Adam para darle un fuerte abrazo seguido de un beso.

Cuando se apartó de él, la impresión de su boca con labial color naranja quedó marcada en la mejilla de Adam.

—Muy guapo —ronroneó hacia él—. Cuéntame, Anna, ¿qué te trae por aquí a visitar a tu vieja y olvidada madre?

Rodé los ojos.

Mamá era tan teatral y dramática.

—Solo hace un par de semanas que no te veo; y vine porque vi el anuncio. ¿Ahora prometes amor eterno?

—¡Pero claro que sí! ¿No me digas que por eso trajiste a este suculento bombón afrodisiaco? Porque yo podría hacer que ambos tuvieran...

—¡Mamá! Él es el... —¿novio, amigo con derecho, amante, el *otro* de Marie?

—Solo amigo de su hija —terminó Adam por mí, salvándome de mi dilema.

Mamá abrió enormemente la boca, luego la cerró de golpe.

—Aún así yo podría...

Ni siquiera la dejé terminar esa frase.

Me abrí paso en el interior de la casa y me detuve al ver la nueva decoración que le hizo al sitio: paredes rojas y afelpadas, cortinas hechas con collares dorados que colgaban desde los marcos de todas las puertas, espejos redondos ubicados a cada dos metros, y en donde antes solía estar el sofá de la sala ahora había una cantidad innecesaria de cojines rojos y blancos dispuestos en el suelo.

Escuché jadear a Adam a mis espaldas.

—¿Te gusta la nueva decoración? La hice yo misma —habló mamá, vi su figura llamativa dirigirse hacia la cocina y regresar con una bandeja de té helado—. A tu padre no le gusta... Eso me hace amar con locura este lugar.

Asentí con la cabeza, ajustando la visión gracias al molesto color de las paredes.

Hace cuatro años ella y papá se divorciaron. Desde que tenía catorce, supe lo que era dividir tu tiempo entre dos personas que jamás se lograron poner de acuerdo ni para qué tipo de cerámica se pondría en el baño.

Era hija única así que fue fácil para ellos separase y rehacer sus vidas.

Lo aceptaba, en serio. Pero desde el año pasado que mamá declaró querer ser psíquica, y papá manejar un lote de autos chatarra, tuve que poner un alto e independizarme a como diera lugar.

—Todo es bastante original —dijo Adam. No sabía si se estaba burlando o lo decía con sinceridad.

—Gracias por el cumplido, bizcochito —lo halagó mi madre.

Adam le dedicó una de sus sonrisas ladeadas que tanto hacían que mi estómago se apretara.

—Entonces, Anna... ¿qué tal andas de amores? —preguntó ella.

¿Por qué mamá quería insistir en ese tema?

Mi situación amorosa era inexistente.

Cero.

Nada de nada.

Ni siquiera tenía a un extranjero perdido que de casualidad fuera a dar a mi puerta; y si eso sucediera... probablemente se tiraría a los brazos de Marie al verla.

¿Acaso mi cabello marrón era poco atractivo? Yo sabía que era algo rebelde y en algunas ocasiones imposible de peinar pero...

—¿No le ha contado que sale con Chocoman? —escuché que dijo Adam.

Al instante mi mano salió disparada hacia su hombro.

—¡Deja de ponerle apodos! Su nombre es Marcus, M-A-R-C-U-S. Y no es mi novio...

—Oh, pero tuvo que verla esa noche. El Choco-chico hasta le compró un enorme oso de felpa. "Eres toda mía" —citó de manera despectiva las palabras que se encontraban bordadas en el peluche.

Mi rostro se puso rojo tanto como por la ira, como por la vergüenza.

Si tan solo supiera que Marie fue la inventora de todo eso.

Mamá se quedó sabiamente en silencio, disfrutando del show entre los dos.

La rabia inundó mi sistema.

—¿Y qué? Por lo menos no sale corriendo cada vez que mencionan el nombre de Eder —le dije golpeando uno de mis dedos contra su pecho—, es como cuando a un ratón le dices la palabra gato. Tú no lo harías mejor que él.

Adam estrechó sus ojos, acercándose tanto a mí que tuve que echar la cabeza hacia atrás para verle el rostro.

Oh, eso lo había molestado.

—Créeme, Anna, yo sí sé hacer *muchas* cosas mejor que él —respondió ahora furioso y con el rostro a dos centímetros del mío—. Para empezar sé cómo se debe besar a una chica. Tu Chocolino no sabía siquiera en dónde poner las manos, mucho menos cómo mover su lengua dentro de tu boca. Tuve que detenerlo antes de avergonzarse a él mismo, y avergonzar a toda la raza masculina.

Tragué saliva.

Le di miradas disimuladas a mi madre quien aún seguía parada cerca, observándonos con atención; con la misma con la que observabas un partido de tenis.

No podía creer que él estuviera diciendo esto frente a ella.

Un calor abrazador inundó mis mejillas.

—Tal vez ese sea el problema —murmuré, no podía ni formar palabras coherentes—, eres todo un experto en el tema. Demasiado para mi gusto.

—Nunca he sabido que ser experto en algo sea malo. Quizás este experto pueda transmitirte algo de sabiduría antes de que llames a ese tipo, Chocozilla, un maestro en el arte de la seducción. Porque te lo digo, el simple hecho de untarse chocolate en el pecho no lo hace más apetecible. Lo hace un bobo que necesita de todos los medios posibles para llamar la atención.

De repente él estaba demasiado cerca de mí. No me dejaba respirar.

—No sigas diciendo esas cosas —dije perdiendo todo el poder en mi voz.

Adam me tomó de los hombros y me acercó aún más a su lado (si es que eso era posible, su cadera chocaba con la mía).

—Yo no necesito de trucos baratos para impresionar a una chica —habló en mi oído—. Tampoco necesito ayuda de osos de peluche para reclamarla como mía... Simplemente se lo digo y punto.

Mis rodillas comenzaban a debilitarse, toda la armadura que cargaba parecía aflojarse ante las cosas que me estaba diciendo.

Intenté zafarme de su agarre pero no me dejó ir.

En un movimiento arrebatado pegó mi frente contra la suya, y me obligó a verlo a los ojos.

Un huracán se estaba formando en su interior, y en el mío se desataba un tornado.

—Y si quiero besarte, Anna —susurró contra mis labios—, no espero a que tú hagas el primer movimiento. Simplemente me lanzo.

Lo vi acercar su boca a la mía, mi corazón se detuvo esperando por ese momento.

Mis labios quemaban por tocar los suyos... pero justo antes de que ambos pudiéramos siquiera parpadear, escuché claramente que se aclaraban la garganta.

Me entró instantáneamente el pánico.

¿Era Marie? ¿Ella nos había visto?

Entonces recordé que nos encontrábamos en casa de mi madre, vi su silueta parqueada frente a nosotros. Me había olvidado completamente de ella.

Me separé inmediatamente de Adam. Estaba tan avergonzada que no fui capaz de despegar la vista del suelo.

¿Qué acababa de suceder?

¿En verdad iba a besarme?

—Ya veo que no estás tan mal de amores después de todo —dijo mamá con cierta diversión en su tono. Ya podía imaginarme su boca naranja frunciéndose para evitar sonreír.

Quise que el suelo se partiera y me absorbiera viva. Pero como siempre, esperar a que esa clase de milagros sucedieran era algo imposible. Tan imposibles como lograr que Adam me bese.

—Los dejaré solos un momento —anunció mi madre—. Espero que no se maten entre ustedes... o terminen besuqueándose en los cojines de mi sala.

Mamá salió hacia la puerta de la cocina, determinada a no voltear a ver atrás.

Mi rostro ardía en caliente.

—Adam, yo... Lo siento. No debí haberte provocado. Fue mi culpa.

Alcé la vista para ver sus ojos, pero él estaba ido viendo hacia la pared detrás de mí.

—¿Me estás escuchando? —pregunté.

—¿Ganaste el primer lugar en "El trasero de bebé más lindo"?

—¿Qué? ¿De qué...? —él señaló hacia la pared que observaba con atención.

Allí colgaba un título en el que se leía: *Primer lugar al trasero de bebé más lindo*.

No podía creer que mamá aún conservara eso.

—A mi mamá le gustaba inscribirme en muchos concursos cuando era niña —expliqué—. Al ganador le daban una dotación de comida para perros y cupones de descuento en el supermercado.

—¿Tenían perros?

—No. Pero mamá era muy ingeniosa y siempre lograba intercambiar el concentrado por pescado.

Traté de apartarlo del vergonzoso pedazo de mi pasado, pero Adam era obstinado y continuó viéndolo con atención.

—Me gustaría confirmar si el trasero más lindo sigue siéndolo —dijo mientras me atravesaba con la mirada.

—Tal vez en tus sueños.

Oh, habíamos regresado a las habituales bromas. Menos mal.

Me aparté de él, e iba a sentarme en uno de los cojines de la sala, cuando la puerta de la cocina se abrió de un solo golpe, haciendo que perdiera mi objetivo y que mi trasero golpeara el suelo en su lugar.

Mamá salió con una amplia sonrisa en el rostro.

—A que no sabes quién viene a verte—chilló emocionada.

Detrás de ella había alguien más pero gracias a la larga y enorme túnica que estaba usando mamá no pude ver de quién se trataba.

Cuando ella se hizo a un lado jamás pensé en volver a ver a esa persona en toda mi vida.

Todavía recordaba lo último que le había dicho antes de la graduación:

"Lo siento pero yo no estoy atraída hacia ti de esa forma. Debemos terminar."

—¡Anna! —dijo él.

—¿Mason?

Lo que me faltaba... ver a mi ex novio justo en este momento.

Fantástico.



CAPÍTULO 5

Anna, mírame

In-cre-i-ble.

Solo con esa palabra podía definir esto, y por *esto* me refería a toda la situación incómoda que se estaba dando en la cena, en casa de mi madre.

Ella había insistido en que nos quedáramos a comer, incluso prometió hacer mi comida favorita. Adam aceptó inmediatamente... Mason también.

Nos encontrábamos en el área en donde antes era el comedor, ahora, en su lugar, había una pequeña mesa de madera con una bola de cristal en el centro que aún conservaba su etiqueta de "Hecho en China" pegada en la base.

Rodé los ojos y traté de no sudar ante la mirada de "por favor átame y lléname con jalea de fresa" que me lanzaba Mason.

Había olvidado lo atractivo que podía verse en pantalones simples y en sus camisetas tipo polo. Él tenía estos ojos marrones enmarcados por largas y rizadas pestañas que combinaban con su cabello castaño.

No era tan alto como Adam pero definitivamente tenía una belleza natural.

—Tomé un nuevo curso en internet —habló mamá para rellenar el incómodo silencio que se extendía en la habitación, nadie hablaba, pero a la vez todos decíamos algo con la mirada—. Oficialmente estoy capacitada para preparar el elixir del amor.

Ay no otra vez.

Ella ya lo había intentado hace un par de meses atrás, haciendo que yo lo probara. La única sensación parecida al amor que percibí fue un malestar estomacal. Resultó ser un potente laxante que me mantuvo metida todo el día en el baño. Digamos que no fue una experiencia que querría volver a repetir.

—Preparé un poco esta mañana. Quiero que sean los primeros en probarlo. —Con eso, ella salió corriendo hacia la cocina, dejándome sola con dos tipos que, por alguna extraña razón, querían matarse entre ellos.

—Y cuéntame, Anna, ¿estás saliendo con alguien? —preguntó Mason.

Vaya, fue directo al grano.

Me llevé a la boca un poco del puré de papa de mi plato, y evité verlo a los ojos.

Antes de poder responder, Adam ya estaba respondiendo por mí:

—Ella ya está tomada, amigo.

Mason amplió los ojos.

—Entonces ustedes dos son... —nos señaló a Adam y a mí.

—¡No! —negué inmediatamente.
—Anna sale con Chocoboy. Aparentemente le gustan envueltos en chocolate.
Le di un pisotón por debajo de la mesa.
A Marcus apenas y lo había conocido durante unos treinta minutos. Adam seguía insistiendo en molestarme con él y no entendía por qué.
—No, no estoy saliendo con nadie —dije esta última frase mirando de soslayo hacia Adam.
Vocalicé un cállate.
—Oh, qué bien. Yo tampoco estoy viendo a alguien —habló Mason—. Me preguntaba si querrías salir conmigo este sábado...
—Ella ya tiene ocupado ese día —dijo Adam tensando la mandíbula.
Lo miré confundida.
—En realidad...
—Saldrá conmigo —me cortó él. Sus ojos verdes me perforaron con una advertencia—. Estaba a punto de decirte, conseguí boletos para ver a una banda en vivo, se llama Ósmosis.
Estaba perpleja. Mi boca completamente abierta mientras trataba de entender a este ser tan complejo como lo era Adam. ¿Me estaba invitando a salir?
Tuve que reprimir los aleteos de las condenadas mariposas que revoloteaban en mi estómago.
Miré disimuladamente a Mason, su expresión era dura.
—Ahh... ¿Va a ir también Marie? —pregunté. Inmediatamente el rostro de Adam se transformó, era como si le hubieran lanzado un balde de agua fría.
Suspiró, y se hundió en su asiento.
—Sí —dijo, sin mirarme a los ojos.
Todas las mariposas que sentía en mi interior murieron.
—¿Qué tal si nos acompañas? —hablé esta vez para Mason.
No veía nada malo en invitarlo entonces.
Él me dedicó una sonrisa brillante y vi cómo sus ojos estudiaban detalladamente mis labios.
Las mariposas volvieron.
—Aquí está —interrumpió mamá, entrando de nuevo en el pequeño cuarto, trayendo consigo tres vasos llenos con un líquido rosa—: Elixir del amor. Garantiza que la primer persona que veas después de beberlo se enamore perdidamente de ti.
Obviamente no creía en ninguna de esas tonterías; mamá se volvió psíquica gracias a una página web y a un curso de cómo leer la mano en un día.
Aún no entendía cómo es que conseguía clientes. Sus predicciones nunca eran acertadas... por lo menos no las mías (o las de papá).
Me deshipnoticé de mis pensamientos al ver a Mason y a Adam coger rápidamente los vasos con la bebida rosada y sorberla de un solo trago.
Me quedé esperando ansiosamente para verlos correr en dirección al baño, pero en su lugar parecían disfrutar del sabor.
—Y tú, pastelito, ¿no quieres probar un poco? —Mamá sostuvo el vaso para mí.
Negué con la cabeza.

—No quiero que resulte como la vez pasada —admití.

—Oh, esa fue mi culpa, había leído mal la receta. Prueba este, me quedó mejor.

—Sabe a ponche de frutas —dijo Adam relamiéndose la comisura de los labios. Me perdí en ese simple gesto.

—¿Y cuándo sentirá la persona esos efectos para enamorarse de mí? —dijo Mason, viéndome fijamente.

Aparté la mirada.

—Mmm... El elixir hace efecto en diez minutos después de haberlo probado.

—Más vale que no parpadees en mi dirección —amenazó Adam a Mason—. Si comienzo a delirar con que tienes lindo cabello te voy a colgar de tus calzoncillos. ¿Entiendes?

—Lo mismo digo —respondió Mason de mal humor.

Ambos se dieron la espalda como si fueran dos niños pequeños.

Ufff... Hombres. Digo, niños.

—No funciona así —intervino mi madre—, solo sirve cuando en verdad te interesa la otra persona, la que quieres que se enamore de ti. Obviamente ninguno de los dos se interesa mutuamente. Ninguno corre peligro.

—Ni siquiera yo —balbuceé sin pensar.

Cuando alcé la vista, tres pares de ojos estaban viéndome atentamente: mamá, Adam y Mason.

¿Por qué me miraban tanto?

¿Acaso dije algo malo? ¿Tenía apio entre los dientes? ¿Un barrito en la cara?

—¿Qué?

—¿No vas a probar mi elixir especial? —preguntó mamá de manera indignada.

Los tres pares de ojos seguían comiéndome con la vista.

—Te dije que esta vez utilicé una receta distinta, no tendrás que correr directo al baño —continuó hablando ella.

—¡Mamá! No puedo creer que dijeras esto frente a alguien que no sea papá —la regañé.

Miré en dirección hacia Adam, una sonrisa perezosa se dibujaba en su rostro.

—¿Solo un poco? —acercó el vaso hacia mí—, necesito saber si quedó perfecto.

Enojada tomé el vaso, derramando una parte del jugo en la mesa. Bebí un sorbo y antes de darme cuenta ya lo había acabado todo.

De hecho no sabía tan mal. Por lo menos esta vez no sentía el toque de alquitrán que sentí la vez pasada.

—Sabe bien —admití—, ¿contenta?

Ella asintió con la cabeza.

—Bien. Vuelvo en un rato. Ustedes chicos se quedan solos —dijo ella y salió en dirección a la cocina.

—Anna, ¿podemos hablar? —preguntó inmediatamente Mason—, ¿a solas?

Miré de reojo hacia Adam, él enarcó una de sus cejas.

—No he terminado de comer —balbuceó llevándose un trozo de tomate a la boca—. Yo no me voy de aquí.

—Bueno, los que nos vamos somos nosotros —le dije.

Comencé a levantarme de mi asiento pero una mano sujetó con fuerza la mía.

Adam me regresó de nuevo a mi lugar. Mi trasero golpeó la silla haciendo un ruido sordo.

—¿Qué…?

—Anna tampoco ha terminado su comida —dijo simplemente, reteniendo mi mano para que no me moviera.

—Ya no tengo hambre —murmuré—, ahora suéltame.

Él levantó su tenedor y lo ensartó en un pedazo de carne, estaba ignorándome.

—Es bueno que comas algo —habló para mí—. Si tienen que hablar no veo el motivo para no hacerlo aquí. Prometo cerrar los ojos cuando comiencen con las cursilerías y las escenas melosas de quiero—volver—contigo.

Mis mejillas se pusieron rosadas.

—Hablaremos afuera. —Intenté levantarme nuevamente. Adam puso resistencia.

Lo apreté de la mano (algo que jamás había hecho), él alzó la vista y le supliqué con la mirada que me dejara ir.

Esta vez cedió sin protestas.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Mason una vez que logramos salir al patio trasero de la casa.

—No tengo idea. Él es algo sobreprotector.

—Si vuelve a tocarte de esa manera juro que le voy a partir los dientes.

—Pues deberías estar tranquilo. Él ya tiene novia —aunque Marie no era técnicamente una novia. Era más bien… mmm. Mejor no pensar en eso.

—Fue interesante volver a verte —dijo Mason después de haberse serenado, metió un mechón de pelo detrás de mi oreja—, espero que lo que sea que haya interferido entre nosotros no vuelva a repetirse. Te extrañé, Anna.

Su cuerpo se acercó más al mío.

Las jodidas mariposas hicieron acto de presencia en mi estómago, retorciéndolo a su gusto.

—También fue bueno verte, Mason. No te lo dije antes pero quiero disculparme por la manera tan grosera en la que acabó todo entre nosotros.

Sentí su cálida mano en mi mejilla.

Alcé la vista y me encontré con esos bellos ojos marrones.

¿Por qué siquiera había terminado con él? Era atractivo... no como esos inalcanzables modelos rusos de ropa interior, pero sí atractivo como chico normal y accesible.

—No necesitas disculparte —susurró él cerca de mi boca—. Respeto que necesitaras tu espacio. Ahora quiero recuperarte.

Puso una de sus manos en mi cintura. Estábamos tan cerca que si quería besarme solo tenía que fruncir un poco los labios.

—Mason, yo... es complicado justo ahora.

—No sé qué es lo que pasa entre tú y ese sujeto de allá, pero no pienso rendirme tan fácilmente.

Necesitaba aclararle que nada sucedía con Adam, pero yo misma sabía que eso era estar engañándolo y engañándome a mí misma.

En su lugar dejé que Mason me estrechara más a su cuerpo.

No me dio tiempo de reaccionar cuando él inclinó la cabeza y unió sus labios con los míos.

Fue un beso lento que reavivó viejas chispas de fuego que estaban apagadas.

Esta vez él no estaba salivando en mi boca, era como si hubiera pasado practicando para llegar a este momento. Llevé mis manos a su cuello, inmediatamente sus labios buscaron los míos de forma ávida.

Antes de poder llegar a profundizar las cosas, un fuerte ruido hizo que me apartara de Mason.

Alguien había azotado fuertemente la puerta.

Siguiendo hacia la fuente de ese ruido se encontraba Adam con una expresión estoica en el rostro.

—Ups. Lamento interrumpir —dijo él sin demostrar una sola gota de remordimiento.

Yo aún respiraba de manera entrecortada debido al beso.

Le lancé una mirada asesina a Adam.

—¿No tenías que irte? —escupió él hacia Mason—. Ya es de noche, es peligroso caminar solo y sin protección.

¿Qué rayos hacía?

—Adam, no...

—No te preocupes, Anna —me detuvo Mason— de todas formas ya tenía que marcharme. Te veré el sábado.

Se despidió dándome un beso en la frente.

Mientras caminaba hacia la salida chocó contra el hombro de Adam.

—¿Qué te sucede? —grité cuando Mason se fue por completo—. ¿Por qué hiciste eso?

—No me agrada él.

Resoplé.

—Pues a mí no me interesa lo que pienses de Mason, es a mí a quien tiene que gustar, no a ti.

Empecé a caminar lejos de él pero ni siquiera pude dar un paso porque me sujetó rápidamente del brazo, girándome hacia él.

—A ti más que a nadie te conviene saber lo que opino de ese tipo. ¿No se supone que es tu ex novio? Entonces deberías recordar el por qué lo dejaste.

—Eso, Adam, no es de tu incumbencia.

Intenté zafar mi brazo pero él no cedía.

—Dime por qué lo dejaste —me exigió—, ¿te sigue gustando?

Me rehusé a responderle.

Evité todo contacto de sus ojos con los míos.

—Anna, mírame.

Agaché aun más la cabeza. ¿Por qué me ponía tan nerviosa?

—Anna... —sus largos dedos presionaron mi brazo—. ¿Piensas volver con él?

—¿Por qué quieres saberlo? —Continuaba sin mirarlo a los ojos.



El agarre hacia mi brazo se detuvo, en su lugar él me tomó de la barbilla. Mis ojos finalmente se encontraron con los suyos.

—No quiero que salgas con él.

—¿Celoso? —bromeé.

Lo vi abrir la boca para responder pero antes de llegar a decir cualquier cosa, su celular comenzó a reproducir la canción de Toxic de Britney Spears.

Baby can't you see
I'm calling
A guy like you should wear a warning
It's dangerous
I'm falling

Los dos nos congelamos en donde estábamos; Marie le había puesto esa canción como identificador para cuando ella lo llamara.

Eso significaba que Marie lo estaba llamando justo ahora.

Grandioso.

Vi la lucha interna que tuvo Adam en si debía responder o no.

Le facilité esa decisión alejándome de su agarre.

—Contéstale a Marie, sabes lo mucho que se enoja cuando la ignoras —dije antes de correr en dirección al interior de la casa.

Lo escuché hablar minutos después.

Quedó en verse con Marie esa misma noche.

Solo podía decir que tenía dos cosas claras desde ahora:

1) El elixir del amor que preparó mamá no servía: miré a Adam a los ojos por más de diez minutos y obviamente él no se enamoró de mí.

2) Yo no podía tener nada con él. Ni en mis sueños más alocados. Era demasiado complicado llegar a gustarle a una persona así.

Además de que resultaría doloroso enamorarse de Adam Walker: él ya estaba en una relación complicada, y precisamente esa relación era con mi prima.

—Te quiero ver el sábado —escuché que le susurraba a Marie.

Suspiré.

Oh, sí. El sábado será un día sensacional para una cita doble.

Él con Marie, y yo con Mason.

¡Yupi!



CAPITULO 6

Nena

—Yo creo que Adam está celoso —dijo Rita cuando le conté sobre mi pasada noche en casa de mi madre.

Fruncí el ceño ante su observación y le lancé un puñado de papas fritas al rostro.

Ella respondió lanzándome algunas también.

—Él no tiene ningún motivo o razón para ponerse así —le dije.

Rita rodó los ojos.

—Já, enamorados. Todo el mundo se da cuenta de la atracción entre los dos, menos ellos —dijo, exasperada.

—¿Yo, enamorada de Adam?

—Por favor, Anna, es tan obvio.

—Es cierto —la secundó Dulce, la chica gótica que tomaba los turnos de cajera por la tarde. Ella llevaba su maquillaje oscuro al extremo: su boca estaba pintada de negro, sus uñas tenían pequeñas calaveras plateadas que hacían juego con sus accesorios, su piel se encontraba pintada de blanco cadáver y tenía un tatuaje en el brazo de una mano mostrando el dedo medio que decía: ¿Te parezco Dulce ahora?—. No hablas de otra cosa más que de él.

—Cariño, reconozco el amor cuando lo veo —opinó también Mirna—, recuerdo cuando estuve casada hace doce años... —suspiró teatralmente—. Fue una pesadilla. Por eso te digo que tienes que aprovechar y sacarle el jugo a tu juventud. Acuéstate con tantos hombres como puedas, no vaya a ser que después descubras que tienes cincuenta y que tu piel está arrugada hasta por las zonas bajas...

—Ok, demasiada información —la detuve.

—Muchachas, muchachas. Por favor, dejen de hablar —nos regañó Cliff.

Supuestamente estábamos en medio de una reunión de trabajo, discutiendo sobre el nuevo aditivo al menú: una hamburguesa de pollo con extra chile picante, cortesía de los ejecutivos de alto rango.

—Les voy a pasar algunas muestras para la degustación —nos dijo él—, yo en lo personal ya comí tres de ellas. Las van a disfrutar.

Gustavo, el único chico que trabajaba en el restaurante, nos pasó las hamburguesas envueltas en un papel marrón mientras que Cliff tomaba asiento y comenzaba a devorar otra.

—Escuché que tú y tu ex novio saldrían este sábado —mencionó Gustavo cuando se detuvo a mi lado.

Él andaba como por los quince años; era de piel canela y en su rostro empezaban a aparecer pequeñas manchas dignas de la pubertad.

—Las noticias aquí vuelan rápido —murmuré.

—¿Entonces? ¿Es verdad?

—No del todo —dijo alguien a mis espaldas—, también saldrá conmigo.

Ni siquiera me volteé a verlo, ya sabía que se trataba de Adam. ¿Cómo rayos pudo entrar al restaurante si se suponía que estaba cerrado?

Gustavo amplió los ojos enormemente, luego se escabulló como rata cobarde.

Adam arrastró una silla a mi lado y tomó algunas de las papas fritas que tenía en mi plato.

Instantáneamente sentí a más de cuatro pares de pies chocando contra los míos por debajo de la mesa, como diciendo: ¿Veees?

—Oye, aun no he terminado de comerlas —protesté, ignorando todas las miradas de mis compañeras de trabajo.

Adam parpadeó en mi dirección y continuó comiendo como si yo no hubiera dicho nada.

Llevaba cada papa a su seductora boca con un movimiento en la muñeca que... Simplemente era hipnótico verlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando recordé que no se deben ver a las personas fija e indiscretamente como si fueran una clase de postre para devorar—. Esta es una reunión de trabajo y tú no trabajas en este lugar... —Adam se levantó momentáneamente de su asiento, buscando con la mirada a alguien. Sus ojos se detuvieron en Cliff.

—¿Con quién tengo que hablar para que me contraten? —gritó él.

Cliff despegó la vista de su hamburguesa y frunció el ceño hacia Adam.

—No estamos empleando a nadie...

—Lo haré gratis.

—¡Contratado! —sonrió Cliff, elevando sus regordetas mejillas.

—Listo, ahora trabajo aquí —anunció triunfalmente, agarrando más de mis papitas—. No puedes correrme.

Lo miré boquiabierta.

¿Acaso estaba loco?

—¿Es que no tienes un trabajo real? Ni siquiera sé de qué te ganas la vida.

—Me gano la vida limpiando parabrisas de autos en los semáforos —hizo una pausa para embadurnar una papa con Ketchup—, y estoy aquí porque se me da la gana. Oh, casi lo olvidaba, estoy también porque vine a verte.

¿Vino a verme?

Miré de soslayo a Rita quien se hacía la que no estaba escuchando nada... al igual que el resto de las que se encontraban sentadas en la mesa.

—¿Para qué?

—¿Para qué, qué?

—¿Cómo que para qué, qué?

—¿Para qué, qué, de qué?

—¡Adam!

—¿Anna?

—¡Ya, los dos! —nos detuvo Dulce—. Van a hacer que la vena de mi frente cobre vida y mute en un zombi.

De todas las cosas que pude hacer, solo se me ocurrió reírme.

Adam hacía lo posible por no imitarme pero cedió al instante.

Las esquinas de su boca se estiraron hacia arriba y en un segundo los dos reíamos como si fuéramos niños pequeños.

Dulce nos lanzó miradas que harían a un cubito de hielo derretirse.

—Infantes —nos regañó.

—Déjalos ser —bromeó Mirna—, si yo tuviera su edad ya hubiera echado al chico sobre la mesa y lo desnudaría lentamente.

—Iuuggg —chillé—. Mirna, eso es asqueroso.

Aunque de alguna forma no se me dificultaba imaginarme a Adam con menos ropa de la que usaba... De verdad quería ver qué decía el tatuaje en su espalda.

Me quedé tonteando por un momento, perdida en mis pensamientos, que no me di cuenta cuando Adam se me quedó viendo fijamente y con una ceja elevada.

—¿Qué? —pregunté. Oh no, ¿acaso estaba babeando? ¿o ahora él podía leer mentes y ver los sucios pensamientos que daban vuelta en mi cabeza?

—Me estabas imaginando desnudo, ¿verdad? —dijo con un aire de suficiencia.

Fruncí el ceño.

—Ya quisieras... —Oh.por.Dios, ¿cómo lo supo?

—Bueno, soy de los que no les gusta dejar nada a la imaginación.

Se puso de pie y repentinamente se paró sobre la silla en la que se sentaba; inmediatamente todos en la habitación se le quedaron viendo.

Cliff detuvo su mano en el aire justo cuando se llevaba una segunda hamburguesa a la boca.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, nerviosa. Miré las reacciones de mis compañeras pero ellas estaban embobadas, viéndolo.

—¿Alguien puede poner algo de música? —dijo él. Al instante Gustavo salió disparado hacia la oficina de Cliff y segundos después sonaba por los parlantes una canción popular y conocida de Maroon 5.

—Moves like Jagger, qué oportuno —balbuceó Adam.

¿Por qué parecía ser la única que no sabía qué estaba pasando aquí?

Comprendí finalmente sus motivos cuando vi cómo se paró sobre la mesa en la que comíamos; Mirna se apresuró a quitar todos los platos y cualquier posible obstáculo para dejarle el camino libre.

Noooooo. Él iba... Él iba a...

Adam comenzó a mover sus caderas al ritmo de la música. Fue juguetón y bromista, pero una vez que fijó sus ojos en los míos, vi que se tomaba esto más en serio.

Pronto empezó a desabotonarse la camisa... botón por botón mientras seguía bailando.

Noooo...

Finalmente se quitó la camisa por completo.

Todas las chicas presentes (más Gustavo) se quedaron viéndolo hipnotizadas.

Él tenía una piel increíblemente tersa; en su hombro izquierdo se miraba un tatuaje de patrones geométricos estrechos, junto con intrincadas líneas delgadas. Parecían ¿raíces? Que se perdían y se conectaban con otro tatuaje en su espalda.

Me quedé boquiabierta al ver sus músculos.

Tenía otro en su pecho, una frase en letras cursivas que ni siquiera se podía leer bien.

Luego se dio la vuelta, girando sobre su eje, me dio la vista a más tatuajes en la espalda, todos en negro, nada de color.

—¡De eso estoy hablando! —gritó Mirna. Ella comenzó a desabrocharse el delantal y una vez fuera, lo agitó en el aire, como vaquera girando el lazo —. Necesitábamos algo de acción por aquí. ¡Vamos, cariño. Quiero ver más piel!

Por el rabillo del ojo pude ver a Cliff ponerse de pie, su rostro estaba rojo y las comisuras de sus labios se encontraban untadas con mostaza.

—¡Oigan, esto no es un club nocturno! —gritó él.

—¿Cuánto quieres para que lo sea? —devolvió Adam sin dejar de bailar.

Cliff amplió los ojos y se relamió los labios.

—No quiero nada.

De igual forma Adam le lanzó un pequeño rollo de billetes que se sacó de la billetera del pantalón.

Cliff se quedó callado y continuó comiendo como si nada hubiera pasado.

¿Cuánto dinero tenía Adam? Ahora más que nunca quería saber en qué trabajaba.

Llevaba cinco meses de conocerlo y parecía como si en realidad no supiera nada de su vida.

Él regresó a la labor de desabrochar sus pantalones. Mirna y Gloria, otra de las chicas que freía las papas, depositaron billetes en los bolsillos de Adam.

Resoplé.

Mi rostro quemó en caliente cuando él me miró y me lanzó su camisa perfumada al rostro.

—Solo para ti, nena —me dijo y me guiñó el ojo.

Eso bastó para ponerme como pudín regado en el suelo.

—Oh, esto se va a poner bueno —sonrió Rita mientras miraba entre Adam y yo.

—Juro que si hubiera elegido algo de Slipknot ya me le hubiera lanzando encima —masculló Dulce.

Me quedé estupefacta.

Adam me hacía señales con la mano para que lo acompañara sobre la mesa. En mi lugar, fue Mirna la que se unió.

Ella comenzó a hacer el baile del caballo, la mesa crujía un poco cada vez que saltaba y movía su cadera recién sometida a cirugía ortopédica.

—Anna, sube tu trasero aquí —gritó Adam para hacerse escuchar sobre los gritos de las chicas que bailaban alrededor.

Negué con la cabeza.
Paró de bailar, viéndome con la típica mirada que ponía cuando algo no salía como a él le gustaba.
Rápidamente bajó de un salto de la mesa y me agarró de la cintura.
—Sube o te subo —me amenazó.
—¿Qué...? Tú no me mandas.
—Bien. Será por las malas.
Me apretó fuertemente y me encaramó a su hombro; su mano derecha sostenía mis piernas.
—¡Adam, bájame! —golpeé su espalda.
Pensé que iba a llevarme hacia la mesa para obligarme a bailar, pero vi que se desviaba hacia la puerta de salida del restaurante.
—¿Qué estás haciendo? —chillé, comencé a golpear una vez más su desnuda espalda.
Desde donde estaba, podía ver parte de su tatuaje, intenté leer lo que decía pero Adam caminaba rápido y me mareaba. Pronto nos encontramos fuera, nadie se dio cuenta de que nos habíamos ido.
—¡Adam! —lo golpeé nuevamente.
—Cálmate. Solo quiero mostrarte mi lugar de trabajo.
—¿Los semáforos, en donde limpias parabrisas? —soné sarcástica.
—Exacto.
—Adam, bájame. Estás sin camisa y la gente nos mira raro. Bájame antes de que diga que me estás secuestrando.
—¡La estoy secuestrando! —gritó en medio de las calles. Jodido desgraciado—. ¿Ahora ves que a la gente no le importa? Además, tú tienes mi camisa.
—¿Qué?
—La tienes justo en tus manos...
Bajé la mirada hacia mis manos y... sip, tenía agarrada la camisa de Adam.
¿Cómo...?
La solté inmediatamente.
—Ahora, eso fue maleducado —dijo, tratando de agacharse para recogerla.
Aproveché a zafarme de su agarre, separándome de sus brazos y poniendo distancia entre ambos.
Me puse en pie temblorosamente y, gracias a un mal paso, caí sobre mi trasero.
Adam comenzó a reír, luego me tomó de la cintura para levantarme.
—Anna, solo sígueme. Quiero mostrarte lo que hago... —dijo él.
—¡Anna! —llamó de repente una familiar voz a mis espaldas. Me giré para encontrar a la mamá de Marie viéndome de forma desaprobadora.
Tragué saliva y me forcé a sonreírle a la mujer de cabello corto color naranja y de figura regordeta.
—¡Tía Charlotte! —chillé sorprendida. Ella no dejaba de fruncir el ceño en dirección a Adam.
Fue allí cuando me di cuenta de que él aún me tenía agarrada de la cintura... y que continuaba sin camiseta.

Me separé inmediatamente.

Adam no conocía a mi tía, o a cualquiera de la familia de Marie, porque ella ya les había presentado a Eder como novio oficial.

—Tu madre me llamó el otro día. Deberías visitarla —me regañó—, es una mujer débil y sensiblera. La pobre pasa por su crisis de la mediana edad y tu aquí... Coqueteando.

Dijo esta última palabra como si fuera lo más asqueroso que pudo haber salido de su boca. Disimulé mi malestar debido a su comentario y forcé aun más mi sonrisa.

—Ya la fui a ver. Ayer precisamente.

—Hmmjum.

Ella examinaba a Adam con ojo de águila.

¿Coqueteando? ¿De verdad pensó que yo estaba coqueteando?

De pronto, una pelirroja de cuerpo curvilíneo se giró en la esquina y se detuvo en seco al vernos.

Era Marie.

Pánico se instaló en sus ojos azules al recorrer con la vista a un Adam de pecho descubierto, a su madre y a mí.

Se acercó a paso lento hacia nosotros y se aclaró la garganta.

—Anna —asintió con la cabeza—, ¿qué haces aquí?

Ella hacía todo lo posible por ignorar a Adam; simulaba que no lo conocía.

—Salí del trabajo temprano —dije tratando de agarrar valor.

—¿Y él es...? —habló mi tía.

—Adam —respondió él a su pregunta. Lo podía ver en sus ojos: estaba furioso.

Apostaba a que se sentía verdaderamente molesto con Marie por su fría indiferencia, pero desde un principio él estuvo de acuerdo en mantener su relación secreta.

Adam extendió su mano para estrechar la de mi tía, pero ella dudó en si debería o no. Hizo una mueca y finalmente intercambiaron saludos.

—¿Y cómo conoces a Anna? —lanzó ella.

Su tono era de puro desdén.

—Porque... —Marie se puso alerta y negó disimuladamente con la cabeza, haciéndole señas a Adam para que no mencionara que ambos se conocían— ella es mi novia.

¿Qué... qué?

Palidecí al instante, amplié mis ojos y volteé a verlo de forma incrédula.

—¿Anna tiene novio? —dijo mi tía. Pocas cosas la sorprendían y esta era una de esas—. Ella no me ha dicho nada.

Tragué saliva.

—Es que ni yo misma lo sabía —golpeé con mi pie la pierna de Adam.

Él sonrió descaradamente.

Idiota.

—Justo hoy se lo iba a preguntar —dijo, se giró hacia mí, y noté detalladamente otra porción de uno de sus tatuajes en la nuca—. Anna, nena, ¿entonces? ¿Eres mi novia o ya no quieres serlo?

Me obligué a no estallar en rabia.

—Pero... Pero, ella ya tiene novio —habló Marie. Su rostro era la viva imagen de la ira—, ¿qué pasó con ese chico que estuvo la otra noche en el departamento? Hasta usaron una fuente de chocolate.

La iba a matar.

Sip, la mataría.

—Eso fue romance de una sola noche —se bufó Adam—. Me aseguré de que no volviera a ver al tipo.

Mi rostro estaba rojo.

—¿Y qué sucede con tu ex novio? —continuó Marie—, ayer me dijiste que lo viste nuevamente, ¡que lo besaste!

No podía creer que estábamos teniendo esta conversación frente a mi tía, en medio de la calle... cerca de un Motel llamado El Paso, con Adam sin camiseta y con el botón de sus pantalones desabrochado.

—Oh, eso fue un breve desliz. A cualquiera puede ocurrirle —dijo él respondiendo por mí—. Ya lo superamos, ¿no es así, nena?

Por más enojada que estaba con él, no pude evitar ablandarme un poco cuando me llamó nena.

Se sentía bien escucharlo decir que yo era su nena. Neeeenaaaa.

NENA.

—Ah... Interesante —se limitó a decir mi tía—. Marie, debemos irnos.

Chasqueó sus dedos y caminó sin despedirse.

Marie me advirtió con la mirada que tendríamos una conversación más tarde, y luego se echó a correr detrás de su madre.

—Por cierto —mi tía devolvió sus pasos, viendo a Adam por un breve instante y luego regresó su mirada hacia mí—, esta noche pasaré un rato por el departamento. Espero encontrarlo limpio y pulcro.

Se giró y caminó sacando su voluptuosa retaguardia hacia atrás.

Después de verlas a ambas girar por en la siguiente cuadra, Adam habló:

—¿Soy yo, o ella camina como si tuviera un palo de golf atravesado en el trasero?

—Siempre pensé que era más bien un bate de béisbol.

Ambos nos miramos a los ojos, solo eso bastó para que desatáramos la risa loca.

Después de un minuto, le di un manotazo en el hombro. Fuerte.

—Auuu —se quejó.

—Eso fue por decir que era tu novia.

Volví a darle otro manotazo en el mismo lugar.

—Y eso fue por cargarme a la fuerza cuando te pedí que me bajaras.

Iba a propinarle un tercer golpe por haber pedido trabajo a Cliff y haber puesto a bailar a todos los empleados, pero él me detuvo, sujetándome de la muñeca.

—Esto es por haberme ayudado a esconderme todas esas veces en tu cuarto —imitó él, en vez de golpearme, me besó en la frente.

—Esto es por hacerme llorar de la risa —me atrajo para besar mi mejilla.

—Esto es por cubrir a Marie y echarte la culpa por Chocolator. Sé que fue la aventura de una noche de ella.

Adam besó mi otra mejilla.

Antes de que pudiera decir algo, él me tomó de los hombros y me miró de forma determinada.

—Y esto es por retarme a cada minuto del día; por ser tan terca y bipolar. En un minuto te ríes y al siguiente estás golpeándome en el hombro.

Oh no, ¿qué rayos iba a besar ahora?

Acercó sus labios a los míos, los presionó hasta que reaccioné y me di cuenta: ¡Adam estaba besándome en la boca!

Me quedé estática y en shock por unos segundos, pero rápidamente cerré los ojos y respondí a su beso.

Era eléctrico. Recargado. Su boca se movía con elegancia en contra de la mía.

Sentí su mano derecha bajar hacia mi cintura mientras que la otra hacía su camino hacia mi nuca y pasaba sus dedos por mi cabello.

Mi cabeza daba vueltas y en lo único que podía pensar era que él me convertía en pudín.

Se separó demasiado rápido para mi gusto, instantáneamente me hizo falta el calor corporal que me ofrecía.

Bizqueé solo para ver que comenzaba a ponerse su camisa de botones.

Me sentí como Bambi aprendiendo cómo caminar: desorientada.

—Hasta pronto Anna. Te veré el sábado —dijo.

Lo vi caminar, alejándose de mí.

Tuve que obligarme a no salir corriendo detrás de él y suplicarle para que me besara de nuevo.

Me quedé ahí, parada como una imbécil y en estado de shock.

Mierda: Adam me había besado.

Doble mierda: él supo todo el tiempo lo de Marcus.

Triple mierda: lo iba a ver el sábado... junto con Mason.

Esto era demasiado que procesar para el pobre cerebro de una cajera que ganaba veinte dólares semanales.

Demasiado por comprender en mi estado pudín.



CAPÍTULO 7

Bambi

Pudín, pudín, pudín, pudín...

—¿Anna? ¿Tierra llamando a Anna? —Marie chasqueó los dedos frente a mí.

Ella tenía un recogedor en una mano, y en la otra una escoba. La tía Charlotte no tardaría en llegar a inspeccionar el departamento.

Despegué la vista de mi tarea de limpiar las ventanas y, avergonzada, miré hacia el suelo.

—Aun no me has contado por qué Adam y tú estaban juntos hoy en la tarde —me reclamó ella.

Regresé a mi actividad de rociar las ventanas con Windex y luego limpiar la superficie con una tela delgada.

No debo hablar del beso... No debo hablar del beso.

—Ya te dije. Cliff lo contrató y luego me mandó a que lo acompañara a hacer algunas diligencias —mentí.

—¿Por qué Adam pediría trabajo allí? Si me hubiera dicho, hago que papá lo ponga en algún puesto de ejecutivo.

Rodé los ojos.

—¿Y por qué dijo que ustedes dos eran novios? Hubiera bastado con que le dijera a mi mamá que eran amigos.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

No le digas del beso... Por favor Anna, mantén tu boca cerrada.

—Lo hizo para darte celos. Creo que últimamente lo tienes descuidado —respondí aún sin mirarla.

—Tienes razón. Es que estos últimos días Marcus me ha tenido ocupada.

No hables del beso, no... Espera, ¿qué?

—¿Marcus? —chillé— ¡Pensé que no volverías a verlo! Creí que tú y tu drama lo habían ahuyentado.

Marie se mordió el labio inferior.

—Él me buscó al siguiente día, me dijo que quería ser parte de mi emocionante vida.

Estaba furiosa. Furiosa y ofendida.

¿Cómo era posible que lograra manipular a tantos hombres? ¿Es que acaso todos eran idiotas?

—¿Qué pasa con Eder? —pregunté.

—¿Qué hay con él? Tampoco lo he podido ver, pero es porque anda de viaje...

—Él habló conmigo el otro día.

—¿Por qué de repente todos mis novios hablan contigo últimamente?

No sabría decir qué fue lo que me asustó más; si el hecho de que se enojara conmigo, o el que hubiera dicho en la misma frase esas palabras: "todos mis novios".

—Ya me cansé de esto —dije tirando el pedazo de tela a un lado—, me cansé de cubrirte siempre.

Ella enarcó una ceja, desafiándome.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a correr a contarle a Eder que estoy viendo a Adam? ¿Vas a contarle a Adam que estoy viendo a Marcus?

No, él ya lo sabe… de hecho, los dos lo saben.

—Dejar de cubrirte significa que si alguno de tus novios te sorprende con alguien más, yo no voy a mentir por ti. Además me debes un favor.

—¿Un favor? ¿De qué? —escupió ella.

—De cuando estabas untando chocolate en Marcus... Insististe en que si te ayudaba, me deberías una grande.

—Eso ya te lo pagué.

Resoplé.

—¿Me quieres explicar cómo? Porque yo no lo recuerdo.

—Yo fui quien le marcó a Mason para que fuera a buscarte en casa de tu madre —dijo de manera triunfal, como si hubiera hecho la caridad del siglo. Como si se considerara a ella misma la madre Teresa de Calcuta.

—¿Qué? ¿Por qué harías eso?

—¡Duh! Estás siempre tan solitaria que pensé que una pequeña ayudadita no haría daño. Y como resultado saldremos todos juntos, ¿no? No fue tan malo después de todo. Además créeme, a Mason todavía lo vuelves loco. Uno de tus primeros novios nunca se olvida…

—De igual forma no pienso ser más tu tapadera.

—Anna, tú y yo sabemos lo mal visto que es una persona soplona.

—Ya dije. No cuentas conmigo para cubrir tus relaciones. ¿Sabes acaso lo mal que me sentí pensando que ahora tu madre cree que yo mantengo a todo un harén en mi cama?

—Por favor, ambas conocemos lo jodida que es mamá. De igual forma ella se hubiera inventado toda una historia solo por verte con Adam desnudo a mitad de la calle.

—No estaba desnudo —protesté patéticamente.

—Semidesnudo. Y por cierto, ¿qué hacía él sin camisa? —me miró de manera sospechosa.

—Se llenó de salsa. Tuvo que quitársela. —Volví a recoger el paño para limpiar la ventana y me concentré en una mancha imaginaria.

—¿Acaso no es bello? Tiene un torso espectacular. ¿Y le viste el tatuaje de la espalda, ese que tiene abajito?

Las palmas de mis manos comenzaron a sudar.

—No entendí qué decía —dije fallando en no tartamudear.
—Pffftt, ¿qué más va a ser? Por supuesto que mi nombre…
Y eso bastó para que se me bajara la presión y saliera todo el aire de mi cuerpo. ¿Por qué tenía que ser tan curiosa?

Ósmosis era una banda local que tocaba en un pequeño bar llamado Hipotermia. Aparentemente habían cogido fama y ahora eran bastante conocidos a nivel nacional.

Entre la multitud que hacía fila para entrar al concierto se miraban varios fans usando una camiseta con el logo de la banda.

Me sentía desubicada en mi corto vestido azul y en mis bajas zapatillas grises mientras miraba a muchas chicas en sus cómodos jeans y leggins.

A mi lado se encontraba Marie, usando algo que requería la misma cantidad de tela que un bikini de una pieza.

—¿A qué hora te dijo Mason que vendría? —me preguntó ella por enésima vez.

Mason llevaba quince minutos de retraso. En poco tiempo estaríamos dentro del local y no quería que nos fuera a perder.

—Quedamos en vernos a las tres. No sé por qué aún no ha llegado —respondí, mirando hacia ambos lados de la calle.

—Probablemente ordeñar su última vaca lo retrasó —se burló Adam, sus ojos nunca haciendo contacto con los míos.

—Pues ordeñar vacas es mejor que limpiar parabrisas en los semáforos.

Marie nos miró a ambos, su boca se frunció.

—¿De qué carajo hablan? —preguntó finalmente.

—De nada —dijimos Adam y yo al mismo tiempo.

Miré de reojo hacia Adam y noté que él hacía lo mismo conmigo; sus ojos verdes se clavaron en los míos por un nanosegundo y luego apartó la mirada rápidamente. Desde el día del beso él no había vuelto a verme de la misma manera... ¡Apenas y hacía contacto visual conmigo!

¿Será que yo era una terrible besadora? ¿Tenía, en ese entonces, mal aliento? ¡¿Qué era?!

De todas formas parte de su encanto murió al saber que él, entre todas las personas, le había dedicado su tatuaje a Marie.

La decepción era abrasadora.

—Uff... Lamento el retraso. —Mason apareció frente a mí, frotándose las manos para entrar en calor debido a la repentina oleada de frío que nos cubrió.

Le sonreí y me acerqué para besar su mejilla. En su lugar, él me tomó de la barbilla y dirigió sus labios a los míos.

Abrí los ojos en sorpresa. El beso fue corto pero vigoroso, antes de poder reaccionar, ya estaba separándose de mí.

—Hola —murmuró con un rubor extendiéndose por sus mejillas.

Tragué con fuerza y por más que lo intenté no pude formar ninguna oración coherente.

—Vaaaaya —habló Marie—. Veo que las cosas entre los dos han avanzado mucho.

Mason le sonrió a mi prima, y luego pasó sus manos por mi cintura, atrayéndome hacia su cuerpo.

Tomé un poco de distancia, sintiendo cómo la situación iba demasiado rápido entre los dos.

A todo esto, Adam no parpadeó en mi dirección ni una sola vez.

—Deberíamos entrar —dijo el susodicho vagamente—, la gente ya está comenzando a disminuir aquí afuera.

Tomó la mano de Marie y ambos se adelantaron hacia la entrada del bar, dejándonos atrás a Mason y a mí.

—¿Por qué tardaste tanto? —le pregunté casualmente, ignorando la punzada de dolor que atravesó mi sistema al ver la indiferencia de Adam.

—Resulta que la dirección que me dieron estaba mala. Fui a dar a un bar gay de mala muerte en medio de la nada; pensé que no saldría con vida cuando un tipo llamado Tarzan me reclamó como su pareja al instante de haber entrado.

—¿Qué? Pero si Adam se encargó de mandarnos la dirección... —Dejé de hablar.

Mason me dio una mirada significativa.

—Tuve que marcar al número de tu prima. Ella me dio la correcta.

Suspiré.

¿Por qué Adam haría algo como eso?

Después de unos segundos pregunté:

—¿Tarzan? —traté de reprimir la risa.

—Si —murmuró avergonzado—, lo primero que dijo al verme fue: yo Tarzan, querer primer baile con chico pestañas largas.

Sin poder aguantar más comencé a reír.

Mason terminó riendo a mi lado también.

—Aunque te diré que con sólo ver el taparrabo que usaba, me llevé una idea de que ese no era el lugar correcto; a menos que la banda se llamara "Soy tu papi" porque extrañamente todos tenían eso bordado en la ropa interior... y allí sí que había muchos en ropa interior.

Volví a reír con ganas, apretando mi estómago que ya comenzaba a doler de tanto carcajearme.

—Ni siquiera estoy seguro que fuera un bar, había una temática rara de disfraces de animales —dijo Mason—. Salí tan rápido como pude.

—Lo siento —mi voz sonaba ya más seria. Traté de no reírme nuevamente pero fue imposible sacar de mi mente la imagen de un tipo vistiendo únicamente un taparrabos—. Está bien, dejaré de reírme. Lo bueno es que ahora ya estás aquí.

Sonreí apretando la mano de Mason que ahora se aferraba a la mía.

—¿Van a entrar de una buena vez? —gruñó Adam secamente mientras sostenía la puerta para nosotros.

Sus ojos perforaban a Mason, como queriendo formar huecos en su cráneo.

Mason entró primero para ordenarnos algunas bebidas, yo le seguí después.

Adam sujetó mi brazo mientras intentaba abrirme paso entre la gente para llegar hacia donde se encontraba Marie

—¿Qué? —pregunté enojada al ver la forma tan posesiva con la que me agarraba. Ahora sí se dignaba a mirarme a los ojos.

—Nunca tuve la oportunidad de llevarte a conocer el lugar al que trabajo.

—No te preocupes, paso todos los días por ahí.

—No hablo de los semáforos. Hablo de lo que hago en realidad.

—¿Y qué haces en realidad?

Se encogió de hombros.

—Quiero enseñártelo.

Sus ojos verdes parecían sinceros. Me sentía muy atraída hacia ellos.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres enseñarme a mí?

—Porque... quiero compartir un pedazo de mi vida contigo. ¿Eso está mal?

Se miraba tan despreocupado y en calma.

—Supongo que no. Somos amigos —me obligué a decir. Si, Anna, metete en la cabeza: Adam y tú sólo son AMIGOS.

—Apuesto a que ahora quieres besarme —susurró él poniendo una lobuna sonrisa en su rostro.

Lo golpeé en el hombro.

—Oye, como que se te está haciendo una costumbre pegarme. Te estás volviendo violenta.

—Eso fue por darle una dirección falsa a Mason. ¿En serio, un bar gay?

—En realidad era un zoológico de contacto para adultos consensuados.

—Ni siquiera sé qué es eso.

—Mmm... Digamos que tu ordeñador hubiera sido una perfecta mascota en ese lugar. Tal vez una vaca…

—¡Deja de decirle ordeñador! —grité. Pero mis gritos fueron absorbidos gracias a un grupo de chicas que chillaban fuertemente al ver que Ósmosis hacía su aparición en el escenario.

Una ola de humo nubló todo el lugar, y el juego de luces estrambóticas comenzó a iluminar a cada miembro de la banda. Un chico de cabello rubio empezó a tocar algunos acordes en su guitarra.

Más gritos se fueron escuchando a medida que iban reconociendo la canción.

Adam se quedó quieto a mi lado.

Mason apareció minutos después cargando dos bebidas en sus manos.

Me pasó una y luego me acercó sutilmente a su cuerpo.

—Muuuu —mugió Adam en mi oído antes de ir a buscar a Marie y pasar los brazos por sus hombros.

Sinceramente no lo entendía.

Me besaba... y luego se iba corriendo a los brazos de Marie; me ignoraba por dos días... y terminaba haciendo bromas conmigo. Él era el completo bipolar.

Estaba seriamente confundida.

Por favor, Anna, no te empieces a enamorar de Adam Walker.

Aunque en lo profundo de mi ser sabía que ya era algo tarde para eso.

La presentación de la banda no estuvo tan mala. Incluso me encontré tarareando una de las canciones cuya letra incluía a una chica de pelo violeta, con labios sabor cereza.

Mason apretó mi mano todo el tiempo.

¿Era normal dejarle hacer eso a tu ex, a uno que babeaba mucho cuando besaba? ¿A uno que ya no era un asco besando?

—¿Qué les parece si comemos algo? —sugirió Marie—, ¿qué tal si vamos a ese nuevo restaurante chino que abrieron hace poco? Tengo antojo de wang tang.

—Oh, la verdad yo esperaba estar un rato a solas con Anna —dijo Mason.

Mi estómago se agitó ante la idea; ¿Quería salir realmente con él?

—Ella no va a ir a ninguna parte sin mí—objetó Adam—, hoy tengo la responsabilidad de cuidarla.

Mis ojos se agrandaron.

—¡Adam! —gritamos ambas, Marie y yo.

—¿Qué? Es cierto. Cecile, la madre de Anna, me pidió mantener un ojo en ella. Yo soy un tipo que cumple su palabra.

Vi a Mason tensarse y cerrar lentamente sus puños.

Oh no. ¿Qué iba a hacer?

—Adam, deja de entrometerte. Anna ya tiene edad suficiente para cuidarse ella misma —lo regañó mi prima.

—En serio Anna, no puedes irte a solas con este sujeto —volvió a insistir Adam. Lanzaba una de sus famosas miradas asesinas hacia mi ex novio—. A menos que yo esté allí presente. Si falto a mi palabra tu mamá es capaz de matarme.

—Si no es ella, entonces voy a ser yo —habló Mason entre dientes.

—Será mejor irnos —le dije a él, tomando su mano, tratando de alejarnos del bar en donde ya varios se habían marchado después del concierto.

Adam inmediatamente tomó mi brazo y me empujó a su lado.

Yo estaba más que confundida en ese momento.

—Suéltala —le dijo Mason, alzándose en su metro ochenta de estatura. Pero con todo, Adam era más alto que él.

—¿O qué? —esas dos palabras fueron el detonante que provocó que Mason se abalanzara frente a Adam, con el puño impulsado hacia su rostro.

Pero antes de que impactara en él, intenté detenerlo; al parecer no fui lo suficientemente rápida ya que el puño de Mason conectó con mi nariz.

El golpe hizo que diera una vuelta de 180 grados y me doblara a la mitad.

Un dolor intenso atravesó mi nariz y sentí inmediatamente la sangre que brotó hasta colarse en mis labios.

—Mieeeeerr... coles, jueves y viernes... —Dolía tanto que pensé que me iba a desmayar ahí mismo.

—¡Anna! ¡Anna...! —escuché más que ver la desesperación de Adam revoloteando a mi alrededor.

—Lo... lo siento muchísimo... Anna, yo no quería... El golpe no era para ti. No tenías que atravesarte. Lo lamento, no fue mi intensión... —se disculpaba Mason.

—Apártate, idiota —ordenó Adam. Puso sus brazos alrededor de mis hombros y de mi espalda doblada—. Camina, te llevaré a los baños.

Me empujó hacia su cuerpo y caminó esquivando a las personas que aún permanecían en el bar esperando felicitar a la banda personalmente.

Yo iba con la cabeza agachada y con mi mano tratando de contener la hemorragia.

—Entra aquí —dijo abriendo la puerta del baño de hombres.

Les gritó a unos cuantos chicos para que desalojaran el lugar, y una vez dentro, me tomó de la cintura y me subió al mueble del lavamanos.

—Cabeza hacia atrás —murmuró mientras abría la llave del agua y comenzó a mojar unas cuantas hojas de papel de baño.

—Duele —me quejé. Sentía que si intentaba respirar por la nariz me iba a doler aún más.

—Sostén esto —dijo él poniendo uno de los paños en mi nariz rota.

La sangre tenía un sabor extraño.

De pronto, la puerta se abrió de golpe y un chico de pelo largo entró corriendo, iba deslizando su bragueta en dirección a uno de los urinales.

Arrugué la nariz (lo que me hizo chillar aun más de dolor).

—Oye, el baño está ocupado —le gritó Adam.

—Pero... pero... —chico de pelo largo comenzó a tartamudear.

—Ve al de las mujeres.

—Es que yo sufro de incontinencia y...

—¡Al de las mujeres, dije!

El chico salió rápidamente del baño, dejándonos solos.

—De todos los lugares no entiendo por qué a un baño de hombres —murmuré aún con mi cabeza echada hacia atrás.

—En el de las mujeres hay mucho drama; ya sabes, si no están arreglándose el maquillaje, es para chismorrear o comprar tampones de la máquina expendedora... además este estaba más cerca —dijo simplemente. Tomó un puñado de papel higiénico y comenzó a limpiar la zona cerca de mi boca.

Fruncí el ceño y volví a pegarle en el hombro por segunda vez en el día.

—¿Y esta vez por qué fue? —preguntó pacientemente pasando sus dedos por mi cara, limpiando toda la sangre.

—¿Tengo que tener un motivo después de haber recibido un golpe que era para ti?

—Cierto. —Se encogió de hombros.

Después de haber terminado de limpiarme; me tomó de la barbilla, mirándome a los ojos fijamente por un momento.

—¿Qué estás...? —no pude terminar de hablar ya que sus labios empezaron a ejercer presión sobre los míos de un momento a otro.

Cuando me repuse de la sorpresa, cerré los ojos y me dejé llevar por la magnífica sensación de Adam besándome.

Su boca se movía con sutileza, su lengua acariciaba mi labio inferior y sus manos sujetaban mi rostro.

Cuando se separó, quedé en estado Bambi así como la primera vez que me besó: desorientada, ojos bizcos, rodillas dobladas una contra la otra y una completa falta de habla y coordinación.

Era Bambi versión pudín.

—¿Y eso por qué fue? —logré preguntar finalmente.

—¿Tengo que tener un motivo después de que recibiste un golpe que era para mí?

—Supongo que no. —Mi voz sonaba seca, como el croar de una rana.

—Bien.

Dicho eso, volvió a sujetarme de la nuca y dio rienda suelta a su boca.

Mmmm... Mejor que el pudín.

Este era un beso desesperado, un beso de: no se te olvide que me perteneces.

Su lengua pronto comenzó a invadir la mía. Incluso olvidé el dolor palpitante de mi nariz próximamente hinchada. Una de sus manos subió por mi rodilla, levantando levemente el vestido azul que llevaba; detuvo su recorrido justo en mi muslo.

Mi espalda se presionaba contra el espejo del lavamanos, y dejé que su boca experta guiara a la mía.

Entonces una imagen no deseada de su tatuaje con el nombre de mi prima se filtró en mi cerebro.

Reaccioné inmediatamente y a regañadientes me separé de él.

Adam estaba con Marie. El hecho de que estuviera a favor de compartirla con otros hombres me hacía inmediatamente descartarlo de mi lista de chicos con los que debería besuquearme en el baño de hombres.

—¿Qué pasa? —me preguntó él al ver que puse distancia entre ambos.

—¿Por qué me besaste?

—¿Qué tiene de malo que lo haya hecho?

—No respondiste a mi pregunta.

—Tú tampoco respondiste a la mía.

—Adam… —no sabía qué decirle. Necesitaba pensar, y en mi estado Bambi no podía ni siquiera sumar dos más dos.

—Iré a casa —anuncié evitando su mirada, seguidamente me bajé del mueble del lavamanos.

Miré mi reflejo en el espejo: nariz hinchada, labios rojos debido a los calientes besos que compartí con Adam, y ojos vidriosos. Porque definitivamente quería echarme a llorar.

Él era el único chico al que quería besar… y resultaba tener un sentido retorcido de las relaciones.

—No he terminado de limpiar el desastre que hizo ese tipo —habló Adam. Nuestras miradas conectaron por el espejo.

—Yo me arreglo después.

Comencé a caminar hacia la salida del baño, me detuve antes de escapar por completo y me giré para ver la mirada de confusión que demostraba Adam en sus ojos verdes.

—Gracias por ayudarme —dije.

Volví a retomar mi camino, pero fui obstaculizada cuando la puerta se abrió sorpresivamente, dejando entrar a un Mason descontrolado y paranoico.

Al verme me agarró de los hombros y me dio un abrazo que era capaz de romper mis huesos.

—Lo siento tanto, Anna. No tienes ni idea... Yo... yo de verdad no sé lo que pasó. Ven, déjame llevarte a un sitio para que te revisen.

Di una última mirada vacía hacia Adam, y me dejé llevar por Mason.

No entendía para nada la situación. ¿Le gustaba a Adam o qué cosa era lo que sentía por mí?

Definitivamente no celos. Si él fuera una persona celosa jamás dejaría a Marie andar con otros dos tipos a la vez.

¿Entonces por qué conmigo era así?

Jamás lograría entenderlo.



CAPÍTULO 8

Respóndeme

5 meses, dos semanas atrás...

«Te necesito aquí, ¡Pronto!»

Revisé el mensaje de texto que Marie me había enviado hace diez minutos atrás.

Caminaba lo más de prisa que podía mientras dejaba que todo tipo de escenarios trágicos se reprodujeran en mi mente.

Mi prima jamás me había necesitado con esa urgencia; lo que significaba que algo realmente grave estaba sucediendo.

Una vez que divisé el lugar en el que ella me indicó que estaría, aumenté mi velocidad y me introduje en el pequeño local de concreto y cristal, siendo recibida por una ola de aire frio con olor a medicamentos farmacéuticos.

Pasé la vista por los diferentes estantes cargados de medicinas y pañales para adultos, y en el fondo, cerca del área de bebidas, encontré la mata de pelo naranja que esperaba por mí.

Marie me reconoció y me agitó su mano de forma enérgica para que me reuniera con ella.

—¿Qué sucede? ¿Cuál es la emergencia? —dije con la respiración entrecortada y con mi cabello marrón pegándose a los costados de mi cuello y nuca.

—Sucede eso —dijo señalando hacia un anciano canoso que cobraba en la única caja registradora de la farmacia. No miraba nada de especial más que el nombre Rex grabado en el rectángulo de su gafete.

—¿Qué con él? —pregunté.

—¡Que él conoce a mi mamá! Le va a decir en cuanto vea que llevo estos —extendió la palma de su mano y me mostró un paquete de condones con sabor a Mango Travieso.

Levanté una ceja y me pregunté vagamente para qué alguien quería poner sabor a un preservativo.

—¿Por qué llevas esos? ¿Eder va a venir esta noche, acaso?

Ella se ruborizó y agachó la cabeza.

—Es que su cumpleaños se acerca y quería regalarle estos, como una broma. Ya sabes, para que los usara conmigo, además le regalé un pequeño folleto del Kamasutra, solo quise poner en práctica algunas de las posiciones.

Arrugué la nariz y traté de ignorar a la señora a nuestro lado haciendo una mueca y viéndonos como si fuéramos dos pervertidas.

—No necesitaba esa imagen mental —le dije a Marie—, ¿para qué me pediste que viniera entonces?

—Para que tú los pagaras por mí. Él no te conoce...

—¿Solo para eso salí de mi trabajo, que ni tiempo tuve de cambiarme? —chillé. Ella fijó su vista por primera vez en mi vestuario.

Mi jefe era un puerco que nos hacía usar extraños uniformes y camisetas que tenían deletreada la palabra "cariño" justo en la zona del escote. La razón por la que no renunciaba era porque mi familia ocupaba el dinero gracias a que papá lo invirtió todo en un negocio de autos chatarra, y mamá continuó con la locura de querer convertirse en psíquica. Antes de eso, ella probó incursionar en diferentes trabajos, desde estilista de perros hasta podadora oficial de césped. Apostaba mi cuero cabelludo a que ella iba a renunciar en una semana como máximo y luego probaría suerte haciendo otra excéntrica y loca cosa para distraer su ociosa mente en reciente estado de menopausia. Lo mismo ocurría con papá.

—¿Y por qué no compras en otro lado? —sugerí. Cualquier persona con medio cerebro hubiera hecho ese acto lógico.

—¡No puedo! Recuerda que el único otro lugar está cerca del trabajo de mamá y ella me mataría si de casualidad me mira y se entera de que la que creía era su hija puritana y de virtud intacta, anda comprando estos instrumentos pecaminosos.

Resoplé. Sospechaba que simplemente Marie no quería mover un solo dedo.

—Dámelos y acabemos con esto —le dije extendiendo mi mano para que me pasara la pequeña caja color amarillenta.

—Gracias, prima querida —sonrió y me la entregó—. Oh, espera. Es que aún no me decido si quiero esos o los de Mora Seductora.

—Esta gente necesita pensar en nombres más originales —murmuré con cansancio—, ¿por qué no llevas los dos?

—¿Los dos? ¿No crees que sería un exceso?

Enarqué una ceja y esperé pacientemente a que me pasara la segunda caja.

—Está bien, serán los dos.

Terminé con tres paquetes gracias a que Marie encontró una promoción de tres por el precio de uno. Finalmente salimos de la farmacia, yo iba cargando la bolsa de papel en la que iban metidos.

—Por cierto, ¿a que no adivinarás con quien me encontré hoy? —preguntó ella riendo como si fuera una colegiala.

—¿A quién?

—A Mason...

—¿Qué? Ay no.

—Sip. Me dio su número de teléfono para que te lo pasara a ti.

—No quiero hablar con él. Fue lo suficientemente malo tener que verlo en la graduación mientras me miraba con ojos de perrito triste.

—¿Qué fue lo que le dijiste al final de cuentas?

—Bueno... —recordaba haberle dicho que no quería que sus manos con olor a pescado volvieran a tocarme; o que había que bajarle el volumen a sus labios. No podía tener un beso normal con él porque siempre acababa de una sola manera: con la barbilla humedecida en saliva, y con la falda de mi vestido levantada hasta la cintura. Era exasperante.

—Él es un buen chico. Deberías darle otra oportunidad; así no pasarías sola tanto tiempo. Además, recuerda que el karma es una perra, y en cualquier momento puede devolverte el golpe. ¿Sabes qué deberías hacer? Pedirle a tu mamá uno de esos amuletos de la buena suerte, o algún amuleto para atraer el amor a tu vida.

—No creo en el karma o para el caso en amuletos.

—Son fantásticos. Compré dos la semana pasada e inmediatamente sentí una conexión con...

—¿Con quién? Pensé que ya tenías a Eder, no ocupas sentir conexiones con nadie más, ¿o sí?

—Por supuesto. Sentí una conexión con el amuleto, tonta.

—En ese caso, deberías cargar tus compras —le dije empujando a su lado la bolsa de papel marrón— ya que tú eres la suertuda. Probablemente a mí se me caigan enfrente de una multitud y no queremos que eso pase.

Ella chilló y los empujó de nuevo por debajo de mi brazo.

—¡Anna, no me hagas esto! Sabes que si alguien revela lo que hay dentro... moriré de la vergüenza!

—Ay, solo dices que es goma de mascar y listo. —Volví a pasarle la bolsa pero ella se movió con rapidez hacia adelante, esquivándome.

—Sé que estoy usando un amuleto de la buena suerte —levantó el pequeño collar de piedras redondas que estaba rodeado con plumas de colores—, pero no quiero tentar al destino.

Me reí y seguí caminando detrás de ella.

Lo cierto era que mamá me había enviado esta mañana una serie de amuletos para encontrar el amor.

Cargaba uno de ellos en el bolsillo de mis pantalones, el día casi acababa y dudaba seriamente que dichos objetos fueran efectivos.

—Ya te dije lo que creo de los amuletos, son puras baratijas falsas.

—Sabes Anna, nadie insulta los amuletos y sale vivo para contarlo, el amor golpeará a tu puerta cuando menos te lo esperes y es ahí cuando el karma se va a cobrar lo que hiciste con Mason —respondió Marie en son de burla.

—Entonces que me lance su mejor golpe. Estoy lista —dije rodando los ojos.

Y así sin más, sentí cómo mi cabeza chocaba contra algo que me provocó un dolor agudo que me lanzó al suelo. Fue un golpe duro que me hizo delirar y comenzar a dudar acerca del karma. Antes de caer a la inconsciencia me pregunté si esta era la forma en el que el amor tocaría a mi puerta para vengarse por mis burlas.

La oscuridad no tardó en aparecer.

Abrí los ojos levemente, me sentía desorientada y todo me daba vueltas.

Inmediatamente noté a un par de ojos verdes que se clavaban en los míos. Era fascinante verlo.

No podía apartar mis ojos grises de los suyos. Él me miraba como a una rara atracción de circo, como el acto de la mujer barbuda a la que no sabías si estar maravillado o asqueado pensando en la cantidad de pelaje que crecía por sus mejillas y axilas gracias a la ayuda de esteroides.

Toqué con mis dedos mi rostro. Nop. Ningún rastro de barba que yo sepa.

Entonces, ¿por qué me miraba tanto?

A mi lado, mi prima Marie se estaba riendo y señalándome con el dedo.

Busqué a mi alrededor, preguntándome por qué había un circulo de gente rodeándome.

No fue sino hasta que el atractivo chico de ojos verdes me tendiera una mano, que me di cuenta que estaba tirada en el suelo...

Actualidad…

Mi nariz seguía en proceso de recuperación pero a pesar de todo no tenía tan mal aspecto como antes.

Cliff me había mandado a la freidora porque decía que estando en la caja registradora provocaba pérdida de clientes ya que una nariz ligeramente morada no encajaba con el perfil de un "restaurante de categoría" como él lo llamaba.

Mientras depositaba las papas prefabricadas de la bolsa a la freidora, no pude dejar de pensar en Adam. En sus besos, en lo bien que se sintieron sus manos sobre mi piel. Definitivamente yo necesitaba terapia ¿quién se enamora de alguien que no le importa que su novia le sea infiel? A menos que ya no la quiera...

—¡Annie! —gritó Cliff haciéndome dar un brinco de sorpresa, provocando que varias papas se salieran de la bolsa y cayeran al suelo—, ¿dónde está el chico bolsillos—repletos—de—dinero?

—¿Adam?

Asintió pasando sus manos por su voluptuosa barriga, uno de los botones de su camisa se había desabrochado... Nunca pensé que un ombligo pudiera llegar a ser tan peludo.

—No lo sé —admití dirigiendo mi vista fuera del ombligo de Cliff.

Intenté, de verdad intenté hablar con Adam el domingo. Pero no me atreví a tocar mi celular para darle una llamada.

—Cuando una persona se compromete conmigo a ser un empleado, espero respeto y cumplimiento a su palabra... —detuvo su discurso para observar las papas tiradas en el suelo y frunció el ceño—. ¿Qué es todo este desperdicio?

—Fue un accidente…

—De ahora en adelante, pagaras por cada alimento que malgastes.



—Pero... pero yo no...

—Llegué —anunció de repente Adam, apareciendo frente a nosotros. Su cabello lucía mojado, como si acabara de salir de la ducha, sus ojos me escudriñaron brevemente y luego fijó su mirada en Cliff—. No sabía a qué hora tenía que estar.

Se encogió de hombros y Cliff resopló.

—Bien. Te pondré junto a Anna, que ella te diga lo que hay que hacer.

Con eso caminó lejos, ajustando la chaqueta de su traje color marrón, y antes de entrar a su oficina, se giró hacia mí una vez más y alzó su dedo índice en mi dirección:

—No quiero ver una sola papa sobre el suelo —advirtió, luego continuó su camino.

—Vaya, para un tipo que se está quedando calvo... tiene suficiente vello en su ombligo —murmuró Adam—. ¿Y qué es lo que tengo que hacer?

Él apenas hacia contacto visual conmigo. No sabía qué rayos pasaba por su cabeza.

¿De nuevo regresábamos a la incomodidad? No tenía sentido: me besaba y luego se enojaba. Já.

Bien, si me iba a tratar como una desconocida yo iba a hacer lo mismo, tal vez podía incluso divertirme en el proceso.

—Para empezar... Ve y limpia los baños. Cuando termines, hay mesas con chicles secos pegados que necesitan ser raspadas.

Él hizo una mueca de asco pero no protestó más. Salió en dirección a los baños sin siquiera renegar.

Este no era el Adam que yo conocía, él Adam normal hubiera murmurado y protestado conmigo hasta que lo hubiera dejado en paz.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Mirna mientras limpiaba el área de cocina y veía la salida de Adam—, ¿están enojados? Oh, su primer pelea. Me gustaban las peleas por las reconciliaciones... confía en mí, cariño, las reconciliaciones entre pareja siempre son de lo mejor —me guiñó un ojo y se movió hacia la oficina de Cliff (no sin antes retocar su lápiz labial y de subir un poco más su uniforme de limpieza).

—¿Por qué están Adam y tú peleados? No me digas que él tiene que ver con la masacre a tu nariz —preguntó Rita mientras estábamos en nuestro descanso de la tarde, en medio de los vestidores para empleados.

—No... Bueno, en parte —suspiré— no sé.

—No me has contado qué sucedió el sábado. Es obvio para todos que ambos están enojados, cuéntame.

Rita tenía unos ojos increíblemente marrones y sagaces. Su cabello color café era corto y perfectamente liso, su apariencia era la de alguien en la que fácilmente podías confiar. Y yo definitivamente confiaba mucho en ella. Pero el hecho era que ni yo misma sabía por qué él estaba enojado conmigo.

—Adam me besó —admití finalmente.

Rita abrió la boca y luego la cerró de golpe.

—¿Cuándo?

—Fue en el concierto del sábado.

—No puedo creerlo... Perdí la apuesta —balbuceó ella.

—¿Qué? ¿Cuál apuesta?

—¡Lo sabía! —gritó Gustavo apareciendo de la nada con una bandeja de comida— ¡Gané! ¡Les gané a todas! Ahora paguen.

Mirna, quien justo estaba remojando sus pies en agua caliente al otro lado de la habitación, murmuró una protesta y comenzó a sacar su billetera del delantal.

—Otro día más y hubiera ganado —se quejó Dulce retocando su maquillaje gótico, también sacaba dinero de su bolso.

—Esperen... —dije atónita. Estaba confundida— ¿Ustedes apostaron a que Adam iba a besarme?

Rita asintió avergonzada.

—También apostamos a quién iniciaría el beso —habló Gustavo con orgullo.

—Y qué día —añadió Mirna masajeando la planta de sus pies.

Me sentía indignada. Seriamente indignada.

—¿Cuánto tiempo llevan apostando a mis espaldas?

—Uff... Meses —respondió Gustavo, cobrándole a las chicas el dinero que ganó.

—¿Todos sabían?

—Solo fue entre nosotros —se apresuró a responder Rita.

—¿Cuándo apostaste tú a que sería? —le pregunté.

Sus mejillas se enrojecieron.

—A inicios de la semana pasada. ¿Pero fue el sábado, verdad?

La asesiné con la mirada. Aunque de hecho, Adam me había besado antes del sábado, pero no pensaba hacer que ella ganara dinero a mis expensas.

—¿Segura que fue Adam el que te besó? ¿No fue al revés? —sonsacó, Dulce.

Mis mejillas comenzaron a arder.

—¡Fue él! Y sí, nos besamos: ¡Adam me besó! —grité para que dejaran de mencionarlo.

—¿Quién apuesta a que hubo lengua? —chilló Gustavo.

La mano de Mirna se alzó inmediatamente.

—De hecho... —Adam apareció frente a nosotros, apoyándose contra los casilleros del vestuario— Yo puedo asegurar que allí hubo algo de lengua, sí.

Ay, trágame tierra.

El lugar se puso silencioso de repente. Mirna bajó lentamente su mano.

¿Por qué tuve que abrir la boca? ¿Por qué?

Adam estaba vestido con el uniforme del restaurante: camisa color amarillo huevo, y pantalones desabridos en tonalidad caqui; él comprobaba mi teoría de que sin importar lo que usara cualquier cosa le quedaba bien (incluso la gorra ridícula con forma de hamburguesa deletreando la palabra E-S-P-E-C-I-A-L).

Él se acercó lentamente hacia mí, con sus brazos cruzados y con sus ojos verdes observando a todos los presentes.

—Apuesto a que justo ahora quiere besar a Anna —murmuró Gustavo por lo bajo para que Adam no lo oyera, pero algo en su mirada me dijo que sí lo escuchó.

Tuve que darle una patada a Gustavo para que se callara.

—Entonces... ¿de qué otra cosa hablaban? Aparte del beso entre Anna y yo —preguntó él.

Nadie respondió, y yo comenzaba a ponerme nerviosa. Las manos me sudaban y sentía la estúpida necesidad de hipar y de morderme el cabello.

Mi rostro, de por sí enrojecido, se puso el doble de ruborizado.

Cuando era pequeña mamá solía decirme que tenía la tendencia a guiñar mi ojo izquierdo cada vez que me encontraba en una situación fuera de mi alcance; pero ahora estaba segura de que lo parpadeaba mil veces por segundo, como una cámara fotográfica en modalidad ráfaga o sucesión.

—Bien. ¿Nadie va a decir algo? —habló Adam. Se quitó la gorra y sacudió su cabello negro, salpicó algunas gotas de sudor que cayeron en mi regazo. Lo tenía demasiado cerca.

Me levanté rápidamente de mi asiento, tratando de encontrar alguna excusa para alejarme y minimizar mi vergüenza.

Pero en menos de un segundo, Adam se encontraba en la estrecha salida de los vestuarios y, antes de que yo pasara a su lado, él estiró la mano y me cerró el paso.

—¿Te vas tan rápido? Pero si apenas comienza el descanso —dijo en son de burla.

—Tengo trabajo extra que hacer... —me agaché para pasar debajo de su brazo pero él se movió para de nuevo cerrarme el paso. Quería golpearlo. Con fuerza.

Era un tonto.

—No estoy para esto —murmuré con los dientes apretados—. Tengo que freír más papas.

—Entonces déjame ayudarte. A no ser que quieras que le limpie la nariz a cada cliente antes de entrar. Hablando de eso, ¿cómo sigue la tuya? —dijo esto último en un tono mucho más amable.

—Ya mejor. Solo fue un poco de hinchazón, nada grave.

De repente sus largos dedos estaban sobre mi mentón, acariciándolo. Alzó mi barbilla para que lo viera a los ojos.

Resoplé.

Ahora sí que quería verme, ¿no?

—Lo sabía. Tu campesino—ordeña—vacas no es capaz de dar un buen golpe como para romperte la nariz.

—Adam... ¿Podemos hablar luego?

Él desvió la vista hacia donde nuestro público escuchaba atentamente la conversación.

—Todos salgan, quiero hablar con Anna a solas —dijo él con una voz de mando.

—Si la vas a besar de nuevo puedes hacerlo aquí, frente a nosotros. Pero yo no me salgo, Cliff nunca nos da buenos descansos —se quejó Gustavo llevando sus manos a las caderas y actuando como adolescente hormonal.

¿Adam pensaba besarme nuevamente?

Mi rostro enrojeció de vergüenza con solo mencionarlo. Pero la verdad era que yo también quería que me besara y perder la conciencia en el intento. No me importaba si después él quisiera correr a los brazos de mi prima... Detuve ese hilo de pensamientos antes de que terminara aceptando una extraña relación compartida con Adam.

Era fácil caer en la tentación, y más cuando dicha tentación no dejaba de acariciarte la barbilla y oler condenadamente masculino.

—Vamos, hay que darles algo de privacidad —dijo Rita. Se puso en camino hacia la salida.

—Espera, yo me iré —intervine antes de que saliera e interrumpiera los pocos minutos que tenían para descansar. Además Mirna seguía con la atención a sus pies y el lugar ya comenzaba a oler a queso rancio.

—Iré contigo —dijo Adam de forma resignada.

Antes de marcharme busqué con la mirada a Rita, ella me transmitió algo de valor y una sonrisa de ánimo.

—¿De qué querías hablar conmigo? —le pregunté a Adam justo cuando intercambiaba lugar con la otra chica que se encargaba de la freidora.

Adam tomó una papa y la sumergió en uno de los enormes botes tamaño industrial de salsa de tomate.

—El tipo ese, tu ex novio, ¿te llevó a casa después del concierto?

—¿Quieres hablar de Mason? —El desconcierto se podía escuchar fuerte y claro en mi voz. Yo pensaba que hablaríamos del beso y de cómo fue un error que no se volverá a repetir y bla, bla, bla... conciencia, conciencia... Bla, bla... Culpa, Marie... Más bla, bla, bla.

—Respóndeme —pidió simplemente.

Suspiré.

—Sí. Me llevó a casa. Estoy en una sola pieza como puedes ver.

En una sola pieza y vestida como un canario vulgar (cortesía de mi jefe). El amarillo no era mi color. Para nada.

—Espero que se haya disculpado contigo, porque si no lo hizo soy capaz de romperle el cuello y lisiarlo de por vida.

—Él se disculpó. No fue su intensión lastimarme.

Apilé a mi lado una de las bolsas herméticas que contenían las papas congeladas y rebanadas en tiras. Mientras tanto, vigilaba que la carne de la hamburguesa estuviera bien cocida.

—¿Qué hicieron después, Mason y tú? —preguntó de manera casual.

Rodé los ojos.

—Dormimos juntos —dije sarcásticamente.

—Este no es un momento para que juegues conmigo, Anna —dijo en un tono serio. Pensé que la vena de su frente explotaría—. Contéstame una cosa: ¿lo besaste a él después de besarme a mí?

Si hubiera estado bebiendo agua o comiendo algo, ya habría escupido todo.

—Wow, alto ahí. Sabes, yo podría preguntarte lo mismo. ¿Besaste a Marie después de besarme a mí?

—Quiero que me respondas primero. ¿Lo besaste?

Me negué a abrir la boca y me crucé de brazos. ¿A qué se debía todo esto? De todas formas no me gustaba hablar del beso, me daba vergüenza y se sentía tan real que daba miedo.

—Anna... Me estás matando. Por favor responde —dijo en un tono de voz que me calentó en las partes correctas.

Sentí como si una parte de mi corazón se derritiera. Sus ojos verdes lucían desesperados y sin consuelo.

—¿Por qué quieres saberlo?

En un arrebato su mano golpeó la bolsa de papas congeladas a mi lado, y esta cayó al suelo, haciendo que todas se regaran en el piso.

—Ay no, ay no... —hiperventilé viendo el desastre que era la cocina.

La chica que servía los alimentos detrás del mostrador eligió ese momento para gritar pidiendo más papas y un tipo de hamburguesa que incluía tocino.

—Esto es un desastre —murmuré aún paralizada en mi sitio. Solo podía recordar a Cliff diciendo que tendría que pagar por cada alimento malgastado—. Tengo que recoger esto... Yo...

Me agaché rápidamente y comencé a tomar con mis dedos lo que se cayó al suelo, tratando de devolver las papas a la bolsa.

—No importa que se hayan caído ¿verdad? —dije angustiada. Adam solo me miraba con la mandíbula desencajada—. Se supone que los alimentos congelados no agarran gérmenes, ¿cierto?

Solo rogaba para que un inspector de salubridad no entrara por esa puerta porque sino estaría realmente jodida.

Espera, ¿no es malo darle a los clientes comida que ha estado previamente en el suelo?

—Anna...

Mis dedos comenzaron a insensibilizarse y tenía un único objetivo en la mente: que Cliff no me viera.

—¡Anna! —gritó Adam agachándose a mi lado y sujetando mis muñecas, elevándolas en el aire.

—¡¿Qué haces?! ¡Tengo que apresurarme antes de que alguien vea esto!

—Necesito que me escuches nada más... —logré soltar mis muñecas y volví a mi labor. Me sentía como un vampiro con la urgencia de contar todos los granos de arroz en el suelo.

—SUFICIENTE —Adam me lanzó un chorro de salsa de tomate del bote más cercano.

Cayó en mi mejilla, en parte de mi boca y lo podía sentir deslizándose por mi cuello y mi blusa.

—¿Qué hiciste? ¡¿Qué hiciste?! —grité como animal rabioso. No dejaba de pensar en lo poco que ganaba de sueldo y en lo reducido que sería mi pago gracias a este idiota y sus desastres.

Me sentía furiosa, enojada y frustrada con Adam. Actué sin pensar y tomé lo que sea que encontré más cerca y se lo lancé a la cabeza.

Resultó ser un pequeño molde de aluminio lleno con mostaza. El lado izquierdo de su cara se volvió amarillo.

Y ahí fue cuando comenzó la guerra.

Él me lanzó más salsa de tomate a la ropa y el rostro. Yo tomé puñados de las papas congeladas y se las disparé en todas direcciones; cuando se le acabó la salsa, se puso de pie y tomó hojas de lechuga que se encontraban perfectamente cortadas en un empaque sellado y me las lanzó. Gracias a la salsa de tomate que tenía en el pelo, la lechuga se pegó y se metía en los lugares menos cómodos de mi blusa.

No quise quedarme atrás y, poniéndome también de pie, agarré una botella de mayonesa y comencé a rociar a Adam, persiguiéndolo mientras se movía entre la máquina de helados y el horno donde más de una docena de panes se estaban calentando.

—¡Detente! —grité cuando vi que activaba la máquina de helado y me lanzaba pequeños puñados en la espalda.

—¡Adam! —volví a gritar cuando él me agarró de la cintura y vació un bote entero de mostaza en mi cabeza.

—¡Ahora.sí.tienes.que.escucharme! —dijo entrecortadamente, con la respiración agitada gracias al esfuerzo de perseguirnos el uno al otro.

Era vagamente consiente de un pequeño grupo de espectadores parados lejos de la zona del desastre, observándonos con diversión.

—¿Qué quieres? dilo de una vez —traté de no escupir la cantidad de sustancias que rodeaban mi boca en ese momento.

—¡Dios! Solo dime si te gusto —habló finalmente.

Eso me tomó por sorpresa y me quedé paralizada. Los dedos de mis pies hormigueaban y mi estómago se retorcía como cuando quería vomitar, pero era por eso o porque comenzaba a darme nausea tanta comida.

Abrí la boca para decir algo pero la cerré rápidamente.

¡Me quedé en blanco!

—Por favor Anna, responde —me dijo con cierto pánico en su voz. Me sostenía por la cintura y su rostro estaba a centímetros del mío.

—¿Lo besaste, a ese tipo Mason? ¿Sigues sintiendo algo por él? —insistió con voz temblorosa, poniéndose serio nuevamente.

Las lágrimas se empezaban a acumular en mis ojos. Aparté la mirada y fijé la vista en el punto de mostaza que manchaba la pared.

—No. No besé a Mason y tampoco siento nada por él —respondí después de unos segundos.

Alivio se reflejó en los músculos de Adam; tentativamente alcé la vista para verlo.

—¿Y en cuanto a lo otro? —quiso saber.

Jamás lo había visto tan inseguro y miserable. No podía creer que estaba diciéndole esto. Solo rogaba para que no se fuera a burlar de mis sentimientos.

—Resulta que me gusta alguien, aunque el tipo es un completo idiota.

Esta vez Adam sonrió mostrando sus dientes.

—Es un idiota suertudo entonces —aseguró él.

—Es un idiota que ya está en otra relación.

—Es un idiota que no sabe cómo dejar de serlo.

—Adam, tú tienes a Marie... —rápidamente él colocó dos dedos en mi boca para evitar que continuara hablando.

—Ya no más.

—¿Cómo que ya no más?

—Ella y yo terminamos, Anna. Rompimos.

—¿Qué...?

Apenas y podía procesar la noticia cuando, de repente, apareció Cliff frente a mí. Su rostro estaba rojo por la cólera, su prominente barriga se agitaba al caminar y la vena de su frente parecía cobrar vida propia.

—¡Annabelle Green! —gritó fuertemente. Oh no, cuando utilizaban el nombre completo la cosa se ponía fea— ¡Estás despedida!



CAPÍTULO 9

Sobrante

Dos Semanas, un día atrás

—Anna, hoy saldré con Adam —fue lo primero que me dijo Marie cuando entró a mi habitación sin siquiera llamar a la puerta.

No hice ni el más mínimo esfuerzo por despegar la vista del libro que estaba leyendo, se trataba de un chico y una chica que eran amantes y mantenían una bella relación, hasta que ambos murieron en un trágico accidente, pero reencarnan veinte años después en distintos cuerpos en donde terminaron siendo hermanos.

—¿Para qué necesito escucharlo? —dije casi sin prestar atención, ya iba en donde las cosas se ponían buenas en el libro. Oh, hombre, ambos hermanos se estaban viendo a los ojos, ¡Se reconocieron! ¡¡Se besaron!! ¡¡¡No había nadie en casa!!! ¡¡¡¡Las cosas se empiezan a poner candentes!!!!

—¡Anna! —gritó Marie al ver que no le daba importancia a lo que decía. Ella me quitó el libro y ojeó la cubierta.

—¿Relaciones Prohibidas? —leyó el título con cierto escepticismo—, ¿en serio? Todo el mundo sabe que cuando le añades "prohibido" al tema, terminas cediendo. Saben que no deben pero igual lo hacen. Realmente odio que el título lleve una advertencia.

Lanzó el libro hacia el pequeño escritorio de madera que se encontraba en la esquina opuesta de la habitación.

Me crucé de brazos.

—¿Qué quieres entonces? —pregunté molesta.

—Ya te dije, hoy es mi noche dedicada completamente a Adam —sonrió con picardía—. Si viene Eder en mi ausencia, le dices que estoy con mamá. Él es demasiado caballeroso como para llamarla para comprobarlo. —Se puso frente a mi armario y comenzó a examinar la poca ropa que tenía.

—¿Por qué crees que voy a ayudarte? Ya sabes lo que pienso del hecho de que veas y te acuestes con dos tipos a la vez. Es asqueroso.

Ella se giró para verme mientras yo me acomodaba en la cama y abrazaba una de mis almohadas.

—Porque, Anna, no querrás que tus padres sepan el vergonzoso acto de delincuencia que cometiste el otro día.

Desvié la vista hacia otro lado, fijándome en el patrón geométrico de mis cortinas azules.

—Me estás chantajeando —afirmé, era increíble lo mucho que mi prima había cambiado. Pasó de ser esa niña de rizos rojos que siempre compartía conmigo sus juguetes cuando la iba a visitar, a esta chica de mirada fría y de pensamientos egoístas.

—No pienses en esto como un chantaje —dijo sentándose en la cama conmigo—. Piensa que es un recordatorio de lo mucho que fui de ayuda en ese momento, y de cómo ahora yo soy quien ocupa cobrar el favor.

Todavía me daba vergüenza recordarlo. Hace tres meses acompañé a Marie a una tienda de ropa exclusiva y carísima; al salir por la puerta principal, los sensores de alarma se dispararon y al instante dos guardias de seguridad estaban sobre mí, revisando mi bolso y mirándome como una condenada delincuente. Pensé que me deberían una disculpa después de eso porque obviamente yo no tomé nada, pero la sorpresa me la llevé yo al ver que sacaban de mi cartera una brillante y sedosa blusa de color turquesa. Una que yo precisamente había mirado con anhelo desde que había entrado a la tienda. Lo siguiente que supe fue que Marie estaba pagando la multa que me habían impuesto, y pagó por el precio de la blusa en cuestión.

Lo juro, ni siquiera supe cómo llegó eso a mi bolso. En ningún momento me despegué de Marie y de sus incesantes cambios de ropa. Pero nadie creyó en mi inocencia. Tal vez me había vuelto cleptómana y ni siquiera lo sabía.

—¿A qué hora estarás de vuelta? —dije de mala gana. Le debía mucho a Marie (no sólo monetariamente hablando) sino que le debía por no haber dicho nada a mis padres, o peor, a sus padres (quienes adoraban hacer sentir pequeña a mi familia).

—No tardaré mucho. Como máximo estaré en casa a las tres.

—¿A las tres de la mañana? Eso es exagerado.

—Anna, Anna, Anna. Definitivamente no sales mucho. Después de las doce, la cosa se pone buena. Te invitaría pero tú eres muy reservada con eso. —Se giró de nuevo hacia mi armario y sacó... la blusa turquesa que mantenía escondida en el fondo. Odiaba esa cosa. Marie había tenido el descaro de comprarla y dármela como regalo.

Por supuesto que no me la había puesto ni un sólo día.

—¿Me la prestas? Veo que tú no la usas... —Marie sostuvo la blusa en alto y deslizó sus dedos a través de las cintas que se ataban en la espalda. Era una blusa hermosa.

—Claro —dije en un suspiro.

Ella chilló e inmediatamente se dirigió hacia la salida de mi cuarto.

De todas formas yo jamás la usaría. No después de haber pasado por la vergüenza que pasé ese día; hasta me tomaron fotografías instantáneas y las pegaron en una pared de anuncios, etiquetándome como ladrona.

Nunca volví a pasar por esa tienda para verificar si mi foto aun continuaba en el tablón.

Después de sentirme melancólica, regresé a tomar mi libro y a perderme en la relación complicada entre Dorian y Selene.

Odiaba y amaba las relaciones complicadas; pero si yo estuviera en una… definitivamente no manejaría muy bien las cosas.

Mis ojos se abrieron en alerta. Todo era oscuro a mí alrededor y las voces se escuchaban a través de la sala.

Yo aun me encontraba somnolienta y cansada.

Bajé de la cama y busqué a tientas mis cómodas pantuflas afelpadas con forma de conejito, luego, caminando como zombi, salí de mi habitación y fui directo hacia donde el ruido se escuchaba cada vez más fuerte.

Desde donde me encontraba podía ver la luz de la sala encendida; entonces lo vi, a Adam. Estaba sentado en el suelo, absorbiendo una botella de licor y Marie se encontraba a su lado, bebiendo con él.

—¿Qué hacen? —croé en su dirección. Ambos se pusieron alarmados y asustados, pero cuando vieron que se trataba de mí, se relajaron. Después de unos segundos, ambos, simultáneamente comenzaron a reírse a carcajadas.

Me froté los ojos con las palmas de las manos, miré hacia donde estaba ubicado el reloj en la pared. Las cuatro de la madrugada.

—Bonito pijama —observó Adam. Entonces bajé la vista hacia mi ropa.

La vergüenza me carcomió de inmediato.

Llevaba puesta una camiseta con la cara de los chicos de One Direction, y en medio, un gran corazón rosa señalaba al rubio de ellos. La usaba únicamente para dormir ya que mucha gente me molestaba y me llamaban: asalta cunas, codicia niños, o sino me decían que los dejara crecer. Todavía no lograba entender por qué me decían esas cosas, ¡La mayoría de ellos tenían exactamente la misma edad que yo! Además, había comprado la camiseta en una venta de garaje, fue una ganga a la que no pude decir que no (junto con las pantuflas de conejito).

Detuve de inspeccionar mi camiseta en cuanto escuché a Adam comenzar a cantar una de sus canciones.

—*Baby you light up my world like nobody else...* —las palabras le salían pegadas y casi no se le podía entender. Pero pronto Marie se le unió en el coro.

Ahora era yo la que me estaba riendo.

Ambos sujetaban sus puños tratando de imitar micrófonos en el aire.

Definitivamente los dos estaban borrachos.

Justo iba caminando en dirección de la cocina, cuando Adam se puso temblorosamente de pie y gritó:

—Anna... quédate.

Me detuve a unos tres metros de la puerta de la cocina y giré mi rostro hacia él.

—Solo... voy por agua. —Adam me miraba de una manera intensa que hizo que mi corazón diera un tropiezo en mi pecho y se desviara de su ritmo habitual.

¿Él me estaba pidiendo que me quedara?

De repente, Marie golpeó las inestables rodillas de Adam y él cayó (con botella y todo) sobre el suelo.

—Bésame, bebé —lo urgió ella sujetando las solapas de su camisa.

Entonces él obedeció y sus labios chocaron con los de ella, juntos y torpes.

Sentí morir cualquier clase de esperanza que se estaba encubando en mi pecho como un virus.

Alejé mi vista y prácticamente corrí hacia la cocina.

Una vez dentro, rebusqué en el refrigerador y encontré una botella de leche fría, olvidándome del agua. La abrí y me la llevé directo a la boca. Cuando terminé, estaba apunto de pasar la palma de mi mano para borrar el bigote de leche que se había formado sobre mi labio superior, cuando, repentinamente, me congelé en plena acción de levantar la mano.

Parado, en el mueble de la cocina, había un zorrillo; un pequeño y casi tierno zorrillo bebé que escarbaba entre las plantas de girasoles que Marie compraba para adornar el lugar. Vivíamos en el quinto piso de un edificio estilo mediterráneo, y lo primero que pensé al ver al animal fue: ¿cómo rayos había hecho para llegar hasta aquí?

Retrocedí en mis pasos, procurando que el zorrillo no fuera a asustarse y decidiera rociarme con la asquerosa sustancia con la que todos los zorrillos venían programados.

Salí por la puerta y una vez más estuve de vuelta en la sala, viendo cómo Marie absorbía la boca de Adam.

Finalmente se separaron y, como si nada hubiera pasado entre ellos, Adam continuó cantando lo mismo que antes.

—*You don't know oh, oh. You don't know you're beautiful* —hipó en la última parte y luego cambió de artista, la canción siguiente era una de Selena Gómez.

—Cariño, tienes que irte —dijo Marie arrastrando las palabras—. Se supone que Eder va a venir pronto.

—No me gusta que me digas cariño —dijo él— para esa gracia prefiero que me llamen Lady Agustina. ¿Oíste, Anna? Laaaaaady Aguuuuustina.

Sip, estaba borracho.

—No quisiera interrumpirlos —hablé rápidamente— pero hay un zorrillo en nuestra cocina.

Ambos me miraron atentamente, y luego se echaron a reír, tanto, que Marie tuvo que correr en dirección al baño para evitar orinarse en la alfombra del suelo.

—Eres divertida —dijo Adam poniéndose de pie y caminando a ritmo de tortuga hacia mí—, tienes un…

Se paró a centímetros de mi rostro y luego hizo una cosa de lo más inesperada: me tomó de los hombros y me empujó cerca de su cuerpo.

—Adam… Estás borracho, tengo sueño, Marie no tarda en venir y hay un zorrillo en la cocina, escarbando las plantas y probablemente comiendo insectos. Definitivamente este no es un buen momento para…

—Solo hay algo que quiero hacer —su boca estaba tan cerca de mi rostro que pude oler el alcohol en su garganta. Tal vez era vodka. No lo sé.

—Mira… —no me dejó terminar lo que iba a decir, y colocó dos dedos sobre mis labios.

— Shhh.

Sus dedos recorrieron mi labio inferior y de ahí se trasladaron hacia el labio superior; entonces se movieron un poco más arriba, cerca de mi nariz.

Yo estaba paralizada. Debería ser ilegal que un chico pudiera descontrolar mis nervios y darle la vuelta a mi mundo entero con un solo toque. En especial si dicho chico estaba borracho y probablemente no recordaría nada de esto mañana.

Sentí los dedos de Adam sujetar mi barbilla y, en lo profundo de mi egoísta y masoquista mente, quise que él me besara. Lo quería tan mal. Pero no lo hizo, sólo se quedó repasando sus dedos por encima de mi labio superior y luego… luego se los llevó a la boca. Chupándolos.

—Te ves adorable con esa camisa y ese bigote de leche —susurró. Se relamió los labios con la lengua mientras yo aún me encontraba sin palabras. Mirándolo como una idiota. Mi pequeña burbuja se rompió cuando escuché pequeños golpes en la puerta principal.

Mis ojos viajaron inmediatamente hacia ese lugar, y la voz de Eder sonaba amortiguada del otro lado.

Para mi desgracia, Adam retiró los dedos de mi rostro e intentó correr para abrir la puerta.

—¡Adam! —grité lo más bajo que pude—. Regresa aquí, es el novio de Marie.

Él me miró confundido, como si le hubiera hablado en japonés.

—Noooo. Yo soy el novio de Marie.

Lo tomé del brazo y comencé a caminar hacia mi habitación, pero puso resistencia y plantó sus pies en el suelo.

—¿No debería presentarme? —preguntó negándose a seguir caminando—. Sabes, mi madre antes de morir me enseñó que siempre tenía que tener buenos modales.

Eructó en mi cara y se echó a reír.

—Lo siento, nena…

—Ni te disculpes —lo detuve en seco—, sólo lo empeorarás. Ahora muévete sino quieres despertar hecho picadillo.

—En realidad… no puedes despertar si ya estás hecho picadillo. No tiene sentido que…

Lo empujé a través de la puerta de mi habitación y cayó directo al suelo.

—Quédate aquí. Solo tengo que ir allá un momento —cerré la puerta y corrí hacia la entrada principal para abrirle a un muy somnoliento Eder.

Su cabello estaba revuelto bajo una gorra celeste desteñida y sus músculos se ceñían en la tela de su camiseta del equipo de fútbol del Barcelona.

—Hola Anna. Lamento despertarte a esta hora pero Marie llamó hace poco. Dijo que le dolía el estómago; le traje medicinas —levantó la bolsita plástica y me sonrió sin muchas ganas.

—Claro, pasa —extendí la puerta abierta mientras le abría paso.

Inmediatamente una voz masculina se comenzó a escuchar a lo lejos. Cantaba una canción que sospechaba era probablemente de Selena Gómez.

Al menos ya tenía material para molestarlo por los próximos días.

—¿Qué es eso? —dijo Eder moviendo su cabeza en todas direcciones, como queriendo encontrar de dónde provenía el sonido—. ¿Alguien está cantando?

Me aclaré la garganta.

—Sí, es que soy aficionada a esos programas de karaoke.

—¿A las cuatro de la mañana? —examinó el reloj de la pared.

Me sonrojé y maldije por lo bajo. Esta noche iba a ser larga.

—Sí. Soy rara —dije porque no sabía cómo rellenar los silencios incómodos que siempre se tenían con Eder. Sí, el chico era guapo y bien esculpido, sus rasgos eran suaves y el tipo era más callado que la H. Pero cuando intentábamos entablar una conversación, ambos éramos nulos para eso.

Nunca había apreciado tanto la confianza y la familiaridad al hablar con Adam hasta ahora.

—Marie está en su cuarto. Ya conoces el camino —me apresuré a decir. ¿En serio le dije que soy rara?

—Gracias. —Él caminó hacia el cuarto de mi prima, y así logré evitar un gran desastre. Como siempre, Anna salvaba el día.

Regresé a mi larga noche… más bien madrugada, a oír nuevamente los gritos de Adam.

Cuando entré en mi habitación él ya estaba acostado en mi cama, sosteniendo el libro que leía esta tarde. Me vio entrar y se apoyó en un codo para poder verme a la cara.

—¿Relaciones Prohibidas? —preguntó elevando ambas cejas—. ¿Este es de esa clase de libros no aptos para menores de edad? Annnnna, me sorprendes.

Me ruboricé y traté de quitarle el libro de sus manos pero él lo llevó fuera de mi alcance.

—Adam, no bromeo, dámelo.

—Oh, entonces sí es de esos.

—No, no lo es. —Intenté atraparlo de nuevo pero él se movió rápidamente y lo alejó de mí.

Tomé una de las almohadas de mi cama y se la lancé a la cara.

—Dámelo —repetí furiosa. Si no tenía cuidado podría romper alguna página.

—No quiero.

—¡Aggh! Pero qué inmaduro.

Lo seguí golpeando, e incluso le hice cosquillas para que me lo diera. De alguna manera terminé encima de él en la cama, mi rostro a centímetros del suyo. Me hice agua al recordar sus dedos sobre mis labios, quitando las marcas de mi bigote de leche y llevándoselos a la boca.

—Lo quiero de vuelta. Y más vale que esté en buen estado.

—¿Qué pasa si hago esto entonces? —Metió el libro bajo su espalda mientras esta se presionaba contra el colchón.

En un arrebato, me subí a horcajadas sobre él y comencé a moverlo para llegar hacia su espalda. El alcohol lo hacía lento y recuperé rápidamente mi libro. Lo llevé directo a mi pecho y lo sostuve por un rato.

Me encontraba jadeando debido al esfuerzo, pero no tanto como para no notar que la camiseta de Adam se levantaba en los bordes, justo lo suficiente como para que llegara a tener un buen vistazo de su abdomen y del tatuaje en su espalda.

—Hueles a lavanda —dijo él repentinamente mientras presionaba su nariz contra mi pelo.

¿Era normal que un chico huela tu cabello de la forma en la que él lo hacía?

Entonces sus mágicos dedos recorrieron mi nuca, escalofríos imparables sacudieron a mi cuerpo.

—Me gusta tu cuarto. Está lleno de vida —dijo viendo las paredes de colores y los múltiples cuadros hechos por mí.

—Gracias. Me gusta tu… —todo tu delicioso cuerpo— cabello de esa forma.

Él resopló por la nariz y justo cuando llegué a pensar que se había desmayado, me sorprendió hablando:

—Anna... Sé que soy un completo idiota y que probablemente no necesitas que te diga esto pero... —se detuvo un momento para hipar—. Nunca, jamás, ni en tus sueños más oscuros, te vayas a enamorar de un tonto como yo. Estoy arruinado, te lo digo.

Mi respiración se volvió elevada.

¿Por qué me estaba diciendo esto?

—Buenas noches, nena —fue lo último que le escuché decir antes de que comenzara a cantar otra canción de Selena Gómez.

Esa noche apenas y pude dormir algo.

Actualidad...

—Esto es tu culpa —le lancé a Adam una rodaja de tomate que se deslizaba desde la pared más cercana—. Siempre te las arreglas para meterme en problemas.

Estaba histérica.

Cliff me había despedido, y todo por culpa de ese pelmazo de cabello negro y ojos verdes.

—Anna, tranquilízate. —Levantó las dos manos al aire, como si fuera victima de un asalto.

—¿Tranquilízate? ¡¿Tranquilízate?! ¡Ve a tranquilizar a tu abuela! —grité lanzándole más comida que quedó regada en el suelo gracias a nuestra pelea previa.

—Va a ser difícil tranquilizar a mi abuela ya que ella es la diva de los aerobics para la tercera edad. Se mantiene en movimiento.

—¡Por favor, deja de bromear! No estoy de ánimos desde que por tu culpa perdí mi empleo.

Quería echarme a llorar. Ya le había suplicado a Cliff que no me despidiera pero él se negó a volverme a contratar. Dijo que conmigo correría riesgos.

—Le pagaré cada centavo que le debas a "Porky" —habló él metiendo las manos en sus bolsillos, sacando una tarjeta de crédito. Al menos no eran fajos de billetes.

—No necesito tu dinero, Adam. Es más, si vuelves a ofrecérmelo, directa o indirectamente, voy a patear tu trasero hasta que no puedas sentarte en todo el día.

Él se echó a reír y eso me enfureció. Comencé a lanzarle más comida desperdiciada.

—Suficiente los dos —Rita me detuvo justo cuando preparaba mi siguiente ataque con cebolla—. Cliff se va a enojar más, así que les sugiero continuar en otra parte.

Me tomó del brazo y me obligó a caminar con ella. Adam se quedó parado como un imbécil viendo mientras me marchaba.

—Es un tonto —dije una vez que estábamos fuera de su alcance, parpadeé las lágrimas que se querían salir de mis ojos pero fue inútil, salieron de igual manera, sin mi consentimiento.

—Lo sé —se limitó a decir ella—. Es un tonto que tiene sentimientos escondidos por ti.

Lloré aun más fuerte.

Rita me apoyó contra su hombro y le dio suaves golpecitos a mi cabeza.

—Yo no lo quiero. No quiero nada que tenga que ver con él.

—No te engañes a ti misma, a ti te gusta Adam desde hace bastante tiempo.

Entonces recordé lo que me dijo antes de que Cliff me despidiera.

—Él terminó con Marie.

Rita me sacó de su cómodo hombro y me miró directo a los ojos.

—¿Terminó con ella? Esas son buenas noticias.

Hice un puchero.

—Pues no tiene nada que ver conmigo; a mi no me afecta lo que haga con su vida sentimental.

—Claro que te afecta; ¿hasta cuando vas a dejar de ser tan ciega y ver que a él le interesas también?

Me sequé las lágrimas acumuladas con la punta de mis dedos, y a lo lejos me fijé en una figura masculina recostada contra la pared.

—Está esperando por ti —habló Rita, señalando en dirección a Adam—. Ve a hablar con él.

—No tengo nada que decir.

—Claro que sí. Acaba de podar la mala hierba de su jardín, es el momento ideal para sembrar nuevas semillas.

—Pues esta semilla quiere ser plantada en otro lado. Además qué clase de persona sería si aceptara salir con él, es prácticamente el desecho de mi prima. Es como comer la mierda que deja.

Rita abrió mucho los ojos, y yo casi me arrepentí de haber dicho lo que dije.

Me mordí la lengua.

—Entonces es así como me consideras... como mierda —dijo Adam apareciendo demasiado cerca de mí, sonaba enojado y resentido.

Sí, deseé no haber dicho eso. Quería disculparme. No sabía que estaba escuchándome todo este tiempo.

—No se supone que tengas que escuchar conversaciones ajenas —pero en su lugar dije eso.

Su mandíbula se tensó y sus lindos ojos verdes se oscurecieron repentinamente.

Sin decir otra palabra salió disparado fuera de mi vista.

Tonta, tonta, tonta.

—¡Síguelo! —me impulsó Rita.

Y como era común en mi vida, seguí la orden sin pensarlo dos veces.

—¡Adam! —lo llamé mientras corría hacia la salida de emergencia del restaurante. Las alarmas no sonaron, estaban desconectadas desde hace más de tres años.

La salida lo llevó hacia un callejón maloliente en donde se mantenían los contenedores de basura.

—No necesito que me sigas —gritó él aún sin voltear a verme.

—Lo siento. No quise ser grosera y decir que eras… —no pude terminar la frase. No sabía lo que me había poseído para haber dicho lo que dije de él.

Mis pies caminaban por inercia, siguiéndolo, así que cuando Adam se detuvo repentinamente, no pude pararme a tiempo y choqué contra él. Antes de que pudiera caerme y golpear mi trasero contra el suelo, él ya estaba sosteniéndome por mis muñecas y presionándome fuertemente.

—Completa lo que ibas a decir —me retó.

Teniéndolo así de cerca llegué incluso a olvidar mi nombre. ¿Cuál era? Estaba segura que terminaba en "a".

Adam me presionó más cerca y más fuerte.

—Te arrepientes de decir que yo era, ¿qué, Anna?

¡Anna! Cierto. Ese era mi nombre.

—Lamento haberte comparado con la mierda —hice una mueca y agaché la cabeza hasta que lo único que vi fue su camiseta amarilla con el logo del restaurante.

Se echó a reír pero no había humor en ese sonido.

—¿Acaso me veo como la mierda? —me sacudió levemente y me obligó a alzar la mirada—, ¿acaso huelo como a eso también?

Permanecí callada, era increíble lo que me hacía este chico: en un momento le quería ensartar un tenedor en el cuello, y al siguiente, quería ensartármelo a mí.

—Adam, por favor…

Pero me calló de la mejor manera conocida por el hombre: con un beso. Me besó tan fuerte que pensé que mis labios se iban a gastar. Se separó tan rápido que quedé completamente aturdida, pensando en si debería decirle "más, por favor".

—¿Acaso también beso como la mierda? —Negué distraídamente, viendo directo a sus labios—. Quiero que uses palabras.

Lo miré confundida por un momento.

Volvió a acercarme hasta que su frente estuvo pegada a la mía, y me sujetaba únicamente de las muñecas, obligando a mis pies a ponerse en puntillas.

—Dime, ¿también beso como la mierda? —preguntó tranquilamente rozando sus labios con los míos.

Este hombre me iba a volver loca.

De pronto su boca estuvo sobre la mía, poseyendo todo a su paso. Besándome con lentitud y con fuerza. Mi respiración se aceleraba mientras él continuaba dominando el movimiento de nuestros labios.

Finalmente me soltó, y el efecto Bambi se hizo inmediatamente presente.

—Besas muuuy bien, mejor que bien —dije aun en mi estupor.

Él se limitó a darme una sonrisa ladeada y lentamente soltó mis brazos.

—Entonces, ¿por qué me comparas con la mierda?

La neblina que cubría mis pensamientos fue desapareciendo.

—Lo siento, es solo que acabas de terminar con Marie. Ni siquiera entiendes lo horrible que es el que digan que al día siguiente encontraste su reemplazo. No es que me considere como el reemplazo pero… ¿en qué clase de persona me convierte eso? No quiero que piense que me voy a quedar siempre con sus sobras… —Y lo hice de nuevo, solo que esta vez lo llamé "sobras".

—Tienes derecho a llamarme como quieras —respondió tranquilamente—, soy un jodido imbécil que adora invertir dinero en ti, también soy el idiota que hizo que te despidieran de tu empleo soñado…

—No es mi empleo soñado. Y lo siento, no pretendía llamarte de nuevo sobra o…

—Te entiendo. Y sé que me lo merezco. Pero te pido que me des una oportunidad, sólo una para demostrarte que este "sobrante" puede llegar a valer la pena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que probablemente seré tu ruina, lo peor que te haya pasado; soy como un virus ébola multiplicado por cien, pero Anna, estoy completamente seguro que no tenerte cerca, ni por un segundo al día, hace que mi piel deje de sentir. Sé que suena estúpido y cursi pero te quiero sólo para mí, y con Marie jamás sentí la necesidad de partirle la cara al primero que le veía el trasero. Y no sabes las veces que deseé romperle la quijada a tu ordeña-vacas por mirarte de la forma en que lo hizo.

Me reí nervosamente y fijé mis ojos en los suyos. Oír sus palabras me derritió de los pies a la cabeza.

—Adam… las cosas no son tan fáciles…

—Sólo di que sí y yo me encargo de todo si el mundo se viene encima.

—Dame tiempo para pensarlo.

—Nena, por favor acaba con mi sufrimiento ahora. Prometo alejarme de tu vida si lo echo a perder; y vaya que lo voy a echar a perder miles de veces antes de comenzar a hacerlo bien, pero quiero descubrirlo a tu lado. No creo que pueda soportar a otro imbécil babeando por tu cuello.

Sonreí de lado.

—¿Entonces me estás diciendo que tú quieres ser el único imbécil que babee por mí?

—Exactamente.

¿Qué tan malo podía ser darle una oportunidad a Adam? ¿Darnos a ambos una oportunidad?

¿A quién engaño? Yo quería estar con él desde hace tanto tiempo como pudiera recordar.

—Probablemente me arrepienta después de esto pero… te estoy dando un tal vez —respondí.

El rostro de Adam regresó a su habitual arrogancia mientras me agarraba de la cintura y me sonreía de lado.

—No voy a dejar de besarte hasta que digas que sí.

—Entonces vamos a estar aquí un largo rato… —sonreí contra su boca y me perdí de nuevo en sus labios.

—No te preocupes, nena, tengo una larga resistencia.



CAPÍTULO 10

El Efecto Adam Walker

Marie se iba a molestar.

Oh, sí.

Estaba segura de que ella, por sí sola, era capaz de desatar la tercera, cuarta y quinta guerra mundial.

La última vez que un chico la dejó, el pobre terminó en un hospital con un ojo vendado y marcas de uñas por todo el cuello y la nuca. Aunque puede que en esta ocasión sea diferente: Adam no era el único con el que andaba, así que tenía más oportunidades de reemplazarlo. Pero por otro lado él era uno de sus favoritos, el que ella consideraba más novio de lo que Eder jamás podría ser. Obviamente eso no me hacía sentir mejor, solo me hacía sentir peor y miserable.

¡Era como estarla traicionando! Aunque sinceramente se lo merecía.

Además de eso me sentía culpable, culpable por querer mantener mis labios pegados a los de Adam todo el tiempo. De verdad, ¿cómo pude haber pasado toda mi vida sin besarlo? En serio, ahora compararía mi vida amorosa en: antes de los besos Adam, después de los besos de Adam. El efecto Bambi se hacía presente más veces de las que pudiera contar en un solo día (y eso que apenas y nos habíamos "dado la oportunidad" hace unas horas atrás).

Al poco tiempo fue fácil para Rita y los demás descifrarlo; todos en el restaurante nos felicitaron al enterarse y, al parecer, Mirna había ganado la apuesta en esta ocasión ya que también apostaron a cuándo explotaríamos y nos íbamos a gritar las cosas en la cara y admitir lo que sentíamos el uno por el otro. No sabía que yo podía ser tan predecible.

Pero aclaro, no solo porque Adam me diera unos cuantos besos dejaría de pensar en que era un idiota, porque sí lo era. Había hecho que Cliff me despidiera... y me diera otra oportunidad. Asi que ahora estaba en un periodo de prueba de una semana para ver si conservaba el empleo o no.

Cualquier error que cometiera en esa semana, y definitivamente sería despedida.

Se podía decir que le había dado lástima a Cliff y por eso me dio esa única y última oportunidad para no estropear las cosas.

Esta vez no lo iba a echar a perder.

Esa misma noche, cuando abrí la puerta principal del departamento que compartía con Marie, pensé que iba a encontrar un desastre digno de un tornado. Pero en su lugar todo estaba calmado, limpio y demasiado silencioso para mi gusto.

No parecía haber nadie en la casa así que me escabullí hacia el baño para quitar el olor a comida que siempre se me pegaba del restaurante, y para limpiar las sobras de salsa de tomate que Adam me lanzó en nuestra pequeña pelea con condimentos.

Antes de que pudiera llegar por completo a alcanzar la perilla de la puerta del baño, escuché un sollozo provenir de la habitación de Marie.

—¿Anna, eres tú? —preguntó ella con voz quebrada.

Apreté mi labio inferior y me debatí entre si debía entrar o hacerme la que no había escuchado nada.

—Anna, te necesito. Ven por favor —volvió a llamar.

Liberé mi labio y caminé de forma resignada hacia su dormitorio.

Marie estaba sentada a orillas de su cama tamaño matrimonial con cobertores rosa pálido; su cabello naranja se encontraba en un estado inusual: despeinado. Su rostro era pálido, y sus brazos se aferraban a una pequeña almohada que tenía bordada la letra M.

—¿Qué te ocurre? Te ves...

—¿Acabada, destrozada, desolada, abandonada? —dijo ella. No estaba precisamente llorando a mares, estaba mas bien en un estado tranquilo y casi en shock.

Me sentía aterrada, preferiría que estuviera haciendo una de sus famosas rabietas de niña, a estarla viendo de esta manera. Era más peligrosa en este estado, además, tenía miedo de que se me echara de ver en la cara lo culpable que me sentía por siquiera llegar a besar a Adam.

—¿Te sientes bien? ¿Estás enferma? —le pregunté; claro que sabía que no era eso, pero era mejor fingir que nada había pasado.

—No te hagas la que no sabes —dijo simplemente.

Me temblaron las rodillas. ¿Acaso ella sabía lo de esta tarde?

—No sé de qué...

—Adam me dejó.

—Eso es terrible pero yo...

—Tú ya lo sabías —me dio una mirada asesina. Silenciándome.

—Sí —respondí finalmente—, recuerda que él trabaja ahora en el restaurante... me lo contó todo hoy.

Marie se secó una lágrima que se le había escapado silenciosamente.

No pensé que estuviera llorando.

—¿Te contó por qué terminamos?

—Mmm... no.

Se sorbió otra lágrima.

—Me dejó porque... porque —*le gusta otra persona*, completé en mi mente—... Porque tiene un trabajo peligroso y fuera de los límites. Y yo no lo apruebo.

Eso no me lo esperaba.

No me había dado cuenta, pero de alguna manera ya me encontraba sentada junto a Marie. La única ventana en su habitación tenía una vista hacia la calle, a una zona no tan transitada de vehículos. Era ahí a donde mis ojos se turnaban en mirar mientras yo todavía procesaba la información. Recordaba que Adam había insistido en llevarme a su lugar de trabajo, pero nunca se dio la oportunidad para que eso sucediera. Ahora me sentía curiosa.

—¿Su trabajo es peligroso? ¿Qué es? ¿Trapecista?

Ella no rió; solo me miró con confusión.

—Anna, él es... es un ladrón.

Miré directamente hacia sus ojos azules, esperando que de un momento a otro ella se riera. Pero los segundos volaron y la risa no venía.

—¿Es una broma? —pregunté a punto de lanzar una carcajada—, ¿Adam, un ladrón? No me digas, un ladrón que te robó el corazón.

—No bromeo —continuó ella de manera seria—. Adam se dedica a estafar y robar a la gente.

De nuevo esperé para que me dijera si estaba bromeando o inventando historias solo para sacar un poco el dolor que sentía contra Adam por haberla dejado. Pero Marie nunca rió. Se miraba seria y destrozada.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Cómo estás tan segura de que es un ladrón? ¿Lo has visto quitándole la billetera a alguien?

—Anna, él no es la clase de ladrón aficionado que tú imaginas que es... Él no anda escondido en medio de los arbustos, con un arma blanca metida entre los pantalones, esperando a que aparezca una indefensa viejecita para robarle el bolso. Él es la clase de ladrón que no se conforma con recompensas mediocres; va por todo. Adam es un estafador que se lleva tu dinero a grandes sumas, y es realmente bueno haciéndolo. Él es peligroso.

—Eso es imposible —balbuceé. Repentinamente me empecé a sentir mareada. Marie solo estaba dolida, eso era todo. Estaba inventando tonterías como esta para... ¿para qué? Ni siquiera sabía que a mí me gustaba Adam o que nos habíamos besado.

¿Se supone que deba creerle?

—Es posible —dijo ella, trayéndome de vuelta al presente—. Adam maneja increíbles cantidades de dinero ¿acaso no lo has notado? Siempre lo vas a ver cargando billetes en sus bolsillos. Además, mi querida prima, él me lo confesó todo hace meses atrás. Una de las condiciones de nuestra relación fue que yo no me metería en sus asuntos si él no se mostraba interesado en los míos.

—¿Y por qué me estás contando todo esto? —en un impulso me levanté de la cama y comencé a caminar de arriba a abajo en la habitación.

—Porque él me estafó a mí.

Me detuve en seco.

—Él robó una inmensa cantidad de dinero a la compañía de mi papá —continuó ella, esta vez las lágrimas resbalaban con una facilidad increíble por sus mejillas y sobre sus pecas—. Lo descubrí y le dije que no iba a delatarlo porque aun sentía algo

por él, pero ahora ya no sé qué hacer. Papá aún no lo sabe pero se va a dar cuenta de un momento a otro.

Esta vez sí se echó a llorar a moco tendido.

Yo aún no podía creerlo, Adam podía ser de todo menos ladrón. O al menos eso pensaba yo.

—Fui tan estúpida como para compartirle la contraseña de la chequera familiar y él se aprovechó y liquidó casi todo.

—¿Estás segura de que fue él? Pudo haber sido alguien más y solo...

—¡Fue él! —y con eso se echó a llorar más fuerte.

Se puso boca abajo en la cama y empezó a gritar contra el colchón. Iba a consolarla con golpecitos en la espalda, cuando de repente el timbre de mi celular me sacó de esa misión.

Era una llamada.

Y un vistazo a la pantalla me dijo que era de Mason. Me había olvidado por completo de él.

Me debatí entre responder la llamada y regresar a la incoherente realidad que me estaba contando Marie.

Terminé contestándole a Mason.

—¿Hola?

—¡Anna! Qué bueno que me contestas —por el rabillo del ojo le echaba vistazos rápidos a Marie quien continuaba gritando y pataleando contra la cama.

—Mason... ahora estoy un poco ocupada, tal vez si puedes llamarme después...

—No, escucha, seré breve. Solo quería saber cómo seguía tu nariz. Créeme, estoy tan arrepentido por lo del sábado, no sé lo que me pasó... —¿Mi nariz? Ya hasta se me había olvidado que mi nariz lucía como si alguien la hubiera masticado y vuelto a escupir en su lugar— y quería invitarte a salir mañana en la noche. ¿Qué opinas?

Yo seguía observando a Marie que ahora tenía una almohada pegada al rostro, llamando a Adam con toda clase de nombre de animales como era posible. ¿Cerdo de dos patas? ¿Jabalí callejero? ¿Iguana bulímica? Y otros que no entendí porque salían distorsionados los sonidos.

—¿Anna, sigues ahí? —habló Mason. De nuevo había olvidado que estaba del otro lado de la línea telefónica.

—¿Sí? Mira, de verdad tengo que irme —a lo lejos fui consciente de que el timbre de la puerta comenzó a sonar.

¿Esperábamos invitados?

—Solo te pido una salida más. Acepta por favor.

El timbre de la puerta se escuchó aún más insistente. Marie despegó su cara de la almohada y me miró con ojos asustados.

—Es mi mamá —articuló ella hacia mí—. Hoy tenemos la cena familiar.

La cena familiar la hacíamos una vez al mes. La mamá de Marie era obstinada y obligaba a mis padres a sentarse en la misma mesa durante una hora completa, disque para que yo no perdiera ciertos valores que se obtienen con una familia presente. ¿Por qué de todos los días escogió hoy para hacerla?

—¿Anna, qué dices? —preguntó Mason en mi oído—. Di que sí...

—Está bien —cedí—, acepto.

—Bien, te mandaré la dirección en un mensaje.

Finalmente colgó la llamada e inmediatamente (y a petición de una Marie de ojos rojos y cara morada) fui a abrir la puerta de la entrada.

Todavía me sentía como en un sueño, o como en cámara lenta.

¿Adam, un ladrón? Eso era hasta cómico.

Era imposible. No le creía a Marie, tenía que estar bromeando.

—¡Pastelito de calabaza! —gritaron en mi oído, y al instante de abrir la puerta, unos brazos con múltiples pulseras de metal me rodearon. Una brillante y llamativa boca roja se encontró con mi mejilla, y el rostro demasiado maquillado de mi madre se hizo presente.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí? —murmuré aun envuelta en su potente abrazo expulsa aire.

—¿Que una madre no puede hacer una visita sorpresa a su única hija? Además te traje un amuleto para las buenas decisiones. Acaban de llegarme de Aruba. Recién salidos del horno —sacó de su cartera, de imitación de piel de cocodrilo, un collar con una pluma de pavo real en el centro de un circulo de metal adornado con piedras azules y verdes.

—No tenías por qué molestarte —dije viendo sospechosamente hacia el objeto extraño.

—Lo mismo le dije pero es obstinada y cree en el poder de semejante idioteces —dijo la tía Charlotte que venía detrás de mamá. El papá de Marie venía con ella.

Uff, ¿hoy era el día de supervisión paterna?

—¿Qué hacen todos aquí? —le susurré a mamá por lo bajo. La tía Charlotte pasó examinando cada esquina del departamento. Ella tenía una obsesión por lo limpio.

—Esta noche la pasaremos en familia —me respondió ella, dándome un guiño—. Aunque la nueva conquista de tu papá viene con él. Asi que la pasaremos "casi" en familia. Lo juro, no sé de dónde las saca, tal vez de una guardería. Cada vez son más jóvenes.

—Hola pequeña —saludó el padre de Marie, estaba inmerso en su iPhone, apretando vigorosamente los dedos contra la pantalla. Él era un hombre físicamente de cuerpo atlético, cabello marrón y un grueso bigote que era fiel compañero de sus espesas cejas.

—Hola tío Victor —saludé algo recatada. Qué podía hacer, el hombre me intimidaba; además quería atacarlo a preguntas: ¿Era, en verdad, Adam un ladrón?

No, me negaba a creerlo.

Marie estaba despechada, eso era todo. Por eso decía cosas como esas.

Adam NO era un ladrón... o estafador, o como sea que Marie lo llamó.

Sobra decir que preparar la cena con mamá, la tía Charlotte y Marie (quien estaba seria y evitaba hablar todo lo posible con los demás) fue incómodo y silencioso.

Estaba cortando algunos cuadritos de zanahorias cuando mamá notó una mancha de salsa de tomate en mi nuca y creyó que era sangre; tuve que asegurarle más de mil veces que no lo era. Además papá llegó tarde, casi se pierde la cena y apareció tomado de la mano con Susan, la mujer que fue mi maestra en segundo grado.

Susan era bastante bonita, de cabello negro y con un lindo acento francés que la hacía lucir aun más adorable. Mamá decía que ella era una prostituta disfrazada de manera elegante. En mi opinión, no tenía nada contra la novia de papá. ¡Hey, ella me enseñó a multiplicar decimales y a cantar el alfabeto en tres idiomas: inglés, español y coreano!

—¿Todavía sigues pensando estudiar arte, Anna? Recuerdo que adorabas pintar sobre cualquier superficie —me preguntaba ella mientras cenábamos y me acababa de llevar un bocado de pasta a la boca.

—Sí. Estoy ahorrando para la inscripción, luego veré si puedo conseguir una beca.

—Siempre consideré que el arte era mas bien un pasatiempo —se metió la tía Charlotte—, dedicarse a eso es prácticamente decir que no te dedicas a nada. Oficio de vagos.

—Todavía estás a tiempo de aprender negocios —habló papá. Sus ojos claros examinando los míos detrás de sus lentes de montura negra. Siempre pensé que él y yo éramos lo suficientemente parecidos. Mismo color de cabello, mismos ojos grises, y mismos rasgos, especialmente en la barbilla y el contorno de los ojos. Pero él no creía en el método: "sé lo que quieras ser" que tanto promocionaba Barbie en sus comerciales. Él era un hombre que iba directo al dinero... aunque era un completo tacaño. Todavía conservaba su último regalo, mis llaves jamás se perdían en la oscuridad gracias al infantil llavero que seguramente le costó lo mismo que le costaría la uña de su dedo gordo del pie.

—Tengo planeado estudiar arte. Y así lo haré —dije de forma obstinada.

La tía Charlotte de vez en cuando me lanzaba miradas de reojo.

Me metí otro poco de pasta a la boca y traté de no enfurecerme demasiado.

—Oh, Anna, eso me recuerda —papá se pasó una servilleta por la boca, limpiando el exceso de salsa—, tu tía me contó que te vio el otro día con un muchacho. Un chico mayor, con tatuajes en el cuerpo. ¿Me podrías decir qué clase de planes te esperan con él?

Adam.

Rápidamente evité su mirada. Tomé un sorbo del té helado que Marie había preparado sin mucho esfuerzo.

—¿Cuándo me ibas a contar que tienes novio? —siguió instigando papá.

—Ya déjala en paz, Rick —Mamá había evitado hablar durante toda la cena; y si antes parecía que quería lanzarle dagas a papá... ahora se notaba que mentalmente le mandaba bolas de fuego—. Yo también lo conocí. Me pareció todo un bombón delicioso; siempre noté la atracción que ambos se tenían pero no sabía que ya eran novios.

Me guiñó un ojo y tuve que atragantarme con más pasta para evitar responder. Marie me miraba de forma extraña todo este tiempo.

—Por pensamientos como esos es que niñas de quince años terminan embarazadas y solteras —soltó mi papá—. Dime una cosa, Anna, ¿estás manteniendo relaciones con ese tipo? Porque desde ahora te digo, no quiero ser abuelo a los cuarenta.

Al oír eso casi me ahogo en mi propia saliva.

—¡Cuarenta! —Mamá se echó a reír a carcajadas—, querrás decir cuarenta y seis, querido. Ya no estás joven, mírate al espejo, tu pelo caído habla por sí solo.

Yo aún seguía tosiendo y dándome golpecitos en el pecho.

—Sí, dije cuarenta. Anna, dime qué edad tiene ese sujeto, no quiero que un anciano esté abusando de una jovencita ingenua como tú. Recuerda que los chicos solo buscan una cosa. ¡Solo una!

—¡Papá! —chillé viéndolo horrorizada una vez que logré dejar de toser—. Por favor detente.

—Parecía de veinticuatro —dijo la tía Charlotte. En serio iba a golpear a esta mujer.

—¡¿Veinticuatro?! —papá dio un golpe en la mesa haciendo saltar todos los platos de vidrio—, ¡Te prohíbo verlo! Apenas eres una bebé, tienes diecisiete por todos los cielos. Todavía recuerdo haberte cambiado los pañales hasta hace poco tiempo...

—Tengo dieciocho y te recuerdo que cumpliré diecinueve dentro de dos meses —dije, algo avergonzada.

Cuando a papá le tocaban el tema de los chicos... Bueno, digamos que las cosas resultaban de esta forma.

—¿Dieciocho? Aun así eres demasiado joven...

—Mira quién habla —murmuró mamá—, el cerdo criticando su propia y rechoncha cola.

—No empieces Cecile...

—Y por cierto, tú nunca le cambiaste un pañal en su vida. Estabas demasiado ocupado viéndole las piernas a la niñera como para siquiera fijarte en si tu hija ensuciaba o no el pañal.

Y así continuó más o menos todo el resto de la cena; siempre hablando como si yo no estuviera presente y contando más historias vergonzosas de pañales sucios y vómito.

Marie observaba con horror el intercambio, su madre no dejaba de aportar comentarios a la conversación, y el tío Victor seguía con la cabeza metida en su celular. En medio de la pelea, Susan se puso a cantar una melodía francesa y fue cuando el silencio reinó. Después de cinco minutos de escucharla cantar nos echamos a reír. Definitivamente lo de ella no era la música. Pero a pesar de todo, mi mente seguía pensando en Adam.

En Adam como un estafador, en Adam como un... ladrón.

No, no iba a dudar de él, Marie era la loca.

Definitivamente.

Tendría que preguntarle después.

Cliff me había puesto a atender en el autoservicio. Era un día relativamente tranquilo y sin mucha clientela, aunque un tipo intentó coquetearme vilmente a través del comunicador; era esa clase de viejo charlatán que esperaba que, recitando frases básicas, las chicas cayéramos rendidas a sus pies.

Patético.

Todavía no había visto a Adam en toda la mañana, pero cuando un par de manos comenzaron a subir y bajar por mi cintura, supe que ya había llegado.

—Hola nena —dijo plantando un beso en mi nuca.

Sonreí como boba.

¡Me besó en la nuca! ¿Cuándo me iba a acostumbrar a eso?

—No hagas eso aquí, Cliff me va a despedir de nuevo.

Giré brevemente para verlo, hoy Adam usaba lentes oscuros. Se me hacía imposible leer en sus ojos su estado de ánimo.

—¿Acaso no me veo sexy? —preguntó en su modo arrogante cuando yo no dejé de verlo.

Mmmm, diría que se miraba comestible... pero nunca lo admitiría en voz alta.

—Presumido —golpeé su pecho y me movilicé para arreglar un poco mi espacio de trabajo.

Una de las reglas del restaurante era no usar el celular en horas laborales, pero hice una excepción cuando un mensaje de texto apareció en la pantalla.

Antes de que pudiera abrir el mensaje, Adam se encontraba quitándome el celular y revisando lo que me habían enviado.

—¡Adam! —lo regañé—. Dámelo, ¿qué haces?

—¿Te veo hoy a las cinco? ¿Un mensaje de Mason? No me digas que sigues viendo a ese idiota.

—No tenías derecho a leer eso.

—Dime que no estás saliendo con el ordeña vacas y conmigo a la vez.

—Él me llamó e insistió por una cita, no podía simplemente decirle que...

—No. Ves, es fácil. Ni siquiera sé qué le viste en primer lugar.

—Es bastante guapo —dije queriéndolo poner celoso. Adoraba al Adam celoso.

Lo oí resoplar.

—Si él es guapo... yo soy el rey de Inglaterra. No, es más, de hecho sería el rey del mundo —me dio una sonrisa de dientes completos. Arrogante como siempre.

—Pienso hablar con él... —¿Y decirle qué? Adam no me había dicho específicamente que ahora quería andar conmigo, en una relación exclusiva, como novios...

—Le dirás que ya estás tomada, y que si se vuelve a aparecer cerca de ti, o de mí, le voy a partir su linda carita de granjero.

—Mason no es granjero; no entiendo por qué lo llamas de esa forma.

—De acuerdo, es un lame vacas.

—¿Por qué lo odias tanto? —pregunté realmente interesada.

—Porque... quiere algo que no le pertenece.

—¿Se supone que ese algo soy yo? Desde ahorita te lo digo: odio que me traten como trofeo o como un objeto.

—¡Por favor! Muy en el fondo las chicas aman ser tratadas como objetos que poseer. Ustedes simplemente no pueden resistirse a los chicos posesivos, y no me digas que no te gusta eso porque sé que lo adoras.

—Uff, me atrapaste —dije bromeando—. Ahora sabes el secreto. Podrías armar tu propio club: "chicos posesivos". Serías el presidente.

—También sé que me adoras por mi físico —dijo Adam.

Le fruncí el ceño.

—Eso no tiene nada que ver con lo que te dije.

—No, pero uno de los dos tenía que mencionarlo.

Lo golpeé no tan suavemente en el hombro.

—Ya madura —le reclamé.

—Entonces no te gustaría de esa forma. Admítelo... te gusto por mi físico, y mi dinero.

Ooh, no quería tocar el tema del dinero. Todavía me rondaba por la cabeza lo que me había dicho Marie.

Dirigí mis ojos hacia su lindo rostro. Ojos verde musgo tapados por lentes oscuros, labios ideales y un espeso cabello negro que le caía en la frente. Él no se parecía en nada al concepto de ladrón que existía en mi mente.

—¿Qué ocurre? —preguntó al notar mi cambio de humor. Se quitó los lentes y alzó una mano para ponerla bajo mi barbilla.

Tenía que parpadear con frecuencia para evitar que mis ojos se pusieran bizcos. Este ya no era más el efecto Bambi; este era el efecto Adam Walker, puro y sin adulterar (y eso que aún no me había besado).

—No pasa nada. Pero esta noche es mejor que hable con Mason... a menos que quieras el mismo acuerdo que tenías con mi prima. Entonces yo podría... —me silenció poniendo la palma de su mano en mis labios.

—Ni se te ocurra terminar esa oración. Te quiero sólo para mí. Y definitivamente yo iré contigo para ponerle freno de mano a tu granjero. Fin de la discusión.

Quitó su mano lentamente, arrastrándola desde mis labios hasta mi mentón.

Me tomó de la barbilla y cuando menos me di cuenta, me besó de forma arrebatada y descuidada.

Después movió sus labios lentamente sobre los míos, como queriendo saborear el momento. Se alejó demasiado rápido y me vi en la obligación de abrir los ojos.

Adam todavía me sujetaba de la barbilla.

—¿Sabías que después de besarme, tus ojos se quedan bizcos? —me preguntó él con una sonrisa enorme.

—No es cierto —sí, lo era, pero no quería avergonzarme admitiéndolo.

—¿Así que altero todo tu sistema, nena? —de nuevo regresó al modo arrogante.

Pasó sus manos por mi cintura y me sostuvo por un rato. Comencé a jugar con un hilo suelto de su camiseta.

—No sé de qué hablas.

—Ooh, chico posesivo: uno. Chica de apariencia tímida-pero-que-es-violenta-conmigo: cero.

Se inclinó para besarme de nuevo pero nos dimos cuenta al mismo tiempo de que teníamos público a nuestro alrededor.

Mirna, Dulce y Rita nos observaban desde el otro extremo de la habitación.

—Yo no sé ustedes, pero ya cumplí con mi cuota de azúcar por un día —murmuró Dulce—. Chicos, continúen comiéndose la boca del otro. Me voy —dijo esto último para nosotros.

Rita se encogió de hombros y la siguió.

—Pues yo no me voy —dijo Mirna—. Esto se pone interesante y además yo gané la apuesta anterior. Merezco un poco de espectáculo en vivo.

—Ya oíste —me susurró Adam— no quiero defraudar los sueños de una mujer de más de cincuenta años con reflujo gástrico y azúcar en la sangre.

—Pobrecito, sacrificándote por el bien de Mirna. —Elevé mis pies en puntillas, y le di un beso rápido en la comisura de la boca—. Listo, ahora tengo que volver a trabajar.

Me iba a separar de su cuerpo, pero se negó a dejarme ir y me sostuvo para darme un beso real.

Dejé que sus labios se perdieran en los míos por un momento. Entonces, para mi desgracia, se separó demasiado rápido... otra vez.

—Sí, confirmado: pones los ojos bizcos —dijo riendo.

Quería golpearlo pero él tenía razón.

Chico posesivo: dos. Anna: cero.

Le saqué la lengua y regresé a lo que estaba haciendo antes de que llegara.

Ahora más que nunca me sentía convencida que Marie mentía.

Adam podía ser un egocéntrico, presumido, idiota, narcisista y engreído, pero nunca sería un ladrón.

Me negaba a creerlo.



CAPÍTULO 11

Noah

Me retorcí los dedos como por onceava vez en el mismo minuto. Adam iba a estar furioso conmigo cuando se diera cuenta que asistí a la cita de Mason sin él (a pesar de que estuvo recalcándome todo el día que ni loca iba a ir yo sola a verlo).

Pero no podía llevar a Adam conmigo, él era capaz de retorcer el cuerpo de Mason sin ningún problema.

Le conté a Rita mi plan y ella colaboró para que Adam no se diera cuenta que estaba escapándome por la puerta trasera del restaurante. Pero es que de verdad necesitaba hablar a solas con Mason, y no necesita al señor jodidamente celoso respirándome en la nuca y llamando con nombres de animales de granja al pobre de Mason.

Él me había citado en un lugar donde preparaban la mejor comida china de la ciudad, se llamaba La Caja Asiática.

Procuré cambiar mi ropa de trabajo por cómodos jeans y una camiseta sin mangas; estiré mi pelo en una cola y, como siempre, mantuve mi maquillaje al mínimo.

Entré al local ubicado en la segunda planta de un edificio comercial, y una ola de aromas a jengibre, salsa de soya, especias y mariscos me golpeó directo en la nariz.

Una chica con genes asiáticos me hizo una reverencia al entrar, y me indicó que pasara.

Busqué con la vista el cabello marrón oscuro de Mason y lo encontré casi al fondo del restaurante. Una botella de agua se posicionaba ya en la mesa, a su lado también estaba una botella de vino con una etiqueta en donde se leía: *Dry Red Dragon*.

Frente a la botella, dos copas servidas.

—Hola —saludé mientras tomaba asiento frente a él.

Su mirada se iluminó y mi estómago se retorció con culpa.

—Pensé que no vendrías —se levantó de su lugar y me dio un rápido beso en la mejilla—. Espero no te moleste que ordenara por ti.

Negué con la cabeza.

—Veo que tu nariz está mejor —regresó a su asiento.

—Sí, ya casi no duele mucho —confesé—. Mase, yo...

—Wow. Llevas demasiado tiempo sin llamarme así —su sonrisa parecía no caber por completo en su cara—. Me gusta que me digas Mase.

Fruncí el ceño.

—Mason creo que ya no podemos seguir haciendo esto.

—¿Haciendo el qué, princesa?

Princesa. Así me llamaba cuando éramos novios; no era nada agradable recordar esa época en la que creía que era sexy verlo sin camisa y con el estómago cubierto de grasa de automóvil. Solía llevarle agua y limpiar su frente sudorosa con un pañuelo. Entonces él me daría un beso salivoso e intentaría meter su lengua hasta que rascara el punto exacto de mi paladar en donde se provocaban normalmente las arcadas.

—Me halaga que quisieras recuperarme —comencé— pero no voy a engañarte... No creo que exista una segunda oportunidad para nosotros.

No me gustaba decirle esas palabras, pero era mejor detenerlo ahora y no después cuando fuera tarde.

—¿Pero por qué? ¿Acaso hice algo mal? —estaba angustiado, podía escucharlo en su tono de voz—. Anna, aprendí cómo besar bien si eso es lo que te preocupa. Puedo probártelo...

Antes de que Mason pudiera seguir hablando más, una chica con un uniforme de camarera se nos acercó mientras cargaba varios platos de comida y los depositaba en la mesa.

Todo lucía bastante bien.

Mason me miraba angustiado, ni siquiera parpadeó con la llegada de la comida.

—No se trata de los besos —dije una vez que la camarera se fue—, es que simplemente no me veo contigo en un futuro inmediato.

—Marie te lo dijo, ¿cierto?

Lo miré confundida. ¿Qué tenía que decirme Marie? ¿Acaso él sabía lo de Adam? ¿Que Marie pensaba que era un ladrón/estafador?

—¡Ella prometió guardar el secreto! —chilló—. Lo siento Anna, te lo iba a decir pero...

—Wow, espera ahí. No entiendo de qué hablas.

Mason se quedó en silencio por un momento, entonces abrió su boca para volver a cerrarla haciendo un sonido como de PLOP.

—Cuando me dejaste me sentí devastado —comenzó a explicar—, no quería perderte. Fuiste lo mejor que me pasó. Entonces le pedí a tu prima... —se detuvo en media frase.

¿Qué? ¡¿Qué?! ¡¿Le pidió a Marie, qué?!

—Verás, tu prima me ayudó un poco en el área de los besos y... otras cosas...

—Oh no. No, no, no, no. ¿Quieres decir que estuviste acostándote con mi prima para "mejorar tus habilidades" y luego vienes y me pides otra oportunidad?

—Tenía que recuperarte de alguna forma y esa era la única manera. La vi hace meses atrás en la calle, le pedí su número para que me mantuviera informado sobre ti... y simplemente se dieron las cosas. Ella se ofreció a ayudarme.

—Gran alma caritativa, ¿verdad? —mi apetito se había esfumado por completo.

Iba a retirarme y regresar al departamento para confrontar a Marie, pero una sombra de figura alta y musculosa se asomó entre Mason y yo.

Sin siquiera tener que echarle un vistazo ya sabía de quién se trataba.

Adam.

Estaba de pie frente a nosotros, aun con el uniforme del restaurante. Cliff lo había obligado a usar un pantalón suelto a la cadera, y una corbata simple. Sin camisa.

Supongo que se dio cuenta de que a él también podía sacarle el provecho; ahora la clientela femenina nunca faltaba.

Tuve un poco de la hermosa vista a sus tatuajes durante todo el día. Algunos eran como llamas decorándole los omoplatos; desde ahí, la tinta formaba un árbol cuyas ramas y raíces estaban secas y apenas habían algunas hojas aferrándose al tronco. Era un árbol marchito, solitario.

Adam ni siquiera hizo el intento de intimidarse cuando la gente se le quedaba viendo. Disfrutaba de la atención que estaba recibiendo aquí en el restaurante.

Oh, hombre. Intenté apartar la mirada de sus suaves músculos pero la verdad era que se me hacía agua la boca por pasar mis manos sobre su pecho... Pero, ¿cuáles manos? Si era sincera conmigo misma quería pasar la lengua por su pecho y luego... Quité la vista de su muy buena figura, y mis ojos se dirigieron a los suyos. Adam lucía furioso. Apostaba a que si fuera posible hasta echaría humo por la nariz.

—Anna —pronunció mi nombre de manera fría y contenida—. Te dije que me esperaras...

—¿Qué hace este tipo aquí? —preguntó Mason. Su mandíbula se apretó fuertemente mientras le lanzaba miradas de odio a Adam, lo veía de forma despectiva de pies a cabeza.

—Vengo por Anna —respondió él con voz más tranquila de la que me habló; vi cómo tomaba una silla de una de las mesas desocupadas y la ponía a mi lado. Se sentó con el respaldar de frente y le dio una mirada lacónica a Mason.

—Ya me iba, ni se te ocurra hacer un espectáculo —le advertí a Adam, murmurando por lo bajo. Aún estaba furiosa por lo que hizo Marie con Mason.

—¿Y eso por qué? Pienso que deberías quedarte a comer ya que tu exnovio paga. Mira eso, ¡hasta hay vino! Oh, pero nena, no deberías estar tomando esto. Peor en tu condición.

Mis ojos se abrieron y miré sospechosamente a Adam.

—¿De qué condición estás hablando? —se me adelantó a preguntar Mason. Él tenía el cuello rojo y sus puños estaban cerrados sobre la mesa.

—Hablo de que Anna está embarazada. ¿Adivina quién es el padre? —se señaló a sí mismo.

Casi me caí de la silla.

¿En serio acababa de decir eso?

—¿Anna, estás embarazada? —gritó Mason haciendo que tres monjas, que comían a tan solo unas mesas de distancia, nos voltearan a ver.

—¡Claro que no! ¡Adam, no es gracioso! —lo regañé. Más motivos para ponerme furiosa.

—Tiene tres semanas de embarazo, y si sabes lo que te conviene, Martín, vas a dejar de buscarla. Es mi chica ahora.

—Mi nombre es Mason, no Martín. Y no... —él negó enérgicamente con la cabeza— no puedo creer esto. ¡Hace rato estabas reprochándome por haber tenido algo con tu prima, y ahora vengo a darme cuenta de que tú tienes algo mucho más grande con su esclavo sexual!

—Vaayaa —Adam se rió en voz alta. Las monjas se persignaron, mientras que, varias parejas dejaron de comer para vernos (aunque desde que Adam entró sin camiseta ya se lo estaban comiendo con la vista)—. Esclavo sexual. Lo utilizaré en mi material de cosas ingeniosas. Aunque yo me miro más como un sexy pedazo de carne importada.

Adam tomó un par de palillos chinos de la mesa y empezó a escarbar entre la comida. Se llevó un trozo de pollo con vegetales a la boca y saboreó lentamente.

Mi rostro estaba rojo y tuve que hacer un gran esfuerzo para no clavarle uno de los palillos en la mano.

—Dije que yo no estoy...

—¡Increíble! —resopló Mason, ni siquiera escuchaba lo que yo tenía que decir—. Embarazada de este tipo.

—Por supuesto que no —chillé pero Adam me interrumpió:

—Sip —él habló con la boca llena, apostaba a que lo estaba haciendo a propósito para enfurecer aún más a Mason—, ya hasta tenemos nombres pensados. Si es niña, Gertrude, como mi abuela. Si es niño, Adam Jonás III.

—¡Adam! —grité.

—Oh, cierto, cierto. Ella quiere que nombremos a la niña Margarita, y si es niño Noah. ¿Tú qué opinas Martín? ¿Te gusta más Noah o Adam Jonás III?

—Yo opino que mejor me voy. —Mason se levantó de su silla, botando una servilleta mientras se iba.

—Mase... —no quería que se fuera pensando en la estupidez que Adam le había dicho.

¿Embarazada? ¡Yo todavía era virgen!

Mason se detuvo cuando lo llamé, y dando media vuelta me miró de una forma tan decepcionante.

—Entonces solo aceptaste verme para despedirte de mí —dijo con tristeza—. Supongo que esto no funcionó al final de cuentas. No puedo creer que estuvieras jugando conmigo todo este tiempo.

Se fue dando grandes zancadas, se alejó hacia la salida del restaurante.

Quería gritarle que él también estuvo jugando, a saber hace cuánto tiempo, con Marie a las manitas sudadas, pero me abstuve de gritarle algo mientras se iba.

—¿Me puedes explicar por qué rayos le dijiste que yo estaba embarazada? —le recriminé a Adam.

—Fácil: así no vuelve ni a pensar en tu nombre. Créeme, no hay nada que tema más un chico que enterarse de un embarazo.

Lo fulminé con la mirada. Era un imbécil.

Siempre haciendo idioteces como esta.

Me levanté de mi asiento y salí echa un rayo fuera del restaurante.

Caminé a toda prisa para tomar un taxi, pero justo cuando uno se detuvo, Adam llegó a mi lado, tomó mi brazo y me hizo girar para que lo viera a la cara.

—Anna, tenía que hacerlo. Además mencionó algo de haberse metido con Marie. Él no vale la pena.

—¿Y tú sí? —grité enojada. Si Mason llegaba a decirle a alguien que creía que yo estaba embarazada... Bueno, digamos que las cosas no se iban a poner bonitas—. Tú también estabas metido hasta por los codos de Marie.

—Marie solo fue un cuerpo caliente con el que pasar la noche para no sentirme solo. Anna, sé que yo no lo valgo. Pero trabajaré con fuerza para merecerte.

—Estaba a punto de decirle que no quería nada con él. Pero luego vienes tú y le dices, de todas las cosas que pudiste haberle dicho, que estaba embarazada. ¿No podías simplemente dejarme a mí hacer esto?

—Entiéndeme tú a mí, si ese lame vacas hubiera seguido un minuto más cerca de ti, no habría poder en el mundo que pudiera detenerme de golpearle el rostro.

Suspiré agotada.

—Me tengo que ir. Dejaste a Marie echa un dique abierto y a mí me toca reparar los daños.

Hice el intento de subirme al taxi, pero Adam lo despachó con un movimiento de mano.

—Oye...

—Yo te llevaré.

Mis ojos pasaron como por millonésima vez sobre su torso desnudo.

—¿Por qué tienes que andar sin camiseta todo el tiempo? —reproché.

—Lo hago para saber que no he perdido el toque —me guiñó un ojo.

Y solo eso bastó para perdonar su enorme y entrometida boca. Quería besarlo, pero dar el primer paso era como cederle una victoria.

Increíble. Lo perdonaba demasiado rápido.

—No te preocupes, tengo una camiseta de repuesto —dijo.

Caminó tomándome de la mano, se dirigió hacia el estacionamiento del restaurante chino y se detuvo frente a una monstruosa motocicleta color negro cromado.

—¿En esto piensas irme a dejar? —chillé.

—¿No te gusta? Se llama Dolly —Me pasó un casco y, antes de colocarse el suyo, deslizó una camiseta blanca por sus brazos, tapando su cuerpo. Sacudí mi cabeza para evitar que el efecto Adam Walker se apoderara de mis ojos y los pusiera bizcos.

—Las motocicletas no son seguras —dije medio embobada—. Mejor tomaré un taxi.

—Ni en tus sueños. Ven, hasta te permitiré apoyarte en mi sólida espalda —tocó mi nariz con su dedo índice.

—Eres peligroso para mí —dije medio en broma.

—No tienes ni idea —respondió él de repente serio.

Esto era. Tenía que preguntarle acerca de si lo que dijo Marie era cierto o no.

Abrí mi boca para decirle, pero sorprendentemente la boca de él ya se encontraba allí. Sus manos sujetaron mis caderas y me pegó a su cuerpo; jadeé por el beso salvaje y desenfrenado.

Su lengua encontró su camino hábilmente hacia la mía, sentí mis piernas débiles y temblorosas mientras él se divertía haciendo lentos círculos en la piel expuesta sobre el borde de mi pantalón.

Nos separamos para tomar aire, su respiración igual de irregular que la mía.

—No te había saludado como debía —dijo encogiéndose de hombros.

Me mordí el labio.

Solo Adam Walker podía hacerme enojar un segundo atrás, y reivindicarse al siguiente.

Lo golpeé en el hombro, así como tenía por rutina.

—Eso fue por decirle a Mason que estaba embarazada.

Él soltó una carcajada, echando su cabeza hacia atrás.

—Tal vez deberíamos ponernos a trabajar para que no sospeche después de nueve meses —empezó a sobar mi estómago.

Lo golpeé de nuevo en el hombro.

—Tonto. Ni creas que te vas a salir tan fácil de esto.

Se rió en voz alta.

—Vámonos nena. Quiero que conozcas un lugar y no podemos llegar tarde.

—Pensé que me llevarías a casa.

—No esta noche. Pienso secuestrarte sólo para mí —me dio un beso fugaz y me tomó en sus brazos para posicionarme sobre la motocicleta. Me ayudó a ponerme el casco y se subió delante de mí, poniéndose el suyo también.

—Sujétate fuerte —dijo y pronto comenzamos a movernos hacia la carretera.

Curiosamente en lo único que podía pensar era en lo extraño que había sido ver monjas en un restaurante chino.

Pero es que si me ponía a pensar en Adam como un chico peligroso... No. Mejor no pensar en eso, porque una relación con un chico malo nunca terminaba de una buena manera.

Odiaba las motocicletas. Esa sensación de mis pies a tan solo centímetros del suelo era espantosa.

Terminé agarrándome a Adam como si yo fuera un parásito chupa sangre aferrando sus garras a su objetivo. Mis muslos se apretaron contra los de él y mis manos le rodeaban el estómago y lo presionaba con fuerza.

No abrí los ojos sino hasta que él me dijo que los abriera.

Curioso. Estábamos en la playa.

Habían tantas por esta zona que no sabría cuál de ellas era, pero la vista era espectacular.

El cielo ya se encontraba oscuro y una tenue iluminación venía desde lejos.

—Quiero presentarte a algunos amigos —dijo Adam estirándose fuera de la motocicleta y ayudándome a salir también.

Yo todavía seguía mareada por el viaje.

—Creo que a Dolly no le gustan los pasajeros —dije refiriéndome a su motocicleta—. Pensé que comería el asfalto de la carretera en cualquier segundo.

Adam pasó uno de sus brazos sobre mis hombros y me atrajo para besar mi frente.

—Estabas colgándote de mí como si fueras un mono. Dudo que hubieras salido volando por el aire.

Le di un codazo leve.

—Tonto.

Empezamos a caminar por la arena. En un impulso me saqué los zapatos y dejé que mis pies descalzos tocaran la superficie.

Mientras más avanzábamos, más claramente podía ver una fogata rodeada de unas cuantas personas en el centro de la playa. Adam me tomó de la mano en todo el corto recorrido hacia la fogata.

—¡Hey, mira quién es! —Un chico de cabello desalineado se alejó del resto y caminó en nuestra dirección—. Pero si es una hermosa chica al lado de un perdedor.

Su tono era bromista y amistoso.

Le sonreí inmediatamente.

—Key —saludó Adam. Se dieron la típica palmada en la espalda.

Key se giró hacia mí y me deslumbró con una de sus sonrisas. Era guapo. Piel bronceada, dientes rectos, cabello color arena y un cuerpo de complexión mediana.

—Hola hermosa. ¿Con qué te sobornó Adam para que vinieras con él? —me dijo siempre bromeando.

—Con una danza del vientre —dije siguiéndole la corriente.

Él echó la cabeza hacia atrás para reír.

—Me gusta tu chica —le dijo finalmente a Adam—. Si despegas tus ojos de ella, en menos de una hora la convenceré de que deje tu trasero peludo. La robaré para mí; además ya sabes lo que dicen: ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón.

Se rieron pero esta vez no los acompañé.

¡Él dijo la palabra con L!

No me sentía con ánimos de bromear sobre eso. ¿Será que sus amigos también compartían las mismas aficiones?

—Vamos —me jaló Adam hacia el círculo de chicos rodeando la fogata—, te presentaré al resto.

Después de quince minutos de presentaciones me creí lo suficientemente capaz de recordar algunos nombres y ponerles caras.

Estaban: Doug (el chico de los pantaloncillos blancos y de cuerpo robusto), Melvin (el de piel oscura y cabeza rapada a lo Vin Diesel), Elena (la de complexión de tigresa y ropa sacada directo de una pasarela). Antonia, Joseph, Grace y Key.

Adam se movilizó rápidamente a traerme una bebida mientras sus amigos hacían un excelente trabajo distrayéndome y contándome cosas vergonzosas de él.

—Eres más civilizada que la pelirroja que trajo hace meses —dijo de repente Elena. Podía sentir la tensión en el resto del grupo cuando ella mencionó eso.

—Entonces puntos extra para mí —murmuré.

Obviamente la pelirroja era Marie. Saber eso me bajó los pocos ánimos que tenía.

—Elena, estás siendo imprudente —la regañó Key—. Anna, no le hagas caso a lo que diga Elena; ella solo está en estado permanente de furia. Sigue enojada porque la banda no admite chicas y cree que la necesitamos.

—¿Banda? No sabía que estaban... —y fue allí cuando recordé a Ósmosis. Ellos eran los músicos de la banda. Aunque faltaba el atractivo vocalista rubio.

—Creo haberte visto con Adam en una de nuestras presentaciones.

—Cierto. Ustedes son Ósmosis —dije triunfalmente—, tocan increíble.

—¡Fuimos reconocidos! —gritó Key— finalmente estamos a un paso de la fama.

Me reí en alto mientras la figura de Adam se hacía más visible y cercana.

Cargaba una lata de refresco para mí, y una botella de cerveza para él.

—Toma, nena —dijo pasándome la lata—. Recuerda que aún no estás en condición para beber cerveza, así que te traje soda de uva.

Lo golpeé en el hombro.

—¡Auch! Me vas a dejar tatuada tu mano permanentemente.

—No seas tonto. Deja de bromear con lo del embarazo —le dije en voz bajita.

—No puedo creerlo —gritó Key— ¡Adam Tadeus Walker va a ser papá!

Mi refresco se cayó al suelo inmediatamente.

Mi rostro se puso rojo cuando todos los presentes se pusieron a ver mi vientre en busca de alguna señal de embarazo.

No pensé que él estaría escuchando eso.

—¡Key! —gritó Adam—. Era un noticia que no queríamos dar todavía.

Iba a matarlo. Adam iba a pagármelas.

—¡Adam! —chillé. Me sentía completamente avergonzada.

—¡¿La dejaste embarazada?! —esta vez era Elena gritando.

—A ver, cálmense todos —el chico de pantaloncillos blancos habló pero nadie estaba escuchando porque todos estaban gritando debido a la noticia. Incluyéndome.

—¡Claro que él no me dejó embarazada! —dije furiosa—. Solo está siendo un idiota y se lo inventó todo porque se sentía celoso de mi ex novio.

Pero nadie escuchó.

Algunos felicitaron a Adam y otros, como Elena, le dieron miradas asesinas.

—Va a ser niño... y como que me está gustando el nombre Noah para nombrarlo —dijo Adam pasando un brazo sobre mi hombro. Sonreía como lobo malicioso.

Me sentí indignada.

Traté entonces de seguirle la corriente a él y darle un poco de su propia medicina.

—Lamento decirte, cariño —empecé a hablar fuerte— pero tú no eres el padre de mi bebé.

Repentinamente las voces a nuestro alrededor se apagaron.

—Oh, mi pobre e ingenua Anna. ¿Crees que no recordaría el día y la hora de la concepción de nuestro pequeño Noah? —repentinamente se puso de pie conmigo, e hizo algo impensable. Típico de Adam.

Levantó mi blusa hasta dejar descubierto mi vientre, y besó mi estómago frente a todos en la fogata.

Yo estaba teniendo problemas para respirar de forma coherente.

—Awww —chilló una de las chicas de pelo negro, creo que ella era Grace o Antonia. No estaba segura.

—Adam... —tartamudeé.

—¿Desde cuándo te volviste tan niñita? —dijo Key.

—Cierra la boca, amigo —le respondió Adam.

Lentamente se incorporó y me tomó de la cintura.

Antes de llegar a protestar, se adelantó con un profundo beso.

—Oh, oh. Esto ya no es apto para todo público —se quejó alguien.

Adam se separó solo un poco cuando dijo:

—¡Dejen de ver, vayan a perderse!

Escuché a varios arrastrando pies y moviendo cosas. Algunas pláticas empezaron a escucharse ya más lejanas y cuando alcé la vista todos estaban en sus propios asuntos.

Adam continuaba tomándome de la cintura y viéndome directo a los ojos.

—Lo siento —dijo en voz ronca y sexy— Key estaba codiciándote demasiado y tuve que decirle lo del embarazo para que se le metiera en la cabeza que no tenía por qué coquetear con mi chica.

—No puedes seguir haciendo eso. Es infantil y estúpido.

—Anna, jamás dejaré de ser infantil y estúpido; viene con el paquete. Eso y una hermosa cara con labios besables.

—Siempre tan modesto...

—Esa es otra de mis cualidades —me dio un corto beso en los labios.

—Por favor ya deja de decirle al mundo entero que estoy embarazada antes de que yo misma me lo crea —lo amenacé.

—Seee, no te preocupes nena. Creo que lo dejaste en claro después del décimo golpe que me diste en el hombro; ya hasta me lo dislocaste —probó a mover su hombro izquierdo (que era el que siempre golpeaba) e hizo una mueca como si de verdad le doliera.

—Desde ahorita te advierto —dije de repente— si yo comienzo a decirle a la gente que tienes hemorroides, ladillas, herpes o alguna otra clase de incómoda y fea enfermedad de transmisión sexual, lo mínimo que espero de tu parte es que asientas con la cabeza y digas que yo siempre tengo la razón.

—Está bien. Dejaré que te vengues por todo lo del embarazo —estuvo de acuerdo.

Sonreí.

Era increíble con qué facilidad me hacía perdonarlo nuevamente.

Esta vez fui yo quien lo besó. Me puse en puntillas y dejé que sus manos bajaran a mis caderas.

Su lengua rápidamente hacía trabajo de exploración en mi boca. Aferré mis dedos en su cuello y me presioné más cerca de él hasta que lo escuché jadear.

—Lamento explotar su burbuja de felicidad y todo eso —dijo Elena entrometiéndose entre nosotros— pero ya es hora de repartir nuestras ganancias por el trabajo de la otra noche.

¿Cuál trabajo?

Nos separamos bruscamente.

Miré confundida hacia Adam pero él evitaba mi mirada; su mandíbula estaba siendo brutalmente apretada.

—Ahora no es un buen momento, Elena —le dijo.

Ella colocó sus manos en sus caderas y le dio una mirada rompe hielo.

—¿Y cuándo va a ser el momento perfecto? ¿Que acaso te molesta que *ella* sepa cuánto dinero ganas? ¿O es que no le has dicho en lo que andas metido? —Elena sonaba despectiva al mencionarme. Cuando Adam no le respondió inmediatamente, ella aprovechó a darme una sonrisa maliciosa—. Apuesto a que ni siquiera sabe sobre Nicole.

Adam se tensó.

—Pensaba decírselo más tarde —dijo él finalmente. Su voz sonaba estrangulada.

Lo miré horrorizada y más confundida de lo que nunca estuve en mi vida.

¿Quién era Nicole?

No pude evitarlo pero todo tipo de suposiciones se precipitaron en mi cabeza.

¿Será que Adam tenía otra novia? ¿Marie no era la única?

No. Él no podía hacerme esto a mí.

¿Era esto alguna clase de broma?

—¿Quién es Nicole? —pregunté una vez que pude encontrar el valor de hablar.

Elena rió en voz alta, llamando la atención de todos en el lugar.

—¿Sales con Adam y ni siquiera sabes quién es Nicole? —volvió a reír histéricamente—. Oow, lamento ser yo quien te lo diga pero Nicole es una de las tantas novias que tiene.

Sentí que algo se quebraba dentro de mí.

—Basta ya Elena —se acercó Key y la tomó del brazo.

—¡Suéltame, Key! Ella está tan engañada creyendo que Adam es hombre de una sola mujer; chicos como él fueron diseñados para traer la peste sobre la tierra... no para ser amarrados con estúpidos embarazos...

Adam me tomó del brazo y me jaló lejos de Elena y lejos de la fogata antes de siquiera llegar a escuchar el resto de lo que ella tenía que decir.

La escuchando gritando a lo lejos algo acerca de que quería todo el dinero que le correspondía por haber hecho su parte.

Las lágrimas de ira se acumulaban en mis ojos. Entonces él era un ladrón y un mujeriego.

Simplemente grandioso.

Adam me jalaba sin importarle si yo protestaba o no. Intenté frenar mis pies pero él seguía caminando por delante de mí y llevándome por la fuerza.

En un momento perdí el equilibrio y tropecé contra una roca de tamaño mediano. Mi rodilla cayó al suelo con un golpe doloroso, sentía la sangre empezando a coagularse formando un horrible moretón.

—¡Adam! —grité cuando noté que él no se iba a detener y continuaba agarrándome del brazo aunque prácticamente me estaba arrastrando por la arena.

Él se giró para verme y se detuvo rápidamente al mirarme en el suelo.

Se agachó junto a mí para tomarme de los hombros y hacerme alzar la cabeza.

—Lo siento muchísimo —dijo acurrucándome en su pecho—. Soy un estúpido y no me di cuenta.

No quería sollozar. Tuve que tragarme las lágrimas que estaban desesperadas por salir.

—¿De qué te lamentas? —dije— ¿De no notar que me caí al suelo mientras continuabas arrastrándome, o de no decirme el pequeñísimo detalle de que ya tienes novia?

Él juró por lo bajo y se pasó ambas manos por su cabello.

—Anna... —me tomó de la cara y me obligó a mirarlo mientras iba a decirme una cruda verdad—, yo no tengo otras novias. A nadie. Elena no sabe lo que dice...

—No me mientas.

—Mira, puedo ser el idiota más grande del mundo pero hay algo que yo jamás sería, y eso es ser un mujeriego.

—¿Que no eres mujeriego? ¡Dejaste que Marie se acostara con cualquier tipo que le diera un hola! ¿Por qué no pensaría que lo hiciste solo porque tú también te acostabas con otras también?

Me puse de pie temblorosamente e hice el intento de caminar sin que se me notara lo mucho que me dolía doblar la rodilla.

Logré dar dos pasos antes que Adam me detuviera y pegara su pecho contra mi espalda, y envolviera sus brazos alrededor de mi cintura.

—Ya te dije que no me importaba porque no la veía mas que como un cuerpo con el que pasar la noche. Tal vez al principio la amé... pero cuando supe que estaba viendo a Eder me desengañé y la dejé de ver de la misma forma. Anna, créeme cuando te digo que yo no estoy con nadie más. No soy un mujeriego. ¿O es que viste que estuve coqueteándole a alguien más cuando anduve con tu prima?

Tal vez era cierto lo que decía.

—Entonces ¿quién es Nicole?

—Definitivamente no mi novia.

—¿Me vas a decir quién es?

Sus brazos se tensaron alrededor de mi cintura y suspiró en mi nuca.

—Yo... —se detuvo de hablar. Noté que estaba haciendo tiempo para retrasar la respuesta.

Grandioso.

Me solté de sus brazos en un santiamén.

—Marie me dijo que eras un ladrón y estafador —solté repentinamente—. ¿Me puedes explicar eso también?

Él me miró como si lo hubiera herido. Comencé a sentirme mal, pero tragué duro y me obligué a no compadecerme.

La luz de la luna iluminaba la mitad del rostro de Adam, era como ver una estoica y perfecta estatua venirse abajo.

El problema era que yo también me estaba viniendo abajo junto con él.

Probablemente seré tu ruina, había dicho él, *lo peor que te haya pasado; soy como un virus ébola multiplicado por cien.*

Justo ahora empezaba a creer esas palabras.



CAPÍTULO 12

Quince Minutos

—¿Marie te dijo que yo era un ladrón?

Asentí sin decir nada más.

Los dedos de mis pies picaban gracias a la arena en el suelo.

El sonido de las olas rompiendo en la orilla se escuchaba como un singular fondo musical.

—¿Y tú le crees? ¿Me crees capaz de robar algo?

Quería sacudir la cabeza y decir que no, pero ya no estaba segura de nada.

—No lo sé —respondí— ¿Lo eres? ¿Eres un ladrón?

Entonces hizo algo que, en una situación como esta, pensé que no haría: comenzó a reírse.

—¿Se supone que soy de esos tipos con pasamontañas que asaltan licorerías por la noche? —poniéndolo de esa manera sonaba tonto.

Aparté mi rostro avergonzado.

—Ella dijo que estafabas a la gente. Te acusó de robarle dinero.

Adam elevó una de sus bien formadas cejas.

—¿Te dijo que le robé la billetera? Admito que asalté su cocina por un buen tiempo... y sí, me llevé algunas monedas enterradas en el hueco del sofá. Pero...

—¡Me dijo que le robaste la chequera y sacaste todo el dinero que tenía su padre en el banco! —dije seriamente.

Por si no fuera poco, se rió más fuerte.

—¡Idiota! —grité. Me agaché, un poco dolorida por mi golpe en la rodilla, y tomé un puñado de arena y comencé a lanzársela.

Él se movió con agilidad y evitó la mayoría de mis ataques.

—¡Se supone que no debes reírte! —le lancé más arena pero se escabulló con facilidad.

—¡Anna, tranquilízate!

Eso me enfureció más. ¿Por qué siempre me pedía tranquilizarme justo en el momento cuando estaba más desquiciada?

—¿Eres o no un ladrón? Solo responde a eso.

Adam corrió a mi alrededor y llegó detrás de mí; me aprisionó en un abrazo apretado y no se relajó hasta que yo dejé de luchar e intentar salirme de su agarre.

Mis manos llenas de arena cayeron a los costados y la arena se deslizó de mis dedos lentamente. Sinceramente quería llorar.

El idiota aprovechó ese momento en el que me tenía encerrada entre sus brazos, y besó mi cuello, mordisqueó el lóbulo de mi oreja y me habló al oído.

—Solo para que estés tranquila... —sus labios siguieron su camino por mi mentón y de nuevo a mi cuello— lo único que he robado en mi vida fue una caja de cigarrillos... —su boca descendió por mi hombro y con sus dientes fue deslizando el delgado tirante de mi camiseta sin mangas—... Y eso fue porque tenía trece años y mis padres no iban a aceptar verme fumando.

Sus besos estaban matándome. Primero sus labios hacían contacto con mi piel, luego venía su lengua y por último mordisqueaba levemente con los dientes.

Bien podía estarme diciendo que era un narcotraficante o que estaba metido en la mafia, y no podría importarme menos.

Deslizó por completo el tirante, hasta que lo sentí en mi brazo, y sus besos continuaron por todo mi hombro.

Estaba tan jodida. Jodida porque no me importaba quién era Adam... yo solo quería sus besos.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás, a su pecho.

Me relajé en sus brazos, y él lentamente fue suavizando su agarre; su nariz hizo un recorrido detrás de mi oreja y lo escuché aspirar cerca de mi pelo.

—No soy un ladrón, Anna. Ni un estafador —dijo con voz ronca. Sus labios inmediatamente continuaron su atención en mi cuello; descendió hasta que su boca estuvo besando mi clavícula.

Jadeé involuntariamente y puse mi cabeza de lado para que él tuviera mejor acceso.

Mis labios encontraron la piel de su cuello también y no pude resistirme así que lo besé. Justo como él lo estaba haciendo: labios primero, luego lengua, después dientes raspando un poco la suave superficie de la piel.

Lo escuché gruñir y sus manos fueron inmediatamente hacia mi cintura. Me giró bruscamente para que ambos estuviéramos cara a cara y su boca encontró la mía.

Era un beso cargado de tensión, de electricidad. Su lengua jugaba con la mía, la sometía.

Mis piernas eran dos grandes fideos inútiles que apenas y podían mantenerme de pie, ya no podía sentir otra parte de mi cuerpo que no fueran los labios de Adam en los míos.

Me estaba incendiando de pies a cabeza.

Hasta que eventualmente se separó de mi boca para tomar aire y, no queriendo romper el contacto, continuó besando mi cuello con fervor.

Pero como él era Adam Walker, también tendría que echarlo todo a perder en algún momento.

—Quiero que conozcas a Nicole, ella me conoce bien. Te confirmará que de hecho no soy un ladrón.

Ante la mención de ese nombre recordé el por qué estaba enojada con él.

Me separé inmediatamente y puse distancia entre los dos.

—¿Qué...? —Adam lucía aturdido. Si no fuera porque el momento era serio, ya lo habría molestado diciéndole que ahora él tenía el efecto Anna Green: ojos desorientados, labios rojos, y se mantenía respondiendo en monosílabas.

Era bueno saber que no solo yo era la afectada.

—No me has dicho quién es ésta Nicole.

Me crucé de brazos y acomodé de nuevo el tirante caído.

El frío no tardó en colarse en mi piel.

Adam resopló y se pasó ambas manos por el cabello.

—Nunca le he dicho a nadie sobre Nicole...

—¿Quién es? ¿Tu novia?

—No...

—¿Tu esposa?

—Anna... Yo no estoy casado —levantó su mano izquierda para que comprobara que ahí no había ningún anillo de bodas.

Resoplé.

—¿Si sabías que es fácil quitarse un anillo, verdad?

—Nicole no es mi esposa... Ni mi hija, ni mi esclava sexual para el caso.

Abrí la boca para preguntar más, pero Adam se me adelantó a hablar:

—Te dije que quería que la conocieras. Vamos —extendió su mano para que yo la tomara.

—¡¿Quieres que la conozca ahora?! —chillé.

—Sí, pero antes tenemos que ir a hablar con Marie. Ella tiene que aclararme toda la mentira del robo.

—¿Entonces...? ¿No eres un ladrón?

Él ladeo la cabeza.

—¿Querías que lo fuera? —preguntó divertido.

Aparté la mirada. Avergonzada al cien por ciento.

—Hubiera sido genial ser la novia del chico peligroso que roba en la tienda de revistas —dije bromeando— o el chico roba naranjas del mercado.

Su sonrisa se extendió por su cara.

—Yo sé que sí. Serías la mujer del roba gallinas número 1 de la ciudad, nena —me guiñó un ojo.

No pude evitarlo y comencé a reír fuertemente.

—También tengo cierta afición por los gatos. ¿Qué te parece si tú y yo nos mudamos a una granja? Podríamos darle trabajo a tu ordeña vacas. Yo pongo las gallinas y los gatos, y tú te encargas de alimentarme.

—Se necesitan más que gallinas y gatos para formar una granja—le dije.

Adam dio pequeños pasos hacia mí y me tomó de la cintura.

—¿Qué más quieres? ¿Caballos, gansos? Por ti robaría toda una tienda de mascotas... y de licores.

Me reí por lo bajo.

—¿Qué tal una tienda de calzoncillos?

—¿Por qué? Yo no suelo usarlos. Estoy de acuerdo en lo de continuar viviendo tal y como venimos al mundo.

—Estoy segura de que sí —me burlé.

Con eso él me estrechó y besó mi frente, luego bajó y besó primero una mejilla y luego la otra. Terminó en mis labios y me dejé llevar por sus dulces atenciones.

Y antes de que las cosas se pusieran emocionantes, alguien cercano se aclaró la garganta.

Adam y yo nos separamos solo para ver a la morena de ojos verdes dándonos miradas censuradas.

—Elena —habló Adam— ¿qué quieres?

—Quiero mi dinero, Walker. Lo que gané la otra noche. La cantidad exacta.

Desde ya podía decir que me caía mal Elena, con toda esa actitud repugnante y su matadora figura de modelo, con su ropa de alta costura.

¡Puaj!

¿Por qué me habrá dicho todas esas cosas?

Adam sustrajo un fajo de billetes del bolsillo de su pantalón y se lo depositó no muy amablemente en la mano.

—Toma. Ahí está lo que le toca a Key también. Ahora lárgate.

Elena me miró de mala manera mientras nos daba la espalda y su larguísimo cabello marrón liso giraba en el aire.

De repente se detuvo y se giró hacia mí.

—Dejaste estos allá —tiró al suelo los zapatos que me había quitado al venir aquí.

Luego miró a Adam, y de nuevo volteó a verme a mí.

—¿Ya te contó de la vez que se acostó conmigo? Fueron los peores quince minutos de mi vida —se echó a reír con ganas.

Adam me tomó de la muñeca tan fuerte que creí que me iba a fracturar algún hueso.

—Lárgate de una vez —respondió furioso.

Elena se marchó contoneando sus caderas y riendo como hiena con problema de gases.

Esa desgraciada.

—Lo siento por ella —me dijo Adam. Su mano soltó finalmente mi muñeca y pude sentir que la sangre de nuevo circulaba hacia mis dedos.

—¿De verdad te acostaste con Elena? —pregunté.

—¿En serio quieres saberlo?

—Mejor no —respondí débilmente.

Tomé mis zapatos del suelo e intenté ponérmelos, pero fue inútil. Mi rodilla golpeada dolía tanto que me era imposible agacharme ni siquiera por un leve centímetro.

Adam notó la molesta mueca que hice y rápidamente bajó la vista hacia mi rodilla.

No esperó más tiempo y se puso en cuclillas tomando una de mis piernas y arrebatándome las zapatillas de mi mano.

—Apóyate en mi espalda —dijo mientras comenzó a colocar el primer zapato en mi pie derecho.

Empecé a desequilibrarme así que me sostuve en uno de sus hombros.

Tuvo especial cuidado con mi rodilla mala y pronto terminó de atar las cintas alrededor de mis tobillos.

Se puso de pie y me observó con ojos penetrantes.

—Definitivamente no te merezco —dijo viendo con hambre mis labios.

No sabía qué decir a eso.

Nunca esperé que me dijera algo parecido.

—Te llevaré a casa —habló en voz baja. Entonces me alzó en sus brazos y yo chillé por su repentino acto.

Mis manos se entrelazaron detrás de su cuello.

—Mi príncipe —hice un teatral suspiro.

—Sí, tu príncipe tatuado —dijo mientras caminaba en la dirección en la que había dejado estacionada su motocicleta.

Le di un beso rápido en la boca.

—Con un solo beso no vas a convertir a este sapo en príncipe encantador —meditó—. Para eso tiene que ser el beso más largo y distractor del mundo. Yo que tú me apresuraría.

Sonreí y mis labios empezaron a atacarlo con besos.

Por un momento llegué a olvidar todas las dudas que tenía acerca de él.

Las dejaría para después. Ahora lo único que quería hacer era besarlo por todo el camino.

Muchas veces me he preguntado si me apresuré en aceptar a Adam así de rápido como lo hice.

Llevamos de andar menos de una semana, y eso era suficiente para darme cuenta de que no lo conocía en lo absoluto.

Estaba exhausta.

Creí saber quién era Adam Walker durante cinco meses... pero nunca me puse a pensar que en todo ese tiempo él estuvo con Marie y no conmigo, así que ella era quien lo conocía mejor, no yo. Su nombre era el que estaba tatuado en su piel, no el mío.

Pero todo el asunto con Elena, Nicole, de si era o no un ladrón, y el hecho que rompiera tan repentinamente con Marie, fueron la gota que derramó el vaso.

Adam me convertía en una idiota incapaz de pensar coherentemente. Lo acepté demasiado rápido y estás eran las consecuencias.

—No sabía que conocías a los chicos de Ósmosis —le dije para romper con el silencio incómodo mientras él me cargaba aún en sus brazos y caminaba en dirección al lobby del edificio de apartamentos. En todo el viaje en motocicleta mi rodilla había protestado y dolido como una condenada; Adam había insistido en cargarme ya que yo no podía ni mantenerme de pie.

—Tengo un par de trucos bajo la manga —respondió él a mi pregunta.

Entramos en el pequeño elevador y presionó el botón para llevarnos al quinto piso.

Yo todavía tenía a Elena atorada en mi garganta. Ya no sabía qué pensar de Adam.

¿Ya te contó de la vez que se acostó conmigo? Fueron los peores quince minutos de mi vida.

Su odiosa voz seguía reproduciéndose en mi cabeza como si fuera una pegajosa canción de mala calidad.

Quería darle pausa y continuar con Adam así como habíamos venido continuando, pero ya no podía negar el hecho de que él me estaba escondiendo más cosas de las que aparentaba.

—Estás callada —dijo. Las puertas del elevador se abrieron en ese momento y me sacó llevándome todavía en brazos.

—Creo que puedo caminar desde aquí —respondí simplemente.

—Yo no lo creo, nena.

—Adam... Marie va a saber que estamos juntos.

—¿Y? Yo jamás dije que no quería que lo supiera.

Suspiré.

Intenté bajarme de sus brazos pero él me sostuvo con fuerza.

—Adam, bájame —le pedí.

—No, hasta que me digas qué está mal.

¿Qué está mal? ¿Qué está mal? Pues TODO estaba mal.

Pero en su lugar dije:

—Solo estoy cansada. Es demasiado drama para una sola noche.

—Quiero explicarte todo, Anna... por favor tenme un poco de paciencia. Hay varias cosas que no sabes de mí…

—Pues ya somos dos —interrumpió una voz chillona. Marie apareció frente a nosotros.

Ay no.

Ay no.

Justo cuando quería tener una noche lejos del drama, la reina de ese género se las ingenió para encontrarme... y en los brazos de Adam.

Él me depositó suavemente en el suelo, me apoyé en mi rodilla buena mientras miraba temerosa a Marie.

La mirada que ella me dio hizo que mi piel escociera como si me hubiera lanzado ácido en el rostro.

—Siempre supe que eras una perra, Anna. Una perra que come de las migajas que se me caen al suelo —dijo ella. Mi mandíbula cayó abierta y la sangre se revolvió entre mis venas—. ¿Desde hace cuánto están los dos viéndome la cara?

—Eso no es de tu incumbencia, Marie —dijo Adam. Sus palabras goteaban rabia.

—Desde el día en que decidiste abrirle tus piernas a todo el que te diera la hora —respondí igual de enojada.

Hoy tenía ganas de desafiar a Marie.

Mis palabras la pusieron furiosa.

—Hablando de abrir piernas... ¿Cuántas veces tuviste que hacerlo para que Adam finalmente te mirara? Porque no creo que con esa apariencia tan común pudieras cautivar a alguien que no fuera Mason.

—Ni una sola vez —dijo Adam. Su mirada competía con la de Marie—. El que tú apliques esas técnicas no significa que el resto del mundo las use.

—Pues, cariño, no escuché que tú te quejaras de eso cuando te tenía en mi cama.

Sonrió con malicia, viéndome directo a los ojos.

Ella sabía que escuchar eso me haría doler hasta los huesos.

—No puedo creerlo. ¿Cuánto llevamos de habernos separado? —le preguntó ella casualmente a Adam—. ¿Un día? ¿Dos? ¿Tres? Qué barbaridad Anna, ni siquiera esperaste a que me bajara de su cuerpo cuando ya estabas montándolo a horcajadas como la sucia zorra que eres.

Cuando esas palabras terminaron de salir de su boca, mi mano instintivamente se lanzó contra su mejilla, haciendo un terrible sonido que hizo eco por todo el pasillo.

Retiré mi mano rápidamente. Avergonzada de haberla golpeado y de haberme rebajado a su nivel.

—La pequeña perra se rebela —dijo ella sonriendo.

¿Qué estaba mal con Marie?

—¿Qué te ocurre? —pregunté dolida.

Marie sólo elevó sus cejas y se cruzó de brazos.

—Ocurre que sé que Adam, mi novio, estuvo coqueteando todo el tiempo contigo. ¿Cuándo ibas a decirme que lo besaste? ¿Acaso crees que soy idiota y que no los vi besándose en el baño aquel día en el bar? Te le estabas arrastrando y haciendo ese acto de "Oh, soy la chica buena" —Marie estaba gritando a todo pulmón—. Siempre vi cómo te comías a mi chico mientras él me besaba a mí... Nunca dejaste que codiciar mis sobras.

—¡Basta Marie, detente! —gruñó Adam tomándola del brazo y arrastrándola lejos de mí.

—¡¿Tú chico?! —ahora era yo la que gritaba—. Dime, ¿cuál de todos ellos es tu chico? Tienes a Eder, Marcus e incluso a Mason. ¿Cómo te atreves...?

—Mason —Marie escupió su nombre. Adam continuaba reteniéndola a la fuerza mientras ella luchaba por soltarse—, le hice un favor al pobre. ¡Alguien tenía que educarlo! Agradéceme después.

Entonces ella me guiñó un ojo.

¡Me guiñó un ojo!

Quería lanzarme contra su cuerpo y golpearla hasta que se desmayara en el suelo, pero yo no era capaz. No cuando al ver su rostro lo único que veía era a esa niña de doce años que siempre me contaba todo lo que le pasaba. La que siempre compartía sus juguetes cuando a mi papá le dio por vender los míos en una venta de garaje. La que me prestaba su ropa cuando fui a mi primera cita con Seth, el chico más bello de todo el sexto grado.

—Anna, espérame en el lugar en donde estacioné la motocicleta —ordenó Adam.

Mis pies estaban plantados en el suelo y no podía moverme ni por un centímetro.

—No puedo creer que me robaras a mi novio —chilló Marie—. Solo estuve malgastando horas y horas de noches junto a alguien que estaba siendo seducido por la arpía de mi prima. Pero no importa, ustedes son la pareja ideal. Ambos no son nada más que sucios criminales... Se merecen mutuamente.

—¡Ya basta! —gritó Adam.

Cargó con Marie hasta hacerla entrar en el departamento pero ella puso resistencia.

—Tú no conoces a Adam como yo lo conozco —gritó ella enloquecida—; una vez que se canse de jugar contigo va a regresar a donde pertenece… conmigo.

Adam la jaloneó hasta que prácticamente la tenía arrastrando los pies; Marie se aferraba a lo que sea que estuviera en su camino para evitar ser llevada, pero finalmente Adam la empujó dentro del departamento.

Cerró la puerta tras de él con un golpe que hizo que todo a su alrededor temblara.

Quería echarme a llorar.

Esto no está pasando, me repetí mentalmente, *no está pasando.*

Me quedé parada como boba observando la puerta de madera.

Estuve ida viendo hacia la nada, pensando en las cosas hirientes que me había dicho Marie. Finalmente me deshipnoticé y comencé a mover primero un pie y después el otro; haciendo una mueca cuando mi rodilla traqueó débilmente.

Iba en dirección al elevador pero la puerta de nuestro departamento se abrió repentinamente y por ahí salió Adam.

Suspiró, cansado, y luego se acercó hacia mí y me tomó de los brazos.

—Está muy alterada —dijo él besando mi frente—, necesito quedarme hasta que Marie se tome un sedante y se quede dormida.

—¿Por qué no simplemente la dejas? Es una egoísta y no se merece que te quedes.

Adam elevó una ceja, curioso.

—No quiero que cometa una estúpida locura, como seguir diciendo que soy ladrón, solo para llamar la atención.

Pegué mi rostro a su pecho y respiré hondo.

De.li.cio.so.

Ya no sabía qué pensar con todo el asunto de ser o no ladrón. Sinceramente me daba igual que fuera el padrino de la mafia, o una versión más joven y moderna de Hannibal Lecter... Bueno, no. Tal vez Hannibal Lecter no, pero últimamente me daba igual.

Estiré mis brazos y rodeé el cuerpo de Adam con ellos. Lo abracé apretando su estómago y hundiendo mi cara en su abdomen.

Él me rodeó con sus brazos también.

—¿Acaso estás oliéndome? —preguntó divertido.

Aspiré fuertemente.

—Sí, y no me importa dejar de aparentar que no lo estoy disfrutando... porque adoro como hueles.

Su abdomen se movió mientras se reía.

—Toma —me dijo después de que mi nariz acampara por un rato en su pecho—, este es el número de Key. Ya hablé con él y quedó de pasar por ti en diez minutos.

Alcé la vista y lo vi tendiéndome su celular.

—Te dejo mi teléfono para tener dónde localizarte. Dejaste el tuyo en el trabajo. Rita se encargó de esconderlo muy bien para que yo no fuera a tu cita con Manolo —dijo mientras yo seguía viéndolo sin saber exactamente qué hacer.

—¿Manolo? Bien conoces que su nombre es Mason.

—Ehhm, le queda mejor "lame vacas".

—¿Por qué me tengo que ir? —pregunté finalmente.

—Porque no quiero que estés cerca de esa loca encerrada allá —señaló con su cabeza hacia el departamento de Marie.

—¿Y a dónde se supone que debo ir?

—¿Cómo que a dónde? Pues a mi departamento.

Me separé de él para ver su rostro.

—¿A tú departamento? —pregunté escéptica.

—No finjas que no mueres por estar allí —dijo tomándome de la cintura. Me besó en los labios. Profundamente.

—Ve —dijo respirando las palabras en mi boca.

Sus labios de nuevo se movieron a los míos y esta vez le costó un poco más de tiempo separarse de mí.

Al instante, su celular empezó a sonar con la canción de *Clocks* de Coldplay.

Miró la pantalla y me dio un último beso en la frente.

—Es Key. Ya está afuera. Él te llevará a mi departamento. Llegaré dentro poco —me tendió su celular y me apretó los hombros por última vez mientras dejaba que me subiera al elevador.

Antes de que las puertas se cerraran por completo, Marie apareció detrás de Adam.

Me sonrió y se despidió con la mano mientras se relamía los labios.

Una fría sensación me carcomió lentamente, trepaba por mi espalda y recorría cada uno de los dedos de mis pies.

Esto no era nada bueno.

Las puertas se cerraron y la superficie de acero pulido reflejó mi pálido rostro y mis ojos grises como de venado asustado.

Bajé la vista hacia el celular de Adam que aún aferraba entre mis dedos; tenía prácticamente sus secretos en mi mano, envueltos en forma de un bonito y moderno Blackberry Touch, esperando porque descubriera lo que sea que Adam me estaba escondiendo sobre Nicole.

Solo el hecho de escuchar su nombre me provocaba urticaria y ganas de vomitar mi almuerzo.

Pero sería una buena novia y le daría el beneficio de la duda. Solo esperaba que dejara de evitar ocultarme la verdad porque me estaba cansando tanto misterio.

Adam Walker, ¿quién eres?



CAPÍTULO 13

Nicole

Contraseñas.

Odiaba las contraseñas.

Y resultaba que el celular de Adam las tenía.

Ya iba por el tercer intento y, si continuaba así, el teléfono se iba a bloquear por completo.

Mierda.

Lo único que podía hacer era contestar llamadas.

Así que cuando Key llamó para saber en dónde estaba, fue una sorpresa que pudiera responderle.

Key manejaba una camioneta blanca tamaño gigante que contaba únicamente con sólo un asiento para pasajeros. Una gran antena sobresalía desde la cabina, y en su parachoques tenía pegada una calcomanía que decía: "Los vaqueros sabemos usar la lengua mejor que los franceses".

Mientras subía al vehículo no pude evitar darle una segunda mirada al chico. Era apuesto, atlético y tenía una piel bronceada seguramente de trabajar bajo el sol.

Para mí era un completo desconocido pero si Adam confiaba en él para llevarme hasta su departamento... pues yo también tenía que confiar.

Key me sonrió inmediatamente y me sentí cómoda con su presencia.

—Entonces... ¿qué estupidez cometió Adam esta vez? —me preguntó—. Que agradezca que estaba a mitad de camino cuando me llamó o sino estarías esperándome durante horas.

—Creo que la que hizo algo estúpido en esta ocasión fui yo —murmuré.

Key movilizó la camioneta por la carretera y pronto comenzamos a pasar a gran velocidad las casas a nuestro alrededor.

—¿Qué hiciste? —preguntó mientras le subía al aire acondicionado.

—Creo que me enamoré de él.

Me dedicó una sonrisa ladeada.

—Sí, eso fue algo estúpido de hacer. Aunque para que te consueles: no eres la única que ha estado en esa situación antes. Por ejemplo Elena.

Lo miré atentamente.

Era imposible tratar de olvidarme de ella. Todavía tenía su rostro rondándome por la cabeza.

—¿A Elena le gusta Adam? —pregunté escéptica.

—No solo le gusta; está loca por él. Literalmente. Walker tiene ese efecto entre las mujeres, especialmente sus novias o ligues de una sola noche... —se detuvo y me miró por una fracción de segundo. Parecía avergonzado—, lo siento. Olvida que dije "ligues de una sola noche" en la misma frase.

Me quedé en silencio por un momento. Key aprovechó para subir el volumen de la radio, y la voz de un cantante de música Country nos acompañó por los próximos cinco minutos.

—Entonces... ¿cómo es que él las vuelve locas? —pregunté, muy en el fondo no quería saber la respuesta—. ¿Les suministra algún tipo de gas? ¿Corro peligro?

Key se rió de mi ocurrencia.

Yo en cambio hacía trabajo de investigación.

—No. Sinceramente nunca he podido sacarle el secreto. Es un cretino bastardo —dijo bromeando.

—Por casualidad... ¿tú sabes de qué trabaja Adam? —tenía que preguntar. Era ahora o nunca. Personalmente me estaba volviendo loca por recibir respuestas. Sí, Adam Walker las volvía locas... a todas. Incluyéndome.

—Hmmm. Bien, él es algo así como nuestro manager —respondió. Lo miré, atónita.

¿Qué? ¿Ese era el gran misterio que tenía que esconder Adam? ¿Estaba hablando jodidamente en serio?

Key debió ver la cara que hice porque al instante sintió la necesidad de explicarse.

—Bueno... él nos consigue lugares en los que tocar y administra lo que ganamos. Elena le cobra, se siente con derechos solo porque Brandon, el vocalista, es su hermano. Pero... sí. Básicamente ese es uno de los trabajos de Adam.

—¿Y los otros?

Key frunció el ceño.

—Creo que uno de ellos es en un concesionario de autos de lujo. Básicamente solo tiene que probarlos. Es un idiota suertudo.

¿Un concesionario?

Nada de esto me sonaba fuera de lo común. Y Adam no parecía la clase de chico que se conformaba con un trabajo común. Me costaba imaginarlo en algo normal como ser cajero o un vendedor en una farmacia. El tipo de trabajo ideal para Adam sería uno que llevara la palabra ilegal tatuada por todos lados.

Además, ¿cuántas horas laboraba? ¿Una? ¿Tres? Porque, seriamente, yo jamás lo miraba trabajando.

¿Por qué, entonces, se tomaría la molestia de querer enseñarme anteriormente su lugar de trabajo? Bien pudo decírmelo sin hacerme pasar tanto misterio.

—¿Por qué me preguntas esto? ¿No te lo ha dicho él? —preguntó Key mientras le pasaba a un auto que conducía a menor velocidad.

—Simplemente tenía curiosidad —respondí.

Después de diez minutos Key introdujo el vehículo en el sótano de un edificio de apartamentos.

—¿Aquí vive Adam? —pregunté con asombro.

El lugar era enorme y lujoso; una gran parte estaba recubierta de paredes de cristal y el edificio lucía imponente en el grueso concreto que emplearon para el resto de la fachada. Eso era sólo lo que podía ver desde el exterior del edificio. No me podía ni imaginar cómo sería en su interior.

—Claro. ¿No conocías? —Escuchar la voz de Key me trajo de vuelta hacia el interior del auto en donde una canción de Tom Maxwell sonaba.

—No. Jamás me ha traído por estos lados —o a Marie, o por lo menos eso era lo que yo creía. Hubo varias noches en las que ella no llegaba a casa y Adam terminaba acompañándola a su habitación.

Pensar en eso me trajo escalofríos. No quería pensar tampoco en lo que estaría haciendo Adam con Marie en estos momentos.

Algunas cosas eran mejor ignorarlas.

—Dime una cosa —habló Key sonando perplejo—: ¿Adam jamás te enseñó dónde vivía, y aun así logró embarazarte?

Mi rostro se puso rojo como un tomate.

—No.estoy.embarazada —dije arrastrando las palabras.

—¿Ah, no?

Suspiré por lo bajo. Adam me las iba a pagar por esto.

—Adam se puso celoso y se inventó todo el asunto del embarazo para ahuyentar a cualquier chico que se me quisiera insinuar.

Comenzaba a creer que él estaría dispuesto a ponerme una etiqueta en la frente que dijera: "Ocupada por Adam Walker... No tocar, ni mirar, ni respirarle en la nuca o te pateo en las bolas".

—¿Entonces no estás embarazada?

—No.

—Oh.

—¿Oh?

Key se mostró incómodo por un momento.

Entonces, siempre con sus ojos fijos en el camino a través del sótano, extendió una de sus manos hacia la parte trasera de su asiento y sostuvo rápidamente frente a mí una bolsa de papel con decorados en azul celeste y la cara de un bebé chupando un biberón que en letras grandes ponía: ¡Felicidades a la nueva mamá!

Tiene que ser una broma.

—Lo siento —se encogió de hombros y me entregó la bolsa de papel—. Pasé por una tienda de bebés antes de recogerte. Mi mamá me enseñó a no ser grosero y presentarme ante alguien con las manos vacías.

—No estoy embarazada —volví a repetir para tratar de convencerme más a mí que a él.

Juro que sentí una patadita en mi vientre… ¿o eran gases?

¡Agggh! No, Anna, nadie se embaraza solo por repetir cien mil veces al día que está embarazada. Sino ya existirían demasiadas madres habitando el país.

Mi rostro seguía calentándose con cada segundo que pasaba y ni Key o yo decíamos algo.

Finalmente él estacionó el auto en uno de los puestos vacíos más cercanos a una de las entradas del edificio.

—Es un trajecito con un mensaje —tomó la bolsa de papel de mi regazo y metió la mano en el interior. Sacó un traje para bebé recién nacido, en donde se leía: "Si piensas que soy lindo… deberías ver a mi mamá".

Sinceramente era la cosa más bella y celeste que haya visto. Parte de mi iceberg interior se derritió al ver el pequeño conjunto. Pero sólo una parte pequeñísima, eh.

—De nuevo, lo siento —dijo Key poniendo el trajecito en su lugar—. Igual es tuyo. Digo, por si conoces a alguien que lo pueda usar.

Hice una mueca. ¿Acaso me miraba gorda para que todos creyeran que de verdad estaba embarazada?

—¿Gracias? —dije sin saber qué más decir.

Abrí la puerta del auto y cargué con la bolsa

—Oh, casi lo olvidaba —me detuvo antes de que me perdiera en el interior del elegante edificio—. El apartamento de Adam es el 6B. Él guarda un repuesto de la llave en una lámpara que cuelga cerca de la puerta.

Asentí con la cabeza.

—Y trata de no enfadarte con Elena. Adam la dejó en la misma semana que comenzaron a andar. Es por eso que ella se comporta como una perra, no creas que su cara de acidez es permanente... se le pasará.

Key me sonrió por una última vez, y puso el motor del auto a trabajar nuevamente.

—Encantado de conocerte, Anna —me dijo y se marchó, dejándome sola con mis dudas y preguntas empujando por salir a la superficie.

No quería pensar en Elena y Adam como pareja. El solo imaginármelo me daban arcadas.

Era eso o de verdad mi cerebro estaba atravesado pensando que lo del embarazo era real.

Me moví hacia el interior del edificio con una sola misión: recolectar información en el departamento de Adam.

Si él no me daba respuestas, entonces iba a buscarlas hasta por debajo de su cama, y más le valía darme explicaciones pronto porque nada de lo que nos estaba pasando tenía sentido.

El celular de Adam vibró y comenzó a reproducir *Clocks* así como lo había hecho una media hora antes, cuando Key llamó.

La pantalla se iluminó con el nombre de "Desconocido".

No sabía si debía contestar, pero a estas alturas era capaz de hacer todo con tal de saber más sobre el misterio que envolvía a Adam Walker.

Iba a responder, cuando la llamada se cortó repentinamente.

Intenté deslizar mis dedos por la pantalla para ver si el teléfono se desbloqueaba pero seguía igual de bloqueado.

Entonces, volvieron a llamar nuevamente, el mismo número desconocido, pero colgó antes de que pudiera responder.

Dejé mi dedo preparado por si volvía a llamar el sujeto cuyo nombre Adam no tenía registrado en su lista de contactos, cuando, timbró de nuevo.

Esta vez fui rápida en responder.

—¿Hola? —pregunté.

—Nena… ¿llegaste bien? —Era Adam. Me estaba poniendo paranoica de puro gusto.

—Sí. Sin embargo sucedió algo interesante —le dije mientras hacía mi recorrido por el lobby del edificio. Mi rodilla seguía doliendo y eso me volvía lenta para caminar, tenía que andar cojeando y haciendo muecas cada vez que mi pie pisaba el suelo.

—¿Algo interesante? ¿qué ocurrió? —su voz se puso de repente grave y preocupada.

—Recibimos nuestro primer regalo para el bebé —dije sin entender por qué se puso de repente tan serio. *Hablando de paranoicos.*

Hubo un segundo de silencio antes de que Adam se echara a reír fuertemente.

—Definitivamente Key —dijo él aún riendo ya más relajado—, ¿y qué le obsequiaron a nuestro primogénito no nacido?

Rodé los ojos y le describí el pequeño traje azul celeste. Era encantador ¡y tenía unas huellitas en los pies! Simplemente adorable.

Me dieron ganas de tener un bebé solo por el hecho de vestirlo con ropa tan linda.

—¿Y… cómo sigue Marie? —pregunté finalmente, sin en realidad querer saberlo. Sólo deseaba que Adam llegara pronto para estar más segura de que Marie no le fuera a caer encima.

—Precisamente la acabo de dejar durmiendo. Me costó mucho, sin embargo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tuviste que hacer entonces?

—¿Eso que detecto son celos? —preguntó divertido.

¡Pues claro que sí! ¿Cómo quería que no me sintiera celosa si en los pasados cinco meses cada vez que él podía besaba a Marie o se acostaba con ella?

Odiaba sentirme celosa pero el pensamiento de que ella estuvo primero en la boca de Adam era repugnante.

A estas alturas todavía me seguía cuestionando si era buena idea continuar con lo nuestro. Pero, ¿era yo capaz de dejar a Adam?

—Lamento haberte dejado ir sola —habló su suave voz—, pero es que quería dejarle un par de cosas claras a Marie. En primer lugar, nadie, y mucho menos ella, tiene por qué hablarte de esa manera. Si ella no fuera mujer, estaría quebrándole los dientes, y lo sabes Anna —hizo una pausa para tragar saliva—. En segundo lugar, no pude dejarla continuar regando ese chisme de que soy un ladrón. Tú no confías lo suficiente en mí todavía como para no creer lo que sea que salga de la boca de Marie…

Me detuve abruptamente antes de continuar mi camino hacia el elevador.

—¿Puedes culparme por eso? Adam, tú no me has dado motivos suficientes para confiar en ti. —Estaba enojada. Quería respuestas y no más dudas; yo solo anhelaba una relación normal y no una tan jodidamente misteriosa—. Te pido respuestas y solo me lanzas más preguntas. Perdóname si no confío ciegamente pero es que no quiero salir lastimada. Además, ¿cómo crees que me siento cuando sé que estás con Marie en estos momentos? Hasta Key me dijo que saliste con Elena pero que le diste "corte" en su primera semana de andar. ¿Cómo sé que no me harás lo mismo a mí también?

Mis ojos se humedecieron repentinamente.

Nada de lágrimas.

Nada de lágrimas, Anna.

El otro lado de la línea telefónica se quedó en silencio. Por un momento pensé que Adam había colgado pero una larga respiración se escuchó antes de oírlo hablar.

—Lo siento. Te dije que yo era tóxico y dañino —suspiró nuevamente—. Anna, lo mío con Elena sucedió hace dos años. Y sí, la dejé porque se puso rara y comenzó a coleccionar artículos de mis cosas personales. ¿Crees que es normal andar con alguien que se robaba mis calzoncillos? Es lo más retorcido que he visto hacer a alguien.

Traté de no reírme. ¡Esto era serio!

—¿Por qué, en la vida, ella querría robar tus calzoncillos? —pregunté con voz estrangulada.

—¡No lo sé! Y probablemente no me creas pero de verdad lo mío con Elena sucedió hace ya mucho tiempo. Ella está enojada desde entonces conmigo, y su hermano realmente me odia. Pero Anna, tienes que confiar en mí cuando te digo que no hay absolutamente nadie con quien quiera pasar en estos momentos que contigo. Y sé que estoy siendo egoísta porque no debería retenerte a mi lado, pero quiero aprovechar que todavía te tengo antes de que sepas en lo que en realidad te estás metiendo.

—Y dime, ¿en qué exactamente me estoy metiendo?

Él suspiró en su lado de la línea telefónica y aunque no podía verlo a la cara, sabía que se estaba pasando las manos por su cabello oscuro y espeso.

—Quiero decírtelo en persona —fue su simple respuesta.

Esto ya me estaba sonando a Cincuenta Sombras de Grey. Cincuenta Sombras de Walker. No, sombras no. Misterios, y no cincuenta. Ciento cincuenta misterios de Walker.

Sí, en otra vida, cuando sea escritora en alguna realidad alternativa, así titularé mi relación con Adam.

—Por favor no vayas a decir que tienes raras aficiones y escondes látigos en tu armario —dije algo preocupada.

Adam se rió fuerte y claro en mi oído.

—Para nada. Soy un chico completamente regular.

Sí, un chico regular que vivía en un edificio cuyos pisos eran alfombrados en su mayoría y el mármol pulido del suelo hacía resbalar las suelas gastadas de mis zapatos.

Ajá.

Chico regular.

—¿Por qué no me dijiste que representabas a la banda? —lo interrogué, recordando lo que me había dicho Key— ¿Por qué eres tan misterioso en cuanto a tu trabajo? No tiene sentido —retomé mi camino y me subí a un vacío elevador.

Las puertas tardaron en cerrar y pronto la música típica de un ascensor comenzó a sonar… aunque ni tan típica. Eran canciones de… ¿Selena Gómez?

—Ahora sabes por qué es que mes las sé; eso y que a Nicole le gusta oír esa música… —se detuvo de hablar.

Mis cejas se elevaron en lo alto.

—¿Nicole? ¿Finalmente me vas a decir quién putas es? —yo no solía maldecir mucho pero me estaba hartando de toda la situación.

No estaba dispuesta a salir con un mujeriego que solo jugara conmigo.

No estaba dispuesta a tener una relación abierta con otras chicas… la poligamia no iba conmigo.

Y definitivamente no estaba dispuesta a compartir a Adam Walker.

—Woa, Anna. Relájate. Nicole es…

—¡Su jodida sobrina! —grité enfurecida a una Rita que todavía tenía un ojo cerrado y el otro medio abierto. Entré en su casa y lancé la bolsa de color celeste que tenía el traje de bebé que Key me había obsequiado.

Ni siquiera puse un pie en el departamento de Adam. Ese jodido idiota me hizo pasar un infierno solo para decirme que Nicole era su sobrina de diez años.

Mierda.

Estaba muy molesta.

Dejé su teléfono en la recepción del edificio y salí corriendo a tomar un taxi; me fui directo a la casa de Rita (no quise irme al departamento donde la fiera de Marie dormía).

No quería saber nada de Adam Walker. O de Marie, o de Elena-colecciona-calzoncillos.

Ese idiota, inmaduro, bastardo, hijo de p…

—Anna, ¿me quieres contar qué pasó? Siento como que me estoy perdiendo de algo —dijo Rita en un estado somnoliento.

No me había fijado ni en la hora. Debía ser cerca de la media noche.

Resoplé furiosa y me desahogué con Rita.

Le conté todo, desde el principio.

—Creo que te estás precipitando a juzgarlo —me dijo ella una vez que terminé de contarle con lujo de detalles—. Mira, ni siquiera sabes cuánto gana. ¿Qué tal si gana lo suficiente como para darse el lujo de tener un departamento en el lugar más

asombroso del mundo? No puedes culparlo solo por eso. Si yo tuviera un novio rico ya estuviera explotándolo y haciéndole bailes calientes en el regazo solo para que me llevara al Burj Al Arab a beber Champagne.

Arrugué la nariz.

—Ya suenas como Mirna —me burlé.

—A veces Mirna tiene razón. Los dos están que explotan de deseo y de intensidad sexual…

—Basta. No quiero seguir hablando de ese idiota. ¿Por qué me oculta cosas? ¿Acaso le he ocultado algo yo?

Rita dio un largo suspiro.

—Esta crisis sin duda amerita algo de alcohol —dijo ella llevándome a la cocina—, no puedo creer que no hayas entrado a su departamento. O al menos te hubieras quedado con su celular. Mi primo Lalo te lo hubiera desbloqueado en un santiamén.

Rita vivía con sus dos hermanos menores y con su padre. Sin madre. Ella los abandonó para irse de gira a Las Vegas con un circo llamado los Hermanos Vadlín. Se fue hace más de quince años y, hasta la fecha, ella siempre iba y volvía cuando se le diera la gana. Pero aún así, Rita logró sacar adelante a sus hermanos y era quien actualmente les pagaba la colegiatura.

Y luego yo venía y la interrumpía de su sueño. Ahora me sentía mal.

—¿Quieres una bebida de niña o un tequila para nada femenino? —me preguntó ella sosteniendo dos botellas en su mano.

Señalé el tequila.

Rápidamente ella llenó y colocó el pequeño vaso en el desayunador y lo empujó hasta mis manos.

Quería llorar por todo. Me sentía hormonal y usada.

¡Su sobrina! Já. ¡¡Su sobrina!!

¿Qué le costaba decírmelo de una vez? ¿Cuál era el punto de mantenerme desconcertada todo ese tiempo?

Me tomé el tequila de un trago.

Chillé cuando la bebida quemó mi garganta.

No era muy buena para beber, y menos algo tan fuerte, pero la aplanadora Walker se pasó en medio de mi pecho y me aplastó el corazón.

Lo odiaba.

—Prometo no enamorarme de Adam —hipé— Walker.

Mi lengua se sentía algo dormida después de la cuarta copa de tequila (¿o fueron seis?).

Me daba igual.

Rita comenzó a reír como una hiena loca.

—Muy tarde, amiga. YA estás enamorada de él.

—Deberías conocer a Key —dije de repente—, él me regaló la cosa más bella que alguien pudo haberme dado.

Fruncí el ceño.

—Bueno… le dio a mi bebé la cosa más linda que haya visto —corregí.

Rita se estaba tomando otra copa de tequila, pero cuando mencioné lo del bebé, escupió toda la bebida y una parte cayó en mi brazo.

Comencé a reírme.

—¡¿Estás embarazada?! —chilló. Juro que casi se le salieron los ojos de sus cuencas.

Resoplé echándome para atrás en el banquito de madera en el que estaba sentada.

—Adam le puso Noah —reí más fuerte. Las lágrimas se me salían de los ojos.

—¡¿Es de Adam?! —gritó Rita esta vez.

Me llevé los dedos a los labios e intenté hacer un sonido como de shhhh.

—Vas a despertar a tu familia —le dije en un tono bajo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? Espera, ¿Adam se acostaba contigo y con Marie al mismo tiempo?

—Iuughh, no. Lo del bebé fue algo repentino —dije quitándole importancia al asunto.

Iba a servirme más tequila cuando Rita me lo arrebató de la mano.

—¡Oye, ¿qué sucede contigo?! —gemí.

—No estoy tan borracha como para olvidar que cuando estás embarazada no se debe beber —me respondió—. Anna, camina. Vamos al baño.

Ella intentó tomarme del brazo pero la empujé, haciendo que mi pie se doblara y que mi trasero estuviera en el suelo.

—¿Para qué? Odio a Adam. Apuesto a que se quedó con Marie para echar un último polvo —solté llorando esta vez. Mis ojos acuosos miraron al techo de cielo falso que se estaba volviendo mohoso. La casa de Rita era de origen muy humilde.

Las paredes estaban pintadas de un horrible amarillo que me recordaba al color del tequila… algo entre ámbar y naranja.

¡Necesitaba ese tequila!

—Anna, no saltes a conclusiones todavía. Vamos. —Esta vez Rita no me soltó hasta que estuvimos metidas en el baño.

En el camino logré agarrar la bolsa azul celeste y saqué el trajecito para que ella lo viera.

Hizo sonidos infantiles y me lo devolvió. Entonces me lo puse en el estómago y lo amarré a un pedazo de mi camisa.

—¿Para qué me traes aquí? —protesté una vez que estábamos en el pequeñísimo baño. Me dolía la rodilla y sentía que en cualquier momento me podía desmayar. Juro que en la sala de Rita vi a Adam parado, observándome con ojos de halcón y diciéndome que era peligroso para mí.

—¿Cómo que para qué? —habló Rita— ¡Estás embarazada! Ahora, la única solución que encontré en internet para desintoxicarte del alcohol es a la manera antigua: vomitándolo todo. Vamos a hacer un lavado estomacal. Más te vale que vomites hasta la última gota de lo que te bebiste.

—¿Qué? Rita yo no estoy… —no me dejó terminar y puso mi cabeza tan cerca del retrete que pensé que me iba a ahogar en el agua sucia.

—¡Vomita allí! ¡Vomita!

Y como si mi estómago estuviera oyendo la voz de su entrenador: vomité. Y vomité una segunda vez… y creo que una tercera. No estaba muy segura, dejé de contar después de la primera.

Asco. Asco. Asco.

Después de esto iba a necesitar unas buenas pastillas para el aliento.

En momentos como estos odiaba haberme fijado en alguien como Adam.

Ya en serio, ¿quién era?

¿Acaso no sabía que entre más me prohibiera tener sentimientos por él, mayor se volvía mi atracción?

Increíble. Estuve celosa de una niña de diez años.

Pero hasta no ver… no creer.



CAPÍTULO 14

Frida Kahlo

Hacía demasiado calor.

Mi frente estaba empapada de sudor y la camiseta que tenía puesta se pegaba a los costados de mi cuerpo como si fuera una segunda piel.

Me dolía la cabeza. Sentía que hasta los dedos de mis pies palpitaban debido al dolor.

Traté de estirarme fuera de la cama pero fue inútil: me dolía hasta la médula ósea.

No quería abrir los ojos; la poca luz que entraba en la habitación era demasiado cegadora e insoportable aun a través de mis parpados cerrados.

Mantuve los ojos así por al menos otros diez minutos antes de abrirlos por completo.

Lo primero que vi cuando me desperté fue una foto de un jugador de fútbol haciendo estiramientos de piernas. Y no era el único: habían otras fotos de otros doce o quince jugadores más. De hecho, llenaban toda una pared del dormitorio de Rita.

Me encontraba distraída viendo a un particular brasileño de ojos azules, cuando, sentí una mano bajar hasta mi cadera y luego deslizarse por mi trasero. Inmediatamente me puse alerta. La misma mano subió de mi trasero a mi cintura, hasta meterse dentro de mi camiseta y acabar haciendo un recorrido por mis costillas. Lo peor de todo era que no podía ver de quién se trataba porque yo estaba de espaldas a esa persona.

¿Rita? No, imposible. Rita era de manos pequeñas y uñas largas.

¿El papá de Rita?

Arrugué la nariz.

Debido a que no recordaba muy bien los detalles de la noche pasada, bien pude estar acostada junto al abuelo de ella. El tequila y el vómito no eran buenos acompañantes definitivamente.

Lentamente giré sobre mi costado para ver de quién rayos se trataba, y frente a mí, el rostro dormido de Adam me daba la bienvenida.

Tragué saliva, y por un momento me di el lujo de dejar de pensar.

No tenía ni la menor idea de cómo Adam había venido a dar a casa de Rita.

¡Ni siquiera se sabía la dirección!



Intenté apartarme de él pero no tenía escapatoria: la cama estaba pegada a una de las paredes y el otro lado se encontraba obstruido por su cuerpo de metro ochenta de altura.

Antes de que pudiera pensar en algún plan para deslizarme fuera, dirigí mis ojos a sus bien formados labios. El inferior era más carnoso que el labio superior... y él se acababa de pasar su rosada lengua por ellos.

De solo verlo, mis ojos automáticamente se iban poniendo bizcos y mi boca comenzaba a hacerse agua. En serio, era como si encendieran un interruptor y alguien drenara mi cerebro de todo pensamiento coherente.

—Yo sé que me veo condenadamente apuesto, pero de verdad necesitas descansar antes de que la resaca te dé duro —dijo él aun con los ojos cerrados.

Oír su voz me bastó para recordar lo ocurrido la noche pasada.

Lo empujé con todas mis fuerzas, pero eso solo lo hizo moverse un poco de la cama.

Me puse en posición sentada y aparté su mano que se encontraba muy plácida acariciando mi estómago.

Gracias al movimiento brusco, mi cabeza rebotó y dolió horriblemente.

—Auuu —protesté.

—Te lo dije, nena. Ahora regresa aquí a mi lado.

Adam puso su brazo sobre mi cintura y me tiró hacia atrás y junto a él.

—Así está mejor —murmuró poniendo una de sus piernas sobre las mías—. Vuelve a dormir.

—¿Estás loco? —chillé. Mi voz salió estrangulada y me dolía la garganta. Bueno, me dolía todo. Hasta el coxis—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo conoces la casa de Rita? ¿A qué hora llegaste?

—Shhh —entreabrió los ojos para poner su dedo índice sobre mis labios y rápidamente regresó a su posición inicial de dormido—. La historia es muy larga y apuesto que ahorita tienes un monumental dolor de cabeza. Te dejé una pastilla para que te la tomes después...

—Adam... ¡muévete! —dije entre dientes. Intenté quitar su pierna de las mías, pero esto era un caso perdido. Lo único que ocasioné fue que él pegara aun más mi cuerpo con el suyo.

—Déjame explicarte ciertas cosas —me detuvo antes de que pudiera agitarme de nuevo y me traspasó con esos ojos verdes suyos—. Anoche me llamó Rita. Al parecer te habías desmayado sobre el inodoro del baño y se puso nerviosa pensando que el alcohol había dañado de alguna forma al bebé —dijo lo último poniendo una sonrisa arrogante en el rostro—, antes de llamar a una ambulancia decidió llamarme a mí para mantenerme al tanto, ya que soy el responsable de haberte embarazado. Sus palabras, no mías.

Rodé los ojos y me arrepentí no haberle dicho a Rita que todo fue un malentendido.

—La convencí de que Noah estaba en perfecto estado, creciendo saludable y fuerte dentro del vientre de mami. —El muy idiota se deslizó para poner esos seductores labios sobre mi estómago.

Las mariposas se precipitaron a volar en todas direcciones.

¿Era normal que algo de esto me pareciera tierno y sexy, o ya estaba mal de la cabeza? Sí, probablemente eso último.

—¿Por qué no te quedaste en el departamento así como te lo pedí anoche? —me preguntó en medio de los besitos y las atenciones que tenía sobre mi vientre y sobre nuestro hijo no nacido.

Me aclaré la garganta tratando de despejarme el aturdimiento.

—¿Que por qué no me quedé anoche? Pues fácil: estoy harta de que me ocultes cosas. Entiendo que todos tenemos secretos que esconder pero... contigo todo se multiplica por infinito.

Él frunció el ceño y regresó a acostarse a mi lado.

—Anna, no soy un misterio que resolver, lo único que te oculté fue lo de Nicole —apartó la vista—. Pero es que jamás le he dicho a nadie que tengo una sobrina. Elena una vez me escuchó hablando por teléfono con ella y pensó que era mi novia. Te lo conté porque tú estabas llegando a la misma conclusión. ¡Hasta te ofrecí llevarte para que la conocieras, pero aún así dudaste de mí!

—¡Es que eres un tonto! —exploté— ¿Qué tan difícil era decirme que Nicole es tu sobrina?

—Es complicado... Sólo… sólo no quiero ponerla en peligro exponiéndola demasiado. Prefiero que nadie sepa quién es ella. Por eso es que la mantengo en secreto.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Por qué insistes en ocultarla tanto? No le encuentro sentido. ¿Acaso la consideras tan fea?

—No... no es eso —dijo debatiéndose internamente si decirme o no—. Lo que pasa es que... Nicole es especial.

Dudé por un momento.

—¿Especial como una super genio, o especial como con alguna enfermedad?

—Especial como una niña que a los siete años fue dejada sola en casa mientras un pirómano le prendía fuego a todo el lugar.

Abrí mi boca y luego la cerré.

—Tiene la mitad de su rostro deformado —dijo en voz tan baja que pensé que no lo había escuchado bien—. No quiero que le hagan más daño del que ya está hecho.

Pensé en algo que decir, aunque solo una cosa me llamó la atención:

—¿Entonces por qué la ocultas? ¿No deberías ayudarla mostrándole que no debe encerrarse en un cascarón? La estás acomplejando —lo regañé.

Él suspiró.

—No es tan sencillo —respondió—. No puedo darle tanta libertad como quisiera porque, la persona que le arruinó la vida, la que empezó el incendio, está buscándola hasta el sol de hoy. No puedo dejar que nadie sepa dónde está para que la puedan arrebatar.

Mi mente se quedó en blanco por un momento.

—¿Quién le arruinó la vida? —pregunté temiendo que no me fuera a decir nada.

Se quedó en silencio como por medio minuto, y luego, en voz contenida y filosa respondió:

—Su padre. Que resulta ser mi hermano.

Demasiadas preguntas se adueñaron de mi cerebro en ese momento, pero no quería ser impertinente y soltarlas todas. Además, consideraba a Adam como un ratón que había que dejarle pequeños trozos de queso regados en lugares estratégicos, para luego colocar el más grande sobre una ratonera y esperar a que caiga.

—¿Qué ocurrió con su madre? —me limité a saber.

Él hizo una mueca y dejó de verme a los ojos. Aunque, desde su ultima confesión dejó de hacerlo.

—Ella no salió a tiempo de la casa y... nadie sabía que también se encontraba dentro cuando se inició el fuego.

Tenía ganas de llorar. Llorar por él. Llorar por toda su situación. Llorar por Nicole. Llorar por ser tan egoísta.

Justo ahora me sentía estúpida por armar un gran lío con mis celos.

—Cuando te dije que yo no era bueno para ti, no estaba lanzando indirectas en vano —murmuró seriamente. Sus ojos verdes hicieron contactos con los míos—. Vengo de una familia jodida, dañada, que solo conoce el significado de la pérdida y la destrucción. Soy como un edificio en ruinas a punto de derrumbarse, y créeme, no quieres estar dentro cuando eso suceda. Nadie en su sano juicio querría.

Mi boca cayó abierta simultáneamente.

¿Me estaba dejando?

—Adam…

—Mi hermano tiene esquizofrenia paranoide y se le puso en una clínica psiquiátrica en vez de en una cárcel. Asesinó a su mujer, quiso matar a su hija y… también intentó matarme a mí. Creyó que quería envenenarlo con la comida y se limitó a tratar mal a todo aquel que se le acercara. Pensó que yo era un asesino así que decidió clavarme contra el tronco de un árbol —se rió secamente. Esto era demasiada información en apenas sólo un minuto—. Mis tatuajes son en cierta manera irónicos y son una especie de "homenaje" a su sentido del humor.

—Adam… —Él negó con la cabeza efectivamente.

—Anoche me quedé con Marie porque noté los mismos síntomas que mi hermano presentó en su etapa inicial.

Bufé al oírlo.

—Marie no tiene esquizofrenia. Tal vez está loca pero no de una manera clínica sino de una manera teatral.

—Lo noté.

Se quedó en silencio y aproveché para colocar mi mano en su mejilla.

Le di un pequeño beso en los labios.

Quería reconfortarlo pero no sabía cómo. ¿Qué podía decirle? ¿Que lo entendía? Jamás estuve en una situación como esa, así que no sabía lo que se sentía.

—Nicole solo me tiene a mí y a mi abuela —continuó hablando él. Podía ver lo mucho que le dolía hablar de esto—. Mis padres murieron hace más de seis años y... digamos que no vengo de una familia con finales perfectos.

Ninguno de los dos habló por mucho tiempo.

—Los finales perfectos están sobrevalorados —dije después de unos segundos, sin pensar en otra cosa que decir.

Me sonrió sin tanta emoción como suele poner en sus sonrisas.

—Los finales perfectos venden libros, Anna.

—La gente compra libros para escapar de su propia realidad no tan perfecta, Adam.

—Sí, bueno, cuando escribas una historia sobre mí, asegúrate de agregar el "y vivieron felices por siempre" —dijo esta vez en su tono relajado y bromista.

Sonreí a su cambio de tema antes que termináramos ahogándonos en su lado melancólico. Noté que me estaba pidiendo a gritos que no volviera a esas partes oscuras de su personalidad.

—Lo tendré en cuenta —murmuré siguiéndole la corriente. Él me dedicó esta vez una sonrisa completa.

—Y quiero que mi personaje lo interprete alguien de nombre conocido cuando lo lleven a la pantalla grande. Nada de actores pequeños.

—Claro. ¿Otra cosa? —Pensé en sus tatuajes. No creo que haya incluido el nombre de Marie en su triste historia, así que esta era otra cosa más que ella se estaba inventando. Tal vez sí era esquizofrénica después de todo.

—Mmm... La dedicatoria. Quiero que diga: Para el más egocéntrico, estúpido, cretino, bastardo, charlatán, delicioso, hermoso e idiota chico que he conocido: Adam Walker. Tiene que tener presencia y verse completamente real.

Me reí en voz alta.

Podía ver cómo todo su humor sombrío era llevado lejos, a un lugar encerrado con llave.

Así que oculté el mío también debajo de una máscara.

—¡Y el título! Tiene que ser algo como...

—¡No me digas! Yo tengo el título perfecto.

—Esa es mi chica —dijo y me plantó un corto beso en los labios.

Me mordí la lengua para evitar lanzar nuevas preguntas.

Adam acercó sus labios hasta mi oreja izquierda y mordisqueó lentamente mi lóbulo.

—Gracias por no insistir en el tema —susurró. Su voz haciendo que mi sangre se calentara y que mis mejillas se tiñeran de rosa.

—Gracias por contármelo —agregué con una sonrisa—. Y no creo que estés jodido para mí.

Sus labios siguieron besando mi clavícula y mordisqueando mi hombro, cuando repentinamente recordé que aun estábamos en la cama de Rita, ocupando su espacio y, lo que era peor de todo, ¡todavía no había lavado mi boca y tenía el aspecto de recién levantada!

Chillé escandalosamente y me puse de pie sobre la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam, alarmado.

Chillé de nuevo (lo que hizo palpitar mis sienes y revolver mi estómago) y arranqué una de las fotos pegadas en la pared.

Era el rostro de David Beckham y tenía el tamaño perfecto para ocultar por completo mi cara.

—¡No me mires! —grité—. Aun no estoy presentable.

Adam se echó a reír a carcajadas, y sin ningún esfuerzo logró tomarme en brazos y sentarme sobre su regazo a orillas de la cama.

Arrancó la imagen en la que me escondía miserablemente, y apartó el cabello que se me había pegado en la frente, llevándolo detrás de mis orejas.

—Acabas de hallar a quien quiero que interprete mi papel en la película —levantó en alto la foto en la que me refugiaba hace solo unos segundos.

Me reí con fuerza. Pero de nuevo recordé: ¡No me había lavado los dientes!

Rápidamente me aparté de su vista y pegué mi rostro en el hueco de su hombro, tratando de que no me viera de esta manera.

—No me mires así —protesté cuando él comenzó a tomarme de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

Lo escuché reír brevemente.

Seguro que mi cabello se miraba como si una bandada de cuervos hubiera tenido una pelea por comida allí. Y definitivamente el tequila y el vómito jamás han sido una combinación ganadora para posibles ingredientes de pastas dentales.

—Anna —dijo Adam aun sonriendo—, entiende que, para mí, todas tus imperfecciones son hermosas.

Resoplé.

—¿Seguiría siendo hermosa aun cuando oliera a desechos tóxicos?

Él se rió de mi ocurrencia.

—Definitivamente. Aun si tuvieras hongos y un sexto dedo en el pie.

Sonreí contra la tela de su camiseta.

—Mentiroso.

Me hundí más en su cuello y dejé que me envolviera con sus brazos. Él aprovechó para besar mi cabeza y para meter sus manos dentro de mi camiseta y acariciar libremente mi espalda.

Solo ahí me di cuenta que no tenía puestos mis pantalones y que mi sostén había desaparecido.

Me aparté del regazo de Adam.

—¿Por qué amanecí sin pantalones? —dije viendo horrorizada hacia la parte inferior de mi cuerpo. Mi camiseta no era tan larga como para tapar mis muslos. Y mi ropa interior no era tan bonita como para lucirla. *¿Por qué justo ayer me tenía que poner una braguita con una cara bordada en el trasero?*

—La pregunta no es por qué te despertaste sin pantalones. La pregunta es ¿por qué no fui yo el que te los quitó?

Le lancé una mirada resuelta y me apresuré para salir corriendo hacia el baño antes que siguiera comiéndome con la vista.

Aunque si era honesta conmigo misma, en estos momentos adoraba ser parte de su menú.

Con todos los altibajos que eso incluía.

Lo que más temía era que, si él era un edificio a punto de colisionar, no sabría si yo estaría preparada para salirme justo a tiempo antes de que todo se viniera abajo.



El día había avanzado de buena manera.

Hice mi trabajo con una enorme sonrisa en el rostro.

Adam me compartió parte de su vida y, aunque fuera la parte triste, cada vez lo amaba un poco más por eso. Sí, ¿para qué mentirme a mí misma? Yo estaba enamorada de Adam Walker.

Caí redonda ante él.

Tal vez fue su sonrisa ganadora de concursos, o su personalidad arrogante y segura lo que me enamoró. Aunque en general me encantaba todo él, incluyera o no baterías.

¿Cómo puede gustarte alguien e ignorar su lado dañado? No puedes.

Lo aceptas, lo ayudas y lo vives con él.

Y hoy más que nunca quería conocer cada uno de sus lados.

—Veo que estás muy alegre esta mañana —saludó Mirna al ver la estúpida sonrisa que se me formaba cuando pensaba en Adam—. Me parece que alguien tuvo algo de acción anoche con Mr. Picante.

Me guiñó un ojo y luego comenzó a dar miradas no tan sutiles en dirección a Adam. O más bien en dirección al trasero de Adam.

—Mirna...

—Ya, cariño. Sé que tienes la edad en la que las hormonas son rebeldes e incontrolables. Yo también era así, ¿cómo crees que logré embarazarme tan rápido de mi primer hijo Flavio? ¿O de Roberto? ¿Y Mauricio? Oh, también le siguió Ágata, y la pequeña de todas, Lucy —Los ojos de Mirna se pusieron soñadores, y sus pensamientos se dirigieron a otras décadas atrás—. En fin, tienes permitido meter mano en ese bombón las veces que quieras; en especial con esa chica de allí coqueteándole tan descaradamente.

Ella señaló con su boca en dirección a la sección de condimentos, en donde una chica de cabello rubio y falda semi transparente le estaba sonriendo y tocándole el brazo a Adam.

Mi primer pensamiento fue: ¡Esa zorra!

Pero después inhalé y exhalé todo el aire que entraba a mis pulmones para así poder relajarme y no apresurarme a arrancarle todos los pelos de la cabeza a la tipa.

—Confío en él —le dije a Mirna, volviendo a mi tarea de colocar servilletas en los dispensadores de metal—, no creo que se haya tomado el costo de contarme todo lo de Ni... —me detuve antes de decir el nombre de Nicole. Estaba segura que a

Adam no le gustaría que yo le contara a todo el mundo sobre ella—. Creo que la rubia pierde su tiempo.

Bajé la vista y traté de no ver en dirección a la señorita piernas largas aun coqueteando con él.

Sé una buena novia y aguanta los celos. Sé una buena... novia… y… aguanta... los… celos.

Adam ignoraba a la rubia, o al menos creía que no estaba siquiera viéndola, así que eso me dio un poco más de seguridad para confiar en él.

—Si quieres —dijo Mirna acercándose tanto a mi rostro que pude oler parte de su almuerzo de comida árabe— le digo a Dulce que escupa en la hamburguesa de esa tipa. Créeme, ella lo haría sin ningún problema. Más ahora que su novio "vampiro" la dejó por una rubia que se cree "mujer lobo"... como que odia a todas las de su clase. ¿Qué dices? ¿Te animas?

Me reí de su sugerencia.

—Eso sería perfecto. Pero creo que, por hoy, la voy a dejar pasar.

Mirna resopló.

—Yo que tú, aseguro a mi hombre. Hay demasiada competencia y uno no los puede dejar pasear sin la correa porque se escapan.

Me reí brevemente y abrí la boca para hacer un comentario gracioso, pero me detuve al ver que Cliff se acercaba hacia nosotras. Con una servilleta de papel se limpiaba su sudorosa frente y lucía tan nervioso que hasta tenía mal puesta su corbata azul con muñecos de nieve.

Se detuvo viendo de los pies a la cabeza a Mirna, se demoró un poco más en su busto, y luego me miró a mí.

—Anna... —más sudor brotó de su frente— necesito que vengas conmigo a mi oficina.

Mirna y yo compartimos miradas de curiosidad. Tal vez por fin decidió suspender mi semana de prueba y me recoloque por completo a mis antiguos deberes.

Me puse de pie y ajusté mi falda de color oscuro para que ocultara un poco el vendaje en mi rodilla (Adam lo había colocado la noche anterior para que dejara de dolerme).

Me encontré a mi misma con manos sudorosas y un tic en mi ojo derecho; el nerviosismo de Cliff era contagioso como la viruela.

—¿Ocurre algo? —pregunté mientras lo seguía.

—Te lo diré cuando entremos.

Una vez que llegamos a su oficina mantuvo abierta la puerta para mí y me adentré en su pequeño y oscuro espacio.

Un enorme retrato pintado de Frida Kahlo se encontraba en la pared detrás de su escritorio. Era lo primero que veías al entrar. También noté cómo todo el lugar olía a queso en aerosol y a sopa de pollo de más de tres días de antigüedad.

Iba a arrugar la nariz pero me detuve al ver a alguien más sentado en la silla de Cliff. Era mi tío Victor, el papá de Marie.

Él alzó la vista y se encontró con mis ojos.

—Anna —me dio un asentimiento de cabeza.

Le regresé el gesto.

—Siéntate, por favor —señaló la silla frente al escritorio de imitación de madera en el que reposaba sus brazos.

Tome asiento y esperé a que alguno de los dos hablara.

—Cliff, puedes retirarte —dijo, e inmediatamente Cliff obedeció.

Alisé las arrugas invisibles de mi falda. No tenía idea de para qué me quería ver aquí en el trabajo, pero tenía el presentimiento de que Marie estaba involucrada.

—Ya me contó Marie lo que ocurrió la noche pasada —empezó a decir—. Todo. Detalle a detalle.

Tragué saliva y me limité a mirarlo con los ojos bien abiertos.

—Solo puedo preguntarte una cosa: ¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—¿Qué? ¿Hacer, qué? —dije confundida. ¿Robarle el supuesto novio a su hija?

No. No podía ser eso, él creía que Marie salía con Eder... y sólo con él.

—Después de lo mucho que mi esposa y yo te hemos ayudado a ti y a tu familia, y ahora nos pagas de esta forma...

Lo único que podía preguntarme era: ¿Qué había hecho Marie? ¿Qué les había dicho de mí?

—No lo...

—Entenderás que no puedo permitir que una persona inestable como tú siga viviendo con ella, ¿verdad?

—¿Qué...? ¿Inestable?

—Tampoco creo que seas apta para seguir trabajando en este sitio.

—Alto ahí —lo detuve—, no tengo idea de qué se me acusa.

—¿Destrozaste todas mis cosas y ni siquiera lo recuerdas? —vino la voz de Marie a mis espaldas. Me giré en su búsqueda y la vi sentada con las piernas cruzadas; estaba tan al fondo que por eso no pude haberla notado desde un principio.

—¿Destrozar tus cosas? La única que actuó como una loca fuiste tú —la acusé.

—¿Escuchas eso, papá? —dijo llevándose una mano con perfecta manicura a la boca. Soltó un gemido y luego se echó a llorar.

—Anna... Le tengo un gran cariño a tu madre, pero no creo que sea seguro dejar que estés más en este sitio. Cliff también me contó tu altercado con otro empleado del restaurante. Por eso te pido que tomes tus cosas y amablemente te retires.

Me quedé boquiabierta.

¿Me estaba despidiendo solo porque Marie le dijo que lo hiciera?

Me sentía furiosa. Quería arrancar cada hebra de cabello naranja de la cabeza de Marie, pero me limité a morderme los labios y apretar mis manos en puños hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

—También deberías retirar tus cosas del departamento de mi hija —continuó hablando él.

Algo dentro de mí se retorció de dolor.

Hace años atrás los padres de Marie habían creado una condición para su hija: yo tenía que vivir con ella o le tocaría regresar a su casa a continuar viviendo limitadamente con ellos.

Supongo que ahora también se deshizo de esa estúpida condición para hacer lo que quiera de su vida. Solo no entendía qué le había dicho Marie sobre mí.

—Sabes que te quiero mucho, Anna —dijo la susodicha. Sonaba inocente y digna víctima de telenovela—. Lamento que las cosas quedaran de esta manera. Me has hecho innumerables favores pero... ¡No puedo creer lo que le hiciste a mis cosas! ¡A tus propias cosas!

Me puse de pie de un salto.

—¿Qué? ¿Qué hiciste Marie? —chillé. Me abalancé hacia ella y me detuve a centímetros de su cara— ¿Qué rayos le hiciste a mis cosas?

—¿Papá? —dijo temerosa.

—Anna... —el tío Victor vino detrás de mí y me sujetó de un brazo.

—Ya me cansé de que me estés utilizando —dije en una contenida y fría voz que apenas reconocí como la mía—. No sé qué idiotez hiciste en este momento, pero te lo advierto, esto se detiene aquí. ¡Supera de una buena vez el hecho de que Adam te dejó!

Estaba gritando en esta ocasión. Si Marie quería conocer mi lado oscuro pues aquí tenía una décima parte de lo que era.

—¡Estás mal de la cabeza! ¡Reconoce que necesitas ayuda! ¿Te acuestas con la mitad de hombres de esta ciudad y aun así no puedes dejar uno solo? Definitivamente estás loca —terminé.

Si mi brazo no estuviera siendo apresado, ya le hubiera saltado encima.

—¡Basta de las acusaciones sin sentido, Anna! —esta vez era mi tío hablando—. Lo mejor será que te vayas y trates de recuperarte.

Aun tomándome del brazo me sacó de la oficina y me arrastró fuera del restaurante.

Varios empleados que estaban alrededor veían toda la escena; asustados de ser tratados de la misma forma, se iban dispersando lejos.

—Busca tus cosas —me dijo él.

Yo estaba furiosa que no me di cuenta cuando alguien me pasó el bolso.

Era Marie, con una pequeña sonrisita para nada disimulada en el rostro.

—¡Eres una ninfómana de piernas abiertas! —le grité por última vez.

Inmediatamente el tío Victor me jaloneó con un poco más de fuerza y me condujo hacia la entrada de empleados.

Marie se quedó atrás, llorando.

Busqué a Adam con la mirada pero no lo veía por ningún lado. Rita, sin embargo, me vio y se apresuró a caminar en mi dirección.

—Este no es su asunto, jovencita. Vuelva al trabajo —le gruñó mi tío al ver que se acercaba peligrosamente.

Me sacó por la puerta y Rita se quedó parqueada justo donde estaba. Me miraba con una disculpa extendiéndose en el rostro.

Caminamos pasando el callejón donde se dejaban los basureros, y me llevó hasta la acera frente al restaurante.

El ridículo título de "Mi Hamburguesa Especial" brillaba bajo la luz del sol en la fachada principal del local. En todo el camino hasta allí protesté en voz alta y me quejé de injusticia.

—Charlotte se encargará de ti —me dijo él entre dientes mientras nos deteníamos. Se miraba cansado por tener que arrastrarme fuera del local.

Odiaba que me tratara como si fuera una loca en proceso, como si necesitara de atención psiquiátrica… o de un domador de leones.

¿Así fue como se sintió para Adam tratar con su hermano?

Hablando de Adam, no lo miraba por ningún lado. Tal vez Rita le dijera algo, aunque ella tampoco sabía lo que estaba ocurriendo.

Tanto tiempo tratando de conservar mi empleo solo para que una estupidez me lo quitara.

—Sería saludable que te quedaras en casa de tu madre, Anna…

Antes de que alguno pudiera seguir hablando, el auto de la tía Charlotte se estacionó frente a nosotros.

Ella bajó la ventanilla del asiento de pasajeros y me miró con desdén.

—Deberíamos llamar a la policía —dijo.

Mi espalda se puso recta en ese momento, y mis ojos se abrieron mucho.

—No seas tan exagerada. Con que su madre la castigue es más que suficiente —dijo mi tío—. Anna, ve con tu tía. Será mejor que tu madre busque ayuda contigo. La necesita.

Eso me hizo enfurecer y estallar de nuevo.

—¡La que necesita ayuda es Marie! Yo no soy la loca, es ella —grité exasperada.

—Pues Marie no es la que está embarazada —me respondió mi tía de manera mordaz.

¿Cómo sabía ella eso?

Entonces me fijé en algo a lo que no le presté mucha atención antes: Mason venía sentado en el asiento trasero del auto.

Me saludó tímidamente y se encogió de hombros.

—Deberías entrar al auto —dijo mi tía—, tu padre está haciendo un escándalo y dice que va a matar al desgraciado que te embarazó.

De repente, se empezaron a escuchar disparos provenir del restaurante.

Varias personas salieron corriendo por las puertas del local, gritando y moviéndose como estampida.

Mason se bajó del vehículo de mi tía y se puso a mi lado.

—Creo que tu padre ya dio con él —me dijo algo apenado.

Lo miré furiosa.

—¿Qué? ¿Cómo sabes eso?

—Porque yo le dije que trabajaba aquí y digamos que le proporcioné el arma.

—Mason, eres un estúpido.

Me movilicé hacia el interior del restaurante, corriendo entre los clientes asustados y un Cliff agachado bajo la mesa que se encontraba abrazando a una muy excitada Mirna.

En medio de todo el lugar, mi padre apuntaba hacia el techo con una escopeta.

Corrí a su lado.

—Papá… —sentía vergüenza de toda la gente que observaba con horror nuestro intercambio.

—¡Dime! ¡Vamos Anna, dime! ¿Fue este imbécil quien te embarazó? —gritó él.

—Papá… suelta esa arma. Ambos sabemos que no sabes usar ni siquiera una pistola de silicón.

—Ahora no —murmuró—, primero dime si es este tu jodido novio.

Me señaló a un relajado y tranquilo Adam que hacía un gran esfuerzo por no echarse a reír.

—Mira, no estoy embarazada…

—Te dije que esto sucedería —me interrumpió él—, sabía que mi niña terminaría en esta situación tarde o temprano, pero al menos pensé que cuando llegara el momento estarías casada.

—¿Susan sabe que estás aquí? —le puse una mano en el hombro para tranquilizarlo.

Negó con la cabeza, como si fuera un niño pequeño.

—¿Mamá lo sabe?

Él resopló audiblemente.

—Ella ya está preparándote el baby shower y buscando posibles nombres para el bebé.

—Ya tenemos nombre —habló Adam—, pensamos que Noah sería encantador. Nena, muéstrale a tu papá el primer regalo de nuestro hijo.

Justo ahora quería golpearlo. Golpearlo por ser tan tonto y no decirle la verdad a mi papá.

—¿Regalo? ¿Desde hace cuánto lo sabes? ¿No pensabas decirme nada?

—¡No estoy embarazada! Es broma de Adam, créeme…

—Ah no. Mi hija no será conocida por ser madre soltera —apuntó a Adam con la escopeta—, de rodillas y le propones matrimonio.

Jadeé tratando de alejar el arma de la cabeza de Adam.

—No sigas haciendo esto… —me quejé.

—Con mucho gusto —dijo Adam. ¿Cómo podía estar relajado cuando tenía un arma apuntándole en el cráneo?

Lentamente se arrodilló en el suelo y me sonrió con picardía.

—Anna —se humedeció los labios—, ¿te casarías conmigo?

Aunque estaba furiosa con él, su pregunta me causó un movimiento curioso en el estómago.

—Definitivamente no —respondí después de dudarlo por un minuto—. Adam, levántate.

—¡Deja que se haga responsable! —gritó mi papá—. Así es como se forman los hombres.

—¡Entiende de una buena vez que no estoy embarazada! —levanté mis brazos para acentuar mis palabras, pero lo único que provocó fue que mi bolso se cayera abierto al suelo, mostrando así el pequeño trajecito azul celeste que el amigo de Adam, Key, me había regalado.

Papá lo vio y abrió más los ojos.

—¡Sí, tenía razón. Estás esperando un hijo de este infeliz! —chilló.

Suspiré agotada.

Era increíble ver lo que un pequeño chisme podía llegar a causar tan rápido.

—Anna —Gustavo, que se encontraba agachado junto a Rita en el suelo, me llamó—, ¿entonces estás o no embarazada? Porque si lo estás le debemos una gran cantidad de dinero a Mirna quien apostó a favor.

Jó-de-me. Seee, hoy era el día en el que debí quedarme en cama.



CAPÍTULO 15

Tómame o Déjame

Finalmente (y después de dos horas) logré convencer a papá de que no estaba, bajo ningún concepto, embarazada. Me costó que me creyera, él era un viejo terco y obstinado que no dejaba de apuntar la escopeta de Mason en el rostro de Adam; también le hizo dos hoyos al techo del restaurante cuando disparó al aire, y me tocaba a mí dar parte de mis liquidaciones para pagar por los daños ocasionados.

¿Ya mencioné que me dieron "tiempo libre" en el trabajo? Mi tío Victor dijo que técnicamente no lo tomara como un despido sino más bien como un receso a mis actividades (otra forma bonita de decir que mejor no regresara).

Me sentía herida y totalmente enojada por eso. Cuando Adam se enteró de que me iba del departamento de Marie, me aseguró que siempre tendría un lugar junto a él, en su cama. Pero tuvo el descaro de mencionarlo frente a mi padre (lo que provocó que él lo amenazara de nuevo con la escopeta) así que me quedaría temporalmente en casa de papá.

Mamá iba a estar furiosa cuando le dijera. Ella sentía que la traicionaba cada vez que me quedaba con él. Y más ahora que supiera que lo de mi embarazo era falso; ella no paraba de decirme lo mucho que deseaba tener nietos corriendo por el patio trasero de la casa.

Pffft.

—En serio, Anna. Perdóname —suplicó Mason, no dejaba de seguirme mientras yo limpiaba mi casillero y acomodaba mis cosas en una caja. Cliff lo quería vacío al final del día—. Lo que pasó conmigo y tu prima fue un desliz que nunca se volverá a repetir.

—¿Es eso lo único que lamentas? —pregunté deteniéndome de mi tarea.

Mason era un tonto.

¡Le había dado una escopeta a mi padre, el hombre que no podía manejar un martillo sin golpearse el dedo!

—Sé que quieres que diga que lamento el que tu padre le haya apuntado con un arma a... ese... tipo, pero no diré algo que no siento.

—¿Qué ganabas contándole lo del supuesto embarazo? —le reclamé.

—No sabía que era una mentira —Mason tuvo el descaro de lucir avergonzado cuando dijo eso—. Los únicos hijos que quiero ver en ti, serán los nuestros, no los de ese sujeto.



¿De verdad...? ¿Qué...? ¿Él acababa de decir eso? ¿Seriamente?

Lo fulminé con la mirada.

—Mason —arrugué la nariz—, no voy a tener a tus hijos. Entiéndelo de una vez: ¡no quiero nada contigo! ¿Cómo pudiste acostarte con mi prima sabiendo lo venenosa que es?

—¡¿Yo?! ¿Cómo puedes reclamarme eso cuando sales con el esclavo sexual de ella? Yo solo me acosté con tu prima una vez... Bueno, dos —hizo una pausa y no despegó la vista del suelo—. Tal vez tres o cuatro veces, pero...

—Asco. Basta, no quiero seguir escuchando eso.

—¡Oye, deberías estar preguntándote cuántas veces lo ha hecho ese tipo! ¿Tal vez unas cincuenta, cien?

—¿Ciento cincuenta?

—¿Qué? No creo que sea humanamente posible pero...

Cerré mi casillero de golpe y lo enfrenté.

—Tal vez tú y yo tuvimos un pasado, pero te aseguro que no hay ningún futuro. Todavía no puedo creer que le contaras a mi padre y le dieras una escopeta para venir a cazar a Adam.

—Lo siento. Es que tú me vuelves un idiota...

—Corrección —se entrometió Adam que venía caminando en mi dirección, a paso lento y con las manos metidas en los bolsillos delanteros del pantalón—, ya eres un idiota sin necesidad de la ayuda de Anna.

Adam se colocó a mi lado y sacó una de sus manos y la metió directo en el bolsillo trasero de mis jeans.

Di un pequeño brinco por la sorpresa.

Él prácticamente me estaba tocando el trasero.

Para Mason el gesto no pasó desapercibido. Sus ojos no dejaban de fulminar hacia la mano dentro de mi bolsillo. Ni a mí se me pasaba por alto tampoco; mi rostro se puso caliente en cuestión de segundos… hasta mi trasero se sentía caliente con esto.

—El asunto es entre Anna y yo —gruñó Mason—, no con el esclavo.

—Cualquier asunto que quieras tratar con Anna, también lo tratas conmigo, lame vacas —le replicó él.

La mano que metió en mi bolsillo trasero se curvó y me pellizcó un poco fuerte.

—¡Adam! —chillé en voz baja. Mason no quitaba la vista de mi retaguardia.

—Y vete olvidando de mi chica, no lograrás meterte en sus pantalones ni para probártelos —Adam hablaba en su modo de me-creo-el-dueño-del-mundo; o: me-creo-el-dueño-de-Anna.

—Anna fue mía muchísimo antes de ser tuya —habló Mason. La vena de su cuello saltaba con furia y parecía como si quisiera traspasarle la piel.

—¿De verdad crees que fue tuya? —Adam le dedicó una sonrisa arrogante, de esas que siempre ponía cuando me le quedaba viendo embobada por mucho tiempo, o cuando mi cuerpo se delataba con el efecto Bambi.

—Siempre fue mía... —y antes de que Mason pudiera terminar esa frase, Adam ya se estaba abalanzando. Pero no hacia él, hacia mí.

Retiró la mano de mi bolsillo y la puso esta vez en mi glúteo.

Abrí los ojos en sorpresa pero ni siquiera llegué a formar palabras coherentes porque su boca ya estaba sobre la mía. Reclamando y devorando todo a su paso.

Su mano se deslizó más abajo y, de un tirón, me levantó lo suficiente como para encajar mis caderas con las suyas.

Jadeé inevitablemente en medio de nuestro beso.

—¡No puedo creer esto! —escuché que se quejaba Mason, pero mi mente estaba en otra cosa diferente y lejana a él.

Los labios de Adam eran perfectos... y muy conocedores. Un chico como él definitivamente sabía besar y hacer uso de su lengua.

Sus caderas se mecían levemente contra las mías y se sintió casi como tocar el cielo con las manos.

—¿Pueden parar ya con la demostración pública? —volvió a hablar Mason, esta vez Adam separó lentamente su boca de la mía y lamió mis labios.

¡Los lamió frente a mi ex novio!

—¿Quedó claro quién es el maestro aquí, niño? —Noté que a Adam le faltaba la respiración mientras decía esas palabras. Debería sentirme enojada porque se pelearan por saber a quién pertenecía, pero en su lugar me sentía atontada y deseosa de más. En esos momentos yo era como Bambi recién nacido: no sabía cómo caminar, no pensaba con claridad, tenía la mirada desenfocada y quería gritar por mi mami.

Definitivamente mi cerebro nadaba en morfina, y se había dado vacaciones a Nueva Inglaterra.

—Claro. Si yo también me hubiera acostado con Marie unas ciento cincuenta veces, tendría la misma o más experiencia de la que tienes —respondió Mason.

Lo último que supe fue que él de repente acabó en el suelo con el labio partido y con sangre escurriéndole de la boca.

Mi cerebro regresó de viaje instantáneamente.

Adam me puso detrás de él, y por encima de su hombro fui capaz de ver a Mason ponerse de pie lentamente y limpiar la sangre con su dedo pulgar.

Su mandíbula se desencajó mientras le regresaba el golpe a Adam.

Chillé y me alejé de ambos.

—¡Deténganse! —grité pero ellos se preparaban para lanzar más golpes.

Debido a mis gritos de protesta, Rita se acercó corriendo hacia nosotros... también Mirna, Gustavo, y prácticamente todos los empleados del restaurante.

Adam seguía moliendo a golpes a Mason, y Mason derribaba a Adam y lo empujaba contra los casilleros siempre que podía.

—¡Pero qué romántico! —chilló Mirna— ¡Se están peleando por ti, Anna!

—¡Mirna! —grité. Este no era momento para ponerse a decir tonterías.

—¿Qué? Yo solo digo la verdad. Eres una chica afortunada.

Yo estaba intentando hacer todo lo posible por separarlos pero ambos estaban ciegos de ira.

Adam golpeaba con fuerza la mandíbula de Mason; el sonido del puño al chocar contra los músculos era desagradable.

Gustavo se tuvo que interponer entre los dos para detenerlos.

—Míralos, parecen perros peleándose por un hueso de mala calidad —susurró Marie en mi oído. Se había logrado colar también entre la gente.

Me giré para encararla. Tenía una mirada maliciosa en los ojos.

Todavía no había visto el desorden que causó en el departamento pero estaba segura de que mis cosas fueron las más afectadas de las dos.

Traté de ignorarla porque definitivamente ella tenía un problema mental, pero no le importó y continuó susurrando cosas en mi oído mientras Adam y Mason se agarraban a golpes y Gustavo intentaba separarlos.

—Creo que tú no sabes la gravedad del asunto en cuanto a retener a Adam; él no es tu tipo de hombre.

—Pero sí que es el tuyo, ¿verdad?

—Por supuesto. No te imaginas ni siquiera con quién estás tratando.

Los chicos no detuvieron la pelea, en su lugar involucraron también a Gustavo y el pobre recibió dos golpes en el hombro y la nuca.

—¿Y con quién estoy tratando según tú? —le pregunté.

—Estás tratando con un chico que es un ladrón.

Y seguía con lo mismo.

Rodé los ojos.

—Ya sé que estabas mintiéndome. Adam no es un ladrón.

—¿Confías demasiado en él como para creerle?

Rita logró sacar a Gustavo lejos de la pelea. Adam tenía un corte en la ceja y no dejaba esa sonrisa arrogante. Tenía que detenerlo tarde o temprano.

—Marie…

—Oh, ya veo. Ni siquiera lo conoces lo suficiente como…

—¡Ya deja de envenenarle la mente a Anna! —Ambas nos sorprendimos cuando Dulce se entrometió entre las dos.

—Anna, es obvio que tu prima está celosa de ti y por eso trata de arruinar tu relación a como dé lugar —se giró entonces en dirección a Marie—, y tú, está más que claro que no tomas muy bien el que un chico te haya botado. ¡Cielos! Supéralo de una buena vez. ¿No has oído que hay más peces en el agua?

—¿Y quién es esta emo? —preguntó Marie, su rostro se puso casi tan rojo como su pelo.

—¿Emo? Pfffft. Ninguna emo, cariño. Soy una gótica, y eso es algo muuuuy distinto.

—De todas formas, ¿quién crees que eres como para entrometerte?

—Soy una amiga de Anna.

—Y una empleada de mi padre, así que no te…

—¿Eres hija de Cliff? —preguntó Dulce—. Jum, ya sabía que te había visto en alguna parte.

Traté de no reírme al hacer la comparación entre Cliff y Marie, pero era imposible no hacerlo. A Marie claro que no le pareció divertido.

—¿Te parezco hija de esa bola de grasa andante? —preguntó, ella estaba a punto de perder el control.

Dulce la observó de pies a cabeza. Su boca cubierta de labial negro se frunció mientras la repasaba con la vista.

—No hay dudas, son como dos gotas de agua… Hasta tienes la misma barbilla con forma de papa que tiene él.

Marie se acercó más a Dulce para intimidarla, pero Dulce no demostraba sentirse para nada de esa manera.

—Mira, *emo* —habló Marie—, si vuelves a decir otra cosa como esa, prometo que para mañana estarás haciéndole compañía a Anna en la calle de desempleados.

—Y si tú vuelves a decirme *emo* otra vez, prometo que te va a doler cuando te golpee.

—Oh.Por.Dios. Esto es emocionante —murmuró Mirna—, dos chicos se pelean por ti y ahora dos chicas. ¿Cómo lo haces? ¿Es algo que tomas? Porque si es así yo también quiero, y una dosis enorme.

—Es algo que mi madre prepara —le susurré en broma.

—Consíguemelo —me pasó una cantidad de dinero y la depositó en el bolsillo de mi pantalón.

—Hecho.

—¡Anna, ven y controla a estos hombres! —gritó Gustavo. Mason lo agarró de la camisa y lo empujó contra Rita.

Adam sostuvo a Rita de un brazo para evitar que ella se cayera, y Mason aprovechó para patearlo en las costillas.

Jadeé al verlo.

—¡Mason detente! —chillé.

No podían pasarse toda la hora peleando, pero tampoco quería entrometerme porque la última vez que lo hice terminé con la nariz hinchada.

—¡¿Cómo me llamaste?! —gritaba Dulce por el otro lado de la habitación—. Ahora sí, te voy a golpear, perra.

Dulce se abalanzó contra Marie y le jaló el pelo.

Marie chilló e hizo garras con sus manos; era lo primero que hacía en una pelea: aruñar a la gente.

—No puedo encargarme de todos —dije a Mirna.

—Ocúpate del guapo y sexy macho de allá, y yo me encargo de que Dulce le dé unas buenas cachetadas a la zorrilla de este lado.

Mirna se puso en camino y se limpió las manos en su delantal azul.

Dulce seguía jaloneando el pelo de Marie y ella no dejaba de gritar groserías.

—Parece que ocupas ayuda por aquí —dijo alguien a mis espaldas. Era… ¿Key?

—¿Qué haces aquí?

Key lucía guapo. Usaba una camisa a cuadros de color verde, y llevaba una hebilla con forma de cascabel en la cintura.

—Adam dejó a Dolly en mi casa ayer —respondió. Dolly era la motocicleta—. Me pidió que lo llevara a verte en la madrugada. Oh, también lamento de nuevo haberte dado el apresurado regalo de bebé.

—Asunto olvidado —le dije—. Oye, podrías… —señalé en dirección a Adam y Mason. En serio, juro que parecían hacer pasos de baile en vez de estar luchando.

¿Acababa de ver a Mason hacer pasos del Gangnam Style, y a Adam hacer los de una danza escocesa?

—Claro, yo me encargo —Key rodó los ojos y se movilizó para detenerlos.

—¿Quién es ese? —preguntó Mirna regresando a mi lado. Dulce seguía gritando y peleando con Marie que cada vez lucía más despeinada.

—Es amigo de Adam. Se llama Key.

Key agarró a Mason de un brazo y lo alejó de Adam. Adam lo palmeó en el hombro y lo saludó como si minutos antes no hubiera estado agarrándose y tirándose del pelo con Mason.

Noté que Rita se quedó viendo embobada a Key, así como yo me quedaba por ocasiones viendo embobada a Adam.

Ahora entendía lo que todos miraban en Adam y yo.

Hmmm.

—Apuesto cien a que Rita termina enamorada de él de aquí a la próxima semana —me susurró Mirna.

Tomé el dinero que ella me había depositado anteriormente en el bolsillo y se lo puse en la palma de la mano.

—Trato hecho.

—Me uno también —dijo Gustavo poniendo una cantidad similar a la mía en la mano de Mirna.

—Anótenme a mí con lo mismo —gruñó Dulce desde el otro lado, ella era otra que parecía hacer pasos de baile con Marie, solo que Marie se miraba como aplastando cucarachas.

—Oh, esto se va a poner divertido —dijo Mirna.

De repente apareció Cliff por la entrada. Cuando vio el desorden que habíamos causado sus ojos se abrieron enormemente.

—¿Qué es todo…?

—Toma —Adam lanzó un pequeño fajo de billetes que muy hábilmente Cliff atrapó—. Tú no has visto nada.

Cliff inmediatamente se fue por donde regresó.

Tuve que rodar los ojos y ver sospechosamente a Adam.

—¿Qué te dije? —gritó Marie mientras Dulce la sujetaba del pelo—, es un ladrón.

Todos los presentes se quedaron callados y detuvieron las peleas, con miles de preguntas en sus ojos.

Adam corrió a mi lado.

—Pregúntale —escupía Marie—, pregúntale de dónde saca el dinero.

Tragué saliva, incómoda por toda la atención que estaba recibiendo por parte de los demás.

—Anda, pregúntale —insistía ella—. Mejor aún, por qué no revisas la parte trasera de su espalda. Apuesto a que encontrarás sorpresas por ahí.

—¿Qué? —si se refería al tatuaje con su supuesto nombre la iba a golpear hasta el amanecer.

—Marie —Adam la fulminó con la mirada—. Cállate.

—Vamos Anna, sin miedo —dijo ella—. Claro, si es que te deja que revises.

Miré a Adam, completamente confundida.

—Apuesto diez grandes a que es un sexy estafador, ¿quién más se anota? —Esa era Mirna. El dinero llegó rápidamente a su mano.

—¿De qué está hablando Marie? —le pregunté a él, ignorando a los demás.

Adam suspiró y me tomó del brazo para sacarme de la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —chillé mientras me arrastraba hacia la oficina de Cliff. Él se encontraba sentado en su silla de cuero, viendo fijamente el retrato de Frida Kahlo y comiendo una hamburguesa llena de mayonesa.

Al vernos se puso de pie y dejó su hamburguesa a medio comer en el escritorio.

—¿Quién les autorizó a meterse así en mi oficina? Suficiente con hacerme el tonto una vez…

Adam le lanzó billetes y él los recogió todos.

—Solo quiero quince minutos con Anna, a solas —dijo con prisa.

—Oh.

No entendía qué estaba pasando. ¿Qué rayos ocultaba ahora?

Cliff salió corriendo, llevándose su hamburguesa consigo; nos dejó solos.

Me crucé de brazos y puse distancia entre Adam y yo.

Este era el momento en saber si el tatuaje era acerca de Marie o no.

—¿Qué es lo que necesitas decirme que tiene que ser a solas?

Él se pasó las manos por su espeso cabello negro.

Me miró a los ojos y vi el dolor en ellos.

—No te vayas a asustar —dijo.

Instantáneamente me asusté.

Llevó las manos a su espalda y… se sacó una pistola del pantalón.

Retrocedí tres pasos.

—¿Qué haces con eso?

—Es mía.

Parpadeé varias veces antes de hablar de nuevo.

—¿Para qué la quieres? —Retrocedí dos pasos más, pero él se adelantó hasta igualarme y quedar frente a mi rostro.

—¿Para qué apuntó tu padre una escopeta en mi cabeza? —preguntó tranquilamente.

—Para… ¿asesinarte? —estaba tartamudeando. Este Adam realmente me asustaba mucho.

—¿Entonces para qué crees que la llevo?

Retrocedí un paso más.

Él avanzó también lo mismo.

—¿Vas a dispararle a alguien con esa cosa? —tenía miedo de preguntar.

—Sí, Anna. Quiero dispararle a alguien con esta "cosa".

Volví a retroceder hasta que choqué contra la pared. Ya no tenía escapatoria.

—¿A quién? ¿Por qué quieres hacerlo?

—¿Sonaría malo si te dijera que quiero matar a mi hermano?

—Una muerte nunca es justificable. Sin importar el mal que te haya hecho esa persona.

—¿No importa si dicha persona salió libre de una institución mental?

—¿Tu hermano salió?

Él asintió con la cabeza.

—Y ahora me está buscando… y no dejaré que termine lo que comenzó años atrás…

Mierda. Esto no iba a ser nada bueno.

Nada.

Adam seguía admirando la pistola en su mano. Yo no sabía nada acerca de esas cosas así que no tenía ni idea de qué marca o cuán vieja era. De lo que sí estaba segura era de que no quería verlo con una.

¿Matar a su hermano? ¿En serio? ¿Y salió libre de una institución mental?

No tenía idea de que pudiera hacer eso. ¿De verdad se podía, aun si el paciente no estaba del todo curado?

Tenía miedo que las cosas se le fueran a salir de las manos.

—Adam... la venganza no es la solución. Matar a alguien es… —ni siquiera podía pensarlo. Cierto, había gente que se merecía la muerte, pero por más que odiara a una persona no sería capaz de arrebatarle la vida. Peor si era a un hermano—. Tienes que recordar que tu hermano está mal mentalmente. No sé mucho de la esquizofrenia pero…

—Basta Anna. No sigas hablando.

—¿Que no siga hablando? ¡Pero si piensas matar a tu hermano! Tengo que hacerte ver lo equivocado de esa idea... —él puso dos de sus dedos sobre mi boca. Su frente se pegaba contra la mía.

—Ya sé lo arriesgado que es eso.

Tragué fuerte.

—¿Entonces qué haces siquiera pensándolo? Sabes que si pudiera, cambiaría las cosas.

Adam acarició mi mejilla y bajó su mano hasta mi mandíbula.

—¿De verdad las cambiarías?

Asentí con la cabeza, sin romper contacto con sus ojos verdes. Un morete se le estaba formando cerca de la boca y de su pómulo.

Quería darle besitos para confortarlo.

—¿Confías en mí? —me preguntó repentinamente después de un minuto de silencio.

Volví a asentir.

—Confió en ti —le dije, pero no confiaba en sus malas decisiones.

Justo iba a decirle eso cuando él puso el arma en medio de los dos.

Mi pulso salió disparado.

—¿Qué estás haciendo?

—Shhh —susurró contra mi boca—. Confía en mí.

¿Qué?

Subió el arma hasta que quedó frente a mi rostro, apuntando hacia el techo.

Dejé de respirar.

—¿Qué vas a hacer? Baja el arma, por favor. Con eso no se juega.



Adam puso su dedo sobre el gatillo.

Si él disparaba, de alguna forma nos iba a lastimar a ambos.

Traté de alejarme, pero Adam me sujetó de la cintura, reteniéndome para que no me moviera.

—Solo te pido que confíes en mí —dijo.

¿Confiar en qué? ¿En que quería probar el arma primero en mí?

Empecé a dudar en la cordura de Adam.

Oh por... ¡¿Y si él fuera el esquizofrénico y no su hermano?! ¿Y si en verdad estaba con el hermano equivocado en vez del original Adam Walker? ¿Y si...?

No tuve tiempo de seguir con el hilo de pensamientos porque Adam jaló el gatillo.

Cerré los ojos y solo pude esperar a que ninguno de los dos saliera lastimado.

Pero después de varios segundos de esperar, no había escuchado aún el sonido del disparo.

Abrí los ojos lentamente. Sentí que algo se estaba enredando en mi cabello y me hacía cosquillas en la frente.

Eran… eran…

Lo golpeé en el hombro y me aparté de él.

—¡¿Estás loco?! —Lo juro. Este hombre me quería enloquecer. ¿Un arma de burbujas?

¡¡¡Aaaaagggg!!!

¿En serio? La pistola soltaba burbujas que golpeaban levemente mi rostro y explotaban al hacer contacto con mi pelo.

—¡ADAM WALKER! —chillé—. ¿Sabes que casi se me sale el corazón al pensar que era un arma real?

Lo escuché reír pero yo estaba demasiado furiosa como para acompañarlo a reír también.

—Lo siento, nena —dijo él intentando alcanzarme por la cintura. Me alejé antes de que pudiera atraparme—. Anna… lo siento. Lo sé, fue una mala broma pero es que… Quería enseñarle a Marie que no fuera una metida.

Fruncí el ceño.

—¿A Marie? ¿Qué tiene ella que ver con esto?

Adam me señaló la puerta, estaba medio abierta.

—Marie nos estuvo escuchando en un principio. No sé cómo supo que tenía un arma guardada en la espalda pero…

—Eres un estúpido.

—Yo solo quería enseñarle una lección.

Resoplé.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál es esa lección?

—A no ponerme en contra de mi chica. Quería comprobar que la próxima vez que Marie te estuviera diciendo idioteces, tú no le creerías con tanta facilidad. Vi cómo empezabas a caer de nuevo en sus mentiras, solo quería asegurarme de que confiabas en mí.

—Pues habían… —lo golpeé en el hombro—… otros… —le di un golpe en el pecho—… métodos. ¡Me asustaste mucho! Pensé que de verdad matarías a tu hermano.

—A pesar de que él cometió varios crímenes nunca me hubiera atrevido a matarlo —me dijo. Sus palabras sonaban sinceras—. Y no, él no está libre. Sigue encerrado y yo sigo negándome a verlo; no quiero que lastime a mi sobrina de nuevo.

Me crucé de brazos y expulsé todo el aire que contuve desde que sacó a Cliff de la oficina para hablar.

—Ahora, esos son problemas en los que sí te puedo ayudar.

Él alzó una ceja.

—Si quieres… te acompaño a verlo —ofrecí.

Adam empezó a caminar alrededor de la pequeña oficina hasta que se detuvo frente al escritorio de Cliff y apoyó su cadera en una esquina.

—No quiero verlo. Hago suficiente pagándole una gran cantidad de dinero a la clínica. Dinero que, por cierto, no gano haciendo nada ilícito. Lo único ilícito que he hecho en mi vida es follar en un escritorio de madera.

Me estremecí al oírlo.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque escuché lo que te decía Marie. ¿Quieres saber de dónde saco el dinero?

Me sentía tonta por quererlo saber. Me mordí el labio y evité verlo a los ojos.

—Key dijo que trabajabas; yo en verdad no quiero entrometerme más.

—Anna, mis padres tenían bastante dinero. Al morir, ese dinero pasó a mi hermano mayor, pero como él no estaba en condiciones para recibirlo, fue a parar a mis manos. Sé que tal vez piensas que soy algún narcotraficante, o terrorista, o vándalo. Pero no. Soy solo yo; no tengo ni un pelo de misterioso en mi vida. Tal vez sea un idiota, sí, lo reconozco; tal vez sea un arrogante hijo de puta que salió con la chica equivocada durante cinco meses, pero cada fibra de este inútil chico grita por no alejarse de ti. Me gustas. Mucho. Quiero que confíes en mí. Quiero que confíes en ti, en los dos. ¿No quieres que haya secretos entre nosotros? Bien, te contaré hasta las veces que codicié la bicicleta que tenía el vecino cuando éramos niños. Este soy yo. Tómame o déjame.

Mis ojos se estaban nublando levemente.

Le sonreí sin mostrar dientes.

—Ya tengo el título perfecto para tu libro —dije después de un rato.

Él me sonrió de regreso.

—¿Ah sí? ¿Cuál es?

—El Idiota encantador ataca de nuevo.

Se acercó hasta mí para sostenerme de la cintura. Esta vez se lo permití.

—¿Solo encantador? Cariño, tengo el paquete completo: cara, cuerpo y personalidad. Eso no se resume en un título.

Bufé y pegué mi rostro a su pecho.

Olía delicioso. Como a esas lociones de marca desconocida que sólo se vendían en Siberia o en París.

Él me sostuvo así por un momento hasta que subió mi rostro para besarme en los labios.

Cierto, ningún título podría resumir todo lo que era él.

—Oye, ¿si Marie estuvo espiando hace rato, no crees que vaya a…? —No terminé lo que iba a decir ya que la puerta de la oficina de Cliff se abrió con un golpe.

Mi papá, el tío Victor, la tía Charlotte, Marie y varios de los empleados estaban al otro lado de esa puerta, viéndonos con horror. Mi padre se aventuró a entrar y apuntó con la escopeta a Adam.

No de nuevo.

—¡Papá, ¿qué haces?! —Me solté de Adam y me puse frente a él.

—Anna, muévete. Este tipo tiene que ir a la cárcel. Tu prima lo vio con un arma en la cintura y lo escuchó hablando de matar a alguien. Ahora, yo sé que a las chicas de hoy les resulta erótico asociarse con un mafioso, y culpo a todas esas series de vampiros que miras, pero no voy a permitir que mi hija se enamore de uno.

—¡Papá! La pistola de Adam es de…

—¡Ahí está! Yo se la vi mientras estaba peleando con Mason. Creo que hasta lo pudo haber matado —gritó Marie apuntando hacia Adam con un dedo.

Eso me enfureció.

—Adam, pásame la pistola —le dije entre dientes. Le estaba dando la espalda pero él me pasó el arma de juguete sin rechistar.

La elevé y la apunté directo en la cabeza de Marie.

—¡Santo cielo, Anna! —mi papá chilló y me miró en estado de shock.

A Marie se le había abierto la boca y se quedó inmóvil por un rato.

—Estoy apuntando justo a tu cabeza —le dije a mi prima aun con el arma en la mano—, si no quieres que jale el gatillo vas a tener que cerrar esa boca que tienes.

Wow. Un arma sí que me daba cierta sensación de control. Esto era emocionante. Aún cuando era una de burbujas.

—¿Qué mierda? Anna, aleja esa cosa de mi cara —rugió Marie. Se puso pálida como un papel.

—No. Me has provocado demasiado y es hora de que pagues.

Escuché la risita de Adam que provenía detrás de mí.

—Para empezar, papá, baja esa escopeta. Ya hablé con Mason y me dijo que te acabaste las balas. —Papá tragó haciendo temblar su manzana de Adán. Bajó la escopeta al suelo y se quitó los lentes para limpiarles el sudor.

—Debí suponer que ibas a hacer algo así —dijo él—. Desde el momento en que tu madre te convenció para que vieras esas películas de vampiros que se enamoran, supe que desviarías tus buenos pasos. Los vampiros enamorándose, es algo antinatural, hija. —Papá se volvió a colocar sus gafas de marco grueso.

Rodé los ojos.

—No estoy influenciada por películas de vampiros —respondí solemnemente.

—¿Qué familiar, en su sano juicio, se lanzaría a comerte después de ver que te hiciste una herida con papel de regalo? —reclamó, citando una de las partes de la película.

—Se nota que no las has visto, papá —dije sarcásticamente.

—Susan me hizo alquilarla. Ese fue dinero desperdiciado.

Suspiré, cansada de las divagaciones de mi padre, y regresé a mi labor de torturar por un rato a Marie:

—Bien. Ahora habla. Di, aquí frente a tus padres, con quién te has estado acostando estas últimas semanas.

Marie lució confundida por un momento.

—¿Qué…?

—No me mientas. Tus minutos están contados. Vamos, diles la verdad, cuéntales lo promiscua que eres.

Ella miró primero a mi papá y luego más atrás a sus padres.

En el fondo se encontraban Rita, Dulce, Mirna y Key. Mirna no dejaba de ver entre Adam o Key, creo que se sentía indecisa sobre cuál de los dos elegir.

—Anna… —Marie torció la mandíbula—. No sé qué es lo que tratas de hacer pero te juro que…

—¿Qué, no es obvio? Me cansé de cubrirte y de que me eches todo el tiempo a mí la culpa. Empieza a confesar ahora antes de que se me vaya la paciencia.

Adam seguía con las risitas.

—Deberías contar hasta tres —sugirió.

—Buena idea. Uno…

—¡Está bien! Mamá, papá: me he acostado con Eder desde que lo conocí. Listo. ¿Eso querías que dijera? —Me miró como si ella hubiera ganado la guerra.

—Dos… —alcé una ceja. Qué bien se sentía hacerla pasar por un mal rato.

Creo que ya entendía a Adam y el por qué no aclaraba nada de mi supuesto embarazo: era gracioso ver a otros sudar.

—Y… —puse el arma en su cabeza, rogando para que no fuera a notar que era de plástico. Aunque dudaba que supiera distinguir una de la otra.

—¡Está bien, está bien! —chilló ella, levantó las manos al aire. La derecha le temblaba más que la izquierda—, también me he acostado con otros chicos. Pero deberían entenderme. Yo necesito más… mucho más de lo que un solo chico me ofrece; yo ya me acostumbré a la idea y será mejor que ustedes también se acostumbren.

Escuché a la tía Charlotte jadear.

—¿Contenta? —dijo Marie dándome una mirada asesina.

Sonreí abiertamente.

—Sí —jalé el gatillo de la pistola e inmediatamente una lluvia de burbujas salió disparada hacia el rostro con pelos de zanahoria de mi prima.

Adam comenzó a reír más fuerte. Marie chilló escandalosamente.

—Eres una manipuladora —me dijo.

Le saqué la lengua y le regresé la pistola de juguete a Adam.

Todos parecieron disfrutar de la broma y comenzaron a reír. Papá relajó su postura y me dio una mirada que me prometía muchos regaños para un futuro inmediato.

Key entró en la pequeña oficina, se quedó ido viendo por un momento el enorme cuadro de Frida Kahlo colgado en la pared, y luego caminó hacia nosotros.

—La ceja de esa mujer me está mirando —dijo él. No podía apartar la mirada del retrato—. Siento escalofríos.

—Oye, amigo —dijo Adam—, aquí la tienes.

Key se deshipnotizó del cuadro y miró a Adam.

Él le entregó la inofensiva arma y se dieron palmadas en la espalda.

—Me alegra que se hayan divertido —dijo lanzando burbujas al aire.

—Oh, sí. Fue una experiencia educativa —respondió él.

Por el rabillo del ojo pude ver a Marie acercándose hacia mí. Su rostro estaba rojo de la cólera.

—Se me olvidó decir otra cosa más —dijo, su voz sonaba terriblemente dulce y encantadora. Eso no era nada bueno. Adam y Key detuvieron su plática y se quedaron observándola atentamente—. Adam fue uno de los chicos con los que más follé. Lo hicimos en la alfombra del departamento, en el baño, en mi cuarto, en la sala, en la mesa del comedor y… hasta en tu habitación Anna. Cerca de esos libros para mayores de edad que guardas en un gabinete —sonrió con malicia—. Lo hicimos en los baños de este restaurante, en esta oficina —Cliff, quien recientemente se había añadido en la reunión, jadeó y soltó un chillido horrorizado—. Lo hicimos en todas las posiciones y en todos los lugares posibles… no te sientas tan especial, querida. A ese chico yo lo entrené primero. Y tú, ¿qué le has dado a estas alturas? ¿Lo haces reír? Bien, pues continúa siendo su payaso mientras yo me convierto en su mujer.

Sencillamente no lo soporté.

No pude.

Me quebré como una ramita de hojas secas.

Ni siquiera pude arremeter contra Marie; mi cuerpo se sentía hecho de plomo. Solo quería alejarme de ella… de todos.

Y eso hice.

Salí disparada en la dirección a la que mis pies dictaban. No podía apartar las cientos de imágenes que se precipitaban por mi cerebro.

Ella tenía razón.

Marie estaba en lo cierto.

Mis pies dormidos me llevaron hacia los baños. Una vez dentro me metí en el cubículo más cercano y me deslicé en el suelo.

No podía dejar de preguntarme en qué lugar del baño ellos habían… follado. Tal vez en el baño de hombres, tal vez justo en donde estaba sentada, llorando.

¡Hasta lo hicieron en mi cuarto!

No podía creerlo. Cierto, eso ya era parte del pasado de Adam y no podía cambiarlo aunque quisiera, pero dolía.

Sin importar lo que muchas de esas frases genéricas dijeran acerca de olvidar y perdonar, dolía demasiado como para hacerlo en este momento.

Escuché la puerta del baño ser abierta y me apresuré a silenciar mis sollozos y me senté sobre la tapadera del retrete, alzando mis pies para que no fueran a verme.

—Anna, soy yo —era Rita—. Anna, sé que estás aquí porque te vi meterte en el baño.

Estiré de nuevo mis pies sobre el suelo y pronto ella los notó.

La oí acercarse hacia la puerta del cubículo en el que estaba, y sentí que se apoyaba para hablarme.

—Marie es una basura que no merece ni el más mínimo reconocimiento —comenzó a decir. Yo no dije nada. No podía; mi garganta estaba siendo atravesada por mi saliva y por mis sollozos—. Lo mejor que pudo haberte pasado es que te echara del departamento; con ella solo te ibas a envenenar rápido.

Escuché la puerta abrirse de nuevo.

Vi unos zapatos de hombre acercarse a las zapatillas azules de Rita.

—¿Está ahí? —Se me crisparon los vellos de los brazos. Era Adam.

Encogí mis pies y abracé mis rodillas.

—Sí —respondió Rita—. No quiere hablar.

—Yo me encargo. —Las zapatillas de Rita quedaron fuera de foco mientras la escuchaba salir del baño—. Anna, por favor no te vayas a enojar. Hace un momento te dije que deberías confiar más en mí, y al parecer solo estoy demostrando lo mucho que no deberías hacerlo. Lo siento.

Sollocé involuntariamente.

—Lo siento —volvió a repetir Adam—. No quería que escucharas esas cosas viniendo de Marie.

No quería escuchar esas cosas y punto.

—¿Vas a hablarme de nuevo? —preguntó después de varios minutos de silencio.

—Tal vez —mi voz sonaba rota. Era una tonta. Obviamente Adam tuvo un pasado movido con mi prima pero no quería saber absolutamente nada de lo que ellos una vez hicieron.

Era mejor vivir en la ignorancia de la mentira que abrir los ojos ante el conocimiento de la verdad.

—Primer secreto —dijo Adam, su cuerpo se deslizó hasta quedarse sentado frente a la puerta. Lo único que se miraba a través de la ranura era una parte de su camiseta gris—. Cuando tenía diez años me enamoré perdidamente de la aseadora que mamá había contratado para un evento de gala. En ese entonces creía que un lunar peludo cerca de la boca era símbolo de sensualidad y elegancia… —No pude evitarlo y me reí/sollocé al mismo tiempo—. Ella me llevaba como treinta años de diferencia y yo caí rendido por las galletas de coco que siempre me daba por las tardes…

Me mordí los labios.

Adam tenía algo que me hacía amarlo con facilidad. Había escuchado antes esa frase: Eres fácil de amar. Pero nunca había entendido su significado.

Con Adam todo tenía sentido para mí ahora: él era fácil de amar. Imposible de no adorar, e irresistible de no querer.

Aunque él siguiera derramando sus secretos yo ya había tomado mi decisión desde que lo vi aparecer por esa puerta; iba a olvidar cada palabra de Marie. Estaba con Adam en este momento, y aunque me dolía saber que estuvo con otras antes que yo, ahora estaba conmigo, en tiempo presente.

¿Qué me había dicho él antes? ¿Tómame o déjame? Pues yo lo tomaba.

Aun cuando viniera con cada pequeño secreto por defecto de fábrica.

Yo lo quería. No, yo lo amaba.

Amaba a Adam Walker fuera o no un chico misterioso. Con todas y cada una de las advertencias que tuviera puestas.

Él era mío.



NOTA #1:

Chica de ojos color tormenta

Ojos grises.

No eran como esos ojos de gato, todos fríos y que parecían adentrarse a mi alma. No, sus ojos eran grises como el grafito. Como el cielo cuando empieza a formarse una tormenta.

Mierda. Me sentía indigno de ser visto por esos ojos.

La chica tenía la boca entre abierta justo lo suficiente como para que mi mente cochina deseara poder deslizar mi lengua y saborearla.

Ella se miraba confundida, y aun así atractiva.

Me preguntó qué había pasado, y yo, como el idiota mentiroso que era, le señalé un letrero de más de dos metros de altura con el que dije se había golpeado.

A decir verdad el imbécil de Key estaba jugando con mi nuevo balón de fútbol americano y lanzó un pase largo que no fui capaz de detener a tiempo, y que cayó en su cabeza lanzándola al suelo... y lanzando su paquete de condones también.

No había cosa más sexy que ver a una chica con varios de ellos. Lo que me hizo sentirme celoso del hijo de perra que se iba a deslizar en esos... en ella.

¡Basta! ¡No vayas ahí, Walker!

Ayudé a la chica ojos de color tormenta a ponerse de pie y bromeé un poco con ella y con su camiseta.

Se ruborizó rápidamente.

La dejé ir cuando una atractiva pelirroja a su lado inmediatamente se presentó a sí misma. Creo que dijo que se llamaba Marti, o Marla o Marsie.

Y sí, ella acababa de confirmarme que la chica de ojos grises tenía a alguien que se encargara de rellenar esos condones.



Bien. Yo no era un desarma relaciones así que ojos grises no estaba permitida para mí. Pero al menos tenía un buen reemplazo en camino.

Le sonreí a la pelirroja y me presenté como el chico despreocupado que aparentaba con todas, como si no estuviera jodido y destruido por dentro, como si me importara un comino lo que ella llegara a pensar de mí... Como si realmente la fuera a ver más adelante:

Adam Walker.

Ese se supone que era yo.



CAPÍTULO 16

Rita Fiorella Day, ¿cuándo pensabas decirme que ahora salías con el mejor amigo de Adam?

It's difficult to see from the surface
But everything goes in
And it stings like a spider
Hits you deep inside and...

—¿Vas a contestar eso? —preguntó papá durante el almuerzo.

Mi celular vibraba y timbraba en la mesa. Finalicé la llamada entrante y regresé a la comida en mi plato.

Susan había cocinado una olla de arroz con habichuelas y cáscaras de huevo. Ella era vegetariana (lo que le resultaba conveniente a mi papá ya que él no gastaba mucho dinero en comida... Peor en un corte de carne fresca).

Susan amaba hacer nuevas recetas combinando cáscaras, de lo que sea que encontrara, con leche hirviendo y papaya.

Probé un poco de las cáscaras hervidas y… ¡Por todo lo sagrado y maloliente de este mundo! Sabía asqueroso.

Me puse una servilleta en la boca y escupí lo que recién había comido.

It's difficult to see from the surface
But everything goes in
And it stings like a spider
Hits you deep inside and...

Mi celular volvió a sonar y esta vez lo apagué por completo.

—¿No le vas a contestar al chico? —preguntó Susan.

Para evitar responderle cogí otra cucharada de lo primero que tenía más cerca en mi plato.

Mierda, de nuevo cáscaras.



No pude escupirlas esta vez porque Susan me miraba fijamente.

Las mastiqué y escuché cómo dolorosamente se estrellaban contra mis dientes, gastando el esmalte y posiblemente ganándome una visita donde la buena doctora Thomas, mi dentista. Ella siempre contaba estos chistes secos y sin sentido que me obligaban a poner una sonrisa falsa en el rostro todo el tiempo.

—Anna… No le hagas eso a él, o a ti misma. Cuando los imagino juntos noto lo mucho que lo amas…

—¡Susan! —Mi papá le lanzó una mirada agria—, deja de darle ideas. Está mejor sin ese tipo. Tomaste una decisión sabia, hija.

No pude sonreírle. ¿Para qué? Tomar distancia de Adam había sido duro.

Llevaba una semana de haberle dicho que necesitaba un descanso para olvidar todo lo que Marie había causado en mi sistema. No le había hablado o lo había visto todavía. Por eso ignoraba sus llamadas y evitaba leer sus mensajes, necesitaba espacio. Espacio para pensar y serenarme; espacio para saber si él me llegaría a necesitar después de este breve tiempo de separación.

Pero ahí estaba lo jodido del asunto: yo lo amaba. Lo amaba y probablemente él no sentía lo mismo por mí.

¿Que él haya tenido sexo salvaje en mi habitación, con mi prima?

Sip, todavía dolía.

¿Que él haya tenido sexo salvaje en mi habitación, con mi prima, sobre mis libros?

Dolía el doble.

De todas formas no me molesté en quemar todas las cosas que hubieran tenido contacto entre los dos, porque Marie ya se había encargado de destruirlas.

Justo cuando me disponía a largarme de su apartamento, vi el desastre que había hecho en todo el lugar: ropa mía (y de ella) hecha trizas sobre el suelo. La mayoría de mis libros habían sido cortados y se dispersaban como papelillo sobre la sala. Recortó todas las fotos y pinturas que guardaba con recelo en mi dormitorio; hasta rompió sus fotos, esas de cuando tenía nueve años y ganaba concursos de modelaje y sus padres le compraban ponys con cabello mejor cuidado que el mío.

Marie de verdad estaba loca. Dejó intacta únicamente la blusa turquesa que se me había acusado de robar hace tiempo atrás en aquella exclusiva tienda.

Hasta se tomó el costo de poner una nota escrita a mano en la que decía: "Para que recuerdes lo que eres: una ladrona. Siempre envidiando lo de otros."

Me eché a llorar y, en un arrebato, puse en la trituradora la prenda que no recordaba haber robado, y la vi desaparecer ante mis ojos.

Esa era la última vez que dejaría que alguien me tratara mal e intentara pisotearme. También fue el momento en el que decidí que necesitaba un tiempo lejos de Adam para pensar. Entonces vine y terminé con él y me largué con los ojos llorosos a casa de papá.

No había hablado con Adam toda esta semana; lo echaba de menos. Dije que lo iba a aceptar con todo y su equipaje pesado pero me quebré en el último momento.

Me dolía recordar las palabras de Marie, de cómo ellos lo hacían como conejos en todas partes y en todas las posiciones.

Sabía que enamorarme de Adam traería estos problemas, lo sabía y aun así no le hice caso a la alarma en mi cerebro que gritaba peligro.

Ahora él no dejaba de llamarme o enviarme mensajes con demasiadas letras en mayúscula y con tantos signos de admiración que terminaban cayendo en un segundo mensaje complementario.

—Pues a mí me agrada el chico—dijo Susan llevándose una cucharada de comida y regresándome al presente, sus dientes hacían el mismo sonido que los míos al masticar las cáscaras, solo que ella no hacía una mueca al tragarlas, como yo—. Dime de nuevo, ¿por qué se pelearon?

Susan aún no conocía a Adam, bueno, al menos no cara a cara; solo sabía de él por las descripciones que le daba papá: un vándalo con estilo de mafioso y apariencia de asesino de abuelitas solitarias, o de secuestrador de gatos. Además de compararlo con un potencial criminal que tenía como meta en la vida embarazar a su única hija.

Tuve que desmentirlo antes de que ella creyera todo eso.

—Adam fue novio de mi prima desde hace un poco más de cinco meses atrás —expliqué—, ella solo se encargó de recordarme el por qué estuvieron juntos durante todo ese tiempo. Me dio detalles muy vívidos sobre su relación.

Aparté las picadas cáscaras de huevo de mi plato y escogí probar esta vez el arroz con habichuelas.

—Oh —Susan se quedó callada después de eso y masticó con esmero su comida.

Ella y papá aún no hablaban de matrimonio. Tampoco vivían juntos pero generalmente Susan cocinaba el almuerzo o la cena para él.

Definitivamente mi papá tendría que estar perdiendo peso porque no creía posible que un puré de brócoli o la ensalada de lechuga que le preparaba Susan lo fueran a engordar, pero aquí estaba, con una barriga que se le marcaba en la camisa y que no dejaba abotonarse correctamente a su quinto botón. Todavía no entendía cómo rayos consiguió a Susan.

—Voy a salir esta tarde —anuncié una vez que terminé con el arroz en mi plato.

Papá se acomodó los lentes mientras me miraba con recelo.

—¿A dónde? —preguntó cruzándose de brazos. Aún seguía enojado porque le apunté a Marie con un arma falsa y porque lo hice dudar por un momento de su credibilidad como padre al criarme (también porque acusó injustamente a su película favorita de vampiros de ser mala influencia).

—No me digas que a verte con ese motociclista de mala muerte, ¿verdad?

—Sip. Me va a llevar a que me hagan un tatuaje —bromeé—, justo aquí.

Señalé en dirección a mi trasero.

Él amplió los ojos y dejó de masticar la horrible comida vegetariana que había hecho Susan.

—Solo bromeo, papá. Relájate. Voy a conseguir un nuevo empleo —dije orgullosamente. No me iba a poner a llorar para que me devolvieran mi puesto en el restaurante; en su lugar me despedí de mis amigos y prometí reunirme con ellos la próxima noche para una ronda de karaoke. No quería nada que tuviera que ver con la familia de Marie.

Ayer estuve viendo los clasificados en el periódico, habían unos empleos interesantes... y otros demasiado raros para mi gusto; como ese anuncio que encontré, de alguien que se hacía llamar Pitágoras101 y publicó que buscaba sumisa de cabello negro para mantenerla atada a la pata de su cama.

O el otro en el que necesitaban chica de veinte años con su propio juego de grilletes y látigos.

Escalofriante.

—Creo que realmente deberías entrar a la universidad. —Esa era Susan.

Papá negó con la cabeza.

—Primero necesita independizarse —le dijo mientras se llevaba un bocado de comida a la boca—, ganar su propio dinero y después se tiene que pagar la universidad ella sola. O mejor aún, consigue un trabajo a medio tiempo y así puedes también estudiar.

No quería admitirlo pero igualmente estuve pensando en esa idea, hasta que me di cuenta que a él se le estaban acumulando las facturas de la luz, el agua, el teléfono, y su suscripción mensual de "Sexy, Varonil y Conservado a los Cuarenta" la revista que, según él, era indispensable ya que siempre daban consejos prácticos sobre cómo evitar la calvicie y cubrir canas a temprana edad.

Desde que salí de la secundaria me comprometí a ayudarlo a él y a mamá con algunas de las cuentas por pagar, pero en estos últimos meses las cosas se pusieron duras: papá renunció a su trabajo por seguir su sueño de tener un deshuesadero de autos chatarra, y mamá se volvió psíquica.

Nada de eso proporcionaba el dinero suficiente como para no endeudarse, así que decidí trabajar a tiempo completo para pagar sus cuentas; de todas formas no podía darme el lujo de ir a la universidad porque nunca podría dar dinero para la inscripción y mucho menos la mensualidad. Además que no me consideraba tan grandiosa como para clasificar para una beca.

—¿Sabes qué? —preguntó Susan—. Creo que tengo contacto en ciertas universidades y podrían hacerte un espacio en su programa. El nuevo semestre inicia el próximo mes, aun puedes anotarte. No me respondas ahora, solo piénsalo.

Asentí con la cabeza y me quedé viendo mi plato de comida.

No sabía qué pensar de su oferta. Necesitaba el dinero más de lo que necesitaba los estudios, pero en ciertas ocasiones ambas venían de la mano.

Suspiré y me concentré en las cáscaras.

—¿No te gustan? —preguntó Susan cuando notó que no las estaba comiendo.

—Oh no, es que las cáscaras de huevo son algo...

—¿De huevo? Pero si las cascaras de huevo no se comen. Estas son de naranja.

¿De naranja? Esto sabía a todo menos a naranja.

—Oh. Sí, deliciosas —y en contra de mi voluntad me llevé otra cucharada a la boca. Después tendría que hacerme algún lavado estomacal.

Las cáscaras rechinaron contra mis dientes y las mastiqué con cuidado para no quebrarme ninguno.

Susan sonrió satisfactoriamente.

Tenía mi celular tendido a mi lado, lo encendí nuevamente y casi al instante un mensaje de texto se posicionó en la pantalla; era de Adam.

Secreto# 121: Dormí con la luz encendida hasta que tuve doce años. Le tenía miedo a la oscuridad y pensaba que mi tía abuela Greta me saldría en la noche (ella realmente no era una mujer atractiva). Mi familia solía amenazarme a la hora de comer vegetales: "come, o tu tía/abuela Greta te saldrá en la noche y te va a comer... a menos que te tragues esos vegetales; ella los odiaba" entonces me los atragantaba todos...

No pude evitarlo y comencé a reírme, unas cuantas cáscaras se salieron de mi boca.

Adam continuaba enviándome mensajes con sus secretos numerados.

En cierto modo era lindo, pero me enfermaba del estómago recordar todo lo que había hecho con Marie. Me daba asco.

Yo solo quería saber si él me llegaría a extrañar tanto como yo lo extrañaba justo ahora.

Mi celular vibró en mi mano, era otro mensaje de él:

**Te extraño, nena. Por favor di que me perdonas y te prometo que dejaré de ser un idiota... Te prometo la luna... ¿Las estrellas? Aggg, no soy bueno tratando de ser romántico, tenerte en persona hace que mis palabras salgan espontáneamente.*

PD: me estás matando!! Me estoy quemando a fuego lento!!!

**PD2: escribí el primer capítulo de mi auto biografía. Lo llamé: Chica de ojos color tormenta.*

Despegué la vista del celular y eché un vistazo hacia papá y Susan, ellos seguían comiendo y hablando entre sí.

Rápidamente le texteé a Adam:

** Eso suena a alguna clase de nombre indio. ¿Quién es la chica?*

** O.O me respondiste? Me devolviste el color al rostro!*

** ¬¬ no seas tonto. Por cierto, estás escribiendo mal los PDs*

** y una mierda si me importa cómo los escriba. Me estas respondiendo!!!!! Por favor habla conmigo! La chica eres tú, nena ;) siempre serás tú…*

Sonreí a la pantalla y volví a apagar el teléfono.

Adam Walker ¿Qué iba a hacer contigo?

—No te entiendo Anna, ¿sabes que con esto estás dejando que Marie gane? —me reclamó Rita. Ella tenía la tarde libre de trabajo y habíamos quedado en ir al cine a ver una película antes de que empezara con mi cacería de empleo; creo que Mirna también se nos iba a unir.

—¿Que gane el qué? —pregunté haciendo fila en la zona de comidas para pedir el Pop Corn y las bebidas.

—¡Ella logró frustrar tu relación con Adam!

—Ella simplemente me abrió los ojos.

—Pffftt. El otro día llegó Adam a buscarte a mi casa. Armó un escándalo pensando que estabas allí; ¡se metió en mi cuarto y me acusó de tenerte escondida! Le tuve que mentir y decirle que no sabía dónde carajo estabas. Ustedes dos deberían solucionar sus problemas y…

—Hola linda —de repente un muy guapo y bronceado Key se puso frente a Rita y le dio un casto beso en la boca.

Abrí enormemente los ojos y la miré sospechosamente.

El rostro de Rita se puso de todas las tonalidades de rojo que podrían existir en el mundo.

Key pareció darse cuenta de mi presencia, y cuando me vio, su rostro rojo empató con el de mi amiga.

—Rita Fiorella Day, ¿cuándo pensabas decirme que ahora salías con el mejor amigo de Adam?

—No… yo no estoy saliendo con él —se defendió ella.

—Lo que pasa… —ese era Key tratando de rascarse el cuello y evitando el contacto visual conmigo. ¿Qué le pasaba a estos dos? —. Yo saludo así a toda la gente. De donde vengo es normal. Creo que no te he saludado todavía, así que…

Key se inclinó frente a mí, me tomó de los hombros y presionó sus labios con los míos.

Fue rápido pero se sintió una eternidad.

—Hola Anna, guapa —me guiñó el ojo.

Mis ojos estaban más que abiertos ahora. ¿Qué fue todo eso?

—Oh, yo también, yo también —Mirna acababa de entrar al cine cuando presenció todo esto—; yo también acabo de llegar, lindo vaquero.

Key tragó saliva audiblemente y se inclinó frente a Mirna, de manera resignada pegó sus labios con los de ella, pero antes de que pudiera retirarse, Mirna lo tenía atrapado por el cuello.

—Suficiente, suficiente —Rita lo ayudó a separarse.

Los labios de Key quedaron rojos gracias al lápiz de labios color escarlata que usaba Mirna.

—Creo que es nuestro turno —dijo Rita señalándome hacia la fila que se supone estábamos haciendo—, pídeme una soda de uva y una bolsita de gomitas ácidas.

Asentí en modo automático y me escuché ordenar palomitas de maíz caramelizadas y refrescos para las tres.

Seguía preguntándome: ¿qué rayos fue todo eso?

—¿Viniste a ver una película? —finalmente le pregunté a Key, solo esperaba que no haya venido con Adam.

—Sí. Vine con a… alguien —él miró disimuladamente a Rita.

Mmmm…

—¿No te vas a quedar con nosotras, vaquero? —Mirna se le pegó en el brazo y le hizo ojitos.

Key se separó rápidamente de ella y caminó en dirección a las salas de cine.

—Lastimosamente no. Pero tal vez nos veamos más adelante.

Se despidió de todas y observó por más tiempo a Rita antes de desaparecer entre un pasillo.

Le lancé miradas acusadoras a ella pero decidió ignorarme.

—Oh, presiento que nos vamos a divertir todas juntas —chilló Mirna—. La última película que vine a ver fue Titanic, en el 97, y ni la vi bien. En ese entonces salía con Rodolfo, el sexy mesero de un bar a tres cuadras, y ambos aprovechamos la oscuridad de la sala para hacer otras cosas más entretenidas…

Y así comenzaba nuestra grandiosa salida: con Mirna contándonos sus aventuras sexuales.

—¿Ese de ahí es Adam? —levanté inmediatamente la vista. El dedo de Mirna señalaba hacia unos asientos más adelante del nuestro.

De espaldas sí parecía ser él, pero no. No me iba a inmutar si lo veía o no.

Puede que no sea él y…

—Sí, es él. Key está de su lado izquierdo —Rita señaló a un chico con camisa a cuadros que sostenía una soda tamaño gigante.

Si ese era Adam, ¿entonces quién era la chica que estaba a su lado derecho?

No, no iba a sobre pensar las cosas. Además, se supone que estamos en receso, él podía hacer lo que quisiera con quien quisiera durante este tiempo, ¿cierto?

Tuve que clavar las uñas en las palmas de las manos para creerme esa porquería.

—Yo realmente no sé por cuál de los dos decidirme —habló Mirna durante los avances—, por un lado está Adam: sexy, masculino, chico malo. Y por el otro está el hermoso vaquero con voz de capataz que en cualquier momento me puede llevar al establo y hacerme cosas malas cuando quiera.

Arrugué la nariz y noté que Rita hacía lo mismo.

Le lancé una mirada de: esta es la última vez que invitas a Mirna con nosotras.

Ella me dio la razón.

La película comenzó y desde ya se nos habían acabado las golosinas; yo seguía sin poder relajarme pensando en que ese era Adam el que estaba platicando con la chica a su lado.

Era increíble que en un momento atrás él estuviera enviándome mensajes de texto suplicándome para que volvamos, y al siguiente segundo estaba con mi reemplazo. ¿Fue también así para Marie, cuando la reemplazó por mí?

Decidí ignorarlos el resto de la película.

—Anna, tengo que hablar contigo —dijo Adam mientras le abría la puerta del departamento.

Volví la vista hacia atrás, en dirección a la que Eder y Marie mantenían una discusión acalorada. Después regresé mi atención hacia Adam.

—¿Qué ocurre?

—Es que... —Agachó la cabeza. Sus ojos se movían con preocupación y no dejaba de pasar sus manos por su cabello.

—¿Quieres pasar? —pregunté. No creía que fuera una buena idea pero él se miraba nervioso.

Le abrí más la puerta y dejé que entrara.

Marie lo fulminó con la mirada y Eder parecía confundido, después le restó importancia.

—Vamos a mi habitación —dije y comencé a jalonearlo de la mano pero él no se dejó llevar por mí.

—¿Qué ocurre? Te vez nervioso y...

—Tengo que darte una mala noticia —me interrumpió—. Juro que hasta ayer me enteré de todo.

—¿De qué hablas?

Todo ha estado bien entre Adam y yo estos últimos días, incluso anoche salimos a comer pizza en un pequeño local italiano. Ambos nos comimos todo el pan de ajo que quedó en la mesa y devoramos en cuestión de segundos la pizza.

—Anna... Lo siento pero... —no terminó de hablar y en su lugar volvió a pasar sus manos por su cabello.

Lo vi, y casi lo pude escuchar, tragar saliva.

Antes de que pudiera decir otra cosa, Eder ya estaba a la par mía, mirando furiosamente a Adam; gruñéndole como si quisiera arrancarle la cabeza.

—¡¿Fuiste tú el degenerado que dejó embarazada a mi novia?! —gritó él.

¿Qué?

—Oye, ella no se acostó solo conmigo. Es poco probable que yo sea el papá de esa criatura que lleva en el vientre —respondió Adam igual de molesto.

De nuevo, ¿qué?

Los miré a ambos, mis ojos ampliándose con la nueva información que se estaba registrando en mi cerebro.

Me giré en dirección a Marie y ella me sonreía inocentemente.

—¿Estás embarazada? —le reclamé.

Su sonrisa se extendió aún más.

—Tengo cinco semanas —dijo presionando una mano sobre su vientre.

—¿Cómo sabes que yo soy el papá? —preguntó Adam, se abrió paso entre Eder y yo y se paró frente a Marie. Lucía frustrado y no dejaba de agarrarse el cabello con ambas manos.

Sentía que un colapso estaba a punto de surgir de mi cerebro.

¿Marie estaba embarazada? ¿De verdad?

—Sé que es demasiado temprano para sacar conclusiones —habló ella— ¿pero es que no notas el parecido increíble entre los dos?

Una figura que no había notado antes salió de la puerta de la cocina; era un niño de cabello negro y ojos azules.

Corrió a los brazos de Marie y la abrazó con fuerza.

—Pequeño bebé, este es tu papá —le susurró al oído pero en cierto nivel pude escucharlo aun en la distancia a la que me encontraba.

Adam se quedó paralizado por un momento antes de echar sus brazos alrededor del niño.

En alguna parte Eder había desaparecido mientras yo continuaba viendo la dolorosa escena.

—Adam, te presento a Noah —dijo Marie, sus rizos naranja saltaron de lugar mientras ella aplaudía enérgicamente.

¿Le puso Noah a su hijo?

Se suponía que Adam y yo íbamos a nombrar así a...

—Me encanta el nombre. Adoro a nuestro hijo —contestó él.

Los tres se dieron un enorme abrazo, y yo seguía parada como una idiota observándolos convertirse en una bonita familia en donde no había lugar para mí.

De repente Adam recordó mi existencia y me miró con lástima.

—Lo lamento, Anna. Pero es que siempre estuve destinado a pasar el resto de mi vida con Marie —dijo viéndome patéticamente.

Sus palabras hicieron eco en mi cabeza:

Siempre estuve destinado a pasar el resto de mi vida... Con Marie.

Siempre.

Destinado.

Con Marie.

Siempre... con Marie... Destino.

—¡Anna, despierta! —sentía que alguien gritaba en mi oído. Una mano agitó mi cuerpo e inmediatamente abrí los ojos.

Fue sólo una pesadilla. Solo una pesadilla.

Inhalé y exhalé repetidamente.

—¿Qué, qué ocurrió? —limpié las comisuras de mi boca y me erguí en mi asiento.

—Te quedaste dormida en medio de la película —me dijo Rita.

Observé a mí alrededor y sí, la sala de cine ya estaba vacía.

—Oh.

Rita me ayudó a levantarme y juntas salimos por el lado más cercano.



Afuera nos esperaban Mirna y Key.

Volteé a ver a todos lados para saber si Adam se encontraría cerca, pero no lo vi.

Esa pesadilla se había sentido demasiado real, tanto que hasta me dieron ganas de llorar.

No quería admitirlo pero… quería tener pequeños Noahs con Adam, y sólo con él.

—Entonces… qué casualidad encontrarnos en la misma película —dijo Key. No me parecía una casualidad pero no dije nada. Rita y él se miraban de una forma bastante extraña, como si quisieran desvestirse el uno al otro.

—Sí, una casualidad —dijo Rita frunciendo la boca—. Oye, ¿Adam vino contigo?

Me tensé al oír su nombre.

—¿Adam? Sí. Vino con su hermana.

—¿Con su hermana? —Adam jamás me dijo que tenía una hermana.

—No, perdón. Con mi hermana.

—¿Con tú hermana? —Esta vez era Rita la sorprendida.

—Ah, bueno… Elena no es mi hermana, es que estoy algo…

—¿Vino con Elena? —lo interrumpí.

—Ahh, mierda. No —Key no hallaba qué decir a estas alturas—, vino conmigo pero es que Elena… bueno, ella…

—Ella se nos pegó —respondió Adam a mis espaldas.

Me giré para verlo. Tenía puesta una camiseta negra que acentuaba sus ojos verdes.

Se me revolvió todo de la cintura para abajo; las mariposas en mi estómago despertaron de su largo sueño, y despertaron con un hambre voraz.

—Adam —lo saludó Mirna, se puso bastante coqueta.

—Mirna —asintió él con la cabeza, nunca despegando su vista de la mía.

—Creo que es hora de irnos —habló Key.

—Sí, estos dos se están viendo como si quisieran desvestirse de forma salvaje —murmuró Mirna refiriéndose a Adam y a mí.

Hablando de ironías.

Despegué la vista de Adam.

—Bien, nos vemos entonces —Key se acercó a Rita y por cuestión de inercia la besó en la boca… de nuevo.

Y, al igual que antes, él se dio cuenta que lo estaba haciendo frente a todos nosotros.

Se ruborizó y automáticamente se inclinó a mi lado.

—Así me despido también —dijo antes de pegar sus labios contra los míos.

Ambos ampliamos los ojos aun con nuestras bocas pegadas.

Sí, se desató la guerra en ese instante.

Una mano salió disparada hacia el cuello de la camisa de Key, y lo separó abruptamente de mí.

Me tambaleé mientras mi espalda buscaba soporte en una de las paredes; Adam empujó a Key y lo elevó a unos centímetros del suelo.

—Adam, no sigas —dije—. ¿No ha pasado una semana desde tu última pelea con Mason y ya quieres partirle la cara a tu mejor amigo?

Su rostro todavía mostraba algunos parches amarillentos cerca de su ojo y su boca.

—No te metas en esto, Anna —respondió, entre dientes—. Dime, Key, ¿cómo, en la vida, se te ocurre poner tus sucios labios en los de mi chica? ¿Quién te dio permiso? ¿Acaso no vez el enorme sello sobre su frente que dice que es mía?

Inmediatamente los ojos de todos se fueron a mi frente; hasta yo me llevé una mano para comprobar si era cierto.

Odiaba y amaba cuando se refería a mí como parte de su propiedad. No, odiaba que me tratara como a un objeto. De acuerdo… tal vez sí me gustaba un poco. No, definitivamente lo odiaba por ser machista y… Pero igual lo amaba porque sentía que se preocupaba por mí... Aunque se suponía que no debía… aaaahhh.

A pesar de toda la tensión que los músculos de Adam estaban construyendo, Key no se miraba para nada intimidado. Es más, él era igual o un poco más bajo de estatura que Adam, lo que significaba que también daría una buena pelea si decidían irse a los golpes.

—Pienso que el "dueño" de Anna no se ha hecho muy presente que digamos —respondió Key. Genial. Ahora me sentía como un perro; o como esos pobres pececitos a los que olvidaban alimentar durante las vacaciones y después sus cuerpos sin vida acababan flotando en la superficie—. Además no creo que tengas los derechos exclusivos de ella. No te pertenece…

—Te juro que si no cierras esa boca, te la voy a partir, aunque seas mi amigo. Y no me has contestado, ¿cómo se te ocurre besar a mi chica? Y lo que es peor de todo, ¿cómo se te ocurre besarla frente a tu más nueva conquista?

Le eché un vistazo a Rita y ella estaba roja. Parecía furiosa y a punto de echar humo por las orejas.

—¡Yo.no.estoy.saliendo.con.él! —dijo ella conteniendo la rabia.

Adam le frunció el ceño a su amigo. Pero Key no le dio importancia a lo que dijo Rita y continuó hablando:

—¿Y quién te dice a ti que yo fui el que quiso besarla? ¿No te has puesto a pensar que es tal vez ella la que quiera que un auténtico besador la instruya por el camino correcto?

Adam apretó su agarre en el cuello de Key mientras yo me iba poniendo más y más furiosa con cada comentario que salía de la boca de estos dos.

De todas formas, ¿por qué Key le decía eso a Adam? ¡Él fue el de la locura con sus besos! Fingiendo que de esa forma saludaba cuando en realidad trataba de encubrir lo suyo con Rita… era tan obvio.

¿Y por qué Rita lo negaba todo?

—¿Pero qué...? —la voz aguda de una chica me hizo apartar la vista del golpe seguro que Adam estaba a punto de lanzarle a Key.

Elena dejó caer una barra de chocolate a medio comer que sostenía en la mano, y se apresuró hasta los chicos (o más bien gorilas) que se amenazaban con la promesa de sucios golpes.

—¡Adam! ¿qué estás haciendo? —chilló ella.

Había olvidado el buen cuerpo que tenía.

Oh, cierto. Estuve demasiado ocupada pensando en lo último que me dijo cuando la conocí: ¡ella también se había acostado con Adam!

—Lárgate de aquí Elena —espetó él.

—¿Qué le haces a Key?

—Se quiso pasar de listo con mi chica. Ella no necesita besar a nadie a menos que sea yo.

Me crucé de brazos y me puse en su línea de visión.

Los ojos verdes de Adam me atravesaron y se turnaban entre mirar hacia Key, hacia Elena, o mirar hacia mí.

—¿Ella no necesita besar a nadie a menos que seas tú? —dije enojada—. Para tu mayor información, no eres mi dueño.

Resoplé.

¿Quién se creía que era?

—Desde ahora te lo digo: yo puedo besar a quien quiera —le grité.

Lentamente Adam soltó a Key y se giró por completo hacia mí.

—¿Vas a besar a quien quieras? —estaba perplejo, no se lo podía creer.

—Sí. Y aun si besara al noventa por ciento de la población masculina de este país, no me alcanzaría para igualar tu puntaje de folladas con Marie.

Él estrechó sus ojos y desencajó su mandíbula.

Elena rió hasta doblarse de la risa.

—¿Quieres vengarte por lo que Marie y yo hicimos en el pasado? —dijo, ignorando a la hiena que se reía de nuestra disfuncional y problemática relación; él se acercó lentamente hacia mí— ¿Todo esto por la estupidez que tuve con tu prima? ¿Estupidez que no significó nada?

—Para ti puede que sea una estupidez, pero para mí es algo serio y doloroso de recodar. ¡Ustedes lo hicieron hasta en el restaurante! ¿Crees que eso no amerita que yo tenga el derecho de besuquearme con todos los tipos que quiera? —Me encontraba gritando ahora.

Ambos ignorábamos la gente a nuestro alrededor. Pero fue difícil concentrarse mientras más personas se paseaban por nuestro lado… y Elena que continuaba riendo con su risa parecida al ataque de asma, o parecido al sonido que hacen los gatos cuando están en celo.

Adam echó un vistazo sobre su hombro y dijo:

—Tú y yo no hemos terminado, Key.

Entonces me tomó del brazo y me llevó a una zona menos transitada para que habláramos solamente los dos.

Nos pusimos cara a cara en una esquina que nos mantenía ocultos de los ojos curiosos.

Yo todavía seguía enojada con él.

—¿De verdad quieres besar a cualquiera para vengarte de mí? —preguntó.

Él logró acorralarme contra la pared.

Odiaba cuando hacía eso. Yo era una presa fácil para este depredador con hambre.

Adam estiró los brazos y los llevó a un lado de mi cabeza, apoyándose de manera que formaba una pequeña prisión de la que no podía escapar.

Sentía su aliento en mi mejilla, olía a esos dulces de cereza y limón que vendían aquí en el cine.

Con mis ojos busqué alguna distracción a mí alrededor porque sabía que, si me concentraba mucho en Adam, el efecto Bambi conoce a Walker, me dominaría por completo. Pero lo único a lo que tenía acceso era a un cartel de una película muy antigua de chicos bronceándose bajo el sol y a un David Hasselhoff en un diminuto traje de baño.

Estaba sola en esto. A menos que David contara como ayuda, o como el testigo silencioso de lo que sería una pelea épica con Adam.

—Probablemente tengas razón —dijo Adam de manera derrotada, me vi en la obligación de verlo a los ojos. Ni siquiera recordaba qué le había dicho—, anda entonces.

—¿Eh? —sip, el efecto Bambi +Walker ya circulaba por mis venas tan solo con ver a Adam.

Sentía cómo mis ojos se iban cruzando entre sí y la baba quería salir de mi boca con urgencia.

Tenía que repetirle cientos de veces a mi lengua que el cuello de Adam no era un delicioso dulce para lamer.

—Ve a besarte con el que quieras —dijo trayéndome de regreso de Idiotilandia—. Tienes todo el derecho de hacerlo si quieres. Adelante.

Quitó uno de sus brazos y me dejó el camino libre para que saliera de su prisión.

Esto no me lo esperaba.

Me quedé congelada por un momento sin saber qué hacer.

Parpadeé varias veces hasta que reaccioné.

—¿Quieres que bese a otros chicos? —dije horrorizada ante la idea, pero se suponía que yo lo había sugerido.

—Sí. Besa a quien te dé la gana, incluso a Key. No me voy a oponer y haré el intento por no caerle a golpes después.

—¿Po... por qué? —tartamudeé.

—¿No es eso lo que quieres, vengarte por todo lo que Marie y yo hicimos en nuestra relación? Merezco recibir una dosis de mi propia medicina.

—Sí, te lo mereces —admití.

—Entonces esta es tu oportunidad. No solo de vengarte, sino también de ser inteligente y salvarte de un futuro conmigo. Pero antes de que te vayas, sólo quiero que sepas que Marie y yo dejamos de tener relaciones sexuales desde hace dos meses atrás.

Me quedé boquiabierta.

—¿Dos meses? Pero ustedes siempre pasaban metidos en su habitación... Y...

—Sí, emborrachándonos o viendo televisión. Pero las cosas ya no iban bien. Marie tuvo... tuvo un susto de muerte al pensar que tenía una de esas enfermedades de

transmisión sexual y nos apartamos por seguridad. Yo estaba limpio, pero igual frenamos las cosas. Una vez que quitamos todo el sexo de la relación... no nos quedaba nada. Me di cuenta de que ella y yo no teníamos ni los más parecidos gustos en el helado. ¿Puedes creer que detesta el de sabor a cheesecake?

—Dice que es alérgica —recordé cómo de hinchada se le puso la nariz cuando probó un poco.

Adam resopló.

—De verdad lamento que lo que dijo Marie te haya herido. No puedo cambiar mi pasado. No puedo saltarme la línea del tiempo y borrar esa temporada en la que estuve con ella. Desde un principio siempre me llevé bien contigo, y créeme, nunca se me pasó desapercibido lo hermosa que eres —me sonrojé y Adam aprovechó para acercar su mano a mi rostro y acariciar mi mejilla—. Cuando te vi con ese idiota cubierto de chocolate se me revolvieron los celos, porque como ya habrás notado, soy un tipo celoso. Me gusta cuidar lo que es mío.

Rodé los ojos, deleitándome en sus palabras que me tenían tan embobada.

—Ese día pasé toda la noche sin dormir, y con una Marie con indigestión que no dejaba de decir entre sueños que nunca volvería a comer chocolate en su vida. Eso, y que descubrí que su ropa olía a chocolate derretido, me hizo darme cuenta que ella era la de la idea con ese tipo, no tú.

Abrí la boca para hacer preguntas pero me detuvo cuando puso un dedo sobre mis labios.

—Aún tengo más por decir —me silenció—. Sé que yo no soy el chico adecuado para ti... estoy lejos de ser el mejor en tu lista de prospectos pero, algo me pasa cuando estoy a tu alrededor, se me revuelve el estómago, comienzan a fallarme las piernas… y los celos, ah los celos son lo peor de todo. Esos son los que más duelen.

—¿Sí?

—Sip. Quiero sacarle los ojos a cualquier tipo que te mire demasiado, a cualquiera que intente ponerte una mano encima y definitivamente a cualquiera que te bese en frente de mí. Estúpido Key.

Me puse en puntillas y subí mis manos hasta rodear su cuello y acariciar su cabello.

Se suponía que tenía que seguir enojada con él pero en estos momentos solo quería tenerlo cerca. Él colocó sus manos en mi cintura y me subió a sus pies para que estuviera más cómoda.

—Si hacer que beses a todos los hombres del mundo hará que me perdones… pues te dejaré hacerlo. —Hizo una mueca ante sus últimas palabras.

—Vaya, quién iba a decir que tuvieras un lado tan dulce como un osito de felpa —murmuré.

—No le digas a nadie —susurró.

—De acuerdo. Pero lo mencionaré en el libro.

Su nariz jugó con la mía por un segundo.

—Anna… —sus labios estaban tan cerca de los míos que, cuando él se los lamió, parte de su lengua también me rozó—. De verdad preferiría que no besaras a otros hombres.

No podía pensar.

Estaba en blanco… Bueno, no exactamente en blanco. Estaba idiotizada y embobada, tal vez drogada de verlo.

Parpadeé demasiadas veces para tratar de enfocarme pero nada servía.

—Yo… —¿Yo qué? Hasta había olvidado lo que iba a decir. Mentalmente repasé las tablas de multiplicar; la del siete siempre me costaba más—… tengo una entrevista de trabajo a las cuatro. Mejor me voy.

¿En verdad dije eso?

—¿Entonces eso significa que sigues enojada conmigo? —comenzó a alejarse.

—No, no lo sé —¿podía seguir enojada con él después de escucharlo decir que no había nada con Marie? Adam tenía razón en algo, él no podía cambiar su pasado. Nadie podía. Pero todavía sentía una espina que me estaba molestando— ¿Por qué esperaste tanto tiempo?

Él me miró confundido.

—¿Esperar, a qué?

—¿Por qué tardaste en decirme cómo te sentías por mí?

—No estaba seguro de involucrarme contigo. Una vez que entras en mi vida, muy difícilmente puedo sacarte de allí, y en algún momento sé que vas a desear querer salir. Por eso te estoy dando una salida justo ahora. Yo soy el menos indicado para una relación; tengo mucho con lo que cargar y eso no me hace posible material de novio.

Adam me estaba dando una salida. Una salida de él y todo lo que involucraba: su pasado con mi prima, con Elena y con tantas otras con las que estuvo. Su raro lado de ocultar a su sobrina, su sospechoso trabajo del que no sabía nada todavía, sus celos compulsivos (que en realidad sí eran algo lindos), sus traumas con su hermano, su locura, sus ingeniosas bromas, su arrogante sentido del humor y su orgullosa personalidad de bastardo y sus bolsillos llenos de dinero que malgastaba.

—No quiero salir —dije viendo cómo el tatuaje de su hombro intentaba escabullirse por la manga de su camiseta oscura—, me has dicho muchas veces lo tonto que es el que continúe queriendo una relación contigo… pero simplemente soy así de tonta.

El brazo de Adam regresó a mi cintura y me apretó con fuerza.

—Haré que valga la pena —murmuró antes de besar mi cuello.

Sus labios siguieron su camino por mi clavícula, y por mi mejilla. Luego me besó en la boca y casi pude sentir la pizca de posesión que estaba demandando en este beso.

Su lengua hizo camino a través de mis labios, y sus manos subían y bajaban por mi cintura y caderas.

Lento y sensual.

—Vamos —susurraba Adam entre besos.

—¿Dónde? —mi boca regresó a la suya y me vi en la tentación de morderle el labio inferior.

—A mi departamento… —logró decir después de otro beso.

No me opuse y prácticamente dejé que me llevara a rastras lejos de nuestra esquina oculta. No sabía qué me pasaba pero no podía despegarme de él. No me quería mover de donde estábamos. Y eso pensaba decirle a Adam:

—No… —beso, beso, beso— me quiero… —beso con lengua, dedos acariciando mis caderas—… moverme de… —dedos jugando con las orillas de mis pantalones de mezclilla— aquiiiiiii.

Mis palabras salían distorsionadas; me sentía cavernícola pero sinceramente me gustaba la sensación.

—Vaya, vaya —dijo alguien lo suficientemente cerca de ambos como para darnos cuenta de que sus palabras iban dirigidas a nosotros—, show con espectáculo en vivo.

Me separé de la boca, de los dedos, de la lengua de Adam y miré avergonzada a nuestra interrupción.

Era una mujer de cabello canoso y de figura delgada.

Tenía los ojos de color verde pálido y su piel lucía una perfecta suavidad que se obtiene con años y años de cuidado.

—Oh, muchachos, no era mi intención distraerlos —dijo la señora dándome un guiño de complicidad y sonriéndome como si me conociera de toda la vida. Pero yo no tenía idea de quién era—, solo quería robarle un minuto de atención a este hermoso chico de por acá.

Ella palmeó el brazo de Adam.

Miré en su dirección y me arrepentí de inmediato.

Él lucía como si la catástrofe más grande se hubiera desatado, como si sufriera en gran dolor y no entendía por qué.

¿Quién era ella?

—¿Qué haces aquí? —dijo Adam, sus palabras salían retorcidas y furiosas.

Al menos Key no era el único en hacerlo enojar hoy.

—Relájate, solo vine con cierta personita a ver una película. Se moría de ganas por ver a James Franco en la pantalla grande —ella sonrió y volvió a guiñar un ojo—. ¿No me vas a presentar a tu novia? ¿Es tu novia, verdad? Es muy bonita.

Volvió a sonreírme.

Se miraba simpática, parecía bastante jovial para una señora de edad avanzada.

—Repito, ¿qué haces aquí? —gruñó Adam.

Lo tomé de la mano para intentar relajarlo, se miraba estresado. Él la presionó con fuerza.

—Nanny, ¿quién es ese hombre peludo del fondo? —una niña se acercó a la señora y la abrazó de la cintura, le señaló el cartel de David Hasselhoff que estaba pegado detrás de nosotros.

La niña tenía un cabello no tan oscuro como para ser café, pero tampoco tan claro como para ser rubio; era un color entre ambas tonalidades. Ella era hermosa.

—Ese, pequeña piraña, era el hombre de mis sueños hace treinta años. ¿No crees que se veía atractivo?

La niña arrugó la cara y la escuché decir algo más acerca de los extraños gustos de su abuela, pero no fui capaz de escuchar porque estaba conociendo justo ahora

a la pequeña Nicole de la que tanto estuve celosa un tiempo atrás. Lo supe desde el momento en que vi las cicatrices y las quemaduras que tenía en la mitad de su rostro.

Adam, al verla, presionó aún más fuerte mi mano. Sentía que en cualquier momento me iba a quebrar algún hueso pero no me solté o le pedí que me soltara.

Pude verlo realmente furioso. Hulk personificado.

—¿Qué hacen ambas aquí? Abuela, ¿cómo te atreviste a…? —le falló la voz y a mí casi se me salía el aire debido al esfuerzo enorme que hacía al no gritar.

Pero aquí estaba finalmente ante mí, la sobrina de diez años de Adam.

La niña fijó sus ojos verde mar en los míos y me sonrió.

—¿Tu eres la novia del tío Adam? —chilló.

Asentí algo incomoda por la sangre que dejaba de circular por mi mano.

Entonces ella hizo algo magnifico: corrió a abrazarme.

Entonces yo hice algo estúpido: grité como loca.



CAPÍTULO 17

Galleta de la Fortuna

El departamento de Adam definitivamente carecía del toque femenino; sus paredes eran todas blancas o azules, y los muebles tenían puras tonalidades oscuras.

Lo vi ir y venir de su cocina, rebuscando algo en el refrigerador unas cientos de veces antes de salir con suficiente hielo en sus manos; hielo que aplicó inmediatamente sobre mi mano izquierda y masajeó hasta que finalmente se atrevió a verme a los ojos y me dedicó una sonrisa insegura.

—Lo siento tanto, nena —dijo agachando de nuevo la mirada y soplando delicadamente su aliento en mis dedos que horas antes estuvieron insensibilizados bajo su cruel y aplastante agarre.

—No tienes la culpa —dije suavemente.

Me sentía avergonzada al recordar cómo de amorosa se había portado su sobrina conmigo y yo de idiota me puse a gritar. Pero es que Adam de verdad iba a romperme algún hueso importante en ese momento si continuaba apretándome como lo había hecho, tuve que gritar del dolor y me aparté inmediatamente de él.

—¡Adam me estás lastimando! —había gritado y estúpidas lágrimas salieron de mis ojos a borbotones.

No lo culpaba, suponía que se había descontrolado al ver a su sobrina en público, en donde la gente se quedaba viéndola con demasiado interés de lo normal, cuando lo único que él quería hacer era protegerla de las personas curiosas y entrometidas.

Me había asustado pensando que heriría los sentimientos de Nicole porque, justo en el momento en que ella me abrazó, yo había gritado del dolor. Pero en realidad la pequeña me dejó boquiabierta al acercárseme y susurrarme cosas tranquilizadoras en el oído (no sin antes fulminar con la mirada a Adam).

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿El tío Adam te lastimó? Ya, ya… el dolor va a pasar, no durará para siempre.

Esta niña era increíble. Teniéndola así de cerca pude ver las cicatrices y manchas que cubrían gran parte del lado derecho de su rostro; algunas manchas rosadas (en donde la piel sufrió un mayor daño) se le escabullían por la frente y se escapaban hacia el otro lado de su rostro. Sus cicatrices me recordaron algo que yo había visto con anterioridad, en los tatuajes de Adam. Estos seguían los mismos patrones que las

cicatrices de Nicole. Adam se había tatuado el hombro con estas líneas que se formaban en el rostro de la pequeña niña.

Saberlo me hizo amarlo un poquito más.

Le sonreí a Nicole en medio de mi cortina de lágrimas que me nublaban la visión.

—Ahora ya me siento mejor —dije sorbiendo mocos.

Noté que su pequeño cuerpo llevaba puesto una camiseta en la que se leía: **I♥1D** e inmediatamente pensé en Adam cantando borracho sus canciones.

Y hablando de Adam, él se apresuró a mi lado y me sujetó de la cintura, se veía bastante afectado y a punto de colapsar.

—Voy a llevar a Anna a mi departamento para curarle la mano —anunció él a su abuela y a su sobrina—. Nikky, tú vienes conmigo.

La tomó de la mano y su abuela bufó en alto.

—Adam… deja de ser tan sobreprotector, nosotras podemos quedarnos a ver la película —le dijo ella—. No voy a dejarla sola, va a estar todo bien.

Nicole le hizo pucheros a su tío, y noté el enorme trabajo que hacía Adam para decirle que no.

—Tengo películas en mi habitación —él trató de convencerla, pero la niña no cedía—. Además llevas tiempo sin visitar mi departamento… ¿no quieres saludar a Steve?

Inmediatamente me sentí curiosa por el mentado Steve. ¿Quién era?

Nicole dudó por un momento.

—También tengo helado de frambuesa —eso la convenció por completo.

La niña aceptó y ahora estábamos los tres juntos en el departamento de Adam.

Su abuela se había quedado en el cine a ver la película, y le dejé un mensaje de texto a Rita explicándole que me iba con Adam y que tenía que contarme lo que estaba sucediendo entre ella y Key, eso no se lo iba a pasar por alto.

Poco a poco la sangre volvió a circular por mi mano y mis dedos fueron saliendo de su estado de coma temporal; Adam colocó hielo y vendó mi palma con una tira de una de sus viejas camisetas. Se aseguró de que no hubiera ningún hueso roto y por suerte la situación no pasó a mayores.

—¿Mejor? —preguntó una vez que terminó con la venda.

Asentí con la cabeza.

Me encontraba sentada en el cómodo sillón de su sala mientras él permanecía arrodillado frente a mí.

Nicole estaba en la habitación de Adam (que por cierto era demasiado grande para una sola persona) viendo películas de Harry Potter y besando la pantalla cada vez que Daniel Radcliffe salía en escena.

Estábamos solos… relativamente. Steve estaba recostado del otro lado de la habitación, viéndome atentamente como si supiera que le tenía miedo. Y era verdad, le tenía miedo.

Lo ignoré y regresé a ver el rostro afligido de Adam.

—¿Quieres decirme por qué te pusiste furioso al ver a tu sobrina en el cine? —me aventuré a preguntar.

Él hizo una mueca y se sentó en el suelo para verme directamente a la cara.

—¿Acaso no notaste cómo la gente se le quedaba viendo? Estúpidos curiosos.

Llevé mis manos hacia su cabello negro y lo acaricié con ternura.

—Lo sé, pero te lo dije antes, no puedes encerrarla en una burbuja. Eso puede acomplejarla.

—Mi abuela, varios psicólogos y yo, nos encargamos que eso no sucediera —respondió—, simplemente no quiero que salga lastimada más de lo que la lastimaron hace tanto tiempo atrás. Ella aún no tiene idea que fue mi hermano quien comenzó el incendio a su propia casa.

—¿Ella no sabe?

Adam negó con la cabeza.

—Nunca lo supo y nosotros no quisimos decirle nada. Eso la destruiría. Ella cree que sus padres murieron juntos, tomados de la mano como una linda familia con finales felices. Así que sería grandioso que no le mencionaras nada de lo que sabes.

—No diré ni una palabra.

—Lamento haberte lastimado, nena. Me puse como loco al verla entrar y… Los doctores de mi hermano hablan conmigo regularmente y me dicen que él pide ver a su hija. Supo que quedó viva y jura que se arrepiente de lo que hizo pero yo sé que no lo hace. Solo quiere hacerle daño. No quiero que la vea, no quiero que eche a perder la perfecta mentira que he creado para ella.

»No debo exponerla ante nadie porque tampoco quiero que le informen a mi hermano sobre su paradero. Él tiene permitido escribir cartas y no necesito que sepa ni siquiera la dirección de la casa de muñecas de Nicole. No lo quiero cerca de ninguno de nosotros… y todo se vino abajo cuando la vi caminar en medio de todas esas personas.

Me senté en el suelo junto a él y puse mi mano buena en su mejilla.

—Eres un gran tío —murmuré con suavidad.

—Ya era hora de que alguien lo notara —suspiró liberando un poco el estrés de sus hombros.

—Adam… ¿te das cuenta que en algún momento vas a tener que decirle a ella la verdad?

Él cerró los ojos y cubrió mi mano con la suya.

—Pero no por ahora. No en un futuro cercano —llevó mi mano a sus labios y la besó.

Permanecimos recostados uno junto al otro, sin decir nada por varios minutos.

A lo lejos podía ver a Steve moviéndose hacia la ventana de la cocina y atrapar algo de los últimos rayos del sol que poco a poco se escondían en el horizonte. Notó que yo lo estaba viendo con atención y se dio la vuelta azotando su cola contra el marco de la ventana.

Ver cómo el día se iba lentamente convirtiendo en noche me hizo recordar algo importante, me levanté con sobresalto.

—¡Olvidé que tenía una cita de trabajo hoy! —Mi mamá había logrado conseguirme una entrevista en una librería ubicada en el centro de la ciudad. La dueña ocupaba ayuda y me había reservado el primer puesto si me presentaba hoy.

Pero ya era muy tarde para hacer una rápida aparición.

—Ve mañana —suplicó Adam, levantó su mano para acariciar mi pantorrilla—, ya es tarde. Quédate esta noche.

—¿Quedarme… toda la noche? —mi corazón se aceleró y realmente le gustó la idea.

No. No podía, papá se iba a poner frenético si amanecía en casa de un hombre. Peor si dicho hombre era la pesadilla de su vida.

—Me encargaré de la cena —insistió.

—¿Sabes cocinar?

—No, pero para eso existe el servicio a domicilio.

Resoplé.

—No creo que deba…

—¿Te vas tan pronto? —interrumpió Nicole recién saliendo de la habitación de Adam.

Me desgarró en el alma tener que decirle que me marchaba a esos ojos verdes tan inocentes pero a la vez experimentados de la vida.

Suspiré resignada.

—Me quedaré para la cena —afirmé.

Adam sonrió con suficiencia.

—Bien, ordenaré comida china. ¿Alguien se opone? —miró en dirección a su sobrina y ella negó con la cabeza, luego miró hacia mí y me encogí de hombros—. Entonces comida china será.

Adam se puso de pie y, en un arrebato, me tomó de la cintura y me besó muy fuerte en los labios.

Escuché a Nicole chillar y reír en voz alta.

Hice palanca con mis brazos y logré empujarlo en su sitio. Lo regañé mentalmente.

—¡La besaste! ¿Eso significa que se van a casar pronto? —gritó Nicole.

Me ruboricé por completo, esperé por la respuesta de Adam y lo que obtuve fue:

—Serás la que lance las flores —le guiñó un ojo.

Lo golpeé en el pecho intentando sacarle el aire, pero mi golpe apenas y lo inmovilizó.

Por andar diciendo mentiras como esas es que terminó con una escopeta apuntándole en el rostro.

—Adam… —le advertí con mi tono de voz.

Él huyó de mi lado y corrió hacia Nicole levantándola del suelo con una sola mano.

—Es hora de que regreses a ver otra película, piraña —caminó con ella en dirección a su dormitorio.

—¡Pero no, yo quiero quedarme a conocer a tu novia!

—Durante la cena le podrás preguntar todo lo que quieras. Ahora ella y yo tenemos que besuquearnos en el sofá.

Resoplé audiblemente.

Nicole comenzó a reírse y vi cómo logró salirse del apretado agarre de Adam. La envidié por eso, yo nunca podía zafarme con tanta facilidad aunque me retorciera mil veces.

—Quiero primos —dijo ella corriendo a mi lado—, muchos. Como para formar una banda de música.

Por mi rostro subió el calor de mi sangre.

No dije nada a eso.

—No presiones Nikky, por ahora intentaremos pedirle a la cigüeña que nos traiga uno. Ya tenemos el nombre —Ay no. Si lo decía en voz alta lo iba a castrar. En serio lo castraría. A él y a su zorrillo.

¿Realmente… quién tenía un zorrillo como mascota? Solo alguien como Adam.

Steve alzó la cabeza desde su posición, como si supiera que estaba pensando en él, y regresó a su labor de buscar qué comer entre los muebles de la cocina.

—¿Por qué mejor no tienen cinco bebés y le ponen Harry, Liam, Niall, Louis y Zayn? —Interrumpió la pequeña—, y no creas que no sé de dónde vienen los bebés. Ya casi cumplo once y no creo en la cigüeña. Conozco el mecanismo, muchas gracias.

De ser posible mi rostro se calentó más.

¿Cómo? ¿Tan pronto y ya sabía? Yo a su edad todavía me creía Sailor Moon con mi tiara lunar combatiendo el mal y mis frases de "te castigaré en el nombre de la luna".

Supe del sexo dos años después, cuando cruelmente la clase de Ciencias Naturales me abrió los ojos; había llegado a casa preguntándole a mamá y a papá si ellos me habían creado de esa forma. La única respuesta que obtuve fue un silencio incómodo y un sonrojo de parte de mi madre.

—La abuela la tiene muy aleccionada —contestó Adam a mi pregunta no dicha en voz alta—. El otro día tuvieron *la plática*.

Nicole asintió con la cabeza.

No podía creer que esta pequeña niña ya supiera todo el concepto básico para… dejar entrar a la anguila en la cueva.

—No es nada complicado —afirmó ella—, una chica y un chico se besan por treinta minutos y luego, ¡puuf! aparece un bebé en tu estómago. La bisabuela me lo explicó todo.

Uff… menos mal que ese era el concepto que sabía. Creo que su bisabuela olvidó muchos detalles de por medio. Detalles que gustosamente la señora E.L. James no había omitido en sus libros.

—¿Ustedes quieren que les dé treinta minutos? —preguntó Nicole. Nos miraba con una sonrisa cómplice.

De nuevo, me ruboricé.

—No, pequeña —comencé diciendo, me agaché para quedar a la altura de sus ojos, ella era realmente bajita—. Sólo me tomará dos segundos jalarle la oreja a tu tío y luego voy contigo para ver una película, ¿de acuerdo?

Ella asintió vigorosamente.

—Aunque sin embargo deberías intentar besarlo por media hora —susurró Nicole en mi oído—, solo para ver si es verdad que el bebé va a aparecer en tu estómago.

Yo intenté hacerlo con uno de mis compañeros de la clase de recuperación pero el tío Adam me encontró y me dijo que no funcionaba a menos que yo tuviera veintisiete años. Así que estoy esperando cumplir eso para besarme con un chico por media hora y ver qué sucede…

Me reí al imaginarme a Adam siendo sobreprotector con su sobrina.

No sé por qué pero se me hacía más irresistible.

—¿Qué están susurrando ustedes dos? —preguntó él.

—Nada —respondimos Nicole y yo al mismo tiempo; luego nos reímos al darnos cuenta.

Adam nos miró sospechosamente pero se movilizó hacia la cocina.

Desde ahí nos gritó que iba a ordenar la comida.

—¿Tú tienes veintisiete años? —me preguntó Nicole una vez que Adam se fue.

Negué con la cabeza

—Solo tengo dieciocho. Cumplo diecinueve en dos meses.

La niña amplió los ojos.

—¿Vas a hacer una fiesta? Oh, por favor dime que la harás. Nunca he asistido a una… bueno, Nanny y Adam siempre me preparan fiestas sorpresas pero es aburrido tenerlos solo a ellos y a Steve o a Carlo.

Su rostro se afligió por un momento.

¿Es que Adam tampoco invitaba a sus amigos? ¿O era que ella no tenía amigos?

¿Asistirá a clases con los demás niños en una escuela?

Ni siquiera lo sabía.

—¿A qué escuela vas? —le pregunté tratando de enderezar la pequeña cadena con un dije de bigote negro que tenía en su cuello

—No voy a la escuela. Mis maestros vienen a casa, ¿por qué?

¿Adam la ocultaba también de niños de su edad?

Bueno, a veces los niños podían llegar a ser demasiado crueles cuando notan que alguien es diferente a los demás.

Una ola de compasión y tristeza me invadió por Nicole.

—Solo tenía curiosidad —respondí finalmente.

Ella bajó la mirada y con su pie comenzó a hacer círculos en el suelo.

—Sé que mi rostro no es muy atractivo de ver —confesó en voz baja—, muchos niños salen corriendo cuando me miran. Pero ellos no saben que, a pesar de mis marcas, yo me siento hermosa… o al menos eso dice el tío Adam. Así que gracias por no mirarme raro como todos los demás.

Me dio un breve abrazo y salió corriendo hacia la habitación de su tío.

Quedé en cuclillas, sin habla y con una sensación vertiginosa en mi estómago.

Estaba ante una niña muy valiente… en todos los sentidos.

Escuché la puerta del dormitorio de Adam ser abierta y rápidamente Nicole asomó la cabeza a través de la ranura:

—Puse la película El Diario de la Princesa y no me gustaría verla sola, ¿vienes?

Sonreí y me puse en pie, entrando al territorio más íntimo de Adam.

—No me la perdería por nada del mundo.

Para ser un chico, Adam era bastante pulcro en su habitación. Al menos no tenía ningún poster visible de alguna mujer en lencería atrevida, o una banda de rock pesado.

Sus paredes estaban desnudas de cuadros o pinturas y, al igual que el resto del departamento, los muebles eran de tonalidades oscuras con finos acabados.

Su cama era enorme y no pude evitar respirar hondo en sus sábanas de color azul marino; ni siquiera presté atención a la película que Nicole había puesto para que ambas pasáramos un rato juntas. Me sentía drogada y aturdida de solo pensar que Adam dormía en esa misma habitación, en esta misma cama y en este mismo lado en el que me encontraba recostada.

Incliné mi rostro una vez más y pegué mi nariz en las sábanas; aspiré como por vigésima vez el delicioso olor masculino que él impregnó en sus almohadas.

Espectacular.

Rápidamente me separé, no quería que Nicole me fuera a ver actuando como la loca que olía las sábanas de su tío.

Después de veinte minutos entró Adam y nos anunció que la comida ya estaba lista.

Nicole y yo nos movilizamos hacia la sala y los tres comimos de las cajitas de cartón en donde los alimentos venían bien empaquetados desde el restaurante chino a tres cuadras del departamento.

Nos sentamos en el suelo de la sala, rodeando la mesita de centro e intentando sostener los fideos y el arroz con los palillos chinos, riéndonos cuando ninguno pudo realizar tal hazaña y en su lugar usamos tenedores.

Devoré todo con rapidez y disfruté de la mejor vista de todas: Adam en una camiseta sin mangas.

Realmente debería usar más como esas. Hacía que los músculos de sus brazos se lucieran de manera formidable.

—Cuando sea mayor me pintaré la piel como el tío Adam —anunció Nicole mientras metía un puñado de fideos a su boca.

—¿En qué edad quedamos que eso iba a suceder? —musitó Adam.

—¡A los treinta! —obedientemente respondió la niña.

Tuve que reírme de eso.

—Adam, tu ni siquiera tienes treinta y ya estás tatuado —le recordé.

—Maduré rápido.

Reí-resoplé a la vez.

—Entonces yo definitivamente estoy calificada para hacerme uno.

—Y yo estaría encantado de supervisar los lugares de tu cuerpo ideales para un tatuaje —me guiñó un ojo.

Mi rostro se calentó.

Aclaré mi garganta y continué con la cena.

—Terminé con mi comida, ¿puedo ahora ver mi galleta de la fortuna? —le pidió Nicole a Adam.

Él acercó la cajita donde comía la niña y la observó, haciendo una mueca.

—No, no has terminado. Come tu brócoli.

—No me gusta el brócoli, lo sabes —ella hizo un puchero y se cruzó de brazos.

—Cómelo...

—Pero no quiero... Mira, Anna tampoco lo ha comido —me señaló y me tensé en mi lugar.

Adam se acercó e inspeccionó mi comida al igual que como había hecho con ella.

—Anna... —me advirtió él.

—¿Adam?

—Come tu brócoli.

—Soy alérgica a los vegetales —dije encogiéndome de hombros y llevándome algo de pollo a la boca. Mastiqué lentamente a pesar de que quería devorar todo muy rápido; mi almuerzo había sido un fiasco preparado por Susan, merecía algo de comida decente.

—Además —continué— se le pueden dar a Steve así que no se desperdician.

Nicole asintió estando de acuerdo conmigo.

Steve apareció en ese momento como si lo hubieran requerido y olfateó en mi dirección.

¡Puaj! Me moví rápidamente hacia Adam hasta que nuestros brazos chocaron uno contra otro.

—¿Le tienes miedo a Steve y aun así quieres alimentarlo? —preguntó él, divertido.

—Nadie, pero nadie, tiene un zorrillo como mascota —lo fulminé con la mirada—, son apestosos y dejan su hedor por todos lados. Si querías un animal hubieras optado por un perro… o un gato al menos. Vaya, incluso pensaba que eras el tipo de chico con una serpiente como mascota.

Adam se rió y rodeó mi cintura con sus brazos, me movió de tal forma que quedé sentada entre sus piernas abiertas, mi espalda chocaba contra su pecho.

Justo en ese momento yo estaba teniendo una enorme dificultad para respirar normalmente; y no me lo puso fácil cuando sus largos dedos comenzaron a acariciar mi cabello.

—Tengo un perro —habló en mi oído causándome cosquillas—, solo que mi vecino del departamento de abajo lo cuida cuando yo no estoy en casa. Y en cuanto a Steve... bueno, era un invitado no deseado que se escondía en el dormitorio de Marie, yo solo lo rescaté antes de que ella llamara a control de animales y ellos lo dañaran.

—¿En el departamento de Marie? Me parece haberlo conocido antes —medité. Claro, era la misma mofeta que encontré en la cocina semanas atrás.

¿Cómo llegaría un zorrillo hasta el departamento? Ni idea.

Mientras Adam apoyaba su barbilla en mi cabeza, Nicole estaba entretenida dándole a Steve su brócoli, fingiendo que nadie miraba nada.

—Además, Steve no es apestoso —volvió a hablar en mi oído. Esta vez me dio un beso en el cuello—, cuando lo llevé al veterinario, me dijeron que alguien le había quitado las glándulas que producen el mal olor. Es un animal limpio en todo sentido.

Fruncí el ceño. ¿Cuándo lo llevó al veterinario?

—Es como un ratón gigante —le dije—. No deberías dejar que Nicole juegue con él, la puede morder.

—No va a estar mucho tiempo aquí; mi abuela quiere liberarlo en el bosque este fin de semana. ¿Eso te hace feliz?

—De acuerdo, me tranquiliza.

Adam volvió a darme otro beso en el cuello. Reprimí la urgencia que tenía de girarme y que esta vez besara mi boca, pero tenía que comportarme, Nicole estaba cerca y no me parecía lo correcto que mis hormonas revolotearan por todo el lugar.

—¡Terminé el brócoli! —gritó la niña cuando acabó de alimentar al apestoso animal (con o sin glándulas)—¿Puedo ahora agarrar una galleta?

—Bien —Adam extendió el plato que contenía las galletas e hizo que Nicole tomara una.

Ella se precipitó a agarrar la que más cerca tenía.

Antes de partirla y leer su mensaje, nos miró a ambos con ojos entrecerrados.

—¿No van a agarrar una también? Puede ser de mala suerte si no las abrimos al mismo tiempo —dijo la niña solemnemente.

Le sonreí y tomé la que se encontraba en el centro. El brazo de Adam se estiró sobre mi hombro para tomar la que quedaba.

—De acuerdo, a la cuenta de tres cada quien parte su galleta —instruyó Nicole.

Steve se rozó sobre su pierna y lo vi olisquear en su dirección. Yo llevé mis rodillas a la altura de mi pecho, y me pegué más a Adam.

—Uno —comenzó ella con entusiasmo—, dos… ¡tres!

Con mi dedo pulgar ejercí presión sobre la galleta y ésta se partió en tres pedazos pequeños. Saqué un papelito que venía apretadamente doblado y leí su contenido:

"Alguien te está mirando justo en este momento"

¿Alguien me está mirando? ¿En serio? ¿Qué clase de galleta de la fortuna era esta?

Pudieron haber puesto: Si estás leyendo esto es porque puedes leer.

Más obvios no pudieron ser.

Alcé la vista, curiosa por ver qué decían las demás galletas, tal vez tenían mensajes más interesantes que el mío.

Nicole fruncía el ceño y veía el papel confundida, miré a Adam que tenía casi la misma expresión que su sobrina. En realidad era algo tierno de ver. Ambos hacían las mismas muecas y de la misma forma.

—¿Qué les parece un cambio? —preguntó él finalmente. Hizo de su papel una bolita y me lo pasó mientras que Nicole tomaba el mío y le entregaba el de ella a Adam.

—Oye no se vale cambiar. Es hacer trampa —le dije.

Pero ninguno de los dos me prestaba atención; impulsada por mi curiosidad decidí leer la bolita que me había pasado Adam. Decía:

"Intenta con otra galleta"

Bufé para mis adentros. Claro, intentó con otra galleta.

—Cambio —gritó Nicole después de un segundo.

Automáticamente Adam y ella volvieron a intercambiar papeles tomando de nuevo el mío.

Desenrollé el siguiente, que originalmente pertenecía a Nicole, y se leía:

"DJ Maxxime a tu disposición… para reservar presentaciones: 511-254098"

Tuve que reírme en voz alta. Luego Nicole se contagió, y por último Adam.

—Esas fueron las peores galletas de la fortuna que leído en mi vida —dije entre risas.

—Oye, salió algo bueno de todo esto —dijo Adam— tenemos el número de un DJ si llegamos a necesitarlo.

Me reí un poco más con eso.

—La próxima vez mejor trae helado —le dije.



Esa noche llegué tarde a casa.

Adam me había llevado en su motocicleta, y después se aseguraría de ver que su abuela y Nicole también llegaran seguras a su hogar. Él me dijo que ellas no vivían en el departamento, solo iban casualmente y trataban de verse todos los fines de semana. Incluso me invitó para ver la liberación de Steve en el bosque.

Iba a rechazar su oferta pero la verdad era que quería pasar todo mi tiempo posible con él, sin importar que eso incluyera a cierto zorrillo apestoso de por medio.

Una vez en la puerta de la casa de papá, Adam tuvo el descaro de besarme hasta que se me durmieron los dedos de los pies.

—Te extrañé —me decía entre besos—. No quiero que vuelvas a huir de mí, por favor. — Llevó mi mano, todavía vendada, a sus labios, y me besó con suavidad—. Me volví loco cuando no supe dónde encontrarte. Incluso fui a casa de tu madre para que me dijera dónde te escondías toda esta semana.

—Lo siento —dije en un hilo de voz—, me sentía insegura.

—¿Insegura de qué? —sus manos ahuecaron mi rostro y se inclinó más cerca de mí para pegar mi frente contra la suya.

—Insegura de si volverías a los brazos de Marie —dije, sintiéndome avergonzada.

No había vuelto a ver a Marie desde el incidente con la pistola de burbujas y el desastre que le hizo a mi ropa; por su culpa había tenido que saquear el armario de Rita en busca de prendas temporales que me sirvieran mientras ahorraba para una compra rápida en tiendas de segunda mano. Nunca creí posible que llegara a odiar tanto a una persona… mucho menos que alguien me odiara a mí con esa intensidad con la que Marie me odiaba.

Adam jugueteó con mis labios, haciendo que mis pensamientos entraran en zonas más seguras.

—Yo no quiero volver con Marie —me aseguró—. Y definitivamente no quiero que vuelvas con el lame vacas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tiene que ver Mason en todo esto? Sabes que nunca volvería con él.

Pegó de forma casi violenta sus labios contra los míos, con sus manos tomó mi cabeza y la dirigió hasta conseguir la mejor posición para excavar dentro de nuestras bocas.

Su lengua se unió a nuestro beso y conquistó todo a su paso.

Solté un gemido cuando me agarró de la cintura con una mano y me acercó a su cuerpo; dejé de pensar, dejé incluso de respirar y me concentré por completo en lo que sus labios hacían con los míos, en el trabajo que realizaba su ávida lengua y lo que su cuerpo estaba sintiendo en ese momento debido a nuestra cercanía.

Nunca deseé llegar a más que solo besos con Mason, pero con Adam… tenía la enorme necesidad de arrancarle la ropa y que me demostrara sus habilidades en privado. Pero él se separó justo cuando iba a sugerirle llevarlo a escondidas a mi habitación.

Respiró hondo y yo me acerqué en busca de un poco más de sus labios; antes de que pudiera acercarme, él me tomó de los hombros y me separó del calor de su cuerpo.

Me escuché protestar y él sonrió ante el sonido.

Yo estaba en un estado peor que el de Bambi… me encontraba en un estado cavernícola al cien por ciento.

—Me alegra que ya no te interese el lame vacas, porque él está sentado en tu porche, esperándote —dijo Adam viendo a alguien por encima de mi hombro.

Giré y encontré a Mason de pie, viendo de forma horrorizada en nuestra dirección.

¿Qué hacía él aquí?

Me crucé de brazos y me aseguré de que todas las luces en la casa de papá estuvieran apagadas.

Susan no se quedaba a dormir (al menos no se quedó mientras yo estuve toda esta semana) así que papá debería haberse dormido enfrente de la televisión viendo el canal de deportes. Al menos esperaba que estuviera dormido porque Adam y Mason eran capaces de armar toda una guerra, y era seguro que papá iba ponerse del lado de Mason sólo para ver lejos a mi novio tatuado y con motocicleta.

Vaya… sonaba a un cliché de chico malo. Pero Adam era todo menos un cliché; yo podía dar fe y legalidad a eso.

—¿Qué haces aquí Mason? —pregunté sigilosamente.

Él se acercó a paso lento y se detuvo cuando Adam se puso a mi lado.

El rostro de Mason tenía ciertos moretones y el lado derecho de su ceja estaba hinchado, eso fue de su pelea con Adam hace una semana, solo esperaba que no viniera a buscar más pelea todavía.

—Pensaba encontrarte en casa —respondió él— sola.

Miró a Adam cuando dijo esto último.

Suspiré.

¿Por qué no podía tener un día normal y tranquilo en mi vida?

—¿Querías algo? —traté de desviar la conversación a terrenos seguros.

—Sí. Quería hablarte de una cosa. En privado.

Adam bufó y envolvió uno de sus brazos en mi cintura.

—Nada está sucediendo en privado con mi chica —dijo él clavando sus dedos en mi cadera—, si quieres insistir en hacer de idiota y declarártele una vez más, te voy a hacer el favor de ahorrarte el ridículo. Escuchaste lo que ella dijo antes: nunca volverá contigo. Así que deja de insistir de una buena vez.

Mason entrecerró los ojos.

—No puedo creer que te enrollaras con un chico mucho mayor que tú —me acusó—, en serio, ¿cuántos años tienes, abuelo?

Oh, oh. Mala pregunta.

Podía sentir la tensión en Adam irradiar por todos los músculos de su cuerpo.

Primero Key lo hacía enojar… ahora Mason.

Genial. Crearan a un monstruo de los celos.

—Si no quieres que te golpee en las pelotas, dejarás las bromas conmigo, niño.

—No sabía que te atraían los ancianos, Anna. O para el caso, los chicos con apariencia de delincuentes.

—Mason… guarda silencio —lo fulminé con la mirada.

Idiota, idiota, idiota.

Él suspiró, tratando de calmarse.

—No vine a pelear —dijo alzando las manos—, solo quiero pedirte un favor, Anna. Quiero que le digas a mi madre que tú y yo somos novios todavía.

Lo que me faltaba…



CAPÍTULO 18

Siendo una Anna embarazada

—¿Entonces ayer no fuiste a tu entrevista de trabajo? —preguntó mamá mientras ajustaba sus lentes de lectura.

Suspiré y me senté en el bulto de cojines que conformaban la sala.

—Nop. Se me olvidó y en ese momento estaba... ocupada.

Mis dedos se movieron alrededor de un hilo color magenta que se desprendía de uno de los cojines.

Mamá se encontraba en su máquina de coser, creando una colcha con pedazos de otras telas inservibles y con olor a moho que almacenaba en el sótano.

En serio, esta mujer iba a aparecer en uno de esos capítulos de acumuladores que pasaban en la televisión. Incluso creo que tenía guardada la ropa interior que usó el día de su boda. Ella conservaba todo lo que traía buenos recuerdos; si no pudo guardar mi cordón umbilical fue por puro milagro divino.

—Pastelito... —despegó la vista de su máquina y la fijó en mí; su boca color carmín hacía una mueca—, ¿estás manteniendo relaciones sexuales con el chico?

Mi rostro se puso más rojo que el color de las paredes de la casa.

—Aunque claro —continuó sin dejarme responder—, no te culparía. Si tu papá se hubiera visto así de buenote cuando tenía su edad, hasta yo me vería tentada por él. Uff, te habría concebido a los quince de ser posible...

—¡Mamá! —chillé avergonzada—, basta. Ya me hablaste de eso hace años... No necesito saber acerca la vida amorosa que mantenían papá y tú.

—Yo solo digo que, si estás "metiendo al conejo en tu madriguera", deberías usar protección. Y asegúrate de que sea el indicado o después lo lamentaras —regresó a su trabajo de costura y murmuró—: claro, de haber sabido que tu papá resultaría todo un imbécil, me habría seguido manteniendo pura para Bruce Willis, como era mi plan original.

Resoplé y me puse de pie para inspeccionar los nuevos cuadros que ella había puesto en las paredes de lo que era ahora su centro de atención psíquica.

Frascos de todos los tamaños se apilaban en un estante de vidrio que colocó en la esquina, junto a los certificados que la aseguraban ser una profesional en la lectura de mano (ella misma los imprimió de una página en internet). La excentricidad era el tema principal de toda la casa.

—Susan me comentó algo el otro día —dije casualmente.

Siempre que mamá escuchaba que alguien hablaba de Susan, se ponía sensible y rencorosa.

—¿Ah, sí? ¿Qué te dijo la pequeña Miss zorra 2013?

Resoplé.

—No la llames así, y sólo me dijo que puede ayudarme a conseguir entrada en una de las universidades privadas de por aquí.

—¿Y tú quieres estudiar?

—Sí. Lo estuve pensando y es lo mejor para mí. No quiero pasar el resto de mi vida viviendo a punta de salario mínimo. Si no estudio no voy a poder mejorar mi sueldo en los trabajos.

—De acuerdo... ¿Entonces ya no irás a la entrevista de trabajo que te conseguí con la señora Olivier?

Lo pensé por un minuto.

—Sí iré, pero no creo que ella quiera contratarme sólo por medio tiempo mientras hago el intento de sacar un título.

Caminé lentamente, observando uno de los cuadros, más específicamente el que nombraba el "trasero de bebé más lindo" y, sin que mamá se diera cuenta, lo quité y me lo llevé detrás de la espalda.

—Me parece bien. Sabes que no me gusta meterme en tus decisiones; ya eres una chica grande. Te apoyaré en lo que decidas hacer.

—Bueno... quiero estudiar.

Había pensado en eso toda la noche; no quería ser camarera o trabajar en restaurantes de mala muerte por el resto de mi vida.

—Habla con la Señora Olivier, ella es comprensible. Podría darte horarios especiales para que puedas asistir a clases. Ahora, pasando a otro tema, ¿qué opinas de esta colcha? —levantó con las dos manos la peor colcha que haya visto en la vida— ¿hermosa? Ah que te deja sin palabras, ¿verdad?

—Se mira extraña —admití— ¿qué es eso de la esquina?

Ella entrecerró los ojos y buscó donde yo le señalaba.

Un gran pedazo de tela rosada con estampado de cebra cubría toda esa esquina, se me hacía bastante familiar.

—Oh, este el vestido que usaste a los cinco años en aquella fiesta de tu prima. Te veías adorable en cebra. ¿Por qué ya no usas estampados con animales? Te resaltarían el color de los ojos...

—No uso porque ahora no eres tú la que me viste —gracias al cielo—, y no puedes seguir guardando cosas como esta.

Saqué de mi espalda el título que se aseguraba de nombrar a mi trasero de bebé como el más lindo, y lo coloqué entre una pila de revistas Cosmo.

—Aww, pero si eso es adorable —hizo un puchero y se pegó la mal costurada colcha al cuerpo—. Tú solías amar cuando yo te vestía de vaquerita y te tomaba fotos con Joey el oso con ojos de botón.

Mamá tenía una mirada nostálgica en el rostro; recordando las veces que se aprovechó cuando yo era ingenua y tenía cinco años de edad.

—Sí, también recuerdo que me llevabas a un maloliente bar a cantar estrellita dónde estás…

—Extraño esos días. Ya casi no pasas tiempo conmigo —Se levantó de su asiento, dejando la colcha sobre su máquina de coser—. ¿Qué te parece si tenemos un día de chicas? Puedes incluso invitar a Rita.

Ella se movió en mi dirección y noté que la colcha la seguía con cada paso que daba. Ahí me di cuenta de que accidentalmente se la había cosido a la tela de su largo y colorido vestido/túnica.

—Mamá, la colcha se te…

—Quiero nietos.

Me quedé muda momentáneamente.

—¿Qué?

—Dije que quiero nietos —hizo un puchero, me tomó del hombro y me dirigió a la cocina. Ahí me sentó en una de las sillas de su juego de mesa de los años treinta, que originalmente pertenecieron a su madre cuando estaba soltera.

—Te escuché la primera vez. Vuelvo a repetir: ¿qué?

Ella se encaminó hasta el refrigerador y llenó dos vasos con hielo.

—Bueno… cuando el cerdo, machista, calvo y con-posibilidades-de-quedar-ciego-cuando-cumpla-cincuenta de tu padre me dijo que estabas embarazada… como que me emocioné bastante. Me dieron ganas de tener a pequeños niños corriendo por toda la casa y dejándome vestirlos con telas de leopardo. No puedo creer que haya sido todo una mentira.

Llenó los vasos con limonada y me pasó uno.

Inmediatamente me lo llevé a la boca y tragué.

Sabía más ácido de lo normal.

—Déjame ver si entiendo esto: ¿me acabas de hablar para que use protección hace no menos de un minuto, y ahora quieres que te dé nietos? ¿No será más bien que lo que necesitas es volver a tener más hijos? Eres joven todavía…

—Ay pastelito de calabaza, aunque mi espíritu sea más joven que el de la mayoría, mi cuerpo no resistiría otro embarazo. En cambio tú…

Mi rostro se tornó rosa.

—No te ilusiones demasiado —la interrumpí.

Ella tomó asiento frente a mí y se quitó los lentes.

—Annabelle, no voy a vivir para siempre. Necesito conocer a mis nietos pronto. Además, creo que el lindo bombón de tu novio sería una buena adición a la genética de la familia. ¡Sus niños serían tan bonitos! Todos ojos verdes o grises… hay hasta una pequeña posibilidad que sean ojos azules. La única buena herencia que te regaló tu padre fueron esos ojos… ¡aprovecha ahora que estás joven y con fuerzas!

—¡Ya detente! No pienso quedarme embarazada a los dieciocho. —Ninguna madre le aconsejaría eso a su hija. Corrijo: ninguna madre cuerda.

—Pues te doy mi consentimiento.

—¡Mamá!

—¿Qué? Todo lo que dije es cierto.

—Pues tendrás que esperar más tiempo.

—¡Me estoy volviendo más vieja!

—¡Deja de hablar como si tuvieras noventa y estuvieras al borde la muerte! Tienes cuarenta y tres, ni siquiera te han salido canas. Ya no discutas más el asunto.

Ella resopló y tomó un largo trago de limonada.

—Ya hasta había planeado un Baby Shower con temática de parque de diversiones —murmuró—. ¡Hasta le avisé a mis contactos más cercanos la buena noticia! Incluso me puse a tejer un pequeño suéter para mi nieto… ¡y sabes que no me gusta tejer!

Cerré los ojos y me masajeé las sienes.

—¿Por qué hiciste eso? Tú y papá definitivamente fueron hechos el uno para el otro…

—Adam me dijo que pensaban ponerle Noah. Ese chico es tan tierno… y adoro el nombre. Aunque si es niña me gustaría opinar que le pusieran algo como Lee Ann, o Annette, o Delvia… Oh, ¿todo este tiempo anduve con la colcha pegada a la ropa?

No. puedo. creerlo. Lo. voy. a. matar.

La librería de la señora Olivier era grande y bastante visitada.

Mientras entraba por la puerta principal, unas chicas con uniformes escolares corrieron agitadas hacia la sección de Jóvenes Adultos y chillaron emocionadas al ver uno de los libros que se exhibían en los estantes.

Varias sostuvieron en sus manos la copia de un libro cuya portada era una mariposa atrapada en un frasco de vidrio; comenzaron a chillar más fuerte y besaron el libro con devoción.

Me adentré más en la tienda y pregunté por la señora Olivier a la chica de cabello morado que atendía la caja. Ella tenía un *piercing* en el labio inferior y me señaló, aburrida, en dirección a una habitación escondida entre un estante de libros con temática paranormal.

Toqué suavemente la puerta y me deslicé dentro.

Era una oficina bastante impersonal; una mujer con el cabello rubio se encontraba hablando por teléfono, haciendo anotaciones en una agenda manchada con garabatos.

Me indicó que tomara asiento y así lo hice.

Mis piernas desnudas sintieron rápidamente el frío de la habitación; el aire acondicionado me daba justo en el rostro y me hacía más difícil la labor de tranquilizar mis nervios.

—Bien. Tú debes ser Anna, ¿cierto? —dijo la mujer una vez que colgó el teléfono—, soy Laura Olivier. Puedes llamarme simplemente Laura.

—Mucho gusto —extendí mi mano y tomé la suya.

—Pensé que te vería ayer. Pero igual es bueno verte hoy; como habrás visto, la tienda cada día más se encuentra llena de clientes. Necesito toda la ayuda extra que pueda conseguir, ¿estarías dispuesta a comenzar hoy?

Vaya, ella iba directo al punto.

—Claro —respondí. Me sentía ansiosa por comenzar en este nuevo empleo.

Me gustaba leer, y definitivamente me emocionaba estar cerca de los libros.

—Um. Aunque… —tenía que plantearle lo de mi posibilidad de trabajar por medio tiempo… y no sólo eso. Me había comprometido a ayudarle a Mason a fingir por dos días que sería su novia y comenzaba esta noche en la cena. Hey, su madre me caía bien. Ella no tenía la culpa de tener a un hijo tan tonto como él. Y por supuesto que Adam estaba furioso por eso.

Después de quince minutos de discutir horarios con Laura, finalmente llegó a un acuerdo conmigo y con mi idea de conseguir mi título.

Me sentía agradecida de que decidiera contratarme y además ser flexible con mi tiempo, no todos los jefes te harían ese favor. Al menos Cliff no lo hubiera hecho.

—Ahora ve con Mindy para que te dé un tour de cómo se manejan las cosas por aquí —me dijo ella mientras contestaba una nueva llamada.

Suponía que Mindy era la chica de cabello morado.

Salí de la diminuta oficina de Laura y me encontré a la misma chica aburrida de la vida detrás del mostrador ojeando una revista de mascotas.

—¿Tú eres Mindy? —le pregunté.

Ella alzó la vista y reventó una burbuja de goma de mascar en su boca. Parte del chicle se le pegó en el *piercing* tipo argolla ubicado en su labio.

Asintió con la cabeza y volvió a bajar la vista.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó enseñándome la revista, era una foto de una iguana sobre una roca— intento adoptar una nueva mascota. Antes tenía un hámster pero mi recién comprada serpiente se lo comió.

De acuerdo. Mindy no se parecía en nada a la gente a la que estaba acostumbrada.

—Oh, yo soy una persona más de perros, gatos, tortugas…

—¡Tortugas! Cierto, no requieren mucha atención. Me gusta más esa idea —dijo dándose la vuelta; tomó su celular y comenzó a llamar a alguien.

Desde mi ángulo de vista podía observar que debajo de su cabello morado había otro tono de color: uno turquesa con mechones rosados.

Incluso vi un tatuaje en su brazo derecho de una paloma que deletreaba la palabra LIBERTAD con ramitas de olivo.

Mindy se quedó hablando un buen rato con esa persona del otro lado de la línea telefónica, y yo buscaba entre los alrededores a más empleados para que me asesoraran ya que ella discutía sobre su siguiente compra en el teléfono.

—Mindy está loca —dijo alguien a mis espaldas.

Me volteé para ver a una chica gordita que llevaba el nombre de la librería bordado en una orilla de la camiseta verde que usaba.

—Soy Rocio, pero todos mis amigos me dicen Shio. Tú debes ser la famosa Anna que Laura nos mencionó ayer, ¿verdad? Acabo de ver que saliste de su oficina.

—Sí, soy Anna. Laura me dijo que hablara con Mindy.

Shio rodó los ojos.

—Ven. Mindy no está en sus cabales como para hacerte una introducción al fascinante mundo de una librería.

Dejé que me tomara de la mano y me condujera hacia la zona cerca de las estanterías de libros de auto ayuda.

—Primero que nada… tienes que usar el uniforme todo el tiempo. Usamos las camisas verdes los lunes, miércoles y viernes, y luego la azul los martes y jueves. Fines de semana usamos morado.

Me condujo a través de una puerta ubicada en un costado de la tienda y nos quedamos paradas cerca de un desorden de cajas cargadas con libros aun sin desempacar. Era una bodega de gran tamaño; un chico asiático que se encontraba desenvolviendo cajas nos miró con recelo cuando pasamos a su lado.

—¿Quién es esta? —dijo malhumorado.

Shio rodó los ojos y puso una mano con manicura rosada sobre su hombro.

—Tranquilo Romeo, es la nueva. Le estoy enseñando todo el trámite.

—¿La embarazada? —miró fijamente mi barriga.

—Sí, ella —respondió Shio—aunque debo decir que no se te nota nada. Como vas a engordar en los próximos meses debes ir pidiéndole a Laura camisas de tamaños más grandes.

Mi rostro se puso rojo de la cólera.

¿Por qué todo el mundo pensaba que estaba embarazada?

—No estoy embarazada —dije entre dientes.

—Ah, ¿no? Laura nos dijo que tu madre le avisó recién hace una semana de tu embarazo.

Maldije por lo bajo.

—A mi mamá se le rayó el disco, está loca —dije—, en realidad no estoy embarazada.

Shio y el otro chico se miraron entre sí con preocupación.

—Pues entonces, cariño, te tocará fingirlo porque no existe otra razón en la tierra por la que Laura te haya contratado.

El chico asiático asintió con la cabeza.

—Laura es una perra malhumorada. Solo te aceptó porque se siente identificada contigo.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo?

—Mira —el pálido chico tomó mi mano y me hizo sentarme en una de las cajas llenas de libros por desempacar—, Laura perdió a un bebé cuando era más joven. Ahora cree que puede redimirse con cada embarazada que mire; en especial si dicha embarazada tiene la edad que ella tenía cuando perdió a su bebé.

—No creas que es amable de nacimiento —dijo Shio sentándose a mi lado—, ella solo es así con los clientes que compran a grandes cantidades y con mujeres embarazadas.

Señaló a mi vientre plano, en donde definitivamente no estaba creciendo un bebé.

—Si le dices que no estás esperando traer a una personita a este mundo, te va a hacer comer mierda por el resto de tu vida. Créeme, ella es una pesadilla cuando se lo propone.

Ahora entendía por qué el trato preferencial que me dio.

No podía creerlo. ¿En qué me había metido ahora?

Tragué saliva.

—Será mejor que te asegures, para el final del día, quedar, de hecho, embarazada o al menos raptar un bebé en nueve meses. Porque Laura es rencorosa y no tienes ni idea de lo mal que te haría pasar si sabe que le estabas mintiendo.

Mierda. ¿Qué clase de trabajo me recomendó mamá?

Por el resto de la tarde los chicos lograron enseñarme el manejo de las cosas. Incluso me mostraron cómo tratar con jovencitas alocadas que buscaban cualquier material con respecto a Edward Cullen, y lo agresivas que podían llegar a ponerse cuando se les decía que todo estaba agotado.

Hasta me enseñaron cómo no mirar fijamente a las mujeres mayores de cincuenta que ponían pilas de libros eróticos a la hora de pagarlos. Aquí no se debía juzgar a nadie por sus preferencias con lo que compraban.

Me vi tentada a llevarle algo de lectura a Mirna; la echaba de menos junto con el resto de los chicos del trabajo.

Aun no había tenido la oportunidad de hablar con Rita para que me diera una explicación en cuanto a su extraña relación con Key. Y ni siquiera había hablado con Adam desde que había aceptado jugar a la parejita feliz con Mason.

Pero cuando vi su motocicleta estacionada fuera de la librería cuando salí del trabajo, tuve la pequeña esperanza de que ya me haya perdonado.

Lo vi recostado contra la pared de ladrillos del local, tomando una bebida helada y poniendo una postura sexy que lo hacía verse como si fuera el rey del mundo.

Llevaba puestas sus gafas oscuras y su chaqueta de cuero negra.

Se me hizo agua la boca.

Al verme, se despegó de la pared y caminó a mi encuentro.

—Linda camisa —dijo viendo el nuevo uniforme que me consiguió Shio—, aunque me gustaba más lo que te hacía usar Porky en el restaurante. En especial aquel traje de policía…

Se detuvo a pocos centímetros de mi rostro y me dedicó una sonrisa de lado.

—Oh, cállate —me puse en puntillas y pasé mis manos por detrás de su cuello.

Él se las ingenió en apretar mi cintura sin siquiera tener que dejar su refresco.

Lo besé en la boca y me encantó sentir sus labios helados presionándose contra los míos.

Dejé que mi lengua lo incitara un poco y luego, no sé si por la valentía que sentía en el momento (o la estupidez, dependiendo de cómo lo mires) le dije la cosa siguiente:

—Adam, quiero que me embaraces… por favor.

Definitivamente él no se esperaba eso. Para ser sincera yo tampoco.

¿En serio le acababa de suplicar porque me embarace?

Su boca cayó abierta y su cerebro se desconectó como por dos minutos completos, podía ver toda clase de reacciones pasar por sus ojos.

—Mierda —respondió.

Lanzó el refresco al suelo y algunas gotitas salpicaron mis piernas.

No sabía si estaba procesando todavía mi idea o si estaba asustado por mi proposición.

La mayoría de chicos eran unos gallinas en cuanto les hablabas de bebés, matrimonio… Alto ahí, matrimonio no. No me quería casar a los dieciocho y sin duda no estaba capacitada para sentar cabeza y ser madre de familia.

Desestimé la idea del bebé rápidamente. Me arrepentí de lo que le dije a Adam, pero ya era muy tarde para retractarme.

¿Qué había hecho?

—De acuerdo, nena. Hagámoslo —dijo él después de pensarlo muy bien—. Traigamos a Noah a este mundo —susurró mientras me tomaba de la cintura y me pegaba a su cuerpo para darme un largo y prolongado beso.

Oh, oh. Yo estaba en problemas.

—¿Mi departamento? —murmuró después de despegarse de mi boca.

Como era de esperarse mis ojos quedaron bizcos después de ese beso borrador de conciencia y moral.

—Claro —me oí responder.

Lo siguiente que supe era que él me estaba llevando en brazos hacia su motocicleta estacionada en la acera y me colocó con cuidado en el asiento de cuero.

Ay Dios, ay Dios, ay Dios.

¿En qué lío me metí?

Yo no estaba pensando con la cabeza… ¡estaba pensando con las hormonas!

No podía tener un bebé de Adam… bueno… tal vez… ¡No!

¡Basta de pensar así, Anna!

Simplemente no entendía por qué rayos salieron de mi boca esas palabras.

—Adam, yo… —no me dejó terminar de hablar y comenzó a besarme nuevamente.

Iba a sufrir una combustión espontánea.

Mi cerebro era puro líquido en estos momentos. No podía recordar ni mi nombre, aunque, curiosamente, sí que podía recordar el suyo.

Enganché mis brazos detrás de su cuello y no me importó la cantidad de personas que pudieran estar viendo el espectáculo gratis que Adam y yo les estábamos regalando, quería devorarlo como a un postre. Como una paleta helada.

Mmmm…

—Mejor nos ponemos en marcha —dijo cuando logró separarse de mis labios.

Protesté (en serio, protesté) y lo tomé de las solapas de la chaqueta para pegarlo una vez más contra mi boca.

Me importaba un carajo respirar, sólo quería comérmelo a besos…

—Anna… cierto que soy todo terreno pero… hay mucha gente viéndonos. Tal vez preguntándose si nosotros simplemente vamos a hacerlo sobre mi motocicleta, aquí, en el espacio público.

La niebla de deseo se disipó por unos instantes para permitirme ver el resto del estacionamiento, una señora le tapaba los ojos a su hija mientras corrían hacia su auto. Varios chicos de colegio se quedaron parados en medio de la acera solo para vernos; y parejas de distintas edades simplemente se reían de nuestra muestra pública de afecto.

Bien. Me había dejado llevar.

Grandioso.

Ahora iban a pensar que yo era una pervertida, porque definitivamente la imagen de pervertida ya la tenía: en algún momento abrí mis piernas y empujé a Adam entre ellas, lo tenía todavía agarrado de las solapas de la chaqueta y, en medio de nuestro majestuoso beso, logré desordenarle el cabello.

Sip, la gente debía verme como una pervertida.

Tratando de salvar lo poco que quedaba de mi dignidad, lo aparté suavemente y recompuse mi falda y mi propio cabello (que estaba igual de despeinado que el de Adam).

—Creo que es hora de irnos —dije con voz neutra. Me coloqué bien en el asiento y esperé a que Adam se subiera frente a mí.

Finalmente se subió y lo vi reacomodarse dos veces antes de poner en marcha el motor.

Iba a arrancar cuando le grité que parara.

—Se te olvidó el casco —le recordé.

—Oh, cierto —dijo con voz lejana. Se reacomodó nuevamente en el asiento y me pasó uno de los dos cascos que llevaba en la parte frontal de la motocicleta.

Me lo puse y arrancamos, no sin antes volverse a reacomodar.

¿Por qué rayos se reacomodaba tanto? Tal vez viajar conmigo era incómodo.

Le rodeé la cintura con los brazos y pegué mis muslos a su espalda… lo que no fue buena idea ya que eso provocó que nos saliéramos de la carretera.

—¡Adam! —grité.

—¡Es tu culpa! —me gritó de regreso.

—¡¿Mi culpa?!

—Solo… solo nada de contacto hasta que lleguemos al departamento.

—Bien —respondí de mala gana.

Quité mis manos de su espalda y me agarré al asiento; si me caía de la motocicleta y me partía el cráneo, iba a pesar en su conciencia.

Adam manejó relativamente despacio y con cuidado; en todo el camino estuve pensando en cómo decirle que ya no quería que me embarazara.

La vergüenza me carcomía por dentro.

Un bebé cambiaba las vidas de las personas… yo no estaba lista para tener uno.

Finalmente llegamos a su ostentoso edificio, y estacionó la motocicleta en el sótano.

Tomamos el elevador y en menos de un minuto nos encontrábamos justo fuera de la puerta de su departamento.

Me picaban los dedos de las manos y quería reprimir la urgencia de salir corriendo como cobarde.

Una vez dentro, me senté en el mismo sofá en el que un día atrás compartíamos bromas con su sobrina y nos reíamos de las peores galletas de la fortuna.

—¿Quieres algo de tomar? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

Se podía sentir la tensión y la incomodidad en el aire; esperando cualquier momento para explotar.

Adam se sentó a mi lado; su brazo rosando el mío, su perfume invitándome a tener mi nariz pegada contra su piel todo el día… y fue como si la bomba estallara: ambos empezamos a besarnos con furia, como si nunca en la vida nos hubiéramos besado antes (o como si no pudiéramos pasar ni un solo segundo sin la boca del otro); de alguna manera logré quitarle la chaqueta y lanzarla contra el suelo. Los dos terminamos recostados sobre el sofá, y mi cabeza descansaba sobre un suave cojín mientras Adam me embriagaba con sus besos.

Él sostuvo mi mandíbula con su mano e inclinó mi cabeza en la mejor posición para hacer nuestro beso algo más hambriento y posesivo.

Nuestras lenguas se acariciaron y sentí el peso de Adam cambiar mientras llevaba una mano por debajo de mi camiseta.

De alguna forma reaccioné y logré separarme de sus labios.

—Adam… —no sabía cómo decir esto— lo estuve pensando y… —me quedé sin habla cuando él comenzó a levantar mi camisa a la vez que depositaba pequeños mordiscos en mi cuello.

—¿Sí? —preguntó aun torturándome.

—Lo que dije en el estacionamiento… —sus dedos acariciaban mi vientre y lentamente comenzaron a subir—, lo del bebé…

—Ajá... —sus dientes mordisqueaban mi cuello mientras yo rogaba para que no fuera a dejar marcas.

—Yo… —¿qué iba a decir? ¡¿Qué?! Ni siquiera podía recordarlo—, es que…

Sus dedos subieron hasta mi sujetador y me estremecí.

Su boca llegó a la mía en cuestión de momentos.

Cuando uno de sus dedos se coló entre mi sujetador y tocó la piel sensible de uno de mis senos, jadeé.

Mason siempre intentaba meter mano dentro de mi blusa pero yo no lo dejaba llegar más que a mi ombligo. Con Adam… bueno, quería romper todas las reglas con él.

Entonces recordé la razón por la cual estábamos en su departamento: se me había zafado la cordura y le pedí que me embarazara.

Creo que me afectó hablar con mamá y oírla mencionar tanto la palabra embarazo.

Reaccioné y abrí enormemente los ojos. Hice el intento de sentarme pero lo único que provoqué fue chocar contra la frente de Adam.

Ambos protestamos al sentir el golpe y yo llevé mi mano a mi frente y eché de nuevo mi cabeza hacia atrás, hacia el cojín.

Los dedos invasores de Adam seguían debajo de mi camiseta pero ya no jugando dentro de mi sujetador.

—Lo siento, yo… es que no creo que esté lista para embarazarme y tener un bebé —dije con el rostro en llamas. Solo quería huir y meter mi cabeza en un hoyo—. Estuve pensando con claridad y no estoy calificada para hacer esto.

Adam rió y se apartó un poco de mi cuerpo para darme espacio.

—Anna, yo tampoco estoy listo para ser padre. No es el destino que Noah venga al mundo todavía. Solo quería ver cuánto tiempo te iba a tomar para que entraras en razón; pero créeme, nena, si tú dices ahora… pues lo hacemos ahora. Si me dices nunca… entonces tendré que esperar hasta hacerte cambiar de opinión.

Me mordí el labio y sonreí aun con mis mejillas calientes en vergüenza.

—Algún día —prometí.

—Estaré esperando ansioso —se inclinó y besó mi boca… y continuó, y continuó besándome con avidez.

Llevé mis manos a su cuello y me perdí en ese beso.

Sus dedos apretaron el hueso de mi cadera y yo suspiré en sus labios.

—Espero que tomes en cuenta todo el sacrificio que estoy haciendo por no llevarte a mi cama justo en estos momentos —susurró contra mi oído—, me siento como un mártir.

Mejillas, no se sonrojen.

—Deberían hacer una estatua en mi honor. Hombre…

Pero los besos se detuvieron cuando mi celular comenzó a timbrar desde el bolsillo de mi falda.

Adam apartó su boca de la mía y me sonrió como la viva encarnación del pecado.

—Veamos en dónde está tu celular —dijo y comenzó a dirigir sus manos por los costados de mis caderas.

Me ahogué en mi propia saliva.

Adam iba a hacer que me diera un ataque cardiaco si seguía pasando sus dedos por todo mi cuerpo.

—Bolsillo derecho —alcancé a susurrar antes de quedar muda repentinamente cuando dejó su mano en mi muslo y comenzó a acariciar de arriba abajo, de arriba abajo mi pierna.

Esto iba a acabar conmigo en cualquier momento.

Finalmente alcanzó mi celular y vio el nombre de la persona que me llamaba.

Sus dedos se cerraron sobre mi carne.

—Anna está muy ocupada en estos momentos como para atender —respondió—. Habla su novio.

Se detuvo un momento para escuchar la contestación y me sonrió perversamente diciendo:

—Sí, señor. Estoy viendo a Anna justo en estos momentos, está jadeando, sudada y con los ojos para atrás… debajo de mí. ¿Algún problema con eso?

Salí de mi estupor al escucharlo hablar con quien sea que me haya llamado.

—¡Adam! —lo regañé y me erguí todo lo que pude debajo de su cuerpo.

Traté agarrar mi celular pero él lo apartó y se lo pasó a la otra mano.

—De nuevo: Anna no puede atender ahora. Tiene las manos bien atadas en algo justo en este instante. ¿Quién iba a decir que le gustaban las esposas? Nunca se me hubiera ocurrido…

—¡Adam, ¿quién es?! —susurré ya enojada.

Él tapó el auricular del teléfono y me dijo:

—Es tu padre. No te preocupes, estoy manejando muy bien la situación, nena —me guiñó un ojo y continuó hablando como si nada.

—¿Mi padre? ¡Adam dame eso! —me moví para quitarle el celular pero él se levantó y se apartó lo más lejos posible de mi lado.

Antes de que pudiera escapar hacia la cocina, me lancé contra su espalda y me sujeté de su cuello para evitar caer.

Subí mis piernas hasta su cintura y ahí intenté de nuevo quitarle el celular.

—¡Adam!

—Bien, parece que tengo que regresar a mi labor de complacer a una dama muy insaciable —volvió a decir.

—¡Que me lo des ya! —grité furiosa.

—Upss… tengo que colgar. Nuestra Anna es una pequeña cosa furiosa —murmuró él, caminando conmigo a cuestas sobre su espalda.

Lo golpeé en el estómago con mi pie pero lo único que provoqué fue que mi zapato cayera al suelo.

—¡Dámelo! —volví a gritar.

Adam me movió de su espalda para dejarme en un costado, sobre su cadera, y allí, ambos comenzamos a luchar por el control del celular.

—Soy un hombre con una misión… mejor cuelgo antes de que se desespere —le pegué en el brazo y eso hizo que el celular cayera lejos, estrellándose en el suelo.

Adam y yo dejamos de luchar para observarnos el uno al otro. Entonces, repentinamente, comencé a golpearle el hombro y el pecho.

—¡Cómo… te… atreves… a decirle eso… a mi papá…! —mis golpes parecían no surtirle efecto ya que ni siquiera lograban moverlo ni un centímetro de donde estaba parado.

—Anna… escúchame.

Me removí entre sus brazos y me acerqué para morderle el cuello.

—¡Anna! —me subió a una mesita de tocador y se quedó entre mis piernas, con su frente pegada a la mía, ambos sudorosos y respirando fuerte—. Escúchame, sólo un momento.

—Después de todo lo que acabas de decirle a mi papá no dudo que cuando llegue a casa me quiera enviar a un convento y me obligue a ser monja —chillé.

Él comenzó a reír.

—¡No te rías! ¡¿Cómo pudiste?! —Pero incluso yo ya estaba riéndome.

—Nena, fue una broma. No era tu padre quien hablaba.

—¿Entonces quién…?

—Fue ese jodido lame bolas de toro.

—¿Quién?

Adam suspiró fuertemente.

—Tu ex novio. Quería recordarte que te espera en su casa a las siete porque su madre quiere verte para la cena.

—Oh.

—No entiendo por qué tienes que hacerte pasar por su novia. Es tan poco hombre que no puede conseguirse una propia.

—Oye, solo será por dos días. Su madre es una buena mujer, pero él es un asno. No lo hago por él, ya hablamos de esto —moví mis ojos hasta su clavícula y lo besé allí brevemente.

No se me había pasado por alto que tenía sus manos puestas a ambos lados de mis piernas y que mi falda estaba un poco más arriba de lo normal.

—Mordiste mi cuello —no era una pregunta, era una afirmación.

Asentí con la cabeza, viendo las pequeñas marcas de mis dientes justo sobre su hombro izquierdo.

—Bien, a mí me gusta aplicar la ley de la igualdad —dijo y con eso comenzó a mordisquear mi cuello también.

Iba a protestar pero esto se sentía tan bien que simplemente eché la cabeza a un lado para que su boca abarcara más territorio.

Sentí su sonrisa ganadora por mi cuello, y su lengua la acompañó con rítmicos golpecitos.

Había notado que a Adam le gustaba mucho besar mi cuello. Sonreí pensando que tal vez en su otra vida debió ser un vampiro.

Me acerqué para olfatear su camisa, respirando hondo cuando olí su deliciosa fragancia. Estaba tan perdida en sus atenciones y en la forma en la que comenzaba a reaccionar su cuerpo que, cuando escuché unos piececitos moverse hacia nosotros, no pude reaccionar a tiempo para retirarme de él.

—¡Tío Adam, ¿qué le haces al cuello de Anna?! —gritó Nicole horrorizada.

Rápidamente él se apartó de mí.

Yo todavía estaba sobre la mesa del tocador, respirando con dificultad, con mi falda levemente hacia arriba y con el cabello enredado y pegado sobre mi frente.

—¡Adam! —llamó su abuela. Su voz parecía provenir desde la cocina—. Espero que no te importe pero te trajimos algunas cosas del supermercado. Ayer noté que no tenías nada y… oh… —se quedó paralizada al verme en mi condición actual, y al ver a Adam todo sonrosado y sudoroso.

Mi rostro estaba demasiado lejos de ser llamado rojo, esta tenía que ser la tonalidad de la vergüenza en carne viva.

Hice un esfuerzo por bajarme de la mesita, y acomodé mi falda lo mejor que pude; evitando hacer contacto visual con la abuela de Adam y con la niña.

De solo pensar en las cosas que pudieron hallarnos haciendo si hubiéramos estado en ese sofá, se me ponía más rojo el rostro.

—Pero, hola ahí jovencita —dijo la señora de cabello canoso, su sonrisa de complicidad se extendió por todo su rostro—, eh… lamento haber interrumpido… por segunda vez esta semana. Lo siento mucho.

—No, no hay problemas. Yo… yo ya me iba —dije, busqué con la vista mi celular en el suelo y lo recogí aun con la cara ardiendo.

—¡No te vayas! —gritó Nicole—. Yo también quiero jugar a los vampiros contigo y el tío Adam. Porque, ¿eso estaban jugando, verdad?

Mi rostro se siguió calentando cada vez más.

—No, Nikky —dijo su abuela—; ese juego sólo los adultos lo juegan.

—Aiishh… ojalá tuviera veintisiete —la niña hizo un puchero encantador y se cruzó de brazos.

—¿Llevaste a Nicole al supermercado contigo, abuela? —preguntó Adam. Su voz se estaba llenando con un borde asesino.

Rodé los ojos ante la excesiva necesidad de proteger a su sobrina.

—No, no la llevé conmigo. La recogí en casa y utilicé la llave que me diste para entrar a tu departamento. Aunque creo que la próxima vez mejor llamo primero a la puerta.

Y ahí va de nuevo mi rostro a ponerse rojo.

—Bien —contestó él—. Voy a llevar a Anna a su casa. Quédate todo el tiempo que quieras.

—Un placer verte de nuevo, Anna —dijo ella, acercándose para darle un beso a mi mejilla.

—Igual. Nos vemos luego Nicole —me despedí también de la niña y le sobé la cabeza.

Ella me retuvo un momento más y susurró:

—¿Besaste al tío Adam por treinta minutos?

—Sí —respondí en voz bajita.

—¿Y…?

—No ocurrió nada —le aseguré.

—Oh, debe ser porque aun no tienes veintisiete.

Asentí con la cabeza, tratando de verme lo más seria posible.

—Yo creo lo mismo —susurré.

Una vez que me puse de pie (y encontré cerca de la sala el zapato que se me había caído) fui escoltada hacia la salida por Adam.

Él agarró su chaqueta del suelo y me sonrió en complicidad al recordar la urgencia que ambos teníamos hace un momento por desaparecer nuestras ropas.

De nuevo… mi rostro cambió de tonalidades.

Me despedí de todos, incluso de Steve que estaba escondido detrás del sofá, y salimos de su apartamento en silencio.

—Será mejor que vaya directo a casa de Mason —le dije mientras caminábamos.

—De acuerdo. Dime dónde es y yo te llevo.

—Esa no me parece una buena idea. Creo que a la madre de Mason le daría un ataque si me ve bajando de una motocicleta con un tipo tatuado.

Adam enganchó mi mano con la suya y caminamos hacia el elevador con nuestros dedos entrelazados.

—Mientras use ropa nadie sabrá que soy un chico tatuado, a menos que quieras que me quite la camisa para que ella vea el espectáculo completo.

—No seas tonto. Mejor tomo un taxi hasta allá.

—No, nena. No discutas conmigo. Yo te llevo y me quedo contigo durante la cena.

Me detuve en seco.

—Adam… no vas a ir a la cena en casa de Mason.

Él no me miró a la cara cuando dijo:

—Por supuesto que iré. Quién sabe lo que ese lame ubres de vacas haría si no estoy allí para ponerlo en orden.

—No te va a dejar quedarte… ¿qué le voy a decir a su madre cuando me vea aparecer contigo?

Se encogió de hombros.

—Dile que…



CAPÍTULO 19

Entre vampiros, entre lunáticos.

—Este es mi primo, Adam.

A la abuela de Mason se le desencajó la mandíbula al verlo. Y no solo a ella, también a la señora Henrietta, la madre de mi ahora novio falso.

Al parecer la cena fue hecha con la intensión de convertirse en una reunión familiar. Llegamos justo a tiempo para verlos sentados alrededor de una gigantesca mesa de madera que ubicaron bajo carpas al aire libre.

Todo el lugar estaba iluminado por antorchas y luces de navidad.

No sabía que Mason pudiera tener tantas primas, pero todas se encontraban babeando y dándole miradas no tan discretas a mi novio... eh, primo.

Sabía que sería una terrible cosa llevar a Adam y presentarlo como mi primo, pero para empezar, fue su idea, no la mía.

Mason pegó el grito al cielo cuando nos vio llegar juntos. Adam lo amenazó con partirle la nariz si no dejaba que él estuviera presente en cada cosa que hiciéramos.

Finalmente (y bajo serias amenazas más) Mason cedió y lo dejó quedarse.

La señora Henrietta inmediatamente se puso de pie cuando hice mi llegada, y me saludó con dos besos en ambas mejillas.

—¡Mi querida niña! —habló en mi oído mientras me envolvía en un fuerte abrazo—. Pero qué bueno verte nuevamente. La última vez que te vi estabas de este tamaño —Ella puso una mano sobre su hombro y comparó esa altura con mi estatura actual—. Y siempre tan bonita e interesada en mi Mason.

Jaló el brazo de Mason y lo pegó a mi costado.

Tuve que mostrarle una de mis sonrisas falsas para enmascarar la repulsión que me daba estar con él. Aun no había olvidado lo que hizo con Marie el muy sinvergüenza.

—Completamente enamorada como la primera vez —aseguró Mason pasando su brazo sobre mis hombros—. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Yo estaba en el taller mecánico con papá y tú venías agarrando la falda de tu madre mientras ella entraba a su oficina para que le repararan una llanta.

Volví a darle otra sonrisa tensa y falsa, él presionó su agarre aun más fuerte sobre mi piel.

—Eras la niña más bella que haya visto —continuó diciendo—, tenías los ojos tan grises y tan inusuales que caí enamorado desde esa vez.

Escuché a varias chicas suspirar y tuve que resistir la tentación de rodarle los ojos.

Sí claro, enamorado y acostándose con Marie para "obtener experiencia".

Volví a sonreír falsamente.

—Por cierto, no sabía que tenías primos tan apuestos como este —me dijo la señora Henrietta, intentando coquetear con Adam—. Pero mira cuánto músculo bien formado. ¿Te gustaría posar desnudo para mí?

Me atraganté con mi propia saliva. La mamá de Mason era una artista y constantemente hacía esculturas en piedra para donarlas a plazas locales; no era sorpresa alguna que ella siempre trabajaba con desnudos, lo que sí era una sorpresa fue que se lo pidiera tan descaradamente a Adam.

—¡Mamá! —regañó Mason— ¿Podrías no hacer esto ahora?

—Oh, no es ningún problema —respondió Adam—, la cuestión es que tengo una novia muy celosa y no creo que le gustaría que alguien más, aparte de ella, me viera desnudo.

Lo miré de reojo.

Él estaba de lo más divertido con esto.

—Pero ella no tiene por qué saberlo —le murmuró la señora Henrietta—. Además, si yo fuera ella, sería todo un honor poder ver el cuerpo de mi novio inmortalizado en piedra.

—No la conoce, probablemente me patearía en las partes privadas. Es un poco agresiva, siempre está golpeándome en el hombro u obligándome a conseguirle barras de chocolate blanco a las tres de la madrugada —la mentira salía con facilidad de los labios de Adam. ¡No era justo! Se estaba pintando como víctima—, y si no se lo llevo a tiempo, ella se enoja mucho… —tembló ligeramente.

¿Qué rayos…?

Disimuladamente acerqué mi pie al de Adam y le di una patadita en la espinilla para que se detuviera.

—Oh, pobre muchacho —la madre de Mason le hizo pucheros y lo tomó del brazo—, ¿quieres algo de té helado y comida hogareña para sentirte de buen humor?

Adam asintió, modesto, humilde.

¡¿A qué estás jugando, Adam Walker?!

La madre de Mason salió disparada hacia la comida dispuesta a lo largo de la mesa de madera y empezó a rellenar un plato con todo lo que miraba a su alrededor.

Me separé de Mason y miré fijamente a Adam.

—Adam, ¿qué piensas que estás haciendo? —dije entre dientes.

Se encogió de hombros.

—Me estoy metiendo en el papel. Así tal vez alguien se trague esa mentira de que ambos están saliendo.

—Es cierto —estuvo de acuerdo Mason—, Anna tienes que ser más cariñosa conmigo.

—Oye, cuidado con lo que dices —espetó Adam.

—Solo digo que quizás podríamos tomarnos de la mano, o yo puedo darte un beso ocasional…

—Si veo que le pones una mano a Anna, en donde sea, te voy a patear hasta que veas doble. También será mejor que mantengas tu sucia boca lejos de los labios de mi chica.

—Enfermo —murmuró Mason.

Tuve que ponerme en medio de los dos para que no se fueran a agarrar a golpes.

—Suficiente. Si siguen así, la situación se va a descontrolar —los miré a ambos a los ojos—. Tienen que comportarse, de ahora en adelante, si están a punto de perder los estribos por lo que diga o haga el otro, dirán una palabra de seguridad.

—Mmm… me gusta eso —mencionó Adam—, ¿qué tal si usamos la de esta tarde?

Abrí la boca y luego la cerré.

—¿De qué hablas? No hemos usado ninguna palabra de seguridad…

—Claro, tienes razón. Se me olvidaba que fuimos directo al grano y me pediste que te esposara contra la cabecera de la cama.

Mason gruñó.

Por mi rostro reptó el calor y la vergüenza.

¿Cómo se atrevía a decir eso frente a Mason? Lo que es, por cierto, una gran mentira.

—Deja de mentir —lo regañé. Me iba a volver una novia golpeadora si él continuaba provocándome de esta manera.

—¿Cuál es la palabra de seguridad? —dijo Mason, enojado y apretando su mandíbula con vigor.

—¿Qué tal: vampiro? —sugirió Adam. Entonces dirigió sus ojos verdes a los míos y me guiñó el ojo, recordando tan bien como yo cuando su sobrina creyó que jugábamos a los vampiros, aunque en realidad él estaba aniquilando mis nervios con sus pequeñas provocaciones a mi cuello.

—Bien —accedió Mason de mala gana—, vampiro, vampiro, vampiro.

Resoplé.

—Mase, no se supone que comiences a decirlo sino hasta que lo necesites. Cuando estés a punto de estallar.

—Oh, créeme Anna, lo necesito.

Él y Adam comenzaron a retarse con la mirada.

Rodé los ojos.

Hombres posesivos. Tenían la estúpida necesidad de marcar territorio en cada poste de luz o hidrante que hubiera en su camino.

—¡Chicos, siéntese a comer antes de que se enfríe! —nos llamó la señora Henrietta.

Los tres avanzamos, y en el camino saludé a algunas de las primas de Mason que fueron compañeras mías en el colegio o durante la escuela.

El papá de Mason me reconoció con un asentimiento de cabeza y le sonreí a cambio. Él era bastante callado y tranquilo, quien hablaba más en la relación era su esposa. Ella recientemente se había ido de viaje por un largo tiempo, la trataron en algunos hospitales extranjeros debido a que fue una luchadora contra el cáncer de mama. Perdió un seno pero tiene una bien hecha cirugía que hace prácticamente imposible dejar ver la batalla con la que tuvo que tratar.

Parte de mi decisión de aceptar fingir las cosas con Mason fue por ella; porque sabía que no tendría las fuerzas para decirle que entre su hijo y yo las cosas no funcionaban. Pero eventualmente tendría que soltarle todo.

Debido a la quimioterapia que recibió, su cabello fue cayendo, provocando que el uso de pelucas fuera necesario. Ahora lucía una de color rubio, totalmente opuesto a su color natural que era tan parecido al de Mason.

Ella palmeó el asiento vacío a su lado y llamó a Adam para que sentara allí. Yo tomé el asiento a la par de Adam y Mason ahuyentó a su primo para sentarse junto a mí.

—Toma, querido —dijo ella pasándole un enorme plato de comida que contenía desde costillas de cerdo hasta bistec con papas y una selección de vegetales y comida digna para un carnívoro de primera categoría—, para que olvides a esa posesiva novia tuya.

—Usted si sabe cómo complacer a un hombre —dijo Adam llevándose a las manos el primer trozo de carne jugosa que seguidamente metió en su boca—, delicioso.

Volví a rodar los ojos.

Parte de su labio inferior se llenó con salsa barbacoa, e inmediatamente más de cinco manos con servilletas quisieron limpiarlo.

Él los rechazó amablemente y se quitó el exceso de salsa él mismo.

Mason también me pasó un plato y comenzamos a comer, olvidando momentáneamente la pelea de hace minutos atrás.

Adam involucraba a toda la familia de Mason a su plática, él era el centro de atención y a nadie parecía molestarle… bueno, tal vez a Mason. Pero definitivamente Adam tenía comiendo de la palma de su mano a todos.

Ahora quería ser yo la posesiva cada vez que las tías, primas (e incluso la abuela de Mason) coqueteaban descaradamente con mi novio. Si no se detenían tendría que usar la palabra de seguridad rápidamente.

—Escuché que te despidieron del restaurante —mencionó Mason—. Lo lamento. Creo que en parte es mi culpa.

—La culpa fue de Marie —dije tranquilamente y en voz baja—, ¿la recuerdas? La chica con la que te acostaste en más de una ocasión y luego viniste arrepentido a mis brazos diciendo que querías recuperarme.

Él resopló y se echó para atrás en su asiento.

—Anna, si de culpables hablamos, por qué no mejor señalas a tu propio novio —respondió igual de bajo—, ¿cómo puedes perdonarle a él una indiscreción mayor que la mía?

Iba a murmurar mi respuesta pero una mano que subió lentamente por mi pierna me detuvo.

Tragué saliva y miré disimuladamente a Adam. Él seguía tranquilamente platicando con la señora Henrietta y con la familia a su alrededor.

—Mejor sigo comiendo —dije débilmente y acerqué una gran cucharada de puré de papas a mi plato.

Mason puso mala cara ante mi intento de cambiar de tema, y continuó devorando su comida.

—No puedo creerlo —musitó enfadado. Lo ignoré porque la insistente mano de Adam estaba subiendo demasiado arriba.

Tenía miedo que alguien lo fuera a ver. ¡Se suponía que era mi primo! Se mirará tan mal si descubrieran cómo jugaba con la sensible piel de mi muslo.

Intenté apartar su mano, alejando mi pierna. Pero él me sostuvo en mi lugar y continuó torturándome.

Le lancé miradas de reojo solo para encontrarlo tranquilo e imperturbable mientras llevaba a cabo una plática.

Me llevé a la boca un poco de puré y casi me atraganto al sentir sus dedos traviesos tocar el encaje de mi ropa interior.

Con un dedo estiró el elástico de mis bragas, y segundos después lo soltó para que regresara a su lugar haciendo que me sobresaltara cuando chocó contra mi piel.

¡Vampiro, vampiro, vampiro, vampiro!

A este paso me iba a quemar el rostro. Estaba demasiado acalorada como para pensar con claridad.

Aun tenía la cuchara con puré en mi boca, la retiré antes que alguien notara mi comportamiento extraño.

No había pasado ni un minuto cuando Adam volvió a repetir la misma acción, pero esta vez se demoró más tiempo desviando sus dedos por entre mis piernas.

Mierda.

Arrugué la servilleta de papel que tenía en la mano y doblé mis dedos hasta que mis nudillos se volvieron blancos.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Mason al notar que me estaba apoyando contra la mesa, respirando como si hubiera corrido una maratón.

Intenté hablar pero simplemente las palabras no salieron de mi boca.

Negué con la cabeza, llevando mi temblorosa mano hacia un trozo de carne servido en mi plato, pretendiendo como si la mano de Adam no estuviera en medio de mis piernas, tocando más allá de lo que alguna vez le permití a alguien tocar.

Adam seguía con la exploración y yo tuve que morderme el labio con fuerza cuando sus dedos tocaron más y más piel.

Finalmente encontré mi voz para hablar en dirección a su oído:

—Adam… es mejor… antes que todos… porque… —balbuceaba sin poder formar oraciones completas— no quiero que… yo… yo…

Lo escuché soltar una risita y dejó su mano quieta por un momento.

Entonces volvió a atacar con fuerza.

Salté de mi asiento y al instante sentí su mano deslizarse fuera.

—¡Vampiro! —grité de manera desquiciada y cargada de adrenalina.

Todos los ojos se posaron en mí.

Mason me miró sospechosamente.

—¿Vampiro? —pronunció Henrietta, viendo en todas direcciones, como si de hecho estuviera buscando alguno—, ¿dónde?

Esperaba que más de una persona se riera pero todos me miraban, serios, incluso con un poco de temor.

—Eh… olvídenlo. Yo… solo… Tengo que ir al baño.

Intenté abrirme espacio entre la silla de Mason y la mía, pero él no quería cooperar.

—¿Viste un vampiro? —preguntó un chico desgarbado que en su plato tenía únicamente sobras y huesos de pollo.

Me giré en su dirección y negué con la cabeza.

—No, no es eso. Lo que pasa…

—El tío Blaz una vez vio una de esas criaturas —susurró una señora entrada en edad. Creo que era una de las tías de Mason. Ella señaló en dirección a un tipo con cabello negro que ocupaba la silla de enfrente—. Tuvieron que llevarlo a un psicólogo para tratar de tranquilizarlo y hacer que hablara nuevamente.

—¿Qué fue exactamente lo que viste? —preguntó el que creía era el tío Blaz.

—Yo… —tragué saliva. Miré a Mason para que me ayudara a inventar una buena excusa pero él no miraba en mi dirección, en su lugar, estaba enfocado en su teléfono—. Estoy segura de que era alguien intentando hacerles una broma.

Me mordí el labio.

Yo era pésima inventando excusas. ¿Por qué Adam tenía que hacerme eso justo en medio de una reunión familiar?

Vaya, hubiera aceptado que lo hiciera en su departamento… hasta en el baño, o al menos en un lugar con cuatro paredes y cero audiencia (no le pedía mucho a la vida). Pero no, él elegía este momento para sacarme de mis cabales.

—¿Piensas que era alguien disfrazado? —volvió a hablar Blaz, noté irónicamente que él sí que parecía tener nombre de vampiro… hasta tenía la pinta de uno—. ¿Estás segura de lo que viste?

Increíble. Hablaban de este tema con una seriedad…

—Umm, sí.

—Bien. Tengo un arma cargada en mi maletero —gritó esta vez para todos—, ¿quién viene conmigo para atrapar a ese hijo de puta que nos quiere jugar una broma?

—¡Vamos a darle una lección! —gritó alguien.

Varios gritaron de regreso, en aprobación.

Entonces unos cinco hombres se levantaron de la mesa, y gruñendo se movilizaron por todo el patio trasero, rebuscando entre los arbustos por alguien que no existía.

—Todavía estoy sensible por lo que me pasó hace semanas como para que un cabrón venga y quiera asustarme —murmuró Blaz, su voz quebrándose en las últimas palabras—, pero esta vez estoy armado, ¿oíste? Esta vez no estoy solo…

Las voces de los hombres se perdieron cuando giraron en una esquina y se apresuraron hacia sus vehículos.

Bueeeeno, pobre de aquel que decidiera aparecerse por sorpresa frente a ellos.

Me sentía culpable por si algo llegara a pasarle.

Le lancé una sucia mirada a Adam y a Mason por no ayudarme, pero el primero estaba haciendo el mayor intento de su vida por no echarse al suelo y reír hasta llorar; y el segundo finalmente dejó su celular para prestarme atención.

—¿Dijiste que querías ir al baño? —preguntó ¡¿dónde estuvo su mente en los pasados cinco minutos, cuando lo necesitaba?! —Bien, vamos. Te enseñaré dónde es.

No sabría decir si realmente escuché o me imaginé a Adam reír como si le estuviera dando un ataque de asma. Pero me movilicé, le di una palmada en la cabeza y seguí a Mason hasta el interior de la casa.

Entramos por la cocina y luego pasamos la sala familiar; cruzamos un pasillo con vista a un hermoso y bien cuidado jardín, y finalmente Mason se detuvo en la penúltima puerta haciéndome un gesto con la mano para que entrara.

El baño tenía un tamaño ideal, no muy grande ni muy pequeño.

Toda la habitación estaba pintada de azul, y tenía unas baldosas en color gris que contrastaba perfectamente con el resto del baño.

Iba a cerrar la puerta, cuando, Mason se apresuró a entrar detrás de mí y terminó cerrando en mi lugar.

No entendía qué estaba haciendo y sentí un breve momento de pánico.

¿Qué me iba a hacer aquí en el baño?

¿Tal vez regañarme por jugar con los nervios de su tío?

—Mason… lárgate antes de que comience a gritar —lo amenacé.

Él me tomó del brazo y me empujó contra su pecho.

Estaba llenando mis pulmones de aire para así poder chillar con fuerza, pero su enorme mano tapó mi boca en un segundo y me pegó contra una pared.

Ahora sí empezó el miedo a circular por mis venas.

—No te vayas a asustar —me dijo—, no pienso hacerte nada. Sólo quería hablarte por un momento sin que el gorila que tienes por novio amenace con desfigurarme. Quiero darte algo.

Él registró los bolsillos delanteros de su pantalón, y sacó una pequeña cosa blanca que encerró en su mano.

—Voy a quitar mi mano de tu boca… pero no vayas a gritar. Te repito: no quiero hacerte daño.

Lentamente, uno a uno, sus dedos se escabulleron de mis labios sellados.

No grité pero sí lo golpeé en el estómago.

—¡Tonto!

—Auu —se dobló un poco—. Solo quería darte esto.

Me tendió un rectángulo, no más largo que tres centímetros, y lo depositó en mi palma.

—¿Qué es esto?

La pequeña cosa tenía tapadera. La abrí e inmediatamente la reconocí: era una memoria USB, un pendrive.

—¿Y esto para qué? —pregunté viéndolo a los ojos. Lo único que deseaba hacer era huir a un lugar más público y salir de este baño, no me gustaba estar encerrada con Mason.

Esta era la última vez que le hacía un favor.

—Solo mira los archivos que guardé dentro, ¿sí?

Lo miré con curiosidad. ¿Qué clase de cosas guardaba para mí?

—Te dejo sola —dijo, y antes de que pudiera preguntarle más, salió.

Ufff, necesitaba echarme agua en la cara.

Este fue un día muy largo.

—Lamento que no pudieran encontrar al tipo que intentó molestar —le dije al tío Blaz, quien se miraba derrotado después de una hora de búsqueda.

—No, gracias a ti por avisar lo que viste. En esta familia no nos tomamos muy bien esos temas.

Sí, ya lo notaba.

Adam, que estaba a mi lado, intentó no echarse a reír nuevamente.

Lo codeé para que se tranquilizara y aun no mencionara nada del tema.

Al final de la noche me despedí de todos los que pude; y escuché palabras de varios que me catalogaron como la mejor de las novias que Mason había tenido.

La señora Henrietta me llamó aparte y me envolvió en sus brazos; ella tenía un particular olor a mandarina con fresas.

—Fue bueno verte, muñeca —dijo cuando nos apartamos del apretado abrazo—, mañana regreso a mi último chequeo con el médico y espero verte por aquí a la hora de despedirme.

Asentí con la cabeza y le sonreí.

—Vendré la otra semana y lo primero que haré será celebrar que estoy fuera de peligro —continuó hablando con su cálida y suave voz—; espero verte también por aquí. Y trae al guapo y comestible Adam.

—Claro que lo haré. Espero que los resultados salgan bien.

Sería difícil admitirle a ella que su hijo y yo ya no andábamos juntos desde que salimos de la secundaria, pero no sabía cómo decirle toda la verdad sin que pensara que yo era una cabeza hueca superficial y rompe corazones.

Tendría que inventar una buena excusa para cuando ella volviera permanentemente a la ciudad y notara que Mason y yo no estábamos realmente juntos.

—No te preocupes por eso; preocúpate más bien en no dejar ir a ese chico —por un momento pensé que ella me estaba leyendo el pensamiento, hasta que recordé que lo último que le dije fue acerca de sus resultados.

Fruncí el ceño momentáneamente.

—¿A Mason? Claro, haremos que funcione hasta donde se pueda —respondí sin ninguna emoción en mi voz.

Henrietta sacudió la cabeza.

—No hablo de mi hijo, me refiero a Adam. No lo dejes escapar de tu vida, es un buen muchacho.

Pero… ¿cómo lo sabía? ¿Qué…?

—A ambos se les nota —respondió a mi pregunta no dicha en voz alta—, en ningún momento él dejó de verte en cada movimiento que hacías, escuchó atentamente las palabras que decías durante la cena y no se perdió de ver cuando un mechón de cabello caía por tu rostro. Tienes a un chico muy devoto por ti, muy enamorado.

Me ruboricé brevemente.

—Sí, yo como que también estoy enamorada de él. Lo siento, por lo de Mason.

Ella sonrió tranquilizadoramente.

—No te preocupes, fue un increíble gesto el que tuviste de fingir que aun estás interesada en él por mi bien. No soy frágil Anna, pude haber soportado la noticia si me la hubieran dicho. Mason dejó escapar una valiosa oportunidad contigo; él se lo pierde.

No sabía muy bien qué decir.

Ella ahora lo sabía todo.

—Adam no es mi primo —le confesé tal vez la única cosa que no sabía.

—Bueno… eso hace más fáciles las cosas. Pensé que tendrían un enorme problema por delante, con eso que serían familia y… Pero si tienen el camino libre, ¿qué estás esperando para aprovecharte de ese bombón?

Me reí un poco alto.

—Realmente no lo sé.

Me pasé toda la noche sin poder dormir, pensando en Adam y en lo que le hizo a mi sistema nervioso en medio de la reunión familiar de Mason. Algo dentro de mí había colapsado y simplemente no podía apartar de la cabeza esa necesidad de querer verlo todo el tiempo, de querer pasar mis manos por su cuerpo y de lamer su cuello.

Tenía que controlarme o acabaría corriendo hasta su departamento para arrancarle la ropa y atarlo a la pata de la cama para aprovecharme de él.

Finalmente logré conciliar el sueño y fui a la deriva entre pesadillas que incluían vampiros y trajes con estampados de cebra.

Me desperté a la mañana siguiente con un fuerte olor a rancio inundando mis fosas nasales; mi papá no sabía cocinar nada así que me sorprendió escucharlo mover unas cuantas ollas y calderos en la cocina.

Me levanté de mala gana, notando cómo el cielo se iba pintando de gris lentamente, y cómo caían unas cuantas gotas de lluvia que golpeaban entre las ventanas.

Aun en mi pijama me dirigí hacia la cocina para descubrir que no era realmente mi papá quien cocinaba, sino Susan.

Ella estaba de espaldas, removiendo lo que sea que provocaba ese olor asqueroso por toda la casa, y con su largo cabello negro agitándose gracias al aire que entraba por la única ventana abierta.

—Buenas días —dijo sin voltearse—, estoy preparando té y mi receta favorita de pasto ahumado con un toque de pimienta gruesa. Es buena para la digestión, ya sabes, con tu problema de colon irritable pensé que te caería bien.

¿Qué?

Moví mi cabeza en varias direcciones, tratando de comprender si era conmigo con quien hablaba.

Solo estábamos ella y yo.

—Anoche perdiste mucha energía —continuó hablando—, ¿quieres que te dé un baño con mis burbujas especiales? Cuando Anna se vaya podemos llenar la bañera con... —Entonces quedó repentinamente en silencio cuando se giró y me vio de pie con la cara completamente horrorizada.

Ella pensaba que era papá quien había entrado en la cocina y no yo, obviamente notó su error y rápidamente un rubor se extendió por su rostro así como se extendió por el mío al darme cuenta que ella estaba vestida únicamente con una camisa de él.

La luz natural que provenía de la ventana hacía prácticamente transparente el pedazo de tela que tenía puesto, y fue suficiente para notar que no traía nada de nada por debajo. Nada de ropa interior.

Incómodo.

Súper incómodo.

Asqueroso, ¡ella dormía con mi papá!

Claro que lo daba por sentado cuando hubo noches en las que se quedaba y preparaba el desayuno, pero en mi mente ellos simplemente no hacían *ese* tipo de cosas.

¿Qué sé yo? ¿Tal vez jugaban ajedrez o monopolio hasta las horas de la madrugada? Todo menos eso.

Realmente lo que menos quería pensar en ese momento era en mi papá y Susan con menos ropa de la que usualmente tenían puesta.

Asco.

—Oh, perdón. Pensé que era tu padre... —Susan quería meterse en un hoyo, lo sabía porque yo quería hacer lo mismo.

—Hice panqueques de banana deshidratada para ti y para mí —me pasó un plato lleno de ellos y me puso un poco de jalea de fresa a la par.

—Creo que ya no tengo hambre —admití viendo hacia el refrigerador en donde un imán de un trébol sostenía la acumulación de facturas del mes.

Me iba retirar para darnos algo de espacio a Susan y a mí, pero ella me detuvo del brazo.

—No te vayas todavía —me suplicó—, sé que esto es incómodo pero quiero darte algo que conseguí para ti. Espera solo un segundo, ya vuelvo.

La vi dirigirse hacia la sala, y empezó a rebuscar en su bolso hasta que sacó unos papeles y cargó con ellos en sus manos.

—Toma.

Puso los papeles frente a mí, junto con un sobre amarillo.

—¿Y esto para qué?

Susan volvió a su labor de cocinar aquello que provocaba un espantoso olor y me miró por sobre su hombro.

—Son los papeles que tienes que llenar para tu admisión a la universidad —respondió con una sonrisa amable.

Inmediatamente empecé a hojearlos y a tomar nota de lo que tendría que conseguir para realizar el proceso adecuadamente.

—Esa es una buena universidad, tienen un grandioso programa de artes por si todavía estás interesada en seguir ese curso —habló ella al ver que yo me quedé sin palabras.

—Con una licenciatura me basta —admití. Aunque últimamente estaba pensando bastante en unirme a escritura creativa… pero tal vez escribir no era lo mío. Puede que esta vez le dé una oportunidad, eso sorprendería mucho a Adam.

Y de repente, pensando en él, una idea se vino a la mente: ¿Adam asistía a la universidad? Jamás me lo dijo, aunque tampoco le pregunté al respecto. Pero tendría que asistir ya que tenía veintitrés años de edad; al menos eso es lo que pensaba debería estar haciendo… o trabajando. Pero tampoco mencionó cuál era en sí su trabajo.

Habló acerca del dinero que le dejaron sus padres al morir, y de cómo ayudaba a la banda de Key, Ósmosis, a la hora de dirigir las presentaciones y pagarles. Él nunca mencionó otro empleo aparte, como Key me había mencionado.

¿Y qué hay de la vez que dijo que iba a enseñarme su lugar de trabajo porque quería compartir un pedazo de su vida conmigo? Nunca me enseñó nada de eso.

Regresaba de nuevo a pensar en él como ciento cincuenta misterios de Walker, en donde apenas un diez por ciento del misterio se había resulto, ¿qué pasaba con el otro noventa?

Seguía escondiéndomelo.

—¿Anna? —me llamó Susan—, lamento que tuvieras que verme usando la camisa de tu padre. Sé que es molesto y que no debí hacerlo, pero olvidé que ahora trabajas y te levantas temprano. Lo siento. A veces trabajar con niños hace que me olvide de cómo tratar a los jóvenes.

—No te preocupes, más allá de lo incómodo no fue. Hace años me mentalicé a tener padres por separado. Sigue siendo nuevo para mí, pero creo que ambos se merecen rehacer sus vidas en otro lado.

—Es muy maduro de tu parte —dijo ella mientras preparaba más pasto para el desayuno de papá.

Tenía que salir rápido de allí antes que me desmayara por el olor. Esto bien podía competir con el hedor de Steve el zorrillo.

Me dirigía a mi habitación cuando recordé algunos de los eventos de la otra noche. Me detuve y giré para preguntarle a Susan:

—Oye, ¿por casualidad tienes una computadora portátil?

Ella asintió y me indicó que buscara en su maletín, a la par del bolso.

Cargando los papeles de la universidad, me movilicé hacia la sala y tomé el maletín que Susan me indicó.

La única computadora a la que tenía acceso era a la que estaba en casa de mamá, en donde ella buscaba material para su papel de psíquica y el calendario mensual de bomberos en ropa interior; y no era una portátil sino más bien un computador de escritorio.

Papá veía innecesario el uso de uno así que él no tenía.

Me escabullí a mi habitación y allí conectaría la memoria USB que me había dado Mason.

No entendía por qué me la dio, pero si me pidió que revisara los archivos, pues los revisaría.

El fondo de pantalla que tenía Susan era de una rana descansando en una hoja.

Inserté el pendrive en uno de los accesos, e inmediatamente las palmas de las manos comenzaron a sudarme por la anticipación.

Algo raro estaba ocurriendo, ya no quería revisar lo que había dentro porque en cierta parte temía encontrarme con algo desagradable. Pero mi curiosidad pudo más y di click sobre la única carpeta de archivos que tenía la memoria.

Había alrededor de otros diez archivos dentro, y uno, el primero, era un video.

Opté por verlo, y comenzó a reproducirse en pantalla completa.

La cámara mostraba el dormitorio de Marie, más específicamente su cama con sábanas grises.

En los primeros cinco segundos no ocurría nada, hasta que finalmente Marie apareció en escena: ella estaba riendo histéricamente, y salió corriendo hasta la cama, saltando sobre el colchón e invitando a alguien para que le hiciera compañía.

Entonces Adam se acercó hacia ella y la tomó de la cintura para bajarla y soltarla en el suelo.

Él le dio un enorme y duradero beso antes de que comenzara a quitarle la camiseta; claramente podía escuchar los gemidos de placer de Marie cuando Adam le besaba la clavícula y seguía un camino de besos por sus senos.

Me sentí enferma del estómago repentinamente.

Quería parar de ver porque sabía lo que seguiría después y no era algo que querría presenciar; pero mi morbosa curiosidad me mantenía firme y con los ojos abiertos.

Marie logró quitar la camisa de Adam sin ningún problema, y comenzó a lamer los tatuajes de su hombro. Los sonidos se volvían cada vez más fuertes y tuve que bajar una barra completa del volumen.

Vi la forma tan salvaje en la que Adam quitaba el sostén de mi prima y cómo… su boca llenaba cada trozo de piel que tenía al alcance.

Tal vez era un video de cuando ellos andaban juntos, pero dolía como nadie tenía idea.

Finalmente ambos quedaron desnudos y la siguiente cosa que quedó por hacer fue meterse en la cama.

Adam bajó con cuidado a Marie y tomó posición entre sus piernas, y antes de dejar que el video avanzara, llevándose lo poco de aire que quedaba en mí, puse pausa en el momento justo cuando la cámara captaba la espalda de Adam, en dónde en uno de sus tatuajes (el que estaba en su espalda baja) se leía claramente: Marie.



PARTE II

Aprendiendo a ODIAR al idiota.

"Si no te apartas lo suficiente de mí, entonces prometo que haré hasta lo imposible para que llegues a odiarme y así aprendas a mantener la distancia."

CAPÍTULO 20

Y aún así te encanto

No quería saber de él por el resto de mi vida.
Lo detestaba.
No, ¡lo odiaba!
¿Cómo pudo hacerme esto?
Traté de mantener la calma mientras caminaba en medio de la acera, estaba trastornada y furiosa luego de ver ese video.
¡Lo odiaba con todo mi ser!
Lo único que quería hacer era meterme en mi cama y llorar viendo alguna comedia romántica que presentaba bonitas y sencillas relaciones. ¿Por qué no podía tener algo como eso?
Todo en mi vida era complicado; desde mis padres hasta mi familia completa. Desde mi relación con Adam, hasta mi relación con Mason. ¡Incluso mis trabajos no podían ser monótonos y normales!
Apreté el paso mientras caminaba, tenía sólo una misión en mente en estos momentos antes de dirigirme hacia el trabajo.
El cielo gris de esta mañana le había dado paso a la lluvia y ahora pequeñas gotitas mojaban mi rostro.
Me sentía dolida y extremadamente vulnerable. Pero pensaba solucionar eso en ese mismo instante.
Cuando llegué hacia mi objetivo, me detuve y golpeé la puerta con un poco más de fuerza de la que se necesitaba.
No esperaba que una atractiva chica rubia me abriera, y mucho menos esperaba verla en diminutos shorts y camisas que dejaban ver su marcado escote.
—Eh, hola —saludé incómodamente—, ¿se encuentra...?
—Ya sé quién eres —interrumpió chica rubia—. Entra, yo lo llamo.
Mis manos picaban y se sacudían levemente, mi furia había alcanzado niveles máximos en esos momentos.
Me dirigí a la sala, y me paseé en la alfombra peluda de color borgoña que hacía juego con los muebles blancos de tamaño familiar.
Al poco tiempo, un chico con apariencia de recién levantado se unió conmigo en la sala.
Me lancé contra su pecho y lo golpeé en el hombro.
—Aauuu... duele. ¿Qué te pasa? —dijo sobándose el brazo.

Lo volví a golpear, duro.

—¡Eres el idiota más grande que he conocido en la vida! —le grité—, no quiero que vuelvas a verme jamás. No quiero que me llames o me escribas o hagas el intento de volver a ponerme en tu camino.

—Anna... oye, ¿qué?

Comencé a rebuscar en mi bolso hasta dar con la memoria USB de color blanco y se la lancé en la cabeza. Ojala el pendrive se hubiera convertido en una roca y no que fuera una simple pieza de plástico, pero a veces los "ojala" no se volvían realidad tan fácilmente.

—Eres un morboso —le dije, pronunciando lentamente cada palabra—. No vuelvas a buscarme ni a pedirme que te haga favores nunca más.

Mason dio un paso hacia mí y tomó el pendrive del suelo.

—Entonces eso significa que viste el video —dijo tranquilamente. No estaba sorprendido por mi reacción, parecía que se la esperaba.

—Sí, idiota. También vi las fotos.

En la carpeta, además del video, también había fotos de Marie con Adam juntos, riéndose y besándose. Pero por el peinado que llevaba Adam sabía que eran de hace mucho, mucho tiempo atrás.

—Solo no entiendo una cosa —dije—, ¿qué ganabas enseñándome eso? ¿Querías herirme? ¿Querías que llorara y sufriera por ver a Adam con Marie? ¿Qué querías? ¿Dañarme? —una lágrima se escapó por mi ojo y me la restregué antes de que llegara a mi barbilla—. Pues felicidades, lo lograste. Eres un imbécil, Mason.

Iba a retirarme y largarme para siempre de su vida, pero me agarró del brazo y me jaló a su lado.

—Lo siento Anna. Yo... Sólo quería que vieras en lo que te estás metiendo. Es un recordatorio para que sepas que ellos dos tenían una fuerte relación y en cualquier momento pueden regresar y lastimarte.

—¿Más de lo que tú me has lastimado? No lo creo. Explícame algo, ¿cómo ese video fue a caer en tus manos?

Mason se tensó e hizo el intento de alejarse de mí, pero lo retuve por el brazo.

—Dime —le exigí.

Él suspiró fuertemente y cepilló su cabello con una mano.

—Tu prima no es exactamente una genio de las contraseñas —dijo resoplando—, "pelirroja" no es clave más segura para una computadora si eres, de hecho, pelirroja. Un día me puse a curiosear en sus archivos y no podía pasar desapercibida la carpeta que decía ADAM. Sólo tomé ciertas cosas por si acaso te estaba costando entender que lo tuyo con ese sujeto es temporal, y fueras a olvidarte.

Eso me puso furiosa. ¿Quién se creía que era?

—Lo que pase entre Adam y yo no es de tu incumbencia. ¿Sabes? En cierto modo me costó darme cuenta que él, al igual que todos, tuvo un pasado. Uno que aunque me duela, solo fue una mancha en su historial. Así como tú eres la mancha en el mío.

Mason apretó la mandíbula y noté cómo los nudillos en sus manos se volvían blancos de tanto presionar sus puños cerrados.

—Y dime otra cosa —dije— ¿cómo pudiste saber que ibas a necesitar enseñarme esos videos acerca de Adam cuando en la temporada en la que salías con Marie ni siquiera yo lo conocía? A menos que aún te sigas viendo con ella. ¿Continúas haciéndolo? ¿Continúas viendo a mi prima?

—No, Anna. No continúo viéndola. Pero necesitaba que dejaras de engañarte con ese tipo; deja de llenarte la cabeza con ideas de que salir con él es lo correcto.

—No, Mason. Tú deja de darme ideas que son innecesarias... —Repentinamente me tomó de las caderas y me empujó hacia la pared detrás de mí. No fue un toque para nada amable o gentil, fue brusco y salvaje, nada que ver con su estilo.

Lentamente algo en su mirada fue cambiando, volviéndose oscuro y tormentoso.

Se acercó a mi oído para hablar:

—Vi lo que él te estaba haciendo en la cena de anoche —él continuaba tomándome de las caderas y presionando mi espalda contra la pared—. Dejaste que tranquilamente metiera su mano bajo tu falda, cuando a mí jamás me dejaste llegar a ponerte un dedo encima.

Me tensé automáticamente.

No podía creer que él hubiera visto a Adam... que él lo supiera todo el tiempo. No solo era vergonzoso, sino que era horroroso.

—No tenías por qué ver eso —tragué saliva y me relamí los labios, deseaba que dejara de agarrarme de esa manera. Este no se parecía en nada al buen Mason que creí conocer. Intenté deslizarme de sus brazos pero eso solo logró que él me presionara con más fuerza.

—¿Qué tal ahora? ¿Estarías dispuesta a dejar que hiciera lo mismo que él? ¿Me dejarías?

Pegó su frente contra la mía y sentí a sus manos moverse más abajo de mis caderas.

Mi cuerpo entró en pánico.

No conocía este nuevo lado de él.

—Quita tus manos de encima —lo amenacé moviéndome aun más para intentar apartarlo.

Sentí sus dedos abriéndose paso por las orillas de mi pantalón, y lo tomé de la muñeca antes de que avanzara más lejos.

—Suéltame o comienzo a gritar. No vas a querer que haga eso en tu propia casa, con tu madre y tu familia escuchando —lo amenacé.

Pensé que mi amenaza lo asustaría pero eso ni siquiera lo inmutó.

—Pues más te vale ser silenciosa —dijo, en un movimiento rápido pegó sus caderas contra las mías y solté un chillido horrorizado.

No tuve tiempo de reaccionar cuando la boca de Mason se estampó contra mis labios en un beso para nada amable y cariñoso.

Podía sentir cómo el bulto en sus pantalones iba en aumento y presionaba de forma desagradable.

Lo empujé con mis brazos pero él no se movía, su lengua entró de manera invasiva en mi boca mientras yo continuaba forcejeando por soltarme. En medio de

nuestra lucha, logré morderle la lengua y hacer que retrocediera lo suficiente como para dejar de besarme.

—¡Suéltame, tú, loco asqueroso! —grité lo más fuerte que pude.

Estaba asustada y frenética. De alguna manera pensé que él podría llegar a esto cuando veía la desesperación por besarme y tocarme mientras salíamos juntos en el colegio, por eso lo había dejado, porque temía que fuera a convertirse en algo más por su forma tan desordenada al tocarme. No era en lo absoluto amable.

Pero era una estúpida por ofrecerme a hacerle favores una vez más, era un tonta.

¿Cómo pude llegar a pensar que alguna vez fue atractivo? Lo único que podía ver ahora era lo que intentaba hacerme, y en la clase de persona que lo convertía eso.

—Sólo te estoy pidiendo lo que te negaste a darme durante mucho tiempo —dijo él logrando capturar mis manos y llevarlas detrás de mi espalda para retenerme.

La preocupación estalló en olas dentro de mi cuerpo.

Sus labios nuevamente chocaron con los míos, y esta vez sus manos sostenían en un agarre firme a mis brazos.

Grité en medio del beso pero apenas y se escuchaba.

Mientras intentaba removerme o morder de nuevo su lengua, el chasquido de un arma, a poca distancia de la cabeza de Mason, logró sacarlo de su concentrada urgencia.

El tío Blaz se encontraba justo frente a nosotros, apuntando a Mason con su pistola y viéndolo despectivamente. Jamás estuve tan agradecida de volver a verlo.

—Así no se trata a una señorita —dijo—, si ella te dijo que la sueltes, tendrías que haberla soltado. Ahora, hijo, retrocede y deja en paz a la damisela.

Mason aflojó su agarre a mis brazos y retrocedió dos pasos para darme espacio y así poder huir de donde me tenía atrapada.

Mis ojos estaban intentando contener las lágrimas pero era difícil cuando mi cuerpo temblaba levemente.

—Lo siento mucho, Anna —dijo Mason. Ni siquiera quise verlo a los ojos.

—No me vuelvas a hablar en toda tu vida —le dije mientras sujetaba con fuerza mi bolso y hacía mi camino por la salida.

Me detuve únicamente para darle una mirada de agradecimiento al tío Blaz.

Antes de poder escapar del todo, la señora Henrietta se presentó en la sala y, al ver la escena que acababa de ocurrir, pegó un grito agudo.

—¡Blaz! ¿Qué estás haciendo?

Él aun tenía la pistola sobre la cabeza de Mason, y había hecho que levantara ambas manos en donde las pudiera ver.

—Lo siento hermanita, pero tenemos un pequeño degenerado en la familia —señaló a Mason, y él a su vez me vio de forma arrepentida a mí.

Su madre amplió mucho los ojos y la boca al verme, las lágrimas corrían libremente por mi rostro ahora, y me sentía pequeña como un ratón cobarde.

—Oh... Anna... —dijo ella, acercándose a mí para darme un apretado abrazo—. No puedo creer esto...

No quería estar ni un solo minuto más en esa casa.

Me salí del abrazo de Henrietta y le sonreí tristemente.

—Espero que todo salga bien hoy. No creo que pase más tarde por aquí como prometí —dije simplemente.

Ella asintió con la cabeza y, dándole un último abrazo, me escabullí hacia la puerta principal y prácticamente corrí todo mi camino hacia la librería.

Odiaba a Mason con todas mis fuerzas. Lo odiaba.

¡Pero quién me mandaba a ser tan tonta y confiar en él!

Ya no quería caer en los engaños de la gente, nunca más.

En la librería, aparte de Shio, Mindy y Romeo (en serio, ese era su nombre real), trabajaban dos chicos más. Uno de ellos se encargaba del área de bodega y el otro era tan tímido que aun no hablaba directamente conmigo. Pero era bastante bueno con los clientes, se conocía todos los tomos y las fechas de publicación de varios libros. No era muy apuesto pero se desenvolvía muy bien al brindar ayuda y al comentar acerca de temas como Harry Potter, la Saga de Canción de Hielo y Fuego, y su favorito: J.R.R. Tolkien.

Aunque el negocio de las librerías se estuviera viendo afectado por la compra en internet y los e-books, aquí siempre se mantenían a flote gracias a esas personas que encontraban confortable el sostener el libro y pasar sus dedos por las hojas reales y no por una pantalla.

Hoy el negocio estaba lleno, sin embargo, y no solo la sección de novelas estaba siendo invadida sino también la del área de cocina y la de arquitectura.

Mindy se encontraba como siempre detrás del recibidor, con goma de mascar en su boca, ojeando una revista de accesorios para boas.

—Encargué una tortuga de la tienda de mascotas —dijo ella mientras Shio y yo nos pusimos a su lado a la hora del almuerzo, cuando la librería comenzó finalmente a vaciarse y Laura nos permitió un descanso de media hora—. Su nombre será Pedro. Solo espero que Rody no se lo coma así como hizo con Lucius, mi hámster.

Shio rodó los ojos y dio una gran mordida a su sándwich de pollo.

Nos habíamos ido a almorzar a la cafetería que quedaba justo a la par de la librería; tenían un bonito estilo contemporáneo y preparaban los mejores sándwiches que haya comido. Las papas saladas me recordaron dolorosamente que tenía los labios partidos, y eso solo me trajo de vuelta a la situación con Mason esa mañana.

No estaba con ánimos de platicar, me sentía apagada y la pasé de mal humor básicamente todo el día.

Todavía seguía confundida por el video (que no vi completo para evitarme posibles traumas cerebrales) y por todo lo que vino después con Mason. Si lo conocía lo suficientemente bien, sabía que él estaría buscándome para tratar de disculparse; sólo que esta vez no quería verlo… ni hoy ni nunca.



—!Santa madre perla! ¡Pero qué hermoso espécimen de hombre! —gritó Shio viendo por sobre mi hombro.

Mindy levantó también la vista y se limitó simplemente a observar en silencio.

Me giré en mi asiento, buscando a quien ellas veían, y mis ojos se detuvieron de inmediato en el chico de camiseta oscura, caminando como si se creyera el centro del universo, avanzando por toda la acera con sus piernas largas y su cabello despeinado.

Tragué saliva y me hundí en mi asiento.

Ese era Adam, definitivamente hermoso como sólo él podía serlo, con su actitud arrogante de querer comerse al mundo.

Pero justo en esos momentos no quería verlo… él podía leerme muy fácilmente cuando se lo proponía, y no estaba de ánimos para contarle lo del video… lo de Mason… ¡Oh, lo de Mason! Seguro que si le digo, va a salir corriendo para matarlo.

Quería paz por unos segundos.

—Oh, chico guapo está entrando en la librería —anunció Shio agarrando el hombro de Mindy quien continuaba callada observándolo todo.

Aproveché a echar un vistazo a mis espaldas y vi cuando Adam entraba al local y se perdía en el interior.

Al menos no se había dado cuenta de que lo estaba observando desde la cafetería. Pero sabía que eso no iba a durar para siempre, él podría preguntar por mí y le dirían en dónde estaba.

Inmediatamente me puse de pie.

—¿A dónde vas? —me preguntó Shio.

—Al baño. Ya regreso.

—Ok, no te tardes. Quiero ver qué libro va a llevarse el dueño de ese perfecto trasero.

Me ruboricé, estando completamente de acuerdo con Shio en eso, él tenía buen trasero... la cámara no miente. Así como Marie no mintió cuando me contó lo de su nombre tatuado en la espalda de Adam.

Dolía recordarlo.

Prácticamente salí corriendo en dirección al baño y, una vez dentro, me salpiqué la cara con agua.

Ya habíamos tenido esta plática con Adam; él tenía un pasado que incluyó a mi prima, ya no puede cambiar esos hechos... solo puede pensar en el ahora, conmigo. Eso no significaba que no me dolía, porque, vaya que dolía como si me estuvieran clavando una daga en el pecho, una y otra vez. Con lentitud y precisión. Pero tenía que entenderlo, tenía que hablar del tema con él, no podía evadirlo y esconderme en casa de mi padre para siempre (así como había hecho la semana pasada).

De repente, sentí mi celular vibrar desde el bolsillo trasero de mis jeans.

Lo saqué con una mano y vi el nombre de Adam en la pantalla (como si mis pensamientos, de alguna manera, lo hubieran estado llamando). Él nos había tomado una foto, con su celular, en donde yo estaba besando su mejilla mientras él sonreía todo radiante y bien compuesto. Adam había puesto la imagen en mi

teléfono para que apareciera cada vez que me llamaba, y lo tenía como fondo de pantalla también.

Era adorable.

Si entrecerrabas los ojos podías ver que el efecto Bambi cubría mi cabeza como un aura mientras lo miraba embobada y casi al punto de formar un río con mi saliva.

A estas alturas seguramente Adam ya estaba adentro de la cafetería, buscándome como loco.

Mi teléfono continuó vibrando y luego empezó a sonar con la canción que había elegido para él: "*Dangerous and Sweet*" de Lenka.

Contesté su llamada.

—¿Aló?

—Anna, ¿dónde estás? Fui a la librería y me dijeron que te encontrabas en la cafetería de la par.

—Sí, allí estoy —respondí mientras miraba mi reflejo en el espejo. Hoy había puesto mi cabello marrón en una cola alta, lo revolví en un intento de hacerlo parecer más interesante, y terminé por dejármelo suelto. A Adam le gustaba cuando lo llevaba así.

—No, no estás aquí. Yo sí que lo estoy y hay una chica de cabello morado que acaba de susurrarme que me veo completamente violable. ¿Debo preocuparme, nena?

Eché mi cabeza hacia atrás mientras reía, y por un momento olvidé todo el asunto del video. Este era Adam, el que inconsciente (o conscientemente) pasaba recordándome las razones de por qué lo amaba tanto. De por qué era fácil de amar. Mi humor mejoró considerablemente desde que salí de casa de Mason, y eso que sólo había escuchado su voz.

—Esa debe ser Mindy —le dije—, mi compañera de trabajo; aunque me esperaba esa actitud de Shio, no de ella.

—Repito: ¿debo preocuparme?

—No, son inofensivas. Estoy en el baño, ya vuelvo a la mesa. Hazme un favor, siéntate con ellas. Creo ambas estaban hiperventilando por conocerte.

—De acuerdo —respondió de mala gana. Me recordaba a un niño pequeño.

—Bien, ya salgo.

Colgué, y arreglé un poco mi camiseta, haciendo todo lo posible por verme más presentable.

Cuando llegué a la mesa donde estaban las chicas, Adam las tenía embobadas.

Shio sonreía como si él fuera su sueño favorito hecho realidad.

A pesar del poco tiempo que tenía de trabajar con ellas, fue fácil amoldarse a su estilo y a su particular sentido del humor.

—¿Entonces, cuál es tu nombre completo? —alcancé a escuchar la pregunta de Shio— porque tienes cara de llamarte Elian Gallardo.

—¿Quién es Elian Gallardo? —susurró Mindy. Aun no despegaba la vista de Adam.

—Oh, sólo el hombre más bello y delicioso sobre la faz de la tierra. Tienes que googlearlo, es simplemente maravilloso.

—Mi nombre es Adam —dijo. Entonces alzó los ojos al verme llegar.

—Justo como iba a nombrar a mi tortuga —habló Mindy, siempre con esa voz de tener sueño que la caracterizaba.

—Mira, Anna —dijo Shio extendiendo su brazo para señalar hacia Adam—, él es Adam. Dijo que entró en la librería porque tuvo una revelación.

Fruncí el ceño.

¿Una revelación? ¿Qué?

—Me acaba de confesar que anoche soñó que conocería a la mujer más bella y graciosa si se pasaba a esta hora, por este lugar.

—Ajá —dije cruzándome de brazos. Adam me compartió una sonrisa cómplice mientras Shio seguía relatando lo que él le dijo.

Eso me hacía preguntarme, ¿cuánto tiempo estuve en ese baño? Para que Adam pudiera soltarle todo ese cuento a Shio debió tomarle unos buenos quince minutos.

—Sí —habló él— soñé que una hermosa chica de ojos grises caía en mi regazo.

Yo aún continuaba de pie, me alejé un poco, sólo en caso de que a Adam se le ocurriera lanzarme sobre sus piernas.

Elevó una ceja cuando vio que me sentaba al lado de Shio, frente a él.

—¡Anna, tú tienes los ojos grises! ¿Será ella la de tu sueño? —le preguntó ella a Adam.

—Mmm… la de mi sueño tenía unos labios con un sabor bastante peculiar. ¿Puedo…? —se estiró sobre la mesa y, en un rápido movimiento, me tomó de la barbilla llevando sus labios contra los míos.

Se retiró un poco, pero no soltó su mano de mi mentón.

—Aun no estoy seguro… —musitó. Entonces de nuevo volvió a pegar su boca con la mía.

Apuesto a que estábamos haciendo todo un espectáculo para Shio y Mindy.

Para finalizar con su acto, Adam relamió mis labios, haciendo que las pequeñas e imperceptibles heridas que tenía me escocieran un poco.

—Definitivamente tienes que ser ella —dijo él finalmente retirando el contacto con mi piel.

En serio, estaba a punto de subirme a esta mesa y gatear para sentarme en sus piernas.

—¿Puede ser mi turno ahora, por favor? —susurró Shio, sus ojos hacían una cosa graciosa de parpadear diez veces por segundo.

Mindy se quedó en shock.

—Después de ella sigo yo —murmuró.

Adam solamente se rió por lo bajo.

—Lo siento. Ya estoy apartado y mi novia es bastante celosa y posesiva—él miró mi plato lleno de papas. Frunció el ceño por un momento y luego comenzó a comérselas. Esta vez no le discutí porque yo ya no las quería.

—¿Tienes novia? Pero si besaste a Anna… —Shio hizo un puchero—. Ocurre algo raro aquí. ¿Anna, tú ya lo conocías?

Asentí con la cabeza.

A ella se le ampliaron los ojos, pude ver cómo su mente trabajaba con una idea.

—¡Él es tu novio! ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas. Ella es mi chica —respondió él encogiéndose de hombros.

—No puedo creerlo. Wow. ¿Dónde consigo uno igual?

—Ya no se fabrican más como yo… aunque deberían.

Lo pateé por debajo de la mesa y le vocalicé la palabra: PRESUMIDO.

Él me dio una sonrisa ladeada y vocalizó de regreso: Y-AÚN-ASÍ-TE-ENCANTO.

Me guiñó un ojo y continuó devorando mis papas.

Era cierto, aún así lo amaba. Era imposible no hacerlo.

Quien llega a conocer a Adam Walker tiende a enamorarse de él, y eso no era del todo positivo cuando considerabas que su novia anterior todavía seguía enamorada.

Esa misma noche, cuando finalmente terminó mi jornada laboral, Rita me había dejado un mensaje de voz en donde me pedía que nos reuniéramos más tarde.

Me sentía algo cansada y lo único que quería hacer era fundirme en mi cama, llorar, y sentirme patética conmigo misma. Pero cada vez que cerraba los ojos y, sin importar cuán duro los presionara, no podía apartar de mi mente la imagen de Adam tomando en brazos a Marie, desnudándola, besando su piel... sus labios, depositándola sobre la cama con una urgencia, como si se estuviera ahogando y necesitara de ella para respirar. Luego ver su tatuaje, y por último tener que saber que harían lo demás que implicaba tener relaciones sexuales.

Dolía y me abría una nueva herida en el pecho cada vez que dejaba llevar mi mente por ese camino.

Amaba a Adam y eso solo hacía el dolor aún más fuerte. La decepción se enterraba profundamente hasta tocar mis huesos y carcomerme.

Me regañé mentalmente por ser tan masoquista y pensar en cosas del pasado. Él me había dicho, hace no mucho tiempo atrás, que consideraba a Marie únicamente como un cuerpo caliente con quien pasar la noche, pero la frase perdía su efecto cuando pensaba en el estúpido tatuaje grabado en su espalda. Él no me podía negar que no sentía nada cuando se lo hizo. No te pasabas horas soportando a alguien perforando tu piel solo para después decir que no tenía ninguna importancia o significado.

¿Adam se lo había hecho porque desarrolló sentimientos por Marie, o existía otra razón?

No quería pensar en nada de eso, solo quería hacer de cuenta que este día jamás pasó. Era por eso que, en lugar de salir con Rita, ella estaría viniendo conmigo para tener una larga noche solo de chicas. Necesitaba la distracción a como diera lugar.

Cuando finalmente llegué a casa, Susan estaba preparando la cena para papá y para mí.

Tendría la suerte de probar algo llamado "berenjena escalfada al horno", una receta de cocina que Susan se moría por hacer desde hace semanas cuando la vio en Top Chef (o al menos eso decía ella).

Mientras comíamos en un agradable silencio, Susan sacó de su bolso una carpeta de colores que contenía un sinfín de papeles rayados con dibujos y líneas estropeadas.

Los puso en la mesa y los comenzó a hojear, enseñándonos algunos.

—Esta mañana puse a los niños a hacer un ejercicio de arte —dijo ella a modo de explicación—. Se supone que debo calificar al mejor con cinco estrellas, pero soy tan blandengue que les doy las cinco estrellas a todos.

Sonreí un poco al recordar cuando, en segundo grado, ella nos sentaba en mesitas de grupo y trabajábamos haciendo dibujos que, en ese tiempo, considerábamos elaborados y que luego llevábamos a casa para presumir. Mis padres solían pegar mis múltiples garabatos de conejos y ratones abstractos en la nevera de la cocina; después comíamos helado y pasábamos las tardes viendo telenovelas (a las que mamá aún era adicta) y ese sería un día grandioso para mi impresionable y conformista mente de niña pequeña.

¿Cómo era que se complicaron tanto las cosas?

Ufff, desearía que todo fuera como antes, cuando la mayor catástrofe en ese entonces era que los niños nos contagiaran sus piojos o la peste. O en mi caso, cuando Rafael Enrique salía con Mariana Josefina, sin saber que ella era en realidad la gemela malvada, Hilda Graciela (fue un shock difícil de superar, especialmente cuando tenía apenas ocho años de edad).

Tanto pensar en hermanos gemelos malvados me hizo preguntarme si Adam no tendría uno; tal vez sea su gemelo el que tenía el tatuaje en la espalda… o algún otro chico que se pareciera bastante a Adam. Pero eso era imposible, por no decir fantasioso. El video era claro: ese que se acostaba con mi prima, que tenía su nombre tatuado en la piel, era Adam.

No dejaba de repetirme una y otra vez la misma pregunta:

¿Y si el pasado de Adam era demasiado fuerte como para soportarlo?

¿Qué haría entonces? ¿Dejarlo?

Ese simple pensamiento hizo doler mi corazón.

—¿Anna? —Esa era Susan, no dudaba que estuviera llamando mi nombre en más de una ocasión con esta—, ¿crees que puedes ayudarme?

Regresé del sitio oscuro y sombrío al que estaba dirigiendo mis pensamientos.

—¿Ayudarte con qué? —Revolví la berenjena en mi plato y me llevé un poco a la boca.

—Ayudarme a calificar los dibujos de mis alumnos. Tengo una asistente, Jade, que generalmente lo hace, pero ella está de viaje con su familia. ¿Podrías ayudarme tú? No te tomará mucho tiempo, lo prometo.

Le sonreí, imaginando qué clase de dibujos harían, y asentí con la cabeza.

—De acuerdo —dije y tomé uno de la pila de dibujos que ella tenía a su lado.

Este era uno de un chico de cabello azul tomado de la mano con una chica de cabello verde, un corazón deforme los rodeaba y otros más pequeños flotaban entre

los dos. Le pintó un vestido rosado a ella, y él llevaba una corbata celeste que hacía juego con sus zapatos. El dibujo estaba pintado fuera de los márgenes pero se miraba adorable como para una criatura de cuatro años.

En lo más bajo de la hoja estaba puesta la firma de la niña que lo hizo. Se leía: Jade Allisen.

Sonreí traviesamente y se lo enseñé a Susan.

—¿Quién es Jade Allisen? Al parecer está enamorada de cierto niño del aula, creo que debes tener más cuidado, podrías estar a punto de presenciar un romance en clase de primaria —dije bromeando.

Susan soltó una risita loca y luego se detuvo.

—Jade es mi asistente, no es una de mis alumnas, ella tiene la misma edad que tú —volvió a lanzar otra risita y esta vez me reí con ella.

Menuda asistente la que tenía.

Estuvimos riendo y viendo más dibujos de montañas y casitas (esta vez sí eran dibujos de los niños), cuando el timbre de la puerta sonó.

—Esa debe ser Rita —dije—. Ella pasará aquí la noche, espero que eso no sea un problema.

—No, para nada —respondió Susan—. Tengo comida de sobra, invítala a pasar.

Me levanté de mi asiento y corrí hacia la puerta justo cuando tocaban otra vez.

Abrí mientras dejaba salir una sonrisa fácil de mi rostro, pero no era Rita quien estaba de pie frente a mí, era Adam.

Mi corazón comenzó a correr frenético.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—¿Ni siquiera me vas a saludar primero? —dijo él con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón—, estoy necesitado de afecto. Me has tenido descuidado todo el día. ¿Estás bien, nena?

Dio un paso hacia mí y rodeó mi cintura con sus manos, cuando vio que no protestaba, primero buscó mis ojos y después pegó sus labios contra los míos.

No lo voy a negar, fue un delicioso beso para provenir de un bastardo con el nombre de su ex novia tatuado en la espalda.

Cuando él rompió el beso, acurruqué mi cabeza contra su pecho y respiré hondo.

Ahh, esto era vida. El olor y el calor de Adam se sentían como un pedacito de cielo… o una muy fina y cara colonia para hombre.

—Anna —susurró él mientras yo seguía olisqueando su pecho como un sabueso que olfatea droga desde diez metros de distancia—, soy completamente tuyo para que me huelas todo lo que quieras, pero ahora en verdad necesito saber por qué has estado actuando raro toda la mañana.

Me tensé automáticamente.

Este día había sido uno de los peores. Empezando por ver ese perturbador video y descubrir que Adam tenía tatuado el nombre de Marie, hasta... Mason y su arranque extraño de intentar forzarme a algo que no quería.

Después de la visita de Adam me había sentido mucho mejor, pero mi humor fue en picada cada vez que recordaba lo que había visto en ese video.

¿Qué clase de persona morbosa, además de Marie, grababa sus encuentros sexuales y los ordenaba en carpetas?

Adam había notado rápidamente que actué de forma extraña para encubrirlo, pero me sentía como un ratón cobarde cuando trataba de sacar a colación lo del tatuaje.

Tal vez no debería darle mucha importancia a algo que ya pasó o estaba lejos de mi control.

—Nena, ¿qué sucede? —tomó mi barbilla con sus dedos, y la alzó para que mis ojos encontraran a los suyos.

Puse un poco de distancia entre Adam y yo para que las hormonas Bambi despejaran mi cabeza. Me solté de su agarre, tragué duro y dije:

—Sé de tu tatuaje.

Listo. Tenía que preguntarle. Nada de rodeos.

—¿De mi tatuaje? ¿Cuál de todos?

—El que dice Marie en letra cursiva.

Se le abrieron los ojos en reconocimiento, y su postura decayó un poco.

—¿Cómo lo sabes? —resopló— Marie te lo dijo, ¿cierto?

—Sí… y también lo vi con mis propios ojos.

—¿Por eso estabas así de rara todo el día? —se acercó lentamente hacia mí pero yo retrocedí de su toque.

—Dime una cosa —le dije—, si yo tuviera un tatuaje escondido en un parte privada de mi cuerpo, con el nombre de alguno de mis ex, ¿estarías tranquilo cuando te enteraras?

Él pasó una mano por su rostro, maldijo por lo bajo y apretó su mandíbula con vigor.

—Estaría furioso con el desgraciado, probablemente mandaría a que te hicieran cirugía laser para removerte el nombre del cabrón.

Me mordí el labio.

—Es exactamente lo mismo que yo estoy sintiendo.

—Lo siento nena. Yo también desearía para ti a alguien mejor que yo, pero es realmente difícil cuando soy el egoísta que soy y me niego a dejarte ir a pesar de que siempre lo arruino todo, aunque no sea mi intención hacerlo, aunque te cause dolor.

Sus ojos se nublaron por un momento pero regresaron a su verde natural al siguiente segundo.

—No lo voy a negar —continuó— porque sí, tenía un tatuaje que dice Marie. Y sí, hubo un tiempo en que la amé y tuve sentimientos por ella… pero es cosa del pasado. Es algo que dejé atrás. No soy perfecto, Anna, cometo errores y meto la pata más veces de las que quisiera y ese tatuaje es prueba de lo humano que soy.

Mis propios ojos comenzaban a nublarse ahora, ¿él la amó? ¿Cómo pudo haberlo hecho en tan poco tiempo?

—¿Si es cosa del pasado, por qué aun lo conservas?

—¿Qué? —preguntó atónito—, ¿qué te hace creer que aún lo tengo?

—¡Por favor, Adam! No lo niegues, la semana pasada todavía podía ver un parte cada vez que se te subía la camiseta.

Estaba gritando ahora. Frenética era mejor que llorosa o mocosa.

En medio de mi furia, él hizo algo que me molestó aún más: ¡Adam se estaba riendo!

Arrrgg.

—¿Entonces has estado observándome? —preguntó divertido.

—¿Qué…? —mi voz sonaba desconcertada.

—¿Qué parte "observas" más? —dijo haciendo énfasis en o-b-s-e-r-v-a-r.

—¡No intentes cambiar de tema…!

—No lo hago. Es más, te permitiré que esta noche observes todo lo que quieras —me tomó de la mano y comenzó a dirigirse dentro de la casa, llevándome a su paso.

Lo detuve antes de que cruzara el comedor y papá fuera a verlo.

—¿Qué haces? —le susurré. Clavé mis pies en el suelo para intentar detenerlo pero él solo se impulsaba hacia adelante sin parar.

—Voy a demostrar que te equivocas, de la mejor manera posible para que me creas de una vez por todas: sin nada de ropa.



CAPÍTULO 21

La frase tonta de la semana.

Ya no puedo continuar con esto.

Esas fueron las primeras palabras que se me vinieron a la mente al describir toda mi situación con Adam.

Sencillamente ya no podía seguir aguantando las mentiras.

Me sentía insultada, traicionada, decepcionada y todas las otras palabras que terminaban en ada; primero él me decía que no tuvo sentimientos por Marie, ¿y ahora me decía que hubo un tiempo en que la amó?

Estaba cansada de todo esto.

Agarré la mano de Adam justo antes que subiera a la segunda planta de la casa y se desnudara en mi habitación, y traté de llevarlo de nuevo hacia afuera.

—¿Qué ocurre? —me preguntó— ¿Acaso ya no quieres verme desnudo?

Lo miré fijamente, negando con la cabeza.

—No, no quiero verte desnudo —eso era más o menos cierto—. Por favor hablemos en otro lado.

Adam me examinó con atención, como intentando descifrar lo que estaba a punto de decirle.

—¿Por qué presiento que vas a romperme el corazón? —preguntó en voz baja. Luego llevó su mano hacia mi mentón y levantó mi cabeza para que lo mirara a los ojos.

Ojos verdes mentirosos, ojos que ocultaban cosas, ojos que me miraban hasta el fondo.

—Por favor... —dejó que yo lo tomara de la mano y lo guiara hacia la puerta de entrada.

Antes de que pudiera salir por completo a la calle, apareció Susan cargando una pila de dibujos hechos por sus alumnos.

Nos miró y sonrió ampliamente.

—Pensé que habías dicho que Rita era la que llamaba a la puerta —dijo haciendo contacto visual con Adam—, pero las visitas sorpresas siempre son lo mejor.

Me guiñó un ojo y se presentó con él. Maniobró con una mano los dibujos, y con la otra estrechó la de Adam.

—Yo soy Susan, soy... uhmm, la madrastra de Anna —hizo una mueca ante la mención de la palabra madrastra.

Me tensé también al oírla. Nunca había asociado a las madrastras con personas buenas, o vegetarianas como Susan. Las imaginaba malvadas, come corazones y envidiosas.

—Soy Adam, el novio —dijo él cautelosamente, midiendo mi reacción.

Yo miré hacia otro lado.

Susan asintió y abrió la boca para decir más, pero la llegada de papá a la habitación hizo que ella guardara silencio.

Mi padre aún masticaba la berenjena de la cena en su boca, arrugó la nariz al ver a Adam de pie, ensuciando el piso con sus botas negras.

—¿Qué hace él aquí? —escupió las palabras—, ¿con qué intenciones vienes a visitar a mi hija?

—Vengo a pedirle la mano de Anna —respondió Adam solemnemente.

—¿Qué?

Papá comenzó a ahogarse con la berenjena. Susan le tuvo que dar pequeños golpecitos en la espalda para que dejara de toser.

Le di un codazo a Adam y él simplemente se encogió de hombros.

—Papá, Adam está bromeando —dije para tranquilizarlo—. Es más, él ya se va ¿no es cierto, Adam?

Le lancé miradas asesinas, que él, convenientemente decidió ignorar.

—No, señor. Me gusta ser serio sobre el asunto; quiero casarme con su hija, tener ocho hijos y vivir apartados de la civilización.

Adam tomó mi mano y la besó frente a papá.

A Susan se le abrieron los ojos y yo tuve que arrastrar a Adam para sacarlo por la fuerza antes de que a mi padre le diera un ataque al corazón.

Finalmente él cedió y salimos hacia el porche de la casa.

—¡No seas tonto! ¿Por qué le dijiste eso a mi padre? —le dije una vez que estábamos fuera.

—Tranquila nena. Yo sé que tu padre no me acepta, solo quería bromear un poco con él.

Resoplé.

—Deja de hacerlo. Para ti es gracioso. Para él significa una embolia o la planeación de un asesinato en la próxima semana.

Adam rió alto y claro.

—Está bien, por ti lo que sea, nena.

Eso me molestó.

¿Por mí lo que sea?

—Sencillamente no te entiendo —dije exasperada—. Vienes y eres capaz de decirme cosas bonitas, cosas que quiero escuchar, pero también te contradices tú solo. Ya no sé qué pensar de ti Adam.

—¿En qué me estoy contradiciendo? —se cruzó de brazos y apoyó su cadera contra la pared más cercana. Yo imité su gesto.

—Con todo, pero principalmente con Marie. Me dijiste que te acostabas con ella porque era sólo un cuerpo más entre el montón, ¿pero luego vienes y me dices que

la amabas? ¿Qué por eso te tatuaste su nombre? Además, me estás escondiendo tantas cosas que ya perdí la cuenta.

—Anna...

Levanté un dedo para detenerlo.

—Si no quieres perderme será mejor que me digas todo.

—Te lo he dicho y dado todo...

—No, no lo has hecho. O al menos soy codiciosa y quiero más.

—Mmmm, me gusta la Anna codiciosa.

—Por favor Adam, detente. Si no querías lastimarme, lo estás haciendo ahora.

—¿Te estoy lastimando? ¿Cómo? Dime para darme patadas y no hacerlo nuevamente —me tomó de los hombros pero yo fui más rápida intuyendo su movimiento y me moví lejos de su alcance.

—Quiero que nos demos un tiempo —eso salió de mi boca.

Por primera vez, desde que conocí a Adam, se quedó sin palabras.

Su boca se abría y se cerraba pero no decía nada.

—¿Por qué? —fue lo único que preguntó.

Me removí incómoda en mi lugar.

—Porque estoy confundida, por eso.

Minutos de silencio pasaron hasta que finalmente habló:

—Está bien. Te voy a dejar en paz si al menos me das una buena razón —descruzó los brazos y no dejó de verme fijamente, esperando mi respuesta.

—¡Porque estoy harta que no me digas la verdad acerca de nada! Me costó un mundo hacer que me hablaras de Nicole, y te apuesto a que si Elena no hubiera sacado el tema el otro día en la playa, tú nunca, jamás, me hubieras contado sobre ella —estaba gritando ahora, histérica—. ¡Tienes demasiados misterios de los cuales no me has dicho absolutamente nada, cuando yo siempre he sido un libro abierto fácil de leer para ti! ¡No confías lo suficiente en mí! ¡Eres ciento cincuenta misterios de Walker, en persona! Y tal vez, tal vez no quiera ser la protagonista de tu libro. Eres demasiado con lo que aguantar… y… —mi voz perdía intensidad ya para el final—… y no creo que haya una sola chica que pueda soportar subirse a esta montaña rusa o ser el plato de segunda mesa que dejó Marie. Yo solo quiero una relación normal con alguien que no esté tan jodido como tú o como Mason.

Después de decir todo lo que tenía que decir, Adam se quedó bastante callado, silencioso. Me daba miedo verlo a los ojos para medir su reacción.

¿Tal vez me pasé de la raya?

—Me duele que no me digas la verdad —hablé cuando noté que el silencio continuaba espesándose entre nosotros—; esto no es acerca de un estúpido tatuaje, Adam. Esto es porque no estoy segura de si estamos en la misma página, o si voy a soportar tus mentiras por más tiempo. O porque probablemente tu y yo no seamos el uno para el otro.

Después de un minuto entero de contener la respiración, Adam finalmente habló… o más bien lo escuché tragando saliva.

—¿Quieres terminar conmigo? ¿De nuevo? —Sonaba herido. Cierto, le había dejado de hablar por una semana cuando Marie me había enumerado todos los lugares en los que lo hicieron como conejos. Nunca debí perdonarlo de vuelta; sencillamente tuve que haber acabado con esto de una vez por todas.

Me obligué a decir las siguientes palabras:

—Quiero terminar contigo Adam. No puedo seguir con esto si tú no estás siendo completamente sincero conmigo… entiende que me vuelve insegura no saber lo que pasa. Te amo pero… —me detuve de hablar. ¿Le había dicho que lo amaba? Mierda. Ahora no iba a lograr sacarlo de mi casa por el resto del día.

—Espera… —dijo con cierta emoción en su voz—, ¿me amas? ¿Me amas pero me vas a dejar?

—Te amo pero creo que sigues siendo esclavo de lo que sientes por Marie. Siento que nunca voy a lograr erradicarla de nuestra relación y de nuestras vidas.

Empecé a dar pasos hacia el interior de la casa pero Adam me tomó del brazo y me trajo de vuelta a mi lugar.

—Alto ahí, Anna. Hazme un favor y deja de suponer cosas que no son ciertas más que en tu cabeza. YO NO AMO A MARIE, te dije que hubo un tiempo en que la amé… en pasado. Fue muchísimo antes de saber siquiera que andaba con Eder y que tenía todo un harén de hombres haciendo fila por ella. Yo era demasiado tonto en esa época, un completo asno que se dejó impresionar, nada más. Y sí, fue un cuerpo bonito con el que me acosté; y no te voy a negar que, el hecho de que no tuviéramos un compromiso serio, logró hacer que mi decisión de quedarme con ella fuera fácil. Sencilla. Soy un hombre después de todo. ¿Y el jodido tatuaje? Ese lo hice cuando estaba ebrio, cuando aparecí por primera vez en el departamento de Marie embebido en alcohol y alucinando con hacerle cosas a su prima que no debería estar pensando en hacérselas. Y por si no te queda claro, me estoy refiriendo a ti.

»Como estúpido borracho que estaba, cometí el error de contarle a Marie que me gustaba la forma en la que andabas despreocupada con tu libro en la mano, usando piyamas ridículos, o con esas espantosas pantuflas de conejito que siempre llevabas por las noches. O cuando estabas sencillamente haciendo lo que sea que hacías, como respirar.

»Lo que hizo Marie fue aprovecharse y sugerirme lo del tatuaje para que no la olvidara. ¡Perdona si en ese momento me pareció la cosa más lógica de hacer! ¡Se supone que la amaba y que era mi "novia" y decidí que era buena idea complacerla! Lo sé, soy el idiota más grande que ha pisado este planeta pero los hay peores que yo.

Abrí mi boca para después cerrarla, pero era Adam quien esta vez no me dejaba hablar.

—¿Qué te estoy escondiendo, Anna? —continuó diciendo con fervor, con la sangre hirviendo dentro de su piel—. Te he dicho todo lo que hay que decir sobre mí… pero si no es suficiente para ti, entonces… comencemos por el principio —Tomó un largo respiro y empezó a hablar rápido—: Mi nombre completo es Adam Tadeus Walker, lo sé, es un segundo nombre de mierda pero me lo pusieron en honor a mi tátara abuelo Tadeus algo… tengo un hermano loco con esquizofrenia llamado

Aarón y que, en las pocas veces que lo he visto, todavía cree que lo intento envenenar hasta con el maldito vaso de agua. Tengo veintitrés años y me hago cargo de mi abuela, una señora de setenta años de edad con personalidad de diva, también tengo un perro Golden Retriever llamado Carlo que come por ocho personas, una mofeta sin glándulas con el que mi sobrina se encariñó, dicha niña de diez años que amo como si fuera mía. Una niña que tuvo una infancia difícil y que protejo con mi vida para evitar que la gente le haga daño o la miren como si fuera un bicho raro.

»¿Mi dinero? En realidad es el de mis padres, pasó a ser mío cuando murieron. ¿Mi trabajo? Simplemente ayudo a la banda de mi amigo a conseguir un poco de fama porque fui el primero en invertir dinero en ellos antes de que consiguieran un contrato con alguna disquera. Trabajé un tiempo vendiendo autos de lujo en una tienda donde el dueño conocía a mi padre… ¿y por qué pedí trabajo en ese lugar si se supone que yo no necesito el dinero? Simple: porque me enteré que mis padres tenían negocios ilícitos con gente que distribuía droga. Todo el dinero que poseo lo ganaron, o robando, o distribuyendo cocaína. ¿Por qué crees que quiero deshacerme de él tan rápido? ¿Por qué crees que le pagaba grandes sumas a Porky por cosas insignificantes que a la vez me acercaban a ti? Porque intenté donarlo a la caridad o algo por el estilo, pero se sentía incorrecto. Me sentía un completo hijo de puta entregándoles dinero manchado con sangre… Al parecer mi hermano sabía de todo esto pero nadie pudo decirme cuando tenía la edad suficiente como para comprenderlo.

»No duermo pensando en si esa gente que mantenía negocios con mis padres intentará buscarme a mí y a mi familia de nuevo… porque lo hicieron, llegaron mientras mi sobrina estaba en la escuela y me amenazaron para que continuara con el legado de mis padres, no querían perder la zona por la que ellos se mataron tanto trabajando; por eso saqué a Nicole de la escuela y la mandé a ella y a mi abuela a vivir juntas en otro lado. Ahora entiendes por qué soy sobreprotector y reservado con ella… incluso contigo. No provengo de una buena familia con excelentes valores morales como siempre creí que lo hacía.

»Tampoco quiero que te hagan daño. Te lo dije Anna, siendo el egoísta que soy quise retenerte a mi lado aun sabiendo que podías correr peligro conmigo, siempre supe que lo mejor era no incluirte en mi jodida vida de mierda. Lo siento nena, mi intención jamás fue confundirte… eres libre de irte y zafarte de este asunto sin sentirte culpable. Es más, prometo no enojarme o intentar molerle la cara a golpes a cualquier otro tipo que vea colgando en tu brazo. Anda Anna, desaparece de mi vida antes que sea demasiado tarde y se te pase la oportunidad.

Me quedé atónita con todo lo que me dijo Adam.

Parpadeé varias veces intentando retener las lágrimas que se formaban en mis ojos.

¿Qué acababa de suceder?

—¿No crees que ya es demasiado tarde como para no estar involucrada? —fue lo único que mi garganta reseca me permitió decir—, te acabo de decir que te amo… y tú sólo buscas excusas.

—Lo sé. Pero también acabas de abrirme los ojos… ya no puedo vivir en un cuento de hadas contigo. No fue mi intención hacerte daño; quería ocultarte las partes feas de mi vida pero no sabía que eso era lo que más te estaba lastimando. Por favor no me ames más, echo a perder todo lo que está a mi alrededor. Y si no te apartas lo suficiente de mí, entonces prometo que haré hasta lo imposible para que llegues a odiarme y así aprendas a mantener la distancia. Como tú sugeriste: es mejor que nos demos un tiempo libre. No soy alguien con el que te conviene estar. Tenías razón después de todo: tal vez tú y yo no seamos lo que necesita el otro.

Yo continuaba estúpidamente en silencio. Por fin lograba abrirse conmigo y me decía todo esto. No sabía qué pensar.

Tragué el nudo que se formó en mi garganta.

Las lágrimas dejaron el orgullo de lado y corrieron por mi cara con facilidad.

Me dolía todo. Era… demasiado.

Se sentía como si me hubieran arrancado el corazón para después ponerlo en su lugar.

—¡Eres un tonto! —chillé. Corrí lo más cerca de Adam y comencé a golpearlo en el pecho repetidamente.

—¡Eres un grandísimo idiota! —seguí con los golpes—, me haces sentir confundida un momento y al siguiente me haces sentir como si fuera la peor persona en el mundo.

Él no dijo nada, sólo dejó que lo golpeara en el pecho y que llorara con gruesas y grandes lágrimas.

—Lo siento mucho nena —dijo sobando mi pelo.

Me aparté inmediatamente y lo vi detrás de mis ojos nublados.

—No te creo nada. ¡Seguro estás mintiéndome como siempre lo haces! —tenía que ser eso. Esta vez no caería tan fácil.

—Entonces no me creas —dijo simplemente—. Es mejor de esa forma. Lamento que por mi culpa te sintieras insegura.

—¿Por qué me cuentas esto hasta ahora? —le reclamé histérica.

Ni siquiera podía entender por qué estaba tan furiosa y a la vez llorando. ¿De dónde venía toda esta ira?

—¿Marie sabía esto? ¡Dime! ¿Lo sabía? —continué gritando.

Por el rabillo del ojo noté a Susan tratando de contener a mi padre y regresándolo a la casa. No me importaba si ellos habían escuchado algo de lo que Adam me dijo.

—Creo que ella logró sacarme información en una de esas tantas veces que me emborraché. Yo jamás le dije nada, te lo juro. Al menos no cuando estaba consciente. Eres la única a la que se lo he contado todo.

—Bien, pues no creo que debas hacer un gran esfuerzo para que te odie, porque desde ya lo estás haciendo. ¡Eres un tonto, un idiota completo! Me caes mal Adam Walker —grité—, será mejor que no te me acerques de nuevo. ¡Ya no sé qué creer de ti! ¿Es verdad lo que me dices? ¿Es mentira? Pienso que me estoy volviendo loca. Te amo y te odio por ocultarme tantas cosas, por… por… ¡nada de esto tiene sentido!

Adam agachó la cabeza y evitó el contacto visual conmigo.

—Lo siento —volvió a repetir—, si me hubiera alejado antes no tendrías que estar en este dilema en estos momentos. Pero todo lo que te he dicho es la verdad. Marie me acusó de ser un ladrón porque ella nunca supo de dónde venía mi dinero. Jamás le dije nada y puedes preguntarle lo que quieras, ella solo te va a decir las suposiciones que hacía de mí, y que tú muy fervientemente creías.

Me quedé en silencio nuevamente, procesando la jugosa información que me había dado.

De nuevo me sentía como la mala de la historia.

—¿Me estás dejando porque te dije que quería un tiempo lejos de ti? —pregunté después de unos minutos.

—Te estoy dejando porque te estoy haciendo mucho daño. Intenté retenerte lo más que pude pero al hacerlo solo estaba pensando en mí…

¿Por qué le estaba reclamando esto? Yo era la que quería espacio.

—Ves a lo que me refiero —murmuró él de repente—, solo te estoy causando más dolores de cabeza de los que necesitas. Debí apartarme desde hace tiempo atrás.

—Entonces vete. Vete porque me estoy volviendo loca —sorbí unos cuantos mocos y pasé la palma de mi mano por mis mejillas. Se sentían calientes y me ardían los labios—. Definitivamente no hay forma en que tú y yo podamos funcionar. Nunca. Yo no me merezco esto.

Por un momento nuestros ojos se sostuvieron y me sorprendió ver dolor en los suyos.

—Lamento arruinarte la noche —se limitó a decir.

Comenzó a acercarse a mí para enjugar mis lágrimas, pero yo me aparté de su camino.

—Vete de una buena vez, vete antes de que me hagas más daño —dije amenazadoramente.

Asintió con la cabeza y movió un pie tras otro hasta llegar a su motocicleta estacionada en la acera. Justo cuando estaba por subirse, se volteó una última vez y me sonrió con tristeza.

—Se me olvidaba darte algo —dijo y rebuscó en el bolsillo de su pantalón hasta que sacó una pequeñísima caja de color amarillo—, esto no te lo estoy dando de mi parte. Viene de Nicole; ella quiso que te lo diera porque no aguantaba las ganas de que lo vieras. No te sientas obligada a aparecerte en mi apartamento solo por eso.

Me lo entregó en la mano, envolviendo sus dedos en los míos, dándoles un apretón que envió escalofríos a mi cuerpo entero.

Se apartó rápidamente y se subió a su moto.

—Por cierto… —dijo antes de ponerse en marcha—, el tatuaje con el nombre de Marie lo cubrí con otro. Con un colibrí y con una de esas mierdas tribales que Key me sugirió que hiciera. Cometí una estupidez pero no pienso repetirla de nuevo. Lamento de verdad que todo terminara de esta manera, de haber sabido que te perdería, te hubiera besado con más fuerza esta mañana, habría hecho eterno cada beso.

No pude replicarle con nada porque en eso él aceleró la motocicleta y lo vi perderse en la distancia hasta que se hizo pequeño para mis ojos.

Me sentía entumecida, congelada, dolida y atónita con lo que acababa de suceder. En menos de veinte minutos todo terminó entre Adam y yo. Me parecía tan extraño, tanto, que costaba creérmelo. Todo sucedió tan rápido.

Repentinamente volví a la vida al sentir la diminuta caja entre mis manos.

La abrí en modo zombi ya que mis dedos seguían congelados, desenvolví una nota que venía pegada en la tapa.

Escrita con un crayón morado, en letra grande y curva se leía "Para las que no aguantamos llegar hasta los veintisiete y esperar a que las mejores cosas ocurran".

Adjunto venía un collar con el número 27 en color plateado colgando de un pedazo de cinta de cuero negra.

Sonreí mientras dejaba que nuevas lágrimas cayeran por mi rostro.

Esa niña era alguien especial.

Pero era lo mejor, terminar con Adam era bueno para la salud; no podía seguir pasando por desapercibido esas pequeñas cosas que me indicaron que él no era para mí. Adoraba ser parte de su mundo... Pero tal vez esto sea lo correcto de hacer.

Limpié mi cara de las lágrimas, pero parecía como que nunca pararían de salir.

Y así, llorando, fue como Rita me encontró cuando se aproximaba a la casa. Ella cargaba un bolso abultado en donde seguramente traía su ropa de dormir para esta noche.

Pero de repente mis planes cambiaron, se vinieron abajo.

—¿Anna? ¿Qué te sucede? —dijo ella apresurándose a caminar a mi lado.

Examinó mi rostro, mis brazos y mi cuerpo entero.

—Estaba pensando en que no me vendría mal que saliéramos después de todo —sugerí con voz rota.

—¿Qué te ocurrió? ¿Te sientes mal? ¿Viste de nuevo Titanic tu sola? Porque si es así te voy a jalar las orejas por no esperarme para una dosis de DiCaprio.

Sonreí sin sentir realmente las ganas de hacerlo, continuaba entumecida y estática.

—Nop. Adam acaba de marcharse… para siempre. Y duele como nadie tiene idea…

—¿Adam se marchó? ¿Dónde?

Sollocé y solté un quejido.

—Él y yo terminamos, Rita.

—Oh.

—Sí.

—Supongo que necesitas una distracción urgentemente, ¿no?

—Eso creo...

—Bien, conozco el lugar perfecto para desahogar penas.

Rita me tomó de la mano y me guió sin soltarme ni un segundo durante todo el recorrido hasta llegar a la heladería más cercana.

Ya no podía sentir mis pies, en mi interior todo era helado y frío, oscuro y vacío.

Las lágrimas se detuvieron momentáneamente, mi mente estaba en blanco. Me sentía sobrecargada por tantas cosas; había mucho que quería preguntarle a Adam pero él se había ido, dejándome sola como se lo pedí.

—¿Vas a contarme qué sucedió o tengo que adivinar? —preguntó Rita una vez que tomamos asiento en las butacas más cercanas a la puerta.

Me obligué a tragar saliva y a despegar la vista del papel tapiz con colores brillantes que ocupaba toda una pared del local.

—Yo... —me relamí los labios para hablar pero parecían estar sellados por completo.

Aclaré mi garganta y parpadeé varias veces para tratar de enfocar la vista. Mis esfuerzos parecían inútiles.

—De acuerdo —dijo Rita en un suspiro—, puedes contármelo luego. ¿Quieres un helado? Eso siempre funciona con los corazones rotos. ¿Qué tal uno de pistacho? ¿O quieres menta con chocolate?

En medio de la gruesa capa de neblina que me envolvía, logré darle a Rita un ceño fruncido.

—¿Menta con chocolate? —dije en un susurro—, solo a ti puede gustarte algo que sabe más a pasta de dientes que a un decente sabor de helado.

—Bien, para ti será el de pistacho entonces. Solo por hoy voy a permitir que insultes al chocolate con menta y lo compares con dentífrico.

Se levantó para pedir nuestras órdenes mientras yo repasaba toda la conversación con Adam una vez más.

"Si no te apartas lo suficiente de mí, entonces prometo que haré hasta lo imposible para que llegues a odiarme y así aprendas a mantener la distancia."

¿De verdad iba a hacer que lo odiara?

¿Y qué hay del negocio que mantenían sus padres? No podía creer que él estuviera pasando por eso sin decirme nada.

Me sentía tan patética en estos momentos; lo que más quería hacer era consolarlo y abrazarlo. ¿Estaba mal que quisiera eso?

Repentinamente mis ojos comenzaron a nublarse y se dilataron mis pupilas.

Una lágrima salió disparada sin que yo se lo permitiera; me sentía enferma de solo pensar en todo lo que Adam me había dicho.

Antes de que más lágrimas salieran, me levanté de mi asiento y corrí directo al baño.

Aproveché que estaba vacío y sollocé con fuerza, apoyándome en el lavamanos mientras me doblaba y lloraba sin pudor; terminé encerrándome en un cubículo y sentándome en la tapadera del retrete. Subí las piernas hasta que mis rodillas alcanzaron mi mentón, y comencé a llorar horriblemente.

Cuando escuchaba que alguien abría la puerta del baño, me obligaba a callarme y a morderme el brazo para que mis sollozos no pudieran oírse por todo el interior.

Me sentía estúpida. ¡Yo había querido terminar con él primero!

Nada de esto tenía sentido. Nada.

¿Era mi destruido orgullo el que lloraba o era mi corazón?

Pero de todas formas no importó, lloré hasta que mis hombros comenzaron a sacudirse violentamente y por mi nariz salía líquido; por más que intentaba morder mi brazo con fuerza para ocultar el hecho de que lloraba peor que una bebé, se volvía una tarea imposible cuando recordaba la mirada de dolor en los ojos de Adam.

—Este no es el fin del mundo, Anna. Te vas a recuperar —me dije a mi misma, pero mientras más lo pensaba, más ganas de llorar tenía.

¿En serio era tan patética por llorar sobre una relación que el único futuro que tenía era uno destructivo?

Sorbí mocos hasta que me creí lo suficientemente fuerte como para dejar de llorar, pero cuando accidentalmente llevé mi mano hacia mi cuello, y sentí el collar que Nicole me había regalado… bueno, fue como abrir un jodido dique que inundó todo mi sistema. Volví a llorar incontrolablemente de nuevo.

Afuera, la puerta se abrió una vez más y escuché a Rita llamándome y chequeando los cubículos uno por uno hasta dar con el mío.

—¿Anna? Por favor no te encierres —suplicó, podía escuchar la preocupación en su voz.

No pude responderle. En su lugar me eché a llorar tratando de ser silenciosa y fallando con éxito.

—¿Anna? Ábreme la puerta, no te encierres —volvió a llamar Rita.

En un intento por lucir menos patética pasé la manga de mi camiseta por mis húmedas mejillas.

Le abrí a Rita y, en vez de salir, dejé que ella entrara y cerrara la puerta del cubículo.

Apenas y había espacio para ambas pero le hice sitio en la tapadera del retrete para que se sentara y ocupara la mitad.

Ella cargaba dos copas de helado, ambas de color verdoso.

Me pasó la que tenía en su izquierda y me dio un medio abrazo mientras me la entregaba.

—Come el helado, te hará sentir mejor —susurró.

Negué con la cabeza, no quería comer nada.

—No entiendes —fue lo único que pude decirle, ella esperó pacientemente mientras yo terminaba la frase—, ya estoy lo suficientemente helada por dentro como para el resto de mi vida.

Se me quebró la voz al final y sollocé de nuevo.

Rita llevó mi cabeza hacia su hombro y me dio suaves palmaditas en la espalda.

Eventualmente tendría que contarle todo, pero justo ahora solo quería sentirme rota y llorar.

—Deja de torturarte pensando en lo que pasó o no pasó… o pudo haber pasado. Piensa en otra cosa —me sugirió ella mientras se llevaba una cucharada de helado a la boca— ¿Qué te parece si te distraigo con algo vergonzoso que ocurrió el otro día?

Yo asentí vagamente con la cabeza.

Ella comenzó a hablar pero sentía mis oídos tapados, no escuchaba ni una sola palabra de lo que decía.

—Anna… ¡No me estás escuchando! —me regañó—, concéntrate. Escúchame por un momento, deja de pensar en lo que te está atormentando. ¿Sí? Te hará bien.

Asentí con la cabeza.

—De acuerdo —dije en un susurro.

—Bien. Hace un par de meses fui a una de esas citas relámpago que te arreglan por internet —comenzó a contar—, y terminé en un restaurante, a punto de entrevistarme con más de diez chicos por dos exactos minutos cada uno. Pero como no quería que supieran mi nombre real me inventé uno…

Cuando se detuvo de contar la historia, me aparté de su hombro y la miré fijamente para que continuara. Al menos su plan estaba funcionando y por un minuto entero dejé de pensar en Adam.

—El nombre que me puse fue Andrea Cipriano —dijo ella haciendo un puchero.

—¿Cipriano como Patch? —pregunté con una mueca similar a una sonrisa.

Ella asintió con la cabeza.

—Ya sabes que soy miembro honorario del foro "Violemos a Patch". En ese momento me pareció una idea genial y divertida… y nadie parecía darse cuenta de que mi apellido era en honor a un personaje ficticio de un libro. Hasta que uno lo notó… tú lo conoces como Key, él se presentó conmigo como Heraldo. ¿Puedes creer ese nombre? Y eso que es su nombre real… hasta yo me lo cambiaría por uno más genial.

Parpadeé varias veces hasta llegar a dedicarle a Rita una sonrisa verdadera.

—Bueno, como sea —continuó—, él y yo nos llevamos muy bien, conectamos rápido e incluso ocupó un par de minutos extra que a ningún otro chico de las citas le había dado. Salimos esa misma noche pero como llovió, y yo fui la ridícula que no llevó un paraguas, terminé cayéndome en el lodo y se me rompió el pantalón. Key me prestó su camiseta para que me tapara.

—Eso suena romántico —admití. Pensé en mis propios momentos románticos con Adam, supongo que ya nunca los volvería a repetir más que en mi memoria.

—Espera allí, se pone mejor: él me llevó a su casa (que en realidad es todo un complejo como de diez mil varas cuadradas) para que nos secáramos y para que pudiera prestarme más ropa. ¿Y a que no adivinas qué? ¡Él iba a besarme! Pero su madre entró justo en ese momento a su habitación y nos encontró en poca ropa y a punto de salivar en la boca del otro.

—¿Qué?

—Sip, le caí mal instantáneamente a la mujer. Desde ese día no volví a verlo, hasta que apareció con Adam la misma noche que te emborrachaste y vomitaste por todos lados. Oh, pero tenías que haber visto la mirada de preocupación de Adam. Llegó desesperado, empujando puertas y rebuscando en las habitaciones hasta que dio contigo en el baño… ¿y cuando te cargó? fue… fue tan íntimo y real que tuve que mirar para otro lado.

Los ojos se me nublaron de nuevo; agaché la vista hacia mi copa de helado y la revolví con la cuchara.

—Ay, perdón. Lo siento. Había olvidado que te debía distraer de pensar en Adam, no contribuir con el dolor. Lo siento.

—¿Entonces son novios? ¿Tú y Key son novios? —pregunté para cambiar de tema.

—Bueno… sí. Algo así. ¿Logré distraerte? —Noté que ella no había querido entrar en detalles, así que no la presioné con el tema y sólo asentí con la cabeza.

—Bien, vamos a terminar estos helados en otro lugar que no sea el baño de mujeres, por favor. Creo que es hasta insalubre.

Con eso se puso de pie y abrió la puerta para que saliéramos.

—Pensé que me llevarías a un bar para emborracharme, no a una heladería —dije mientras aprovechaba a ver mi cara en el espejo y comprobar que me miraba completamente desastrosa. Tenía los labios y los párpados hinchados. Mis mejillas estaban rojas y mi nariz lucía fosforescente.

—No, no, no. Nada de bares para ti. Desde que me sacaste el susto de mi vida aquella noche cuando me dijiste que estabas embarazada… mejor dejamos el alcohol de lado.

Sonreí y a la vez hice una mueca. Una vez más el mismo recuerdo para torturarme pensando en Adam, iba a tener muchos de esos momentos agridulces clavados en mi cabeza.

Traté de limpiar mi cara lo mejor que pude y finalmente terminé mi helado de pistacho sin derramar una sola lágrima más. Era bueno tener a Rita a mi lado para afrontar la situación.

Ella era buena compañía, me distrajo toda la noche para que mi mente masoquista dejara el tema de Adam a un lado.

Vimos películas, aunque no recordaba de qué trataban; mis pensamientos estaban a kilómetros de distancia, en un lugar donde no existía el tiempo y el espacio; un lugar en donde me ahogaba y lo único que podía escuchar era:

De haber sabido que te perdería, te hubiera besado con más fuerza esta mañana, habría hecho eterno cada beso.

No dejaba de rememorar esa frase en específico, más porque yo hubiera hecho exactamente lo mismo.

Me encontraba ya en mi pijama, recostada boca arriba en la cama, viendo hacia la nada en la oscuridad. Lo único que podía escuchar eran los suaves ronquidos de Rita, y un poco de la mezcla musical que provenía de su iPod.

La música de Adele no era precisamente de mucha ayuda con mi crisis de depresión; lágrimas continuaban saliendo de mis ojos... Solo deseaba que se apagaran pronto. Que todo se apagara lo más rápido posible para poder dejar de sentir lo que estaba sintiendo.

Esa noche apenas dormí, y las próximas cinco noches que le siguieron a esa tampoco fueron sencillas. Pero iba a superarlo, tenía que hacerlo.

A la larga iba a terminar haciéndome más daño si continuaba mi relación con Adam.

Tenía que aprender a ser la que una vez fui sin él.

Todo estaría bien... o al menos eso esperaba.

En los siguientes días Adele y yo nos habíamos vuelto íntimas amigas; siempre en la mañana me ponía mis audífonos, y mientras caminaba hacia la librería, escuchaba algunas de sus canciones. Ni siquiera escuchaba las letras, sus tristes melodías se iban directo a donde más me dolía.

Tenía la teoría de que, si podía volverme inmune a ella, lograría volverme inmune ante cualquier canción con un ritmo suave y que hablara de amor.

Todavía me sentía adolorida, especialmente cuando Mindy o Shio me pasaban interrogando por el hermoso "trasero de un millón de dólares" como ellas habían nombrado a Adam; finalmente en el séptimo día sin saber nada de él, me hallé con el valor suficiente como para anunciarles que mi novio había dejado de serlo por problemas de coexistencia.

Ellas abandonaron el tema inmediatamente.

Hasta mamá dejó de llamarme y de tratar de arreglarme citas con los hijos de sus clientes; pasarían meses antes de que volviera a interesarme en alguien. Era mejor no enamorarse, se sufría menos.

En la librería, hacía todo de forma monótona. Sonreía falsamente y fingía que era la persona más normal en este mundo; comía poco o nada, me sentía como la mierda.

Pensaba que sería otro día como cualquier otro, el décimo sin ver o saber absolutamente nada de Adam, hasta que una particular visita interrumpió una tarde en el local.

Llevaba minifalda roja y botas de tacón que le llegaban al muslo. Su rizado cabello naranja estaba suelto y lucía salvaje.

No fui la única en notar su presencia, algunos de los clientes no disimularon al babear sobre su trasero y sobre su pronunciada blusa escotada. Detrás de ella venía Eder, usando sus camisetas tipo Polo, y sus pantalones color caqui.

Marie comenzó a buscar a alguien o algo entre las estanterías, y parte de mí ya se imaginaba a quién estaba tratando de encontrar.

—¿Puedes creer esto? Otro chico lindo entró en la librería —dijo Shio en mi oído, señalando a Eder con un dedo—, no hay muchos de esos por aquí. Por lo general o son chicas las que vienen, o señores casados con más de tres hijos. Tenemos suerte. Rápido, que Mindy no lo vea.

—Él es gay —le confesé a Shio.

—No, no creo. Al menos no lo parece.

—Él es gay —volví a repetir.

Esta vez Shio me tomó del brazo y me sacudió con fuerza.

—¿Estás bromeando? ¿Lo sabes o solo lo estás suponiendo?

Suspiré.

—Lo sé. Lo conozco.



—No, no, no, no. Me va a dar algo… ¡estás mintiendo!

Negué con la cabeza.

—Él mismo me lo dijo —hace mucho tiempo atrás él se había querido sincerar conmigo y me invitó a un restaurante elegante y poco conocido para decirme la verdad. Marie aún no lo sabía, Eder sólo quería consultarme en qué manera podría darle la noticia a ella sin que le fuera a dar un ataque. Entonces yo rebelé el secreto que Marie le había estado ocultando durante mucho tiempo y le conté a Eder sobre la relación que ella mantenía con Adam.

Al día siguiente la encontré succionando chocolate del cuello de Marcus, el otro miembro del harén de Marie.

Pensé que después de eso Eder la dejaría pero de igual forma él siempre continuó llegando al departamento, incluso cuando noches atrás había encontrado a Marcus escondido debajo de la mesa del comedor y fingió no haberlo visto.

Creo que Marie era una buena fachada para que sus padres no sospecharan acerca de sus gustos.

—No puedo creerlo —protestó Shio— pero tienes razón, las señales son claras, ningún chico podría combinar así de bien toda su ropa. A este paso me voy a quedar soltera para toda la vida.

Ella hizo un puchero adorable y continuó circulando entre los clientes.

Observé a Marie un rato más, esperando que no se fijara en mí y que no viniera a hacer un escándalo; el lugar no estaba muy lleno ya que a esta hora de la tarde ralentizaban las ventas.

Marie me vio finalmente y esbozó una sonrisa que lo único que podía significar era problemas.

No había vuelto a hablar con ella desde que me fui del departamento, y ni tenía pensado hablarle de aquí hasta Diciembre del año 2400.

—¡Anna! —saludó ella.

Fruncí el ceño. Hasta su voz me sonaba hipócrita.

—La tía Cecile le dijo a mi mamá que trabajabas aquí, no estaba segura —siguió diciendo—. Debe ser aburrido para ti, pobre. Lamento que perdieras tu otro empleo, pero bueno, así es la vida.

Me crucé de brazos y desvié la vista hacia la estantería de novelas clásicas.

Eder, quien aún no había hablado nada, me saludó con un gesto de mano y me sonrió con nerviosismo.

—¿Necesitas algo? —le pregunté a ella en tono monótono.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy? ¿Qué ha sido de mi vida sin vivir contigo?

—Marie, deja las ridiculeces. ¿Destruyes mis cosas, haces que me despidan del trabajo y aun así crees que te preguntaré sobre cómo va todo en tu vida?

Resoplé.

Ella sonrió, divertida por mi comentario.

—Bien. Directo al grano entonces —ella metió la mano en su bolso de diseñador, y por un momento pensé que buscaría la revancha por todo lo que pasó con la pistola de burbujas y me apuntaría con una pistola real. Pero lo que sacó de su bolso fue una tarjeta blanca de tamaño mediano y me la entregó.

La tomé y la observé por un rato, dubitativa sobre qué hacer con esto.

Ella rodó los ojos y me explicó:

—Mi cumpleaños es la próxima semana, ¿recuerdas? Justo un mes antes que el tuyo. Este año decidí adelantarlo y hacer todo un evento especial. La temática será blanco y negro; los invitados tienen que usar solo ropa blanca o negra.

Wow, sí, Marie era toda una mente inteligente. ¡Que se la lleven los rusos por favor!

—¿Para qué me estás dando esto? —Si tendría que enumerar las razones de por qué no debería asistir a esa fiesta, no terminaría ni en mil años.

—Porque quiero que vayas, por eso. Ah, y casi lo olvido —rebuscó de nuevo en su bolso. Ésta vez seguro que era el arma—, traje una para tu novio. Adam.

Se me agitó el corazón de solo escuchar de nuevo su nombre.

No tomé la invitación y desvié la vista.

—¿Se la darías por mí? ¿Por qué no la tomas? —preguntó, su voz parecía sonar cada vez más maliciosa.

—Me temo que no seré capaz de ver a Adam justo ahora —me obligué a decir.

—Oh, supongo que los rumores son ciertos.

Clavé mis ojos en los suyos y me pregunté cómo rayos se había enterado.

—¿Qué es lo que sabes? —dije cautelosamente.

Ella se acercó un poco más a mí, susurrando su respuesta en mi oído.

—No es necesario que lo sepa. Sólo mirarte me lo dice todo: tienes ojeras asquerosas, el rostro sucio y los ojos tan hinchados que es obvio, para cualquiera, saber que has estado llorando. Te lo dije —susurró aun más suave—, Adam no es la clase de hombre para ti. Apuesto a que ni siquiera perdiste la virginidad con él. O con algún otro… todo tu cuerpo grita FRACASADA.

Marie puso algo de distancia y luego volvió a recomponer esa sonrisa fingida que tanto se le daba bien.

—Ya que tú no puedes dársela, entonces yo se la daré —me guiñó un ojo—. No te preocupes, le diré que estás muy bien y que ya tienes a otro.

Respiré hondo unas tres veces pero eso no parecía ser lo suficiente como para quitar los pensamientos homicidas que tenía sobre ella.

—¿Todo bien aquí? —dijo Laura repentinamente apareciendo frente a nosotras.

—Perfecto —respondió Marie—. Supongo que te veré en mi fiesta. Es el sábado, si no encuentras qué ponerte puedo prestarte algo de mi ropa… creo que lo necesitas.

Se despidió de manera alegre y salió muy de prisa por la puerta.

Estúpida Marie.

¿Qué le había hecho yo para que me odiara tanto?

—Anna, querida, recuerda que estás en horas laborales. No se aceptan visitas sociales en la librería —me recordó Laura.

Asentí con la cabeza y murmuré una disculpa. Laura desapareció, siguiendo a Mindy para regañarla por el mal uso del uniforme de trabajo.

Me quedé parada, con la invitación de la fiesta de Marie en mano.

Al menos ella haría algo que yo moría de ganas por hacer desde hace mucho: iba a ver a Adam.

¿Y si yo hablaba con él? ¿Qué de malo podría pasar?

¿Y si me corría de su departamento? No, se supone que él me amab… bueno, nunca dijo que me amaba, pero al menos supongo que me quería. Él sería incapaz de botarme de su departamento solo porque estuviera enojado conmigo ¿verdad?

De repente me entró la urgencia de verlo. Marie era capaz de inventarle demasiadas cosas si tenía la oportunidad.

Sí, hoy trataría de hablar con él.

Cueste lo que cueste.



CAPÍTULO 22

Gente con colas

Yo era una gallina.

Una cobarde, inútil y tonta gallina que tenía más de una hora sentada en las afueras del edificio en el que vivía Adam, esperándolo como una de esas locas acosadoras que esperan a Justin Bieber fuera de la habitación de su hotel sólo para tener la oportunidad de verlo en ropa interior y soñar con ser la próxima madre de sus hijos.

No dejaba de torturarme con Adam, con la vista que tendría de su espectacular cuerpo y que probablemente él ni siquiera se miraría así de mal como me veía yo, porque, vaya que yo tenía un aspecto de haber sido masticada, digerida y escupida por un lagarto.

¡Aaggh!

Con cada segundo que pasaba, más se acobardaban mis ideas y parecía inútil mi plan de hablar con él. Había decidido no subir a buscarlo a su apartamento porque eso, ciertamente, me haría lucir como una desesperada; además me sentía tonta ya que era yo la que corría detrás de él en vez de ser al revés. Me desilusionó saber lo rápido que me había dejado marchar de su vida. Ni siquiera peleó por mí… por nosotros.

Definitivamente este era un mal plan.

Por quinta vez esta noche, me puse de pie y comencé a bajar las pocas gradas que me llevarían hacia la acera y después directo a la parada de buses más cercana para largarme a casa y continuar con la tortura desde la comodidad de mi dormitorio.

Estaba a punto de ponerme los audífonos y apagar a todo el mundo con un poco de Adele, cuando, una mano se posó en mi hombro y me obligó a darme la vuelta.

Era la abuela de Adam.

—¡Hola ahí! —dijo con voz eufórica. Me envolvió en un abrazo y me dio suaves y calmantes palmaditas en la espalda—. No sabía que vendrías hoy.

—Fue algo espontáneo —logré decir en medio del apretado abrazo.

Pude ver a Nicole justo por detrás de nosotras, sosteniendo un bolso morado. La niña sonrió enormemente al verme.

No esperaba encontrarme a ninguna de las dos esta noche, fue toda una sorpresa.



Una vez que su abuela deshizo el abrazo, la pequeña corrió para ocupar su lugar.

—¿Recibiste mi regalo? —preguntó inquieta, saltando de arriba abajo.

—Sí, lo recibí —le dije, dándole una de las pocas sonrisas verdaderas que había dado esta semana—. Aquí...

Le mostré el número veintisiete que colgaba de mi cuello.

Sus ojos se agrandaron y comenzó a dar saltitos rápidos.

—¡Lo tienes puesto! —chilló— ¡Yo también!

Ella me mostró un brazalete hecho con la misma cinta de cuero que mi collar, y con el mismo número colgando orgullosamente.

—¿Vienes a ver al tío Adam? —preguntó la niña.

—¡Nicole! ¿Qué te he dicho sobre tus preguntas indiscretas? —la regañó su abuela—. Entonces… ¿vienes a ver a mi nieto?

—Yo… yo no…

—Tal vez Anna pueda curar al tío Adam —interrumpió Nicole—. Anna, él está enfermo. Creo que le duele el corazón... ¡Ya no quiere cantar conmigo las canciones de Selena Gómez! Está grave, ¿sabes quién lo rompió?

Hice una mueca y me agaché para estar a su altura, llevé mi mano a su cabello marrón claro y acaricié su frente, deteniéndome brevemente en las cicatrices de su rostro.

No entendía cómo alguien pudo haberla lastimado de esa manera.

—¿Por qué piensas que está roto? —pregunté.

Ella tardó en dar su respuesta hasta que finalmente habló y dijo:

—Pues porque ya no es el mismo de siempre. Cuando uno de mis juguetes se rompe, deja de hacer lo que normalmente hacía; y el tío Adam actúa de esa forma: como un juguete roto —se calló y miró disimuladamente hacia su abuela, la niña me susurró lo siguiente—, o cuando boté accidentalmente el celular de Nanny al agua y la pantalla se puso negra y nadie pudo encenderlo de nuevo. Parece que el tío Adam está en modalidad apagada, ¿crees que tenga reparo? Porque el celular no lo tuvo.

Mis ojos se nublaron un poco y miré en otra dirección; tragué saliva y humedecí mis labios para responderle pero no sabía qué decir.

—Ya basta con el interrogatorio, deja a Anna en paz —intervino su abuela, salvándome de tener que responder a eso. Ella tomó a Nicole del brazo—. Anna, ¿quieres entrar al departamento? Pediremos pizza y veremos películas de mi época.

—Osea, películas aburridas en blanco y negro —bufó la niña para que sólo yo la escuchara.

—Oí eso, jovencita. Esta noche no hay postre para ti…

—Pero Anna me va a dar del suyo, ¿verdad?

—Ah… pues… —yo estaba balbuceando por completo—. Yo… yo estaba a punto de irme; no creo que pueda…

—¿Te vas? —interrumpió Nicole— ¿Por qué? Tienes que quedarte y ver el álbum de mariposas que hice ayer.

—Es que yo…

—¡Tonterías! —dijo su abuela y me tomó del brazo. Comenzó a caminar conmigo y con la niña hasta detenerse en la puerta de entrada del edificio.

Instantáneamente me empezaron a sudar las manos. ¡Iba a ver a Adam!

—De verdad, no creo que sea una buena idea… —continué diciendo pero ella me silenció con la mirada. Me callé.

—¿Entonces mi nieto y tú no han solucionado las cosas? —preguntó—. Puedo decir que ambos lucen destruidos, aunque Adam no me quiso decir qué era lo que le había pasado.

—No… yo… —un frío invisible se coló por mis huesos, haciendo que frotara mis brazos sin parar—. La verdad es que no he hablado con él desde hace un tiempo. Creí que hoy sería el día pero aun no estoy lista para hacerlo.

Ella me tomó de los hombros y caminó conmigo hasta el interior del edificio.

Nicole se nos adelantó y corrió hacia el elevador, presionando el botón de llamada unas tres veces.

—Me parece que ambos deberían hablar. Ya son bastante mayorcitos para resolver las cosas como dos adultos responsables. Ven, entra para que veas cómo babea mi nieto al verte.

Me guiñó un ojo y me dio una sonrisa simpática.

Le sonreí de regreso.

Decir que estaba nerviosa era decir poco, tenía el estómago revuelto y la bilis subía y bajaba por mi garganta.

—No estés nerviosa —me susurró ella mientras íbamos en el elevador—. Y dime, ¿has visto alguna película de Cary Grant? Oh, lo vas a amar…

El ascensor se detuvo en el sexto piso y sus puertas se abrieron con un sonido agudo; me costaba tragar saliva a medida que caminábamos hacia el departamento, y pensaba que en cualquier momento me iba a desmayar y haría de mí una completa vergüenza andante.

—¿Entonces el tío Adam y tú están peleados? —preguntó Nicole— ¿Por qué no hacen las paces? En Gossip Girl, la gente tiene una forma divertida de reconciliarse… creo que se duchan hasta que se les pasa el enojo.

—¿Se duchan? —pregunté. ¿Gossip Girl?

—Sí, eso pienso. Se mira cómo comienzan a quitarse la ropa y cae al suelo… hasta que la bisabuela cambia de canal y pone Bob Esponja. Nunca he podido ver en qué termina un solo capítulo de la serie; aunque yo creo que se besan como por… ¡diez minutos enteros!

Intenté no reírme.

Su abuela hizo un gesto de falsa indignación.

—¡No puedo creer lo que estás diciendo, Nicole! Nada de postre en una semana.

—¡No es justo! Sabes cuánto amo el dulce…

—Y es por eso que tienes los dientes picados y eres la piraña de la familia.

De repente, estábamos frente a la puerta de Adam, a sólo unos metros de distancia.

Los sonidos a mi alrededor se enmudecieron, y mis ojos comenzaron a verlo todo de manera borrosa. De nuevo la gallina en mí tomó el control y balbuceó:

—En serio tengo que irme… tal vez venga después…
—Cariño, respira hondo. Parece que te fuera a dar un ataque de pánico.
—No, yo no me siento preparada aún para… —la puerta se abrió de repente y mi corazón se detuvo por un segundo.
Era él. Adam.
Quería derretirme y fundirme con el suelo. No quería que me viera y supiera lo débil que había sido al venir a buscarlo, esto me hacía el doble de tonta que creí que era.
—¡Adam! Vinimos a hacerte una visita sorpresa. ¿Estás ocupado? —preguntó su abuela viendo incómodamente en dirección al departamento.
—Pasa —dijo él simplemente.
Por un momento pensé que no me había notado allí, parada como una imbécil, con las palmas de mis manos sudadas, y con la repentina urgencia de ir al baño. Pero no tuve tanta suerte de pasar desapercibida, sus ojos verdes fueron a dar directo a los míos. Mientras dejaba a su abuela entrar y ésta la saludaba con un beso en la mejilla, jamás apartó su mirada de mí.
Me quedé congelada y asustada por lo que fuera a decir.
¿Y si me corría de su departamento, frente a su abuela? ¿Qué si decía que yo debería largarme y que iba a poner una orden de restricción contra mí?
Negué con la cabeza, estaba siendo paranoica.
Nicole corrió a abrazarlo.
—¡Tío Adam! Mira a quién encontramos allá afuera —la niña me señaló. Mis mejillas comenzaron a arder—. La invitamos a comer pizza con nosotros, ¿no estás feliz?
—Mjmm —fue su única respuesta ante el asunto—. Ve con la abuela a pedir la comida.
Le revolvió un poco el cabello, y Nicole se fue en cuestión de segundos.
Solo quedábamos él y yo.
Enfoqué la vista en mis zapatos, esta era definitivamente una mala idea, Adam no se miraba feliz de verme.
—Anna —dijo mi nombre como si le costara pronunciarlo.
Despegué mis ojos del suelo y me concentré en no dirigir mis dedos a su rostro, tenía una ligera capa de barba que lo hacía lucir exótico. Vestía una camisa sencilla y pantalones de tela cómoda.
Abrí la boca para decir algo pero me silencié automáticamente cuando, por el rabillo del ojo, vi a una chica moviéndose con elegancia dentro del departamento.
—Creo que no debí venir —dije sintiéndome no bienvenida y extremadamente incómoda.
—Estoy de acuerdo con eso —dijo herméticamente. Se cruzó de brazos y me bloqueó el paso de la puerta.
El corazón se me encogía lentamente. Dolía.
Esta fue una estúpida idea, de todas formas, si alguno de los dos iba a dar el primer paso, ese tenía que ser él, no yo.

Y era más que obvio que por el momento estaba ocupado con, nada más y nada menos que Elena.

Ella salió disparada hacia la puerta, encarando a Adam y dirigiéndome apenas una mirada de lástima.

—¿Quién es esa gente que acaba de entrar? —exigió molesta.

—Nadie que te importe —le respondió él.

—¿Y esa niña de ahí? Me sacó el susto de mi vida. ¿Le viste la cara? No es alguien a quien quiera encontrarme en la oscuridad de la noche. Debería usar una máscara, seguro que vino con ella —me miró de frente y podía sentir los dardos que mentalmente lanzaba a mi cabeza—. ¿Qué clase de fenómeno trajiste? ¿Qué haces aquí? Tengo entendido que formas parte de las sobras de Adam. ¿No te da pena venir a buscarlo? Igual a esa estúpida pelirroja que vino esta tarde...

Estaba congelada, aturdida por todo lo que había soltado Elena. No sólo me enojó lo que dijo sobre mí, sino lo que dijo sobre Nicole.

—¡Eres una hija de p...! —estuve a punto de agarrar del cuello y estrangularla, pero Adam se me adelantó y en un momento estuvo sobre ella, tomándola de los hombros y sosteniéndola contra el marco de la puerta.

—Ni siquiera te atrevas a decir una sola palabra más —siseó—. Esa niña que viste es mi sobrina, no te quiero ver a ti, o a tu lengua venenosa, ni siquiera a dos centímetros de distancia de ella, ¿entendiste? Y no vuelvas a aparecer en mi departamento otra vez, no quiero que digas quién puede o no puede entrar. La próxima vez, si tienes jodidas quejas sobre tu estúpida posición en la banda, habla con Key, yo ya no tengo ningún asunto que tratar contigo.

La soltó y ella se frotó los hombros.

Jamás había visto a Adam tan enojado. Hasta yo le tendría miedo, pero Elena se lo tenía bien merecido.

Arpía.

—¿Es... es tu sobrina? —balbuceó ella con temor—. No lo sabía, tampoco tienes que tratarme así; no puedes ser tan grosero con una de las tantas chicas con la que follaste.

Sentí como si una piedra enorme me hubiera golpeado directamente en el pecho.

Mis manos instantáneamente formaron puños apretados.

—Elena, lárgate —dijo Adam, la tomó del brazo y la sacó a trompicones del departamento—. Tengo mejores cosas que hacer que perder el tiempo contigo.

Ella tropezó conmigo, golpeando a propósito mi hombro.

—Y es así como vas a terminar en la vida de Adam Walker —me dijo ella—. Primero comienzas a buscarlo como una drogadicta que necesita sus drogas, y luego él te patea fuera de su departamento.

—¡Lárgate, Elena! —gritó esta vez—. Estás agotando mi paciencia.

Ella desencajó su mandíbula y se arregló el cabello antes de darse la vuelta y marcharse.

Mis ojos instantáneamente buscaron los de Adam y nos miramos fijamente por unos cuantos segundos, minutos, horas; no sabría decirlo con exactitud.

—¿A qué viniste, Anna? —preguntó por fin.

Me relamí los labios e intenté formar palabras coherentes.

—Vine para que hablemos. Creo que me apresuré a...

—¿A qué? ¿A juzgarme? —suspiró, irritado. Se pasó una mano por el rostro—. Vi la mirada en tus ojos cuando apareció Elena. ¿De verdad me crees capaz de ser tan idiota y correr a los brazos de la primera mujer que se me ponga en frente? O peor aún, ¿en los brazos de Elena?

—Cuando terminaste con Marie esperaste apenas un par de días para salir con alguien más. Perdona si me he dejado llevar por la lógica y asumir que volverías a hacer lo mismo cuando me dejaras.

—Yo no te dejé. Ambos estuvimos de acuerdo en acabar con lo que sea que teníamos. Era lo mejor para ti; jamás hubiera funcionado esto entre nosotros, de todas formas, tú nunca confiarías lo suficiente en mí. Mi palabra ya no vale nada para ti. Solo admitámoslo: es mejor dejar las cosas así. No quiero seguir haciéndote daño. Y para tu información, no he estado con otra mujer, así que quita esa cara de venado atropellado porque, a diferencia de lo que creas de mí, no me acuesto con lo primero que me guiñe el ojo y tenga puesto una falda.

—Eres un tonto —dije furiosa—. Un idiota, un bastardo degenerado...

Rápidamente me tomó del brazo y me empujó cerca de su cuerpo. Me costó un momento recuperarme de la sorpresa.

—¿Has estado llorando, Anna? —pasó un dedo por debajo de mis ojos, sentí mi rostro arder en llamas— ¿Has comido algo? —esta vez sus manos se fueron directo a mi cintura y comenzaron a subir y bajar haciéndome difícil el simple trabajo de respirar—, te sientes más delgada.

Me ruboricé por completo. Claro que no había comido mucho los primeros días pero me avergonzaba decir que últimamente hasta estaba comiendo de más. Principalmente helado y comida china. Las costillitas agridulces eran mi parte favorita, y el pollo... Oh Dios mío, el pollo era simplemente espectacular para olvidar. Esas deliciosas partes jugosas y bien sazonadas... Retiré con un golpe las manos de Adam que aún seguían en mi cuerpo, y me aparté unos buenos centímetros de él. Este no era momento para pensar en comida, o para dejarme aturdir por las hormonas que me hacían actuar como Bambi.

—No tienes que preocuparte por mí —respondí de mala gana—, solo déjame estar con tu sobrina esta noche y prometo no volver a molestarte jamás.

—Bien —estuvo de acuerdo—. Recuerda mantener tu palabra.

—Lo haré.

Antes de que se hiciera a un lado, y me dejara pasar, me tomó de la cintura abruptamente. Llevó una de sus manos detrás de mi nuca y pronto sus labios estuvieron sobre los míos. Poseyendo todo, devorando y conquistando nuevas tierras.

Estaba tan aturdida que no supe lo que pasaba hasta que sentí su lengua tratando de deslizarse sobre la mía.

Su boca ejerciendo presión en un beso tan salvaje que pensé por un momento que me ahogaría.

Me agarré a sus brazos y dejé que mis caderas chocaran contra las suyas por un breve instante. Eso fue suficiente para escucharlo gruñir desde el fondo de su garganta. Sus manos viajaron hasta mi trasero y me acomodó en la posición perfecta para que mi cuerpo sintiera el suyo a la perfección.

Me soltó con la misma rapidez con la que había comenzado el beso; se relamió los labios y me sonrió como sólo él sabía hacerlo.

Bastardo. Había extrañado horriblemente besarlo.

—Alguien me contó que ya encontraste mi reemplazo —susurró tan cerca de mi boca—. Hablas de cómo fui muy cruel y todo un canalla que, en la misma semana que terminé con tu prima, ya me encontraba suplantándola contigo, cuando en realidad tú estás haciendo exactamente lo mismo conmigo en estos momentos.

—¿Y tú? Hablas de cómo tengo que confiar más en ti, pero ni siquiera estás confiando en mí. ¿De verdad crees en las cosas que dijo Marie? Porque ella te lo debe haber dicho, ¿cierto?

—¿Estás saliendo con alguien más, Anna?

—¿Estás celoso?

Estrelló su puño contra la puerta.

—¡Solo responde a la pregunta!

Aparté la vista de su rostro.

¿Por qué actuaba de esta forma?

En un momento se ponía receloso conmigo, prohibiéndome el paso a su departamento; y al siguiente minuto estaba besándome y devorándome como nunca lo había hecho.

Aggh, estaba rodeada de bipolares.

—Claro que estoy saliendo con alguien más —respondí—. Rita y yo salimos todo el tiempo.

—Sabes que no es eso lo que estoy preguntando. ¿Estás saliendo con otro chico? ¿Sí o no?

—No. ¿Contento?

Toda la tensión que Adam estaba manteniendo, se esfumó.

—Marie me dejó una invitación para su fiesta —cambió de tema bruscamente—. ¿Quieres decirle que ni aunque estuviera loco iría con ella?

Resoplé.

—Pues vas a tener que darle las malas noticias tú solo. Ni en un millón de años pienso respirar su mismo aire, mucho menos ir a su fiesta.

Él suspiró audiblemente.

Se apartó finalmente de la puerta y me dejó entrar a su departamento.

—Perfecto, entonces.

—¡Tienes que conocer a Carlo! —gritó Nicole cuando me senté junto a ella en el suelo de la sala—. Adam, sácalo de tu cuarto, deja que conozca a Anna.

Ella tenía en brazos al espantoso zorrillo de cola peluda. La niña acariciaba la franja blanca del animal con sus pequeños dedos con uñas pintadas de color rosa pálido.

Adam hizo exactamente como la pequeña le dijo, y se movilizó en dirección a su dormitorio. Ni siquiera me dio un segundo vistazo cuando entré.

Su abuela, desde la cocina, me había lanzado una mirada cómplice. Seguramente vio los rojos e hinchados que Adam y yo teníamos los labios.

La vergüenza me carcomió durante un minuto completo.

—Cuando sea grande seré veterinaria —dijo de repente Nicole.

—¿Quieres cuidar a los animales? —le pregunté mientras recogía del suelo una colilla de cigarro y la apartaba para que ella no fuera a verla.

No sabía que Adam fumaba. Si no era él entonces tenía que ser la odiosa de Elena.

—Sí. Quiero cuidarlos a todos, hasta los más feos. Pienso que ellos lastiman menos que las personas, y aunque no hablan, su gratitud es más sincera que la de algunos humanos.

Dejé de esconder las colillas y me quedé viéndola fijamente mientras acariciaba el lomo del animal.

Mis ojos comenzaron a nublarse, ¿qué rayos pasaba conmigo y con todas esas estúpidas lágrimas? ¿Acaso no podían apagarse ni por un segundo?

—Anna... ¿a ti no te asusta verme? —dijo con una pequeña voz—. Porque escuché lo que dijo esa chica cuando salió de aquí, mencionó que yo debería usar una máscara. Él tío Adam siempre me dice que no debo esconderme pero yo...

—Esa chica estaba loca —la interrumpí—. No la escuches jamás, no sabe lo que dice. Verás, aunque no lo creas, ella tiene una cola de pato que esconde muy bien debajo de la ropa.

Sus ojos verdes se alzaron para encontrarse con los míos.

—¿Una cola?

Asentí con la cabeza.

—Sí, nació con una cola enorme, es más, ni siquiera parece de pato; es como de dragón.

Ella me sonrió.

—Noté que sacaba mucho los cachetes —dijo señalando hacia su trasero— ¿era por eso?

Asentí seriamente.

—Oh, sí. Trata de esconderla dentro del pantalón, pero si te fijas bien, la vas a ver moviéndose.

—No sabía que existía gente con colas.

—Es que las colas le salen a las personas con mal corazón, como ella. También comienzan a escupir fuego...

—¡Escuché al tío Adam mencionar que ella tenía una lengua venenosa! ¿Será que eso hace que el fuego salga de su boca?

—Definitivamente —le guiñé un ojo—. Y escucha una cosa: tú nunca tienes porqué esconderte. Los únicos que se esconden son la gente con vergonzosas colas... A menos que tengas una cola por ahí y no me hayas dicho, ¿tienes una?

—No, para nada —se rió.

—Bien. Recuerda que eres hermosa en más de un sentido; no dejes que la gente diga lo contrario. No te escondas.

Ella me sonrió, casi sonrosada.

—Gracias Anna, el tío Adam debería casarse contigo.

Ni siquiera pude responder a eso ya que, sin darme cuenta, a los pocos segundos, tenía a un enorme y peludo animal lamiéndome el rostro.

Supongo que este era Carlo, un Golden Retriever de pelo amarillo y blanco, con una corpulencia increíble.

Como estaba sentada, se abalanzó sobre mis piernas y se paró en dos patas para olisquear mi cabello. Era más alto que yo, pero si estuviera de pie probablemente me llegaría a la cintura.

—¡Carlo, detente! Tenemos visitas —chilló Nicole.

Carlo seguía revolviendo mi pelo con su hocico, su lengua repasaba mi frente una y otra vez. Yo gritaba con fuerza mientras pedía que alguien lo bajara de mis piernas.

Adam apareció detrás de él y lo agarró de la correa que envolvía su cuello. Finalmente el perro dejó de lamerme y se interesó repentinamente en Steve, le empezó a gruñir y en menos de un minuto ya lo estaba persiguiendo por todo el departamento, zafándose del agarre de su dueño.

—¡Ahora entiendes porqué quería regalar a ese zorrillo! —le dijo él a su abuela quien recién se nos unió en la sala.

—Ay, ya. No seas malhumorado. Los dos se llevan de maravilla —le respondió ella.

Adam solo resopló y fue detrás de Carlo.

Durante la cena, todo había ido remotamente bien. Adam no volvió a dirigirme la palabra desde que entré a su departamento, y no continuó haciéndome preguntas posesivas acerca de supuestos novios que Marie probablemente inventó que yo tenía.

Nicole me enseñó su álbum con imágenes de mariposas, y me regaló una de color dorado. Su abuela, la señora Gertrude (o Gerty, como me hacía llamarla) me contó historias vergonzosas de Adam cuando era bebé y en su familia lo vestían con un trajecito de conejo (he ahí su miedo irracional por los conejos… En serio, Adam Walker le tiene miedo a los conejos, creo que me lo confesó cuando se le ocurrió la idea de acosarme con mensajes de texto y escribir sus secretos. Si no me equivocaba era el secreto# 13).

—Y cuéntame Anna, ¿estudias? —me preguntó casualmente Gerty mientras continuábamos pasando fotos de un Adam más joven, con menos musculatura y con un claro indicio de sobre mordida.

—Empiezo clases este semestre en la universidad —anuncié alegremente. Susan ya había ingresado mis papeles y me ayudó a prepararme para el riguroso examen de admisión que debía tomar la otra semana.

—Te felicito, ¿qué piensas estudiar? —me entregó una foto de Adam cuando era niño, estaba abrazando a una hermosa mujer de cabello marrón y de ojos verdes idénticos a los de él. El parecido era increíble. Debía ser su mamá.

De fondo tenían la playa y ambos sonreían para la cámara.

No entendía el por qué la señora Gertrude me estaba enseñando estas fotografías, Adam y yo claramente nos encontrábamos distanciados. Él seguía evitándome y yo continuaba fingiendo que ver esa etapa en donde era niño no me afectaba horriblemente.

—Me integré al programa de Historia del Arte —dije, recordando la pregunta inicial que me había hecho.

Tomé la siguiente foto y vi a dos niños, uno más alto que el otro, peleando con espadas laser. Él debía ser el hermano de Adam, ambos eran idénticos, casi gemelos, con los mismos ojos verdes y exactamente el mismo cabello negro.

Me quedé muda por un momento.

—¡Ese es mi papi! Míralo Anna —chilló Nicole detrás de mi hombro, pegué un brinco ante el susto que me dio cuando apareció tan repentinamente—. ¿Verdad que se parece mucho al tío Adam? Él ya murió pero era así de apuesto.

Al otro lado de la habitación, Adam se tensó.

Lo vi levantarse e instantáneamente me quitó la foto y el álbum entero.

—¡Oye! —protestó su abuela—. Lo estábamos viend…

—Ya es tarde —interrumpió él—, es hora de que Anna regrese a su casa.

—¿No se puede quedar a dormir solo por hoy? —rogó Nicole.

—No.

Él me tomó del brazo con un poco de brusquedad, y me obligó a levantarme del sofá, haciendo que algunas de las fotos que mantenía en mi regazo cayeran dispersas al suelo.

—Anna, necesitas irte ahora —me arrastró unos cuantos pasos antes de que su sobrina tomara mi mano libre y me empujara de su lado.

—¡Espera! No te la lleves, quiero invitarla a venir este fin de semana… vamos a dejar a Steve con una familia que vive en el campo…

—Ella no puede ir —respondió Adam por mí.

—Ella tiene voz propia —dije, enojada y furiosa por cómo me estaba tratando.

—Ella no la usa muy a menudo, al menos no para pelear por las cosas correctas.

Fruncí el ceño.

—Ni ella ni yo sabemos de qué estás hablando —grité.

Él volvió a su labor de arrastrarme por el departamento, haciendo que Nicole me soltara, pero en vez de dirigirme a la puerta como yo creía, me llevó en dirección a su habitación.

—Hablaré con Anna por unos momentos, que nadie nos moleste —dijo por sobre mi hombro.

Me metió en su dormitorio y cerró detrás de mí.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —gruñí soltándome de su agarre.

—Ahorrándote un mundo de problemas. ¿Tienes cómo llegar a tu casa?

—Sí. Le pediré a uno de mis tantos novios que me lleve —respondí mordazmente.

Me giré hacia la puerta y estaba por tomar la manija, cuando Adam pasó su brazo sobre mi cintura, impidiendo que me alejara de él, pegando mi espalda contra su pecho.

—Dijiste que viniste a hablar conmigo —susurró en mi oído— ¿qué querías decirme? Dilo.

Me puse nerviosa. Ni siquiera recordaba para qué había venido a verlo.

—Yo quería…

—Te escucho.

—Yo… solo vine porque quería saber cómo estabas.

—Destrozado —respondió fácilmente.

—Todo lo que me contaste ese día… lo de tus padres… yo…

—Por favor no sientas lástima por mí.

—No es lástima; es que me preocupo por ti.

—No lo hagas —lentamente me dio la vuelta para que nuestros rostros quedaran uno frente al otro—, te estoy haciendo un favor al alejarte de mí. Te dije, desde antes, que conmigo no hay finales felices.

—Y yo recuerdo decirte que los finales felices están sobrevalorados.

—¿Quién no querría un final feliz, Anna?

—Para empezar —le dije— nadie quiere un final.

Sus ojos se deslizaron por cada segmento de mi rostro, deteniéndose fijamente en mis labios.

Me los lamí, sintiéndolos secos tan de repente.

Después de eso ninguno de los dos habló, hasta que finalmente él dijo:

—Buenas noches Anna. Es mejor que te vayas antes de que sea muy tarde.

Pero ya era tarde. Cada onza de mi cuerpo sabía que ya había perdido a Adam. Estaba demasiado lejos de recuperarlo.

—Buenas noches Adam.

Me sentía herida mientras dejaba que él me tomara de la mano y me dirigiera hacia la puerta de su dormitorio para poder despedirme de la niña y de su abuela.

No entendía por qué me trataba de esta forma. Tuve que haber hecho algo muy malo para que reaccionara así.

Lo detuve a solo unos pasos de abrir y lo forcé a bajar la mirada.

Mis ojos se fueron directamente hacia su boca.

—Solo una cosa más —susurré.

Me elevé sobre las puntas de mis pies y alcancé su mejilla con mi mano; le deposité un beso en los labios y luego acaricié su mandíbula.

Me separé rápidamente.

—¿Y eso por qué fue? —preguntó.

Su vista se alternaba entre mis labios y mis ojos.

—Eso fue… fue por todo —aunque no debería estar alimentando mi tortura, y sí, él se había portado como un idiota por estar corriéndome de su departamento, pero

más que todo lo hice para mi beneficio. Porque quería saborear su piel una última vez, porque quería besarlo sabiendo que este era nuestro beso de despedida. Porque simple y sencillamente lo echaba de menos.

Lentamente las manos de él fueron a parar a mi cintura, sujetándome con la fuerza necesaria como para sostenerme en pie y al mismo tiempo comprobar que yo era real y no un producto de su imaginación… o al menos así se sintió para mí.

—Nena… —murmuró contra mi mejilla, no quedaba espacio desperdiciado entre los dos—, te estoy dejando ser libre y tú solo insistes en volver a entrar a la boca del lobo.

—¿Ya no vampiro entonces? ¿Ahora eres lobo? —dije bromeando para aligerar el ambiente.

—Ninguno. A veces me considero algo peor. No deberías ser tan amable conmigo al ver la forma en la que te trato, mereces a alguien mejor —con sus dedos acarició mi mejilla, mis labios.

—Entonces deja de tratarme así —sollocé sintiéndome cansada de todo esto—, deja de decir que no eres el indicado para mí y comienza a trabajar para serlo.

—No entiendes. Estoy demasiado quebrado hasta el punto donde no hay reparo. Temo hacerte daño o decepcionarte a ti también. Quiero protegerte pero siento que te me escapas de las manos, te quiero tanto que tengo miedo de echarlo a perder como todo lo que he echado a perder en la vida. No quiero esconderte nada pero debo, a la vez, esconderte todo.

Mis ojos se humedecieron ante sus palabras.

—¿Me quieres tanto como para apartarme? —eso no tenía lógica.

—Te quiero lo suficiente como para saber que yo no soy el indicado para ti.

—Estás loco —sollocé un poco más. No quería verme tan débil y afectada frente a él así que me prometí silenciosamente no llorar—. Será mejor que me vaya entonces.

—De acuerdo —dijo pero no hizo el mínimo esfuerzo por separarse de mí.

—Pero antes… solo quiero…

—Lo que pidas. ¿Qué es?

—Quiero un último beso.

—Anna…

—Dijiste que lo harías eterno, ¿recuerdas? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo. Hazlo.

Abrió su boca pero al instante la cerró, lamiéndose los labios y buscando en mis ojos alguna señal para detenerse. No le di ninguna.

No puse distancia cuando su frente se pegó contra la mía; tampoco me resistí cuando él me atrajo lentamente a su cuerpo, o cuando me respiró en la boca, tan cerca de besarme pero a la vez tratando de ir lento para saborear el momento.

Sus labios descendieron a los míos y fue como si aquello que estuvo muriendo en mi interior durante toda la semana pasada, ahora volviera a la vida.

Su boca se movió con facilidad contra la mía, saludándose, reconociéndose, entregándose, amándose tan lenta y deliciosamente que casi me hace estallar la sensación.

Mis manos se enroscaron en su cuello, y los dedos de mis pies se retorcieron de la felicidad. Solo en ese momento me di cuenta que mis piernas estaban en el aire, sosteniéndome únicamente gracias al cuerpo de Adam.

Su boca seguía pegada a la mía, saboreando todo a su paso de una manera lenta y sensual.

—¿Estás segura de querer esto? —murmuró despegándose por un momento de mi boca.

Respondí devolviéndole el beso con fuerza; con un poco más de urgencia y de manera necesitada.

Lo sentí caminar conmigo a cuestas y supe que me estaba llevando a la cama detrás de nosotros. Nuestro beso pasó de inocente, a algo más ardiente.

Me acostó sin romper el beso, sus codos sosteniendo su peso, su cabello que tocaba mi frente, su barba raspando mi nariz y mejillas mientras continuábamos besándonos.

De pronto él asomó su lengua, cepillando mi labio inferior; le concedí la entrada a mi boca y la sensación de calor aumentó dentro de mi piel.

Sentí su mano tocando mi mentón, moviendo mi cabeza en posiciones revertidas para que su lengua tocara los puntos perfectos de mi paladar. Me retorcí debajo de él y jadeé de placer.

Rápidamente su mano continuó bajando hasta mi cuello, después se deslizó sobre mi clavícula, se detuvo en mis pechos y ahuecó uno con sus manos, sobre la tela de mi camiseta. Volví a retorcerme, apartándome de su boca para encontrar aire.

Su dedo pulgar frotó unas tres veces antes de que perdiera el control y jadeara fuertemente.

Su boca regresó a la mía, excavando más profundamente y repasando su lengua sobre mis labios.

Su mano no se quedó mucho tiempo en la parte superior, se movió con confianza y con agilidad sobre mi estómago (en donde mis mariposas se habían salido de control y hacían estragos con mis nervios sensibles), luego bajó a mi vientre, levantando mi camiseta sobre mi cabeza y quitándola. La lanzó al suelo y le dio una larga mirada a mi cuerpo antes de abalanzar de nuevo su boca sobre la mía, devorándome con renovadas ganas; sentía sus dedos sobre mi piel, apretando y amasando a su gusto.

Su boca se movió sobre mi vientre, sus manos sobre mis pechos, todo se mezclaba para crear esta armonía para la canción perfecta.

Regresó a mis labios y continuó besando, mordiendo juguetonamente; su mano bajó sobre mi estómago y pronto estuvo sobre la cima de mi pantalón. Sutilmente desabrochó el único botón y bajó el cierre con planeada lentitud.

Volví a gemir. Ni siquiera me reconocía a mí misma en ese momento, sonaba… necesitada.

Escuché a Adam gruñir y continuó bajando el cierre para después perder su mano dentro de mi pantalón.

Suspiré y arqueé la espalda.

Sus dedos no tardaron en moverse dentro de mi ropa interior. Me mordí el labio, dándome cuenta que Adam ya no estaba besándome sino que ahora su cabeza descansaba en el hueco de mi cuello, mordisqueando la piel en esa zona, bajando hacia mis pechos y depositando besos. Mis manos apretaban sus brazos y comencé a mover mis caderas al ritmo en el que él estaba moviendo sus dedos dentro de mí.

Una capa de sudor se acumuló en mi cuerpo entero, me arqueé varias veces y en mi mente suplicaba que parara, y a la vez que fuera más rápido.

Mis sentidos estaban en conflicto.

Lentamente dejé de pensar y me concentré en los dedos de Adam haciendo círculos y yendo lento pero fuerte y decidido a la vez.

Algo empezó a comprimirse en mi interior, apretándose y tensándose, construyéndose sin poder evitarlo.

Toda la lujuria acumulándose para este momento.

Antes de poder gritar, Adam cubrió mi boca con la suya y ahogó mis gemidos sin sentido y una versión distorsionada de su nombre. Mi corazón se aceleró, mi espalda permaneció arqueada por unos segundos, y no podía sentir las piernas.

No sé cuánto tiempo pasó, ni siquiera sentí cuándo Adam retiró sus dedos. Solo supe que jadeaba menos que antes y que mi pecho subía y bajaba con intensidad.

Después de unos minutos de la inconsciencia, y de sentirme extremadamente liviana y lánguida, recordé dónde estaba y, lo que era más importante, quién estaba al otro lado de esta habitación, en la sala.

Me aparté de Adam y me senté de golpe. La vergüenza me invadió tornando mis mejillas al rojo vivo.

Yo… yo había… en el departamento de Adam… con su abuela y su sobrina a tan solo unos metros de distancia…

Me puse de pie rápidamente y, con la misma velocidad, me caí al suelo.

Adam se levantó detrás de mí y se sentó cerca de donde había caído. Se miraba diferente, como si ahora me mirara con nuevos ojos.

Qué vergüenza. Yo tenía un poco más de sentido común, pero al parecer éste se había quedado mudo hace un momento atrás, cuando más lo necesitaba, dejando que un "Aaaaaaaaddd…mmmmmm" ocupara su lugar.

Me aparté el pelo de la cara, y fingiendo dignidad me senté con las piernas cruzadas, mirando a Adam sin rehuir de sus ojos verdes.

—Eso fue… —comenzó él a decir— increíble.

La sangre en mis mejillas quemó con su rubor.

Pronto noté que mi camisa estaba tirada en alguna parte del suelo, me movilicé a buscarla pero no la pude encontrar. Me arrodillé e incluso miré debajo de la cama.

—¿Buscas esto? —preguntó Adam de forma divertida.

Él tenía mi camiseta en sus manos.

—No es divertido —me puse de pie y limpié mis manos con la tela del pantalón. Me crucé de brazos, tratando de tapar mi breve desnudez —. Dámela.

—Ven aquí por ella —se movió unos cuantos pasos atrás y agitó la camisa frente a mí.

Tarado.

Me acerqué hacia él, rodando mis ojos y suspirando teatralmente. Extendí mi mano para que me la diera pero rápidamente escondió la camiseta detrás de su espalda.

—Adam.dame.esa.camiseta.

¿Qué acaso no entendía que su familia estaba prácticamente al otro lado de esa puerta? Y con todo el ruido que hice… ¡Aggg! Yo era todo un caos.

Me acerqué una vez más a Adam, pero en vez de extender la mano, corrí para tirármele encima.

Lo golpeé unas pocas veces en el pecho y creo que le mordí la oreja.

—¡Anna! —gritaba él tratando de bajarme.

—¡Mi camiseta!

Finalmente la recuperé y di un grito de victoria.

Todavía estaba sobre Adam, pero de alguna forma terminé en su espalda, sujetando mis piernas alrededor de su cintura, con mi frente sudada por el esfuerzo, y con el cabello revuelto y pegado a los costados de mi cuello.

La puerta del dormitorio se abrió repentinamente. Al otro lado se encontraba Nicole, con los brazos en jarra y con un puchero que le sobresaltaba la boca.

Agrandé los ojos al verla, y caí de trasero al suelo cuando intenté separarme de su tío.

—Nicole… dije que nadie podía entrar a mi habitación.

Rápidamente me puse la camiseta. Nerviosa y con mayor vergüenza que antes.

Qué vergüenza. Qué vergüenza. Qué vergüenza.

Nicole dirigió sus ojitos verdes de uno hacia el otro. Mirándonos con picardía.

Me mordí el labio.

—Ya sé lo que ocurre aquí —dijo lentamente, examinando la escena a su alrededor.

—No es lo que crees —me apresuré a decir. Estaba nerviosa.

—Claro que sé qué pasa —reafirmó— ¡Ustedes se van a duchar! Eso significa que van a dejar de estar enojados el uno con el otro. ¡Tío Adam, ahora sí vas a continuar cantando conmigo las canciones de Selena!

—Nicole, ve a la cocina —le dijo Adam.

—Pero yo quiero ver qué pasa… la abuela no me deja ver qué sigue después de que la gente se quita la ropa para bañarse…

—¡Nicole Alexandra Walker, ve a la cocina inmediatamente!

La niña agachó la cabeza y se dio media vuelta, caminando entristecida.

—Nunca me dejas jugar con ustedes —murmuró mientras se iba.

—No seas tan malo con ella —dije en su defensa.

Adam me dio una mirada extraña que me hizo guardar silencio.

Lentamente se acercó hacia mí, como un puma examinando a su presa.

Se puso por detrás de mi oreja y susurró con voz melosa:

—Te pusiste la camisa al revés.

Bajé la cabeza para comprobar si eran visibles las costuras, y sí, tenía la camisa al revés.

—Grandioso —me quejé.

—Y… tienes el cierre del pantalón todavía abajo.

Genial.

El fin de semana se acercaba peligrosamente, la fiesta de Marie estaba a un paso de hacerse.

Ella me hizo recordatorios extraños acerca de su cumpleaños durante todos estos días; como por ejemplo: me envió un vestido blanco con encaje. Un día después mandó los zapatos y hoy recibí un paquete frente a la puerta de mi casa, era una máscara elaborada que cubría la mitad del rostro, de color blanco y con los mismos detalles de encaje que el vestido.

No entendía muy bien para qué los mandaba pero si por un momento ella pensó que iría a su fiesta, estaba equivocada.

Simplemente almacené en mi habitación lo que ella me enviaba mientras buscaba la forma de devolvérselo.

Cada día era un nuevo reto para mí, en especial cuando echaba de menos al bastardo arrogante que me enojó la otra noche. No me había llamado durante los siguientes tres días desde que fui a su departamento, y yo no volví a buscarlo como idiota para suplicarle por más.

Pero prometí dejarlo en paz y no volver a buscarlo, así que eso era lo que había estado haciendo. Evitándolo.

Solo esperaba que el dolor se pasara rápido. Ojala existieran pastillas para acelerar el proceso, pero mientras no las hubieran, tendría que conformarme pensando en que el tiempo lo curaría todo.

Empezaba a odiar a Adam.

—La jefa quiere hablar contigo en su oficina —fue lo primero que me dijo Mindy cuando entré por la puerta de la librería a la mañana siguiente de mi tercer día de agonía.

—¿Sabes para qué es?

Ella me miró con la boca abierta durante unos segundos, y entonces respondió:

—Ni idea.

Masticó algo que parecía ser goma de mascar, e hizo estallar una burbuja rosada que se pegó en el *piercing* tipo argolla en su labio.

Intentó limpiar el desastre con su lengua, dejando saliva en su barbilla.

—Oye, ¿estás interesada en comprar una tortuga? —me preguntó una vez que retiró el chicle pegajoso y volvió a llevárselo a la boca. Su voz misma era capaz de inducir sueño, hablaba como si estuviera aburrida y a punto de dormirse—, es que creo que soy alérgica a la mía.

—¿Se puede ser alérgico a las tortugas? —pregunté, incrédula.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo comezón en los brazos cuando está cerca... así que sí, creo que soy alérgica a ella.

—Lo tendré que pensar. Ni si quiera tengo un lugar propio para llevarla a vivir conmigo.

—Oh. Mi compañera de cuarto se va a mudar la próxima semana, me va a dejar abandonada así que hay una vacante en mi departamento por si quieres unirte.

—¿En serio? Eso sería grandioso. ¿Cuánto tendría que pagar?

—No lo sé, nos dividimos los gastos entre tres porque también hay otra chica alquilando la habitación de al lado. Ella es rara pero puede agradarte. Te doy después la dirección para que te des una vuelta por ahí y me dices si estás interesada.

—Gracias —respondí. Ella se despidió con la mano y se dirigió al escaparate en donde Shio y Romeo decoraban para presentar los nuevos libros del mes. Colocaban plumas azules y colgaban pequeños dibujos simulando alas de ángel.

Shio me dio un saludo alegre con la mano y Romeo asintió en mi dirección. Ya me estaba acostumbrando a verlos como miembros adicionales de mi familia.

Y esa extraña chica de pelo morado/turquesa/rosado me había dado una solución a un problema que tenía pendiente: conseguir un lugar donde vivir para finalmente dejar la casa de papá, porque las paredes eran demasiado delgadas y cuando Susan se quedaba toda la noche, ni ella o papá dormían... tenía que cubrirme con una almohada y llenarme los oídos con música para contrarrestar los sonidos de ballena que salían de su dormitorio.

Era desagradable tener que lidiar con eso, ningún hijo debería ser capaz de escuchar la "llamada de apareamiento" de sus padres. Era asqueroso y vergonzoso.

—¿Anna? Te necesito aquí, ¡rápido! —gritó Laura asomando su cabeza desde su oficina.

Me apresuré a llegar a su lado.

Desde que le admití hace unos días que lo de mi embarazo era mentira, ella dejó de darme el trato preferencial y comenzó a utilizarme como a los demás. Juraría que algunas veces me trataba peor.

—Siéntate —me ordenó.

Rápida y silenciosamente me senté.

Ella estaba pasando las páginas de una revista con vestidos de novia. Varias imágenes se encontraban marcadas con asteriscos de color naranja y breves comentarios escritos en rojo.

Laura levantó la vista una vez que me acomodé, y se apresuró a cerrar la revista.

—Quiero que te tomes todo el día de hoy para que me hagas un favor —comenzó—. El hijo de mi prometido vino ayer a la ciudad y quiero que lo lleves a pasear. Su nombre es Giulio y no conoce a nadie, yo no puedo sacarlo porque tengo una junta pendiente con una casa editorial y no la puedo posponer. Los gastos corren por mi cuenta.

Parpadeé sorprendida.

—Claro. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Ya estás haciendo una.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué yo? Creo que Shio es más divertida, debe conocer lugares más interesantes que yo. O Mindy. Creo que con ella no se aburriría.

—Mmmm, no. Pienso que tú serás más del agrado de Giulio. Él tiene gustos específicos en cuanto a sus chicas.

Parpadeé de nuevo.

¿Sus chicas?

—Él viene a la librería como a las dos de la tarde. Mientras tanto, ve a generar dinero para mí.

Asentí con la cabeza y me levanté de mi asiento sin decir una palabra.

—Ah, y una última cosa, Anna. Giulio es italiano así que no lo vayas a llevar a comer pasta. Busca sitios más originales. Y… no vayas a usar el uniforme frente a él. Ponte algo de ropa bonita.

—Pero para eso tendría que ir a mi casa y…

—¿Sigues aquí? Hay gente que atender allá afuera, muévete. Ayuda a los chicos a terminar de decorar la vitrina con los nuevos productos del mes.

—Claro…

—¡Para ahora!

Salí de su oficina como conejito asustado.

¿De verdad me acaba de pedir que saliera en una cita con su hijastro?

Qué cosa tan rara.



CAPÍTULO 23

Líbranos del mal, líbranos de Marie

Llevaba varias semanas sin usar faldas (o algo que mostrara mis piernas), aproximadamente desde que dejé de trabajar en el restaurante en donde Cliff nos hacía usar ropa escotada y ceñida al cuerpo.

Me sentía ridícula esperando a Giulio en el café del hotel en donde se hospedaba. El lugar era bastante cálido y confortable; las paredes estaban empapeladas con fotos de alimentos de fina repostería y con bebidas calientes que invitaban a pedir una.

Revisé el reloj con forma de taza, ubicado en el centro del local, al menos unas diez veces. Tenía la esperanza de que en cualquier momento apareciera Giulio, el hijo del prometido de mi jefa, y así podríamos marcharnos a otro lugar.

Aquí la gente comenzaba a verme de forma extraña, como si mi pantalón estuviera prendiéndose en fuego... Bueno, no mi pantalón porque no llevaba puesto uno, más bien mi falda.

Varias veces revisé mi apariencia en cada superficie que me reflejara, pero no veía nada anormal: blusa blanca, chaleco de mezclilla, cabello suelto y peinado, falda color rosa ahumado y, a petición de Laura, zapatos altos bastante provocativos con los que me era imposible caminar sin soltar un quejido.

Cuando Shio se enteró de mi salida, pegó el grito al cielo y aplaudió así como Nicole lo hacía cuando estaba emocionada. Shio me maquilló y me dio ánimos para vivir la aventura romántica con la que cada chica siempre soñaba (palabras de ella, no mías): salir con un italiano.

Me puse nerviosa durante todo el trayecto hacia el hotel y, tal vez, el que Laura hubiera doblado la cintura de mi falda para que se viera más corta no ayudaba a que me sintiera cómoda, normal y menos nerviosa. Todo lo contrario, tenía la urgente necesidad de jalar el dobladillo hacia abajo en un inútil intento por cubrir mis piernas. Pero no estaba teniendo éxito ya que mis muslos quedaban expuestos con mayor rapidez.

Solo esperaba que el tal italiano no se retrasara más de lo que ya estaba, llevaba media hora esperándolo.

El café que había pedido cuando entré ya estaba helado y sin su típico olor fuerte.

Para distraerme había comenzado a vaciar casi todas las bolsitas de azúcar en mi taza llena hasta la mitad; también ojeé un par de veces mi celular en busca de algún



mensaje de Adam, pero parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Todavía no sabía nada de él y eso me desesperaba y me desilusionaba.

Pero había prometido no volver a buscarlo y así lo haría. Era el turno de él en dar el siguiente paso… si es que quería. De solo pensar en lo que pasó el otro día, en su dormitorio, se me ponía la piel de gallina y me temblaban las rodillas. Quería más.

Suspiré en derrota y me dediqué a escuchar la canción que sonaba de fondo por todo el local, pronto me encontré moviendo el pie al ritmo de la música, tarareando las partes que me sabía e inventándome las partes que no.

Así pasaron otros cinco minutos, y nada del italiano.

Iba a llamar a Laura para que me sacara de esta situación, pero, la chica que me había atendido amablemente cuando entré, estaba de pie frente a mí y me miraba con cierta expectativa.

—Disculpa —dijo ella con una sonrisa en el rostro— pero el chico que se sienta del otro del local te manda esto.

Ella depositó en la mesa una rebanada de postre de mousse de chocolate cubierto con trocitos de fresas frescas.

Me quedé estupefacta por un segundo, entonces reaccioné.

—¿Quién lo manda? —pregunté dando vistazos hacia el otro extremo del lugar, pero los únicos chicos que vi por allí eran del doble de mi edad.

Arrugué la nariz y tomé el plato con el postre.

—Dile que lo siento pero no puedo aceptarlo.

—Oh no, él es insistente. Me dijo que si no te lo comes te pedirá otro y otro hasta que lo aceptes.

Fruncí el ceño.

Repasé con la vista a todas las personas que se encontraban en el local. En total éramos doce: cinco chicas, dos ancianos, tres hombres mayores fumando habanos en la sección para fumadores, y dos mujeres hablando ruidosamente por teléfono.

No había nadie más. La cafetería no tenía mesas y sillas en el exterior, tampoco contaba con otras secciones aparte de lo que se podía mirar. ¿Entonces quién me había enviado el postre? ¿Alguno de los camareros, tal vez?

—Me dijo que, por cada postre que rechazaras, te trajera dos más —continuaba explicándose la chica.

La miré boquiabierta. Ella se encogió de hombros a modo de disculpa.

—¿Quién es el chico misterioso? —volví a preguntar. De nuevo busqué con la vista para ver quién era el famoso sujeto que me envió el postre, pero no lograba ubicarlo.

—Lo siento pero no puedo decírtelo. Por favor acepta la rebanada.

Asentí con la cabeza y le dije que la dejara.

La chica se retiró y yo me quedé estupefacta viendo en dirección al pedazo de pastel.

La verdad era que se miraba apetitoso, pero no iba a ser tan idiota como para aceptar un postre viniendo de un extraño.

Lo aparté y volví a mi ansiedad inicial al ver que Giulio se estaba demorando demasiado.

Cuando pasaron tres minutos completos, la chica que me atendía volvió a aparecer; esta vez cargaba dos platitos con rebanadas de otros postres en cada uno.

—Cheesecake y Red Velvet —musitó ella y los dejó sobre la mesa junto al mousse de chocolate con fresas.

La miré sorprendida.

—¿Qué...?

—Él dijo que estabas rechazando este —señaló el mousse— me pidió que te llevara más hasta que probaras alguno.

—¿No me vas a decir ni siquiera quién es? ¿Al menos una pista?

Ella se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Lo siento. Me pidió confidencialidad ante todo.

Resoplé.

—Dile que no pienso aceptar postres de extraños.

Ella asintió con la cabeza y se retiró.

Mmm. Cheesecake.

Me estaba tentando, pero, si el tipo misterioso resultaba ser uno de los hombres que estaba fumando puros, no quería darle falsas esperanzas.

Dejé los deliciosos postres sin probar. Una vez más apareció la chica de cabello marrón claro y me trajo cuatro platillos más. Dos de ellos eran pasteles, y los otros dos eran brownies con helado.

—Oye, no me pienso comer todo esto. ¿No puedes decirle que dé la cara y que deje de mandarme más postres?

La chica, cuyo nombre (según la etiqueta de su uniforme) al parecer era Melissa, se encogió de hombros una vez más y me repitió que si no probaba alguno iba a seguir trayéndome más hasta que hallara el que me gustara.

De mala gana agarré una cuchara y la planté en el Cheesecake para después llevármela a la boca.

Sabía celestial.

—Listo. Ya lo probé. Ahora dile que deje de molestarme —dije mientras me relamía los labios en busca de migajas.

Melissa sonrió y se retiró hacia otra de las mesas que atendía.

Me encontré siguiéndola con la vista para ver si lograba tener una mínima idea de quién podía haberme enviado todo esto.

Cuando regresé mis ojos hacia la mesa, me sorprendí al encontrar a alguien parado frente a mí.

Lo primero que vi fue su pecho cubierto por una camiseta informal, subí la vista para ver su rostro: cabello color chocolate, ojos oscuros y con pestañas largas, labios gruesos y rosados, nariz recta y un perfil como de dios griego.

Laura no se había equivocado cuando dijo que él era alto; tenía que estirar mi cuello para poder verlo a los ojos.

Giulio medía cerca del metro noventa, hasta ahora no había conocido a nadie así de alto y bien proporcionado como lo era él.

—¿Eres tú Annabelle Green? —Preguntó con un fuerte y marcado acento italiano. Pronunció mi apellido como Grin, en vez de Grim como la mayoría suele hacer.

Parpadeé momentáneamente.

—Soy Anna —dije levantándome y ofreciendo mi mano para que la tocara.

Me dio una sonrisa de lado y, tomando mi mano, la llevó hasta su boca para darle un beso.

Jamás habían besado mi mano.

—Encantado —murmuró retirando sus labios—. Giulio Molinari. Lamento el retraso, tuve problemas en levantarme. Mis horas están atravesadas todavía, pienso recompensártelo.

Tragué saliva.

Noté que me observaba descaradamente de pies a cabeza. Se detuvo un largo rato apreciando mis piernas y recorriendo cada parte de mi cuerpo con sus ojos.

Me ruboricé y aparté la mirada.

—¿Con hambre? —preguntó al ver todos los postres que estaban en mi mesa.

Mi cara se puso de nuevo como tomate.

Antes de que pudiera responder algo, la camarera, Melissa, apareció ante mí con una nueva carga de postres.

—Estos están recién hechos —dijo ella depositando rebanadas de artísticos y detallados pasteles de varios sabores. La mesa estaba llena y ya no cabía ningún otro plato más.

—¿Les gustaría trasladarse a otra mesa? —nos preguntó ella—. Todavía falta traer varios.

Giulio alzó ambas cejas y yo miré horrorizada en dirección a los camareros que venían detrás de ella: eran tres, y todos tenían bandejas llenas con la repostería del lugar.

Mierda.

—Wow, a eso llamo yo tener un *grande appetito*. Me siento impresionado —murmuró; un hermoso hoyuelo se le formó en la comisura del labio cuando sonrió para mí.

Me temblaron las rodillas.

No se podía negar que los chicos guapos siempre me causaban esta impresión.

—¿Y esta vez por qué me traen más? —le pregunté disimuladamente a Melissa.

—Dice que con una sola cucharada no basta —respondió ella.

De nuevo me encontré buscando entre la gente al posible acosador en potencia que me estaba enviando todo eso, pero nadie parecía un posible candidato (o al menos no uno guapo).

Miré a Giulio, que acababa de sentarse en la mesa, y comenzó a devorar el brownie con helado. Lamió la cuchara con avidez y la saboreó con delicadeza y lentitud.

—¿No vas a comer? —dijo él cuando notó que lo yo no lo acompañaba.

Me senté en la silla de enfrente, y les hice un gesto a los camareros para que dejaran los platos en otra mesa. Ellos obedecieron inmediatamente.

—Laura me dijo que eres el hijo de su prometido, no sabía que ella se iba a casar —confesé mientras miraba los postres de una forma dudosa. Finalmente me comí un trozo de pan de banana que se encontraba casi al borde de la pequeña mesa redonda.

—Ujum —dijo Giulio, él comía con gusto, como si estuviera famélico y no hubiera comido en días—. Ella se comprometió con mi padre hace seis meses; la adoro completamente. Es una de las pocas mujeres que conoce bien mis gustos.

Cuando terminó de decir eso, me miró con intensidad y concentración.

Se relamió la boca y se mordió los labios.

Desvió la vista y continuó comiendo como si nada.

—¿Qué te dijo ella de mí? —preguntó de repente.

—Me dijo que no conocías la ciudad y que más me valía no llevarte a ningún sitio donde vendan pastas —bromeé, la voz me temblaba—. Hablando de a dónde ir, ¿tienes algún lugar en mente que quieras visitar?

Él hizo de nuevo ese gesto de quedarse por más tiempo con la cuchara entre los labios.

—Giardini

—¿Giardini? ¿Quieres visitar a giardini?

Él asintió con la cabeza.

¿Qué o quién era giardini?

Para no quedar como tonta sólo asentí y le sonreí; mientras él seguía comiendo, aproveché y me conecté a Google desde mi celular. Me fui directo al traductor.

—Oh, ¡jardines! —dije triunfalmente—, ¿quieres visitar los jardines?

Giulio se relamió los labios y comenzó a reír.

De repente me miró como si yo fuera la cosa más divertida que haya visto.

—¿Visitarlos? —volvió a reír—. Lo que tengo pensado no es una visita.

—¿Ah, no?

—No. Vamos, acompáñame. *Andiamo*!

Se levantó de su asiento y estiró su mano para tomar la mía.

Me puse de pie y le permití sacarme del café.

Antes de poder salir directo a la calle, Melissa, se plantó frente a nosotros y me detuvo al instante.

—¡Espera!

—No más postres —gruñí, cansada.

—No, no. No es eso —Ella metió la mano dentro de su delantal blanco y sacó una servilleta que llevaba doblada dentro del bolsillo. Me la entregó—. Él te manda esto.

Dicho eso, ella se retiró, no sin antes recorrer con la vista el cuerpo de Giulio.

Miré la servilleta en mi mano y la desenvolví.

Espero haberte endulzado la mañana. Lástima que ya estabas acompañada y que no era yo quien tuvo el honor de mirar tus labios en cada postre.

Te veré pronto, Anna. Llevarás el vestido blanco que te compré.

Terminé de leer la nota y parpadeé varias veces.

¿Quién la había enviado?

Alcé la vista para encontrar a Giulio recostado contra la puerta principal, mirándome atentamente y esperando por mí.

—¿Vamos? —preguntó.

Asentí y caminé hacia él.

—Pide un taxi —le dije, aun estaba sorprendida por la nota. ¿Vestido blanco? Pensaba que Marie me lo había enviado para jugarme una mala pasada, pero al parecer no fue así.

Giulio hizo como le pedí, y antes de entrar al vehículo, volteé hacia atrás esperando encontrar alguna pista de quién podía ser el chico misterioso, y, cuando pensaba que no vería a nadie o nada importante, mis ojos se detuvieron en los ojos de alguien que me miraba atentamente.

Estaba parado frente a la puerta de vidrio del hotel, tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, y cuando sonrió al ver que yo lo había notado, un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Estaba segura que había sido él el chico misterioso. Aunque ya no era tan misterioso después de todo.

Me quedé boquiabierta por un momento y rápidamente recuperé la compostura. No me acerqué a él y, en su lugar, me di la vuelta para entrar al taxi.

Tragué saliva y le di un vistazo por última vez antes de que el auto se pusiera en marcha. Mason seguía sonriendo, su apariencia era la de un lobo amenazador a punto de tener a su presa entre sus afilados dientes, acorralada, y justo donde la quería.

No había ni una sola gota de duda en mi mente para saber que la presa era yo.

Me sentía congelada, aterrorizada como jamás estuve en la vida. Pensé que Mason me dejaría en paz, que no se atrevería a acercarse a mí después de que su tío le apuntara con una escopeta, pero al parecer, y como siempre hacía, me había equivocado.

—¿Estás bien? —preguntó Giulio a mi lado. Parpadeé confundida.

—Mmm… sí, todo bien —me obligué a decir. El color se fue de mi rostro, mi corazón latía fuertemente contra mi pecho. ¿Qué hacía Mason allí, en el hotel? ¿Estaba siguiéndome?

Bueno, era obvio que lo estaba haciendo. Nunca imaginé que Mason resultaría un acosador de primera.

Repentinamente me sentí enferma y con ganas de vomitar.

—No te miras bien. ¿Quieres que nos detengamos?

Negué con la cabeza y tragué el nudo que se estaba enrollando en mi garganta.

—Vamos a los jardines —dije mientras limpiaba el sudor helado que recorría mi frente.

El taxista estuvo batallando con Giulio durante todo el camino. No había muchas ubicaciones de jardines por la zona, así que ni el hombre, ni yo, entendíamos a dónde quería ir.

Finalmente quedamos en pasar por una plaza localizada en el centro de la ciudad, según Giulio eso también serviría. ¿Para qué? No sé.

—¿Algún admirador del que deba preocuparme? —habló el italiano en mi oído después de unos minutos. Me sorprendí al tenerlo tan cerca.

—¿Por qué piensas eso? —Puse algo de distancia entre los dos.

Él bajó la vista hacia mis manos, en donde aún tenía enrollado entre mis dedos la servilleta que me hizo llegar Mason a través de la camarera.

Rápidamente la solté y fue a parar a mis pies, en donde la observé con temor.

Las palabras, *llevarás el vestido blanco que te compré*, eran las únicas visibles ya que el papel se dobló.

Cuando alcé la vista para ver si Giulio había leído algo de eso, me sobresalté al notar que sus ojos estaban fijos en mis muslos descubiertos, y que no estaba disimulando la lujuria que cruzó su mirada.

Me ruboricé y traté de bajar la escasa tela para cubrirme las piernas pero no servía de nada.

Giulio se dio cuenta de lo que hacía y carraspeó su garganta.

—¿Entonces? ¿Es admirador o no? —su acento parecía un concentrado fuerte y abrumador para mis oídos. Lo vi relamerse los labios.

—No es un admirador —dije, *Mason es un jodido acosador*.

—Si estás segura…

Asentí y continué viendo a través de la ventana, ignorando la forma en la que Giulio estaba comiéndome con la vista. Me hacía sentir incómoda.

Mientras mis pensamientos se dirigían al caos que era pensar en Mason, mi celular sonó, avisándome que tenía un nuevo mensaje de texto:

« *Recuerda que hoy en la noche hay reunión familiar en casa de tu tía. Llevo amuletos de la buena suerte porque los necesitaremos. Besos. Mamá* »

Iba a responder cuando otro mensaje llegó aproximadamente dos segundos después.

« *PD: Un hombre extremadamente guapo vino a pedirme que le leyera la mano. Lo invité la cena de esta noche, tal vez a tu padre le den celos y lo haga pagar por todos los años que robó de mi juventud y que me separaron de mi verdadera alma gemela… cruza los dedos por mí, linda ;D* »

Rechiné los dientes. Había olvidado las famosas cenas familiares que hacíamos una vez al mes.

Estaba tan cansada de fingir que me divertía jugando a la casita feliz ante la tía Charlotte o el tío Victor. Ellos eran aburridos y estaban cegados por lo que creían de Marie, su hija perfecta. Incluso cuando ella les dijo que era una ninfómana sin remedio, ellos me culparon, alegando que yo la había obligado a decir todo lo que dijo aquel día cuando la amenacé con un arma de burbujas.

De pronto me entraron ganas de llorar.

Me merecía una fiesta de lágrimas y autocompasión. Primero, porque estaba sin Adam, luego viene el acosador de Mason, también está Marie y su completa hipocresía conmigo. Estaba harta.

Sin darme cuenta comencé a sollozar mientras mis ojos seguían fijos hacia nada en concreto.

Quería empaquetar a esos tres en un solo combo y mandarlos lejos, tal vez a Madagascar.

—¿Estás bien, Annabelle? —Giulio me tomó de los hombros al notar que la que hacía ruidos de foca era yo. Me giró para que lo viera a la cara.

Sollocé aun más fuerte. Tenía tantas ganas de llorar que, me parecía imposible no hacerlo.

—¿Annabelle? —se podía oír la preocupación en su voz.

Yo no podía dejar de llorar y de hipar como si estuviera padeciendo algún tipo de dolor físico. Estaba haciendo el ridículo pero por alguna razón no podía parar.

Giulio me tomó de la cintura y llevó un brazo bajo mis rodillas, levantándome con facilidad y poniéndome sobre su regazo.

Metió mi cabeza en su cuello y comenzó a dar besitos en mi nuca mientras yo me deshacía en lágrimas que terminaron empapando su camiseta.

Lo escuché murmurar algo al taxista y después sentí su cálido aliento susurrándome palabras en italiano.

Me recuperé lo suficiente como notar que el taxi se había detenido y que ahora estábamos esperando a que el semáforo cambiara a verde.

Me retiré del cuello de Giulio y me limpié las lágrimas derramadas. Rápidamente noté que una de sus manos estaba acariciando desde mi rodilla, subiendo hasta mi muslo, y entrando por unos centímetros bajo mi falda. Me erguí rápidamente.

—Giulio yo... —iba a decirle que no se llevara una idea equivocada de mí, y que por favor quitara sus manos de mi cuerpo, pero él puso uno de sus dedos en mi boca y me obligó a callar.

—Tienes una piel tan suave y cremosa, provoca tocarla todo el día —susurró con una voz caliente, sedosa e hipnótica; se remojó los labios con la punta de la lengua.

Mi boca se abrió ante sus palabras, no sabía muy bien qué iba a decirle pero sí sabía que tenía que bajarme de sus piernas y aclararle la situación.

—Mira, no sé qué te haya dicho Laura de mí, pero… —Giulio me sujetó de la barbilla y acercó mi rostro al suyo. Como si fuera una escena en cámara lenta, pude ver cuando él sacó su lengua y lamió mi labio inferior.

Intenté echarme para atrás pero me retuvo sin ningún problema, y terminó por pegar sus labios con los míos. Su mano seguía subiendo por mi muslo pero rápidamente la tomé y la detuve de subir más arriba. Su boca intentó separar la mía para darle entrada a su lengua, pero no cedí. Esto se sentía tan mal y equivocado.

Pronto escuché al taxista murmurar algo, pero un movimiento brusco lo detuvo.

El taxi comenzó a moverse y repentinamente alguien estaba abriendo la puerta del lado en donde Giulio se encontraba.

Lo único que sentí fue un jalón increíblemente fuerte. Pensé que me iban a arrancar la mano.

Un minuto atrás yo estaba sentada en las piernas de Giulio, besándolo en el interior del taxi. Y ahora estaba afuera, con los pies en el suelo, en medio de una calle llena de autos que esperaban a que el semáforo cambiara.

Todo sucedió tan rápido que me mareé y perdí el control de los altísimos zapatos que llevaba. Mis rodillas tocaron el pavimento.

—¿Entonces sí eres tú, Anna? —escuché que preguntaron.

Ese mismo alguien me impulsó hacia arriba, a su lado.

Lo primero que vi fue… Bueno, no lo vi, lo olí. Y era tan delicioso que se me hizo agua la boca.

—¿Quién es este imbécil al que estabas besando? —exigió la misma voz de antes.

Yo continuaba desorientada y al borde de vomitar todo lo que comí en la mañana.

No podía ser. No podía ser él.

Me estaba acosando, sin duda.

—¿Disculpa? —Giulio salió del taxi hecho una furia.

Los autos detrás de nosotros comenzaron a sonar sus bocinas.

—Adam… —tartamudeé—. No es lo que tú crees…

—¿No es lo que yo creo? —respondió él, enojado. La vena de su cuello parecía que iba a explotar en cualquier segundo. No entendía qué era lo que hacía aquí.

—¿Qué haces aquí de todos modos? —le pregunté, tratando de alejar su mano de la mía. Él sólo la apretó más fuerte para que no huyera de su lado.

—¿Que qué hago aquí? —gritó—. Venía hablando con Key en el auto —señaló a un Key tímido que trataba de estacionar su camioneta blanca en la acera para que los demás autos pudieran pasar—, de repente me dice que mire la escena que está haciendo la pareja metida en el taxi, ¿y qué descubro? Que la chica, a la que prácticamente están desnudando en la vía pública, eres tú. Ahora explícame quién es este imbécil para que no tenga que partirle la cara a un completo desconocido sino a uno cuyo nombre sé.

—¿Quién es él, Annabelle? —Giulio se paró a mi lado para enfrentar a Adam.

—Yo, soy el novio de Anna, semejante pedazo de mierd…

—¡Adam! Baja tu tono y suéltame. Deja pasar a los demás —chillé.

Los conductores no dejaban de gritarnos groserías y de enseñarnos su tercer dedo, todo porque nosotros ocupábamos la mitad de la calle.

—¿Por qué lo estabas besando? —Adam ignoró lo que le dije—. Y eso que me dijiste hace unos días que no estabas saliendo con nadie. ¿Él es nadie?

—Oye, maleducado —dijo Giulio—, la señorita está conmigo. Ahora suéltala.

—Oh, vaya. ¡Hasta italiano nos salió el hombre! Explícame una cosa: ¿quién te dio el derecho de besar así a mi mujer?

Abrí mucho los ojos y volví a resbalarme en el suelo gracias a los zapatos.

—¿Tú mujer? —Giulio gritaba ahora—. *Figlio di puttana!*

Eso no se escuchó para nada bueno.

Tragué saliva y me puse de pie lentamente.

—¿Me acabas de llamar hijo de puta? Oh no, no lo hiciste. —Adam se preparaba para lanzar un golpe pero me puse frente a él. ¡Este era el hijastro de Laura al que

quería golpear! Si le pasaba algo a su bello rostro seguro y me echaban la culpa a mí. ¡Ella era capaz de despedirme!

—¡Adam, detente!

—¿Por qué, siquiera, sales con este idiota, Anna? —me preguntó él a mí.

—Apenas lo acabo de conocer —por alguna razón quería justificarme ante Adam. Pero fue un error haberle dicho aquellas palabras; su mandíbula se apretó y su respiración se aceleró de un momento a otro.

—¿Acabas de conocerlo y dejas que te… repase en el asiento trasero de un taxi? ¡Ni siquiera tiene vehículo propio!

—¡Yo no dejé que me repasara! —grité enojada—, de todas formas, ¿por qué te importa lo que yo haga o deje de hacer? No eres nada mío y definitivamente yo no soy tuya.

Giulio rió en voz alta.

Yo lo fulminé con la mirada y me fui a parar frente a él.

—Tampoco soy nada de ti. No sé qué te dijo Laura, pero yo no soy ninguna clase de acompañante sexual o dama de noche. Ella me pidió que te mostrara la ciudad porque se supone que no la conocías; nada más. No tenías por qué haberme besado o sobrepasarte de la manera en que lo hiciste. Y si ustedes dos ya terminaron de pelear como dos perros que necesitan marcar su territorio, yo me largo de aquí.

Comencé a caminar pero era obvio que no iban a dejarme en paz; Adam se apresuró a tomarme del brazo e intentó meterme en el coche de Key.

—Tú te vienes conmigo —gruñó él— con esa falda cardiaca puedes provocar demasiados accidentes de tránsito.

Me arrastró unos cuantos pasos antes de que me zafara de su agarre.

—No quiero irme contigo. Si nos disculpas, Giulio y yo tenemos un lugar al que ir.

Seee, yo era obstinada.

Estaba por tomar la mano de Giulio, cuando Adam me tomó de la cintura, y un segundo después ya me tenía subida a su hombro derecho.

—Cuando yo digo algo, quiero que obedezcas.

—Baja a la señorita —dijo Giulio de forma calmada.

Adam se dio la vuelta para enfrentarlo cara a cara.

Sentí sus músculos tensarse y, de repente, me bajó al suelo en donde me tambaleé.

—¡¿Le estabas viendo el trasero a mi novia?! —gruñó él, como animal salvaje.

—No hay ley que me diga que no puedo hacerlo —fue la simple respuesta de Giulio. Oh, a él le encantaba provocarlo—. Además, tiene uno muy bonito, y por lo que pude tocar… también suave.

¿Es que acaso Giulio quería morir?

¿Y por qué Adam se ponía celoso si, en resumen de lo que me dijo en su departamento, él ya no quiere tener nada conmigo?

—Tal vez tú no lo sepas —le respondió él a Giulio, su voz sonaba calmada y pausada— pero hay una razón por la que soy tan posesivo con ella, y es porque lleva a mi hijo en su vientre.

Ay no, comenzábamos de nuevo con eso.

—¿Por qué será que no te creo? —dijo Giulio cruzándose de brazos.

—Que me creas o no, no es mi problema —y diciendo eso, Adam me agarró de la cintura, y en vez de llevarme en su hombro, me cargo en brazos hacia el vehículo de Key. Dejando a Giulio atrás.

—¡Ve directo al hotel! —le grité. Si él se perdía iba a ser mi culpa.

Él sonrió de lado.

—Sea donde sea que él te lleve —respondió Giulio— te seguiré.

Adam detuvo su paso y lo fulminó con la mirada.

—Mira, cabrón, si te atreves a volver a mirar así a mi novia, voy a tener que mandar tus pelotas de vuelta a Italia. Ni siquiera se te ocurra hablarle por el resto de lo que te quede de vida, o vuelves a casa estéril.

Giulio no volvió a discutir con él.



—¿Me vas a bajar ya? —pregunté por enésima vez.

Adam suspiró y le subió el volumen a la canción de 30 Seconds to Mars que Key tenía en modo de repetición.

—No.

Para confirmar sus palabras, empujó mi espalda contra su pecho, lo hacía como si intentara fusionar nuestros cuerpos.

Me puse nerviosa y miré disimuladamente a Key que continuaba ignorándonos desde que Adam me subió a su camioneta.

—Dejé a Giulio solo. Mi jefa me va a despedir.

—No si la denuncio primero. ¿Qué clase de jefa te obliga a besuquearte con un desconocido?

Ahora era mi turno de exhalar con fuerza.

—Ella no me obligó a besarlo. Lo hice voluntariamente.

—Anna, por favor no sigas diciendo cosas como esa. Me duelen.

Key silbó parte de la canción e intentó mirar a todas partes menos a nosotros. Él manejaba hacia una dirección que yo no conocía. Las casas de esa zona eran realmente grandes y lujosas.

Me removí en mi lugar (que era en las piernas de Adam) y sentí cómo él se tensaba debido al movimiento.

Llevábamos quince minutos de camino, pero en ningún momento me quiso bajar de su regazo.

Yo, por mi parte, estaba furiosa.

—Me parece perfecto que te duelan —dije de mal humor—. A mí me dolió cuando me corriste de tu casa. O cuando dejaste muy en claro que no querías nada conmigo. O cuando no supe nada de ti durante semanas, o cuando…

—Está bien. Soy un idiota. Anda, dilo.

—Eres un idiota —dijimos Key y yo al mismo tiempo.



Le sonreí con simpatía al guapo amigo de Adam.

—Key, si no estuvieras con Rita, tú y yo podríamos perfectamente salir —dije hablando totalmente en serio.

Key se tensó.

Adam se tensó.

Yo sonreí.

—¿Hablas en serio? —dijo Adam—, ¿no quieres regresar conmigo?

—No, Adam. No quiero regresar contigo.

—Bien. Key, detén el auto. Dejemos que Anna se baje en la próxima cuadra.

—¿Qué? ¿Estás seguro? —preguntó Key.

Torcí la mandíbula y me tragué mi orgullo. Adam de nuevo volvía a correrme de otro lugar.

Perfecto… si eso era lo que quería, bien.

—Déjame aquí —ordené.

Key maniobró el vehículo para poder acercarse hacia la acera de la calle.

Cuando se detuvo, Adam abrió la puerta y me bajó con cuidado de su regazo, colocándome en el asiento de la par.

—Toma un taxi. Te doy el dinero —comenzó a meter la mano en su bolsillo, pero lo detuve.

—No lo quiero.

Me bajé del vehículo y, una vez de pie, alisé las arrugas de mi falda.

—Adam, no creo que deberíamos dejarla… —empezó a decir Key.

Él alzó un dedo y Key cerró la boca.

—Voy a estar bien —quise tranquilizarlo. Pero la realidad era que quería echarme a llorar y golpear repetidamente la cara de Adam.

Era un tonto.

¿Y la peor parte? Estaba demasiado enamorada de él.

—Aun así yo creo…

—Vamos a llegar tarde —dijo Adam.

Cerró la puerta del auto y esperó a que Key se pusiera en marcha.

Con la mirada traté de decirle que estaba bien. Que no importaba, que no me estaba destruyendo por dentro aunque la realidad fuera otra.

Después de unos minutos él asintió con la cabeza, y comencé a ver cómo se marchaban sin mí.

Cuando ya no pude verlos en la distancia, el terror me invadió por completo.

¡Un Burro!

Eso era Adam: un asno bastardo, insensible, descuidado.

¡Me dejó sola en medio de una calle que no conocía! Ni siquiera pude decirle sobre lo que Mason estaba haciendo, que seguramente él andaba por ahí libre, tal vez siguiéndome en estos momentos; y yo aquí, en mi falda ultra corta y con zapatos en los que apenas podía caminar.

Tragué el nudo de mi garganta y me obligué a dar unos dolorosos pasos más para intentar ubicarme y encontrar algún medio de transporte.

Si hubiera sabido que Adam me dejaría botada, me habría asegurado de quedarme con Giulio, a pesar de que me pareció completamente inapropiado lo que hizo. Pero era mejor que esto.

De verdad que comenzaba a odiar a Adam.

Si se quería asegurar de que me apartara de él, pues no se hubiera preocupado tanto, porque de mi parte, yo no volvería a acercármele jamás.

Maldito arrogante.

Mientras caminaba, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Algo andaba mal, eso, o ya empezaba a sentirme paranoica en cuanto a Mason.

Casi no había gente caminando por la calle. La mayoría pasaba en su propio vehículo con vidrios polarizados y a máxima velocidad.

Giulio dijo que me seguiría, puede que no le haya tenido miedo a la absurda amenaza de Adam y ahora venía, como todo príncipe azul, a mi rescate.

Iba a buscar mi teléfono para hablarle a quien sea que pudiera venir a recogerme, cuando me fijé que no tenía conmigo mi celular. Ni siquiera tenía mi cartera. Lo que a su vez significaba que no tenía nada de dinero.

¿Dónde pude haberla dejado? ¿En el taxi?

Ahora sí que el terror se instaló en mi cuerpo. Pero había varias soluciones para mi problema, podía pedir un taxi, ir a casa de mamá y suplicarle que me lo pague.

Sí, eso haría. Después me pondría a llorar por la pérdida de mi teléfono.

Estaba a punto de doblar en una esquina, cuando gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer del cielo.

Parecía como si la naturaleza estuviera conspirando en mi contra. Solo faltaba la música de fondo para acompañarme en mi melancólico viaje… o que Marie se apareciera flotando en el aire, con una cola y dos cuernos, diciéndome que me va a torturar. Esa sería la cereza del postre.

Me dieron escalofríos de solo imaginarme que tendría que verla esta noche.

Líbranos del mal, Señor. O mejor, líbranos de Marie, porque ella era capaz de hacer mi vida un infierno si la dejaba hacerlo.

Como la lluvia continuó aún más fuerte, me refugié bajo el alero de una tienda que vendía ropa para bebés, desde la vitrina se podían ver varios trajecitos, uno de ellos se parecía al que Key me había regalado cuando pensó que estaba embarazada.

"Si piensas que soy lindo, deberías ver a mi mamá".

En medio de todo este caos, sonreí para mis adentros.

Los truenos no tardaron en aparecer y temblé ligeramente ante la perspectiva de quedarme por más tiempo sola y abandonada como un perro callejero.

Cuando pensaba en tener que caminar bajo la lluvia, un Audi Q3 de color gris se detuvo en la acera frente a mí. Sonó la bocina tres veces y luego bajó la ventanilla.

Mi corazón se aceleró al ver de quién se trataba.

—Anna, sube aquí, rápido —habló Adam, tuvo que gritarlo porque apenas y se podía escuchar en medio de la tormenta.

En primer lugar: arma un show de celos con Giulio, y en segundo, me deja botada en medio de un sitio completamente desconocido para mí.

La sangre de mis venas se sobrecalentó.

Me crucé de brazos y decidí ignorarlo.

Ya sé que debería dejar de ser orgullosa y subirme al estúpido auto pero, no podía. Lo odiaba en estos momentos. Las razones salían sobrando.

—¡Te vas a congelar! ¡Sube ahora! —volvió a gritar.

Le di la espalda y comencé a caminar bajo la lluvia.

Escuché la puerta del auto ser abierta y cerrada con rapidez.

A los segundos, una mano estaba tomándome del brazo y me hizo detenerme.

—Entra al auto conmigo —exigió él.

Ni siquiera protesté, el agua ya se estaba colando en mi ropa interior y probablemente estaría discutiendo con Adam todo el día, así que lo dejé guiarme hacia el vehículo.

Él se aseguró de meterme en el interior, y no se preocupó de que mojara sus asientos, porque estos estaban tapizados en cuero.

Lo vi dar la vuelta para subir al lado del conductor, y se metió con facilidad.

No le dije nada. No quería hablarle.

Él, por su parte, se quedó con las manos puestas en el volante, viendo hacia el frente, sin poner en marcha el vehículo.

—Lo siento, Anna —dijo después de varios segundos en silencio.

—¿Por qué lo sientes? ¿Por ponerte verde de los celos con Giulio? ¿Por bajarme del auto de Key para dejarme botada en medio de un lugar que no conozco para nada? ¿Por ser un completo idiota con cara de foca?

—Lo siento por todo —suspiró audiblemente. Pronto puso el coche en movimiento y nos llevó hacia la carretera, siguiendo la misma calle por la que lo vi perderse con Key hace unos minutos atrás.

—¿Por qué viniste por mí? —pregunté curiosa—. ¿Y de quién es este coche? ¿Cómo hiciste para venir a buscarme en tan corto tiempo?

Él me miró de lado y luego encendió la radio.

La suave y cremosa voz de una mujer comenzó a envolver el aire dentro del vehículo.

—Este es el bebé de Key, lo usa para eventos especiales. Tuve que prometer que le donaría un riñón a cambio de prestármelo —respondió con calma—. Fui un cobarde y un hijo de puta por dejarte sin compañía, con esa falda —miró la falda en cuestión— bajo la lluvia y con esas hermosas lágrimas que querías detener de tus ojos. Pero es que me puse celoso por el comentario que hiciste de Key. ¿De verdad desearías salir con él y no conmigo?

Me encogí de hombros.

—Sé con seguridad que él nunca me dejaría con un psicópata suelto.

—¿Qué?

—Mira, olvida lo que dije. Ahora entiendo. Me costó darme cuenta pero ahora lo sé.

—¿De qué hablas? —me preguntó.

—Hablo de que por fin entendí que me debo apartar de ti. Me lo estuviste diciendo tantas veces pero hasta hoy logro reaccionar. Prometí no volver a buscarte así que espero de ti la misma cortesía.

Adam estacionó repentinamente frente a una casa que parecía mansión. Tenía cientos y cientos de metros con césped del mejor cuidado.

—Anna, por favor… perdóname. De todo lo que he echado a perder en mi vida, lo nuestro es lo único a lo que le veo salvación. Regresé por ti porque sé que soy un idiota, y no te tuve que dejar en ningún momento sola. Te quiero demasiado como para no sentir la necesidad de protegerte. ¿Qué quieres que haga para que entiendas que por ti haría lo que sea?

Sopesé sus palabras.

¿Se fue porque estaba celoso de Key?

Suspiré de manera dolorosa.

Él dijo que me vio a punto de llorar, ¿y aún así me abandonó a mi suerte?

—Dime algo, por favor. Dime que me odias, dime que soy un idiota perdedor, pero por favor dime lo que sea.

Tragué saliva antes de responder.

—Ya no tiene caso que te sigas disculpando, Adam. Solo… —me callé para evitar soltar un quejido— solo llévame a casa. No tengo ánimos de seguir con esto.

—Primero entremos a casa de Key —señaló hacia la mansión en donde nos detuvimos—. Para que te seques y tal vez la hermana de él tenga ropa que te quede y pueda prestarte. Luego te llevo a donde quieras.

Asentí porque no quería discutir con él.

Entramos con el auto hacia el interior de la casa, alguien nos abrió el portón para dejarnos pasar, y pronto Adam estacionó frente a la enorme y moderna mansión.

No había otra palabra para describirla. Era… lujosa.

—¿Por qué Key toca en una banda si perfectamente puede comprarse una? —pregunté anonadada.

—Porque quiere triunfar por sus propios medios. Lo entiendo.

Volví a dirigir mis ojos hacia el espectacular diseño del lugar; era increíble.

—Entremos —dijo Adam.

Salimos del coche sin decir una palabra más; corrimos bajo la lluvia para refugiarnos en el interior, y Adam me abrió la puerta principal.

Lo primero que veías al entrar, era un juego de escaleras de… ¿vidrio? Sí, vidrio, empotradas en la pared. Los suelos eran de madera, y varias alfombras con colores cálidos y diseños intrincados le daban vida al lugar; por lo general este tipo de casas eran frías e impersonales, pero todo aquí gritaba acogedor y bien decorado.

Habían fotos en blanco y negro de Key con toda su familia. Eran tomas perfectas y bien enfocadas.

—¿Te gusta? —me susurró Adam. Noté que él no dejaba de verme de pies a cabeza.

Me hubiera sonrojado si no recordara que estaba enojada con él.

Fue cierto todo lo que le dije en ese vehículo. No lo iba a molestar jamás.

Y en caso de querer algo conmigo, iba a tener que ser él quien me buscara a mí, no al revés.

Ya nada volvería a ser como antes. Jamás.

Asentí con la cabeza. Él no dijo nada y se limitó a guiarme por la escalera de vidrio, subí emocionada por lo que iba a encontrarme más arriba. Me condujo hacia una sala familiar con vista a una terraza, y de allí nos trasladamos a un amplio pasillo en donde pasamos unas tres puertas hasta que nos detuvimos en la última y la abrió para mí.

—¿Esta es toda la casa? —no pude evitar preguntar.

—No. Son dos alas, esta es la primera, aquí duermen Key y sus hermanos. En la otra sus padres.

Wow.

—Puedes cambiarte aquí —dijo él dándome paso hacia la habitación.

Era enorme, así como todo el lugar, lujoso y minimalista. Una cama ocupaba la mayoría del espacio, y un ventanal, de piso a techo, estaba ubicado casi a la par.

—Dame tu ropa, la llevaré a secar.

—¿Qué? ¿Quieres que me la quite frente a ti? —respondí sarcásticamente. Como mis zapatos me estaban aniquilando, me quité uno y después el otro.

Adam no dejó de verme en todo ese tiempo. Me acerqué a la ventana, esperando a que se marchara y me permitiera cambiarme en paz.

—Nena, no voy a ningún lado —dijo con voz ronca. Me giré para verlo justo cuando se quitaba su camisa empapada. Me quedé sin aliento—. Además, creo que has estado exhibiéndote toda la mañana con esa cosa que te pusiste.

Se refería a mi falda.

Bajé la vista para verme. La tela ya se había pegado a mi piel, revelando el contorno de mi ropa interior con encaje; hasta mi blusa de color blanco ya parecía una segunda piel, el chaleco me tapaba lo necesario pero de ahí era poco lo que se dejaba a la imaginación. Fue un verdadero milagro el que Mason no me haya seguido porque me vería en serios problemas.

—No quiero que te la vuelvas a poner —me exigió.

Inhalé bruscamente, indignada.

—Pues te aviso que no tienes ningún derecho sobre mí. Los perdiste todos hace mucho tiempo.

—¿Sabes cómo te miraba ese imbécil con mal acento italiano? Te miraba como si le pertenecieras a él. Y aún no me explicas por qué lo besaste. No me gustó para nada.

Resoplé.

—¿Eres bipolar? Dímelo ahora porque te juro que no te entiendo —me quejé—, primero actúas todo posesivo conmigo, después me tratas con frialdad, ¿y ahora vuelves a ponerte celoso y a querer darme órdenes? Tengo una sola palabra para ti: JO-DE-TE.

Después de decirle eso me sentí tan atrevida que, sin importar que él todavía estuviera ahí, me quité el chaleco de mezclilla, luego la blusa y la lancé contra el suelo, quedándome en mi sujetador color beige.

Adam recorrió cada trozo, cada poro de mi piel.

Se pasó la mano por el cabello, se lo jaló y por último dio un grito exasperado.

—La única razón por la que te pedí bajarte del auto fue porque no soportaba verte congeniando con Key. Odio, repito, ODIO verte con otro hombre que no sea yo. ¿Si soy posesivo? Me importa un carajo si lo soy o no. Te pertenezco, Anna. Creo que no has captado lo mucho que te deseo desde que te conocí. Deseo morder cada pulgada de tu cuerpo, hacerte mía y tenerte en lo más profundo de mi ser. Me vuelves loco. Quiero golpear al idiota malnacido que besó los labios que sólo yo tengo permitido besar… pero trato tan fuerte de contenerme que, simplemente no sé por cuánto tiempo más voy a aguantar. Ahora, lo que más deseo en medio de este descontrolado mundo, es darte un beso que no te deje respirar y darle buen uso a esa cama detrás de ti.

Tragué saliva.

Volví a tragar con fuerzas.

Me relamí los labios y finalmente dije:

—Entonces hazlo. Te estoy dando mi autorización para que lo hagas. Llévame a la cama, Adam.



CAPÍTULO 24

Contando lunares

Madre... mía.

¿Ella acababa de...? ¿Ella dijo...?

Oh, no tenía que repetirlo dos veces.

Me abalancé sobre su cuerpo, tomándola de las caderas y amando cada segundo en el que su piel caliente tocó la mía.

Mi boca se presionó en la suya en busca de un beso por el que era capaz de matar, un beso tan ardiente por el que armaría guerras y destruiría naciones enteras con tal de obtener.

Asomé la lengua y lamí sus labios posesivamente, recordándole quien era yo y obligándola a nunca olvidarme, dejando mi huella impresa por el interior de su boca. La besé tan duro para que, de ahora en adelante, no tuviera dudas de que ella era mía y solo mía.

El solo pensamiento de compartir a mi Anna, me hirvió la sangre.

Creo que le apreté más fuerte las caderas porque la escuché jadear/ronronear en mi boca.

Me separé para dejar que tomáramos aire, y pegué mi frente contra la suya.

—Entonces... —dije, tratando de recuperar el aliento, pero hombre, era una tarea titánica teniendo en cuenta que ella se encontraba semi desnuda, y que sus bonitos y redondos senos se pegaban a mi pecho descubierto cada vez que respiraba, era como si estuvieran tentándome a agarrarlos y chuparlos— ¿Aun estás dispuesta a conocer todos los usos que se le pueden dar a una cama?

Ella parpadeó y soltó lentamente el aliento, mientras yo pensaba en las mil maneras de arrancarle el sostén y la maldita falda que parecía un minúsculo retazo de tela que cubría únicamente las líneas donde comenzaban sus bragas.

Gruñí para mis adentros.

Fue exasperante ver cuando un jodido imbécil estuvo besándola como si le perteneciera.

Herví ante la imagen mental de recordarlos a los dos metidos en ese taxi. Key tuvo que convencerme de no matar al estúpido miserable.

Dirigí mi boca al cuello de Anna, queriendo impartir castigo, queriendo imponerme; y ser posesivo era la única forma que tenía de demostrar lo demasiado que me importaba.

Amaba su cuello, aunque ella tal vez no se hubiera dado cuenta todavía, y la razón era sencilla: podía sentir cómo su pulso se aceleraba cada vez que la mordisqueaba o cuando mis dedos decidían hacer exploración por su piel.

—¿Cuántos usos se le pueden dar a la cama? —preguntó ella de forma aturdida, su voz se escuchaba sedosa y fina como un hilo de seda.

Tembló ligeramente cuando mi mano bajó hasta su muslo, y le levanté una pierna a la altura de mis caderas.

Su falda estaba tan apretada y pegada al cuerpo debido a la lluvia. Yo era un semejante idiota por haberla abandonado, pero por suerte tenía al bastardo de Key para hacerme entrar en razón y recordarme lo inmaduro y ridículo que me estaba comportando.

Olí el cuello de Anna, sin disimular mi erección.

—No me tientes a demostrarte las miles de cosas que podemos hacer en esa cama —susurré con voz caliente y anhelante.

—Quiero... —ella se relamió los labios, echó la cabeza hacia atrás cuando comencé a dejar besos húmedos en su clavícula—, quiero que me las muestres.

Gruñí, exasperado.

¿Por qué tenía que decirme esto justo ahora, cuando estábamos en casa de Key, encerrados en la que una vez fue mi habitación cada vez que me quedaba de visita?

—¿Estás segura de que quieres esto? —pregunté.

Mordió su labio inferior y asintió con seguridad.

—¿Quieres que vuelva a repetir lo que te dije antes? —susurró ella—. Llévame a la cama, Adam.

Me estremecí como cada vez lo hacía cuando mencionaba mi nombre con ese tono sexy y caliente… necesitado.

Si ella tan solo supiera la clase de persona de mierda que me sentía, que únicamente estando a su lado me permitía tener la esperanza de llegar a ser alguien mejor.

Devoré sus lindos y rosados labios y actué por instinto: rasgué el pedazo de tela que ella consideraba falda, dejándola caer al suelo, y llevé a Anna hacia la cama, acostándome y estirándome encima de su cuerpo. Alineé nuestras caderas y enredé mis dedos con los suyos y levanté sus brazos para que quedaran sobre su cabeza.

—Uso número uno —murmuré contra su boca—, hacer el amor hasta el cansancio.

Me perdí de nuevo en sus labios, luego besé su cuello y seguí deslizándome por sus senos, en donde su sostén me pedía a gritos que lo arrancara de forma primitiva.

—Creo… que… —jadeó cuando vio la atención que estaban recibiendo sus pechos—el primer uso… de la… cama… es dormir.

Negué con la cabeza.

—Oh no, nena. Si la gente pudiera elegir entre dormir y sexo, al menos el noventa por cierto de la población masculina estaría de acuerdo conmigo y preferirían la segunda opción como uso número uno para una cama.

Aunque en realidad, cualquier superficie servía, pero no le dije eso.

Llevé mis dedos a la parte frontal de su sujetador, y tanteé el material para probar su resistencia. Luego, con ayuda de mis dientes, lo rompí y dejé que un par de hermosuras rosadas me saludaran.

—¿Adam? —la escuché decir en medio de la bruma de deseo que me poseía—. ¿Y si alguien entra? No cerraste la puerta.

Sonreí contra su piel.

—¿Eso no lo hace más excitante, nena?

—¡Adam!

—La cerré en cuanto pusimos un pie en esta habitación —dije para su tranquilidad. Y era cierto, nos encerré a ambos, arriesgándome a enojarla con tal de recuperarla. Estos días sin ella habían sido un infierno, pero era lo mejor. Anna tendría que entender que alguien como yo solo era capaz de provocarle dolor. Estaba en mis genes, era normal sufrir para nosotros.

—Vas a tener que comprarme ropa nueva después de esto —se quejó de forma divertida—. Me debes una nueva falda y un nuevo sostén.

No la dejé continuar porque mi boca se ocupó de abarcar uno de senos. Lo lamí una vez y no necesitó de nada más para erguirse.

Volví a lamerlo y chuparlo.

Ella gimió.

Por los sonidos que hacía, era obvio que nadie nunca le había hecho algo como esto; y me gustó ser el primero. Y quizás, si mi suerte no era tan jodida, el último.

Le presté atención también al otro seno, amando la forma en que su pezón se afirmaba para mí. Como todavía sostenía sus manos sobre su cabeza, pude sentir cuando comenzó a enterrar las uñas en mis dedos y en parte de la sábana.

—Admite que adoras mi cara de asno —la provoqué un poco. Lamí varias veces sus pezones rosados.

Mmm… los sonidos que hacía para mí eran increíbles. Si pudiera grabarlos, lo haría, y los escucharía todo el tiempo.

Dejé besos húmedos por todo su cuerpo. Limpiando las gotas de lluvia que lograron traspasar su boca.

De pronto mi pantalón se sintió demasiado apretado. Me separé del cuerpo de Anna, y me quité cualquier estorbo entre su piel y la mía.

Cuando estuve totalmente desnudo, y ella me vio, enrojeció.

Pero había un problema. Ella todavía tenía puestas sus bragas.

Me puse en horcajadas, llevé mis pulgares a los extremos de la delicada tela, y antes de jalar para romperlas le dije a Anna:

—Nena, vas a tener que añadir a la lista un par nuevo de bragas.

Entonces las rompí.

Ella se quedó boquiabierta. Sonrosada y a la vez excitada.

Separándome ligeramente de su cuerpo, absorbí cada parte de su hermosa silueta desnuda. Era como si Anna estuviera moldeada solo para mí.

Respiré hondo mientras la miraba atentamente.

—No me mires así —logró decir ella después de unos segundos.

—¿Así cómo?

—Como si nunca hubieras visto a una mujer desnuda en toda tu vida.

—Es que no estoy viendo a una mujer, estoy viendo a una diosa.

De ser posible se sonrojó aun más fuerte.

—Deja de decir cosas como esa. Seguro que muchas chicas ya han escuchado esa frase; además, sé que no soy ni un tercio de lo hermosa que han sido tus otras acompañantes.

Oírla decir eso me enojó.

Cierto que yo tuve mis romances locos y desatados, pero ninguno me dobló sobre mis rodillas como Anna lo había hecho.

—Puede que no te hayas dado cuenta todavía —dije con voz firme para que le quedara claro— pero tú tienes el control absoluto y completo de todo lo que soy. Nunca fui un chico celoso, hasta que te conocí. Nunca le conté a nadie sobre mi familia, pero contigo rompí el silencio. Y jamás necesité a alguien como te necesito a cada momento. ¿Qué más quieres que te diga para lograr convencerte? Metete en la cabeza que eres mía y que yo te pertenezco de igual forma. No soy de nadie más, nunca lo fui; te adueñaste de mí por completo.

Desaparecí el espacio que había creado entre ella y yo, y de forma furiosa la tomé de la cintura para levantarla y quedarnos de rodillas sobre la cama, viéndonos a los ojos. Aproveché la posición para devorarle los labios y lamérselos como tanto deseaba hacer días atrás. El calor de su piel le dio la bienvenida a la mía.

Mis manos fueron a su espalda para sostenerla y para acariciarla. Pronto una de mis manos estuvo sobre su muslo y comencé a abrirle lentamente las piernas.

Cuidadosamente me senté sobre mis rodillas y pasé de besar su boca a besar sus senos.

Lamiendo, chupando y mordisqueando a mi antojo.

Ella echó la cabeza hacia atrás, y de sus labios se escapó el sonido más sensual del mundo.

No perdí tiempo y la tomé de sus rodillas, motivándola para que se acercase a mí.

Abrí un poco las piernas mientras separaba las de ella, y sujetando su hermoso trasero la subí directamente a mi miembro firme y erecto.

Ella me tomó de los hombros mientras respiraba fuertemente y dejaba que yo la hundiera con lentitud y cuidado sobre mí.

Separé sus piernas con las mías, y cuando estuvo completamente hasta el fondo, porque ya no se podía avanzar más, la escuché gemir entre el placer y el dolor. Aunque un poco más este segundo.

Traté de tranquilizar mi respiración mientras ella metía su cara en el hueco de mi cuello y su sudor se mezclaba con el sudor de mi piel.

—Anna —susurré. Ella seguía gimoteando—, nena… ¿te dolió?

Ella negó con la cabeza aún sobre mi cuello.

La tomé de la mandíbula y la obligué a que me viera a los ojos.

—Anna, por favor sé sincera —dije con voz amortiguada. Ella se sentía realmente bien.

Abrió la boca pero no salía ningún sonido claro.

Finalmente pudo decir:

—Adam… yo...

—¿Estás bien? ¿Quieres que continúe? ¿Te dolió? Sólo dime que me detenga y yo lo hago.

Se mordió el labio y vi directo a sus ojos grises.

—Dolió un poco —mentira. Podía decirlo por lo mucho que se le dilataban las pupilas cada vez que lo hacía, además de que podía sentir su centro palpitar a un ritmo salvaje—. Lo que pasa es que… no creo que te lo haya dicho pero… —se acercó a mi oído, para susurrar—: soy virgen. Bueno, lo era. Creo.

Solté un quejido.

Mis dedos rodearon su cintura aún más fuerte de lo que ya lo estaban haciendo.

—Me está matando escuchar eso —dije entre jadeos—. Me encanta escuchar que voy a ser el primero en donde nadie más lo ha sido. Pero, nena, dime si en algún momento estoy lastimándote o haciendo algo que no quieras.

Asintió con la cabeza, mordiéndose el labio con vigor.

Su cabello castaño caía libre sobre sus pechos. Se miraba hermosa. Como toda una diosa.

—Quiero que sigas —dijo ella una vez que dejamos el tema de su virginidad atrás.

Debo ser el hijo de puta más suertudo del mundo por tenerla.

Lo soy. E iba a hacer que valiera la pena cada segundo que pasara conmigo. Ya no más Adam idiota.

—No tienes que decir más. Recuerda que si quieres detener algo de esto solo di…

—¿Vampiro? —preguntó en broma.

Negué con la cabeza.

—Solo di mi nombre.

Entonces comencé a moverme lentamente. Primero una vez para tantear la situación, la tomé de las caderas y, con ayuda del impulso de mi propio cuerpo, la subí para luego dejar que se deslizara a lo largo de mi miembro.

Ella gimió. Yo gruñí del gusto.

Se sentía tan increíblemente bien.

Hice esto un par de veces más; escuchando cómo contenía la respiración y volvía su cabeza a mi hombro.

A la tercera vez, sus caderas ya empezaban a seguir el ritmo de las mías.

Su respiración aumentaba.

—Respira tranquila —dije en su oído. Ella gimió en acuerdo y, para cuando ambos empezábamos a disfrutar de lo que hacíamos, la sentí morder mi hombro.

Eso me excitó más allá del punto de retorno.

Me movía con ella, arriba, abajo y luego arriba una vez más.

Su piel resbalando con la mía, el único sonido de la habitación era el de la lluvia, y el que hacían nuestros cuerpos al chocar.

Justo comenzaba a dejarme llevar, cuando recordé algo.

La tomé de la cintura y la obligué a verme, quitando su cabeza de mi hombro.

Sus mirada estaba desubicada y atontada. En otra ocasión hubiera sonreído, pero no ahora, no tenía ganas de bromear.

—¿Por qué te detienes? —preguntó con voz ronca.

Tragué saliva y con cuidado comencé a salir de su interior. Doliéndonos a ambos la separación repentina de nuestros cuerpos, gemimos ante la ausencia del otro.

—Anna… ¡mierda! —gruñí. Ella me vio muy asustada, como si hubiera hecho algo malo. Intenté aclararle antes de que creyera otra cosa— ¡Olvidé ponerme un condón!

Ante mis palabras sus ojos grises se abrieron en alerta.

—¿Qué? —Ella bajó la mirada a mi aún firme y erecto miembro, luego regresó a mis ojos—. Adam yo… yo no tomo nada. Y ciertamente no sabía que justo hoy nos encontraríamos haciendo esto… —hizo un gesto con su mano abarcándonos a los dos y la gran cama bajo nosotros.

—Lo siento, nena. Tu seguridad y protección debió de ser lo primero. No quiero que Noah se adelante todavía.

—De acuerdo —asintió—, estoy segura de que algo se puede hacer. Pero, por favor, no te detengas ahora.

Joder.

Tragué duro y me moví rápidamente por la habitación.

Recogí mi pantalón, tomando la billetera en donde guardaba un condón. Hice memoria del tiempo que lo estuve llevando allí, no quería uno de estos defectuoso.

—Espera un segundo —le dije a Anna. Me movilicé hacia la puerta del baño, y rebusqué en varios cajones hasta dar con el correcto. Key mantenía condones aquí solo por si acaso. Tomé uno de los muchos que tenía, y volví a la habitación.

Me detuve abruptamente al ver a Anna todavía sentada sobre sus muslos, con su espalda pegada a la cabecera de la cama y con el pelo ocultando por poco sus duros pezones rosados.

—Si tan solo supieras lo comestible que luces en este momento —murmuré trayendo conmigo el nuevo condón.

Ella se ruborizó y agachó la cabeza.

Me subí a la cama, alzando su barbilla y devorando sus labios.

—Acuéstate —le dije— será menos doloroso para ti.

—Pero me gustaba como estábamos antes.

Sonreí de forma traviesa.

—No puedo creerlo, he creado un monstruo.

Ella tomó una de las almohadas de la cama y me la lanzó.

Seguidamente me subí a la cama con ella y, antes de volver a conectar nuestros cuerpos, me puse el condón muy lentamente para provocarla y hacerla ruborizar de nuevo.

Podía ver lo apenada que estaba, pero en ningún momento hizo algo para desviar la vista.

Noté el cambio inmediato en su rostro, de divertida a lujuriosa en un instante.

—Acostada vas a estar más cómoda —murmuré.

Ella negó con la cabeza.

—Lo haremos después de esa forma. Ahora… por donde nos quedamos.

Sí, había creado un monstruo.

La subí nuevamente a mi regazo, sosteniéndome en mis rodillas y con ella tomándome de los hombros.

—Respira hondo —dije al mismo tiempo que separa sus piernas y abría camino entre su sexo para dejarme entrar.

Ella hizo como le ordené y echó la cabeza hacia atrás para jadear cuando finalmente llegué al tope de nuestros cuerpos.

Me quedé quieto por un momento. Absorbiendo la situación, oliendo su pelo y el sudor de su cuello.

La besé, duro. Y comencé a moverme lentamente una vez más.

Impulsándome hacia arriba con las caderas. Sujetando las suyas para que me siguieran.

Ella gimió y gimió.

Pronto mantuvimos el ritmo y continué con cada deliciosa estocada. Nos movíamos dentro del cuerpo del otro, sintiendo nuestros pulsos y escuchando nuestra respiración frenética, sintiendo el sudor descender de nuestros poros hasta mezclarse para ser uno solo.

Entonces hubo un segundo de silencio antes de que estalláramos a pedazos al mismo tiempo.

Anna se durmió después de la segunda vez que hicimos el amor (quería mostrarle las bondades de tener sexo acostados), y ahora estaba lánguida sobre la cama, envuelta en las sábanas y mostrando la piel de su espalda y de sus piernas.

No quería levantarme para que luego ella despertara y no me encontrara en la cama, pero tenía que reportarme con Key y buscarle algo de ropa a Anna. Nos íbamos a ir directo a mi departamento para seguir con lo que estábamos haciendo.

Me levanté del colchón sin hacer mucho ruido, y me puse el pantalón dejando de lado mis bóxers y la camisa.

Abrí la puerta y la cerré detrás de mí.

Como no había nadie en este lado de la casa, bajé las escaleras y me fui directo a la cocina.

La madre de Key (y toda su familia) ya me conocían y me trataban como un miembro más de su familia; me podía mover libremente por la casa.

Encontré a Key en la cocina, sentado en una de las bancas del desayunador de vidrio templado, comiendo Froot Loops y viendo unas hojas de partituras. Tocando las notas sobre el mostrador, usando los dedos de su mano izquierda.

—Oye —saludé.

Él me dio un asentimiento de cabeza y una sonrisa de bastardo.

—Por la cara que traes, deduzco que todo se arregló con Anna, ¿verdad?

Asalté su refrigeradora y tomé un gran vaso con agua.

—Eso creo —murmuré.

—¿No deberías agradecerme por patear tu culo para que la fueras a buscar?

—Si serás imbécil —dije bebiendo más agua—. Gracias por patear mi culo para que fuera tras ella.

—Bien. De nada.

Key fue quien me abrió los ojos para que me diera cuenta que con mi actitud de perro embravecido, iba a terminar perdiéndola.

De hecho, no estábamos tan lejos de donde le había pedido que se bajara. No me tomó mucho tiempo reaccionar de la estupidez que había cometido, y correr a buscarla. Iba a llevar mi moto, que estaba estacionada en el garaje con los demás autos de la familia de Key, pero comenzó a llover y tuve que hacer el ridículo para Key me prestara su auto.

—Soy un malnacido y la amo —solté de repente.

Key se detuvo de comer y me miró seriamente.

—Lo sé. Creo que hasta un bebé de cinco días lo echaría de ver.

—Hablando de bebés… —hice una mueca. Claro que me encantaría tener un pequeño ser humano con la mitad mía y de Anna, pero todo era a su tiempo— yo como que olvidé el condón al principio y… espero, de verdad espero no haber jodido esta oportunidad con Anna.

—Oh mierda. ¿Tus hombrecitos salieron? Porque si no salieron de su empaque original creo que no hay mucha probabilidad de que nada suceda.

—Mierda. Nunca pensé estar hablando esto contigo pero, no lo sé.

—¿No me lo contarías si te pasara con alguien más? Me siento ofendido.

Bufé.

—Te estás portando como una señorita, Key.

—Y tú te oyes como un hombre dominado y cien por ciento enamorado —sonrió y continuó comiendo el cereal.

Lo salpiqué con unas gotas del agua que estaba bebiendo.

Volví a asaltar la nevera y tomé un par de manzanas y la jarra de agua para llevarle a Anna para cuando despertara.

—Hmmm… ¿sabes si Pamdora dejó algo de ropa antes de irse de viaje? —pregunté. Pamdora, o Pam, era la hermana mayor de Key. Se fue hace tres semanas a Francia para estudiar fotografía. Ella tenía una complexión similar a la de Anna, con excepción de que Pam era más bajita. Pero que no te engañe su apariencia, ella era terriblemente intimidante y gruñona.

—Sí, puede ser. Revisa su armario; dile a Anna que use lo que quiera y no importa si no lo devuelve, Pam tiene demasiada ropa, como para vestir a toda una pequeña ciudad.

Comencé a moverme gradas arriba, en medio camino escuché a Key decir:

—¡Y deja de destrozar todo lo que tenga puesto Anna!

Sonreí sabiendo que justo en esos momentos ella no tenía nada más que las sábanas para cubrirla.

Una vez que fui al cuarto de Pam y le conseguí algo de ropa a Anna, me fui al dormitorio y la encontré despierta y algo asustada.

—¿Qué sucede? —pregunté con preocupación genuina—¿Qué es?

Fui a su lado y la envolví en mis brazos.

—Yo… —se puso roja repentinamente—, creo que manché las sábanas.

Agachó la cabeza, avergonzada y apenada por habérmelo dicho.

Sus manos se aferraban a la tela así que hice que las soltara para poder ver.

Estaban manchadas con su sangre. Si no supiera que era normal que ocurriera, ya estaría llevándola al médico como loco preocupado.

Pero igual no podía dejar de preocuparme.

—Tranquila —susurré, me acerqué a su frente y la besé— te traje pastillas por si dolía. Y algo de comida.

Deposité en su palma unos analgésicos y la atraje hacia mi regazo.

Ella dejó que la tomara entre mis brazos, y pegó su cabeza en mi hombro.

—Come —le susurré.

Ella aún parecía preocupada por las sábanas.

—Prometo limpiarlas. Relájate.

Ella suspiró audiblemente.

—Está bien.

Le dio un mordisco a la manzana que le ofrecí, y dejé que mis ojos se perdieran en lo mucho que enseñaba de su cuerpo. Creo que no se daba cuenta que tenía un pecho descubierto pero no iba a hacer que se tapara.

Lo miré con anhelo y apreciación.

—Creo que me dormí por horas —musitó viendo hacia mi rostro. Su cuerpo descansaba sobre el mío, ambos recostados contra la cabecera de la cama.

—Dormiste poco —dije dándole una mordida a mi propia manzana. Estaba hambriento pero no de comida.

Dios bendito, yo era todo un animal insaciable.

—¿Tú lograste descansar?

Negué con la cabeza.

—¿Qué hiciste mientras dormía? —preguntó.

—¿Sinceramente? —dije encogiéndome de hombros—, me puse a contar tus lunares.

Ella miró con esos ojos grises ahumados, y me sonrió divertida.

—¿Ah, sí? ¿Y cuántos tengo?

—Veintitrés. Tres en la espalda, dos en el brazo izquierdo, uno en tu mejilla derecha, dos en las piernas, uno en tu seno izquierdo cerca del corazón, uno en tu espalda y otro en tu nalga izquierda, y por último un pequeñito lunar en uno de los dedos del pie.

Se ruborizó y mentalmente la vi contar los números que le mencioné.

—No sabes sumar —dijo frunciendo el ceño—, esos son doce, no veintitrés.

Negué con la cabeza, sabiendo que ella me diría algo como eso.

—Son veintitrés —afirmé—. Doce de tu parte y once de los míos. Porque nena, cuando estábamos pegados, cadera contra cadera, te sentí como una parte vital de mi cuerpo. Es imposible que vuelva a sentirme como una sola unidad nunca más, así como es imposible que vuelva a funcionar sin ti.

Ella me miró de una manera íntima y tierna.

Llevó su mano hacia mi mentón para acariciarlo. Se estiró en mi regazo para poder darme un beso en la boca, beso que profundicé sin ningún problema.

Su lengua y mi lengua jugaban entre ellas. El sabor de la manzana recién fresco en nuestra boca.

Noté que poco a poco la sábana se le iba deslizando del cuerpo, dejando al descubierto sus dos pechos.

Ella se pegó a mí mientras yo hacía lo que tanto quise hacer desde que entré a la habitación: lamí sus senos y presioné su cintura.

La sábana pronto dejó todo su cuerpo al descubierto, hasta que finalmente y de alguna forma, volví a estar dentro de ella.

—¿Entonces no vas a ir a mi apartamento? —pregunté exasperado— ¿Pero por qué?

—Ya te dije, hoy tengo una cena familiar. Mi tía está empeñada en que la realicemos una vez al mes.

—¿Y no puedes faltar? —mi voz se oía miserable. La quería en mi apartamento, no necesariamente para repetir lo que estuvimos haciendo las horas pasadas (aunque eso sería ideal); sino viendo por lo menos una película, o comiendo comida chatarra, o simplemente estando juntos. Desnudos. La necesitaba demasiado.

Anna se giró para verme mientras terminaba de arreglarse el cabello.

La ropa de Pam le quedaba bien, aunque esa falda estaba algo corta para mi gusto.

—No, no puedo faltar —me tomó de los hombros y se impulsó sobre sus pies para darme un corto beso en los labios—. Y deja de poner esa cara, tú me conseguiste la ropa, ahora no te enojes por cómo me queda.

Antes de que se retirara, la abracé por la cintura y no la dejé separarse de mí tan fácilmente.

—¿Y no puedo...?

—No, no puedes venir conmigo o esa cena se va a convertir en una guerra nuclear. Recuerda que estarán Marie y sus padres, además creo que invitaron a la abuela Rose y, para ella, yo no soy la persona favorita del mundo.

Esta vez gruñí enojado.

No sé qué me pasaba, solo sabía que quería estar pegado a Anna como si mi vida dependiera de ello.

La besé una vez más, fuerte y duro. Chocando nuestros dientes e involucrando nuestras lenguas.

—Se me hace tarde —se quejó contra mi boca.

No me importó. Puse mis manos en sus bonitas nalgas y la subí para que nuestras caderas quedaran a la misma altura. Ella suspiró y gemí mordiendo su oreja.

La besé de nuevo, devorando su boca y moviendo ligeramente mis caderas para que pudiera sentirme hasta el fondo.

—Adam... es tarde, llévame a casa... —dijo en un susurro. Lamí y mordí una última vez sus labios hinchados, y disfruté de ver la mirada perdida que había en sus ojos.

—Está bien. Pero mañana eres toda mía y no te comparto con nadie —accedí.

Ella asintió y sonrió.

—Ahora dilo —exigí suavemente. Quería escucharla diciendo exactamente esas palabras.

—¿Que diga el qué?

—Que eres toda mía y que no te comparto con nadie.

Necesitaba oírla decir eso. Nunca tuve una relación exclusiva; jamás me importó lo que hacían mis novias anteriores, me daba igual con quién salían o a qué se dedicaban. Pero con Anna era demasiado sobreprotector. Sólo con mi sobrina era de esa forma, y con Carlo, mi perro. Pero ambos pertenecieron una vez a mi hermano mayor. Ahora yo era quien cuidaba de ellos.

Muchas veces sentía que nada de lo que tenía me pertenecía, incluida Anna. Tal vez ella no lo sabía, pero necesitaba desesperadamente escucharla decir que era sólo mía, al menos por ahora.

—Adam —dijo ella aún en mis brazos—, debes estar ciego para no darte cuenta de que soy toda tuya y que nunca dejaría que me compartieras con nadie. ¿Estás feliz ahora, hombre de las cavernas?

Sonreí satisfactoriamente y volví a besarla.

Después de unos minutos de besuqueos, bajamos a la primera planta y salimos de la casa sin encontrarnos con Key.

Me costó sacar a Anna porque se negaba a dejar las sábanas sucias y tuvo que lavarlas en la bañera (bañera que, dicho sea de paso, no pudimos usar debido al tiempo). Además, ella no quería bajar porque le daba vergüenza que alguien la haya podido escuchar en el momento más íntimo. Pero sabía que era raro que pasaran por esa ala de la casa, por lo general los hermanos de Key siempre estaban viajando y sus padres jamás se encontraban.

Continuaba lloviendo cuando salimos. En un arrebato tomé la cintura de Anna y la cargué hacia el vehículo, oyéndola chillar y reír.

—Llámame cuando termines —le dije una vez que ambos nos subimos al auto. Puse la calefacción porque el frío empezaba a hacerse presente, y dejé que ella manipulara la radio a su antojo.

—No creo que pueda hacerlo —me informó después de encontrar la estación que quería, dejó sonando una canción de Bruno Mars—. Perdí mi teléfono. Es probable que se haya quedado en el taxi junto con mi bolso.

Fruncí el ceño.

—¿No lo tendrá el infeliz que te estaba manoseando en el coche?

Ella suspiró.

—¿Giulio? No lo creo. Él seguramente está hablando pestes de mí frente a mi jefa. Me va a tocar buscar un nuevo empleo.

—¿Quieres trabajar conmigo? —pregunté con diversión. Sabía que ella se frustraba demasiado queriendo desentrañar "mi lado misterioso", aunque yo tenía otro nombre para eso: "mi lado de mierda". Población invitada: cero. Era por eso que no quería arrastrar a Anna o a nadie conmigo.

—¿Trabajar contigo? —preguntó sospechosamente— ¿en qué?

—Bueno, en mi puesto de limpia parabrisas en los semáforos, también se necesita la ayuda de alguien que haga un pulido rápido.



Me golpeó en el brazo.

—Deja de jugar conmigo y ponte en marcha. Mi mamá debe estar desesperada llamándome porque no le gusta llegar de primero a esas cosas familiares.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo que mi nena pida, eso obtiene —le guiñé un ojo.

La vi sonrojarse y jugar con su cinturón de seguridad.

No habíamos vuelto a tocar el tema de la falta de condón y las probabilidades de que ese breve momento la pudiera haber dejado embarazada. Ella lucía nerviosa y presentía que era por algo más que haber tenido relaciones sexuales sin protección conmigo.

—¿Te ocurre algo? —pregunté mientras manejaba en la dirección que ella me indicaba—. ¿Estás bien? ¿No… no te lastimé, o sí?

—No, para nada. No es eso.

—¿Estás adolorida?

Su rostro se puso rojo. Era todo un placer verla sonrojarse.

Tomé una de sus manos y entrelacé sus dedos con los míos.

—Es un dolor que puedo soportar. Deja de preguntarme eso, es algo penoso —respondió con vergüenza.

—No lo es. Me preocupo por ti. No quiero que salgas lastimada por mi culpa, y te juro nena, que si Noah se nos adelanta, yo me haré cargo de los dos sin ningún problema.

Resopló. Al parecer lo que le dije no la tranquilizó.

—Adam, ya te dije que no estoy lista para tener un hijo. La próxima vez solo hay que ser más cuidadosos.

Sonreí, engreído.

—¿La próxima?

—Oh sí, muchas más. Eso fue… un experimento interesante —vi lo mucho que le costaba admitirlo. Su rostro se volvió rojo y desvió la mirada.

—Bien, ¿entonces qué es lo que tienes? ¿Qué ocurre?

—Es que… hoy pasó algo que me puso nerviosa… —admitió.

—¿Te refieres a nosotros dos, teniendo sexo?

Volvió a sonrojarse.

Sonreí sabiendo exactamente su reacción.

—Adam, deja de repetir que tú y yo lo hicimos.

—¿Hicimos qué? —la provoqué.

—Hicimos… eso.

—¿Eso? No entiendo —Sí lo entendía.

Ella resopló fuertemente, estaba más roja que antes. Pero solo imaginármela desnuda en esa cama, su piel sudada y los magníficos gemidos que salían de su boca, o cuando mordía mi hombro para evitar gritar… fue sexy. Ella era de naturaleza provocativa, no creía que lo supiera todavía.

Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para dejar de pensar en sus pezones rosados, y me concentré en el camino.

—Bien sabes de qué hablo. Deja de repetirlo, eres capaz de decirle a mi padre, pero te lo advierto Adam Tadeus Walker, que si él se da cuenta, tú vas a tener que

pagarle la hospitalización y el trasplante de corazón abierto. Además de eso, vas a tener que pagar tu propia hospitalización cuando acabe contigo.

Me reí en alto. Luego llevé nuestros dedos entrelazados juntos y los besé.

—No soy tan estúpido como para decirle a tu padre que su niña dejó de tener la virtud intacta gracias a un delincuente con el cuerpo tatuado. Ahora continúa con lo que estabas a punto de decirme.

—Oh, sí. Lo que pasó antes fue que me encontré con Mason —su voz subió unas octavas cuando mencionó el nombre del lame vacas. Lo llamaba lame vacas porque su boca se fruncía de una forma graciosa, hacia adelante, como si se estuviera preparando para lamer una polla. Su apodo original era lame pollas, pero Anna jamás me hubiera permitido decir eso frente a ella o frente a alguien más. En un arrebato lo llamé lame vacas.

—¿Por qué te encontraste a ese idiota? —pregunté de repente furioso. Había algo incorrecto en ese tipo; algo sucio debajo de toda esa mierda limpia y pulcra que trataba de aparentar. Era como Eder, el novio de Marie, siempre con sus camisas polo y con sus pantalones bien planchados.

Ningún pelo fuera de lugar. Eso me decía que debajo de ese sujeto demasiado sincronizado y ordenado, se escondía su verdadera personalidad. Un día, mientras me escondía en la habitación de Anna, lo vi sentado en el sofá de la sala, analizando detenidamente la imagen de un hombre montado a caballo, anunciando algún tipo de cigarrillo en una revista.

Apostaría lo que fuera a que Eder era gay, ningún chico normal se ponía una capa de esmalte en las uñas. Sí, las noté.

A mi lado, Anna se puso muy nerviosa.

Su pie comenzó a moverse de arriba abajo.

—Es que él… él…

—¿Qué hizo ese lame bolas? —Mmm, lame bolas era un apodo tan bueno como lame pollas.

Soy un jodido genio.

—Creo que él me ha estado siguiendo.

—¿Por qué crees que te ha estado siguiendo?

No me gustaba cómo se escuchaba esto.

—Hace unos días me mandó un vestido blanco y otras cosas. Hoy fui a buscar a Giulio a su hotel y...

—Espera, espera —¿Había oído bien?—¿Fuiste a buscar a ese tipo a su hotel? ¿Acaso no eres consciente del peligro que corres? Él pudo tranquilamente haberte encerrado en su habitación y retenerte hasta que le diera la gana.

—Adam, déjame terminar. Para ya de regañarme. Fui por Giulio porque Laura me pidió el favor de mostrarle la ciudad, él es italiano y es el hijastro de ella. Yo solo...

—¿Y tu jefa le pide a su empleada, una completa desconocida para su hijastro, mostrarle la ciudad? Si quería conocerla solo tenía que contratar algún paquete de turismo. Esa mujer no me agrada y pienso decírselo.

—Por favor no te pongas así. Y no vayas a decirle cualquier cosa a mi jefa. Pronto comienzo la universidad y ella es la única que aceptaría que trabajara medio tiempo con mi sueldo completo.

Suspiré y fundí mis dedos con el volante, hasta hacerlos uno.

—De acuerdo, déjame ver si entiendo: el imbécil lame po... vacas, te está acosando. ¿Mientras tanto el italiano manos largas te estaba repasando con su lengua en un taxi?

Por esto era que no quería caer enamorado de nadie, los celos, ¡los jodidos celos! Dominaban mi cuerpo entero, me hacían parecer un perro territorial, solo me faltaba hacer un círculo de orina a su alrededor para indicarles al resto de perros que ella era mía.

—Solo recuerda una cosa, Anna —le advertí— antes de ir a besarte con cualquiera: soy un loco de los celos. La locura viene de familia, podría cometer cualquier delito solo por dejarle saber a los demás que eres mi chica, no de ellos.

Ella suspiró, entonces enarcó una ceja y me sonrió divertida.

—Tranquilo, tigre, si no te relajas, tu piel comenzara a ponerse verde y pronto estarás rugiendo y destrozando la ciudad.

—Y aun así te seguiría causando mariposas en el estómago.

—¿Mariposas? Nop. Lo que tú provocas no son mariposas, son terremotos de alto grado que causan daño a mi sistema nervioso —dijo, con sus ojos puestos en la ventana del auto.

Detuve repentinamente el vehículo, estacionándome en la orilla de la calle. Ella miró a su alrededor, seguramente pensando en que había parado porque llegamos a la dirección que me dio. Pero no, lo cierto era que quería hacer otra cosa.

—¿Qué pasa? —me preguntó, sus ojos grises lucían temerosos— ¿Por qué nos detenemos? ¿Dije algo malo? ¿Vas a echarme de nuevo?

Detuve mi mano de avanzar hacia su mentón.

Era eso. Ella tenía miedo de que la volviera a sacar de la forma en la que lo había hecho antes.

Yo era un estúpido.

—No, nena, no es eso —tragué saliva— soy un hijo de perra, ¿verdad? Me porté como un idiota contigo. Lo siento.

Llevé su mano a mi boca y la besé suavemente.

—Si no es eso, ¿qué ocurre entonces? —preguntó.

Suspiré.

—Solo quería devorar tu boca —admití sinceramente— te ves deliciosamente comestible en cada segundo del día. Estar a tu alrededor es como permanecer en estado de calentura constante; y siendo como soy, lo estoy echando todo a perder.

—Y siendo como eres, también sabes cómo arreglarlo —me tranquilizó ella.

—Ahora, dejando mis celos atrás, cuéntame más de lo que te está haciendo ese idiota.

Ya conocía la dirección de su casa, le daría una paliza que nunca iba a olvidar.

¡Por favor! Yo peleaba todo el tiempo con mi hermano cuando éramos niños, sé cómo dejar a un sujeto doblado en el piso.

—No sé qué le ocurre a Mason, él no era así. Él nunca intentó sobrepasarse conmigo cuando fuimos novios... Bueno, siempre se sobrepasaba pero jamás intentó obtener algo a la fuerza...

—¿Qué? —la interrumpí. Sentí que mis dientes se apretaban con fuerza—¿Qué es lo que acabas de decirme?

Respiré ruidosamente.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó ella, entrando en pánico.

Puse el motor del auto en marcha, y aceleré a pesar de que no quería dejar tan pronto a Anna con los lobos de su familia.

—¡Adam! —chilló, sujetándose del asiento cuando notó que la velocidad aumentaba.

—Voy a matar a ese jodido lame vacas. Lo voy a desmembrar y haré que se coma sus propias bolas. Una por una, si es que ese imbécil las tiene.

—¿De qué hablas? Digo, de verdad no te estoy deteniendo de darle una paliza, pero por favor, si le causas algún daño permanente, el perjudicado vas a ser tú, puedes terminar en la cárcel.

—No me importa. Dime qué intentó hacer contigo. ¿Te forzó a algo?

—Pues...

—Anna —la miré mientras intentaba ver el camino a través de la lluvia— no me mientas y no lo protejas.

—Sí, intentó propasarse conmigo, pero su tío lo descubrió a tiempo antes de que las cosas se salieran de control —dijo finalmente ella.

—¿Cuándo ocurrió esto, y por qué cojones no me dijiste nada?

—No te lo dije porque pasó el mismo día que terminamos.

Un nudo se formó en mi garganta al recordar ese día.

Le dije que haría todo lo que estuviera a mi alcance para que me odiara. Tal vez, después de todo, debí de seguir con el plan original. Ella estaría mejor sin mí.

—Aun así, hubieras venido a mí y yo te hubiera ayudado.

La vi fruncir el ceño y morderse el labio, pensativa.

—Tú ni siquiera me querías en tu apartamento, ¿cómo hubiera podido contarte todo lo que te estoy contando ahora si ni siquiera me dejabas atravesar la puerta?

—Soy un estúpido. No te merezco y probablemente nunca lo haga, pero nena, el error que cometí al dejarte fue la mayor estupidez que he cometido —le dije.

—Por favor deja de decir cosas como esa.

—¿No quieres que vuelva a disculparme?

—No me refería a eso. Deja de decir que no me mereces.

Oh, mi dulce, inocente y hermosa Anna. Me regaló su virginidad y yo ni siquiera era la persona que ella creía.

Si tan solo supiera la clase de hombre en la que me había convertido, ella jamás se me hubiera acercado, me evitaría a toda costa. Una vez le dije que yo era peor que un virus ébola, ahora me consideraba a mi mismo peor que la lepra.

—Lamento decírtelo pero es cierto. Si supieras quien es Adam Walker no estarías tan tranquila, sentada a mi lado.

—Sé quién es Adam Walker. Es la persona tierna y amorosa que me hizo el amor lenta y deliciosamente hace unas horas. Es el chico de celos adorables y actitud protectora que detuvo sus impulsos solo para ponerse un condón. Eres ese Adam que mataría al que mirara mal a tu sobrina, y que amas incondicionalmente a tu abuela. ¿Qué Adam crees que eres en realidad? Porque yo veo uno diferente al que tú ves, yo veo al real.

—¿Sabes? Podría besarte justo ahora —le dije, ella se ganaba un pedazo de mi corazón cada vez que decía esas cosas. No, olvida eso, ella era la dueña absoluta y completa, le pertenecía todo lo que yo era, no solo mi corazón.

Ella sonrió y se lamió los labios.

—Pero en serio, Adam, ¿podrías explicarme de una vez por todas el por qué no te merezco?

Evité su mirada y traté en vano de escuchar la música que sonaba a un nivel más bajo.

—Adam —Anna puso su mano sobre la mía— ¿acaso no confías en mí?

—Confío en ti con mi vida.

—¿Entonces por qué no quieres ser sincero conmigo?

—Porque me avergüenza que lo sepas.

Ella frunció el ceño.

—Oh, por favor, no me digas que eres casado y que tienes una familia secreta.

—No.

—Tampoco me digas que sigues una de esas religiones polígamas y que me quieres convertir en tu sexta esposa.

Reí un poco.

—No. Nena, deja de especular.

—Es que si nunca me vas a decir la razón, al menos tengo que adivinar de alguna manera.

Detuve el auto frente al complejo donde vivían los padres de Marie, pero Anna ni siquiera se dio cuenta de que ya habíamos llegado. Estaba pensativa y sus ojos se entrecerraban mientras intentaba averiguar qué rayos le estaba escondiendo.

—¿Eres bailarín exótico de noche, y de día practicas ballet? —siguió diciendo— ¿no? Bueno, entonces ¿no me digas que tienes la extraña obsesión de coleccionar uñas y hacer esculturas con ellas?

—No estás ni siquiera cerca —me desabroché el cinturón de seguridad y me acerqué a ella para darle un beso en la frente— ya llegamos.

—¿Y me vas a dejar así? ¿Con la curiosidad encendida?

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué te parece si paso a recogerte más tarde y te cuento todo?

—¿Toda la verdad?

—Absolutamente, pero pasarás la noche conmigo —sabía que este día llegaría. Si después de lo que iba a decirle ella quería dejarme, yo no iba a retenerla, se merecía a alguien menos complicado que yo.

—Está bien. Pero tendría que decirle a mi papá que estaré en casa de Rita.

—Bien, pequeña mentirosa. Ve adentro y, hazme un favor, patea el trasero de Marie si intenta ponerse demasiado ruda contigo.

Sin dejarla decir otra cosa más, atraje su cara a la mía y la besé de forma hambrienta.

Metí mi lengua dentro de su boca, lamiendo sus labios y jugando con su lengua. Saboreando el sabor de la última manzana que comimos antes de irnos de casa de Key.

En mis ansias, desabroché su cinturón y la tomé de su bello trasero para subirla a mis piernas, sin romper el beso.

Como su falda era demasiado ceñida y pegada al cuerpo, se me dificultó tenerla a horcajadas. Lentamente le subí la tela hasta la cintura y dejé que apoyara las rodillas en el asiento, regalándome así la vista de las bragas color rojo que le había conseguido.

Me puse a lamer su cuello, dejando besitos y bajando poco a poco la manga de su blusa con los dientes, besando, lamiendo y mordiendo su piel sensible.

De pronto sentí su pelvis buscando la mía, gruñí con gusto, encendiéndome más de lo que ya estaba.

—Estamos empañando los vidrios —le dije con orgullo, siempre quise empañar los vidrios con alguien importante.

Anna abrió los ojos y vio a su alrededor, como recordando que estábamos aun dentro del auto. Detuvo su pelvis y puso sus manos en mis hombros, separándose un poco para verme a la cara. Tenía una mirada graciosa.

—Los vidrios están polarizados —dijo examinándolos detenidamente.

Pasó una mano por uno de ellos, deslizándola hasta abajo.

—Sí nena. ¿Quieres continuar empañándolos?

Dibujó una carita feliz en el vidrio y sonrió al notar que yo esperaba su respuesta lo más seriamente posible.

—Será mejor que me vaya. Voy demasiado atrasada para la cena; seguramente me perdí la famosa ensalada con almendras que hace mi tía —rodó los ojos.

Me dio un último beso en la boca, y se bajó de mi regazo, acomodando todo lo posible su falda.

—Te llamo desde el celular de mi mamá cuando salga. Te quiero.

Salió en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera pude despedirme apropiadamente, y tampoco pude gritarle lo mucho que la amaba.

En serio, yo amaba a esa mujer.

La vi correr bajo la lluvia, protegiéndose el cabello con las manos. ¿Por qué todas las mujeres hacían eso? Nunca vi a un hombre resoplar porque se mojara el pelo.

Anna estaba a punto de ponerse frente a la puerta, pero aparté mis ojos de ella cuando una llamada entró a mi celular.

Conocía el número, mi identificador de llamadas la tenía etiquetada como Nancy, y sabiendo lo terca que era, nunca dejaría de llamar hasta que le contestara.

—¿Sí?

—¿Adam? ¡Por fin me recibes las llamadas! He tratado de localizarte todo el día.

—¿Qué quieres, Nancy?

—Es tu hermano. Hoy mordió a tres enfermeros que intentaron sujetarle las manos, y no ha querido tomar sus medicinas hasta que no vengas a verlo. Nos dice que quiere hablar contigo. Estoy algo desesperada por aquí.

Nancy era la enfermera de Aarón, mi hermano, llevaba toda la semana fastidiando para que fuera a visitarlo.

Pero ni ella ni nadie entendían mis razones para evitar verlo el mayor tiempo posible.

—Ustedes son gente capacitada, ¿cómo es que entre todos no pueden darle una pastilla?

La oí resoplar.

—¿Una? Él toma más de tres diarias. Está insoportable, incomoda a los otros pacientes y sabes que puede ser sancionado y lo enviaremos a otro centro de rehabilitación. Lejos, donde no te conviene. Por favor ven lo más pronto posible, si puedes, pasa por aquí mañana.

Suspiré con disgusto.

Desvié mis ojos en donde segundos atrás vi a Anna correr. Ya había entrado y solo la lluvia era visible en este punto.

—Está bien, estaré ahí mañana. Llevaré a alguien conmigo así que dame un pase para ella también.

—¿Es una ella? Mjmm, nuestro pequeño Adam está sentando cabeza.

—Nancy…

—Bien, dame sus datos y yo la registro como visitante.

Y así hice, platiqué un poco más con Nancy y me contó acerca del raro gesto que tuvo su esposo el otro día cuando le dio un ramo con flores de papel. Traté de oírla atentamente mientras me marchaba para ver a la abuela y a Nicole.

Nancy era de las personas que si las dejabas, podrían hablarte por horas y nunca cansarse.

La dejé continuar, contándole también un poco sobre Anna y lo tonto que me había portado últimamente.

—¿La abandonaste en la calle? —me gritó cuando llegué a la parte de hace unas horas—. Tienes que hacer más que fabricarle flores de papel, ¡tienes que comprarle flores verdaderas! Muchas. Y nada de esas comunes rosas rojas, ella merece algo exótico, que te haya hecho sudar el culo para conseguirle solo lo mejor.

—Wow, cuida tu lenguaje, nadie quiere una enfermera bocona.

Ella se puso a gruñirme y a darme consejos sobre cómo hacer que una chica me perdonara, y todas sus ideas incluían flores.

Finalmente colgó, justo a tiempo cuando llegué a la casa que alquilaba para la abuela. Estaba a veinte minutos de la ciudad. Escondida y anónima, oculta de los ojos curiosos.

Cuando bajé del auto, el primero en saludarme fue Carlo, lo traía para que pasara los fines de semana y luego lo llevaba devuelta a mi apartamento. No podía dejarlo a vivir permanentemente aquí porque la abuela no era muy amante de los animales como lo éramos mi sobrina y yo.

—¡Tío Adam! —la niña salió en mi encuentro y yo la tomé de la cintura para cargarla y darle vueltas.

—Sobrina piraña —le di besitos en el cachete con las cicatrices—. ¿Cómo estuvo tu día?

—Bien —respondió ella, divertida— ¿Y Anna? ¿No viene contigo?

Se puso a rebuscar por sobre mi hombro.

—No, pero ella vendrá después. ¿Ya comiste?

Asintió con la cabeza.

—Le tenía un regalo a tu novia —hizo un puchero y se puso a rebuscar algo en el bolsillo de sus shorts.

—Hoy aprendí a hacer éstas —sacó un puñado de estrellas hechas de papel—. Las hice yo solita. La abuela me compró papel de colores y marcadores para decorarlas.

—Que bueno. ¿Qué te parece si las ponemos en una botella y las guardas para dárselas a Anna cuando la veas?

—De acuerdo —intentó bajarse de mis brazos, y corrió hacia el interior de la casa—. ¡Ven tío Adam, hoy quiero que te aprendas una canción para que la cantes conmigo!

Rodé los ojos mientras ella no se daba cuenta, otra canción más e iba a sufrir una muerte por música pop.

Pero adoraba hacer feliz a la piraña y sabía que ella amaba cantar canciones en karaoke, la había aislado del resto del mundo para que nadie con malas intensiones le fuera a hacer daño, pero era en momentos como éste, en los que notaba la falta que le hacía no tener amigos de su edad.

Pasé cantando con Nicole hasta aprenderme la nueva canción que pensaba, definitivamente, cantársela a Anna hasta que se riera y perdonara toda mi estupidez. Así que cuando un número desconocido me llamó unas horas más tarde, supuse que sería ella con el celular de su madre. Lo primero que dije, o más bien canté, fue:

—*Ups I did it again, I played with your heart…*—me reí en el teléfono— ¿Qué opinas de la nueva canción que me sé?

Del otro lado de la línea había silencio.

—Mmm, ¿Adam? —Oh mierda. No era Anna. Pero sí era la voz de su madre.

—¿Sí? —me puse más serio y me aclaré la garganta.

—¿Tú estabas cantando?

—Pues…

—No me lo digas. Solo te llamaba para preguntarte si Anna estaba contigo.

—¿Anna? No. La dejé hace unas horas frente a la casa de su tía. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿Estás seguro que la dejaste allí?

—Completamente seguro. Me estoy preocupando, ¿qué sucede?

—Querido, ella nunca se presentó en la cena.

CAPÍTULO 25

Juguemos a perseguir al ratón

Había cientos de hormigas caminando por mi brazo derecho.

Las podía sentir a todas mientras subían y bajaban sin piedad; algunas incluso llegaban a morder mi piel. Entonces se volvió demasiado difícil seguir durmiendo y tuve que abrir los ojos.

Lo primero que noté fue que mi cara estaba hundida contra un suave colchón, enterrada entre sábanas de color celeste.

Lo segundo en que me fijé fue que las famosas hormigas que sentí durante mi sueño, eran pequeños calambres que me perforaban el brazo ya que había caído dormida sobre él. Me dolía todo el cuerpo, especialmente el vientre y mi zona íntima.

También me dolían los músculos de las piernas y de los brazos, era como si hubiera estado haciendo una mini maratón de ejercicio todo el día.

Me estiré un poco en la cama, haciendo que la sábana se arrugara y se pegara contra mi muslo, fue allí cuando noté la gran mancha roja que tenía ésta.

Me erguí en mi lugar, recordando repentinamente todo lo sucedido en las horas pasadas.

Adam. Yo. Juntos en la cama.

Miré con vergüenza la mancha que difícilmente saldría si no corría a lavarla pronto.

En ese momento, Adam decidió hacer acto de presencia.

Llevaba dos manzanas en la mano, junto con un jarro de cristal lleno de agua.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado al verme despierta— ¿Qué es?

La vergüenza me carcomía lentamente.

Intenté tapar lo mejor que pude las sábanas, pero tarde o temprano se iba a dar cuenta. Mejor decirle yo misma.

—Yo… creo que manché las sábanas.

Que se abra un hoyo en el suelo y me trague. O mejor, que se abra un portal a otra dimensión y me absorba.

—Tranquila —susurró él, se acercó hacia mí y me besó en la frente no sin antes envolverme en sus brazos— te traje pastillas por si dolía. Y algo de comida.

Más vergüenza. No sé por qué la pena, digo, lo acababa de ver desnudo y él también me vio desnuda a mí, hasta hace poco terminó de moverse dentro de mí, pero aquí estaba yo, avergonzada al máximo y sin saber qué decir.

—Come —me presionó con la manzana.

La tomé y le di una buena mordida. Pero yo seguía viendo la mancha que era un recordatorio de mi virginidad perdida.

—Prometo limpiarlas. Relájate —me dijo él. Finalmente asentí y estuve de acuerdo.

Ambos nos envolvimos en un abrazo y dejé que su piel se pusiera en contacto con la mía.

Me sentía tan maravillosamente adolorida.

Definitivamente iba a repetir esto con él… Y media hora después lo estábamos repitiendo.

Lo disfruté un poco más esta vez, pero aún le costaba a mi cuerpo acostumbrarse. Con algo de práctica lo iba a superar rápido.

—Nena —murmuró Adam en mi oído, aún seguíamos unidos por las caderas y él continuaba moviéndose de arriba a abajo. Mi pelvis también se encontraba con la suya en cada embestida.

Bajó su ritmo para seguir hablándome al oído:

—Ya conté bien los lunares —dijo con dificultad. Tenía aprisionadas mis manos, sujetas más allá de mi cabeza. Mi espalda comenzaba a arquearse y gotas de sudor se deslizaban entre nuestros cuerpos—. No son veintitrés como te había dicho.

—¿Ah?

Continuó con el torturador ritmo lento.

—Son veintidós. Uno era una mancha de chocolate.

Bajó su cabeza hacia donde estaba mi corazón y lamió mi piel.

Yo gemí de gusto.

—Creo que la próxima vez sería bueno involucrarlo —continuó—. Al chocolate, me refiero.

Una de sus manos, que retenía a las mías, se deslizó por el costado de mi cuerpo, bajando por mi pecho en donde se quedó masajeando uno de mis senos, luego continuó con el recorrido hasta llegar a mi trasero y lo apretó con fuerza, moviéndolo a su antojo. Sentí cómo encajaban nuestras partes juntas.

—Aquí, así se sentirá mejor —pronunció él apretando mi trasero a su ritmo.

Detuve mis movimientos, me agarré a la sábana y arqueé imposiblemente la espalda.

Mi boca se abrió pero yo estaba perdida. Eché hacia atrás la cabeza y dejé que Adam se encargara de la situación.

—¿Duele? —preguntó después de unos segundos. En su frente se formó una capa de sudor.

Oh sí, dolía. Pero era esa clase de dolor que venía acompañado por una recompensa. Casi ni podías sentirlo en medio de ese mar de sensaciones que abrumaban por todas partes.

—Delicioso —logré murmurar finalmente. Apenas y podía comunicarme en monosílabos o vocales, así que fue todo un logro gruñir una palabra completa.

Su mano seguía moviendo mi trasero en círculos, sentía que iba a explotar repentinamente.

Me aferré aún más a la sábana y gemí sin ningún control o filtro de lo que saliera de mi boca.

Jodidamente delicioso.

Después de varios minutos logramos separarnos; estaba cansada, con hambre y me sentía gruñona porque no pudimos seguir así por más tiempo gracias a la estúpida cena a la que tenía que ir puntual. Lo hacía únicamente por mi mamá.

Me levanté de la cama, envolviendo la sábana alrededor de mi cuerpo y haciendo todo lo posible por tapar la mancha de sangre. Adam se sentó en la orilla, viéndome con diversión y algo de lujuria en sus ojos verdes. Abrió las piernas y apoyó sus manos sobre la cama.

—Ven aquí —me dijo. Se rió de mi intento por cubrirme los pechos. La sábana siempre se deslizaba—. No te cubras, te ves hermosa vestida pero me encanta cuando no tienes nada puesto.

Me ruboricé y avancé lentamente hacia él. Encontré sitio entre sus piernas abiertas, y él rápidamente no perdió tiempo quitándome la sábana. Me di cuenta que no solo la sábana estaba manchada de sangre, también lo estaba Adam, y obviamente tenía que estarlo yo.

Me encontraba bastante avergonzada como para pensar en otra cosa.

—Hey, mírame —me tomó del mentón y me obligó a mirarlo a los ojos—. Basta de sentir vergüenza.

Asentí débilmente con la cabeza, él llevó sus labios a los míos y pronto estuve sentada sobre sus piernas.

Su lengua le daba atrevidas caricias a la mía, su mano subía y bajaba tocando todo mi cuerpo. Fue un beso que me encendió increíblemente rápido. Pero no había tiempo para más, de verdad tenía que irme.

Logré separarme un poco de su boca y disfruté oír el gruñido irritado que dio cuando en su lugar buscó mi cuello.

—Adam, ya se me hace tarde. Me voy a duchar y espero que me lleves a casa de mi tía.

—Mmm sí, es buena idea. Ducha —se levantó aun cargando conmigo y yo chillé sujetándome a su cuello.

—¡No seas tonto! Me voy a bañar sola, si entras conmigo ninguno de los dos va a querer salir después.

Él detuvo las atenciones que seguía dándole a mi cuello, y me miró con sus ojos confundidos.

—¿No nos vamos a bañar juntos?

Negué con la cabeza.

Me mordí el labio, era como estar viendo a un niño pequeño cuando le dices que no puede tener lo que quiere. Se miraba perdido.

Me bajé de sus brazos y le di un último beso, me encerré en el baño y pronto recordé las sábanas. Abrí un poco la puerta sólo para encontrar a Adam, desnudo, viendo hacia donde yo me encontraba.

—¿Cambiaste de opinión? —su mirada era esperanzadora cuando me lo preguntó.

Negué con la cabeza.

—Pásame la sábana —dije sin ruborizarme esta vez.

Él rodó los ojos pero hizo como le pedí.

Finalmente bajamos y nos fuimos de casa de Key. Me iba a morir de la pena si tenía que verlo después de lo que habíamos hecho en uno de los cuartos de su casa, pero al final todo salió bien.

Mientras bajaba del auto, después de nuestro viaje de media hora en el que sucedió de todo, me puse feliz. Finalmente Adam se abriría a mí y me contaría lo que tanto parecía atormentarlo desde hace años. Pero lo entendía, Christian Grey se tardó quinientas páginas para decirle a Anastasia que su madre consumía crack, y tomó cerca de dos libros contarle la razón del por qué le gustaban las morenas y no las rubias.

Le daría un poco más de tiempo a Adam, aunque no entendía muy bien qué era lo que quería explicarme si, con todo y sus complicaciones, nunca cambiaría ni una sola cosa de él.

En mi cara había una gran y enorme sonrisa que parecía no caber dentro de mi rostro. Pensé que la sonrisa no se borraría con nada de lo que sucediera esta noche en la cena, en casa de mi tía. Pero estaba equivocada.

Mi sonrisa murió cuando lo vi a él, escondido detrás de una pared falsa que ocultaba a toda una plantación de margaritas.

No puede ser. No puede ser. No puede ser.

Revisé dos veces para ver si mis ojos no me estaban jugando una mala pasada.

No.

Estaban bien. De verdad había un chico de cabello marrón y ojos café esperándome cerca de la puerta de entrada. No pude verlo desde el auto de Adam ya que se estaba escondiendo, pero cuando me acerqué lo suficiente, pude distinguirlo a la perfección.

Se encontraba ahí, bajo la lluvia, esperándome.

Sabía que era yo a quien buscaba porque sus ojos se agrandaron con placer no disimulado al verme.

—¿Qué haces aquí? —dejé escapar. Quería girarme para ver si el auto de Adam seguía en el mismo lugar. Desde ya estaba arrepentida por haberme ido de la seguridad y confort que me ofrecieron sus brazos.

—Vine a buscarte.

—¿Cómo sabes que me iba a encontrar aquí? —pregunté algo nerviosa.

Giulio se encogió de hombros y se retiró el flequillo de la frente con una mano.

—Dejaste esto en el taxi —Levantó mi teléfono celular y lo sacudió un poco para probar su punto—. Tu madre te ha llamado treinta y cinco veces y te ha dejado cerca de veinte mensajes de texto ordenándote aparecer en esta dirección. Yo solo vine para devolvértelo.

Me acerqué, uniéndome a él detrás de la pared.

—Gracias. Oye, lamento lo de esta tarde. De verdad estoy muy avergonzada por todo lo que...

—No, no. Olvídalo. No hay problema —me sonrió, mostrando sus hoyuelos y restándole importancia al asunto—. Veo que todo salió bien al final.

Con sus ojos me repasó de los pies a la cabeza.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando noté que él se quedaba viendo fijamente entre mis piernas. Por un momento me alarmé, pensando que podía adivinar qué estuve haciendo las horas pasadas, pero rápidamente habló:

—Traes ropa diferente. Te ves hermosa con lo que sea que te pongas.

Se me secó la boca intentando hablar.

—Mira, Giulio, yo no sé qué te haya dicho Laura de mí pero no soy quien crees. Yo tengo novio. Él puede ser exasperante algunas veces, y algo cabezón en otras ocasiones pero...

Giulio me dedicó una pequeña sonrisa, encontrándome divertida repentinamente.

—Lo entiendo. Aunque no te voy a pedir disculpas por la forma en la que te besé, lo disfruté mucho. En cambio sí pido disculpas por no disimular la atracción que siento por ti.

Me tomó por sorpresa lo que dijo.

—Te ruborizas de manera adorable, *ragazza*.

Agaché la cabeza y fruncí el ceño.

—Bien. Será mejor que vuelva —me disculpé antes de que el asunto se pusiera más extraño—. Voy tarde para la cena y necesito estar allí.

—De acuerdo, de acuerdo. Toma tu teléfono.

Extendió su mano y me lo entregó con delicadeza.

—Gracias. ¿No viste de casualidad mi bolso?

Él negó con la cabeza, desviando la vista hacia mis labios.

Esto era muy incómodo, jamás alguien había tenido el descaro de desnudarme con la vista como lo había hecho él... o Cliff, mi antiguo jefe. O Adam en más de una ocasión, pero con él era distinto.

—¿Me haces un favor? —preguntó Giulio.

—Claro.

—¿Puedes darle la dirección de mi hotel al taxista? Está esperándome en la siguiente calle y yo olvidé completamente dónde me estoy quedando.

Sonreí y asentí alegremente. Comencé a seguirlo cuando caminó por el lateral de la casa de mi tía y nos resguardamos de la lluvia bajo el alero del techo.

—Tengo una pregunta —hablé mientras caminábamos por el patio, todas las ventanas que pasábamos estaban cubiertas por las cortinas, pero fui capaz de escuchar la voz de mi madre provenir cerca de la cocina. Ella estaba discutiendo algo sobre mi papá.

—¿Qué quieres preguntarme? —dijo Giulio.

Regresé mi atención a él y recordé lo que segundos antes iba a decirle.

—Quería saber por qué estás quedándote en un hotel y no en casa de Laura.

—¿Quién?

—Tú. ¿En casa de Laura?

—Oh, sí. Es que no quería incomodarla. Además, me siento mejor atendido en los hoteles.

—Oh.

—Oye, ¿quieres ir a tomar algo conmigo? Pasé por un bonito bar de camino aquí. ¿Qué dices? ¿Me acompañas?

—Es que no puedo —me excuse—. De verdad tengo que estar en esa cena esta noche o mi madre es capaz de atormentarme hasta en mis sueños.

—Por favor. Prometo no morder… mucho.

Tragué saliva.

—Yo creo que lo mejor será que lo dejemos para otra ocasión. Lo siento.

—Es una lástima. Si hubieras dicho que sí, no me vería en esta situación.

—¿En cuál situación? —Nos detuvimos en el patio trasero, la lluvia ya no molestaba tanto como antes y habíamos dejado un poco atrás la casa.

Un viento frío se coló por mis huesos.

Giulio se paró demasiado cerca de mí, rompiendo mi espacio personal.

Yo retrocedí pero él fue rápido en tomarme de la cintura para evitar que me fuera.

—En esta situación —habló él en mi oído. Entonces pasó su lengua a lo largo de mi mejilla.

—¡Giulio! —grité intentando zafarme de sus brazos, logré separarme lo suficiente como para limpiarme la mejilla— ¡Yo no soy esa clase de chica que piensas! Tengo novio. ¿Qué crees que haces?

—¿Sabes qué? Estoy cansado que me llames Giulio. Ese no es mi nombre.

—¿Qué?

En algún lugar de mi subconsciente había una personita gritándome que corriera y huyera de él. Pero entré en pánico y me paralicé.

—Que.mi.nombre.no.es.Giulio. —me tomó del brazo y comenzó a arrastrarme hacia la bodega abandonada que había en casa de mi tía. Ni siquiera supe cómo reaccionar porque en un momento estaba frente al NO Giulio, y al siguiente estaba Mason esperándonos en la puerta de la bodega.

Ay no, ay no ay no, ay no.

—Me llamo Dante.

—¿Cómo es posible que conozcas a Laura? —de todas las preguntas, hice la más estúpida en una situación así.

Debería estar gritando, corriendo y huyendo de este par, pero continuaba en shock.

Mason me sonrió una vez que estuve a su alcance.

—Lo siento por lo que sea que te haya dicho este idiota —dijo él, señaló a Giulio… Dante—. Pero es que es muy difícil llamar tu atención, preciosa.

Para cuando mis piernas funcionaban, era demasiado tarde. Una mano se deslizó por mi rostro y me tapó la boca.

Pronto sentí a alguien empujándome hacia la bodega, cerraron la puerta detrás de mí, dejándome en completa oscuridad, pero duró aproximadamente unos

segundos ya que la luz se encendió iluminándolo todo. Como a Marie que estaba parada cerca del interruptor.

Había caído en el suelo así que lentamente me puse de pie, mirando fijamente a mi prima con su cabello naranja, sonriéndome como si conociera un secreto que yo no.

—¿Qué están haciendo los tres juntos? —tartamudeé.

Ellos hicieron un semicírculo a mí alrededor.

Miré a Mason, a Giulio (o como sea que se llame) y a Marie.

Pero fue esta última quien respondió por todos:

—Nosotros solo queremos jugar este juego que se llama persigue al ratón.

Mis pies automáticamente retrocedieron un poco.

—¿Y adivina qué? —pronunció Marie—. Tú eres el ratón.

—¿Estás bromeando? No es divertido. Me voy de aquí.

—No es una broma. Mason te tiene ganas desde hace mucho tiempo —continuó diciendo ella—, ¿le vas a negar al hombre una follada?

Mis rodillas temblaron un poco.

Disimuladamente busqué la manera de poder salir pero Giulio tapaba la única puerta de entrada y salida.

Recordé que todavía tenía mi teléfono en la mano, bajé la vista para intentar una llamada rápida. Antes de poder terminar de formular mi idea, Mason ya estaba arrebatándome el celular y lo lanzó contra la pared, haciendo que la pantalla se pusiera negra.

—Nada de llamadas. No queremos gente entrometida —me dijo—. Ahora, si no les molesta, no quiero público aquí.

Marie se rió en voz alta.

—Mason, si te dejamos solo con Anna, ella es capaz de patearte en las bolas antes de que llegues a quitarte los pantalones. Deja que Dante se encargué, él tiene experiencia atando y amordazando de buena manera.

Ella le guiñó un ojo y le dio una palmadita en el trasero.

Oh Dios, Marie salía con él. Era más que obvio.

Mi corazón palpitó más rápido de lo que ya estaba palpitando.

Tenía miedo.

Verdaderamente estaba muy asustada. Ellos eran tres, y yo sólo era… yo.

—No entiendo —balbuceé de manera nerviosa—, ¿cómo se conocen?

—Yo conocí a Dante en navidad —respondió Marie—. Él vino esta semana al país y le pedí el favor de hacerse pasar por el hijo de tu jefa mientras Mason distraía al Giulio real.

—¿Cómo sabías que mi jefa me pidió ver a su hijastro? —aun no le encontraba lógica.

—Mason te vigila como un halcón. El tipo está realmente obsesionado contigo, y fue él quien se enteró gracias a una chica regordeta que trabaja contigo. Sé que no debería estar diciéndote esto pero, aun cuando Mason estaba en la cama conmigo, decía tu nombre en voz alta cada vez que culminaba.

Retrocedí asustada hasta dar con una pared. Cuando quise moverme, alguien me retuvo de los brazos. Fue ahí cuando supe que no era contra una pared que había chocado, era contra el italiano que se hizo pasar por el verdadero Giulio.

—¡Mierda! Marie cierra la boca —gritó Mason.

—Ups, supongo que esto es mucho para los oídos virginales de Anna.

—Ni tanto —respondió él en tono acusador. Yo solo podía quedarme parada como una idiota mientras los veía intercambiar comentarios.

—¿Qué hiciste esas tres horas en esa casa lujosa a la que Adam te llevó? —me reclamó él de repente—. ¿Y en su auto? Cuando pasé hace unos minutos atrás, tenían los vidrios empañados.

Mieeeeeeeeeeeeeerda.

Mason se acercó hacia mí y yo no pude retroceder o moverme ya que Dante me tenía agarrada y sujeta en mi lugar. Cuando Mason estuvo delante de mí, me tomó de las caderas y las pegó contra las suyas.

—Responde Anna.

—Uuuu —se burló Marie, ella se había sentado en una gran mesa de madera que estaba en el centro de la bodega—. Con que Mason salió un amante celoso. Y Anna, ¿verdad que Adam es todo un semental en la cama? Oh, pero como fue tu primera vez seguro dolió mucho para disfrutarlo.

Mi rostro se puso de color escarlata.

Me sentía furiosa con ellos, no tenían derecho a tratarme de esta forma.

—¿De verdad le diste a ese tipo tu primera relación sexual? —preguntó abiertamente Mason. Yo seguía muda y ahora me temblaban las comisuras de los labios.

Detrás de mí, Giulio/Dante me retuvo más fuerte de los brazos mientras sentía bajar su boca por mi cuello y aspirar una buena bocanada de aire.

—Ella huele a sexo —dijo él. Cerré los ojos y presioné muy fuerte mi mandíbula. Respiré de manera agitada cuando Mason se acercó para oler mi cuello también.

—Por favor no hagas esto —susurré entre dientes. Odiaba sentirme de esta manera.

—Dante —dijo Mason— sostenla solo de los brazos, detrás de su espalda.

Él hizo como se le pidió, y Mason aprovechó mi confusión para llevar una mano detrás de mi nuca y presionar de manera desenfrenada nuestros labios juntos.

Sus dientes chocaron con los míos, su lengua se metió a la fuerza por mi boca y sus manos tocaron mis muslos, levantando mi falda poco a poco.

Cuando se me presentó la oportunidad, le mordí la lengua, saboreando instantáneamente pequeñas líneas de su sangre.

Eso provocó que él se separara rápidamente de mí. Lo vi tantear su lengua con dos de sus dedos, y después me miró encolerizado.

—Anna, ¿qué acabas de hacer?

Él alzó su mano y cayó sobre mi mejilla con un sonido pesado.

Mason acababa de golpearme, me dio una cachetada que logró que mi rostro girara unos cuantos grados.

Pude sentir cómo se hinchaba parte de mi labio inferior.

—Auch, eso debió doler —dijo Marie riendo—. Ten cuidado con un chico obsesionado, esa es la regla número uno. Creo que se te olvidó recordarlo.

Miré con horror hacia Mason, las lágrimas corrían libremente por mi cara.

—Lo siento mucho, Anna —comenzó a disculparse con genuino arrepentimiento—. Oh, preciosa. Lo lamento.

Corrió a tomarme el rostro y pasó su dedo índice por mi labio roto.

—Eres un degenerado, aléjate de mí —hablé entre dientes. Tenía que dejar de llorar. Estaba furiosa y con miedo pero definitivamente no iba a permitir que el abuso continuara—. Si querías conquistarme esta no era la forma.

—Tienes razón —respondió él—. Y como la oportunidad nunca se me iba a presentar, lo estoy haciendo suceder. Dante, por favor lleva a la señorita Anna a la mesa que está por allá y átale las manos juntas.

Señaló en donde Marie estaba sentada de piernas cruzadas.

Ella se bajó de la mesa y pasó la palma de su mano por la superficie, quitándole el polvo y algunos clavos oxidados que se fueron acumulando con el pasar de los años.

Tragué duro y miré a Mason con incredulidad.

¿De verdad iba a hacer esto?

Dante me llevó a rastras hacia la mesa. Me tomó de la cintura y me lanzó contra la dura madera.

—¡No lo hagas, por favor! —grité.

Comencé a golpearle el pecho, queriendo apartarlo de mi camino pero no parecía tener ningún efecto en él. Era tan sólido como una roca.

Protesté y pateé todo lo que estaba a mi alcance pero al final él logró recostarme en la mesa, arrancándome algunos botones de la blusa durante el proceso.

—Marie, ayúdame —le dijo a mi prima. Ella se acercó a mi cabeza y Dante le pasó mis manos mientras él subía a la mesa y se sentaba a horcajadas sobre mi estómago, haciendo que instantáneamente se me dificultara respirar porque todo su peso estaba concentrándose en mi costado.

—Tengo una idea: pon tus rodillas en sus brazos. Es una buena manera para evitar que se mueva —le ofreció Marie—. Esto va a ser muy divertido.

Dante pareció pensárselo por un rato.

—Oye, Mason —dijo finalmente— creo que podrías compartirme a tu chica después. Cuando termines quiero meterme también entre sus piernas. Tiene una bonita piel, tengo curiosidad por saber cómo sería tocarla en todas partes.

Temblé al oír sus palabras, imaginándome lo horrible que sería.

Marie se echó a reír como hiena; ella ejercía una gran presión en mis muñecas para tratar de retenerlas. Me moví para zafarme pero mis esfuerzos eran en vano.

Más lágrimas salieron de mis ojos.

—¡Suéltenme! —chillé— ¡Ayuda! ¡Por favor, ayúdenme!

Mason se apresuró a tapar mi boca y les dio miradas sucias a Dante y a Marie.

—¡Quítate de encima de Anna! —gruñó él hacia el primero— ¿No te das cuenta que la estás dejando sin aire? ¡Bájate!

—¿Si me bajo ahora no crees que va a intentar huir? Me necesitas, admítelo.

—Yo pienso que con un poco de cinta adhesiva se solucionarán nuestros problemas —sugirió Marie—. Mason, toma sus manos, voy a entrar a la casa y buscar un poco. Además se supone que tengo que estar en esa horrible cena; por cierto, Anna, tu madre está haciendo el show de su vida besuqueándose con un hombre mayor. Supongo que el exhibicionismo se hereda.

Mason soltó mi boca y yo aproveché para gritar:

—¡Eres una malagradecida! —escupí, literalmente, a Marie en la cara—. ¡Suéltame! ¡No te he hecho nada para que me trates de esta forma!

Ella se limpió el rostro con una mano, cerrando los ojos y presionando su mandíbula de muy mala gana; luego comenzó a reír sin humor y con fuerza cuando escuchó que volví a repetirle lo que dije anteriormente.

—¿Que no has hecho nada? —rió de nuevo—. Anna, ¿de verdad no sabes lo que me has hecho? Eres una grandísima idiota.

Ella soltó mis manos para ponerse frente a mí y verme a la cara. Dante seguía sobre mi estómago y me costaba respirar o pronunciar bien las palabras porque me quedaba sin aire.

Luché para quitarlo de encima, pero no fue necesario hacer grandes esfuerzos porque Mason lo agarró de la camisa y lo empujó al suelo.

Respiré de manera agitada.

—En serio, no entiendo lo que te hice —dije tratando de recuperar el aliento.

—¿Quieres que te lo explique, tú, perra egoísta? ¡Naciste! Eso fue lo que hiciste. Siempre fuiste el centro de atención de esta familia, hasta mis padres te prefieren mil veces antes que a mí.

Resoplé tratando de reír pero me dolía el estómago por cargar con el peso del falso Giulio.

—¿Estás loca? Espera, no respondas a eso. Tú les dices a tus padres que la luna es azul y ellos te lo creen y matarían a todo el que piense lo contrario ¿y estás celosa de mí?

Me recompuse y logré arrastrarme hasta llegar a orillas de la mesa. Mason tenía agarrado a Giulio por el cuello de su camiseta, los dos estaban discutiendo por algo. Aproveché para sentarme y luego ponerme en pie.

Me tambaleé un poco cuando toqué el suelo, e inmediatamente me agarré a la mesa. Esta era mi oportunidad para salir y escapar.

—Mis padres no me creen —dijo Marie, sus ojos se empezaron a volver acuosos—. Aparentamos ser la familia perfecta frente a los demás pero la realidad es otra cosa. Ellos me castigan horriblemente, tú no tienes idea de lo que hacen, tengo toda la espalda llena de cicatrices. Mi mamá siempre ha sabido que yo he tenido más de un novio, ella fue la que me enseñó a encubrirlo todo. Claro que tú no sabes lo que es, te tocaron los mejores padres del mundo. De niñas, siempre te dejaban jugar, ensuciarte, divertirte y hacer lo que querías mientras yo estaba en las odiosas clases de piano.

—¿Y tienes que comportarte de esta manera? ¿Ser una perra sin corazón ante las personas que sí lograron obtener lo que tú no?

Marie pasó de estar melancólica a estar realmente cabreada conmigo.

Yo apenas y podía mantenerme erguida, me dolía el costado izquierdo y eso no me permitía estar totalmente de pie.

—Creo, prima, que en estos momentos deberías escoger bien tus palabras —dijo ella con voz amenazante.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —pregunté—. ¿Vengarte porque yo tuve una niñez normal? Desearía entenderte pero no lo hago. ¿Por qué estás siquiera ayudando a Mason?

—Porque por muy patético que suene, lo entiendo. Entiendo esa desesperación porque alguien te ame de la misma forma en la que tú lo amas. Hasta yo hice todo lo que pude por retener a Adam pero soy capaz de reconocer cuando doy por perdida la situación. Sé que él está enamorado de ti, se le echa de ver hasta en los poros...

—¿Y qué? ¿Eso te molesta tanto como para hacerme esto?

Ella se quedó pensativa por un momento y llevó ambas manos a su cadera.

—Me molesta lo suficiente como para ayudar a ese psicópata de Mason —respondió en voz baja—. Además, estaba cansada de verte obtener lo que yo quería. Esta vez va a ser muy diferente; ¿no has oído que por cada gota de felicidad viene un litro de desdicha? Considera esto como los litros que has venido acumulando a lo largo de los años. Estaremos a mano.

Antes de poder responderle con algo amargo, una mano se deslizó por mi boca y mi abdomen, presionándome con fuerza.

Mi cuerpo entró en lucha y se tensaron mis músculos; sentí una respiración en mi nuca y unos dedos que se metían lentamente dentro de mi blusa.

—Ya arreglé todo con Mason —dijo Giulio/Dante. Su lengua se metió dentro de mi oído y yo protesté pero lo único que salía de mi boca eran palabras mal pronunciadas—. Yo te follaré primero y luego sigue él. Piénsalo de esta manera: yo le caliento el lugar mientras espera su turno.

Gruesas lágrimas llenaron mis ojos y me nublaron la visión.

—Ahora a lo que vamos —siguió diciendo él—. Te quiero muy calladita y obediente cuando te ponga en la mesa de nuevo. Nada de bajarse o moverse demasiado, te puedes hacer daño, linda.

Siempre tapando mi boca, me llevó a la mesa en el centro de la bodega; me subió y rápidamente vi a Mason sujetar mis manos inquietas sobre mi cabeza, poniendo sus codos en mi antebrazo y entrelazando sus dedos con los míos.

—Marie, consigue algo para que aquí Annabelle no nos delate cuando grite.

Marie sonrió y salió por la puerta.

Me removí en mi lugar pero rápidamente Dante se subió a mi lado. Esta vez no se montó encima de mí sino que esperó sentado.

Las lágrimas bajaban hasta introducirse en mis oídos y cerré los ojos para evitar ver a Mason.

No podía creer lo que iban a hacerme, los dos. Me sentía herida, furiosa, lastimada y asustada.

Mientras esperaban por Marie ninguno dijo nada, hasta que ella apareció y cruzó la habitación para entregarle a Dante un pañuelo negro.

Él la quedó viendo con escepticismo.

—¿Qué es esto? —exigió.

—¿Qué? ¿Crees que en mi casa abunda la cinta adhesiva que usan los violadores para callar a sus víctimas? Pues te aclaro que esas cosas son caras y no hay ningún rollo en todo el lugar. Confórmate con una bufanda.

Dante resopló y procedió a retirar su mano de mi boca para, rápidamente, enrollarme la tela alrededor de la cabeza.

Me moví tratando de apartarme pero fracasé en el intento. Lo único que provoqué fue que una de las esquinas angulosas del reloj de muñeca que usaba Dante se prendara en mi labio inferior y me lo perforara. Saboreé un poco de sangre antes de que la venda lo cubriera todo y apretara.

Después de eso, se movió hasta quedar cerca de mis piernas; las agarró e intentó abrirlas pero yo mantuve mis rodillas pegadas una contra la otra.

—Bebé, no te resistas —dijo Dante con una sonrisa odiosa en el rostro.

Él llevó sus manos hasta mis rodillas pero antes de que llegara más lejos, lo pateé y lo empujé.

Moví los pies, que eran los únicos miembros de mi cuerpo que estaban libres y podía utilizar, pero Dante fue rápido en agarrarme de la pantorrilla y retenerme.

—Deja de luchar, preciosa —susurró Mason en mi oído.

Cerré los ojos y luego los apreté, deseando desaparecer por arte de magia y huir de los tres. Sollocé con fuerza cuando sentí que mis piernas se cansaban y Dante aprovechó mi breve momento de debilidad para tomarme de los pies y quitarme los zapatos, lanzándolos al suelo.

Finalmente abrió mis piernas y separó mis rodillas, posicionándose cada vez más entre mis muslos.

—Prometo que no va a doler —me dijo mientras sus manos subían poco a poco mi falda.

Quería gritar y suplicarle que no hiciera eso. Que me soltara.

Deseé con todas mis fuerzas que alguien me encontrara a tiempo y me evitaran este mal recuerdo que me duraría para siempre.

Las manos de Dante se pasearon por mi cintura y debajo de mi blusa. Tocó mi vientre y llevó uno de sus dedos a mi ombligo, rodeando y acariciando la sensible piel. Luego se movió por la cintura de mi falda y deslizó su mano hacia abajo, casi rozando mi zona íntima.

Marie miraba todo con humor desde la distancia, se cruzó de brazos y se apoyó contra una pared.

En este punto yo anhelaba desmayarme y así no tener ningún recuerdo de lo que iba a suceder.

—Pronto va a acabar —dijo Mason con voz ligera.

Lo odiaba, se merecía una muerte lenta y dolorosa.

¿Cómo podía hacerme esto? ¿No se supone que me amaba?

¿Cuándo el amor se convirtió en obsesión, y la obsesión en abuso?

Rogué en silencio porque mi sistema se apagara al menos por lo que quedaba de este día. No quería recordar la manera en que Dante estaba tocándome ahora,

moviendo mis caderas en círculos y separando mis rodillas. Me sentía tan impotente y desolada.

Me iba a sentir sucia por el resto de la vida.

Por favor Anna, desmáyate. Desmáyate y olvida todo. Por favor...

Pero antes de seguir con mis patéticos ruegos, escuché a Dante reír. Marie también reía y se sostenía el estómago como si le doliera tanta risa.

Pronto, y sorpresivamente, Dante se quitó de entre mis piernas y se bajó de la mesa.

Mason quitó sus codos y se apartó también.

No esperé ni un segundo más y me senté, mirando cómo Marie se reía.

—¡Mira su cara! —gritó señalándome.

Me bajé de un salto de la mesa e inmediatamente me mareé cayendo al suelo.

Mason corrió a mi lado para sostenerme de la cintura pero yo lo aparté.

No entendía qué estaba sucediendo. Tal vez los milagros sí ocurrían e iban a dejarme ir.

—Déjame ayudarte —me ofreció Mason, evitando verme a los ojos. Acercó su mano a la venda de mi boca y deshizo el nudo que me habían hecho.

Lentamente me puse de pie, pegándome a la pared más cercana. Los miré uno a uno.

Lágrimas salían apresuradas de mis ojos y marcaban el camino por el que transitaban las siguientes.

—¡Caíste! —chilló Marie riendo con ganas—. Oh, esto no tiene precio. Deberías haber visto tu cara, Anna.

—¿Qué? —logré articular con voz rota.

—¿Recuerdas cuando me apuntaste con un arma de burbujas y me hiciste confesar delante de mis padres que me acostaba con quien sea? Pues esto es mi forma de devolverte una cucharada de tu propia medicina.

—¿Qué? —volví a repetir, incrédula.

—¿Ella es de lento entendimiento o qué? —preguntó Dante.

—Anna, los tres nos unimos para hacerte creer que ibas a ser violada. Aunque debo decir que a Mason se le pasó un poco la mano con lo de la cachetada. Pero igual fue perfecto.

Sus palabras entraron lentamente por mis oídos, a mi cerebro le costó cierto trabajo digerirlo.

—¿Te tomaste tantas molestias solo por vengarte de mí? —dije con los dientes apretados. Me sentía demasiado cansada, herida y enojada.

—Claro. Soy tan buena actriz. ¿De verdad creías que envidié tu vida? Naaa, para nada. Tampoco es verdad lo de mis padres; ellos siguen creyendo que su hija adorada es una flor inocente.

—Eso fue divertido —murmuró el italiano.

Noté que Mason no decía nada y no se rió junto con ellos. ¿Entonces tampoco fue real el que me acosara?

No quería estar ni un segundo más en esa bodega con ellos.

Tomé mis zapatos y mi pobre teléfono destartalado, y moví mis pies en dirección a la salida.

Antes de salir por completo me giré para encarar a Marie.

—Eres una perra —dije fríamente—. Te mereces todo lo malo que te pase, y tú —señalé al italiano—. Púdrete, idiota.

En un arrebato me acerqué a él y le di una cachetada; luego avancé hacia Marie y, en lugar de prepararme para clavarle el tacón de mi zapato, me paré frente a ella y la miré fijamente.

—Vaya, no te tomas a bien una pequeña broma —dijo encogiéndose de hombros.

—Eres una estúpida. Con eso no se bromea.

Parpadeé las nuevas lágrimas que acudían a mis ojos. No dije nada más y salí apresurada de ese espantoso lugar. No sabía si estar feliz de que solo se tratara de una broma, o asustada por lo rápido que ella podría haber dejado que todo pasara a otro nivel más peligroso.

Cuando salí, fui a dar directamente con la lluvia y, en vez de contarle a todos lo que hizo la sanguijuela de Marie, corrí con una dirección plasmada en la mente.

Decidí irme a pie, quería que la lluvia lavara todas esas veces que el falso Giulio me tocó y me lamió.

Quería borrar todo lo que sentí cuando pensé que me iban a violar entre él y Mason. Pero en medio de toda esta estúpida situación, había algo de verdad en el asunto: Mason jamás se rió. Para él nunca fue una broma, se lo estaba tomando demasiado en serio.

Corrí con mayor velocidad, queriendo escapar de todos. Pronto fui bajando el ritmo y me derrumbé a mitad de camino.

Caí sobre mis rodillas y me acurruqué contra la pared de un local abandonado. Comencé a llorar y a gemir; mi cuerpo temblaba exageradamente y dolía. Me senté bajo la lluvia, escondiendo mi rostro y abrazando mis piernas.

Lloré hasta cansarme, lloré reviviendo cada cosa que me hicieron y que pudo haber llegado más lejos.

Y justo cuando creí que ya no tendría más lágrimas, mis ojos me sorprendían generando nuevas.

Creo que me quedé dormida o me desmayé, pero cuando volví a abrir los ojos ya no estaba lloviendo y las calles estaban oscuras.

Me levanté sintiendo hinchados los ojos y con ganas de vomitar.

Caminé lo suficiente como para darme cuenta que tenía la blusa abierta, mostrando mi sujetador de encaje.

Mi teléfono no servía, lo comprobé varias veces, y necesitaba más que nunca de Adam. Era por eso que continué caminando en dirección a su departamento. Esperaba que se encontrara, no quería permanecer sola por más tiempo.

Sollozaba perdidamente. La gente que pasaba a mi lado me miraban de pies a cabeza y sacudían la cabeza. Ninguno me preguntó si necesitaba ayuda, y yo no la pedí. Me dolía el labio y traté de repasarlo con suavidad pero mis dedos temblaban.

—Anna…

Me detuve en seco. Faltaba poco para llegar al edificio donde vivía Adam. Estaba tal vez en la siguiente cuadra.

Tragué saliva y me giré con lentitud solo para ver a Mason, con sus manos en los bolsillos y con su cabello empapado.

—Aléjate de mí —Mi garganta ardía y mis ojos volvieron a humedecerse.

—Por favor, déjame que te explique todo.

—Dime una cosa —lo interrumpí—, para ti no fue solo una broma, ¿verdad? Tú de verdad pensabas hacerme todas esas cosas. Me das asco.

—Anna, cálmate. Yo jamás te compartiría con nadie en primer lugar.

—Pero sí me tendrías atada en una mesa si llego a resistirme, ¿cierto?

Él sacó sus manos de los bolsillos y las elevó hasta la altura de su pecho.

—Es que no sabes lo mucho que te quiero. Lo hago por amor.

—¿Ibas a violarme por amor? ¿Qué clase de amor es ese? Aléjate de mí Mason. No vuelvas a buscarme, no quiero verte nunca y si sigues así te denunciaré como acosador.

—El vestido blanco que te di, ¿aún lo tienes?

No respondí y, en su lugar, caminé en retroceso. Quería tomar distancia de él, todavía estaba asustada de lo que podía hacer.

—Anna, el vestido —él se acercó rápidamente y me tomó de los hombros, pegándome contra una verja de color verde.

Miré en varias direcciones, pero a la gente no parecía importarle lo que a una sucia chica pudiera pasarle; al parecer todavía no salía de esto.

—¿Qué quieres con el vestido? —pregunté rompiéndome de nuevo y echando a llorar.

—Quiero que lo uses mañana. En la fiesta de Marie.

—No pienso ir, y mucho menos iré contigo.

—Pues lástima porque si no apareces tendré que obligarte. No seas maleducada conmigo, preciosa —sus dedos apretaron mis hombros, hundiéndolos en mi carne hasta de seguro dejar marcas en mi piel.

—No.voy.a.ir.contigo.degenerado.

Abrió la boca para responder, pero algo, o alguien, lo tomó del brazo y se lo dobló detrás de la espalda, dejándolo en una posición incómoda.

Ese alguien era Adam. Lucía muy furioso y desquiciado.

—¿Qué mierda sucede contigo? —le gritó él a Mason. Me dio un rápido escaneo visual, deteniéndose en mi blusa rota, en mis pies descalzos (ya que había lanzando mis zapatos para correr cómodamente), y en mi labio roto.

Me miró directo a los ojos y vi cómo los suyos se dilataban.

Su pecho subía y bajaba de manera salvaje, y su puño se apretó en el brazo por el que tenía agarrado a Mason.

Sin decir más palabras, lo lanzó contra la verja y comenzó a golpearlo repetidamente.

Chillé y me aparté de un salto.

Adam golpeó la cara, la nariz, el estómago de Mason. Lo sacudió tanto que pronto no pudo mantenerse en pie y Adam continuó el ataque en el suelo.

Sangre comenzó a manchar el pavimento, y la cara de Mason parecía una masa irreconocible hinchada y roja.

—¡Adam! —grité—¡Detente!

Con cuidado lo tomé del brazo antes de que lanzara su puño una vez más contra Mason.

—¡¿Quieres que me detenga?! ¿Tienes idea alguna de cómo te ves? ¿Fue este tipo? ¿Qué te hizo Anna? Porque te juro que si se sobrepasó lo voy a matar y no va a pesar en mi conciencia.

Lloré ruidosamente.

Eso le dio más motivación a mi chico para atacar a Mason quien apenas pudo defenderse.

—¡Detente por favor! —chillé de nuevo.

—No me pidas eso. No ahora.

—Si lo matas te van a llevar a la cárcel. Por favor déjalo.

A él le costó mucho soltarlo. Lo bajó lentamente y lo dejó en el suelo.

Mason se quejaba del dolor y gritaba groserías y maldiciones.

Yo corrí al lado de Adam y lo abracé de la cintura. Él me rodeó con sus brazos y me pegó a su pecho.

Pronto la gente comenzó a notarnos en la calle, mirándonos como si estuviéramos locos y apartándose del camino cuando veían a Mason tirado en el piso.

Me separé lo suficiente de Adam como para verlo a los ojos, y dejé que me tomara en brazos y me llevara hasta su edificio.

Lloré en su pecho durante todo el camino.



CAPÍTULO 26

¿Y hasta ahora se te ocurre decirme esto?

—La próxima vez que lo vea, no solo le voy a partir la cara, sino que le voy a arrancar las pelotas y haré que se las coma y luego las vomite. Mejor que ni respire en tu dirección porque lo moleré a golpes. A ese lame pollas hay que denunciarlo, no se puede quedar así como así.

Adam estaba agresivo. Lanzaba puñetazos contra la pared y pateaba el colchón de su cama.

Desde que me trajo a su departamento no había dicho palabra alguna, sólo me quedé mirando el suelo, jugueteando con un hilo suelto de la colcha que había puesto sobre mis hombros para calentarme. Sentía la boca reseca y me ardían los ojos por seguir llorando; aun me temblaban las manos y no podía sujetar bien la taza de chocolate que Adam había puesto entre mis dedos.

—Anna —él se arrodilló para estar a la altura de mis ojos, me tomó de los hombros y me acercó un poco a su cuerpo—. Dime qué pasó. Me estoy muriendo lentamente imaginando todo tipo de cosas; nena, habla conmigo.

Rehuí su mirada y me concentré en el líquido marrón de mi bebida. Acerqué la taza a mi boca y lentamente tomé un sorbo de chocolate para armarme de valor.

—No pasó nada —dije rotundamente. No sabía por qué pero no estaba de ánimos para hablar con Adam de esto. No quería que supiera lo débil que actué, lo impotente y torpe que me sentí cuando, entre Mason y el no Giulio, me sujetaron con habilidad.

—Necesito que me lo digas. Si tú no me lo dices soy capaz de buscar a ese idiota y terminar lo que empecé. Te juro que lo haré.

Esta vez dejé que mis ojos tuvieran contacto visual con los suyos. Llevé mi mano a su mejilla y acaricié su pómulo con mi dedo pulgar.

—No fue solo Mason —logré decir a pesar del nudo en mi garganta.

Los músculos de Adam se tensaron, uno por uno. Sus ojos adquirieron un brillo salvaje y mortal que nunca había visto en él.

—¡Hijo de puta! —gritó poniéndose de pie. Se paseó de un lado a otro, y finalmente lanzó su puño contra el espejo empotrado en la pared de su habitación, provocando que cientos de quiebres y rutas se le dibujaran a éste.

Vi cómo sus nudillos se inflamaban en cuestión de segundos, me levanté deprisa para estar a su lado.

—Tranquilízate —dejé la taza de chocolate sobre la mesita a la par de la cama, y corrí para tomarle la mano antes de que se le ocurriera golpear otra cosa de nuevo—. Déjame explicarte todo. Ninguno de ellos llegó a… violarme, lo que sucedió fue distinto.

—Explícame ahora antes de que cometa un delito mayor —dijo con la mandíbula apretada.

Y así le conté todo. Desde ver a Giulio (cuyo nombre real era Dante) hasta la sorpresa de tener a Marie entre los involucrados. Aun seguía temblando y las ganas de llorar eran demasiado fuertes.

Me sentía cansada y me dolía todo el cuerpo; aunque no quería recordar nada de lo sucedido hace unas pocas horas, la imagen mental de Giulio abriendo mis piernas no se iba a ir de mi cabeza en mucho tiempo.

—Sabía que ese imbécil no era de fiar —dijo Adam cuando terminé de contarle. Cepilló su cabello negro con su mano y soltó un largo suspiro—. No sé si te lo dije antes pero nena, mataría por ti. Y justo ahora no es bueno recordar eso porque estoy a un segundo de salir corriendo y agarrar a esos tres hijos de puta e hincarlos en el suelo para que te pidan disculpas. ¿Una jodida broma? ¿En serio? Mi puño va a acabar en sus caras, a ver si eso les parece una broma.

Se jaló el cabello con una mano y luego me tomó de la cintura, pegando su frente con la mía.

—Cuando tu mamá me dijo que nunca habías llegado a esa cena, yo... —Adam tragó saliva y cerró los ojos, me presionó más fuerte— pensé todo tipo de cosas. Tú me dijiste, me contaste sobre ese hijo de perra y yo no lo detuve a tiempo. Si tan solo te hubiera prestado más atención, nada de esto ocurriría. Me volví loco buscándote, y lo peor de todo es que no tenía mi moto cerca, tuve que subir el coche de Key por las aceras.

Sonreí a medias.

—En primer lugar, no intentes echarte la culpa porque no la tienes —con mis manos le acaricié el rostro—. La culpa la tengo yo por tener unos instintos muertos, nunca me imaginé que Mason haría nada de esto, o que Marie me odiaría de esa forma como para armar todo un plan, soy tan tonta que caí así de rápido en la trampa. Y en segundo, recuerda que le debes tu riñón a Key por ese auto.

Ahora quien sonreía a medias era él.

—No eres tonta. Eres demasiado inocente, eso es todo. Y nada le pasó al Audi, mi riñón está a salvo. —Él se precipitó a lamer mi labio inferior, inmediatamente sentí un ardor que me recordó el estado en el que me encontraba físicamente. Él notó la mueca que dejé escapar, y se retiró unos buenos centímetros de mi cuerpo.

—Olvidé que aun estás herida y empapada —murmuró—. Vamos, quítate la ropa para que te puedas meter a la ducha y después te reviso esas heridas.

—Solo mi labio está herido —le dije, aunque en el interior tenía daños más graves.

—Anna, desde aquí puedo verte los brazos, las muñecas, y hasta las piernas llenas de moretones. Quiero inspeccionar qué más hicieron esos infelices. Quítate la ropa y la dejas por allí.

Me sentí cohibida de repente.

—Te dejaré sola —prometió alzando las dos manos— mientras te duchas le hablaré a tu mamá. Ella estaba preocupada. También Rita, la llamé más temprano para ver si ella sabía algo de ti.

—De acuerdo —asentí—. Y por favor, no les vayas a decir nada de lo que te conté, me daría vergüenza si se enteran.

Adam frunció el ceño.

—¿No quieres que le diga a tu familia lo que los psicópatas de Marie y Mason te hicieron pasar? —sonaba perplejo—. Lo siento Anna, pero con esto no se juega. No me voy a quedar de brazos cruzados.

—Pero…

—Conseguiré comida. Báñate y duerme un poco. Hoy te quedas conmigo, y voy a ser muy claro con tu papá de que mejor no intenté llevarte de mi lado porque en estos momentos estoy tan enojado que no me va a importar decirle que dormirás usando una de mis camisas… y solo eso.

—¿Estás loco? Él es capaz de rastrearte y colgar tu trasero en un gancho para carnes.

—Pues será el trasero mejor colgado de la ciudad. Vuelvo enseguida nena, no me tardo.

Plantó un beso en mi frente y salió de la habitación llevándose su celular.

Suspiré y traté de bajar el ritmo de los latidos de mi corazón, me sentía nerviosa y algo traumada; parecía como si en cualquier momento alguien saldría detrás de la puerta del armario para asustarme y llevarme lejos.

Esa noche me bañé, me vestí con una de las camisetas de Adam, y me dormí al instante de poner mi cabeza en la almohada. Me dolía todo el cuerpo, desde los párpados hasta los dedos de mis pies. El analgésico que me tomé horas antes ya estaba cumpliendo su función y mis músculos comenzaron a relajarse. Tuve pesadillas de chicos con máscaras que intentaban acorralarme en un pasillo lleno de gente; en el sueño, ellos me doblaban las piernas y se reían cuando me rasgaban la ropa. Uno se acercó a mí e hizo movimientos obscenos con las manos. Justo cuando me tenía en la posición ideal para humillarme, todo se volvía negro y empezaba lentamente a despertarme.

—¿Hola? ¿Rita? —dije soltando un chillido cuando por fin me contestó.

—¿Anna? Oh por Dios, mujer, ¡qué susto nos diste! —oí la emoción en su voz, pronto comenzó a sollozar, sorprendiéndome.

—¿Estás llorando? —pregunté mientras intentaba meterme en los pantalones deportivos de Adam, aunque siempre se me resbalaban.

—¡Sí! Pensé que te habían secuestrado o algo. Tu novio estuvo muy nervioso cuando me contó que Mason te acosaba, ¿por qué no me dijiste nada? ¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Qué sucedió contigo? Apuesto a que Mason tiene algo que ver. ¡Ay, Anna! ¡Pensé lo peor! ¿Dónde estás?

—Tranquila. Estoy bien, algo adolorida pero bien. Quería preguntarte una cosa —me quité el celular del oído para pasar mis manos a través de las mangas de la camiseta de Ósmosis que guardaba Adam en su armario—. ¿De casualidad has visto a Adam?

Anoche, mientras me removía en mis pesadillas, noté que él nunca llegó al departamento después de salir. Me dormí demasiado rápido como para notarlo, pero cuando me levanté de su cama para tomar un vaso con agua, él no estaba. No durmió a mi lado.

—¿Adam? —preguntó Rita, sacándome de mis pensamientos—. No, ¿por qué? Había quedado en llamarme si lograban encontrarte y quedé esperando que me informara.

Eso me puso más nerviosa.

—Es que... Ayer le dio una paliza a Mason y lo dejó tan mal que tengo miedo que él haya querido vengarse.

Me apresuré a remangarme la camiseta y a anudar mi pelo en una cola.

Había logrado arreglar mi celular y cuando lo encendí, tenía cerca de cuarenta llamadas perdidas, la mayoría eran de mamá, de Adam, de Rita e incluso de mi jefa Laura. Seguramente me iba a reclamar el que nunca fui en busca de su hijastro, porque yo me había ido con el equivocado.

—¿Qué sucedió, Anna? Quiero la versión extendida —dijo Rita a través del teléfono.

—Estoy en el departamento de Adam, anoche... Es que él nunca llegó después de salir. Me dijo que vendría pronto y ya pasaron diez horas desde que no lo veo. Estoy preocupada.

—¿Ya llamaste a tu mamá? Tal vez ella sepa algo, no sé... —de repente escuché un ruido que provenía de la sala.

Me movilicé, aun con el teléfono presionado contra mi oreja, y cuando salí de la habitación de Adam, lo vi a él atravesando la puerta de entrada.

Inmediatamente corrí y me le colgué del cuello, sentí sus brazos sujetándome de la cintura y sus labios besaron mi cuello.

—¿Me extrañaste? —preguntó mordisqueando mi nuca.

Dejé mi celular a un lado, después llamaría a Rita.

Me abracé tanto a Adam que terminé cerrando los ojos y presionándolos con fuerza. Pensé que me echaría a llorar pero me detuve cuando escuché más voces a nuestro alrededor. Lentamente abrí los ojos y a quien vi primero fue a mi mamá, vestida con sus típicas túnicas largas de varios colores. Le seguía papá y luego Susan.

Me separé de Adam y los observé uno por uno.

—¿Qué hacen todos acá? —pregunté algo temerosa. Papá no se miraba feliz, y en cambio mamá lucía radiante.

—Adam ya nos contó la noticia —dijo ella, me dio una sonrisa aterradora y me envolvió en sus brazos—. Te ves destrozada, mi pobre bebé. Debí imaginarme, mi sentido de madre me lo advirtió.

—No entiendo —dije buscando los ojos de Adam para que me explicara lo que estaba sucediendo.

Él rehuyó mi mirada.

—Primero nos contó lo que sucedió anoche, hubiera deseado que me lo dijeras —me regañó ella—. Hablé con mi hermana, ella dice que Marie lo único que estaba haciendo era una simple broma. Oh, mi pequeño calabacín, debió ser difícil para ti. No te preocupes que me encargué de corregir de una buena forma a esa niña malcriada de Marie.

—¿Qué hiciste? —mi papá, quien observaba cada rincón del departamento de Adam con minuciosa atención, carraspeó cuando vio que él se pegaba a mi costado. Rápidamente Adam tomó distancia.

—Eso no importa ahora, pero escúchame, esa segunda noticia lo opacó todo.

—¿Cuál segunda noticia?

—¡Adam nos pidió tu mano en matrimonio! ¿No te parece tan Orgullo y Prejuicio? —chilló emocionada. En cambio yo estaba paralizada, viéndola con la boca abierta.

—Esa boda se va a realizar sobre mi cadáver —dijo papá apretando la mano de Susan—. Me parece una reverenda estupidez, ¡Anna, apenas tienes quince años! Él es un pederasta. Me oíste, dejas a mi hija en paz y te largas a cometer delitos en otra parte.

Yo seguía en un trance completo.

—¿Matrimonio? —dije algo aturdida.

Miré a Adam mientras él me daba una sonrisa ladeada, de esas que te dejan sin aliento. Se encogió de hombros mientras me decía:

—Quiero que te vengas a vivir al departamento, pero tu papá no me deja. Dice que primero tenemos que estar casados. Ahora, solo hay dos habitaciones y una es de la pequeña mequetrefe, así que dormirías conmigo, en mi cama.

—¡Ya quisieras, delincuente, ya quisieras! —gritó mi padre, se separó de Susan y se puso frente a Adam—. Anna, dime que todo lo que nos contó este infeliz es mentira. Mason sería incapaz de hacer algo como eso. Me lo creería de él, pero no de Mason, es un buen chico. Lo conozco desde que era un niño. Cuéntanos la verdad. ¿Este tipo te está extorsionando para que mientas? Parpadea dos veces si necesitas ayuda y yo te saco de aquí. ¿Fue él el que te tenía secuestrada? ¿Fue él?

—¡Basta ya! —grité. Estaba realmente frustrada—. No fue Adam. Fueron Mason, Marie y un chico italiano que la ayudó a ella. Ya no quiero seguir hablando de esto, estoy cansada, me duele todo el cuerpo y tengo que reportarme en mi trabajo antes de que mi jefa me despida.

—Nena…

—Anna…

Mi padre y Adam se dieron largas miradas antes de decidir quién de los dos hablaría primero.

Luego ocurrió la cosa más impensable de todas: me mareé repentinamente, y lo último que supe era que mi mundo se sumía en la oscuridad. Sentí que alguien me agarraba de los brazos… y de pronto, nada.

—Para la boda tengo pensado que Anna no use el típico vestido blanco. Creo que el marfil/rosado está de moda, y le quedaría bien un estilo de sirena...

A lo lejos podía escuchar la voz de mamá. Sentía los párpados pesados y me costaba concentrarme en lo que decía.

—Estás loca —ese era papá, sonaba irritado y a punto de golpear a alguien, probablemente a Adam—. Nuestra hija es apenas un bebé y ya quieres arruinarle la vida casándose con un delincuente tatuado. Y cuéntame muchacho, ¿cómo es que tus padres dejaron que profanaras tu cuerpo con esos tatuajes?

Yo continuaba con los ojos cerrados. Vagamente descubrí que estaba sobre una cama con sábanas suaves y olor peculiar, la cama de Adam.

—Mis padres murieron hace seis años, así que supongo que no pusieron objeción en cuanto a lo que sea que hiciera con mi cuerpo.

Un incómodo silencio se hizo presente en la habitación.

Tosí de repente, sintiendo cómo me ahogaba con mi propia saliva. Continuaba sin poder abrir los ojos.

—Creo que Anna se está despertando —murmuró mamá. Escuché pies arrastrándose por el suelo y el calor de una mano tocando la mía.

—Oh mi pequeña calabaza. Quisiera poder sacarle los ojos a todo el que le haya hecho daño alguno —mamá se puso a sollozar y oí las palabras de consuelo que trataba de darle Susan.

Quería decirle que estaba bien, relativamente, pero mi lengua se sentía pastosa y mis labios no querían cooperar conmigo para abrirse.

—¿Funcionará esa medicina rara que le diste? —interrumpió mi papá cuando mamá se puso a llorar más fuerte.

—¡Claro que funciona! Es medicina natural. Mi pobre calabaza estuvo metida en una situación bajo mucho estrés y mucha presión. ¡Imagina que alguien intente violarte y luego te digan que es una broma! Pero claro, ¿quién va a querer a violar a un hombre de mediana edad, de cabeza calva y con alto grado de miopía? ¡Nadie! Así que no sabes lo que se siente.

Mamá logró decir esa oración completa sin dejar de sollozar y chillar de manera descontrolada.

—Creo que deberíamos llevarla mejor a un médico. No es normal que se desmaye de esa forma —la voz de papá sonaba preocupada.

—Tal vez la noticia de la boda la alteró...

—Por supuesto que sí. Anna todavía es una niña en crecimiento. ¿Cómo se te ocurre casarla con apenas trece años de edad?

—¿Y dices que soy yo la loca? Anna tiene dieciocho, va a cumplir diecinueve el próximo mes. Ya va a entrar en la universidad esta semana, ¿y sigues creyendo que

tiene trece? —mamá se echó a reír—. Esa es otra desventaja de volverse viejo a tu edad. Susan, todavía estás a tiempo de conseguirte algo mejor...

—¿Pueden guardar silencio? —me quejé, finalmente me encontré en condiciones de poder hablar—. Me duele la cabeza. Tengo calor.

—¡Nena! —Adam se colocó inmediatamente a mi lado. Lentamente abrí los ojos, me dolía todo el cuerpo. To-do.

—¿Dónde estuviste anoche? —solté repentinamente, incapaz de no preguntarle. Sonaba demasiado infantil, pero no me dio tiempo de preguntarle antes.

—Me surgió un problema mientras intentaba conseguirte comida, tuve que atender una emergencia.

Él sonaba reacio a decirme más. Seguramente porque estaban mamá y papá presente.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —me preguntó mamá, desviando la conversación hacia otros temas.

Pensé por un momento qué fue lo último que comí: una manzana, después de... haberle entregado mi virginidad a Adam. Y antes de eso, los postres que Mason me envió y que el falso Giulio y yo comimos.

Todos me miraron en completo silencio, probablemente esperando mi respuesta.

—¿Qué? —pregunté cuando vi que la vena de papá casi se salía de su frente.

Él miró con desprecio hacia Adam, parecía que le iba a salir espuma por la boca.

—Mejor ve corriendo hijo de perra, antes de que te alcance —le dijo papá, hablaba con los dientes bien apretados y los puños cerrados.

Su voz sonaba al borde de un colapso.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando vi el rostro de Adam ponerse al rojo vivo. Entonces salió corriendo como poseído y papá lo siguió al segundo después, gritándole groserías y acusándolo de ser un infeliz desgraciado.

—¿Qué... ?

—¿Le entregaste tu virginidad a Adam? —preguntó mamá de lo más resuelta.

Me congelé donde estaba.

¿Acaso ella podía leer mentes ahora?

—No, no puedo leerte la mente. Pero no es difícil enterarse cuando lo estás diciendo en voz alta, ¿sabes?

Me llevé ambas manos a la boca. Me reincorporé de un salto y me senté en la orilla de la cama. A lo lejos escuché a papá acusando a Adam de ser un hijo de p... Eso hizo que mi cara se pusiera más roja.

—Yo... Yo... ¿Lo dije en voz alta?

No podía creerlo.

Noooooooo. Qué vergüenza.

—Yo, como que me lo imaginaba —dijo mamá algo cautelosa—, pero hubiera deseado que esperaras más. ¿Pensabas contarme algo de esto?

Lo único que pude hacer fue enterrar la cara en la almohada. Ya no oía a papá o a Adam así que asumí que habían salido del departamento.

Mierda.

—Deberías comer —dijo Susan, borrando el silencio que permanecía pesado como plomo, infectando el aire—. Probablemente eso fue lo que te provocó el desmayo, además de que estás algo pálida.

Asentí y me quité la almohada de la cabeza, no tenía el valor de ver a mamá a los ojos así que la evité.

Me levanté sin mucho esfuerzo, y al instante ya sentía que me iba de nuevo para el suelo. Susan llegó a tiempo para agarrarme de los hombros.

—Creo que mejor te traigo algo de la cocina —habló ella y nos dejó solas a mamá y a mí en la habitación.

Por favor que no esté enojada conmigo, que no esté enojada conmigo, que...

—No estoy enojada contigo —aseguró con el ceño fruncido.

—¿Lo dije en voz alta? ¿De nuevo?

Ella asintió con la cabeza.

Genial.

—Debe ser la medicina que te di. No estaba segura de si era demasiado fuerte para ti. Pero es que nos diste un susto de muerte.

Se sentó a mi lado y me abrazó repentinamente.

—Creo que tengo el mismo problema que tu papá —dijo ella, con sus ojos humedeciéndose lentamente—. Todavía te veo como mi niña pequeña que se emocionaba cuando la vestía con estampados de cebra y cuando le ponía vestidos de princesas para que tomáramos el té juntas. Pero reconozco que estás creciendo, mírate, toda independiente y tratando de sobrellevar los problemas que tienes con tu prima, cuando yo nunca pude solucionar los míos con mi hermana.

Una lágrima brotó de su ojo y se deslizó por la comisura de sus labios.

—Siento que te fallé como madre —admitió bajando la cabeza—. Tuve que haberte cuidado mejor, como el tesoro irremplazable que eres.

—Me cuidaste bien —dije con un nudo en la garganta. Jamás me había sincerado tanto con mamá. Ninguna de las dos dejábamos entrar a la otra.

—No fue suficiente. Has pasado por mucho en tan corta edad. Pero de ahora en adelante prometo hacer las cosas bien.

—Ya las haces bien.

—No. He estado haciendo algo muy mal desde hace años. Creo que dejaré lo de ser psíquica y buscaré un trabajo real.

Abrí bastante la boca y luego la cerré.

—¿Qué? ¿Pero si siempre has querido hacer algo divertido de tu vida.

—Ya no más. Eso no me estaba generando ganancias, solo gastos...

—¿Ocupas dinero? —pregunté tímidamente—. Sabes que yo puedo dártelo. Si todavía no me despiden del trabajo te puedo dar mi paga del mes.

Ella se apresuró a negar con la cabeza.

—No, ni se te ocurra. Me he portado como un parasito todos estos años. Guarda el dinero para ti misma, así tu novio no se ve en la necesidad de pedirte matrimonio solo para que te quedes a vivir con él porque no tienes un lugar propio en el que quedarte.

Sonreí para mis adentros.

A estas alturas papá ya debe haberlo golpeado en al menos dos lugares del cuerpo.

—De todas formas no iba a aceptar una propuesta tan descabellada. Adam está loco —le dije. Sonreí de nuevo.

—Es un loco enamorado. Y me parece bien que esperes, hija, pero aquí entre nos, déjame decirte que hay una rebaja de vestidos de novias en aquella tienda bonita del centro comercial...

—Mamá...

—Está bien. Yo solo decía. Toda chica debería tener guardado su vestido de novia para cuando llegue el momento de la gran pregunta. Mujer precavida vale por dos.

Rodé los ojos.

Pronto Susan entró en la habitación con una bandeja de cereal Lucky Charms y un vaso de limonada.

—Esto fue lo único que pude encontrar —dijo encogiéndose de hombros y llevándome la comida a la cama.

Le agradecí y empecé a devorar lo más rápido que pude. Al parecer sí me había desmayado del hambre. Pronto me sentí mejor.

Pasaron unos minutos hasta que mi celular empezó a sonar con la canción que identificaba a Adam: Dangerous and Sweet.

—¿Hola? —dije cuando contesté.

—¡Nena! —la voz de Adam sonaba agitada, parecía que estaba corriendo—. Tu papá no deja de perseguirme. Para tener cincuenta años está en un muy buen estado físico.

Jadeó, cansado.

—¿Dónde estás?

—Mira, si no llego con vida a eso de las seis, ten por seguro una cosa —rodé los ojos aun cuando sabía que Adam no podía verme. Estaba siendo exagerado.

—¿Qué es?

Él jadeó más fuerte y se podía escuchar que corría con mayor velocidad.

—Que te amo.

Me paralicé por unos segundos.

—¿Anna? ¿Estás ahí? Nena, creo que no fue buena cosa que dijeras en voz alta que me entregaste tu virginidad. Al menos no frente a tus padres, que creen que soy un ladrón porque piensan que te forcé. O eso opina tu papá.

Pronto me regresó el color a la cara y resoplé.

El solo hecho de pensar que mi papá había escuchado cuando confesé algo como eso… sip, no era nada bueno.

—Regresa pronto al departamento, créeme, él se va a cansar dentro de poco —logré decir cuando estuve más calmada.

—No está muy contento. Te hablo más tarde.

Vaya, Adam me había dicho que me amaba. Esta era la primera vez que lo decía y se sintió muy bien oírlo.

Sonreí y regresé a la labor de devorarme el cereal.

Esa misma noche caí en un sueño profundo, de nuevo tuve pesadillas acerca de chicos persiguiéndome por un camino que no tenía salida ni final, intentando arrancarme la ropa y tomándome del pelo para golpearme contra una pared cada vez que titubeaba y corría a menor velocidad.

Desperté agitada y sudada, dejando que la pesadilla se deslizara fuera de mi sistema.

Ya no estaba en casa de Adam así que reconocí las paredes de mi habitación. Mi papá se había puesto histérico y fue la primera vez, en muchos años, que me gritó de la manera en que lo hizo frente a Adam, Susan y mamá. Me sentí fatal y avergonzada. Al final terminé en su casa, en la misma habitación que venía ocupando desde hace semanas.

Mamá aseguró que denunciarían a Mason; ella y mi padre se reunieron con la madre de él, la señora Henrietta, y ella estaba sumamente apenada.

A estas alturas todo el mundo se enteró del intento de violación que hicieron Marie, Giulio y Mason, y lo pesada que resultó la broma.

Para mi sorpresa, la fiesta que mi prima planeó desde hace mucho tiempo atrás, fue cancelada. Ahora ella seguramente tendrá una razón más para odiarme.

Todavía asustada por la reciente pesadilla, me senté en una posición vertical en la cama y llevé mis manos a mi pecho para intentar nivelar mi respiración. Toda la habitación estaba a oscuras y la luz de la luna se filtraba a través de la fina tela de las cortinas.

Aun agitada, me deshice de las sábanas que me envolvían como momia, y trepé fuera de la cama para buscar un poco de agua en la cocina.

No terminé de dar ni cinco pasos por la habitación cuando una mano se deslizó por mi cintura, y otra mano fue a parar a mi boca. El pánico se presentó de manera instantánea.

Me agité, nerviosa, y comencé a gritar, pero el sonido era amortiguado por esa mano. Lo único que se me ocurrió pensar era que Mason, de alguna forma, logró entrar a mi habitación y ahora venía a terminar con lo que comenzó.

—Shhh —susurró detrás de mi oído. Su mano acariciaba mi vientre y me sujetaba contra su pecho—, nena soy yo, Adam. No entres en pánico.

Mi cuerpo se relajó instantáneamente.

Adam retiró su mano de mi boca, pero continuó con la otra en mi cintura.

—¡Adam, me asustaste! —grité lo más bajo que se podía gritar. Mi papá estaba furioso con él, me prohibió verlo y amenazó con dispararle si lo veía cerca de mí—. Si mi papá se entera que estás aquí nos va a sepultar a los dos.

Él me dio un beso en la nuca y acercó su nariz para oler mi cuello.

—Si no te has dado cuenta, no soy un chico que sigue las reglas —mordió mi oreja y luego hizo un recorrido de besos por mi pelo. Fue a parar a mi hombro y, con los dientes, retiró el delgado tirante de mi camiseta de dormir.

—¿Cómo sigue tu mejilla? —le pregunté llevando mis manos hacia las suyas que ahora me tocaban las caderas.

—Tu papá da bueno golpes, pero yo me muevo rápido —besó mi hombro y lo mordisqueó— ¿Cómo sigues? Desearía que me hubieras dejado matar a ese animal depravado lamedor de pollas de vacas.

—Pues Ya te lo dije, podías meterte en problemas —Me pausé por un momento—. ¿Las vacas tienen pollas?

—Pues lo que sea que tengan, nadie que se considere hombre le haría algo así a una mujer, así que es un lamedor de pollas de vacas. Y no me cambies de tema, ¿cómo estás?

Adam bajó el tirante de mi blusa con sus expertos dedos largos, dejando al descubierto más piel a su paso.

—Ya mejor. Aunque me duele todo el cuerpo.

—Mmm, desearía darle un tratamiento intensivo con mi lengua a cada parte adolorida.

Bajó todavía más el tirante hasta que lo deslizó por mi mano y dejó mi seno derecho expuesto. Inmediatamente su mano lo cubrió y masajeó.

Eché mi cabeza hacia atrás, sin poder evitarlo, y gemí silenciosamente.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó en un susurró ronco— ¿Te duele aquí? —continuó masajeando mi seno—. ¿O tal vez aquí?

Su mano se deslizó por la franja que de piel que quedaba expuesta sin la camiseta.

—¿Aquí? —bajó aun más, llegando a mis caderas y metiendo sus dedos dentro del short de mi pijama. Lo bajó solo un poco.

—Veamos, ¿a dónde más? El doctor Adam solo quiere asegurarse de que estés bien.

Sonreí inevitablemente.

—¿El doctor Adam? ¿Siquiera estudiaste alguna carrera en la universidad? —pregunté mientras sus dedos se deslizaban un poco más abajo.

—Estudié mecatrónica por dos años. Puedo armar y desarmar lo que sea que se me ponga en frente.

No pude seguir concentrándome en sus palabras porque, por un momento, mientras cerraba los ojos y dejaba que sus dedos se perdieran entre mi ropa interior, los malos recuerdos me atacaron… y atacaron con fuerza.

Los dedos de Adam se convirtieron en los de Giulio, Mason, y de nuevo estaba sobre esa mesa sucia de madera, dejando que el no Giulio me abriera las piernas y sintiéndome tan impotente y asustada.

Me aparté inmediatamente de Adam. Él notó el cambio en mí ya que comencé a respirar agitadamente mientras me cubría y colocaba el tirante en su lugar. Sentía que me faltaba el aire y pegué mi espalda contra la pared más cercana. Me doblé por la cintura y traté de sacar esas imágenes en mi cabeza.

—Prometo que no va a doler.

—Bebé, no te resistas.

—Deja de luchar, preciosa.

Sus palabras volvieron a mi cabeza.

Pronto sentí que alguien me sacudía de los hombros y me llamaba por mi nombre.

Yo seguía sin poder respirar, era como si se hubiera acabado el oxigeno de todo el mundo; jadeé en busca de aire pero me ahogaba lentamente.

Empecé a golpear el pecho de Adam para gritarle por ayuda pero no podía hablar.

—¡Anna! RESPIRA —escuché que gritó—. Relájate, vamos, respira hondo. Respira conmigo, vamos. Es solo un ataque de pánico, tienes que respirar.

De alguna manera terminé sobre mi cama, con mi cabeza en las piernas de Adam mientras él trataba de gritarme instrucciones para coger aire y no ahogarme.

Mis pulmones dolían por respirar, por un momento me asusté y pensé que este sería el final para mí. Adam parecía leer mis pensamientos porque rápidamente me repitió que dejara de pensar y simplemente me concentrara en dar pequeñas tomadas de aire.

Mi papá irrumpió en la habitación justo en ese momento, encendiendo las luces y golpeando la puerta contra la pared, cargaba un bate de beisbol en la mano y Susan venía detrás de él.

Lágrimas salieron de mis ojos mientras lo miraba por la que sería la última vez.

—¡¿Qué le estás haciendo, cabrón?! ¡Aléjate de Anna! ¿Qué le haces? —gritó al verme jadeando y ahogándome. Logré tragar un nudo que se formó en mi garganta, pero hizo que me doliera más.

Esto era horrible.

—¡Le está dando un ataque de pánico! ¡Tiene que respirar!

Cerré los ojos, adolorida. Pronto Adam me colocó sobre su regazo y me obligó a respirar con él, tomándome de la cintura y moviéndome exageradamente para que dejara entrar algo de aire a mis pulmones.

Funcionó porque pronto comencé a sentir que me relajaba y mi sistema volvió a la normalidad.

—Bien. Así —susurró Adam. Finalmente respiré hondo una última vez, agradecida por no haberme desmayado, y me limpié las lágrimas que se habían escapado de mis ojos.

Papá seguía parado cerca de la puerta, viendo la escena y apretando su mandíbula con fuerza.

Susan irrumpió en la habitación y me alcanzó un vaso con agua que, gustosamente, me tomé enseguida.

—¿Ya estás mejor? ¿Qué sucedió? —me preguntó sobando mi cabeza.

—Solo… solo… Todo pasó. Lo siento, no quería despertarlos.

—No te preocupes linda, nos asustamos mucho.

—Vete de mi casa —gritó papá. Los tres nos removimos incómodos.

—¿Qué…? —abrí la boca y luego la cerré. ¿Iba a correr a Adam? ¿Es que nunca iba a aceptar que lo quería y que era imposible deshacerme de él?

—Anna, vete de mi casa —repitió con voz más tranquila. Dejó el bate a un lado y se cruzó de brazos.

Boqueé como un pez.

¡¿Me estaba echando a mí?!

Él suspiró, cansado, y se acercó hacia nosotros a paso lento.

—Te estoy dando permiso para que te vayas con él —señaló a Adam—. Reconozco que se preocupa por ti, y cualquier padre sería un tonto por ignorar eso.

No podía creerlo, ¿quería que me fuera con Adam? ¿El chico del que se estuvo quejando todo el día? ¿El delincuente tatuado del que me prohibía acercarme?

—¿Quieres que me vaya con Adam? —Seguía en shock. Probablemente morí y ahora estaba viviendo en mi utopía de ensueño—. ¿Y hasta ahora se te ocurre decirme esto?

—Quiero que persigas lo que te haga feliz —Se encogió de hombros.

Adam me apretó y me sostuvo entre sus brazos.

—Oye, dije que podía ir, pero al menos espero que no repases a mi hija frente a mis narices. Aleja tus manos, aléjalas. Eso es, ahora quiero verte a diez pasos de distancia de ella.

Sentí el peso de Adam desparecer de la cama, y lo vi levantarse hasta apoyarse en el pequeño armario de fondo.

—¿Sabes qué? Ya me estoy arrepintiendo, esto es una mala idea. Mira, te daré permiso de salir con mi hija pero ya no te la lleves, es mucha tentación para una sola noche.

—¡Papá!

—¿Qué? ¿Dejarías a un lobo dormir con una oveja y le harías prometer que no la toque? Inevitablemente habrá sangre en las sábanas al día siguiente, y la oveja no va a estar por ningún lado —se dirigió a Adam—. No señor, visitas a mi hija en horas viables, cuando esté yo en casa. Cualquier lugar que quieras ir con ella tendré que autorizarlo yo primero. Y veré si los acompaño o no.

—Cariño —Susan lo tomó del brazo—, ¿para qué le dijiste a Anna que se fuera con él entonces? Tu solito te contradices.

—Fue por la emoción del momento —le respondió en voz baja, pero la verdad era que todos pudimos escucharlo—. Anna, tú te quedas aquí. Que te visite mañana, y que no interfiera en tu trabajo.

Iba a decir algo pero papá volvió a hablar, cambiando de idea rápidamente.

—Y nada de verse a solas… por cierto, ¿cómo entraste en la habitación de mi hija? —miró a Adam con rabia, entrecerrando los ojos y agarrando de nuevo el bate que había dejado a un lado—. No hay duda de que tus mañas de delincuente todavía te siguen. ¿Entraste por la ventana?

Observé a Adam, esperando que no provocara a mi padre, pero él estaba serio, incluso se podría decir que lucía asustado, y presentía que no era papá quien lo puso así.

Nuestros ojos se encontraron, se miraron por largos y eternos segundos hasta que papá se puso frente a mí, quebrando la preciosa concentración que teníamos Adam y yo.

—¡Dejen de verse de esa manera! —se giró para encarar a Adam— ¡Deja de verla como si fuera un postre! Puedo ver tus colmillos debajo de todo ese rostro bonito.

El Adam serio me miró por última vez antes de dejar salir al Adam relajado y seguro de sí mismo.

—¿Acaba de decir que tengo un rostro bonito, señor? —elevó sus cejas e hizo una mueca para evitar sonreír ante la situación.

Papá se puso a discutir con él por otros quince minutos más; entre los dos lograron acabar con la delgada relación que apenas se acababa de formar.

Pero yo no tenía puesta la cabeza en eso, yo sólo me limitaba a intentar interpretar esa rara mirada de "no te merezco" que me dio Adam hace unos momentos. Podía presentir que él estaba asustado, asustado de que yo haya quedado marcada por el recuerdo de las manos de Giulio para siempre. Y admitiendo la verdad, yo también lo estaba.



CAPÍTULO 27

No te vayas, no me dejes, no me sueltes.

—¿Estás bien? —Shio se acercó detrás de mí mientras yo ordenaba un estante de libros en la sección de paranormal.

Le di una vaga sonrisa y me dediqué a continuar con mi labor.

—Sí, bien.

—No me engañas, detrás de todo un "bien" se esconde un: "me siento como la mierda". Anda, cuéntame qué te pasa. Prometo guardar el secreto, soy muy buena en eso. Si no, pregúntale a Romeo, que él es testigo de lo sigilosa que fui cuando me contó lo de su incómoda comezón en… Ah, olvídalo.

Sonreí genuinamente en esta ocasión.

—En serio, todo va bien —le aseguré.

—Que te hayan asaltado puede ser traumatizante —dijo pegando la espalda contra el estante que cuidadosamente ordenaba.

Tuve que mentirle a mi jefa (y a todo el personal de la librería), y le dije que nunca había podido reunirme con su hijastro porque me asaltaron en el camino. Ella se puso melosa y simpática conmigo, y yo prometí hacerlo mejor la próxima vez.

—No, no con ese labio roto. Le pediré a Mindy que lo acompañe —me había dicho ella despegando la vista de la pila de papeles que le llenaban el escritorio.

Hice una mueca y me llevé una mano a mi labio hinchado.

—No pienses que lo hago por ser mezquina —se justificó—. Te había pedido que tú lo acompañaras porque eres bonita, y él es fotógrafo. Ocupaba una modelo para sus fotos. Pero con ese labio…

¿Él era fotógrafo? ¿Y Laura me recomendó para que me fotografiara a mí?

—Eres exactamente su tipo. Él fotografía a chicas con el mismo perfil que tú, por eso se me ocurrió enviarte.

Asentí una sola vez y decidí irme de su oficina. Laura no me había despedido, y se portó muy bien conmigo después de la enorme mentira que le solté. No quería andar gritando a los cuatro vientos que casi me violaban así que me inventé una nueva historia.

Regresé al presente y me di cuenta que Shio continuaba hablando:

—Una vez me asaltaron en un autobús. Fue horrible, el sujeto llevaba traje y corbata y nos sorprendió a todos cuando sacó una pistola del chaleco. Tuve que entregarle el anillo de plata que mi novio me había regalado en ese entonces. Definitivamente caras vemos…

Hizo un puchero y me ayudó a terminar de arreglar los estantes.

—Siendo sincera, no dejo de pensar en eso —admití. La otra noche me había dado un ataque de pánico. Jamás en la vida había tenido uno. Fue horrible.

Desde ese entonces Adam se portaba distante conmigo. Me hablaba poco o nada, y no se aparecía por casa de papá. Llevábamos así tres días.

¿Acaso yo había hecho algo malo?

Él me dijo que me amaba, aunque pronto me estuve cuestionando si no fui yo quien lo imaginó todo.

—Te recuperarás —me aseguró Shio—. Aunque ahora parezca que no vas a poder soportarlo, lo harás. Estarás bien.

Sonreí, esperando que fuera verdad lo que decía. No quería quedar marcada de por vida.

—Oh, mira quién ha entrado por esa puerta —Shio cambió de tema, tomándome del brazo y obligándome a ver.

Por un momento se me salió el corazón al pensar que podía ser Adam, pero no era él, sino un chico de cabello rubio con un atuendo poco destacable, más sin embargo, llamativo.

Usaba lentes y una boina marrón claro que resaltaba sus ojos color miel.

Saludó tímidamente a una Mindy aburrida que masticaba su fiel goma de mascar color rosa.

Supe quién era él desde el momento en que abrió la boca y pronunció palabras con un marcado acento italiano.

¡Él tenía que ser el verdadero Giulio!

—Busco a Laura… la dueña de la tienda —dijo en un tono jovial. No parecía ser mayor que yo, tal vez compartíamos la misma edad.

Mindy señaló con su dedo hacia la puerta de la oficina de Laura, y luego regresó a su labor de tararear la canción que sonaba de fondo en la librería.

El chico caminó a paso lento hasta quedar frente a la puerta. Vio a todos lados antes de tocar primero y luego entrar.

—Ese debe ser el hijastro de la condesa vampiro —susurró Shio en mi oído—. Se mira tan tierno y adorable… dan ganas de lamerlo como a una paleta helada, y morder su centro para saber si tiene un relleno igual de delicioso.

—¡Qué morbosa eres! —me reí con ella ante su descripción.

—Yo solo digo la verdad. Oye, me contó Mindy que te ofreció la habitación que queda disponible en su casa.

Asentí con la cabeza.

Saqué una pila de libros cuya portada era de una margarita tirada en el suelo, y los comencé a ordenar en la sección de "Libros que te cambian la vida".

—¿Y piensas aceptar? Porque si dices que sí, entonces déjame decirte que las tres seremos compañeras de habitación —chilló emocionada.

—Pues…

—Anda, di que sí. El precio es razonable y los servicios públicos están enteros… Bueno, casi. Tienes que jalar la cadena del baño al menos unas tres veces seguidas para que no salga expulsada el agua hacia arriba pero, eso es todo. Lo juro.

—¿Qué pasa si solo la jalo una vez?

—Créeme, no quieres saberlo. Mindy y yo lo descubrimos de la peor manera posible. Gracias a Dios solo había hecho del uno porque sino… ¡chocolate marrón por toda la cara!

—Ugh, demasiados detalles.

—¿Entonces?

—Mindy me había dicho que tenía una compañera de dormitorio algo loca. Nunca me dijo que eras tú.

—¡¿Te dijo que yo era la loca?! Jum.

—Anna, ven aquí un momento —me llamó Laura desde el otro lado del local, asomando la cabeza por la puerta de su oficina.

Rápidamente le di una mirada aterrada a Shio, y me movilicé hacia mi jefa.

—¿Qué ocurre? —pregunté una vez que cerré la puerta tras de mí. Vi disimuladamente al chico sentado a la izquierda de su escritorio.

—Te quiero presentar a Giulio, el hijo de mi prometido.

Giulio se puso de pie y me examinó de abajo hacia arriba, y a diferencia de la copia barata llamada Dante que conocí el otro día, él me miraba no con morbosidad sino que con curiosidad.

Me dio un asentimiento de cabeza y se enfocó en mi labio hinchado y de color púrpura que aun me recordaba mi experiencia traumática.

—Muy linda —me dijo, apenas y pude entenderle por lo pesado de su acento italiano. Me sonrió en aprobación y volvió a su asiento.

—Giulio necesita una modelo para sus fotografías, acompáñalo —ordenó Laura.

—¿Qué… qué ocurrió con Mindy? —pregunté tartamudeando.

—Me dijo que le dolía la cabeza. Ella se pone delicada cuando tiene algún síntoma de malestar.

—Bien —acepté agachando la mirada.

No estaba preparada para irme yo sola con un chico que apenas conocía, peor si era para tomarme fotos. No me sentía cómoda con eso. Había aprendido la lección.

—*Perfetto, grazie mille* —escuché que exclamó él. Entonces se movió para darme un beso en ambas mejillas.

Laura me miró de reojo y enarcó una ceja cuando notó cómo me ruborizaba lentamente.

Cuando salí de su oficina, Shio me alcanzó y me llevó hacia donde antes nos encontrábamos.

—¿Y? ¿Qué quería la víbora de dos cabezas? —preguntó, inquieta.

Me encogí de hombros.

—Me dijo que acompañara a Giulio.

Shio comenzó a dar saltitos.

—Tienes una suerte de oro. Ya quisiera conocer los chicos que tú conoces. ¿Será que vivimos entre dos mundos paralelos y a ti te tocó la mejor parte? Porque amiga, a mi sólo se me acercan tipos feos o ancianos. Estoy cansada de ahuyentar a los sujetos casados.

Me reí un poco.

Luego fijé la vista en el estante de "Libros que te cambian la vida" y noté que Shio había colocado algunos para mayores de edad y otros que deberían estar en el aparador de paranormales.

—¡Shio! Esos no deben ir ahí.

Ella dirigió su mirada hacia donde le indicaba, y sacó uno de los libros para enseñármelo.

—¿Qué? ¿Cómeme con Chocolate no debería estar en esta sección? ¿Por qué? A mí me cambió la vida. Cuando Fiona entra en el despacho de Liam —comenzó a contar parte de la historia— y él, literalmente hablando, se come las bragas de ella… simplemente no pude soportarlo. Jamás volveré a ver las bragas de la misma forma. Merece estar en esta sección.

No discutí con ella por eso.

—¿Ya pensaste si te mudarás con nosotras? —volvió a preguntarme después de un segundo de silencio.

—Hoy en la noche te doy mi respuesta.

Aunque probablemente terminaría aceptando.

—Bien, vas a ver que nos vamos a divertir juntas. ¡Cero supervisiones paternales! Aunque tenemos por norma general dormirnos temprano, Mindy deja que Rody, su serpiente, ande libre por la noche así que para evitar toparse con esa cosa en la oscuridad, cada quien corre a su habitación.

Vivir con ellas definitivamente sería algo diferente. Tendría que comentar esto con Adam, si es que volvía a hablarme de nuevo.

Fue una tarde calurosa y larga, Giulio era un chico entusiasta y con gran carisma. Tomó bellas fotos del paisaje, e incluso enmarcó preciosas perspectivas de los edificios que íbamos viendo a nuestro paso.

También fotografió a una pareja de novios tomados de la mano, ofreciéndose una bebida energética mientras compartían una sonrisa secreta.

Como a eso de las tres, nos dio hambre y nos detuvimos a comprar bocadillos en una panadería llamada, irónicamente, Noah y Lila.

Giulio tomó fotos de las sillas de madera del local, y pidió té helado mientras compartíamos una rosquilla glaseada.

—Me encanta todo —dijo viendo en varias direcciones y enfocando su lente a lo que le parecía interesante.

Sonreí ante su entusiasmo.

De pronto, mientras me llevaba el vaso de té a la boca, vi que el nuevo punto de enfoque de la cámara era yo. Levanté la vista justo cuando me tomaba la foto.

—¿Por qué tienes el labio morado? —me preguntó, examinando la imagen que acababa de tomarme con su cámara.

Aparté los ojos y me fijé en un pequeño cartel anunciando los sándwiches del día.

—Me caí —mentí. Dejé que mis dedos recorrieran el material del mantel a cuadros que cubría nuestra mesa y toqué la tela sintética con minuciosa atención—. Fui a dar directo al borde la bañera, fue hace tres días.

Él arrugó la cara.

—*Che Spavento!* Debió ser doloroso.

—Demasiado.

No sabía el por qué, pero no pude ser sincera y decirle la verdad. No me gustaba llamar la atención sobre mí misma, y no quería que fuera a enojarse pensando que hubo alguien que intentó usurpar su lugar.

—¿Esa caída también provocó la marca de dedos en tu brazo? —preguntó viendo mi ahora descubierto brazo. La manga de mi camiseta se había levantado ligeramente dando un buen vistazo de cuando Mason me sujetó en una de las tantas veces que me forzó a permanecer quieta.

Me lo cubrí inmediatamente.

—Eso fue otra caída. Soy muy torpe, suelo caerme mucho. De repente se me antojó uno de esos sándwiches de pollo, ¿quieres uno? —rápidamente cambié de tema.

—Claro —dijo encogiéndose de hombros y cediendo en cuanto a lo de mi brazo.

Me levanté de prisa, y me dirigí a la barra de madera en donde una mujer de mediana edad me atendió con amabilidad y una enorme sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti, cielo? —preguntó ella.

Yo le pedí cualquier clase de sándwich en el que pudieran demorarse unos minutos de más; no quería regresar a la mesa con Giulio porque quería evadir la verdad.

Ella me guiñó un ojo y dirigió hacia un tipo musculoso y de huesos anchos para repetirle mi orden.

Él sonrió y le dio un beso en la boca, para mi asombro.

—Oh, él es mi marido: Noah, el dueño del restaurante —dijo una vez que regresó frente a mí.

—Supongo entonces que debes ser Lila.

—Sí, supones bien. No te había visto antes por aquí. Toma, esto es de parte de la casa —me pasó un pedacito de pan color café y, al olerlo, pude sentir el chocolate impregnado en la masa.

Sonreí y lo acepté con gusto. Le di una mordida y me encantó el sabor. Curiosamente mi salida con éste Giulio me recordó a mi salida con el otro.

El pánico me entró repentinamente y giré la cabeza para ver si Mason no me estaba espiando por alguna parte. El cómodo local se encontraba relativamente lleno y, pasando superficialmente la vista sobre los clientes, noté que no había señales de mi acosador. Pero eso no hizo mucho por tranquilizarme.

Marie me había dicho que supo sobre Giulio porque Mason me estuvo siguiendo, no sabía si en estos momentos estaba siendo observada también.

Repentinamente mi celular comenzó a vibrar en mi bolsillo. Lo cogí y vi que era un mensaje de Adam.

Lo abrí, dedicándole una sonrisa en el rostro, pero esta se borró al leerlo.

«Tenemos que hablar. Te espero esta noche en mi lugar. »

Por alguna razón eso me preocupó más de lo que ver a Mason me preocuparía. Adam jamás había sido así de serio en un mensaje.

Le envié una carita feliz, aunque realmente algo dentro de mí me decía que esto no era nada bueno.

Giulio notó inmediatamente el cambio que tuve al llegar a la mesa con mi sándwich de pollo.

—¿Qué está mal? —preguntó.

Negué con la cabeza. Ni siquiera yo lo sabía.

Tragué saliva y me obligué a sonreír para no preocuparlo.

—Nada. Creo que ya va siendo hora de regresar a la librería.

Comí en modo automático y me tomé todo mi té helado de un sorbo.

Giulio aprovechó para tomarme otra foto.

—¿Qué te parece si nos vamos caminando? —propuso—. Con esta luz las cosas se miran realmente maravillosas

Acepté y traté de olvidar el por qué le era tan necesario a Adam hablar conmigo después de ignorarme durante tres días.

Mientras avanzábamos por la acera, Giulio me pidió que posara junto a un letrero con globos y luego que mirara hacia otro lado menos a la cámara. También me tomó varias fotos mientras yo no posaba y simplemente me relajaba con el ambiente tan tranquilo en esta parte de la ciudad. Estábamos a unos minutos de la playa en donde Adam me presentó a sus amigos, y en donde conocí a la insoportable de Elena. Sonreí al recordar cuando le pregunté a él si era ladrón.

Después nos movimos de allí y nos tomamos unos refrescos para atenuar el calor que siempre venía a finales de Marzo.

La verdad es que me divertí mucho, me caía bien este Giulio y su acento me parecía adorable. Él miraba todo como si nunca en la vida conociera nada igual.

Su cabello rubio parecía brillar bajo la luz del sol. Se ajustaba los lentes siempre que iba a tomar una nueva foto con su cámara Polaroid, y una vez que la fotografía instantánea salía, él la observaba con admiración y la guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

Nos tardamos en regresar a la librería, por lo menos una hora.

En el camino nos detuvimos para fotografiar a un vendedor de frutos secos y a un chico vestido como Mickey Mouse.

En general la pasamos bien. Hasta que recordé que ese mismo día tenía que ver a Adam y preguntarle por qué me estaba ignorando tanto.

—¿Qué te sucede? —Me preguntó Giulio cuando vio lo nerviosa que estaba. Justo nos encontrábamos a un paso de entrar en la librería.

—¿Por qué piensas que me ocurre algo?

—Porque te guste o no, reconozco y veo los síntomas de alguien que ha sido maltratado.

Negué con la cabeza, ese era un tema del que no quería hablar en esos momentos.

—¿Fue tu novio? —preguntó él, abriéndome la puerta de entrada del local—, ¿o algún familiar?

—Mira… —Antes de que pudiera ponerme a protestar, él me hizo una seña para que no dijera nada.

—No tienes por qué contarme. Solo quiero que sepas que puedes recibir ayuda. Cuenta con las personas que tienes alrededor; cuenta conmigo.

Asentí y guardé silencio.

Si tan solo supiera…

Él extendió su mano y depositó un papel en mi palma. Me hizo una pequeña reverencia con su boina antes de perderse dentro de la librería.

Mientras lo veía alejarse, inspeccioné lo que había puesto en mi mano: era una de las fotografías que me tomó, de cuando estábamos con los globos y uno de ellos, el de color turquesa, se pegó en mi cabeza y creó estática con mi cabello.

En la imagen me miraba feliz y contenta.

Me preguntaba hasta cuándo me iba a durar esa felicidad.

Esa noche me dirigí al departamento de Adam, estaba nerviosa y no paraba de comerme las uñas. ¿Para qué quería verme?

Tenía un mal, mal presentimiento.

De alguna manera llegué hasta la puerta de su edificio, y como pude, saludé al portero y caminé hacia el elevador. Una música brasileña me acompañó en mi corta subida hasta el sexto piso.

De ahí, mis pies caminaron en automático y el puño de mi mano tocó la dura superficie de la puerta de Adam de igual forma: como si mi cuerpo se manejara solo y a su antojo.

Me mordí el interior de mi mejilla mientras esperaba a que abriera, y pasé mi lengua por mis dientes, repasándolos de uno a uno y familiarizándome con sus formas.

Finalmente él abrió y me miró de pies a cabeza.

—Viniste…

—¿No me pediste que viniera?

—Sí, pero pensé que estarías enojada conmigo por no haberte llamado en todo este tiempo. Creí que me dejarías plantado. Merecía que me dejaras plantado.

—¿Qué pasa?

Entonces vi algo que jamás había visto en su rostro. Sus ojos se miraban cansados y parecían haber llorado mares.

Aunque intenté mantener mis manos alejadas de él, me fue imposible no llevarlas a su rostro y tocar sus párpados o sus mejillas.

—¿Estuviste llorando? —pregunté, temerosa—. ¿Te desvelaste, tal vez?

—Entra, hay algo que debo contarte.

—¿Está todo bien?

Él murmuró algo que no logré entender, y me insistió para que entrara a su departamento.

Me resigné a que no me dijera nada y me dirigí hasta la sala. Antes de sentarme en el sofá, él me tomó suavemente por el codo y negó con la cabeza.

—No aquí, nena. Hablemos allá —señaló la puerta de su dormitorio.

Asentí y nos trasladamos de nuevo.

Mientras pasábamos, vi a Steve, el zorrillo, esconderse debajo del sofá.

Zorrillo con suerte, al menos podía huir de la situación. Pensé enseguida.

Una vez dentro de su habitación, Adam me tomó de la cintura e inmediatamente atrajo su boca a la mía.

Como no entendía muy bien qué pasaba, dejé mis ojos abiertos durante unos segundos y luego los cerré. Su boca sometía a la mía, sus labios no dejaban de provocarme. Hasta que sus manos fueron a parar a mi trasero y tuve que separarme un poco para saber qué estaba pasando con él.

—Lamento haber desaparecido estos últimos días —comenzó a decir, no dejó que yo le preguntara primero—. Pero tenía asuntos que resolver.

—¿Me vas a decir qué pasó?

Adam suspiró sin muchas ganas de querer abrirse para mí.

—Después. Ahora todo se trata de ti, ¿entiendes? —empezó a acariciar mi cabello y besó mi frente.

—N... No entiendo...

Él inclinó su cabeza para que sus ojos y mis ojos quedaran viéndose desde la misma altura. Puso sus manos en mis mejillas y comenzó a trazar círculos con sus pulgares.

—Anna, quiero saber si estás bien. Lo que pasó el otro día...

Abrí la boca y la cerré.

—No —lo detuve antes de que siguiera hablando—. No quiero hablar de lo que pasó ese día.

—Pero nena...

—Adam, por favor no insistas. Estoy bien. Te lo puedo asegurar.

Vi sus ojos verdes oscurecerse y se apartó abruptamente de mí.

—No, no estás bien. ¡Un ataque de pánico no es síntoma de encontrarse en buenas condiciones!

—¡¿Y cómo sabías tú que era un ataque de pánico?! —grité de vuelta. Estaba haciéndome enojar muy rápido.

—Porque yo los tuve a los quince años.

Oír eso me ablandó un poco.

Me crucé de brazos y me senté a orillas de la cama. Miré en dirección a la pared con un enorme ventanal de vidrio dándome una vista de varios edificios y casas pequeñas iluminadas de noche, y luego regresé a los ojos de Adam.

—Yo… —comencé a decir—, ya estoy mejor, tienes que confiar en mí.

—Anna, sé que toda esta experiencia fue traumática para ti. Broma o no, las sensaciones siempre se quedan contigo. ¡Intentaron violarte, privarte de una decisión importante! Por supuesto que tienes que estar molesta.

Agaché la cabeza, queriendo ocultar mis ojos de los suyos.

—Por favor Adam, no insistas. ¿Estás tratando de desviar el tema? Porque aún no me has dicho qué pasó contigo en estos días.

La comisura de mis labios tembló ligeramente. No podía hacerle frente a la posible realidad de que tal vez yo estuviera traumada por mucho tiempo.

Adam pasó una mano por su cabello oscuro, dando un suspiro exagerado.

—Se trata de mi hermano. Él no ha respondido muy bien a la terapia de electrochoque que le han impuesto últimamente. Quería llevarte conmigo para que lo conocieras, pero no creo que estés preparada para él.

Fruncí el ceño.

—¿Qué te hace pensar que no lo estoy... ?

—Porque él es un violador, Anna. Por eso —respondió de manera seca.

Mi boca quedó abierta.

—¿Cómo te has sentido estos últimos días? —siguió hablando, ignorando por completo mi reacción de puro asombro—. ¿Con miedo? ¿Pánico? ¿Descontrolada? Pues bien, mi hermano disfrutaba esa sensación, y más si dichas chicas estaban completamente expuestas y a su voluntad. ¿Quieres saber cómo sé todo esto?

Adam estaba exaltado, y yo no sabía qué decir.

Negué con la cabeza.

—Porque él violó a mi primera novia. La sedó y luego me hizo ver todo lo que le hizo. Yo tenía trece años.

Abrí más la boca. Parpadeé intentando registrar en mi cerebro lo ocurrido.

—¿Te imaginas que edad tenía ella? Doce.

Tragué hondo y algo en mi pecho se removió incómodamente.

—¡Nadie puede culparme por odiarlo! y ahora, ese infeliz se está muriendo. ¡Se está muriendo, Anna! —para mi sorpresa sus ojos se pusieron acuosos y empezó a reír sin humor. Su cara estaba roja, y él no dejaba de pasearse de un lado a otro de la habitación—¿Quieres saber lo peor de todo? Que yo no hice nada al respecto, solo me quedé parado como un observador más. Un mero espectador en una violación de una niña.

Lágrimas brotaron de sus ojos.

Me puse de pie para acercarme a su lado, pero él se alejó y me despachó a mi sitio con un gesto de mano.

—Adam...

—Ahórratelo —me cortó. Se pasó agresivamente la palma de la mano por sus mejillas para deshacerse de las lágrimas—. No lo merezco. Soy la peor clase de tipo en este mundo: un perfecto pasivo que no hizo nada cuando su hermano mayor violaba una y otra vez a su novia inconsciente. Solo fui un observador silencioso que vio cómo él se introducía una y otra vez en el cuerpo de una pequeña niña. Aún recuerdo que cuando terminó, la dejó en el suelo del baño como si fuera un sucio trapo del que se tenía que deshacer.

Mis ojos también comenzaron a nublarse, y ahogué un sollozo.

—Su nombre era Emilia —continuó diciendo. Ya no quería seguir escuchándolo. Me sentía mal por él, pero tampoco sabía qué hacer—. Cuando se despertó, ya no

era la misma. Y creo que ella también lo notó porque ese día se fue inmediatamente de mi casa y evitó todo contacto conmigo. Mi hermano se encargó de no dejar huella de la sangre en donde la pequeña dejó su virginidad pero estoy seguro que ella tuvo que saberlo.

Me estremecí.

Quería taparme los oídos, huir y no seguir escuchándolo.

—Dijiste... —me aclaré la garganta y me obligué a hacer la pregunta— dijiste que se llamaba Emilia. ¿Por qué en tiempo pasado?

—Un año después se suicidó. Ella sabía que algo le había pasado, pero nunca dijo nada. Se quedó callada, pensando que seguramente fui yo quien la violó. Yo tampoco dije nada. Me quedé callado como un idiota cobarde. Pude haberle dicho a mis padres, o tal vez a los padres de ella, pero no. No hice absolutamente nada por ayudarla.

Lloré silenciosamente por la niña cuya vida había sido quitada. Aparté la vista de un Adam que todavía lloraba sin pudor y que ahora estaba sentado en el suelo.

Con las manos se jalaba el cabello y continuaba atormentándose con el recuerdo de su pasado.

—¿Sabes qué? —continuó hablando, su voz rota y lastimera—. Yo admiraba a mi hermano. Lo tenía en un pedestal. Jamás me imaginé que él haría eso; lo quería. Así que te imaginaras que la decepción fue enorme.

Mis rodillas temblaban así que me senté también en el suelo, al lado de él, apoyándome en una pared.

—A los pocos días de haberme enterado que Emilia se suicidó, le conté a Aarón lo sucedido y él simplemente me preguntó "¿Quién es Emilia?". Ese mismo año él se comprometió con su novia, Clarissa, la madre de Nicole. Estuve de pie en su boda, aplaudiéndole al hombre que violó a una niña, pero curiosamente, sentía que entre los dos, el mayor daño lo causé yo. Lo que más me duele —hizo una pausa y tragó el nudo en su garganta— es que yo la quería. Pero mi silencio la mató. Ahora entiendes el por qué yo no merezco a nadie, y mucho menos a alguien como tú.

Giré mi rostro para verlo. Me encontraba llorando como desquiciada, observando las lágrimas que caían también por su rostro.

—Te dije que soy una plaga —dijo viéndome a los ojos—. Y alguien como yo no puede estar con alguien como tú. Lo siento Anna, pero estoy tan jodido que hubiera deseado que nunca te enamoraras de mí. Cuando vi que entrabas en ataque de pánico el otro día... Yo, yo no pude soportarlo. Tú mereces a alguien mejor, y yo nunca podré ser ese alguien.

—¿Qué? —sentí que una roca de gran tamaño me caía en la cabeza, aplastándome con el conocimiento de las cosas.

—Encuentra la felicidad en otro hombre, uno que no esté tan dañado como yo.

—Adam... por favor no me alejes.

—Mi hermano se está muriendo y no sé si sentirme aliviado o infeliz por él, ¿en qué clase de persona me convierte eso? —ignoró por completo lo que le dije—. Será mejor que me marche. Siéntete libre de quedarte todo el tiempo que quieras. Por tu bienestar, aléjate de mí. No lo valgo.

Se puso de pie, tambaleando un poco al levantarse.

Inmediatamente lo tomé de la camisa para retenerlo y que no se fuera a ir.

—No te vayas —supliqué—. No me dejes. No me sueltes algo como eso y luego huyas.

Pero él simplemente retiró mi mano y caminó como si no hubiera escuchado nada. Dejándome sola y hecha pedazos.

No podía dejar de pensar en las cosas que me dijo. Lo escuché golpear la puerta principal cuando salió, y hasta ese momento reaccioné y me puse de pie para seguirlo. Me detuve antes de llegar a la sala, pensando que tal vez lo mejor era dejarlo solo por un momento. Él necesitaba lidiar con esto de alguna manera, y yo también necesitaba poner en orden mi cabeza.

Me senté en uno de los taburetes de la cocina, y me quedé viendo a la nada. Consumida por las sensaciones de lo que Adam me dijo.

Alrededor de dos horas después, escuché el sonido de llaves en la puerta.

Enjugué las pocas lágrimas que todavía seguía derramando, y me puse de pie para recibir a Adam.

Él abrió con dificultad y casi se cae cuando empujó la puerta con un poco más de fuerza.

Vi que se tambaleaba y que lanzaba sus llaves al suelo.

Estaba ebrio.

Me acerqué para ayudarlo pero él me ignoró o no me vio.

Fui a pararme frente a él, y entonces me prestó atención.

—¿Qué haces todavía... aquí? —apenas y lograba entenderle.

—Tome una decisión, por los dos.

Él continuó moviéndose, esta vez quitando su camiseta mientras caminaba en dirección a su dormitorio, ignorándome a su paso.

—Vete Anna. No quiero verte justo ahora.

Me planté de nuevo frente a él y me crucé de brazos.

—Escúchame, no sé por qué todavía te sigues culpando por algo que pasó hace tantos años. Sé que es un asunto muy delicado pero...

Adam se acercó rápidamente hacia mí. En un acto reflejo yo retrocedí y me pegué contra la pared. Sus brazos no tardaron en viajar a los costados de mi cabeza.

Sentí algo de pánico flotar por el borde de mi subconsciente, pero me lo tragué repitiendo una y otra vez que este era Adam, y él era incapaz de lastimarme... al menos no físicamente.

—Anna... —arrastró las palabras. Pude oler el alcohol en su aliento—, soy el culpable por haber matado a una persona. Emilia murió por mi culpa. Le robé la infancia a una niña. Claro que no hay día que pase sin que piense en mis actos de cobardía. Mi vida no ha sido fácil, y trato con todas mis fuerzas que Nicole no tenga que pasar por tantas cosas dolorosas; por eso y más es que evito que mi hermano la vea. ¿Te imaginas si él llega a... ? Si él... No podría aguantarlo.

Adam continuaba apretándome contra la pared, sujetando mis hombros y poniéndose demasiado cerca.

Su cuerpo apestaba a cigarrillo y alcohol fuerte. Parecía como si se hubiera bebido todo el licor de un bar.

—¿Por qué nunca me contaste nada de esto? —pregunté suavemente. Llorando sin saber que lo hacía.

—Porque me da vergüenza —susurró igual de suave contra mi oído—. Porque seguramente ahora te debo dar asco.

Negué con la cabeza. ¿Cómo podía pensar eso?

—Yo jamás creería algo así —le dije—. Jamás me darías asco.

—Entonces pruébalo.

—¿Cómo?

—Duerme conmigo.

Al oírlo, todos los vellos de mi cuerpo se erizaron simultáneamente.

Él llevó sus dedos a mis labios para acariciarlo lentamente.

Luego su boca se apretó contra la mía para fundirnos en un beso doloroso; un beso que no fue para nada tierno y suave.

Su boca se abría más, y por ende, la mía también lo hacía.

Su lengua se deslizó por mis labios con facilidad y pronto estuvo dentro de mi boca. Besándome con habilidad.

Podía saborear el alcohol de su propia lengua.

Se separó de mí.

—Vamos a la cama —susurró con voz caliente; sus ojos verdes perforando los míos.

Tragué hondo y asentí con la cabeza.

Dejé que él tomara mi mano y me llevara a su habitación.

Comenzó a quitar mi ropa, lanzándola con furia contra el suelo.

Me besó de nuevo mientras intentaba deshacerse de mis pantalones.

Yo estaba demasiado ocupada tratando de bajarle el cierre a los suyos, que no sentí cuando me recostó sobre la cama y llevó mis manos sobre mi cabeza. Sujetándolas con una mano, mientras que con la otra hacía la maniobra de deslizar mi ropa interior fuera de mis piernas.

Ni siquiera se quitó el pantalón cuando lo sentí moverse contra mí.

Jadeé de dolor cuando finalmente conectó nuestras caderas con un golpe seco y duro.

Se quedó quieto por unos minutos, esperando a que me recuperara, reposando su cabeza en mi cuello y dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Pasaron largos minutos hasta que comenzó a moverse lentamente, entrando y saliendo de la parte baja de mi cuerpo.

Gemí y jadeé en varias ocasiones. Siempre encontrándome con su pelvis y mirándolo a los ojos mientras tomaba todo de mí. En cierto punto, y cuando yo estaba perdiendo la cabeza, se sentó y me llevó en la misma posición con él.

Todo el acto en sí, pasó de un borrón.

Cuando terminamos, nuestros cuerpos estaban sudados y calurosos.

Adam ya no parecía tan borracho como en un principio, y rápidamente se retiró y se movió a orillas de la cama.

Ni siquiera me molesté en ponerme una sábana encima de mi cuerpo desnudo cuando me senté a su lado. Doblé las rodillas hasta hacer que toparan con mi mentón, y apoyé la cabeza para mirarlo.

—¿Ya estás mejor? —pregunté.

Él no respondió nada. Parecía molesto.

—Lo siento —dijo simplemente.

—¿Por qué?

Se pasó una mano por el pelo, jalándoselo y gruñendo a la vez.

—Puedes dormir en esta habitación si así lo deseas —comenzó a ponerse de pie, subiendo la cremallera de su pantalón—. Ya es tarde y no quisiera que te fueras a esta hora. Yo dormiré en el cuarto que le preparo a Nicole.

—Adam...

—Por la mañana te pediré un taxi para que te lleve a casa, pero si quieres irte ahora entonces lo llamo en un segundo. Tú me dices qué prefieres.

Me puse también de pie, furiosa y con ganas de golpearlo.

—¿Eso es todo? —grité— ¿Vas a dejar que simplemente salga de tu vida así como así?

Él me miró por un momento, pero rápidamente sus ojos se deslizaron por todo mi cuerpo desnudo. Acariciándolo con la mirada.

—Lo lamento —se disculpó—. Pero es mejor que me aleje de ti. La mala suerte parece que me sigue a donde sea que yo vaya. Te amo, pero tengo que dejarte ir.

Oír sus palabras alimentó aún más mi furia.

—Si me amaras me dejarías ser parte de tu vida a pesar de los tropiezos.

Me giré hacia la cama desordenada en donde sólo hace unos minutos ambos nos habíamos entregado.

Tomé la sábana, envolviendo mi cuerpo en ella.

Comencé a buscar mi ropa en el suelo, encontrando mi sostén tirado cerca de mi camisa rota.

—Pide un taxi, ¡ahora! —dije enojada.

Lo oí suspirar pero no me detuve de buscar mi ropa y hacer el intento de ponérmela.

Cuando estaba completamente vestida, noté que me hacían falta los zapatos.

Me agaché en el suelo y los busqué debajo de la cama.

Adam permanecía silencioso detrás de mí.

Cuando encontré mis zapatos, me giré para encararlo.

—¿Ya llamaste un taxi? Me quiero ir.

Él negó con la cabeza y no dejaba de ver en dirección a mis pechos, en donde mi camiseta estaba rota y dejaba ver la piel entre mis senos.

Me tapé intentando estirar la tela, pero ésta no cooperaba conmigo.

—Toma una de las mías —dijo sin apartar la vista de mi rostro. Llevó su mano a uno de los cajones del mueble en el que se apoyaba, y automáticamente sacó una camiseta de algodón, blanca.

Me la pasó de inmediato, sin dejar de verme.

Recibí la camisa y, sin importar que me viera, me quité la que andaba para colocarme la de él.

—Ahora sí —le exigí— pide un taxi.

—Llamaré al portero —habló sin fuerzas, arrastrando los pies mientras salía del dormitorio y me dejaba sola.

Quería echarme a llorar pero me reservaría la fiesta de lágrimas para cuando estuviera sola, en mi habitación.

Poniendo un pie frente al otro, caminé hacia la puerta principal y estaba a punto de salir cuando la voz de Adam me detuvo.

—Déjame acompañarte al lobby.

Le lancé una mirada asesina y dije:

—Puedo ir sola, ya conozco el camino —y antes de salir por completo, continué— y para tu mayor información, se te olvidó ponerte un condón. Pero no te preocupes que desde hace dos días que estoy tomando anticonceptivos.

Y con esto salí, dando un portazo y moviéndome con rapidez para alcanzar el elevador, en donde el muro que contenía mis lágrimas se vino abajo y lloré sin vergüenza.

Lo que más apestaba de las rupturas era que dolían siempre con mayor intensidad. Cada recuerdo, cada canción, cada imagen dolía. Y no era un dolor pasajero, como cuando te cortas con papel y la herida sólo arde.

Este era un dolor que dejaba hoyos negros que consumían todo a su alrededor.

Esos hoyos negros se estaban llevando un poquito de mi alma cada vez más triste.

No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie. Pero se me dificultaba cuando al siguiente día tenía que presentarme a trabajar y verme obligada a motivar a la gente y decirle que compraran libros con bonitas y perfectas historias de amor, aunque estas pertenecían única y exclusivamente ahí, a los libros.

Definitivamente preferiría a un novio literal, hacía que las rupturas fueran menos dolorosas y prácticamente inexistentes.

Pero en medio de todo, me tomó dos días reconocer que me porté como una idiota con Adam (aunque él también colaboró con eso), y que tenía que hablar con él. No podía simplemente ignorar lo que me había dicho. No estaba lista para dejar zanjada nuestra relación.

Yo lo quería demasiado para mi propio bien; no podía simplemente dejarlo solo en un momento difícil, aunque yo misma estuviera pasando por eso también.

Ese día decidí buscarlo y al menos intentar hablar de lo pasó. Necesitaba verlo, saber que estaba bien y que no cometió una locura.

Como tenía el día libre en el trabajo, ya que era mi comienzo de clases en la universidad, me moví hacia el edificio de Adam y me quedé sopesando la idea en sí debería subir o no a su departamento.

Justo cuando entraba y me armaba de valor, el viejo portero que estaba de turno y que ya me conocía, me detuvo antes de que avanzara hacia el elevador.

—Lo siento —dijo él agarrando aire después del pequeño trecho que tuvo que correr para alcanzarme—, el señor Walker me ordenó específicamente que no la dejara subir.

Algo se encogió dentro de mí al oír sus palabras.

—¿Cómo? —mi voz sonaba incrédula—. ¿Él dio la orden?

El hombre asintió y me miró con una cara de pena.

—Lo lamento pero él ha estado pasando su fotografía entre los empleados para prohibirle el acceso al edificio.

De nuevo se encogió algo en mi interior.

Yo no salía de mi asombro y de mi dolor.

—¿Señorita? —dijo uno de los encargados de seguridad que siempre se mantenían al margen, fuera del edificio—. Acompáñeme afuera, por favor.

El tipo se paró al lado del portero (cuyo nombre, según su etiqueta, era Phillip) y me miró de forma intimidante.

—Pero es que yo... Sólo quiero verlo. Si le avisan que estoy aquí...

—Desde que la vi acercarse yo lo llamé —dijo Phillip—. Él me reiteró que por ningún motivo dejara que subiera. Lo siento mucho.

Abrí la boca y luego la cerré.

Hace unos días estaba proponiéndome matrimonio, y ahora me ignoraba y huía de mí.

Quería llorar tan fuerte, pero me contuve y seguí al musculoso hombre de seguridad mientras me guiaba de nuevo afuera.

—Oh, espere —gritó Phillip antes de que pusiera un pie en la acera—. Él le dejó un sobre. Ya se lo traigo.

Fue a su escritorio por el sobre, y luego me lo entregó.

Me dio una sonrisa llena de condescendencia, y me dejó continuar por mi camino.

Una vez afuera, abrí el sobre y saqué una pequeña tarjeta.

Decía:

Lo siento, tenía que hacerlo. Por cierto, no te preocupes por Mason. Ya me encargué de él.

Doblé la tarjeta y la guardé.

En este punto de nuestra relación, sabía que no habría retorno.

Él no quería saber nada de mí; y yo estaba demasiado indignada como para comprender qué hacer para demostrarle que quería estar a su lado a pesar de lo que haya hecho en el pasado.

Esa fue una semana larga, en donde turnaba mi tiempo entre trabajar, asistir a clases y merodear el edificio de Adam con tal de verlo por al menos dos segundos.

Pero después de ser sacada a la fuerza por al menos cientos de veces, comprendí que la relación con Adam estaba rota lejos de cualquier punto del reparo.

Simplemente llegó a su fin.



CAPÍTULO 28

Eso sólo puede significar una cosa

Me sentía muy rara. Como si estuviera enferma y mi cuerpo me avisara que se avecinaban cambios.

Me dolía el estómago y mi boca se sentía amarga.

Traté de incorporarme de la cama, apoyando mi peso en la mesita de noche de mi habitación.

Revisé el reloj digital a mi lado, faltaba una hora para mi clase de Apreciación del Arte.

Todavía no me acostumbraba a la universidad o a dedicarme a los estudios; una vez que te tomabas un año sabático para descansar, muy difícilmente regresas con ánimos de estudiar.

Pero este primer periodo estaba yendo bastante bien.

Conocí más gente de la que pensé conocer, y me sentí mejor estando rodeada de personas. Eso evitaba que el hoyo negro que me consumía en silencio se hiciera presente.

Pronto un retorcijón en mi estómago me sacó de mis pensamientos. Un líquido amargo subió por mi garganta, amenazando con salir disparado de mi boca.

Prácticamente salté de la cama y esperé a que las náuseas pasaran. Pero regresaron dos segundos después y esta vez no iba a poder contener las ganas de vomitar.

Salí corriendo en dirección al baño, y una vez allí, volqué todo el contenido de mi estómago en el retrete.

Cuando terminé me apoyé en la pared y miré mi pálido reflejo en el espejo. Estaba sudada y boqueaba como un pez bajo el agua.

Decidí en ese momento darme una ducha y probablemente llorar por Adam como siempre hacía desde hace seis semanas. Se había convertido en una rutina diaria para mí.

No había vuelto a verlo desde entonces y ya lo echaba de menos, con fuerza, como si mi cuerpo lo necesitara para poder vivir.

Hace un tiempo me mantuve constantemente vagando por su edificio, pero ni los tipos de seguridad, ni Phillip, el portero, me dejaron llegar más lejos del elevador.

Incluso esperé a que Adam saliera para poder hablar con él y tal vez darle una que otra cachetada, pero siempre se las arreglaba para no salir cuando yo me encontraba vigilándolo.

Le dejé notas con Phillip, e incluso le lancé un ultimátum. Pero Adam Walker se había encerrado en él mismo, cargando con la muerte de Emilia, una niña que sufrió a tan corta edad.

Tampoco miré a Nicole o a su abuela en todo este tiempo; me sentía furiosa, indignada y dolida. Pero lo que más me importaba era hablar con él y decirle que lo amaba y que no quería dejarlo solo con esa gran carga pesada que llevaba a cuestas. Eso fue hasta la semana pasada, de ahí me vine abajo cuando uno de los guardias me dijo que "el señor Walker" se había mudado el día anterior.

Había un hoyo sangrante en donde antes palpitaba mi corazón; no podía creer que él me haya sacado con tanta facilidad de su vida.

Lo amaba. Pero ya no podía seguir esperándolo.

A fin de cuentas era mentira lo que decían acerca del amor: no podía superarlo todo. En especial cuando se trataba de traumas surgidos desde la niñez.

Lágrimas se agrupaban en mis ojos, soltándose sin mi permiso y con facilidad.

Por eso era malo enamorarse de forma tan profunda, uno siempre termina lastimado y con las alas rotas.

Acurrucándome en el suelo del baño lloré silenciosamente, hundiéndome en mi dolor hasta que nuevas náuseas me invadieron y tuve que vomitar otra vez.

—¡Chicas! Traje a alguien que quiero que conozcan.

Me encontraba preparando un sándwich en la cocina cuando la voz de Mindy interrumpió mi concentrado debate entre si debía ponerle jamón o salami.

Terminé eligiendo ambos.

Después de vomitar y retener poca comida durante esta mañana, me entró un hambre voraz por la tarde.

Shio, quien aún se encontraba usando pijama (a pesar de que eran cerca de las cuatro), bajó las escaleras y se encontró conmigo. Mordió una rodaja de salami que guardé en un contenedor plástico, y luego la dejó aparte, haciendo muecas en el proceso.

Mindy se reunió con nosotras. Su cabello, ahora de tonalidad fucsia, era como una llama de color en medio de tantos utensilios cromados.

—Apuesto que no adivinan a quién me encontré en una tienda —su voz sonaba animada. Eso era lo más despierta que la había escuchado desde que la conocí. Mindy siempre hablaba como si se estuviera muriendo de sueño.

—¿A quién encontraste? —preguntó Shio sirviéndose un tazón de cereal de chocolate—. No me digas que finalmente se cumplió tu sueño de conocer al chico que sale en las portadas de Obsidian.

Ella negó con la cabeza.

—Mejor. Me encontré con Ricky Martin.

Sonrió, satisfecha consigo misma.

—¿Viste a Ricky Martin en una tienda? —pregunté escéptica.

—¡Síííí! No me pude resistir y lo traje a casa conmigo —sacó sus manos de la espalda y nos mostró a un pequeño pero regordete hámster.

—Ese es un conejillo de indias, no Ricky Martin —se quejó Shio sorbiendo la leche del cereal con su cuchara.

—¿Que acaso no ven que tiene cara de llamarse Ricky Martin?

Ella dejó al hámster sobre la barra, en donde estaba preparando mi sándwich.

Miré al animal por un rato: peludo, de color café claro, y realmente gordito.

Lucía adorable.

—A mi me parece que tiene cara de llamarse Lucas —dije.

Shio ladeó la cabeza y observó al hámster con determinado interés.

—Estoy de acuerdo con Anna —dijo después de un rato—. Lucas le queda mejor.

—Pues ni modo. Ya lo bauticé con el nombre de Ricky Martin. ¡Oh, Ricky no muerdas ese salami! —ella agarró a Ricky y lo cargó en sus manos—. Tu debes comer solo semillas o concentrado para hámster. Por eso estás gordo.

Acarició su pelaje y dejó que el animal se acurrucara entre sus dedos.

—Le compré una jaula realmente bonita y le puse un cubo de calcio para que lo lama. También una rueda para que se ejercite.

—Sinceramente Mindy, te vendieron el hámster más gordo de la tienda —dijo Shio, apuntándola con su cuchara—. Ricky Martin está muy pasado de peso.

—Pues para que sepas, lo pienso poner a dieta, él comerá sólo vegetales de ahora en adelante.

Shio adoraba discutir con Mindy. Por lo general esta chica de pelo multicolor siempre traía a casa un nuevo animal. La semana pasada fue un pez dorado a quien llamó Estefano. Y la anterior a esa fue un lagarto bebé que se coló en mi bañera mientras la estaba usando.

Hice que se deshiciera de él inmediatamente.

—Mindy —dijo Shio— deberías dejar de traer animales a la casa. Pronto esto se va a convertir en un refugio de mascotas.

—Lo que pasa es que no te gusta Ricky Martin. ¡Lo odias! Por eso quieres que lo deje abandonado. No la escuches Ricky.

Shio rodó los ojos y me miró en busca de ayuda. Yo me encogí de hombros y me dispuse a morder mi sándwich.

—No odio a Ricky Martin. Sí, tiene ojos saltones y probablemente pese lo que un pavo debería de pesar, pero recuerda lo que le pasó a tu último hámster, Lucius. Rody se lo comió. Allá tú si quieres el mismo destino para Ricky Martin. Por cierto, ¿siempre vamos a tener que llamarlo por el nombre completo o qué?

Mindy resopló.

—Te dejaré llamarlo Ricky a cambio de algo.
—¿De qué?
—De que no te enojes porque le compré compañía.
Mindy fue corriendo a la sala y trajo consigo una cajita con varios orificios de la que sacó otro hámster. Este era de color blanco.
—Les presento a Shakira.
Shio rodó los ojos y empezaron otra discusión.
—¡Si Shakira y Ricky Martin comienzan a aparearse en mi cama, se los voy a dar a Rody de almuerzo! —gritó Shio, histérica.
—¿Cómo sabes que Shakira es hembra? Puede ser un macho.
—¡Estás advertida! Vas a tenerlos en jaulas y me niego a darles de comer.
Sonreí al verlas. Ambas eran grandes compañeras de habitación. Ellas siempre peleaban por los animales que traía Mindy a casa, pero en general esas dos eran buenas amigas (si obviábamos el hecho de que cada una nombraba sus pertenencias en el refrigerador. Ahora la salsa de tomate decía Mindy, y la salsa soya decía Shio).
La casa en la que vivíamos era de la difunta abuela de Mindy, y desde hace un par de semanas que me mudé con ellas.
Me dieron la bienvenida con un pastelito de fresa, e hicieron un recorrido por el perímetro de la propiedad.
Si Adam era capaz de mudarse y no decirme nada, entonces yo haría lo mismo. Los únicos que sabían de mi decisión eran mis padres y Rita.
—¡Anna! ¿Anna? —Shio se puso frente a mí y me chasqueó los dedos. Presentía que ésta no era la primera vez que me llamaba.
—¿Sí? ¿qué? —regresé al presente y me obligué a no llorar frente a ellas al recordar lo mucho que me dolió enterarme que Adam me había alejado de su lado, como si yo fuera una extraña.
—Te preguntaba si al fin Seth se animó a invitarte a salir.
Le sonreí incómodamente en respuesta.
Seth fue el gran amor de mi vida cuando estaba en sexto grado. Tuvimos una cita y hacíamos pareja en las tareas de la escuela. Volví a verlo en mi clase de historia universal, y él y yo nos mantenemos en contacto.
—Aun no me invita —dije finalmente.
Rita también me aconsejaba que de una vez por todas olvidara a Adam.
Cuando le conté sobre Seth, ella me dijo que era la oportunidad perfecta para dejar sanar mi corazón.
Para mí todavía era demasiado reciente lo que pasé con él. Mis heridas seguían frescas, y el dolor era tan insoportable que algunas veces costaba demasiado respirar, o caminar, o parpadear.
Sinceramente Adam salió huyendo como un cobarde; actuó sin sentido. Aún no entendía por qué me alejó tan abruptamente de su vida, cuando lo único que yo quería hacer era amarlo.
—Pues creo que Seth está a punto de invitarte —dijo Mindy, viendo fijamente por la ventana de la cocina—. Acaba de estacionar su auto enfrente.

Estaba a punto de darle otra mordida a mi sándwich, pero escuchar a Mindy detuvo mi mano en el aire.

Shio y yo nos comunicamos con los ojos y luego salimos corriendo para ponernos a la par de la pelirrosa.

Efectivamente, el auto de Seth estaba estacionado en nuestra acera. Y un muy guapo chico de cabello color rubio cenizo salió de un vehículo Honda.

Sabía a ciencia cierta que sus ojos eran azules y que olía a colonia varonil y pecaminosa.

Pero a pesar de lo guapo que era, todavía tenía sentimientos demasiado fuertes por otro chico totalmente opuesto a Seth. Un chico que resultó ser un bastardo que me dejó botada y que me apartó de su vida.

Después de ver cómo Seth se acercaba a la puerta principal y tocaba el timbre, noté que mi ropa era totalmente inadecuada para verlo. Llevaba un short diminuto y desteñido, junto con una camiseta de tirantes. Últimamente pasaba sofocándome del calor y trataba de mantenerme usando ropa cómoda.

Si quería tratar de darle un mensaje a él de que sólo éramos amigos, esta ropa diría lo contrario.

El timbre sonó de nuevo.

—¿Qué estás esperando? —dijo Shio palmeándome en el hombro—. Ve a abrirle a tu semental.

La fulminé con la mirada.

—Él no es mi semental; y no le abro porque tengo que ponerme otra cosa para usar.

—¿Qué tiene de malo lo que llevas puesto?

—¿Qué tiene de malo? —repetí—, pues que si quiero conservar a Seth como amigo, no puedo pasearme frente a él enseñándole mi ombligo.

Señalé la parte de mi vientre que quedaba descubierta gracias a la corta camiseta.

—Luces perfecta, créeme, ese tipo te va a soñar despierto toda su vida.

Shio me empujó en dirección a la puerta, y luego la abrió dejando que me las arreglara sola.

Seth sonrió ampliamente al verme. Sus ojos azules me recorrieron de los pies a la cabeza, y vi que tragaba saliva en más de una ocasión.

Pasó una eternidad antes de que se aclarara la garganta y me mirara de nuevo a los ojos.

—Hola —saludó tímidamente.

—Hola Seth. Pasa —me hice a un lado y dejé espacio para que entrara.

—Hola Shio, Mindy —las saludó también y ellas se sonrojaron.

Luego su atención estuvo de nuevo en mí.

—Anna, ¿cómo estás? Vine para ver si tenías el día libre, quería invitarte a dar un paseo conmigo.

Miré a Shio y a Mindy que aún permanecían viéndonos desde la cocina. Shio asintió enérgicamente con la cabeza.

—¿Sabes qué? —le dije a Seth—, claro que acepto. De hecho, hoy no tuve que trabajar porque mi jefa está haciendo algunas remodelaciones en el local. Reabrimos la otra semana.

—Perfecto. Entonces salgamos juntos.

—De acuerdo, ¿si sabías que podías habérmelo preguntado por teléfono, verdad?

Él me dio una sonrisa de campeonato.

—No hubiera sido tan divertido como venir en persona. Además, así puedo convencerte más rápido en caso de que digas que no.

Le sonreí también.

—Solo tengo que ponerme otra ropa y ya salgo —le aseguré.

Lo dejé en compañía de mis dos compañeras de habitación.

Mientras subía de dos en dos las escaleras, un mareo me sacudió con sorpresa. Me agarré al barandal y me quedé quieta por un momento esperando a que la casa dejara de dar vueltas.

Cuando me recuperé, me aseguré de ir más lento esta vez.

Me cambié de ropa, aunque no quería ponerme jeans porque me sudaban las piernas. El clima era demasiado caliente así que decidí conservar los shorts pero me cambié la blusa y me puse una que me cubriera más piel.

Peiné mi cabello marrón y usé un poco de mascara para resaltar el color gris de mis ojos.

Seguiría el consejo de mis amigas y me olvidaría de una vez por todas de Adam, aunque intentar salir adelante significara dejar que una gran parte de mi corazón saltara de un precipicio.

Seth y yo caminamos desde la casa hasta un parque recreacional que existía cerca de la zona.

Me sorprendió que no quisiera llevar su auto, y cuando le pregunté el por qué, me dijo que era parte de su complicada estrategia para que pasáramos más tiempo juntos.

Esta vez no sentí la necesidad de recalcarle que éramos simplemente amigos.

—Oye, ¿has oído las noticias que se dicen de Mason? ¿Si recuerdas quién es Mason? —me preguntó mientras caminábamos y comíamos paletas heladas.

Lo miré boquiabierta sin saber qué decir. Seth conocía a Mason porque también llevó clases con él cuando éramos niños, pero recientemente no tenía ni idea de qué había sido de ese pervertido.

—Sí, lo recuerdo, ¿qué dicen de él?

—Se rumorea que intentó violar a la novia de un tipo rudo —me atraganté con el helado y comencé a toser—. ¿Estás bien?

Seth empezó a darme palmaditas en la espalda.

Asentí con la cabeza y le indiqué que continuara contándome qué pasó.

—Bueeeno. Dicen que el tipo se enteró y le dio una paliza enorme que le dejó la nariz torcida, pero eso no fue lo único.

—¿No fue lo único que le hizo?

—Nop. Ahora Mason tiene tatuado en la frente: lame pollas.

Él comenzó a reír pero para mí no fue tan gracioso. Esto era obra de Adam, no había duda de eso.

—Imagínate —continuó Seth—, se lo tatuaron tan cerca de las cejas que es prácticamente imposible ocultarlo con una gorra o un sombrero. Tendría que dejarse crecer el cabello y hacerse un peinado femenino para poder taparlo.

—¿Y desde cuando sabes esto?

—Sucedió hace más de un mes. Pero si te soy sincero, él se lo merecía. Perdona que te lo diga, ya que ustedes fueron novios y eso, pero él nunca me inspiró confianza. Qué bueno que no te haya pasado a ti. Lo que Mason le hizo a esa chica tuvo que ser algo horrible porque supuestamente hasta la fecha de hoy, él no recuerda cómo terminó atado a una mesa en un bar gay fuera de la ciudad, con el tatuaje recién hecho.

—¿En un bar gay? —de pronto algo de la historia se me hizo familiar.

—Sí, es uno de esos lugares en los que se permiten los juegos sexuales. Esa noche había una temática de "mundo esclavo" o algo por el estilo. Así que, como él estaba atado, pensaron que era parte de la función. Lo peor de todo es que tenía tatuada la frente con un mensaje para nada favorable… ya te imaginaras lo que estuvieron haciendo con él toda la noche; pusieron en práctica, literalmente, lo que decía su tatuaje. Pobre…

—Ay… Dios… mío…

—Sí, pero bueno. A quien mal da, mal recibe.

—No puedo creerlo —murmuré todavía en shock—. ¿Y sabes dónde está él actualmente?

—Creo que ahora vive con un tío que tiene un serio trauma con los vampiros. No le ha ido muy bien. Ni tampoco al italiano que lo acompañaba esa noche.

—¿Al italiano? ¿Qué?

—Sí, mi amigo Pedro dice que conoce al tatuador, y que hubo dos chicos a los que tatuó en la frente esa noche. Pero como te dije, son rumores. Habría que ver a Mason para saber si es verdad lo que dicen.

—Yo creo que es totalmente cierto.

Miré por un momento a mi paleta que se estaba derritiendo, y sin poder evitarlo, comencé a reír con fuerza.

Seth me miró de reojo, pero no tardó mucho en echarse a reír también.

Dejé caer mi paleta y me sujeté a una pared porque mi risa loca no paraba.

Después de un rato logré detenerme.

—Sinceramente no lo lamento —dije con una enorme sonrisa que estuvo ausente durante semanas.

—Mucho menos yo. Me alegra que no estuvieras con ese loco cuando pasó.

No quise decirle la verdad. Sentía que nos pertenecía a Adam y a mí, pero claro que podía divertirme a sus expensas.

—Y… hablando de novios… ¿tú tienes uno actualmente?

Negué con la cabeza.

—No. Soy una mujer libre.

—¿Entonces no voy a ofender a ningún ex novio celoso si hago esto?

Sorpresivamente, Seth se acercó a mi cara, inclinó su cuello, y pronto sus labios estuvieron sobre los míos.

No hice el intento de apartarlo. Sólo cerré los ojos y permití que me besara dulcemente, pero para ser realistas: él no era Adam. Y aunque lo extrañara mucho, me obligué a olvidarme de él, y le puse empeño a este beso.

Si mi historia con Adam se cerraba, entonces era momento de comenzar una nueva por mi cuenta.

Le daría a Seth la oportunidad de armar el rompecabezas en el que ahora se había convertido mi corazón.



Despertar a la mañana siguiente no fue fácil.

El olor a desinfectante para pisos que usaba Shio era demasiado fuerte y se metía por mis fosas nasales. Y eso, combinado con la lata de atún que comía Mindy en ese momento, no fueron las mejores combinaciones de olores.

Mi estómago se revolvió pero logré mantener su contenido adentro.

—Te preparé tostadas —dijo ella enseñándome un plato lleno—, y le agregué huevos revueltos que tanto te gustan.

Hice una mueca ante la comida.

—La verdad es que no tengo mucha hambre, ¿y si la dejamos para después?

—Oh, ustedes los delgados no aprecian un buen plato de comida —dijo Shio una vez que terminó de limpiar los pisos—. Yo le perdí el miedo a los carbohidratos hace mucho tiempo, dámelos. Los comeré por Anna.

—Creo que me estoy enfermando —dije, llevé mi cabeza a la barra de la cocina y pegué mi frente contra la fría cerámica.

—Eso es por no comer. Mindy, deberías hacerle a Anna algo de tocino. Oh, y también algo de ese salmón que quedó de ayer.

Llevé una mano a mi estómago y lo apreté como si de esa forma fuera a evitar el vómito inminente que sentía venir.

—Todavía hay algo de pastel de chocolate por tu cumpleaños —habló Mindy desde la refrigeradora—. Lleva dos semanas pero nunca es demasiado tarde para comer algo de chocolate.

Eso fue suficiente, mi mano viajó automáticamente a mi boca y el familiar líquido espeso y amargo subió por mi garganta.

Corrí al baño más cercano y vomité con asco. No paraba de pensar en toda la comida que mencionaron Shio y Mindy sin que se me revolviera el estómago.

Sentí a las chicas venir detrás de mí y pararse a escasos centímetros de la puerta.

Una vez que terminé, descargué dos veces el servicio (así como ellas me habían enseñado a hacer) y luego me negué a ver cómo se perdía toda esa masa de color rosa por el inodoro.

No pude mantenerme de pie así que me senté en el suelo del baño.

—Oh por Dios… ¿sabes lo que es eso? —dijo Shio viendo con horror hacia mí.

Negué con la cabeza, tratando de recordar cualquier alimento que pudiera haber comido en esta semana y que me hiciera daño.

—¿Has tenido mareos? ¿Vómitos? ¿Náuseas y retorcijones en el estómago?

—Sí.

—Pues eso sólo puede significar una cosa.

—¿El qué?

—Anna… es obvio, hasta para un niño de cinco años, saber que lo que tú tienes es gripe estomacal.

—¿Tú crees?

—Definitivamente. ¿Qué otra cosa sería sino?



—¿Vómitos? ¿Fiebre? ¿Mareos?

Miré el rostro de Rita: cabello marrón, lacio, labios proporcionados, y bonitos ojos color avellana. A ella se le formaban hoyuelos en las mejillas, y su mandíbula era un poco ovalada.

—Sí, Rita —dije en un instante. Shio la había llamado para averiguar qué era lo que me tenía mal. Aunque también llamó a mamá y ella prometió traer sopa de pollo; ante la sola mención de la sopa, mi estómago protestó y comenzó a revolverse. Parecía tener vida propia.

—Mmm... Eso significa una sola cosa.

Rita se quedó pensativa, viéndome desde una distancia segura en caso de que mis ganas de vomitar fueran tan fuertes que no pudiera llegar a tiempo al baño y tuviera que hacerlo en el suelo.

—¿Qué? ¿Verdad que es gripe estomacal? —preguntó Shio.

—No, yo creo que tiene algo ahí adentro. Hay vida creciendo en ese estómago —ella se acercó para acariciar mi vientre y luego se alejó lentamente dándome una sonrisa ladeada—. Sin dudas, Anna, lo que tienes es un problema de lombrices.

Shio rodó los ojos.

Mindy abucheó mientras seguía acariciando a Ricky Martin y a Shakira, y Rita asentía sin parar.

—¿Estás diciendo que Anna tiene lombrices? —preguntó Shio, impaciente.

—Sí, y una muy grande.

Entonces ella rodó los ojos.

—¡Por favor! Lo de la gripe estomacal es algo más lógico, pero ¿lombrices?

—Sí, puede ser una lombriz solitaria.

—¿Lombriz solitaria? ¿Te estás escuchando?

—Según Google —dijo Mindy con su Smart Phone en la mano— dice que la lombriz solitaria puede ser ingerida si se beben o se comen alimentos que incluyan materia fecal. ¿Has comido algo que nosotras no sepamos, Anna?

Arrugué la nariz, asqueada y con náuseas de nuevo.

Ahora la que se acercó fue Shio, con algo de vehemencia se puso a acariciar mi estómago y comenzó a hablar en chiquito:

—Hola señor lombriz. ¿Podría hacernos el favor y salir de la pancita de Anna para esta tarde? La mantiene enfermita.

—¡Shio! —grité—. No tengo lombrices. La única comida que he ingerido es la que se hace aquí.

—Oh, Mindy es la cocinera. ¿Mindy, te lavas las manos antes de preparar los alimentos? —preguntó discretamente.

—¿Qué estás…?

—Oh, sí las tiene —interrumpió Rita antes de que Mindy armara una gran pelea por algo pequeño.

—No tengo lombrices. Busquen qué hacer —gruñí, frustrada.

—¿Comiste carne descompuesta en estos días?

—Ayer probó salami. Y no es por nada, pero el salami me da asco —habló Shio.

—Lo mejor sería llevarla al doctor.

Ellas se pusieron a discutir en voz baja, y después de unos minutos se callaron y yo comencé a sentirme mejor.

Me relajé y por ende mi estómago también.

Las chicas hablaban entre sí, pasándose información sobre mi cita con Seth. Él me había invitado esta tarde al cine y yo le dije que sí.

Por una parte sentía que salía con él porque me gustaba, pero la otra parte me decía que sólo lo estaba haciendo por querer vengarme de Adam, aunque sonaba estúpido sin el susodicho presente.

—¿Anna? —esa fue Shio la que me llamó.

Yo me encontraba con los ojos cerrados y con la cabeza puesta en la almohada de mi cama.

—¿Qué? —arrastré las palabras.

—¿Ya sabes qué nombre le pondremos a tu lombriz?

—¡No es una lombriz!

—Tiene personalidad fuerte, como la de un Marco.

—Dejen de ponerle nombre a mi lombriz inexistente.

—¿Qué otra razón le encuentras a esos síntomas?

—¿Y por qué no los buscamos por internet? —sugirió Mindy.

Las tres estuvieron de acuerdo y usaron el teléfono de ella.

—Veamos: vómitos, mareos, dolor de estómago. ¿Cansancio? ¿Tienes cansancio, Anna? —me preguntó ella.

Ahora que lo mencionaba, sí. Me sentía algo cansada, pero se lo retribuía al esfuerzo que me llevaba correr y vomitar en el baño.

—Listo. Según la página de Dr. Casero punto net, dice que puedes tener: Anemia, envenenamiento químico, envenenamiento por habas, posible exposición a la… Aiiish, esto no sirve de nada.

—Ya me siento bien —les dije para que dejaran de inventar enfermedades.

—¿Segura? Siempre es bueno darle una visita al médico —mencionó Rita.

—En especial si dicho médico es atractivo. Pero yo no tengo esa suerte —comentó Shio—. A mí sólo me coquetean los ancianos de doble moral…

Todas rodamos los ojos ante sus palabras.

—Bien, noto que todas están gruñonas. Me voy. Ah, y Anna, tu mamá ya viene en camino.

Finalmente me dejaron sola y logré descansar unos minutos antes de que la llamativa presencia de mi madre entrara por esa puerta.

Ya no se dedicaba a estafar a la gente diciéndoles que era psíquica, pero siempre le gustaba vestirse llamativamente con colores brillantes y fuertes.

Ella se acostó a mi lado, en la cama, y comenzó sobar mi cabeza.

—Muy bien, pastelito de calabaza, dime qué te agobia.

—No era necesario que vinieras, ya me encuentro mejor. Mis compañeras son algo exageradas.

Me senté en la cama, abrazando mi almohada y apoyando la barbilla en su suave superficie.

—¿No has sabido nada de Adam? —me preguntó ella.

Desvié mis ojos hacia la pared, tratando de que no se me echara de ver lo mucho que me dolía hablar de él.

—No. ¿Y tú? —dije finalmente.

Mamá negó con la cabeza.

—Nada. ¿Al fin me vas a contar qué ocurrió entre ustedes dos? Una relación tan sólida como la suya era difícil de romper.

—Aún no estoy lista para hablar de eso —dije suavemente.

Mis ojos comenzaron a nublarse y tuve que aclarar mi garganta para que mi voz no sonara extraña al hablar.

—Todavía no puedo creer que él se haya ido de esa forma. Creí que te amaba —insistió ella.

—Mamá, ya no quiero hablar de Adam. Por favor déjalo ir.

Pero a pesar de haberle dicho que lo olvidara, yo aún no podía seguir adelante. La verdad era que nunca lo podría dejar de amar.

¿Era posible que existiera esta clase de amor, así de intenso?

Sin siquiera notarlo, lágrimas caían de mis ojos, haciendo borrosa mi visión y empañando la habitación a mi alrededor.

Todo sería distinto si tan solo tuviera a Adam a mí lado.

—Oh, ¡calabaza! —chilló mamá, se acercó para abrazarme y sujetarme—. Deja de pensar en él. Mejor cuéntame si te hago alguna bebida especial para que te sientas mejor.

Sonreí y sollocé al mismo tiempo.

—¿Vas a prepararme algo que me haga decir la verdad otra vez? Nunca me dijiste qué fue lo que me diste esa vez.

Ella sonrió, besando la coronilla de mi cabeza.

—¿Sabes qué? No recuerdo muy bien qué le puse. Pero de lo que sí estoy segura, es que llevaba licor. Mucho, mucho licor.

Me reí con ella por un momento, hasta que las lágrimas de nuevo salieron de mis ojos. Les ordené que cesaran, pero nunca me obedecían, salían sin control.

Sollocé con fuerza, presionándome contra el hombro de mamá. Por mi nariz salía únicamente líquido. Probé la sal de mis lágrimas mientras éstas se deslizaban a través de la comisura de mi boca.

Mis hombros se movieron bruscamente y gemí involuntariamente en el cuello de mamá.

Ella me apretó más fuerte, siempre sobando mi cabeza.

—¿Puedes...? —mi voz comenzó a temblar— ¿Puedes hacer algo... algo que haga desaparecer el dolor? ¿Algo que evite que vuelva a enamorarme?

—Cariño, me temo que enamorarse es tan natural e inevitable como respirar. Es imposible no hacerlo.

Sollocé nuevamente.

—Lo odio. ¿Por qué me dejó? ¿Acaso yo no soy suficiente? —me alejé un poco del cuerpo de ella—. Dime, ¿soy tan poca cosa como para que me haya dejado ir de esta forma? Porque en estos momentos me siento como si fuera nada. Supongo que yo no valgo el esfuerzo.

—No, no, no. Anna, deja de decir esas cosas. Cualquier chico estaría agradecido de tener a alguien como tú.

Negué con la cabeza.

—Lo dices porque eres mi mamá. Está en tu código genético decirlo.

Llevé una mano a mi mejilla y limpié los rastros de lágrimas que surcaban mi rostro. Pero no podía detenerme. Sencillamente dejé de luchar con el sentimiento.

—Basta de esto —me regañó ella—. Ahora mismo dejarás de pensar en él. Ni siquiera mencionaremos su nombre.

—Yo lo amaba… todavía lo hago —admití, avergonzada por sentirme de esa manera—. Por favor has que deje de doler.

Me acurruqué contra el cuello de mi madre, y ella continuó con el suave toque a mi cabeza.

Se mantuvo susurrando palabras tranquilizadoras que lo único que hicieron fue aumentar el hoyo negro que me consumía lentamente.

Muy pronto la escuché cantando *This Never Happened Before*, de Paul McCartney, una de sus canciones favoritas.

Eso hizo que llorara más fuerte.

¿Acaso ella no sabía que cuando consuelas a alguien no tienes por qué cantarle algo triste?

Finalmente dejó de cantar, y por lo tanto mis sollozos se hicieron más pasables.

Últimamente sólo me dedicaba a llorar como víctima y a acurrucarme en los rincones.

Odiaba sentirme de esa manera.

—Deja de atormentarte —ordenó mamá al ver que concentraba mi mirada y apretaba la mandíbula en señal de molestia—. Mejor cuéntame, ¿qué era lo que te estaba incomodando esta mañana? Tus amigas me dijeron que estabas vomitando y que te dolía el estómago.

—No fue nada grave. Ya me siento mejor.

—Mmm...

—Mmmm, ¿qué?

Mamá suspiró levemente.

—Déjame preguntarte una cosa, y no te vayas a enojar: ¿cuándo fue la última vez que menstruaste?

De pronto su pregunta llamó mi atención, abrió algo en mi interior.

Me quedé boquiabierta por un segundo.

—¿Qué? —logré decir al fin.

—Anna... hay un pequeñísima posibilidad de que estés...

Me aparté de su hombro inmediatamente.

—No, imposible. Cuando... —dudé. No quería decirle a mi mamá acerca de mi última relación sexual con Adam—. Yo me estaba protegiendo, tomaba pastillas anticonceptivas.

—¿Cuánto tiempo tenías de tomarlas?

—Como... —hice una mueca tratando de recordar— dos días.

—¿Dos días? —dijo ella de manera sobresaltada.

Asentí, poniéndome de repente nerviosa por su reacción.

—¿Por qué?

—Calabaza, durante el primer mes que las tomas no hacen mucho efecto. En ese tiempo tienes que protegerte de otra forma a parte de esa.

—No, no, no, no...

Me levanté de la cama, paseando de un lado a otro, recordando esa fatídica noche.

Adam no usó condón, y yo, al parecer, estaba tomando pastillas que tardarían en hacer efecto.

Cepillé mi cara con mis manos.

—No... —quería llorar—. Yo no puedo estar... No. Apenas acabo de cumplir diecinueve años... Empecé hasta hace poco tiempo a asistir a la universidad... Imposible.

—Cariño no te estreses. Iré hoy mismo a comprar una prueba de embarazo.

¡Y dijo la palabra con E!

Pero no, yo no podía estar... embarazada de un tipo al que no le importé nada.

Me negaba a creerlo.

No.

—Por favor, ve a comprarla, te lo ruego. Yo no… Mamá —mis ojos se humedecieron nuevamente—. No puedo estar embarazada en este momento. No puedo…

Ella se levantó de la cama con un movimiento grácil, y corrió a mi lado para abrazarme.

—Tranquila. Voy ahora y vuelvo en un parpadeo.

Me dio un último apretón, y salió corriendo fuera del cuarto.

Estaba a punto de echarme a llorar nuevamente cuando la cabeza de Shio se asomó por la puerta.

—Lo siento —dijo bajando la vista—. Queríamos ver si tu mamá lograba ponerte de mejor humor y venimos justo cuando decía que podías estar… Lo siento, escuchamos todo. Lo siento.

Detrás de ella aparecieron Rita y Mindy. Las tres me miraban con compasión.

No sabía si sentirme molesta con ellas o simplemente llorar en sus hombros.

No elegí ninguna de las dos opciones y simplemente me senté a orillas de la cama. Ni siquiera me había cambiado la ropa de dormir porque el día, aparentemente, recién comenzaba. Y vaya que comenzaba de una pésima manera.

—Nunca se nos ocurrió eso —admitió finalmente—. Pero quiero que sepas que si estás… ya sabes, embarazada, tu bebé tendrá a las dos mejores tías de todo el mundo. También tendrá a Mindy.

—¡Oye! —se quejó ella— ¿Por qué me excluyes de esa manera?

Rita la pellizcó con fuerza, y pronto las tres se callaron, evitando verme y haciendo ese momento más incómodo de lo que ya era.

Mamá apareció después de media hora, alegando que el taxista que la llevó a la farmacia era lento para conducir; finalmente extendió una bolsa plástica en mi dirección y me dijo que fuera al baño para orinar en la prueba.

Yo me encontraba nerviosa y extremadamente estresada.

Las manos me temblaban mientras sostenía la cajita en la que venía la respuesta a un gran enigma que cambiaría para siempre mi futuro.

Mis amigas se quedaron a mi lado y decidieron esperarme mientras yo corría al baño y rogaba porque la prueba fuera negativa.

Según la caja: si me marcaba una rayita, era negativo, pero si salían dos, era positivo.

Finalmente y después de cinco minutos, oriné en el palito plástico y esperé el resultado.

Estaba nerviosa. No podía creer que, de todas las personas, esto podía pasarme a mí.

Si tan solo hubiera sido un poco más responsable.

Llevé mis manos a mi vientre.

—Por favor, pequeño Noah, no te adelantes todavía —¿Pero qué estaba haciendo? ¿Hablándole como si en realidad estuviera en mi vientre? Me corregí inmediatamente—. ¡Estoy hablando con la lombriz!

Genial. Ahora estaba loca.

Suspiré y decidí sentarme en la tapadera del inodoro para esperar el tiempo suficiente.

Llevé mis rodillas hasta mi mentón, y luego apoyé la cabeza, decidida a no llorar fuera cual fuera el resultado.

Luego de diez minutos, las chicas (y mi mamá) no pudieron aguantar más las ganas de saber qué ocurría, y empezaron a tocar la puerta, distrayéndome de mis pensamientos.

—¡¿Anna?! ¿Cómo salió la prueba? ¿Es positivo o negativo? —gritaron desde el otro lado de la puerta.

Me encogí de hombros y pegué aún más mi cabeza a mis rodillas.

Pronto comencé a entonar la canción que cantaba mamá hace un rato.

No quería salir por esa puerta todavía, no quería ver lo que marcaba esa estúpida paleta de plástico.

¿Una rayita? ¿Dos rayitas? Era absurdo.

Y más absurdo sería terminar embarazada y sin Adam a mi lado para sobrellevar la situación.

Siguieron tocando la puerta pero yo me quedé echa una bola sobre la tapadera del sanitario.

—¿Anna?

Finalmente después de otros diez minutos decidí que era hora de afrontar la realidad. Este era el momento, tenía que hacerlo.

Mi vida estaba a punto de cambiar dentro de unos segundos más.

Lentamente tomé la prueba de embarazo desde donde la tenía localizada, sobre el mueble donde ponía las toallas.

Cerré los ojos y me afiancé a ese objeto como si fuera un salvavidas.

Abrí un ojo, después el otro. Entonces lo vi, vi la prueba y lo que mostraba.

Al principio no entendí qué significaba pero luego reaccioné y tomé la caja en la que venía para ver el significado de las rayitas.

Una raya: negativo.

Dos rayas: positivo.

El mundo quedó en silencio a mí alrededor.

Mi boca quedó abierta por varios segundos, sentí que mi alma dejaba mi cuerpo y solo quedaba el cascarón vacío.

De nuevo los golpes en la puerta me trajeron a la realidad y me levanté para abrir y dejarlas ver lo mismo que yo había visto.

No sentía mis pies, no sentía que parpadeaba lo suficiente.

Les mostré la prueba y ellas jadearon al unísono.

Rita arrugó la frente.

—¿Qué significa eso? —dijo tomando con cuidado la prueba.

—¿Y la caja? ¿Anna qué la hiciste? ¿O nos dirás qué significa esa línea roja?

Mi voz sonó ronca cuando hablé y dije:

—Dio negativo.



CAPÍTULO 29

Esto es un secuestro

—Algunas pruebas fallan. No siempre cuando el resultado te dice negativo quiere decir que sea un cien por ciento negativo... Son falsos positivos —Shio seguía hablando sin parar; mordiendo sus uñas ocasionalmente, y siguiéndome a todos lados mientras yo preparaba mi ropa para mi cita con Seth.

Él y yo llevábamos, ya con éste, varios días de vernos fuera de la universidad, pero sinceramente estaba más preocupada por mi posible embarazo que por mi vida amorosa.

Habían pasado exactamente cinco días desde que me hice esa prueba, y a pesar de que dio negativo, no dejaba de tener esas náuseas matutinas, mareos, y siempre que llegaba a casa después del trabajo, estaba hecha un desastre del cansancio. Y eso por no mencionar que mi periodo tenía varios días de retraso. Antes no lo había notado ya que el mío venía de forma irregular y poco precisa; pero haciendo un conteo de los días, yo estaba muy, muy retrasada.

Casi no comía bien, ya fuera porque no soportaba el olor de la mayoría de los alimentos (lo que a su vez me provocaba vomitar sin control), o porque lo único que soportaba mi estómago en ese momento eran los duraznos... Aunque también terminaba vomitándolos.

No podía seguir jugando con Seth, no iba a responsabilizarlo por algo que no era de él. Y tampoco quería darle más alas; no estaba enamorada, difícilmente podría estarlo en un futuro (gracias a que cierto chico de ojos verdes me arruinó para los demás), y tenía que hacérselo saber antes de continuar confundiendo sus sentimientos.

Por eso lo llamé, para que nos viéramos en el restaurante de un hotel.

Era un lugar bastante concurrido, con una piscina y un buen menú que podía fácilmente digerir mi estómago sensible, ya sea porque encubaba una lombriz, o a un pequeño Adam Walker.

Decidí hacerme nuevamente otra prueba la próxima semana, solo para saber si el resultado cambiaría. Y si continuaba dando negativo, tendría que ir a consulta con un médico porque no habría razón alguna para estar con estos síntomas a menos que de verdad tuviera una lombriz solitaria en mi intestino.

—Luces distraída, ¿qué te ocurre? —preguntó Shio, sentada a orillas de mi cama—. Deja de estresarte pensando en si estás o no embarazada.

Suspiré, exhalando todo el aire de mis pulmones, y luego me senté a su lado.

—Me siento fatal. No he podido dormir bien en estos días, y lo peor de todo es que tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

Tragué saliva.

—Miedo a estar embarazada y criar a un hijo yo sola. No creo que pueda hacerlo sin ayuda. Soy tan cobarde...

—Tranquila, Anna. Vas a ver cómo cada cosa vuelve a su lugar.

Suspiré nuevamente y me levanté, no queriendo echarme a llorar y sentir lástima por lo patética que se había vuelto mi vida.

—¿Entonces? ¿Qué dice mejor: lo siento pero no podemos seguir saliendo porque creo que estoy embarazada de un tipo que hace aproximadamente dos meses no veo?

Extendí un corto vestido color crema, y en la otra mano extendí uno de color verde menta.

Shio me señaló el crema, y decidí probarme primero ese.

—Oye, Anna —dijo ella tímidamente mientras yo ponía algo de orden en mi habitación— ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Tú... Tú piensas salir con Giulio?

Alcé ambas cejas y me detuve a verla por un momento. Giulio y yo nos manteníamos en contacto, pero únicamente por correos o alguna ocasional llamada.

Él me enviaba fotografías de paisajes y edificios que le gustaban lo suficiente como para llamar su atención, y yo, a cambio, le prometí contarle la razón por la que él me había conocido cuando estaba muy golpeada.

—Giulio es sólo mi amigo, ¿por qué? ¿Te interesa él?

Las mejillas de Shio se pusieron rojas y apartó la mirada.

—Algo así...

—Si quieres, puedo pasarte su correo para que le escribas.

Ella sonrió ampliamente.

—Eso sería perfecto. Laura me puso a platicar con él por teléfono, para preguntarle sobre los materiales a usar en la remodelación de la librería, pero como que... ambos congeniamos. Y no puedo negar lo atractivo que es...

—No te preocupes, le vas a fascinar.

—Eso deseo.

Al mediodía esperé a Seth en el lobby del hotel. El restaurante quedaba en el primer nivel, casi después de la recepción y a la par del bar.

Yo llevaba un pequeño bolso colgando del hombro, en donde guardé lo más básico en caso de no aguantar las ganas de vomitar en público: una bolsa de papel.

Me encontraba viendo fijamente un cuadro que era una imitación de un Picasso cuando, la puerta de vidrio que daba al restaurante, se abrió e inundó gran parte del lobby con un fuerte olor a camarón y otros mariscos.

Mi estómago se revolvió y tuve que llevar una mano a mi boca para evitar vomitar.

Corrí en dirección a los baños, y no me importó la mirada hostil que me lanzó una mujer cuando accidentalmente la golpeé con la puerta.

Alcancé a meterme en el primer cubículo y vomité a tiempo sobre el inodoro.

Apoyé mi cuerpo en una de las paredes y eché mi cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos y deseaba que las náuseas pasaran. Pero se hacían peores con solamente recordar el olor de los camarones.

Llevé mis manos a mi vientre mientras me doblaba y vomitaba de nuevo.

Cuando sentí estable mis piernas, salí del cubículo y caminé hacia los lavabos, echándome agua en la cara.

Estaba pálida, cubierta de una fina capa de sudor y con el maquillaje regado.

El delineador negro que apliqué para resaltar mis ojos grises ya se estaba descolorando.

Cuidadosamente saqué el lápiz delineador que cargaba en el bolso y volví a aplicármelo, así como brillo de labios.

No sabía a quién quería engañar pero, no había duda de que mi vida ya nunca sería la misma. Estaba embarazada.

Mierda.

Hasta yo podía sentirlo.

—¿Cuántos meses tienes? —escuché que preguntó una mujer que retocaba su peinado en el lavabo junto al mío.

Hice una mueca y me enderecé para que no notara lo cansada que me sentía.

—No lo sé —respondí finalmente—. Tal vez uno o dos meses.

Ella me dio una mirada compasiva antes de echarse laca para el cabello.

—Cuando tuve a mi primer hijo, también vomitaba al oler mariscos. Te recomiendo un restaurante vegano a dos calles de aquí, es totalmente libre de olores y te agradará la comida.

Sonreí sin sentirlo y me quedé apoyada contra el mueble de baño en donde se encontraban las toallas de papel para secarse las manos.

—Gracias —dije a punto de ponerme a llorar. Últimamente me había convertido en una llorona.

La mujer me dio una mirada de reojo y continuó viéndose en el espejo.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve —cumplidos hace poco.

Mis mejillas se volvieron rosa.

De seguro habría madres más jóvenes que yo pero en ese momento me sentía una en un millón.

—¿Y el padre sabe que estás embarazada?

Bajé la vista y me negué a verla a los ojos.

—El padre está ausente desde hace mucho tiempo. No cuento con él.

—Mmm, entiendo. Yo tenía la misma edad cuando también me embaracé. No te preocupes, aunque ahora creas que el mundo se viene abajo, lo vas a superar. Es un poco más difícil para nosotras las madres jóvenes, pero eso nos hace más fuertes que

las que continúan con su vida normal. Cada quien tiene su propia prueba que superar, tal vez esta sea la tuya. Y oye, yo jamás me he arrepentido de tener a mi hijo. Fue lo mejor que me pasó.

Con eso ella se fue del baño, dándome un guiño antes de salir por la puerta.

Me mordí el labio y bajé la vista hasta mi vientre.

Tenía que comprar una prueba de embarazo, sin importar que todavía no hubiera pasado la semana completa que estimé para esperar. Quería salir de la duda lo más pronto posible.

¿Estaba Noah ahí o no?

Aggg, no tenía por qué llamarlo Noah. Eso me recordaría muy dolorosamente a Adam.

Salí del baño con una sola idea en la cabeza: hacerme otra prueba y rápido.

Había una farmacia a unas pocas cuadras del hotel, podría ir y venir en tan sólo unos minutos.

Le envié un mensaje a Seth diciéndole que me retrasaría y que se adelantara a entrar sin mí. No quería que supiera que llegué antes.

Salí del hotel sin ningún contratiempo, y me dirigí a la farmacia en donde me avergoncé ante la mirada de lástima que me dio el empleado cuando vio las dos pruebas de embarazo que coloqué nerviosamente en el mostrador.

Una la haría hoy, y la otra la usaría mañana temprano. O tal vez me haría ambas al mismo tiempo para estar más segura.

Me dirigí nuevamente al hotel, y aguanté la respiración mientras cruzaba el restaurante en busca de Seth. Primero quería resolver las cosas entre él y yo, y después me dedicaría a la tortura de comprobar mi embarazo… o mi lombriz gigante.

El restaurante apestaba todavía a mariscos, y tomó todo mi esfuerzo sentarme en una silla y fingir que no me afectaba ese olor. Cuando elegí este lugar pensé que toleraría la comida, pero ahora miraba que estaba muy equivocada.

—Hola Anna —saludó Seth, dándome un beso en la mejilla y viéndome de pies a cabeza antes que yo tomara asiento frente a él.

—Seth.

Vagamente esto me recordaba a la vez en la que también hablé con Mason para decirle que ya no podía seguir perdiendo su tiempo conmigo. Fue allí en donde me comentó que se había estado acostando con mi prima. Y también fue cuando Adam sacó a colación lo de Noah.

Ahora las cosas parecían ser similares, sólo que sin Adam armando un escándalo a nuestro alrededor, sin Mason, y con un posible Noah en camino.

—¿Cómo te fue en el examen de ayer? —preguntó Seth para aligerar la tensión que podía percibir de mí.

—Espero que bien. Algunas cosas me faltaron, pero por lo demás acerté en varias respuestas —sonreí cuando la camarera se acercó a nosotros y le ordenamos las bebidas. Dejó un menú para cada uno en la mesa.

—Oye, este fin de semana iré con mi familia al lago, ¿me preguntaba si querías venir con…?

—Lo siento, no puedo —probablemente me marearía en el viaje, y lo más seguro era que vomitaría lo que sea que me dieran de comer.

—Oh —él parecía ofendido y decepcionado por un momento, pero luego comenzó a contarme lo que hizo durante la semana.

En algún punto, durante el almuerzo, me desconecté de la historia que Seth me estaba contando, algo acerca del experimento que hizo en una de sus clases.

Mi mente estaba en otro lado, en las dos pruebas de embarazo que cargaba en el bolso.

Sentía que me llamaban y que quemaban mi carne por sobre el material de mi cartera.

Comí una ensalada en modo automático, y asentí en las partes que parecía correcto asentir en la plática de Seth.

De repente volví a la vida cuando lo sentí tomarme de la mano.

—¿Anna? Te noto muy distraída, ¿todo bien?

Alcé la vista y me mordí el labio. Dejé de ensartar el tenedor en el tomate de mi ensalada.

—Todo bien —sonreí sin querer.

Él comenzó a acariciar mi mano, y acercó su asiento junto al mío.

Su cara también se aproximaba cada vez más a la mía, y de repente me puse nerviosa. No nos habíamos vuelto a besar desde aquella vez cuando me contó lo que pasó con Mason.

—Sé que algo te molesta —dijo tomándome de la barbilla e inclinándose lentamente hacia mi boca.

—Es que... Seth, no creo que debamos... —Se estaba poniendo peligrosamente cerca, empecé a retroceder sin que lo notara, pero fui arrancada de su lado, casi al instante, por una mano que sujetaba con fuerza mi hombro.

—¿Intentas besar a mi mujer? —dijo alguien a mis espaldas. Me congelé en mi asiento. De repente todas mis terminaciones nerviosas volvieron a la vida al oír esa voz.

Seth se quedó con los ojos bien abiertos cuando vio al extraño parado detrás de mí, o más bien cuando lo vio empujar mi silla lejos de la suya.

—¿Disculpa? —preguntó él.

Lucía perplejo. Y yo me sentía de todos los tonos de rojo habidos en el mundo.

—Disculpado. Ahora, ¿me dejas solo con mi chica? Llevo mucho tiempo sin verla.

Y por primera vez desde hace varias semanas, vi el rostro de Adam frente al mío. Sólo que no tuve la oportunidad de apreciar los cambios en su ligera barba, porque él se inclinó hacia mí, y sin poder rechazarlo, me besó profundamente.

No pude cerrar los ojos y al parecer él tampoco ya que me encontré viendo el tono esmeralda en su mirada.

Metió su lengua dentro de mi boca, pero antes de dejarlo continuar, golpeé su hombro y traté de apartarlo de mis labios.

Él se alejó, dándome una sonrisa desarmadora y digna de un cretino.

Rápidamente froté la palma de mi mano contra mi boca, queriendo arrancar el beso que acababa de darme.

Le lancé la mirada más venenosa que podía, y me levanté de mi asiento inmediatamente.

—Anna, ¿lo conoces? —me preguntó Seth.

Despegué mis ojos de los de Adam y me concentré en verlo a él.

—No tengo idea de quién es —dije con total naturalidad.

Me sentía furiosa. Quería agarrar el primer cuchillo de la mesa y enterrárselo, justo en el cuello.

Lo miré nuevamente, dejando que toda la ira que sentía en el cuerpo se concentrara en una sola mirada.

Él pareció no inmutarse por completo.

—Nena —dijo lentamente. Esa palabra hizo hervir mi sangre—. No es bueno para la salud de nuestro bebé que te enfades mucho.

Palidecí en cuestión de segundos, envejecí diez años en tan solo ese momento.

¿Adam sabía que estaba embarazada o solo estaba bromeando?

¡Ni siquiera tenía idea de que él estuviera en el mismo restaurante que yo!

No pude soportarlo más, y salí corriendo, apretando mis manos en puños y rechinando los dientes para evitar golpearlo frente al resto de la gente que trataba de comer.

Lógicamente él me siguió, y Seth.

Salí por el lobby, y justo cuando estaba por dejar el hotel, Adam me tomó del hombro y me giró bruscamente.

Un leve mareo instantáneo hizo que me tambaleara y tuviera que apoyarme en él. Aprovechó para tomarme de los antebrazos y sacudirme en el intento de acercarme a su cuerpo.

Sólo diré una cosa: en caso de que vomitara, nunca me arrepentiría de hacerlo sobre él. Se lo merecía.

—Suéltame —gruñí aún con los dientes apretados.

—Anna, déjame explicarte las cosas. Nena...

—ERES UN IMBÉCIL —grité, empujándolo y haciendo que retrocediera.

Comencé a golpearlo repetidamente en el pecho.

Seth apareció detrás de mí, agarrándome de la cintura y alejándome de Adam.

—¡Suéltala! —gritó inmediatamente él—. A mi mujer solo la toco yo. No me importa quién seas, pero ya estuvieras perdiéndote de mi vista antes de que acabes sin pelotas.

—¿Pelotas? —grité igual de fuerte que él—. Pelotas son las que te faltan a ti por aparecer de nuevo de esta manera.

—Nena, cálmate. Ven conmigo para que te explique las cosas...

—¿Que no entiendes que ella no quiere hablar contigo? —dijo Seth por mí. Él me llevó detrás de su espalda y se puso intimidante para Adam.

—Lo único que entiendo es que estás sobrando. Lárgate —respondió él igual de seguro.

Yo no quería ser parte de una pelea en caso de que se fuera a dar, así que me movilicé nuevamente hacia la salida.

Aunque claro, no logré moverme ni un paso porque Adam estaba ya agarrándome por la espalda.

Esta vez, él me tomó en brazos y me colocó sobre su hombro derecho; antes de poder siquiera protestar, me llevó hacia el elevador más cercano.

—No, no, no, no. Bájame inmediatamente —las chicas ubicadas en la recepción nos dieron miradas soñadoras, como si fuera un cuento de amor el que se desarrollara frente a sus ojos.

Seth se fue corriendo detrás de nosotros, pero el ascensor cerró las puertas justo antes de que él pudiera entrar.

Comencé a golpear la espalda de Adam.

Luego él me bajó, así que le di un par de cachetadas antes de que me tomara ambas manos y me inmovilizara contra la pared del elevador.

Vi que presionó un número, y luego se sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón.

Pasó la tarjeta por un escáner, y luego comenzamos a subir hacia lo que parecía el piso nueve.

—¿Qué haces? —pregunté alarmada.

Él todavía me tenía sujetadas las manos.

—Quiero hablar contigo, y ésta es la única manera de hacerlo.

—Te odio —le grité fuertemente.

Él hizo una mueca.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso.

—Estás loco. ¿Qué piensas hacer?

—Nena, considera esto como un secuestro.

Entonces las puertas del elevador se abrieron y él me cargó de nuevo en su hombro, e ignoró todos los insultos con los que lo llamaba.

Camino a través de las habitaciones y se detuvo frente a una en específico. Entramos y, cuando finalmente me bajó al suelo y cerró la puerta, me mareé momentáneamente.

Él me sostuvo de la cintura para evitar que diera un traspié.

—Anna... —se lamió los labios.

—No digas una sola palabra más —lo amenacé—. Eres la última persona con la que quiero hablar. Ahora suéltame y déjame regresar a mi cita con el maravilloso chico que de seguro me espera abajo.

De acuerdo, le mentí un poco. Pero no iba a decirle que mi "cita" con Seth era para terminar cualquier posible cosa que se estuviera formando.

—¿Ni siquiera vas a escuchar lo que tengo que decir?

No me molesté en verlo a los ojos, sabía que estaba perdida si lo hacía.

En su lugar, clavé la vista en su pecho y luego en su brazo cuando se movió.

Noté que un nuevo tatuaje le bajaba por el hombro y se extendía hasta su muñeca.

No quería mostrarme curiosa pero al final, la curiosidad ganó.

—¿Cuándo te los hiciste? —pregunté.

Él dirigió sus ojos hacia donde yo miraba fijamente.

—Hace un par de semanas.

Después de unos segundos más, despegué la mirada y noté lo cerca que estábamos. Me solté de su agarre y retrocedí en la habitación, observándolo todo a mí alrededor.

—¿Te estás quedando aquí? ¿Cómo sabías que iba estar en este hotel?

Él sonrió, divertido con mis preguntas.

—Tu amiga, la de pelo rosa, me dijo que te ibas a encontrar aquí.

Fruncí el ceño.

Claro que tenía que ser Mindy.

—¿Cómo la encontraste?

—Te fui a buscar al trabajo. Nena, ni tu papá ni tu mamá me quisieron decir dónde vivías ahora, así que supuse que todavía estabas en la librería. Ahí la encontré.

—¿Con qué la sobornaste para que hablara?

Su sonrisa se amplió todavía más.

—Con un pájaro. Específicamente una cacatúa. Tu amiga es muy rara.

Suspiré largamente. Mindy y su amor por los animales.

—Eres un imbécil —le dije de nuevo. Tenía ganas de patearlo en sus partes privadas.

—Lo sé —se limitó a decir.

Mis ojos viajaron de nuevo a su brazo tatuado y noté que una figura resaltaba más que cualquier otra cosa.

—¿Ese…? —tragué saliva— ¿Ese es Bambi? ¿Te tatuaste a Bambi?

Él se mordió el labio y asintió.

—Más específicamente esa mirada desubicada que me recuerda a alguien.

—Pues es raro que decidas recordarme ahora cuando hace un tiempo atrás yo era como la peste y querías ignorarme.

—Yo sé que actué como un tonto, pero nena…

—No —lo corté. Me movilicé hacia la puerta—. Me cansé de ti y de todos tus desplantes, de que me trates como te dé la gana. No quiero tus explicaciones. Sólo quiero irme a mi casa y continuar mi vida como lo estuve haciendo sin ti.

—Anna…

—Me voy, y ojalá encuentres a alguien que aguante tantas subidas y bajadas contigo. Y por favor, deja de buscarme.

Le quité el seguro a la puerta y, cuando intenté abrirla, nada pasó. Seguía igual de cerrada que antes. Sacudí un poco la manija pero no cedió.

Golpeé la puerta, y me giré hacia Adam.

Estaba sentado a orillas de cama, con los codos en sus muslos, viéndome con diversión y algo de picardía.

—Abre la puerta —lo urgí.

—Nop. Lo siento nena, pero te lo dije. Si no estás dispuesta a escucharme tengo que ver la manera en la que me prestes atención. Ahora, puedes considerarte secuestrada, o voluntariamente detenida aquí conmigo, tú elig… ¡Mierda!

Adam se quejó cuando le lancé el agua de un florero que se ubicaba en una de las mesas junto a la puerta. Después lancé el florero, pero cayó lejos de él.

Rápidamente busqué otra cosa más para lanzarle, pero él saltó de la cama y corrió a mi lado antes de que le arrojara una bandeja de plata en la que había varios chocolates miniatura.

—¿Cómo abro la puerta? —gruñí enojada.

—Se abre únicamente por fuera. Así lo pedí. Di la orden de abrirla solamente cuando yo lo pidiera, y si sigues con esa actitud, vamos a estar aquí por un largo tiempo, probablemente varios días.

—Eres un pedazo de…

—Digas lo que digas, te quedas conmigo hasta que me dejes entrar de nuevo a tu corazón. Sé que no va a ser fácil, pero planeo ganarme de nuevo ese derecho.

—Para dejarte entrar a mi corazón tendrías que poner uno nuevo. ¿No te has puesto a pensar que tal vez tú y yo no estamos destinados a estar juntos?

—Ni por un segundo, nena. Ni por un miserable segundo me ha pasado eso por la cabeza. Vine con un propósito Anna, y ese es el de recuperarte. Acéptalo. Si quieres que me ponga de rodillas y me arrastre de aquí a tu casa, entonces lo haré. Nómbralo y lo hago; pero por lo que más quieras, no me digas que tú y yo no estamos destinados a estar juntos. Y si no lo estamos… que se joda el destino porque haré lo que quiera, siempre y cuando sea contigo.

¿Por qué tenía que decir cosas como esas? Cosas que me hacían borrar de la cabeza todo el dolor por el que había pasado durante este tiempo. Pero que ni crea que iba a perdonarlo tan fácilmente. No podía venir cuando se le diera la gana y "recuperarme" de vuelta con un chasquido de dedos.

No iba a ser la tonta que se derretía por él nunca más.

Esa Anna se extinguió.

—Ya no quiero caer ante tus palabras aparentemente bonitas —dije en una exhalación.

Comencé a impacientarme y, para evitar llorar frente a él, me moví hacia la ventana de la habitación.

—Sé que la manera en la que te aparté no fue la mejor —comenzó a decir— pero...

—¿No fue la mejor? ¡Me trataste como si me odiaras! ¡Le pasaste mi foto a todo el personal de tu edificio, donde resulta que también te mudaste sin siquiera decir nada! ¿Tan insoportable soy?

Él se pasó las manos por su cabello, mojado gracias al agua que le lancé del florero.

—No sabía qué hacer, me sentía confundido. Nunca le conté a nadie sobre... Emilia. Eres la primera en saberlo; pensé que al enterarte de lo sucedido, me ibas a odiar o peor, dejarías de amarme.

—Eres tan tonto —me quejé—. Yo jamás pensaría una cosa como esa. Pero la cuestión está en que creíste que yo no te amaba lo suficiente como para quedarme y tratar de encontrar una solución juntos. Hiciste lo opuesto que un chico normal haría en una situación como esa: me echaste fuera de tu departamento, de tu edificio, de tu corazón y de tu vida. En vez de hablarlo, decidiste por los dos y te largaste sin importar mis sentimientos.

Mi labio inferior comenzó a temblar y cada vez se hacía más difícil hablar a través de ese nudo intenso que se formaba en mi garganta. Miré a otro lado, evitando que Adam viera las lágrimas que retenían mis ojos.

Me crucé de brazos y me paseé cerca de la cama.

—No tienes idea de lo arrepentido que estoy —dijo él con voz ronca. Yo continuaba dándole la espalda—. Tiendo a ser el favorito de los desastres, y no quería que estuvieras involucrado con alguien como yo. Siempre sale algo mal conmigo.

—No Adam, las cosas no salen mal: tú las arruinas antes de que tomen forma. Decides echarlas a perder por miedo a que en realidad funcionen. Y a veces, muy tardíamente, te das cuenta que no todo está perdido y en el caos. Pero te lo digo ahora: a mí ya me perdiste, así que abre la maldita puerta y déjame salir de tu vida tal y como querías que hiciera hace semanas atrás.

Él se miraba descompuesto. Tragó saliva y desvió los ojos hacia la pared contraria.

—Lo siento Anna pero es imposible marcharte ahora. No cuando estás más metida dentro de mi piel que todos mis tatuajes juntos. No cuando se me acelera el pulso con sólo la mención de tu nombre —despegó los ojos de la pared para verme a mí directamente, terminando de hablar— y no cuando te amo tanto que duele con cada respiración. Tienes toda la razón, yo arruino las cosas antes de que tengan la oportunidad de formarse, pero entiende que es así como fui instruido a vivir desde niño. Sólo a mí me pasaban las tragedias, una tras otra. Nunca me perdonaría si te hacía daño. Aunque veo que el daño ya está hecho.

Apreté la mandíbula y los puños.

Tomé el dobladillo de mi vestido y presioné la tela con fuerza. Exhalé y volví a inhalar.

—Deberías dedicarte a escribir poesía, tu labia no tiene límite —dije de manera despectiva.

Tomándome por sorpresa, Adam estaba caminando hacia mí, llegó en dos zancadas.

Por experiencia propia sabía que pegarme contra la pared a modo de protección era inútil, pero mis instintos actuaron solos, y ahora me encontraba con la espalda pegada justo donde no quería.

Él puso ambas manos en los laterales de mi cabeza, apoyándolas en la pared. Su cuerpo rozaba el mío de forma descarada. Sus labios estaban a centímetros de mi boca.

—¿Has estado bien? —susurró—. ¿Algún otro ataque de pánico, tal vez provocado por lo imbécil que me porté?

Sus ojos me tenían hipnotizada.

Negué con la cabeza, se me hacía difícil hablar.

—Bien. Te dije que me encargaría del idiota lame pollas, no tienes que preocuparte nunca más por él... o el otro retardado que lo acompañó ese día; también se fue en el mismo combo.

—¿Entonces es verdad que les tatuaste la frente y los dejaste en un bar como esclavos sexuales?

Adam se rió con fuerza, haciendo vibrar su pecho.

—Veo que los rumores corren rápido, eso es bueno. Sí, tienen un recuerdo permanente de parte de mi tatuador personal. Y en cuanto a lo otro, no te preocupes, le pedí el favor a unos amigos de asustarlos hasta que se hicieran en los pantalones. Creo que pensaron que iban a ser violados.

—No tenías por qué haberlo hecho. Te hubieras ahorrado las molestias.

—¿Bromeas? Nadie se mete contigo y sale ileso para contarlo. Eso es peor que meterse conmigo.

Sus ojos bajaron hacia mi boca, después a mi clavícula y seguidamente a mis pechos. Tragó y luego volvió a mirarme a los ojos.

—¿Quién era ese tipo con el que almorzabas? —demandó—. ¿Has dormido con alguien más que no sea yo?

Abrí la boca y con la misma velocidad la cerré. ¿Quién se creía que era? ¿Mi dueño?

Traté de empujarlo con mis brazos, pero él aplastó una de sus manos contra mi rodilla, justo por donde terminaba mi vestido.

Su mano subió hasta llegar a mi muslo, y de ahí me apretó con fuerza el trasero.

—No tiene por qué importarte con quién duerma o no —lo desafié con la mirada a ver si trataba de decir otra cosa, pero se calló y se limitó a seguir tocando mi trasero.

Pronto su otra mano se metió bajo mi vestido también, empujando mis bragas y haciéndolas a un lado mientras sus dedos acariciaban mi piel.

Aparté una de sus manos y como pude volví a colocar mi ropa interior en una cómoda posición.

—No me... —iba a decirle que dejara de tocarme, pero me quedé sin palabras cuando, de nuevo, sus manos estaban en mi trasero, esta vez empujándome hacia arriba, dejándome en puntillas y a la misma altura que sus caderas.

—Necesito que me digas —dijo con los dientes apretados. Lentamente comenzó a acariciarme, a golpear tentativamente sus caderas contra las mías.

Oh, santo papa…

—Dime Anna —su mano me sostenía y me empujaba contra la parte dura de su cuerpo, elevando mis pies un poco más del suelo—, ¿has estado íntimamente con otro además de mí?

Yo no podía hablar, abría la boca pero era únicamente con fines de exhalar aire.

Me sujeté a sus hombros cuando, en uno de los movimientos, me empujo más arriba, hasta que mi entrepierna se estaba rozando con su pantalón.

Jadeé y cerré los ojos, echando mi cabeza hacia atrás.

Saaaanto… grial.

De repente él se detuvo y sus manos viajaron a mis rodillas, separando mis piernas y colocándolas a ambos lados de sus caderas, mi espalda descansando contra la pared.

—Anna, responde lo que te pregunté.

Dejó de moverse pero ahora podía sentir el peso de su mirada sobre mí.

Abrí los ojos, obligándome a no desviar la vista hacia ningún otro lado que no fuera él.

—¿Te has acostado con alguien más aparte de mí? —volvió a preguntar. Su tono era mesurado y contenido.

—¿Y tú? ¿Te has follado a otra que no sea yo? —dije, molesta.

—No —respondió casi al instante en el que la pregunta salió disparada de mi boca—. Ni una sola vez desde que comencé a salir contigo.

—Entonces no desconfíes de mí de esa forma. Además, tú me apartaste de tu vida, ¿por qué ahora te interesa lo que haga?

—Ya te expliqué mis razones. Dejarte fue el peor error que pude haber cometido. Lo siento mucho nena, sé que tiendo a huir como cobarde todo el tiempo pero estoy pidiendo una última oportunidad. Solo una más, y si lo jodo todo, déjame, bótame como el infeliz pedazo de basura que soy. Por favor Anna.

Acercó su boca para robarme otro beso, pero se lo impedí.

No dejaría que me volviera a besar de nuevo.

—Eso dices ahora, pero espera a que las cosas se tambaleen un poco, y vas a desaparecer. Siempre lo has hecho Adam. ¿Qué te hará cambiar ahora? Definitivamente no yo.

Bajé mis piernas de sus caderas y me escabullí de su cuerpo con dificultad ya que él no quería dejarme. Me senté a orillas de la cama y pasé mis manos por mi rostro.

Él rápidamente me alcanzó y se arrodilló frente a mí para verme a los ojos.

—Tenía miedo —admitió—. No quiero que en ningún momento te pase lo que a ella le pasó. No quiero que salgas lastimada ni siquiera por mí.

—Pero Adam, ¿no te has dado cuenta todavía? Tú ya me lastimaste. ¿Sabes lo difícil que fue para mí? Te lloré durante semanas. Hasta hace poco logré dejar de sentir el vacío aterrador que sentí cuando me dejaste. Ya no confío en ti.

Se quedó en silencio por un rato mientras que yo concentraba la vista en la tela de mi vestido y no en sus tatuajes. A él de verdad le quedaban bien.

—Lo siento Anna. Fui un imbécil, no tengo excusa para lo que hice. Por favor perdóname. Déjame intentarlo una vez más. Te amo... Nena estoy asustado hasta la mierda de que un día decidas que yo no soy suficiente para ti. Fui egoísta al pensar que estarías bien sin mí. Pero soy aún más egoísta porque no quiero verte con alguien más que no sea yo...

—Ya me has dicho eso antes —lo interrumpí—, y mira cómo salieron las cosas.

Inevitablemente una lágrima salió disparada de mi ojo. La quité con rapidez.

—Nena...

—No. No, Adam. Yo quiero estar con alguien que no sólo me diga palabras bonitas cuando necesito escucharlas. Quiero compromiso, alguien que se comprometa de verdad. Seth es un buen chico, sé que él nunca me haría nada de lo que tú me haces...

—No te atrevas a decir su nombre una vez más —esta vez me interrumpió él—. Lo mismo pensaste del lame pollas y no quiero recordarte en qué terminó todo.

—Mason fue diferente; Seth no haría nada como eso.

—Anna, te amo, te amo, te amo. Jamás se lo he dicho a otra persona que no fuera mi sobrina. Fui el mayor idiota al abandonarte, pero dime, ¿qué harías si lo que me pasó a mí te pasara a ti? ¿No te sentirías al menos sucia? ¿No querrías alejarte de

todos sólo para no hacerles daño? Porque inevitablemente lo llevo en la sangre. Anna... mi hermano murió hace dos semanas y lo único que pude pensar fue que al fin podría dormir por las noches sin tener temor a que se escapara o cometiera otra locura enfermiza. Por favor...

¿Su hermano había muerto y no me dijo nada?

—Adam tú no me amas. Estás engañado creyendo en algo que no es verdad. No sé nada de ti. Estuviste meses sin decirme una sola cosa de lo ocurrido con Emilia; costó una eternidad saber acerca de Nicole... ¡Ni siquiera sé cómo se llama tu madre! Esto, lo que tenemos tú y yo, no es amor. Es otra cosa... ¿atracción tal vez?

—¿Esto es atracción? ¿Simplemente atracción? —sonaba furioso. Pronto se abalanzó sobre mí, tomándome de las manos y recostándome en la cama. Sujetó mis muñecas por encima de mi cabeza y su boca se presionó contra la mía—. Nena yo te amo más que a nada en esta vida, y nadie, ni siquiera tú, va a poner a prueba eso.

Quitó una de sus manos para recorrer el costado de mi cuerpo, bajando hasta mi muslo y subiendo lentamente mi vestido. Sus labios regresaron a los míos, sedientos, ambiciosos… Su lengua se deslizó dentro de mi boca, lo hacía con desesperación, como si fuera su única meta en la vida.

—El nombre de mi madre era Nina —dijo después de un rato, despegándose de mi boca. La mano que tenía bajo mi vestido hacía círculos con la piel de mis muslos—. Era decoradora de interiores y su pasatiempo favorito era comprarme corbatas que combinaran con mis ojos.

—Adam...

—Shhh —puso un dedo sobre mis labios, luego lo trazó así como lo estuvo haciendo con mi muslo—. Déjame terminar. De todas formas no vas a ir a ningún lado, recuerda que estás secuestrada aquí conmigo.

Quitó su dedo e inmediatamente me relamí los labios. Su mano regresó a mi muslo, subiendo hasta quedar en mi cadera, dejando a la vista las braguitas negras que usaba.

Él las tocó, jalándolas brevemente, dejando que el elástico me diera pequeños golpecitos. Si él movía sus dedos un poco más, llegaría justo en medio de mis piernas.

—Bueno, te decía que ella era decoradora. Tenía diferentes muebles para cada mes del año. Mis favoritos eran los de abril, los cambiaba cerca de la fecha de mi cumpleaños y combinaba los colores que más me gustaban. Ella era una buena madre, me gusta creer que no sabía nada acerca del dinero que ganaba ilegalmente mi padre. Él era ingeniero en mecánica, su nombre fue William. Estudié mecatrónica en la universidad para seguir sus pasos. Él trabajaba en remodelaciones técnicas en un club nocturno, preparando un escenario robótico con las luces y el servicio del lugar... hasta después de su muerte supe que distribuía drogas y que la fortuna Walker la ganó de forma ilícita.

Respiró hondo mientras continuaba dándome toquecitos con el elástico. Mordí el interior de mi mejilla cuando sus dedos inconscientemente se pusieron más cerca de aquel vulnerable lugar entre mis piernas.

—Mi hermano lo supo todo el tiempo —continuó diciendo—. Él era parte de eso, pero ante los ojos de cualquiera era un santo. Se casó porque embarazó a la madre

de Nicole, Clarissa, y años después empezó a alucinar con ciertas cosas que creía que pasaban. Pienso que consumía drogas también. Él ya no era el mismo chico alegre que pretendía ser para los demás; él tenía la idea de que quería envenenarlo por lo ocurrido con Emilia. Empezó a imaginar que su esposa y yo teníamos una aventura y que Nicole no era hija suya sino mía... Peleamos y literalmente me clavó a un árbol. Uso clavos para engrapar la piel de mi espalda contra la madera. En todo ese tiempo me gritaba que yo era como ese árbol al que me estaba atando: solitario, sin vida, echado a perder.

Me quedé boquiabierta. ¡Así era exactamente el árbol que él tenía tatuado en su espalda! No quería seguir escuchando, me sentía enferma de sólo imaginarme a Adam sufriendo tanto dolor.

—Él aprovechó cuando quedé inconsciente para prenderle fuego a la casa, en donde estaban Nicole y Clarissa. Ya sabes el resto de la historia —su dedo se paseó por el borde de mis bragas, tocando mi muslo interno. Todavía tenía sujetas mis manos por encima de mi cabeza, estaba inmovilizada bajo su peso.

—Lo siento —dije con la voz rota—. De haber podido, hubiera estado junto a ti en ese momento difícil. ¿Por qué ni siquiera te contactaste conmigo para decirme lo de la muerte de tu hermano? Olvídalo, ya sé que yo no formo parte de tu vida.

—Te equivocas, hermosa. No formas parte de mi pasado pero quiero tenerte para siempre en mi futuro. Hasta que la muerte, o tu papá, nos separe.

Me estremecí.

—Cuéntame —dijo en un tono menos serio—, ¿por qué estás usando esta clase de ropa interior? ¿Pensabas acostarte con ese cara—de—celador—de—cementerios?

Arqueé una ceja.

—Y ya estás poniéndole apodo. Su nombre es Seth, SETH.

—¿Celador de cementerios? ¿Entonces? —su mandíbula se apretó con fuerza, esperando mi respuesta.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—No, no me iba a acostar con él. ¿Que acaso no puedo usar la ropa que me dé la gana?

—Por supuesto, pero recuerda lo que dicen de las chicas que usan ropa interior negra...

Con su única mano en mi muslo, comenzó a deslizar las bragas de mis piernas.

—¿Qué… qué estás haciendo? —temblé bajo su toque.

Movió mi trasero para que pudieran bajar sin ningún problema, y luego las lanzó al suelo.

Me ruboricé cuando me quedó viendo *ahí* por mucho tiempo.

—Sigo enojada contigo —le recordé. Mi voz sonaba menos valiente que antes.

—Lo sé. Pienso hacerte cambiar de opinión.

Su mano se movió con libertad entre mis piernas, tocando donde sólo él había explorado.

Comenzó lento, luego aumentó de velocidad, su palma creando una deliciosa fricción. Pronto sentí sus dedos abriéndose paso en mi interior, y aunque no quería hacerlo, jadeé.

Eché la cabeza hacia atrás mientras mis caderas se movían a su antojo emparejando el ritmo con su mano.

—Soy el idiota más grande de este siglo —dijo él con la voz entrecortada. Su aliento en mi mejilla—. No debí dejarte sola. Me arrepiento de eso cada día de mi vida... Pero quería hacer las cosas bien.

Cerré los ojos, apretándolos con fuerza.

Santa… macarena.

—Por favor di algo —susurró en mi oído—. Di que me perdonas.

—¿Y estás... ? —tragué saliva— ¿utilizando esto para que te perdone?

Dije cada palabra entrecortada, como si la pronunciara por sílabas.

—Esto es para que recordaras lo bien que estamos los dos juntos.

No. Esto era sólo un acto físico, me mentalicé. Sólo un acto…

Santa Venus… Su mano tocó un punto sensible de mi ser.

Me repetí silenciosamente que esto no era amor, sólo una necesidad recién desarrollada. No quería salir con el corazón roto otra vez.

Un calor trepó por mi vientre, la tensión presionando mis muslos. Me mordí el labio inferior para evitar gritar cosas incoherentes o nombrar a todos los planetas, cuando, Adam se detuvo.

Iba a golpearlo seriamente si no continuaba en este punto. Abrí los ojos y me fijé que estaba buscando algo de su pantalón.

Sacó un sobre de aluminio, enseñándome un condón.

No.puede.ser. ¿Ahora si recordaba ponérselo?

Rodé los ojos.

En su urgencia, ni siquiera se había quitado la ropa.

Únicamente dejó libre lo necesario.

Mi vestido seguía levantado hasta la cintura, mis manos siendo presionadas contra el colchón.

Adam se puso entre mis piernas, abriéndolas con sus rodillas. Pensé que se iba a introducir pronto en mi cuerpo, pero por el contrario, comenzó a quitarme la ropa. Poniéndome en una posición semi sentada. Ni siquiera retiró el agarre a mis manos.

Como no podía sacar mi vestido sin evitar soltarme, lo rompió. ¡Y yo no estaba usando sostén!

—¡¿Qué?! ¡Oye no...! —Pero cuando le iba a protestar de mi vestido, sus caderas se unieron a las mías y dejé la frase a medio terminar.

Oh… María Magdalena y todos los santos del perpetuo socorro…

Mordí mi labio inferior.

—¿Todos los santos del perpetuo socorro? —murmuró Adam en mi oído, divertido, encontrando sus caderas con las mías. No era suave o cariñoso, era crudo y mundano. Era justo lo que buscaba.

—¿Lo dije en voz alta? —hablé entrecortadamente. Temía que esas iban a ser mis últimas palabras. Estaba ciega, sorda y muda y me deleitaba únicamente en los sentidos, en la capa de sudor que bajaba por mi espalda, en el sudor corporal de Adam…

Gemí en su oído.

Él puso una mano en mi cadera, acelerando el ritmo a nuestros movimientos. La otra mano siempre sujetaba mis muñecas que en este punto se apretaron contra la sábana.

Adam intentó besarme pero yo fui rápida en mantener mi cabeza hacia atrás.

No, no iba a dejar que lo hiciera. No quería salir lastimada… No… Pasó poco tiempo antes de que perdiera la coherencia y lo escuché gruñir a él también.

Después de unos minutos intentando recuperarme, me pregunté por qué fui tan tonta como para volverme a acostar con él. Por más que quise mentalizarme que esto sería sin ataduras y emociones, no podía engañarme a mí misma. Lo quería, lo quería tan mal que dolía en mi pecho.

Definitivamente no habían dudas del por qué me había embarazado.

Me sentía especialmente tonta en esos momentos.

Adam se retiró de mi cuerpo y rodó a un lado, respirando con dificultad, con los latidos de nuestros corazones acelerados.

—Anna, deja de sobre pensar las cosas —me dijo él colocando una mano en mi vientre desnudo.

Sus dedos comenzaron a hacer círculos en mi estómago.

Lo vi levantarse para quitarse la camisa y lanzarla al suelo, ni siquiera había notado que todavía la traía puesta.

Volvió de nuevo a mi lado y jaló mi cuerpo para que me acurrucara contra su pecho.

—Me mudé con Nicole, a la casa de la abuela —dijo después de unos segundos en los cuales reposaba su mentón en mi cabeza—. Era una cosa que tenía planeada desde hace mucho, solamente me adelanté a los planes. Sé que debí decirte algo, pero créeme que creí que te estaba haciendo un bien. Te amo, y aunque dije que nunca haría nada para lastimarte, lo hice. Ahora dime qué es lo que tengo que hacer para recuperarte porque me siento perdido.

Besó la coronilla de mi cabeza.

Me puse a trazar triángulos en su ombligo, aprovechando a tocar su cuerpo todo lo que pudiera.

—Por ahora —contesté— lo que quiero es que nos pidas algo de comida, lo demás supongo vendrá después.

Volvió a besar mi cabeza y lo escuché suspirar. Me removí en mi lugar y me senté en la cama, tratando de tapar mi cuerpo desnudo con la sábana.

—Voy a darme una ducha —respondí a su pregunta no formulada, sabía que estaba tenso porque yo todavía no había dicho nada para perdonarlo.

Quise ponerme en pie, pero la sábana estaba siendo atrapada por el cuerpo de Adam. Giré mi cabeza para verlo, e inmediatamente me ruboricé. Su pantalón seguía abierto, no tenía el bóxer puesto y podía ver parte de su divina creación desde donde me encontraba.

Se había quitado el condón. Me ruboricé al pensar en lo mucho que había perdido el control.

Ves Anna, por eso estás como estás.

Y recordando las pruebas de embarazo en mi bolso, empecé a buscarlo con la vista. Adam no podía enterarse de lo del bebé, al menos no todavía.

Me levanté de la cama, pero de nuevo la sábana cedió, dejándome desnuda por completo.

—¡Adam no es gracioso! —protesté cuando vi que era él quien me la había quitado—. Rompiste mi vestido y vas a tener que comprarme otro.

Él sonrió, desarmándome por completo.

—Te compraré la tienda entera si es lo que quieres.

Intenté taparme con las manos pero era inútil, Adam parecía comerme con la vista.

Vi su camisa tirada en el suelo y no lo pensé dos veces y me la puse aunque el tramo hacia el baño no era especialmente largo.

En el camino, encontré mi bolso en una mesita de madera. Lo tomé y me metí dentro del baño. Cerré la puerta apenas entré.

Discretamente abrí el bolso en el que descansaban las dos pruebas de embarazo, y me dispuse a sacarlas.

Después de unos minutos viéndolas, me decidí a probarlas. Pero no estaba segura que pudieran hacer efecto justo después de haber tenido relaciones con Adam, tal vez me daría otro resultado dejándome siempre con las dudas.

Tenía que saber si estaba esperando o no a un pequeño Noah, no quería esperar hasta la mañana siguiente. Así que me aventuré y saqué las pruebas de sus cajas. Con algo de aprehensión oriné en ellas unos minutos después, y ésta vez, cuando terminé, tuve las pruebas en mis manos todo el tiempo, no dejé de verlas ni por un segundo. Se suponía que una de ellas era con el método de las rayitas, y el otro simplemente me tiraría un símbolo positivo o negativo. Así que esperé pacientemente los cinco minutos que me aconsejaban las indicaciones, y justo cuando empecé a notar que se revelaba el resultado, la puerta se abrió escandalosamente.

Giré mi cabeza a tiempo para ver a Adam, envuelto únicamente en una toalla que apretaba sus caderas, silbando una melodía que no conocía. Me apresuré a esconder las dos pruebas detrás de mi espalda.

Él caminó dentro del baño, cerrando la puerta tras de si.

—Pensé que era buena idea unirme contigo en la ducha —dijo encogiéndose de hombros— ¿Qué haces?

—Pensando —respondí secamente.

La comisura de sus labios se elevó, dándome una sonrisa ladeada.

—Muy bien. ¿Vas a entrar conmigo? —me señaló la lujosa y contemporánea ducha con paredes de cristal. Presioné aún más las pruebas que llevaba en mis manos.

—Entra primero, yo tengo que...

—Anna, ni creas que no me di cuenta que no me besaste o dejaste que te besara ni una sola vez mientras hacíamos el amor.

—Es porque no hicimos el amor —respondí pacientemente— solo tuvimos sexo.

Me ruboricé e ignoré el calor que se enfocaba en mi cuello.

Adam me dio una sonrisa completa mientras se acercaba más a mí.

—Nena, ni siquiera puedes decir la palabra sexo sin ruborizarte.

Aparté la mirada y volví a sentir ese calor perforador en mis mejillas.

Él puso dos dedos en mi barbilla, elevándola para que lo viera directamente a los ojos.

—Dilo de nuevo.

—¿El qué? —tragué saliva.

—Di que tú y yo sólo tuvimos sexo en esa cama, que no fue amor lo que nuestros cuerpos se demostraron.

—Fue solo... —Pero él se apresuró a callarme con un beso.

Sus manos se fueron a mis caderas y comenzó a acariciar mi piel descubierta.

Tenía tantas ganas de pasar mis manos por su pelo que, cuando menos me di cuenta, lo estaba haciendo. Lo siguiente que escuché fue el sonido de las dos pruebas de embarazo que mantenía ocultas, cayendo al suelo y rodando a mis pies.

Adam se despegó de mi boca y bajó la vista para ver lo que acababa de caer.

Mieeeeeeerdaaaaaa. ¡Iba a ver las pruebas!

No, no, no, no, no. Yo no estaba lista para decirle el por qué las tenía conmigo.

—¿Qué es eso q...? —empujé su rostro contra el mío, obligándolo a verme. Planté mi boca en la suya, empujándolo hacia atrás, haciendo que ambos nos cayéramos al suelo.

Caí sobre él, su espalda chocando contra alfombra de color blanco marfil que hacía juego con todo el modernísimo baño.

—¿Anna qué te ocurre? —preguntó sobándose la cabeza.

Me apresuré a tomar las pruebas y antes de esconderlas detrás de mi espalda, vi el resultado de una. Quedé paralizada unos segundos antes de sentir el cuerpo de Adam moviéndose detrás de mí.

Rápidamente las oculté.

—¿Qué es eso que escondes? —preguntó, sentándome en sus piernas a horcajadas.

—Nada.

—Entiendo que sigas enojada conmigo, pero por favor deja de pensar que lo tú y yo tuvimos no involucró al menos un gramo de amor.

Tragué saliva.

—Tienes razón.

Él enarcó una ceja, incrédulo.

—¿Qué? ¿No vas a discutir conmigo?

—Adam… yo te amo pero…

—Lo sé. No quieres volver a confiar en mí porque temes que vaya a defraudarte como he estado haciendo. Nena por favor…

—¿Por qué justo hoy? —le pregunté sin verlo a los ojos—. ¿Por qué apareciste en este día? ¿Por qué no ayer o mañana?

Esta vez regresé a su mirada.

—Fue hoy, porque me tomó todo este tiempo entrar en razón. Sé que mereces algo mucho mejor, pero me di cuenta que nadie es suficiente para ti. Que no te

quería alrededor de otro hombre, que quiero ser el único que te escuche en la intimidad. No quiero a nadie más ocupando mi lugar.

Sus manos se deslizaron por mis piernas que actualmente se encontraban extendidas a cada lado de sus caderas. Subieron a mi cintura, por debajo de su camiseta, y se encontraron con las puntas de mis senos. Fue un toque rápido que luego bajó, presionando sus dedos sobre el hueso de mi cadera.

Las pruebas de embarazo pesaban dentro de mis manos. Me sentía culpable por no decirle nada en el momento, por no decirle que efectivamente estaba embarazada.

Las dos pruebas lo indicaban.

—Te amo —dijo Adam en mi oído.

—Yo también te amo —respondí mientras dejaba que me besara en los labios.

Y sólo así pude creer que todo estaría bien.



—Adam, estoy embarazada.

Bien, finalmente lo había dicho. Ahora sólo quedaba decírselo a él cara a cara en lugar de practicar frente al espejo.

Jamás imaginé que a los diecinueve años estaría enfrentando una situación como esta. La gente me mirará como si me tuvieran lástima, y luego, a mis espaldas, murmurarán sobre lo irresponsable que fui, sobre lo idiota que estaba siendo mientras me abrí de piernas tan precariamente.

Dirán cómo arruiné mi futuro, mi educación, y cómo de ahora en adelante mi vida será cambiar pañales, lavar calzoncillos y ser señalada como madre soltera.

Siempre había creído que la vida era una colección de experiencias, pero ésta en particular era una muy grande.

Sabía que todo iba ser diferente desde ahora, y tenía miedo. Estaba asustada y no me sentía apta para traer un bebé al mundo. Pero era fuerte y me prepararía lo suficiente para darle el mejor hogar a ese pequeño que crecía cómodamente y sin preocupaciones en mi vientre.

Miré mi reflejo en el espejo una vez más antes de salir del baño y meterme en la cama con Adam.

Unos dedos subiendo y bajando por mi vientre desnudo me despertaron a la mañana siguiente.

Abrí los ojos lentamente, sin querer entrar en consciencia todavía.

Me arropé un poco más con la sábana e ignoré dichos dedos que ahora se paseaban por mi cadera.

La noche anterior no fue precisamente una noche llena de sueño. Lo que menos hicimos fue dormir, así que me sentía algo huraña por querer despertar tan temprano.

Un suave beso tocó mi mejilla, y siempre esos dedos dejaban un rastro de fuego por mi piel.

—Déjame dormir —protesté.

—Despierta dormilona, te tengo una sorpresa.

—¿Mhmm?

—Mhmm. Es temprano pero quería hacerlo ahora.

Mi estómago comenzó a agitarse repentinamente, más que todo por las náuseas que por la sorpresa de Adam.

Abrí los ojos por completo, deseando que las náuseas pasaran. Inhalé y exhalé unas cinco veces antes de girarme hacia él y sentirme relativamente mejor.

Él estaba sentado, sin nada de ropa más que una sábana cubriéndolo escasamente. Todos sus tatuajes me dieron la bienvenida: el de sus hombros, el de su espalda, y el de su brazo al cual yo no me acostumbraba todavía. Estaban hechos en blanco y negro y el artista parecía ser el mismo porque los trazos marcaban la misma pauta.

Le sonreí tentativamente antes de esconder mi rostro en su pecho y besar justo en donde sentía latir su corazón.

—¿Qué tienes para mí? —le pregunté.

Él alzó mi barbilla y me besó en los labios. Iba a protestar porque aún no me lavaba los dientes, pero su beso borró cualquier cosa que tuviera que decirle.

—Cierra los ojos. Es una sorpresa —murmuró en mi oído.

Movió su brazo hacia la mesita de noche que estaba a su lado, de un compartimiento sacó un pequeño objeto que no pude distinguir bien.

—No seas tramposa —me regañó— ciérralos.

Los cerré automáticamente. Una sonrisa boba se dibujaba por toda mi cara.

—Ahora ábrelos.

Al abrirlos, Adam sostenía una barra de lápiz labial entre sus dedos.

Mi sonrisa titubeó.

Tomé el lápiz de labio, y lo miré confundida.

—¿Esta es la sorpresa?

Abrí la tapa del labial y noté que era de un color rojo brillante.

Fruncí el ceño mientras mi confusión iba en aumento.

—¿Para qué es esto?

Él sonrió enseñándome todos sus dientes.

—Es lo que usan ciertas chicas para pintarse los labios.

—Ja, ja, gracioso. Ahora en verdad, ¿para qué me lo das? ¿Es esta una clase de indirecta para que empiece a usar más maquillaje? Porque yo no…

—Oye, oye, oye. Tranquila ahí, deja de sacar conclusiones apresuradas de un labial. Sólo póntelo.

—Mmmm...

Rodó los ojos.

—Es parte de la sorpresa, úsalo por un momento.

—¿Ahora?

—Sí, en este instante.

—De acuerdo... Aunque debo decirte que éste no es mi color.
Sonrió de lado.
Empecé a aplicarme el labial, y cuando terminé se lo devolví.
—Listo —dije— ¿Qué más?
—Bien, ahora besa mi brazo, justo aquí. —Me señaló el interior de su muñeca.
—¿Quieres que bese tu muñeca? ¿Para qué?
—No cuestiones, sólo hazlo.
Esto era raro, pero no me quejé de nuevo y presioné mis recién pintados labios en su muñeca, dejando una impresión bastante marcada.
—Excelente, ahora los llevaré dentro de mi piel.
—A menos que el labial sea a prueba de todos los elementos, creo que se te va a borrar.
Él besó mi frente antes de decir:
—Me los tatuaré, Anna. Así que es mejor que duren un buen tiempo.
Todo mi cuerpo se ruborizó ante la idea.
¡Adam iba a tatuar mis labios en su cuerpo!
—Pero ya te tatuaste a Bambi por mí...
—Y me tatuaría todo tu hermoso cuerpo desnudo si no fuera porque no dejo que nadie más lo mire.
Volví a sonrojarme inevitablemente. Sus palabras me ponían en estado de mantequilla líquida.
—Aun no te he perdonado —le recordé. Él se merecía un buen castigo por haberme dejado, en cierto modo fracturó la confianza que le tenía.
—Lo sé. Y no te estoy diciendo que no lo hagas, nena. Ódiame con todo el corazón si quieres, pero no me voy a volver a separar de ti ni aunque estés aburrida de verme.
—Aunque si sigues así tal vez logres la redención dentro de poco.
Él me besó la frente, atrayéndome más a su cuerpo.
—¿Quieres que me tatúe otra cosa?
—¿Acaso no te duele? ¿Ni un poquito? He oído que los tatuajes son algo dolorosos.
—Es algo a lo que estoy acostumbrado. Cuando me hice mi primer tatuaje hace muchos años atrás, el dolor era lo único que me impedía pensar en el infierno en el que se había convertido mi vida. Así que entre más lo hiciera, menos pensaría en otras cosas. Pero vale la pena si así logro poner algo tuyo en mi cuerpo.
—Ya has puesto muchas cosas tuyas en mi cuerpo —dije pensando en el bebé que reposaba en mi vientre.
—Mmmm, cierto —dijo con voz melosa.
Entonces pesé en lo que había dicho, y me ruboricé cuando comprendí el doble sentido que parecía tener.
—No es lo que tú crees —traté de componerlo pero ya era muy tarde.
Él besó mis mejillas y luego bajó a mi cuello.
—De acueeerdo. Hace media hora me dijeron que el desayuno iba a estar listo. A las cuatro de la tarde de hoy nos dejarán libres.

Resoplé.

—Tú y tus intentos de secuestrarme.

—Pero funcionaron, ¿cierto?

—Tal vez… Oh, el pobre Seth debe estar preocupado pensando que me tenías retenida. Debí decirle algo.

—Y de nuevo ese tipo. No sé qué le viste, tiene cara de asalta tumbas.

—Él es muy guapo. Siempre es atento conmigo, es todo un caballero.

—Caballero mis pelotas. No me hagas ponerme celoso y partirle la cara. Tengo fama de ser un tipo duro que tatúa frentes.

—Ni lo pienses. Él es una buena persona, y aunque viviera mil vidas, nunca podría llegar a ser como tú. Así que tampoco te pongas celoso.

Comencé a dejar besitos en su cuello y en su clavícula. Jugué con el lóbulo de su oreja y él finalmente me obligó a besarlo en los labios, demandando toda mi atención.

—Siendo así, bien entonces.

Sonreí mientras lo besaba y restregaba mis pechos contra el suyo.

No podía creerlo, ¡iba a tatuarse mis labios en su muñeca! Sólo a él se le podían ocurrir esas cosas.

Después de unos segundos de tortuosos besos, él me sentó en su regazo e inmovilizó mi boca para que su lengua tuviera un fácil acceso.

Estaba recostándome contra la cama cuando, unas náuseas demasiado fuertes me atacaron.

—Mmm, espera —puse mi mano en su pecho para evitar que continuara con los besos.

—¿Qué pasa?

Me quedé quieta por unos segundos esperando que las náuseas se fueran, pero volvieron con fuerza.

Tuve que salir de debajo de Adam y ponerme en pie de un salto antes de que fuera a vomitar en su cara.

Tomé su camisa para vestirme rápidamente mientras corría hacia el baño y vomitaba en el sanitario.

Por un momento pensé que finalmente pararía, pero otra arcada le siguió a la primera.

Me doblé sobre mi estómago, sosteniendo mi vientre mientras vomitaba otra vez.

Mis manos fueron hacia el frío azulejo de la pared, y busqué apoyo en ellas mientras sentía todo en mi interior revolverse.

Adam llegó detrás de mí al poco tiempo, rodeándome con sus brazos y retirando el cabello de mi camino mientras vomitaba de nuevo.

Cuando terminé me sentía exhausta.

Me recosté de espaldas contra el sólido cuerpo de Adam. Sus manos no dejaban mi vientre, y mientras alzaba la vista y la fijaba en el espejo que estaba casi frente a nosotros, noté que llevaba la camisa abierta y que Adam estaba desnudo detrás de mí. Pero sinceramente no me importaba en lo absoluto.

Besó mi cuello, su ceño fruncido con preocupación mientras me sostenía firmemente.

—¿Estás enferma? ¿Qué tienes? Debería llevarte a casa.

—Ya estoy mejor. Solo estoy algo cansada. Es que ayer comí una cosa que me enfermó.

—De acuerdo, tal vez lo que necesites es comer.

Negué con la cabeza, sintiéndome incapaz de hablar.

—Bien, nos vamos pronto. Espero que te sientas lo suficientemente bien como para aguantar un viaje en Dolly.

—¿Dolly?

—Mi motocicleta —besó mi hombro.

—De acuerdo. Pero primero una ducha… y necesito lavarme los dientes.

Ésta era un buen momento para decirle que estaba embarazada, que fui estúpida y que no me preparé lo suficiente como para prevenir un embarazo. Que ambos nos dejamos llevar por el momento y que gracias a eso venía un pequeño en camino. Pero no pude decirle nada. Me quedé con la boca cerrada mientras dejaba que quitara mi ropa y encendiera la ducha para mí.

Tenía que decírselo. Pero algo dentro de mí me impedía hacerlo.

Tal vez era mi orgullo todavía herido, o no saber si él tendría una buena reacción cuando se enterara. Pero iba a hacerlo, se lo diría cuando se diera el momento, o al menos cuando tuviera el valor necesario para aceptar el hecho de que en nueve meses tendría a mi cuidado a otra persona.

Tragué el repentino nudo que se formó en mi garganta.



—No sé qué estás esperando. Ya llevan de reconciliados una semana, deberías informarle al hombre que va a ser papá —me dijo Shio mientras cortaba queso para ponerlo en una bandeja.

—No hables tan fuerte —la regañé— Adam está en la sala y nos puede escuchar.

—Deberías decírselo. ¿No te gustaría acaso que te propusiera matrimonio? Al pequeño que viene en camino le gustaría nacer en una familia estable y llena de amor. Y Anna, no hace falta que él lo diga para darme cuenta de lo muy enamorado que está de ti. A ese pequeño le va a sobrar el amor por parte de ambos padres y de todas sus tías… y no olvidemos a tu madre. Esa mujer corrió a comprar toda la tienda de ropa para bebés cuando se enteró de la noticia.

Le sonreí cariñosamente mientras ella pasaba una mano por mi hombro.

—Sería bueno que se lo dijeras lo más pronto posible, ¿o es quieres que lo note con el pasar de los meses? Porque estar embarazada llama bastante la atención una vez que pasas el cuarto o quinto mes.

—No sé qué hacer. Tampoco pienso casarme tan joven, Shio. Y ni siquiera lo he perdonado del todo.

—Y estás en tu derecho. A los hombres hay que tenerlos agarrados de las bolas para que no le hagan pasar malos ratos a una. Pero si yo fuera el padre responsable de haberte embarazado, al menos me gustaría saberlo. Así que recuerda decírselo lo más pronto posible, antes de que esté preguntando el por qué vas a dejar la universidad por este año, justo cuando comenzabas.

—De acuerdo, se lo diré esta noche… —tomé la bandeja con el queso, tratando de no olerlo ni verlo muy fijamente porque las náuseas regresarían después. Justo cuando giraba para llevarlo a la sala en donde estaban Rita, Mindy y Adam, me encontré a éste último parado en la entrada de la cocina, serio y congelado, viéndome con los ojos muy abiertos.

Inmediatamente la bandeja se soltó de mis manos, cayendo al suelo con un ruido ensordecedor.

Jadeé en busca de pequeños sorbos de aire.

Adam había escuchado mi plática con Shio.

Él había oído todo.

—¿Anna? Ay, debí saber que ver el queso te daría náuseas. ¿Quieres vomitar? Has estado vomitándolo todo esta semana… —le hice señas a Shio para que se callara, pero ella no lo hacía, tampoco podía ver a Adam desde donde estaba—. Pero no te preocupes que cuando llegues al segundo trimestre del embarazo vas a querer comerte hasta lo que tenga mal aspecto.

Entonces ella se giró y vio a Adam de pie en la cocina. Y, al igual que yo, dejó caer la bandeja al suelo.

—Madre perla… me diste un susto de muerte —le dijo ella a Adam. Luego procedió a vernos a ambos a la vez y se mordió el labio mientras soltaba—: Anna está embarazada, y antes de que lo preguntes, el bebé es tuyo. Listo, lo dije. Sé que no tenía que hacerlo pero…

—Shio cállate —le pedí.

—Bien, sí. Seee, me callo. Los dejo solos para que hablen. Ah, y una cosa más: cuidado la abandonas como lo hiciste anteriormente, porque nosotras, y personalmente yo, te daremos caza hasta que tengamos tu cabeza colgada sobre la pared.

Y diciendo eso se fue de la cocina; dejándonos efectivamente solos.

Esta vez sí tenía ganas de vomitar.

Me quedé quieta viendo a Adam que apretaba la mandíbula con fuerza.

—¿Pensabas decírmelo? —habló finalmente.

Evité su mirada, viendo hacia el suelo fijamente.

—No lo sé —admití—. No estoy cien por ciento segura de confiar en ti sin que huyas. Pensaba que en cualquier momento me ibas a dejar y no quería que te quedaras a mi lado solo porque estaba…

—Embarazada.

Asentí con la cabeza. Bien, le dije mis principales inseguridades.

Se acercó lentamente, pasándose las manos por su cabello negro.

Había noches en las que no podía dormir, preguntándome a quién se parecería más el bebé, si a Adam o a mí, o si sería una combinación de ambos.

Aunque secretamente deseaba que su parecido fuera más como él.

Y tenía razón de desearlo, Adam era insanamente guapo, arrogante cuando podía, y celoso de primera categoría; pero también era esta exótica combinación entre un chico que sufrió y que llevaba cicatrices internas, y este otro que logró sobrellevar las cosas y encontrar humor en los sitios menos inesperados.

Lo amaba, pero con él nunca sabía cómo iban a terminar las cosas.

—Anna, lamento lo idiota que fui. No sé cuántas veces quieres que te lo diga pero entiende que te amo, y no es algo que se lo repita a nadie más que a ti. Nunca volvería a dejarte, no creo que pueda volver a hacerme eso a mí mismo: a privarme de ti. Ya no puedo. Y menos cuando llevas a nuestro hijo. Te dije desde la primera vez que me iba a hacer responsable. Lamento haber creado esta situación en donde ya no confías en mí lo suficiente como para contarme cosas como ésta. Pero haré lo que sea que esté en mis manos para recuperarte, para dejar de causarte dolor… y espero que no me vayas dejar fuera de la vida de nuestro bebé, castígame de otra manera menos de esa.

Me gustó como dijo nuestro en lugar de mío, o suyo.

Nuestro.

—Jamás te hubiera dejado fuera. Te amo, y aunque creo que somos una pareja de cabezas huecas, demasiado jóvenes para saber en lo que nos estamos metiendo… quiero experimentarlo todo contigo.

Me puse hormonal, lágrimas enormes me llenaban la cara mientras miraba fijamente al suelo, como si éste contuviera todas las respuestas a mis dudas.

Miré la punta de mi cabello con detenido interés, jugueteando con él antes de que los zapatos de Adam aparecieran en mi campo de visión.

Recibí un abrazo de él, presionando las palmas de sus manos en mi espalda, llevando mi cabeza a su hombro.

—Ya nena, no estás sola y nunca vas a estarlo. Aunque sea un hijo de puta, me tienes a mí. Y a nuestro pequeño Noah… y a mi sobrina Nicole que te ama y te admira. El otro día me contó tu teoría de la gente con colas. La inspiraste a que me obligara a llevarla al parque y buscara a adultos que se les notaran.

Lloré más fuerte.

—Y yo la amo mucho también —sollocé.

De alguna manera todo tenía que salir bien, ¿verdad? O al menos quería creerlo.

Me sequé las lágrimas con mis dedos, sonriéndole a Adam.

—¿Te has puesto a pensar que hay una gran posibilidad de que el bebé sea una niña?

Llevando sus manos a mis caderas, sacó su labio inferior, haciendo un gesto de estárselo pensando seriamente.

—En ese caso, la llamaremos Noelia.

—Ya discutiremos después el nombre. Por ahora, sólo necesito uno de tus largos abrazos.

Él me apretó con fuerza, besándome la cabeza y susurrándome que todo iba a estar bien.

—Eso espero —le susurré de vuelta, recorriendo con mis dedos el tatuaje de mis labios que llevaba en su muñeca. Sinceramente habían hecho un trabajo increíble y realista; quería hacerme uno con sus labios en mi hombro, pero no quiso utilizar el labial para tener que marcarlos.

Pensar en Adam con labial rojo me hacía reír. Además no consideraba seguro hacerme un tatuaje estando en mi estado.

—Nena, creo que sí voy a tener que desaparecer por un tiempo.

Me retiré de su pecho con las intenciones de verlo a la cara.

—¿Por qué? —le pregunté.

Él tragó saliva.

—Porque sino tu padre va a matarme cuando se entere, si es que no lo sabe ya.

—Mi mamá es la única que lo sabe, aunque según Rita, ella ha estado llamando a todos sus conocidos para decirles que…

El timbre de la puerta siendo atacado me distrajo momentáneamente.

Escuché los pies ágiles de Shio moviéndose para abrir, y luego un grito agudo atravesó el aire de la casa.

Me tensé en mi lugar.

A los pocos segundos apareció ella en la cocina, frenética y asustada como nunca la había visto.

—¡Anna! ¡Anna! —me tocó el brazo con insistencia.

—¿Qué? ¡¿Qué?!

—Es tu papá, tiene una escopeta en la mano y no deja de preguntar dónde está el malnacido. ¿Tienes idea de lo que habla?

—Ay no, otra vez.

Adam lucía pálido desde donde estaba. Me miró por ayuda antes de que la voz de papá se escuchara por toda la casa:

—Hoy sí te mato, hoy sí —gritó sin encontrarnos todavía.

—¿Nena? —susurró Adam para que sólo yo lo oyera—, sé que últimamente me he portado como un cobarde pero… creo que esta vez tengo que huir porque de verdad va a matarme.

—De acuerdo, enciérrate en el baño del segundo piso, yo trataré de razonar con él hasta que se le pase.

Sonreí mientras lo miraba tragar duro.

—No, mejor no —dijo después de unos segundos—. Aunque probablemente termine con un ojo morado, le explicaremos lo del bebé Noah juntos.

—O la bebé Noelia. —le recordé.

Entonces me tomó de la mano y dejé que papá se metiera un poquito con él antes de salir a su rescate. Tal vez así se lo pensaba mejor antes de abandonarme.

Pero a pesar que las cosas dieran un giro de ciento ochenta grados, lograría que funcionara bien. Pensaba terminar la universidad, eso era algo primordial, y después no sé, lo descubriría en el camino. Eso sí, haría sudar a Adam Tadeus Walker para que se ganara del todo su perdón.

EPÍLOGO

Bonita

Estaba sentada con las piernas cruzadas, leyendo un libro sobre los cambios que tendría mi cuerpo después de dar a luz, cuando, Adam se coló a mi lado y besó mi vientre todavía plano ya que apenas estaba en mi séptima semana de embarazo.

En estos días visitamos al médico, y nos aseguró que aún no era capaz de ver el sexo del bebé. En el último momento Adam me convenció de mantenerlo en sorpresa hasta que naciera, así que le pedimos a la sonriente y simpática doctora Bagda que no lo dijera. El muy traidor logró poner a Nicole de su lado, una Nicole que todavía no entendía cómo yo, una chica de diecinueve años, se pudo embarazar si supuestamente eso estaba predestinado únicamente para las dichosas mujeres de veintisiete. Adam tuvo que inventar una mejor historia para explicarle. Finalmente toda la familia estuvo de acuerdo en que fuera secreto hasta el día del nacimiento, lo malo era que yo me moría de la curiosidad y no podía soportar escuchar a Rita decir que Mirna ya había lanzado algunas apuestas en el restaurante.

Tal vez le pediría a la doctora que me diera alguna pista de lo que iba a ser. Al parecer yo le caía muy bien, y no se podía negar que Adam también había ganado su corazón cuando me pidió matrimonio por cuarta vez frente a ella. Y así como las otras cuatro veces anteriores yo lo rechacé. Sinceramente lo hacía porque en parte creía que estaba jugando, pero cuando ésta mañana dejó sobre mi cama una cajita aterciopelada de color negro, supe que probablemente la cosa iba en serio. Obviamente la cajita contenía un exótico anillo de compromiso hecho con oro blanco y algunas piedritas que me negaba a reconocer como diamantes porque sino lo golpearía demasiado fuerte por gastar tanto dinero.

Pero había algo que me impedía casarme con él, era una sensación de malestar que se revolvía en lo profundo de mi estómago, eso o eran las náuseas presentándose una vez más.

Tal vez el que mis padres pasaran peleando la mayor parte de mi niñez me arruinó más de lo que creía, o puede que fuera el hecho de que estaba aterrada de que mi matrimonio fracasara como el de ellos.

Pero sea lo que sea, me negaba a aceptarlo sólo por el hecho de estar embarazada y cargar con su bebé.

De pronto, sentir a Adam comenzar a dar besitos en mi estómago mientras una de sus manos sujetaba mi cintura, me trajo de nuevo al presente.



—¿En qué estás pensando, nena? —preguntó acomodando su cabeza sobre mi regazo. Inmediatamente comencé a acariciarlo y a pasar mis manos por su abundante cabello negro, dejé mi libro a un lado.

No iba a comentarle que estaba conspirando en secreto para saber el sexo del bebé primero que él, tampoco iba a darle una respuesta a su silenciosa propuesta de matrimonio de esta mañana. Así que dije lo primero que se me vino a la mente en ese momento:

—Pensaba en que no he sabido nada de Marie por un tiempo. Toda mi familia sabe que estoy embarazada —culpaba de eso a mi mamá— y me sorprende que ella no haya venido a regodearse de mi estado actual.

—Supongo que no sabe que estás viviendo con tus compañeras de trabajo.

—No, no es eso. Si ella quisiera bien podría conseguir mi dirección en un instante. De hecho, no he sabido de ella desde que me jugó la broma pesada esa.

Adam no dijo nada; sus ojos fijos en el techo, lo noté extraño, como si se debatiera internamente entre decirme lo le pasaba por la cabeza o mejor ocultarlo.

—De acuerdo —dijo dando un largo suspiro—. Creo que yo tengo algo que ver con eso.

Dejé de acariciarlo para ladear mi cabeza y alzar ambas cejas hasta el nacimiento de mi pelo.

—¿Con qué tienes que ver? ¿Con que ella haya desaparecido?

—Mmm, más o menos —desvió la mirada—. No iba a dormir tranquilo si no supiera que se encontraba lejos de ti y en diferente continente.

—¿Qué hiciste? ¿La enviaste por correspondencia a Madagascar?

—No.

—¿Entonces? Espera, no me digas que... que también la tatuaste como a Mason.

—No. Reconozco que fue un castigo duro pero ella no se merecía eso. Se merecía algo peor. ¿Sabías que tenía toda una carpeta con mi nombre en su computadora?

Me tensé cuando dijo esas palabras. Recordé vagamente cómo Mason hace un tiempo atrás también me había dicho algo similar, fue el día que me mostró el video de Adam teniendo relaciones sexuales con Marie.

—Yo nunca supe que ella... que ella... —Adam tartamudeaba, inseguro en si contarme o no—, ella tenía videos míos de cuando éramos una pareja. ¡Ni siquiera sabía que nos grababa!

Tragué saliva con fuerza. Con un sabor amargo filtrándose en mi boca.

—¿Cómo sabías que ella tenía esas cosas guardadas? —le pregunté encontrando finalmente mi voz.

—Porque ella me lo dijo y me lo enseñó.

—¿Cuándo estuviste con Marie?

—Cuando me porté como un cerdo idiota y me alejé por tu bien. No te lo dije antes porque en realidad es algo sin importancia, además es un asunto del que ya me encargué.

—¿De qué precisamente te encargaste?

—Nena, deberías trabajar para la policía. Cuando haces preguntas como esas, no hay manera de evadirlas.

—Adam, responde.
—Pues bueno... Yo...

Unas semanas atrás...

—Eder juega para el otro equipo —soltó de golpe la pelirroja, dejando caer su bolso entre la mesa de noche y su cama.

Ella estaba sosteniendo su teléfono contra su hombro mientras quitaba sus zapatos y se masajeaba la planta de los pies.

—Todavía no lo entiendo —bufó—, me pidió matrimonio hace un par de noches. Sabes que no cambiaría mi estilo de vida aun estando casada pero él no tiene por qué saberlo. Entonces me entero de esto...

Esperó la respuesta de la persona al otro lado del teléfono y continuó con sus quejas, despilfarrando saliva y haciendo planes para una vida futura.

—Pero a pesar de todo —continuó diciendo ella—, me voy a casar con él. Tiene dinero y sé que logrará mantenerse al día con mis gustos caros.

Rió y volvió a reír más con la respuesta de la otra persona al teléfono.

Después de eso continuó con el curso de la conversación, hablando de trivialidades y de moda pasajera y sin sentido. Colgó una hora después y sonrió al notar que el barniz en las uñas de sus pies se mantuvo intacto mientras usaba zapatos cerrados para salir a comprar.

Ella era una chica con necesidades especiales y exóticas. De alto mantenimiento, y si el tipo que, aparentemente estuvo loca por ella durante muchos años, resultaba no gustarle las mujeres, no se oponía con tal y su tarjeta de crédito estuviera siempre dispuesta y sin censura alguna.

Había aprendido a manejar sus necesidades con otras personas, manipulando para obtener lo que quería y sintiéndose inmortal como cada joven solía sentirse llegados a cierta edad.

Ella no tenía una mala autoestima de sí misma, se consideraba deseada y amaba cada segundo de ello, vivía por ser la receptora de esas miradas escudriñando su cuerpo de forma lasciva, de esa sensación cuando alguien se sentía particularmente atrevido para decirle todo lo que haría con ella si pasaran la noche juntos.

Eso era un perfume de incalculable valor para su ego.

No se sentía para nada arrepentida de cada acción que cometió para llegar a donde estaba; a pesar de que la gente, considerada entre el rango de lo normal, pensaban de ella lo peor, la miraban como si fuera más sucia que los baños públicos en el parque central.

Eso a ella no le importaba ni la hería. Pero lo que sí la afectaba era la otra clase de chicos, la que no se mostraban interesados en ella, quienes la habían rechazado y apartado de su camino como si fuera una infección que suprimir. Eso ya se lo tomaba de una forma más personal, y la verdad era que nunca pensó que llegaría el día de hacerlos pagar, pero cada quien merecía lo que había cosechado en el camino.

Esa tarde caminó bajo la lluvia y escuchó el placentero sonido de sus botas al golpear contra los charcos. Su mente maquinó un plan de venganza que siempre quiso poner en práctica, lo que no sabía era lo bien que las cosas estaban saliendo.

Su prima estaba ahora en una mesa desvencijada y vieja, siendo presa del pánico y del horror que pensaba estaba ocurriendo.

Quería grabar ese momento, o al menos capturarlo en una fotografía. Era miedo real, miedo que te hace orinar en los pantalones y tener pesadillas de por vida.

Se rió internamente mientras dejaba que Dante, el apuesto italiano que conoció hace mucho tiempo, pasara sus manos de una manera poco delicada por el cuerpo de su prima. Ella tenía la culpa, siempre provocándola, siempre babeando por su novio y queriendo ser el centro de atención con su patética actuación de cordero en sacrificio. Su prima nunca se dio cuenta de la enorme obsesión que tenía por el chico, de lo mucho que llegó a depender de él y de su bonito trasero.

Él era el único que valía la pena conservar en medio de la ola de fracasados sin personalidad que la rodeaban.

Ahora su prima estaba ahí, llorando descontroladamente, apretando tanto los párpados que cualquiera creería que se le iban a hundir los ojos en el cráneo.

Ella era linda de la manera en que una camarera sin modales podía serlo. Pero simple y llanamente la odiaba.

Odiaba que ya no siguiera siendo esa chica con inseguridades acerca de su cuerpo, odiaba que el único chico de quien en verdad se enamoró se hubiera ido con ella. Así que no lo pensó dos veces cuando Mason la llamó y le propuso la idea tan descarada de fingir la violación de la pobre tonta.

Aunque Marie sabía perfectamente que el chico tenía una fuerte obsesión por su prima, así como lo tenía ella por Adam. Eso hizo su lazo con el chico aún más fuerte ya que compartió ese sentimiento de vacío abismal que se desarrollaba sólo cuando te obsesionabas con algo que no podías tener.

Finalmente Anna fue soltada, aunque en el fondo, Marie deseaba que la broma se hubiera salido de las manos y que de verdad hubieran destruido cualquier posibilidad de querer seguir viviendo que pudiera albergar su prima.

Estaba furiosa una vez que la pusieron en libertad; ella la escupió y la insultó, pero realmente sus palabras le daban igual.

Se rió más fuerte cuando sólo quedaron los tres cínicos de pie, en el cuarto para las herramientas que guardaba su padre.

—¿Viste esa reacción? —preguntó el guapo italiano—. No tiene precio. Definitivamente tú ya no tienes corazón, eres como la malvada bruja de Blanca Nieves que sólo quiere exterminar a la que se atreva a decir que es más hermosa que tú.

—Estúpido.

—Creo que no debimos hacer eso —dijo Mason, luciendo tan blanco como una hoja de papel.

Marie se burló un poco de él.

—¿No me digas que no tenías ganas de fajártela?

—¿Fajártela? —preguntó Dante quitando pelusas imaginarias de su camisa.

—Sí —dijo la pelirroja— fajártela. Te hice un favor, está tan asustada que probablemente puedas someterla de forma fácil. Ahora ve tras ella y por favor actúa como un hombre de una vez por todas.

Mason siguió la orden al pie de la letra; a ella le parecía adorable su actitud tan cobarde. Aunque sinceramente se sintió muy arrepentida por no haber grabado el momento, o al menos haber tomado una foto de todo lo mucho que se divirtió.

Se giró para salir y sentarse a comer con su familia, como si no fuera nada, cuando Dante se puso frente a ella, impidiéndole el paso por la puerta.

—¿Qué estás haciendo? Aprovecha y piérdete antes de que te acusen de algo —le dijo ella. Lo empujó suavemente por el hombro pero él no se movió de su lugar.

—¿Acaso mi voz es tan difícil de escuchar? —siguió diciéndole—. Apártate.

—De hecho, *bella*, fue una lástima no poder haber continuado con el juego. Sabes que yo adoro los juegos…

—¿Estás bromeando? ¿Quieres "jugar" precisamente ahora? Estoy algo ocupada por si no lo sabes. Te recomendaría meter tus manos dentro de tu pantalón y jugar solo.

Volvió a empujarlo pero simplemente el chico no se movía.

—¿Me estás jodiendo? ¿Vas a obligarme a acostarme contigo, Dante? Porque no te quiero recordar lo que soy capaz de hacer cuando alguien me traiciona.

—No quiero acostarme contigo. Quiero que me pagues lo que prometiste. Ya hice mi trabajo, asusté a tu prima, ahora has el tuyo y cumple.

—¿De qué pago estás hablando? Tú y yo quedamos en hacerlo plenamente por diversión —le dijo ella sintiendo escalofríos repentinos. Le daba igual lo que hicieran con su cuerpo, siempre estaba dispuesta a más. Lo que la enojaba era que trataran de controlarla y dominarla. Se podía decir que ella era la dominante en sus relaciones. Siempre. Nunca al revés.

—¿De verdad creías que lo iba a hacer por diversión? *Bella*, mis conceptos de diversión son completamente diferentes de los tuyos.

—Mira Dante, mejor piérdete. Te puedo ver esta noche sin embargo, ahora estoy demasiado ocupada para alguien como tú.

—No, arreglaremos esto ahora —él se movió rápidamente y la agarró del pelo, empujando su trenzado cabello naranja hacia atrás, exponiendo su cuello.

Ella comenzó a reír a carcajadas mientras él depositaba besos salivosos por su clavícula.

—¿Estás drogado? —Dante se pegó al cuerpo de la chica, en ese momento ella aprovechó para pasar su mano por el esculpido estómago de él, descendiendo hasta llegar a la cinturilla de su pantalón donde desabrochó un botón y luego deslizó su mano dentro del bóxer del chico. Con una sonrisa de satisfacción ella lo apretó, usando una ridícula cantidad de fuerza que lo tuvo sudando rápidamente, clavó sus uñas y apretó todavía más, y luego más hasta que él chilló de dolor o sorpresa, quizás ambos, pero finalmente soltó el cabello de Marie cuando pensó que ella era capaz de arrancarle las pelotas.

—Te dije que no me amenazaras —ladró ella en su oído—. No soy alguien con quien deberías meterte. Crecí con mis abuelos, no tienes ni idea de lo que me hacían hacer; definitivamente puedo ser ruda.

—¡Está bien, está bien! Ahora suéltame —suplicó maldiciendo en otro idioma. Pero antes de que pudiera soltarlo, la puerta de la bodega se abrió, trayendo una ráfaga de aire e iluminación natural al sitio.

Marie entrecerró los ojos hasta que su vista se acostumbró a tanta luz. Parado en el umbral había un chico mojado de los pies a la cabeza, con su musculosa complexión presionándose en su ropa empapada. Era Adam. Aún a contraluz podía identificarlo.

Ella todavía tenía agarrado a Dante y continuaba haciéndole daño. Él lo notó y elevó ambas cejas motivado por la curiosidad. Luego ese sentimiento cambió a uno completamente diferente cuando su semblante se tornó serio.

—Estoy buscando a Anna, tengo el presentimiento de que tú sabes dónde está —dijo sin inmutarse. Lucía furioso y a punto de hacer rodar algunas cabezas, probablemente la de ella.

—¿Y qué te hace pensar que todo gira en torno a ella? No está aquí —siseó.

Pero Adam no parecía tener las intenciones de irse, y más cuando notó la compañía de la pelirroja.

—Espera, ¿tú no eres el del taxi? —preguntó sorprendido—. ¿No eras tú el hijo de la jefa de Anna? ¿Dónde está ella?

—¿No ves que justo ahora estamos algo ocupados? —gritó Marie aun con una mano metida dentro del bóxer del italiano. Digamos que el pobre chico aún no podía hablar.

—Tu vida sexual me importa poco —respondió Adam—. ¿La viste? ¿Viste a Anna?

Marie rodó los ojos y finalmente dejó de torturar a Dante, sacó su mano y se la limpió contra la tela de su pantalón, repasando una y otra vez para quitar el olor a nueces y algo más que tendría después.

—Mira, Anna vino acompañada de este chico —señaló con la cabeza al italiano que se mordía los labios y que tenía un poco azul la cara, se estaba reponiendo todavía del agarre mortal de la pelirroja—. Me lo presentó y luego él y yo, por mutuo acuerdo, nos vinimos aquí. Lo que sea que haya hecho Anna no es de mi importancia. Me da igual lo que le pase.

Ella podía mentir con una facilidad impresionante, era casi como su segundo idioma.

Pronto logró despistar a Adam lo suficiente como para sacárselo de encima. Ciertamente ella no sabía lo que podía ser de su prima por ese entonces, pero de algo estaba segura: deseaba con todas sus fuerzas que Mason tuviera los pantalones suficientes como para violarla y dejarla llorando, sufriendo así como a ella le tocó sufrir todos esos años. Se lo merecía, ella no estaba mintiendo cuando dijo que se sentía celosa de la vida de Anna; la odiaba un poco más por eso.

Adam no precionó en el tema, y Marie pudo ver que se marchaba, luciendo como un guerrero dispuesto a matar todo lo que había a su paso.

Durante esa tarde, Marie se sintió a salvo.

Fue a su departamento vacío y prístino para darse una ducha y luego salir por el resto de la noche; pero mientras se arreglaba el cabello y trataba de maquillarse un ojo, el timbre de la puerta sonó repetidamente.

La persona al otro lado estaba desesperada porque golpeaba la madera con demasiada fuerza y sin interrupción de espacios.

Maldijo cuando, la sombra que aplicaba a sus párpados, se regó por toda su mejilla, creando una línea fina de color turquesa que la hacía ver de forma ridícula.

Ella se apresuró a abrir, malhumorada y todavía sin zapatos. Era más de media noche pero supuso que podía ser su novio gay Eder.

Abrió la puerta, lista para insultarlo y decirle a dónde se podía meter el dedo, cuando, en menos de dos segundos, tenía un arma apuntada en su cabeza.

Parpadeó varias veces hasta que despegó la vista del arma y siguió la línea de un brazo envuelto en una cazadora negra. Era un tipo bastante fornido y usaba un pasamontañas de color negro en el rostro. Había otro chico detrás de él, también con pasamontañas. Rápidamente cerraron la puerta y tomaron a la pelirroja por los hombros, sacudiéndola y lanzándola en medio de la habitación.

Ella entró en pánico repentinamente.

Uno de los hombres le gritó en el rostro.

—¡¿Dónde está el dinero?!

Finalmente se encontró capaz de abrir la boca y balbucear sin ninguna elocuencia:

—No, no sé de qué hablan.

El arma del tipo enorme y musculoso se pegó contra su frente. Un miedo increíble le recorrió todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

Tragó saliva y estuvo a un segundo de orinarse en sus pantalones de diseñador. Ella realmente le tenía miedo a las armas de fuego. Sabía que las cosas dejaban de ser una broma cuando tenías a alguien apuntándote con una.

—Acabo de preguntar dónde está el dinero. Respóndeme, pelirroja, o no vas a tener la dicha de oírme repetirlo otra vez.

—No… yo no tengo efectivo aquí —dijo, en parte era mentira porque guardaba algo en su billetera.

El tipo fornido se encontró con la mirada del otro, éste le asintió y se movió por todo el departamento, reuniendo joyas, objetos de valor como: su celular, su portátil y algunos otros juguetes tecnológicos que ella amaba coleccionar. Todo estaba ahí, encima de la mesa del comedor.

El ladrón que sostenía el arma obligó a la pelirroja a que se arrodillara, siempre con la pistola en su frente.

—¿Tus últimas oraciones antes de saludar a los muertos de mi parte? —preguntó.

Ella se puso demasiado sensible y frágil en ese momento.

¿Iban a matarla? Ella nunca fue una mala persona… Bueno, casi siempre se portaba bien cuando podía, pero no imaginaba que su vida terminaría y lo haría de esta forma.

—Por favor —suplicó con lágrimas genuinas surcándole el rostro—, por favor no me maten. Llévense todo. Les daré hasta mis tarjetas de crédito pero déjenme con vida.

El otro chico, el que hasta ahora había estado callado, habló:

—Creo que podría servirnos como mercancía. Es bonita.

El del arma rió.

—Esta tiene una cara bonita, sí, pero si la vendemos al extranjero dudo mucho que se comporte de manera educada. Tengo en mente vender sus órganos. Hay un tipo que me ofrece una suma alarmante por un par de pulmones para su hija.

Marie abrió muchísimo los ojos. Esos bastardos querían vender sus pulmones.

Ella tragó bilis, sudando más que cuando hacía ejercicio en la caminadora.

—Por favor —volvió a suplicar. En su mente suplicaba para que alguien la ayudara y viniera a su rescate. Pero ella seguía en el suelo, con el arma todavía en su cabeza.

—¿Por qué no dejamos que elija ella? —preguntó el que estaba a favor de venderla como esclava sexual—. ¿Qué prefieres? ¿Donadora voluntaria de pulmones o chica de compañía y placer? Recuerda que si eliges este último te puedes mantener con vida. A menos que descubras una forma de vivir sin aire.

¿No le estaban dando otras opciones? Lloró aun más fuerte, jamás se había sentido tan vulnerable en toda su vida.

—¡Placer! —gritó cuando vio que el sujeto gordo se acerca peligrosamente a ella—. Prefiero dar placer. Pero de verdad, prometo darles todo mi dinero, solo no me lleven con ustedes.

—Sabía que la bonita elegiría bien.

—Claro, porque la forzaste, idiota —dijo el que tenía la pistola en mano—. Así cualquiera acepta. Pero lo siento bonita, vas a tener que convencerme para que no te mate ahora mismo. A ver, comienza.

Ella no sabía qué decir, comenzó a tartamudear y a balbucear sin ningún sentido.

—Te lo vuelvo a decir una vez más: ¿por qué debería dejarte como esclava sexual y no matarte para tomar tus órganos?

—Porque… porque yo… soy buena persona.

—No me sirve una buena persona para este trabajo. Necesito a alguien sucio, dispuesto a satisfacer hasta los cerdos si así lo quiero.

Ella tragó saliva, asqueada ante la idea.

—Pero… yo soy una persona sucia. Miren, incluso pueden comprobarlo. Revisen mi computadora, tengo muchos videos que grabé con mis novios mientras estábamos en la cama.

Ambos se rieron y se vieron entre sí.

—Lástima que tu destino ya estaba marcado desde que tocamos a tu puerta… —dijo el fornido. Y sin decir más, el hombre se acercó a ella, con el arma pegada a la frente, y terminó el trabajo por el que le pagaron de buena manera para realizar.

Actualmente…

—¡Adam, ¿qué hiciste?! —grité a punto de ponerme histérica.

—Nena, tranquilízate. Recuerda que no puedes exaltarte tanto por el bebé. No te estreses, Marie se lo tenía merecido.

—¿La mataste?

Mi pulso comenzó a acelerarse, mi rostro se sentía caliente y quería echarme a llorar repentinamente.

—No, no, no, no.

Él me tomó de la cara cuando vio las gruesas y enormes gotas que comenzaban a descender por mi rostro. Besó mi frente y me miró a los ojos.

—Sólo le pedí un favor a Larry y a Frank, los que se encargan de hacerme los tatuajes, ellos fingieron ser ladrones. Ese día también me encargué de Mason y del otro cobarde que lo acompañaba.

—¿Le hiciste una broma? —pregunté aturdida.

—Sí, cuando pensó que iban a comercializar sus pulmones, Frank se quitó el pasamontañas que tenía y le contó la verdad. Luego aparecí yo con ellos para demostrarle que era cierto. Se levantó echa una furia contra mí. Me gritó que iba a vengarse y luego nos sacó de su departamento.

—¿Y no llamó a la policía?

—Si los llamaba yo iba a hacer lo mismo por lo que te hicieron a ti pero llegamos a un acuerdo y ninguno necesito decir más. Esa noche fue muy divertida.

Le golpeé el hombro.

—¡Deja de hacer esa clase de bromas! ¿Y si ella decide vengarse de verdad?

—No lo hará —dijo Adam con convicción—. Tengo guardados sus videos morbosos para amenazarla cuando quiera abrir de más la boca. Además, ella ya está viviendo con Eder. Tengo entendido que se van a casar dentro de dos meses. No quiere que nadie le arruine la boda y prometió no hacer nada; por eso ha estado inactiva durante tanto tiempo.

—No sabía que se iba a casar pronto —admití.

—Sí, bueno, siento lástima por el pobre tipo. Pero al menos ella estará lejos de nosotros por una larga temporada.

Me sequé las lágrimas del rostro, sintiéndome estúpida por haber llorado de manera tan sensible.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté sintiéndome somnolienta.

—Porque creo que una vez casados se van a ir a vivir a Escocia. Eder tiene familia por allí.

—¿Y cómo es que sabes tanto sobre Marie? Me estoy empezando a sentir celosa.

Adam me dedicó una sonrisa de lado.

—Sólo sé lo suficiente como para asegurarme que no vayas a tener que pasar de nuevo un disgusto por culpa de ella. No tienes que ponerte celosa por eso, soy todo tuyo. Te prometo, en mi vida, no volver a cometer otra idiotez que ponga en riesgo nuestra relación. Soy un hombre distinto al que conociste hace mucho tiempo en la calle.

Sonrió como un lobo, mostrando sus dientes completos.

—Mjmm… Eso espero, Adam. Eso espero.

Él se apresuró a tomarme en brazos y me dio besos intensos hasta que se me quitó el sueño y recordé que el mundo no sólo se componía de cosas feas y desastrosas sino también de las partes como éstas: pequeños momentos que hacían que, cualquier riesgo que conllevaba enamorarse, valiera la pena ser vivido.

FIN.



AGRADECIMIENTOS:

Quiero comenzar diciendo que este fic no sería nada sin ustedes, sin esa pasión que pusieron en sus comentarios, sin ese interés que demostraron desde un principio, sin su divertida manera de especular con lo que le iba a pasar a Marie (curiosamente todas las especulaciones incluían sangre de por medio, seguido por una gran fila de palabrotas). En fin, me divertí muchísimo escribiendo y leyendo sus comentarios uno por uno. Algunos me hicieron llorar de la felicidad y otros me mataban de risa.

Y para aquellos que por casualidades de la vida se encontraron con esto, ¡muchas gracias por continuar hasta el final! Espero que les haya gustado y que perdonaran cualquier falta ortográfica presente en el documento.

Ahora, me gustaría incluir a todos en una larga y enorme lista de agradecimiento (nombre por nombre), pero me temo que no me ajustarían las páginas para agradecerles personalmente a uno por uno (eso, y que varios de ustedes cambiaban mucho su nombre de usuario y me fue imposible recopilarlos todos). Pero quiero que sepan que llevo sus palabras conmigo y los llevo en el corazón.

A las chicas del foro LdC: gracias por sus acosos constantes, ¡fueron de gran motivación para mí! En serio, se me iluminaba el rostro cada vez que se sumaban más a la causa.

Gracias por su apoyo, en especial al grupo de las cuatro fantásticas por defenderme en la web (nenas, que tenga cuidado el que se meta con ustedes). Y al grupo de acosadoras/encargadas de la limpieza/queremos más capis, solo puedo decirles una cosa: ¡Salgan de mi patio y regresen a sus casas pero ya! Las quiero y comparto sus deseos de hacer huelga contra las madres que nos explotan en vacaciones.

A los de Fanfic.es: ¡Ustedes fueron un gran público! Amé leerlos a todos y espero que me sigan acompañando nuevamente en mis próximas locuras.

Gracias por sus visitas y gracias también a los lectores silenciosos que, aunque no dejaron su comentario, sentí de alguna manera su apoyo. Tengo varios nombres en mente, pero como no quiero a nadie resentido, no se los voy a dejar. Pero de nuevo, agradezco a esas personas que me agregaron en sus favoritos y a todos aquellos que siempre pasaban para dejar su comentario y así alegrarme el día. Los aprecio mucho.

Y ya, con esta cita termino:

"*Porque es fácil escribir un libro, lo difícil es hacer que lo lean.*"

Así que gracias a todas esas bellas personas que se tomaron el costo de llegar hasta el final y que leyeron capítulo a capítulo, probándome que lo difícil siempre se puede superar.

Créditos bien merecidos a **Garazi**, por el hermoso diseño de este PDF. Gracias nena por tu entusiasmo y por poner de tu tiempo y tus ideas en este proyecto. ¡Eres la mejor!



Para cualquier duda, crítica o sugerencia que quieras hacer, escríbele a la autora en su Blog:

deliriosdeunachocoadicta.blogspot.com

Ella te espera en la segunda parte de esta historia:

Prohibido *Obsesionarse* con Adam Walker

